HISTORIA DE LOS ORIENTALES

CARLOS MACHADO



EDICIONES DE LA BANDA ORIENTAL

SEGUNDA EDICION

Yí 1364 — Tel.: 98 28 10 — Montevideo
Queda hecho el depósito que marca la ley — Impreso en Uruguay — 1973

I. EL COLONIAJE

"Mandé cortar hasta doscientos las manos y narices".

Vamos a recorrer la historia "nacional" (sin olvidar que la nación se tiene que forjar en una dimensión continental: "somos un país porque no pudimos integrar una nación y fuimos argentinos porque fracasamos en ser americanos", ha dicho Ramos, bien, y se le puede "traducir" en forma valedera para los demás) con un par de objetivos: indagar la injerencia del imperialismo y detenernos en aquellos puntos más controvertidos y tergiversados. Resulta inevitable introducir el tema con una relación de las características sobresalientes de la dominación colonial. Ajustando la mira, particularmente, a la Banda Oriental.

Los "indígenas" poblaron este continente hace 20.000 años. Aquí desarrollaron civilizaciones (tres altas culturas: mayas, mexicanos y peruanos, respectivamente). Padecieron, a fines del siglo XV, el impacto colonizador. Colón incorporó las islas del Caribe al dominio de doña Isabel de Castilla. Pisó la "tierra firme" (Venezuela), cerca del 1500. Cabral tocó después las costas del Brasil, reservadas para Portugal. Solís, portugués al servicio de los castellanos, ha llegado a las aguas del Plata apenas a comienzos del sigo XVI (en 1516?; algunos han supuesto que Vespucci le ganó de mano en 1502). Gobernaba Carlos —el hijo de la loca y el hermoso: doña Juana y Felipe de Habsburgo— cuando se desató la conquista. Cortés sometió a Moctezuma II, "tlacatecutli" de los mexicanos, en 1519, y derrotó después a Guatemoc, el caudillo de la resistencia. En 1531 Pizarro apresó en Cajamarca al Inca del Perú (Atahualpa pagó su rescate —2.500 millones de dólares en oro, según estimaciones— pero sin escapar a la muerte por eso). Al correr de los años siguientes, los españoles se desparramaron por el continente. Lo abarcaron desde Estados Unidos a Chile: veinticinco millones de kilómetros cuadrados (una superficie treinta veces mayor a la que tiene España), sobre diez mil kilómetros de longitud, a diez mil kilómetros del trono de Valladolid. Empresa de gigantes. A veces, asesinos. Valdivia informaba a su rey: "Matáronse hasta mil quinientos

o dos mil indios y alanceáronse otros muchos, prendiéronse algunos, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices, en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y héchole los requerimientos que Vuestra Merced manda''. Villalobos proponía: "Hagamos deligencia para que en nuestro oficio, matando o hiriendo, enderecemos nuestras acciones a hacer esto en defensa de la fe de Nuestro Señor Jesucristo para que en su favor y en su servicio, a lanzadas y cuchilladas, nos ganemos el cielo". En Haití, cerrando los ejemplos, exterminaron a todos los nativos.

Antes de la mitad del siglo XVI fueron establecidos virreinatos en México y en Lima (1535 y 42). En 1553, se fundaba Santiago del Estero (la primera ciudad "argentina"). La siguieron Mendoza, San Juan, Tucumán, Córdoba, Santa Fe y después Buenos Aires, recién (1580; Garay con asunceños). Santo Domingo de Soriano tiene quizás algunos años más.

Tres siglos ha durado la dominación colonial. La caracterizó el despojo, el entrecruzamiento de las razas y la discriminación en todas las esferas en provecho de los peninsulares. En el último aspecto se anuda el estallido de la revolución.

De los cientos setenta virreyes que se sucedieron, apenas sólo cuatro fueron americanos. De los seiscientos dos gobernadores, solamente catorce lo fueron. Un coronel ganaba por su grado cinco veces más de ser peninsular. Germinaron, allí, resentimientos. Y se multiplicaron por el monopolismo que les asfixiaba económicamente.

La Corona dispuso las normas en provecho exclusivo metropolitano. Las colonias solamente pudieron venderle sus materias primas (sin manufacturar) a puertos españoles, sin poder ni siquiera comerciar entre sí. Solamente pudieron hacerlo en barcos españoles. Y solamente pudieron comprar en puertos españoles sus abastecimientos. Semejantes normas, que los ingleses también aplicaron respectivamente a sus colonias, se controlaron con mayor o con menor rigor, según las circunstancias, pero nunca fueron alteradas en forma sustancial.

Durante el siglo y medio que va de la mitad del XVI a los comienzos del siglo XVIII (1713), el rigor fue mayor. El "régimen de flotas y galeones" organizó convoyes escoltados por barcos de guerra y dispuso un sistema cerrado con una sola ruta, desde Cádiz hasta Portobelo, a la navegación comercial. Exclusivamente dos veces al año, esos barcos cruzaban alta mar, protegidos de la piratería (Morgan, Raleigh y Drake, asociados a la reina Isabel de Inglaterra, asolaban con sus filibusteros a los barcos mercantes). Desde Portobelo, las mercaderías embarcaban a Cuba y Veracruz, o cruzaban hasta Panamá y embarcaban de nuevo a Guayaquil para llegar a Lima, cruzar las alturas andinas a lomo de mula, alcanzar Tucumán, llegar hasta la "aduana seca" cordobesa y arribar en carreta a Buenos Aires después de muchos

meses. Con estas consecuencias: escasez, retraso y encarecimiento (pagaban los correspondientes impuestos al entrar y salir en cada escala; aumentaban a veces su valor un 600 %).

El sistema se "liberalizó" de modo relativo en los últimos años de la dominación. En forma excepcional, se permite la llegada de barcos negreros ingleses (1713). El decreto de "libre comercio" (no fue tal, en verdad), permitió comerciar de manera directa —pero siempre dentro de las normas de la restricción— a veinticuatro puertos coloniales con puertos españoles (y ya no salen desde Buenos Aires 50 mil cueros, sino 800 mil mientras los barcos que salen de Cuba se multiplican por cuarenta). La ordenanza de 1797 —y estamos ya "tocando" la revolución— permitió comerciar "en buques extranjeros" (y neutrales). Los textos exageran el alcance de la resolución, y aluden al comercio "con neutrales", pero sólo los puertos españoles siguen siendo los destinatarios.

Resumamos: rigió la restricción y dañó los bolsillos de la burguesía portuaria ("porteña", que eso quiere decir) en nuestro continente. Pero no exageremos. Los burgueses supieron reducir el daño mediante privilegios y supieron burlar a la legislación.

No faltaron, por cierto, privilegios para Montevideo. En 1767 se establece que los paquebotes unirán cuatro veces al año nuestro puerto con el de la Coruña trayendo la correspondencia (que seguirá por lanchas hasta Buenos Aires) y llevándose cueros. En 1776 se dispone que todos los buques que salen del Perú con dirección a España, pasen antes por Montevideo. En 1779 se crea la Aduana de Montevideo. En el 79, también, se crea la Comandancia de Resguardo de las Costas del Río de la Plata, con sede en este puerto, y no en el de Buenos Aires. En 1786 se resuelve que todos los barcos que van a Manila "han de hacer escala en Montevideo". En 1791 se conceden al puerto de Montevideo derechos exclusivos al tráfico de negros para el Río de la Plata, Chile y el Perú (monopolio prorrogado sucesivamente por nuevas ordenanzas). Agreguemos que los gobernadores de Montevideo, como Comandantes de Marina, tienen mayor autoridad en tal aspecto que los propios virreyes, comunicándose directamente con el Rey y extendiendo su jurisdicción. al respecto, desde el río Paraguay a las islas Malvinas. En el 97, por fin, autorizan "a prueba" el comercio de Montevideo con los portugueses.

La legislación fue burlada por el contrabando en todas las regiones vecinas del Brasil y de la costa ("pronto se vio que era irresistible la tentación de burlar esos reglamentos, tratándose de un pueblo que estaba absolutamente falto de géneros de ropa y otros efectos, y pronto a tomarlos a cualquier precio; y como debía esperarse, los buques del Asiento sirvieron para establecer un tráfico de contrabando... parece que las autoridades locales no podían ni querían concluir con un co-

mercio que suplía las necesidades más apremiosas de la colonia, y en cuyas utilidades tomaban una parte los capitalistas del país", admite Woodbine Parish). Piratas holandeses, ingleses, franceses y daneses llegaron hasta nuestras costas a llevarse cueros.

Cabe aquí consignar la excepción. En las provincias altas argentinas (las del noroeste; las provincias "de arriba" o "arribeñas": el Alto Perú, Tucumán, Santiago, Catamarca, Jujuy, La Rioja, Mendoza, San Luis, una parte de Córdoba y San Juan), separadas de la costa por las alturas de la cordillera y alejadas de la frontera con los portugueses, no se pudo burlar a la norma legal. Asfixiadas (y a la vez "protegidas" indirectamente) por el monopolio, apelaron a desarrollar su propia producción. Artesanal, doméstica, "casera". No les faltaba la materia prima (lanas y cueros de llamas, vicuñas, alpacas y guanacos; algodón, metales y maderas; producción de caña y de viñedos). Tampoco les faltó mano de obra (allí se congregaban las comunidades indígenas y allí se levantaron, en la zona minera las primeras ciudades de los conquistadores). Produjeron los ponchos y las mantas, las botas y los toldos, las carretas, la lomillería, los vinos y aguardientes. Los datos demográficos son reveladores. Hacía 1780 (son cifras de Kossok), Montevideo tiene 10 mil habitantes, Buenos Aires 37 mil, Cuyo 72 mil y Tucumán alcanza los 130 mil. Alvarez calcula 1 millón de habitantes para el virreinato; 60 mil en Paraguay, 130 mil en Buenos Aires (el puerto y la provincia), 220 mil en Córdoba y en Salta y 600 mil en el Alto Perú. A una década y media de la Revolución (1826), Levene le calcula todavía mayor población a Córdoba que a Buenos Aires, con cifras parecidas a las de Santiago del Estero.

Volvamos, finalmente, a la Banda Oriental.

Introdujeron primero la ganadería (Hernandarias, dos veces, de modo infructuoso; después los jesuitas por la estancia del tape: 1634).

Se multiplicó de modo prodigioso. Campal la calcula por 5 millones antes de terminar el siglo XVII. Zum Felde en 25 millones, cuando se fundó Montevideo. Con y sin permiso, porteños, santafesinos y misioneros se llevan los ganados periódicamente. Son las "vaquerías". Aunque a veces confiesen que "no se han atrevido los vaqueros a vaquear por miedo a los indios infieles", capataces como Benito Güevo van "hasta la costa de la mar" en busca de las vacas. Es una economía destructiva. Diego de Alvear anota: "se pierde el terneraje, que no puede seguir, y es atropellado en la carrera". Y Azara complementa: "las terneritas, no pudiendo seguir a las madres en unas corridas tan dilatadas que duraban a lo menos cuatro meses, quedaban abandonadas y perecían (...) las vacas preñadas abortaban con la fatiga (...) mataban cada uno y matan dos vacas preñadas al día para comer los terneros nonatos, que son su encanto (...) tampoco dejaban de matar casi cada uno su vaca para cada comida".

También se multiplican los caballos, introducidos por los yaros, aliados al conquistador, para combatir a los charrúas.

A regañadientes, se fundó por fin Montevideo. Desoyeron, durante largo tiempo, las órdenes del rey a tal efecto, preservando el negocio de las vaquerías ("me daré por deservido de vos y se os hará gravísimo cargo", amenazaba el rey Felipe V a su gobernador en Buenos Aires, recordando a Zabala, remiso, que tenía que dar cumplimiento a las órdenes de fundación; "de diferirlo con cualquier pretexto será de mi desagrado y se os hará cargo de residencia"). Ante las amenazas de que los portugueses les ganaran de mano (como se anticiparon en Colonia; 1680), se fundó la fortificación: 1724. En el 26 llegaron los primeros colonos de Canarias y en el 30 formaron su primer Cabildo. Orígenes humildes: se dispuso por ley que sus alcaldes quedaban eximidos de la obligación de vestir "de negro o con colores muy honestos". De acuerdo a su pobreza, se les autorizó a vestir "como cada cual pudiese".

Pronto se repitieron otros poblamientos. Belén y Paysandú, en la zona norte. Mercedes, Dolores, Víboras, Colonia, Real de San Carlos y Rosario de Colla por el litoral (a los que se le suma Soriano, reducción del siglo XVI; 1566 según Petit Muñoz), San Juan Bautista (es hoy Santa Lucía), Pando y Guadalupe (llamada Canelones), en los alrededores de Montevideo, San José, Minas, Pintado y Trinidad, ya más al interior. Maldonado, San Carlos, Nuestra Señora del Pilar del Cerro Largo y Rocha en la zona del este. Ninguno pasó de los tres centenares de habitantes, y con frecuencia no llegó a los cien. (Larrañaga contó en Paysandú veinticinco). Estaban divididos bajo jurisdicciones distintas (Buenos Aires, Montevideo, Yapeyú, y aparte, Maldonado). Se van unificando bajo la tutela de Montevideo, convertida en cabeza de gobernación (1749). Se le da el "resguardo" de todas las rentas. Se le confiere luego —en la persona de Antonio Pereyra— la Comandancia general de la campaña. Se le adjudica la jurisdicción militar con el Cuerpo de Blandengues de la Frontera de Montevideo (cuyo cuartel estuvo en Maldonado). Y se le reconocen derechos judiciales al cometer a su gobernador el derecho de repartir tierras.

Esquemáticamente, podemos distinguir:

—una clase alta, integrada por latifundistas, exportadores (barraqueros, fundamentalmente), importadores (negreros y registreros), altos funcionarios (incluyendo jerarcas del clero), letrados y saladeristas; como dice Barrán: "estanciero, saladerista, barraquero, naviero, comerciante fueron tareas que a menudo conjuntamente se dieron en una sola persona" (García de Zúñiga, de Medina, Maciel y Juanicó, ejemplifican eso);

—un sector intermedio, formado por pequeños industriales (graserías, hornos de ladrillo, panaderías, talabarterías), medianos y pequeños comerciantes (un librero, por ejemplo) y pulperos del medio rural;

—ocupantes de tierras, gauchos, indios y trabajadores (lanchoneros, boteros, calafates, modestos artesanos).

Analicemos al primer sector.

"Por haber yo sucedido enteramente en el señorío que tuvieron en las Indias los señores dellas, es de mi patrimonio y Corona real el señorío de los baldíos, suelo o tierra", según decretó Carlos. Garay las declaró "propiedad del común", de acuerdo con las leyes posteriores. Antes que se poblara la Banda Oriental, los curas misioneros del Yapeyú, cubrieron, con su estancia, las tierras de los departamentos actuales de Artigas, Salto y Paysandú, más parte de Río Negro, Tacuarembó y Rivera. Poblada nuestra capital, comenzaron los repartimientos como "donaciones". A Francisco de Alzaybar (marqués de San Felipe y Santiago de Montevideo, y caballero de la orden de Santiago), le correspondió la tajada mayor: en 1732 se le concederá el monopolio de la exportación de cueros y seis años después, "en propiedad, y para que como dueño propio use de él", le conceden las tierras de la rinconada que forman el Plata con el Santa Lucía, el Luis Pereira y el San José (predio cuyas pasturas —por su condición de "rinconada" —aseguraban al destinatario de la donación la propiedad de cuantiosos ganados). Tras Alzaybar, se beneficiaron parientes y allegados. Hacia 1770, estaban repartidas ya todas las tierras cercanas a Montevideo. Desde 1790, empezaron a copar el norte. En ese grupo de latifundistas, se pueden destacar algunos nombres: García de Zúñiga (más de 500 mil cuadras), don Martín Artigas (unas 300 mil), el padre de Rivera (280 mil aproximadamente), Viana, Espinosa, Martínez de Haedo, Salvañach, Pereira, Durán, de la Roca, de la Cuadra y Albín.

La propiedad les otorgó el poder. Sus nombres se repiten en la lista de los gobernantes. La sobrina de Alzaybar se casa con Joaquín de Viana, primer gobernador de la ciudad.

Resistieron, empecinadamente, la formación de pueblos en las tierras suyas. Soriano debió litigar contra las pretensiones de Espinosa. De la Cuadra intimó el desalojo a los primeros pobladores que tuvo San José. Rosario se enfrentó con de Medina. Trinidad enfrentó a de la Cuadra y a su apoderado Solsona. Cuando Ubeda y Fondar, a nombre de más de 60 vecinos pidieron el permiso para levantar un oratorio en cuyo derredor se levantó ese pueblo, el latifundista perdió los estribos: "el mayor número de ellos se compone de gentes vagas y dañinas que andan por aquellos campos; que se quieren apropiar lo ajeno de cualquier modo que sea; y que no son tan ansiosos por el culto divino ni por el cumplimiento de los preceptos de la Iglesia como lo son por la bebida, por todo género de desorden, por el robo de ganados, por su extracción y por el comercio clandestino con los portugueses", si bien tales vecinos eran sus medianeros. Muerto el latifundista, la viuda —Inés Durán— les cedió una pequeña parcela

(legua y media de lado) en medio de sus campos, asfixiando la nueva población.

Con respecto al comercio se puede subrayar que aquellos privilegios enumerados antes y las formas corrientes de tráfico ilegal, hicieron la fortuna del emporio de Montevideo. A la ciudad llegaban las telas, alimentos, medicinas y "ferreterías" para la capital virreinal (prosiguiendo después en lanchones). Y no sólo partían los cueros y carnes saladas, los sebos y las crines. También arribaban al puerto de Montevideo, con dirección a puertos españoles, los productos de la costa del Pacífico y de las Filipinas: planchas de cobre y estaño, cacao y cascarilla. Como también llegaban los productos apresados por barcos corsarios equipados por los capitalistas coloniales a la caza de algún enemigo (mejor si protestante) en las aguas cercanas. Berro y Errazquín, Massini y Magariños, se contaron entre los empresarios de esta piratería.

Transcribimos a Sala de Tourón: "La burguesía comercial montevideana no nació de la lenta diferenciación de laboriosos tenderos inclinados pacientemente sobre el mostrador. Los comerciantes acumularon sus capitales merced a su condición de agentes privilegiados de las casas españolas y luego extranjeras —por el monopolio de las consignaciones— merced al tráfico con los faeneros, muchas veces clandestinos, en la práctica del comercio negrero, la usura, la especulación y el contrabando (...). Tan pronto como la fortuna los favoreció, los más avisados denunciaron una rinconada. Abasteciendo a Montevideo o a la Marina de Guerra y levantando saladeros, algunos entre ellos, acrecieron singularmente su fortuna. Dueños de barcos, invirtieron también sus caudales en préstamos que les redituaron cómodamente un 5 % anual en una época de moneda fuerte. Vender a precios de monopolio lo que compraban a precio de contrabando fue moneda corriente...". Demos algún indicio de su prosperidad. En 1792, exportaban, desde Montevideo, un millón ciento setenta mil cueros; entre el 85 y el 93, exportaron seis millones y medio de kilos de tasajo. En una sola vez, el 5 de mayo del 81, un convoy de 25 barcos sacaba de Montevideo 432.000 cueros. Y, comentaba Pérez Castellano: "Separados del convoy salieron los seis correos anuales, que son unas regulares fragatas, y otras embarcaciones sueltas; todas o las más llevaron cueros, y era constante que quedaba en esta ciudad en almacenes y en pilas por los huecos y por la campaña cargamento para un par de convoyes como el que salió".

Complementemos con tres agregados:

—en el medio siglo que duró, el tráfico negrero produjo a los importadores ganancias estimadas en 800 mil pesos (en la lista de los traficantes que piden al virrey la reducción de impuestos a su actividad aparece la firma de María Antonia Gil, la viuda de Maciel);

—en la lista de saladeristas aparecen de Medina (el primero de

todos, que en su estancia del Colla —después de abandonar la caza de ballenas en los mares del sur— aplicará los procedimientos de conservación de la carne que usaban los ingleses con tales ejemplares), Maciel, Magariños, Vilardebó, Casavalle, Pereira y Durán; la falta de artesanos toneleros, el abusivo precio de la sal y los estragos por causa de polillas, trabaron sin embargo el desarrollo de tal actividad;

—respecto a la iglesia, dependiente de las autoridades eclesiásticas de Buenos Aires, se puede consignar que detenta grandes latifundios, como el de la Calera de las Huérfanas, pertenencia de los jesuítas; Humboldt avaluó sus propiedades hispanoamericanas en cuarenta y cinco millones de pesos.

Entre los sectores del grupo dirigente, asomaron, a veces, ciertas contradicciones. Entre beneficiados del monopolismo y asfixiados por él. Entre los estancieros vendedores de cueros y los saladeristas que exportaban tasajo al área del Caribe, de acuerdo con la ley. Ello sin esconder a la contradicción mayor y más intensa: el latifundismo por un lado; pequeños y medianos propietarios y ocupantes de tierras, por otro.

En ese marco se produjo la revolución.

No dividió —como después veremos— a los americanos de los españoles (que algunos españoles estuvieron en filas de la revolución y estuvieron en contra muchos americanos); "por una circunstancia, la más desgraciada de nuestra revolución, la guerra actual ha llegado a apoyarse en los nombres *criollos y europeos*" dirá después Artigas, aludiendo al proceso que fue posterior.

Ni buscó separarse políticamente. Por algo no bien se dio forma a la Junta de Mayo, se resolvió también "que los señores que forman la precedente corporación comparezcan sin pérdida de momentos en esta Sala Capitular a prestar juramento de usar bien y fielmente sus cargos, conservar la integridad de esta parte de los dominios de América a nuestro *Amado Soberano, el Señor don Fernando VII,* y sus legítimos sucesores, y observar puntualmente las leyes del reino".

2. INGLATERRA Y LA REVOLUCION

"Los peores son los ingleses".

Hacia 1760, un ministro informaba al rey Carlos III: "de todos los delincuentes dedicados al tráfico de contrabando (que es la causa de tantos desórdenes en los dominios de Vuestra Majestad), los peores son los ingleses''. Unos años después, un "consular report'' confidencial informaba que 124 súbditos británicos habitaban en el virreinato del Plata, estimándose sus capitales en un millón de libras esterlinas.

Conviene subrayar:

—que la demanda de cueros se multiplicaba, y particularmente en Inglaterra ("las máquinas de vapor llevaban juntas de cuero y obturadores de cuero");

—que el tráfico de contrabando se emparentó con la piratería (Parish nos informa que "si una que otra vez las autoridades hacían alarde de ejercer su derecho practicando la visita de los buques, era solamente una amenaza ostensible que, por otra parte, poco respetaban los contrabandistas, que eran mirados con un terror casi igual al que infundían los bucaneros");

—que al comenzar el siglo XIX, el comercio ilegal tropezaba con sus limitaciones: la importación de las manufacturas inglesas (arribadas en forma clandestina en los barcos autorizados a introducir esclavos exclusivamente) estaba frenada por las insuficiencias del mercado hispanoamericano: pobreza, autoabastecimiento precario de zonas encerradas y conservatismo. Como dice Ferns: "Del lado británico, la política de intromisión a través del comercio clandestino llegaba a los límites de sus posibilidades (...), los obstáculos no residían tanto en las Leyes de Indias, que no era difícil eludir, sino en las leyes de la economía".

Resumiendo: Inglaterra tenía intereses vitales aquí, debía mantenerlos y multiplicarlos, pero tropezaba con dificultades. Se aprestaba a atender proyectos agresivos.

Largos fueron los planes ingleses para arrebatar sus colonias a España, y muchos sus contactos para conseguirlo.

A la mitad del siglo XVII (1655), Cromwell, aplicando su "proyecto occidental", lograba apoderarse de Jamaica. En 1695, tropas de la corona atacaban Darién. En 1739, Walpole organizaba dos expediciones contra Panamá.

Fue recién sobre fines del siglo que, empujada por las necesidades que citamos (Kauffman: "económicamente para Gran Bretaña, el panorama era desolador y desalentador"), Inglaterra dibujó sus planes y ligó relaciones con los interesados en esos proyectos. Robert White proyectó desatar el ataque en Mosquitos. Dalling, el gobernador de Jamaica, es advertido de lo que se viene. Pitt recibe a Mendiola, emisario de algunos mexicanos que buscaban apoyo de Londres y lo pone en contacto con el banquero Harvey (el conde de Torre Cossio solicitaba fusiles y balas que, desde Jamaica, Inglaterra pudiera pasarles: "las ventajas que resultarán para Inglaterra y su comercio son inconcebibles... tan pronto como tengamos una respuesta favorable, haremos pasar dos millones de pesos a Jamaica"). El capitán Blumert se vincula a Vidal, que lleva ofrecimientos de los colombianos (piden diez mil fusiles y otras armas "con la promesa más solemne y jurada de que si en cualquier tiempo conquistamos el reino de Santa Fe de Bogotá, las provincias de Maracaibo, Santa Marta y Cartagena, lo cederemos a Su Majestad Británica"). Hippisley se vinculaba con los jesuitas (expulsados de España y de sus posesiones), por encargo del coronel Fullarton y de lord North, logrando "conectar" a Belon, Viscardo, Arteaga y Juan José Godoy, ganados al proyecto londinense. El gobierno español siguió las tratativas paso a paso. Kennedy, un espía irlandés, trasmitió los informes a Bernardo del Campo, embajador del rey Carlos III. Y el propio Luis Vidal jugó con dos barajas, trasmitiendo datos a Madrid.

En 1790, Francisco de Miranda se encontraba con Pitt, el ministro del rey Jorge III. Le llevaba sus planes: Inglaterra debería utilizar su fuerza para separar las colonias del poder español. Lo incluyeron en el presupuesto de Su Majestad, pagando sus servicios. Pudo entrar en contactos con sir Home Riggs Popham y el Almirantazgo. Apadrinado entonces por lord Melville ("aunque Pitt le mire como a un simple charlatán de mala fe", según informaciones del embajador español), con créditos ingleses equipó una embarcación para llevar invasores hasta Venezuela, desde puertos norteamericanos (1806). Ocho buques ingleses le dieron escolta. Llegaron hasta Coro, sufrieron un revés, no lograron desatar una sublevación como lo supusieron y, enterados del fracaso de los que asaltaron entonces Buenos Aires, debieron evacuar. En "The London Times" editorializaban contra el plan de Miranda, por inapropiado: "Nosotros preferimos a poseerlas, la independencia de las colonias españolas: con la independencia abrimos la puerta a las especula-

ciones mercantiles, sin las cargas de fundar y sostener establecimientos". Miranda quedó relegado. Pero no cerremos esa historia (la de las agresiones) sin analizar la invasión a las aguas del Plata.

En 1804 llegó a Buenos Aires don Santiago Florentino Burke: ex oficial prusiano, según él declaraba. Irlandés al servicio de Londres, amigo del duque de York convertido ya en Jorge III, y mandado por Pitt, era Burke un espía de Su Majestad. Trabó relaciones con los extranjeros que habitaban en la capital virreinal y se ligó también, guardando disimulos, con algunos criollos, como Castelli y los Rodríguez Peña, corresponsales, a su vez, de Miranda.

Tras Burke vino Popham. En noviembre del año 1805 entraba en la Bahía de Todos los Santos (enfrente de Río) "con reservas en su dirección y destino". De allí fue para el Cabo de Buena Esperanza. Y desde las costas africanas, Popham hizo su plan. "Buenos Aires es la mejor plaza comercial de Sudamérica; es el gran centro y emporio del comercio de todas sus provincias y es el canal a través del cual pasa todos los años una gran proporción de la riqueza de Chile y Perú (...), alrededor de 600 barcos de cabotaje y 130 embarcaciones europeas entran anualmente al puerto de Montevideo y otras tantas salen, pero en ese intercambio comercial las detracciones, los impuestos y las trabas son tan arbitrarias, que los nativos ya no están muy lejos de la rebelión (...), serán seis millones de habitantes al alcance de nuestro suministro (...), la idea no es invadir el país; el objetivo será ganarlo por negociaciones, ofreciéndole un gobierno liberal". Después enfiló a Buenos Aires, gobernada, después de la muerte del virrey del Pino, por el marqués de Sobremonte.

Supo Sobremonte, el primero de junio de 1806, la presencia de barcos extraños y le quitó importancia ("el Marqués se burlaba en su tertulia de la escuadra enemiga, suponiéndola de contrabandistas o pescadores", relata Mariano Moreno). El 24, mil seiscientos soldados, comandados por Beresford, con música de gaitas escocesas, desembarcan en la costa de Quilmes, un curato con sólo siete ranchos, a unos 15 kilómetros de la capital. El marqués estaba en la Comedia.

Buenos Aires tenía, según cuenta Moreno, "pertrechos de guerra sin igual en otra parte de toda la región". Sin igual fue también la ineptitud que tuvo su virrey. Los invasores atravesaron una legua larga de bañados, y dos más a campo descubierto, sin hallar ninguna resistencia. En la ciudad, "se dio a cada miliciano un fusil sin bayoneta y una cartuchera; pero aquél sin piedra y ésta sin cartucho". Sobraban voluntarios pidiendo más armas y sin conseguirlas. Tras una escaramuza librada en Barracas y un combate en el puente de Gálvez, huyó el virrey. Llevándose el tesoro: 1: 086.208 pesos (diez mil onzas de oro). Nadie le va a perdonar su actitud: "los catalanes se han impuesto entre

sí pena de la vida al que de ellos aviste primero al marqués y no le acomode un balazo", relata Echevarría.

Dueños de Buenos Aires, los invasores recibieron apurada adhesión de algunos personajes conocidos. Castelli encabezaba la lista de los 58 vecinos que firmaron su fidelidad al vencedor, y recibe un valioso regalo como retribución. Como relatará Rivadavia: "Beresford pudo reunir a sí todo el partido que ya en 1806, meditaba la separación de las Colonias". Y Saavedra aludirá después a Castelli, Vieytes y Berruti, los hombres del "partido americano", con estas palabras: "No dudemos, no olvidemos, que éstos fueron afectísimos a la dominación inglesa".

Apenas mes y medio duró la situación. En agosto de 1806, las fuerzas de Montevideo, reclutadas por órdenes de Ruiz Huidobro y a cargo de Liniers, vencen en Miserere y reconquistan a la capital. Llegaron, en seguida, refuerzos ingleses. En octubre, Backhouse ocupó Maldonado. Y a comienzos del siete, Auchmuty dirigió el asalto contra Montevideo. Desembarcaron antes de Punta Gorda. Vencieron en el molino de Pérez y luego en el Cardal. El 2 de febrero abrieron una brecha en las murallas de Montevideo. Se apoderaron así de la Matriz, y desde sus torres dominaron los alrededores. En los meses siguientes, inundan con sus mercaderías a Montevideo, mantienen un bloqueo sobre la capital virreinal y multiplican las vinculaciones con sus viejos amigos porteños. Vieytes, desde Buenos Aires, es el corresponsal clandestino de "La Estrella del Sur", que editan los ingleses en Montevideo. Con ayuda de Rodríguez Peña, Beresford escapa de prisión y se junta a los suyos en Montevideo. Pero puntualicemos: el bloqueo no fue riguroso. Los hombres del partido burgués de Buenos Aires (amigos de los invasores) no se podían quejar. Entran y salen barcos con bandera de EE. UU. (siete fragatas en una quincena, "escapando" del cerco, con su carga de esclavos y pipas de caña y llevando al Caribe —La Habana y Nueva Orleans—, sebos, cueros, aspas y tasajo).

Por fin los ingleses proyectan asaltar Buenos Aires de nuevo. Whitelocke dirigió el ataque. El 7 de julio de 1807 debió capitular, dejando 3.000 bajas. Tuvo que comprometerse a evacuar a sus tropas de Montevideo. Quedaban, aquí, mercaderías tasadas en siete millones. Popham, antes aplaudido (el Almirantazgo le había trasmitido "su entera aprobación"), recibió la severa censura: se le declaró "completamente indigno e incapaz" ("en materia de piratería fallida, los ingleses no estaban para bromas").

Antes de los tres años se produjo la revolución, derribando al último virrey, en la tercera semana de mayo de 1810.

Inglaterra miró con agrado. En la nueva Junta de Gobierno estaban Paso, Belgrano y Castelli, colaboracionistas en el seis. Vieytes había promovido el asalto al poder. Berrutti dirigió la "operación". Pronto Rodríguez Peña, además de Vieytes, ingresaba a la Junta. Por eso los

cañones de los barcos de guerra de Londres saludaron a la insurrección con salvas repetidas y el capitán Fabian, del "Mutine", arengó entusiasmado a la tripulación.

Los dividendos no demorarían. Al cabo de tres días, la Junta derogaba los impedimentos para comerciar con extranjeros. A mediados de junio, redujo los impuestos para la exportación de cueros y de sebo (del 50 % al 7,5 %). En julio permitió exportar metálico (y los vendedores ingleses pudieron cobrar en dinero).

Lord Strangford, el representante de Londres en Río, abrió créditos para la Junta y mantuvo con ella una correspondencia parecida al reconocimiento. Matías Irigoyen, emisario de la Junta, le formuló su "carta de intención": "el gobierno del Río de la Plata estaba decidido a mantener en materia de comercio una orientación liberal" (correspondencia de Strangford; 20 de junio de 1810). Y el embajador explicaba su tono amistoso: "influido por la circunstancia de que en ese momento la propiedad británica en el Río de la Plata sobrepasaba el millón de libras esterlinas".

En forma paralela, estallaban otros levantamientos similares y adoptaban igual dirección. Formada la junta rebelde en Caracas, mandaban a Bolívar a la corte de Londres. Cochrane, en las Barbadas, fletó una embarcación de guerra inglesa para la travesía. En la década larga de luchas que siguió, no faltaron ingleses detrás de Bolívar. Una legión inglesa combatió en Carabobo. Ferguson, inglés, fue edecán de Bolívar. Rook, Brown, Guise y Miller, comandaron fuerzas de Bolívar, abastecido por más de una docena de barcos ingleses. "Los ejércitos ingleses parece que quieren trasladarse todos a este continente", denunciaba Morillo, general español. 5.500 soldados ingleses, con exactitud. Anotemos, también, que eran ingleses cinco capitanes, muchos oficiales y decenas entre los soldados que cruzaron los Andes junto con San Martín.

Mientras Jorge III enloquecía y Jorge Augusto Federico de Hannover, (Jorge IV recién en el 20) desempeñaba el cargo de regente, los ingleses que habían derrotado a Bonaparte en suelo portugués lo derrotaban en España por segunda vez y en Waterloo, por fin (1815).

La revolución hispanoamericana afrontaba reveses. En Huaqui (junio de 1811), Goyeneche aplastaba a Castelli conservando el poder en el Alto Perú. En la Puerta (Junio de 1814), Boves lograba vencer a Bolívar y reconquistaba Venezuela. En Rancagua (octubre de 1814), Osorio derrotaba a las fuerzas de O'Higgins, recuperando Chile. En Tezmalaca (noviembre de 1815), Concha liquidaba las tropas de Morelos, que sería después fusilado, sometiendo a México de nuevo. En Puente de la Plata (Julio de 1816) Morillo derrota a Monsalve recuperando el control de la Nueva Granada. Miranda estaba preso en manos españolas. Las Provincias Unidas argentinas se despedazaban en guerras civiles.

Eso explica las vacilaciones del gabinete inglés (dirigido por Castlereagh entonces), en la primera década que sigue a la revolución. Y tal explicación no es excluyente de otro par de razones para comprender esa vacilación. Si Inglaterra le negaba su apoyo a la revuelta, los EE. UU. o Francia la podían desplazar en el papel. De inclinarse a favor de la revolución, Wellesley (lord Wellington, ya), arriesgaba perder su prestigio en España, que Inglaterra se esforzaba por satelizar.

Londres, por eso, pretendió mediar, buscando una conciliación que le diera ventajas.

Presionó a la regencia española para que concediera libertades económicas a los americanos. El otro Wellesley, embajador en España, confiaba en obtenerlo ("Dudo si cualquier gobierno tendría la audacia de rechazar el tratado que deberá tranquilizar a América por el solo motivo de que podría resultar perjudicial para los intereses locales de la ciudad de Cádiz", informaba el 24 de mayo de 1812 al gabinete inglés).

Mostremos dos ejemplos de tal orientación:

—del vizconde Castlereagh a Wellesley (abril del año 12): "Nuestros hábitos comerciales como nación y nuestro desgano para interrumpir las relaciones con las Provincias rebeldes han creado quizá naturalmente dudas respecto de nuestra sinceridad, y se podría considerar que deseamos ver separadas esas dependencias de la Madre Patria. A este aspecto de la cuestión, puede contestarse acertadamente que si el futuro sistema de España para la América del Sur ha de ser la exclusión comercial, como hasta ahora, tal podría ser nuestro secreto deseo e interés (...) pero si puede inducirse a España a que adopte el único sistema mediante el cual puede retener sus Dominios. qué interés podemos tener en desear verlos separados de ella?;

—los mismos (junio del año 12): "Un comercio libre entre Inglaterra y la América *española*... contribuiría principalmente a reavivar las energías dormidas de las posesiones españolas en la América del Sur. Haría revivir sus viejos hábitos comerciales. Los sustraería de los escenarios de guerra y tumulto a los que han sido impelidos por el estancamiento del comercio. La renovada extracción de los metales preciosos, que ha estado suspendida por un tiempo, crearía la necesidad de limpiar las minas y daría empleo a los insurgentes, al volverles a sus hábitos anteriores".

Cuando Castlereagh —al fin— ganó la partida contra Bonaparte y quedó con las manos más libres, la revolución empezaba a incendiar otra vez las colonias de España.

San Martín irrumpió en territorio chileno y venció en Chacabuco. Bolívar, desde Haití, desató otra campaña en la Nueva Granada engrosando sus tropas con soldados ingleses desmovilizados del frente español. Las victorias de Maipú y Coyacá (1818 y 19), cambiaron la suerte de la revolución.

El gobierno francés empezó a negociar, mediante Pueyrredón, el reconocimiento. Los Estados Unidos, a la mitad del año 22, reconocieron al gobierno de Bolívar. Canning (diputado por Liverpool, un centro burgués), llegaba al ministerio al suicidarse Castlereagh. Tras Canning, el clamor de las fuerzas burguesas de reconocer a los nuevos estados para convertirlos en nuevos mercados. El duque de Somerset ofrece un banquete al primer emisario de Colombia (Zea). Los hermanos Baring, banqueros, urgen al gobierno que se lo reconozca.

Escribiendo a sir William à Court (su nuevo embajador en la corte española), Canning mostró sus cartas claramente: "Cuando se condenan barcos mercantes británicos por comerciar con la América española (se trataba de la captura del barco inglés "Lord Collingwood", "por comerciar con los rebeldes de Buenos Aires'' en 1821) en razón de que los gobiernos de ese continente son Gobiernos rebeldes, de Colonias rebeldes, ¿no es obvio que tenemos a nuestra disposición dos medios para impedir la repetición de hechos análogos? Uno, desde luego, sería aceptar las pretensiones de España, y prohibir obsequiosamente todo comercio británico con el Continente español como ilegal, pero el otro es legalizar el comercio mediante un reconocimiento público de los Gobiernos hispanoamericanos, y los Ministros españoles pueden tener la seguridad de que éste último es el temperamento al que la Gran Bretaña preferirá recurrir" (octubre de 1822).

Un mes después, en un memorándum a todo el Gabinete, Canning repetía: "¿Qué recurso nos queda sino eliminar todo pretexto para la imposición de estas pretensiones absurdas y anticuadas en contra nuestra, confiriendo a las Colonias, en cuanto pueda hacerlo nuestro Reconocimiento, un carácter independiente en lugar de colonial, y poniendo fin así a todas las disputas respecto a la jurisdicción colonial de España? Ni en Buenos Aires, ni en Chile existe vestigio alguno de fuerza española. En Colombia, el único punto ocupado por España, es Puerto Cabello".

En diciembre del año 24, Canning se decidió. Ignorando protestas de las demás potencias europeas —Austria, Prusia y Rusia— concertó tratados de comercio con México, Colombia y Argentina (el reconocimiento de Chile y Perú se demoró diez años). El 7 de febrero del año 25 presentó al Parlamento la comunicación. Jorge IV, furioso, se escudó en un ataque de gota, primero, y después alegó haber perdido sus dientes postizos, para no pronunciar el discurso (redactado por Canning) por el que la Corona enteraba a los parlamentarios de la resolución. Lord Eldon, que lo sustituyó en la lectura, leyó las palabras acerca del tema con apresuramiento y voz muy baja. "Lo he leído mal porque me indigna", aclaraba después.

La City aplaudió complacida. "Hispano América es libre y si nosotros conducimos bien nuestros asuntos ella será inglesa", dijo Canning,

en una confidencia. Kaufman traduce con una variante: "ella es inglesa".

Analicemos, en pocos renglones, la vinculación de esa resolución en el plano de las relaciones internacionales.

Francia había vacilado. El parentesco de Luis XVIII (el monarca que fue restaurado cuando consiguieron vencer a Bonaparte) con el Borbón que gobernaba España, anudó compromisos que no le permitieron competir con Londres en el reparto de los dividendos de la revolución americana. Canning confesará que su resolución, reconociendo los nuevos estados, dio respuesta a la entrada de tropas francesas en suelo español buscando restaurar el poder absoluto a Fernando: "Si Francia ocupaba España, era necesario, para evitar las consecuencias de esa ocupación, que nosotros tuviéramos que bloquear a Cádiz? No. Yo miré en otra dirección. Yo busqué compensaciones en otro hemisferio (...) yo resolví que si Francia tenía a España, no había de ser España *con las Indias.* Yo llamé a existir al Nuevo Mundo para enderezar la balanza del Viejo".

Los gobiernos de Berlín y Viena condenaron.

Prusia expresó "la viva repugnancia" que le provocaba el reconocimiento de "Gobiernos que derivan su existencia del mero hecho de la revuelta y la anarquía".

Austria declaró sus intenciones de "no reconocer nunca la independencia de las Provincias españolas de la América".

Los rusos formularon advertencias: "Queda por verse si los que provocaron y contribuyeron a la existencia de las repúblicas americanas no se arrepentirán algún día del establecimiento de Estados en el hemisferio occidental, fundados sobre principios opuestos a los que forman la base de los gobiernos europeos" (declaración del general Pozzo di Borgo, embajador del gobierno de Rusia en París, a su colega inglés).

Mayor fue la preocupación del gobierno de EE. UU. Y clara la inquietud de Inglaterra al respecto:

—Strangford a Wellington: "hay otra potencia... que será necesario que Inglaterra excluya, por todos los medios posibles, de toda interferencia en los asuntos de las colonias españolas; aludo a los Estados Unidos de América" (junio del año 10);

—Ward, embajador inglés en México, a Canning: "todos los esfuerzos de Mr. Pointsett, el embajador de los EE. UU. aquí, están dirigidos a minar la influencia de Gran Bretaña" (setiembre del 25);

—Canning a Vaughan, embajador inglés en EE. UU.: "no podemos permitir o tolerar... la confesada pretensión de los EE. UU. de colocarse al frente de la Confederación de todas las Américas" (febrero del 26);

—Canning a Dawkins, embajador al Congreso de Panamá: "cualquier proyecto para colocar a los EE. UU. al frente de una Confede-

ración americana... causaría el mayor desagrado a este gobierno" (marzo del 26);

—Parish, embajador inglés en Buenos Aires, a su cancillería: "ha habido en ésta mucha intriga contra nuestro tratado... principalmente por los yanquis" (febrero del 25).

Y terminemos con un documento que fue premonitorio.

En enero del año 24, el embajador inglés en la corte española informó a su gobierno la discusión que tuvo con el conde Onfalia: "Hizo una larga disertación sobre la creciente influencia y el poderío de los EE. UU., expresando la opinión de que si ocurriera la separación de España y sus Colonias, México al menos, si no la mayor parte de las otras colonias sudamericanas, caería finalmente bajo el dominio de los EE. UU. (...) que sólo estábamos acelerando la llegada del día en que la estrella de nuestra prosperidad palideciera ante la de nuestros descendientes poderosos". Sencilla verdad.

3. LA REVOLUCION DE LA BANDA ORIENTAL

"Con pistola y puñal en mano".

En diciembre de 1810, el Comandante de Marina de Montevideo —José Salazar— informaba a las autoridades con respecto a los hechos ocurridos: "Que había un plan general para revolucionar toda la América del Sur y del Norte bajo los mismos principios es indudable; que había agentes y conspiradores en todas las principales ciudades, lo es también (...) Que los más interesados en la independencia de las Américas son los extranjeros es una verdad que no puede dudarse y de que cada día tenemos más reiteradas pruebas". Acertados informes, como lo vimos ya. Enfoquemos de nuevo la mira a la zona del Plata, y reseñemos, a fin de proseguir, los acontecimientos que se anticiparon a la revolución oriental:

—a mediados de 1806, se produjo el ataque de los invasores ingleses, extendido después a la Banda Oriental, como lo detallamos (se comportaron como todos los conquistadores; en Maldonado, denuncian sus vecinos que "después de amenazas, insultos y golpes, nos conducían a los calabozos... no sólo nos robaron ropa, dinero, alhajas y utensilios, hicieron pedazos los muebles y todo lo que no les fuera útil, destrozaron muchas efigies e imágenes santas en las casas en que encontraron, sino que también en algunas de ellas registraron, sin el menor rubor, las mujeres por si tenían algún dinero oculto y a algunas les quitaron parte de las ropas que tenían puestas, abusando de otras por la fuerza");

—reconquistada Buenos Aires por las tropas de Montevideo, al mando de Liniers, el virrey Sobremonte, incapaz y cobarde, fue depuesto por el vecindario, motivando, en el informe que citamos antes, esta amarga reflexión de Salazar: "El señor Liniers fue elevado a virrey de estas provincias, por el pueblo que depuso al señor marqués de Sobremonte; y no se sabe qué hubiera traído peores consecuencias al estado: si la continuación del señor Sobremonte y la pérdida de estas provincias, que era consiguiente, o si dar el escandaloso ejemplo de

deponer a un virrey, pues hay circunstancias en que sólo un ángel podría decidir";

—se produce, después, la invasión de las fuerzas francesas a suelo español y la prisión del rey Fernando VII (1808); llegan los diferentes emisarios (Sassenay para que demos reconocimiento a José Bonaparte, coronado por los invasores; Goyeneche para que organicemos juntas de resistencia como está sucediendo en España; el brigadier Curado para que nos pongamos bajo la protección de Portugal; Belgrano, Castelli, los Rodríguez Peña, Vieytes y demás americanos —colaboracionistas del invasor inglés— alentaron también ese plan, desestimado a mitad de camino por un cambio de rumbo de Londres);

—Curado, de regreso, encontrándose en Pando con Javier Elío, gobernador de Montevideo, acusa al virrey de traición (Liniers era francés); Elío, receloso de Liniers por algunos problemas anteriores, referidos a su jurisdicción respectiva, recogió la denuncia, que trasmitió sin poderla probar (el virrey lo define como "un energúmeno desenfrenado", al informar los hechos ocurridos, acusándolo por "su ambición de mando"); se le sustituyó; agravó la inconducta con el desacato, agrediendo al propio sucesor, Juan Angel Michelena, que se debió volver a Buenos Aires;

—en setiembre del 8, un "Cabildo Abierto" de vecinos de Montevideo, en medio de la crisis, daba pleno respaldo a su gobernador "desacatado"; según dicen las actas, "un inmenso pueblo" concurrió; según otros informes, "fue cosa de pocos" (declaración de Joaquín Ruiz Huidobro); se constituyó una Junta de gobierno, presidida por Javier Elío, enfrentada al virrey;

—a comienzos del 9, aborta en Buenos Aires una sublevación en contra de Liniers; hubo tres unidades golpistas (gallegos, catalanes y vascos); los patricios (nacidos en la patria), pardos y morenos, con sus destacamentos, sostuvieron, en cambio, al virrey ("mientras se debatía en la fortaleza la separación de Liniers, los señores Peña, Vieytes, Castelli, Belgrano y otros más andaban de cuartel en cuartel, viendo al comandante Saavedra, al jefe de Arribeños... al comandante de húsares... para decidirlos a que sostuvieran a Liniers; concibieron que era preciso dar, por ese medio, un golpe a la influencia de los españoles", según un testimonio); afirmado Liniers en el mando, disuelve los destacamentos insurrectos y apresa a los jefes golpistas (Alzaga, por ejemplo) que son deportados a la Patagonia, de donde los rescatan para Montevideo;

—en mayo, se produce una sublevación en Chuquisaca (aquí los insurrectos son los americanos; los dirige Bernardo Monteagudo); la "cholada", como se le llama porque tuvo apoyo popular, se extendió por el Alto Perú; en julio, Domingo Murillo sublevó a La Paz;

—mientras tanto, llegaba Cisneros, designado virrey por la Junta Central de Sevilla (reducto de la resistencia) para ponerle fin a la que-

rella en torno de Liniers; "no veo más que subordinación", informaba al llegar; Salazar desde Montevideo, vislumbraba las dificultades: "El señor Cisneros... no teniendo un soldado de quien disponer, no hacía ni podía hacer cosas que no agradasen a los Comandantes de los cuerpos; en fin, era casi un virrey coarto";

—las primeras medidas le van a devolver autoridad, y le van a ganar aversión: indulto a los golpistas deportados por la sublevación contra Liniers, recomposición de los destacamentos entonces rebeldes y represión en el Alto Perú (Murillo ejecutado con sus compañeros, obligación de guardar "un perpetuo silencio" sobre lo sucedido y pena de muerte para quien lleve luto por los muertos); destaquemos, de paso, que los ejecutados eran compañeros de la promoción de jóvenes porteños que estudiaran en Charcas con ellos; subrayemos, también, el criterio dispar del virrey: el indulto para los españoles rebeldes y la muerte a los americanos;

—así entramos en el año 10; las noticias que llegan de España anuncian el derrumbe de la resistencia (escribe Letamendi: "no sé lo que es sosiego del espíritu; cualquier ruido me parece que es el principio de la jarana... no habrá que descuidarse en tomar medidas de seguridad, porque bastará que salte una chispa para que todo se incendie... temo el momento de la llegada del primer barco de España"); el temor a la repercusión que tendrá la noticia del final de toda resistencia tuvo razón de ser: el Cabildo le advierte al virrey que los comandantes americanos "no han cesado de celebrar sus juntas y propalar especies sediciosas";

—por fin, se precipitan los acontecimientos: arriban las noticias esperadas (rendición de Sevilla, disolución de la Junta Central), es forzado el virrey a la convocatoria de un Cabildo Abierto ("puesto que el pueblo no me quiere y el ejército me abandona, hagan ustedes lo que quieran", responde Cisneros a la solicitud, aludiendo de modo velado a claras amenazas militares), se pronuncia el Cabildo en contra del virrey (de los 50.000 habitantes, 5.000 son "vecinos"; invitaron apenas a 500, de los que concurrieron 250, que pudieron pasar con permiso de los contingentes de patricios que tendieron un cerco en derredor "negando el paso a los vecinos honrados y franqueándolo a los de la confabulación", según denunciará después Cisneros; el análisis de los sufragios computará 155 votos por la sustitución del virrey, de acuerdo a la propuesta de la que Castelli fuera portavoz, 69 por su permanencia al frente de una junta y apenas sólo 2 por el mantenimiento, sin más, del virrey); no es fácil ubicar exactamente la condición social de los participantes, pero reconocemos 65 militares, 59 comerciantes, 39 funcionarios, 28 profesionales y 27 sacerdotes en la concurrencia;

—intentará, el Cabildo (el Cuerpo capitular, "españolista"), desconocer esa resolución: designará una Junta bajo la presidencia del

virrey; entonces sobreviene la asonada: 400 firmantes (dos de los cuales "a nombre de 600"; quizá los 600 soldados patricios de los dos batallones) exigen la nominación de una lista con nombres y apellidos; formulan amenazas ("que se abriesen los cuarteles, en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces se había procurado evitar") y consiguen salir con la suya: "entrando con pistolas y puñal en mano, varios facciosos en la Sala Capitular, les obligaron a que condescendiesen con sus deseos"; así quedó formada la Junta de Mayo; la presidió Saavedra (el jefe altoperuano de los regimientos patricios) y la formaron, entre sus nueve miembros, dos peninsulares, Matheu y Larrea.

Resumamos: el "partido" de los americanos (perfilado como tal desde que le brindó su colaboración al invasor inglés y después adherido al plan de Portugal), aprovecha de las circunstancias internacionales y asalta el poder. Se nutre, con seguridad, de los resentimientos que se acumulaban, pero fue la expresión de un sector —vinculado a las actividades del puerto— afanado en romper con el lazo del monopolismo. En ese camino encontró la adhesión de algunos españoles, enfrentados al monopolio por sus intereses de clase. Por eso, a la vez que decreta medidas de libre comercio, la Junta afirmó la adhesión al monarca español. Los hombres congregados en la Plaza de Mayo, llevaban el retrato de Fernando sobre los cintillos (y no una escarapela color blanco y celeste, como inventará Mitre). La Junta juró "conservarle su reino". Y cuando las tropas de Belgrano alcen otra bandera diferente (que será la bandera argentina después), se le amonestará severamente, imponiéndole alzar la bandera del rey, y destrozar aquélla.

Aparecieron, pronto, los tropiezos. En el Alto Perú, con sus ricas provincias mineras, Goyeneche —encargado de la represión de los "cholos" rebeldes del 9— desconoce a la Junta. En Paraguay también la desconocen. En Córdoba, Liniers recluta tropas en contra del gobierno (lo prenden y fusilan). En la Banda Oriental, tras las vacilaciones iniciales, predominan las fuerzas adversas a la revolución.

Belén, Maldonado, Melo, Trinidad, San Carlos, Mercedes, Soriano y Colonia, reconocen la Junta porteña y deben desdecirse tras el pronunciamiento de Montevideo (en Colonia, Felipe Cardoso intentó por la fuerza tomar la ciudad, a nombre de la Junta, y no lo consiguió). Unos 20 "blandengues del cuerpo de Artigas" se pasan a las filas revolucionarias del entrerriano Bartolomé Zapata. Algunos comandantes (del Pino, Zermeño, de Viana), se pronuncian a favor del reconocimiento. El emisario de la Junta, Passo, consigue opinión a favor de un Cabildo Abierto de Montevideo, que se rectifica tras las amenazas de Soria y Salazar (junio del año 10). En julio, todavía, los coroneles Murguiondo y Balbín intentaron forzar el apoyo a la revolución, pero sin conseguirlo y son deportados a Cádiz. Mientras la Junta destaca sus fuerzas al Alto Perú y Paraguay, aquí no pasa nada. Aunque tomen

medidas las autoridades, temerosas de que toque su turno si dispone la Junta proceder a la fuerza, como en Alto Perú y Paraguay. Por eso decretaron normas de reclutamiento. Y multiplicaron los impuestos. Y recabaron el pago de los diezmos (interrumpido —porque se destinaban a Buenos Aires, antes— desde que un sacerdote, Alberti, integraba la Junta rebelde que pusiera en prisión al obispo). Por eso —para recaudar— dictaron en agosto una resolución de efectos revulsivos.

Ordenaba certificar el título de propiedad. Quien no pudiera hacerlo, debería regularizar esa anormalidad, porque de lo contrario lo desalojarían. Finalidad fiscal, puesto que se buscara recaudar el producto de compras obligadas. Alcances explosivos, puesto que amenazaba con desalojar a la gran mayoría: millares de "ocupantes" afincados en tierras ajenas o de nadie.

Aclaremos, con unas palabras. Para poder comprar, el peticionante se debe trasladar a Buenos Aires. Formulada allí la petición, debe pagar los gastos de la comisión que se traslada para medir y tasar la tierra. Debe pagar después los gastos que motivó la subasta del predio. Y en caso de ganar en esa puja, debe abonar los gastos de la escrituración. Recordemos que las mejores tierras están acaparadas por los beneficiados de grandes donaciones. Agreguemos que esos trámites se alargan a veces seis años o más, insumiéndole gastos cuantiosos al peticionante. Solamente resulta rentable comprar una gran extensión. Quien no lo puede hacer, levanta su rancho, forma su corral y junta algunas vacas, "ocupando" tierras. El decreto del gobierno de Montevideo amenaza con desalojarlo. Lo empuja, sin saberlo, a la revolución.

Justamente en agosto, en esa misma fecha, al redactar su "Plan de Operaciones" (enfrentado al criterio del librecambismo burgués), Mariano Moreno, miembro de la Junta, aconseja un camino a seguir en la Banda Oriental: "atraerse a dos sujetos por cualquier interés y promesas, así por sus conocimientos, que nos consta son muy extensos en toda la campaña, como por sus talentos, opinión, concepto y respeto". José Artigas es uno.

Abriremos, aquí, un paréntesis largo, para ubicar al jefe de la revolución.

Apellido ligado a la historia de la Banda Oriental, desde que se pobló. Juan Antonio, el abuelo (un español que llegó a Buenos Aires a los 24 años y se casó en seguida con una Carrasco), vino con Zabala. 24 de los 34 primeros vecinos de Montevideo, fueron parientes suyos. Como Alcalde de la Santa Hermandad (jefe de policía de campaña), formó parte del primer Cabildo. Desempeñó cargos capitulares repetidas veces. Le nacieron diez hijos. Le creció la fortuna (tierras en Pando y Casupá, chacras en el Miguelete y arroyo Carrasco, más dos

predios urbanos). Cuando muere, a los 82 años, deja 20.000 pesos además de sus campos.

Ignoramos, con exactitud, la fecha en que nació Martín Artigas, el padre del caudillo de la revolución. Nació en 1733, según solicitud para entrar a la orden de los franciscanos. En el 35, según los documentos de su matrimonio con Francisca Pasqual, hija de terratenientes. En el 38, según el padrón de Aldecoa. O en el 41, de acuerdo al padrón que registra vecinos del Sauce. En el 58 es cabildante (con 25 años, a lo sumo; 17 de acuerdo con el último dato). José, que es el tercero de sus hijos, ha nacido en el 64, en la finca ubicada en Cerrito y Colón. Don Martín ya es un gran propietario, y en su predio del Sauce —"la Azotea"— creció el futuro jefe. Las desventuras de la revolución, costarán la fortuna del padre, muerto en 1823.

Pocos datos, perdidos, sobre la juventud de José.

Según Antonio Díaz, "ha vivido al lado de los montes". "Entregado a la vida libre", agrega, impreciso, de Vedia. "Era muy paseandero", dirá una sobrina, que además agrega: "viste a lo cabildante (alias cagetilla)''. Son los años de su relación amorosa con Isabel Sánchez (de la que nacerá Manuel, primero de tres hijos del caudillo). Los años en que de Vedia lo viera "en una estancia de Bacacay, circundado de muchos mozos alucinados'', ubicando el recuerdo en el 93, "después que abrazó su carrera de vida suelta". Años de su vinculación al contrabando. De Vedia lo menciona "contrabandeando cueros". Ramírez supuso que necesitaba excusarlo: "Fueron contrabandistas todos los que se dedicaban a la industria o el comercio en el Río de la Plata a fines del siglo XVIII. Artigas, siendo joven, aplicó sus facultades excepcionales de actividad, vigor, energía, astucia, al servicio de ese comercio ilícito". "Es casi seguro que en su juventud Artigas fue contrabandista", ratifica el británico Street. Un par de documentos lo mencionan. En Paso de Queguay, el capitán Agustín de la Roza obtiene esta respuesta de un contrabandista capturado en el 94: "preguntado... para quién trabajaba, cuántas tropas eran y sus vaqueros... respondió que había ya cuatro tropas más a cargo de los vaqueros: José Artigas..." Y dos años después, en diciembre del 96, informaba el mismo de la Roza: "Tengo positivas noticias de que está para salir de la barra del Arapey grande... D. Manuel Antonio Portugués, arriando 4.000 animales... y que igual camino lleva otro, llamado Pepe Artigas, contrabandista vecino, conduciendo 2.000 animales".

Unos años después, Artigas describió la situación imperante en campaña ("que ha transitado y andado con mucha repetición"), con este par de frases: "Que desde Santa Tecla hasta las inmediaciones de Santo Domingo de Soriano... no se encontraba gente por haberlas abandonado —tales tierras— a causa del temor de los indios infieles y de los robos (...). Es evidente que nadie posee con seguridad sus vidas y ha-

ciendas en la campaña, máxime del otro lado del Río Negro". Para remediarlo, por consejo de Pérez del Puerto, fue creado el Cuerpo de Blandengues, con sede en Maldonado. Y para reclutarlo, fue decretado, en el 97, un indulto "a los contrabandistas, desertores y demás malhechores". Aludiendo al cuerpo de blandengues y a su composición, el virrey del Pino objetará: "nunca pudo componerse de buena gente". Azara es muy severo cuando los define: "No hay con quién compararlos, siéndoles igualmente desconocidos el honor, pudor, vergüenza, subordinación y respeto." Pacheco coincidió: "matadores, ladrones, bandidos, delincuentes... sólo aspiran al libertinaje" (el capitán Jorge Pacheco habrá de distinguirse por la severidad; le atribuyen haber inventado los "enchalecamientos"). Cuatro condiciones (agilidad, fuerza, un mínimo de altura y no ser portugués) eran las requeridas para ingresar al cuerpo. Al mes de aquel indulto, Artigas es blandengue. En octubre será capitán. Y en el 98 ayudante mayor, aunque "su ingreso irregular impida más rápidos ascensos" como supone Street.

Su actividad será sobresaliente. A comienzos del siglo XIX, lo tenemos junto con Azara, repartiendo tierras en el norte para poblar la zona fronteriza y contener avances de los portugueses. Después pide la baja, alegando doléncia (un viejo reumatismo). Concedida, será comisario de la Guardia del Cordón (1803). A fines del 5 se casa con su prima Rosalía Villagrán, de la que nacerá José María; recibe de su padre un predio edificado de media manzana, más dos servidores. Por ese mismo tiempo, con autorización de Sobremonte, le donan los campos linderos del Arapey, Cañas y Arerunguá (34 leguas; 120 mil cuadras). Eran tierras vecinas de las que tenía entre los arroyos Laureles y Tacuarembó, con una superficie parecida. Agregando sus tierras sobre el Cuñapirú (donadas por Azara; 230 mil cuadras, calcula Beraza), llegamos a la cifra que suma Vázquez Franco: es un terrateniente con 470 mil cuadras de campo de su pertenencia.

Incorporado de nuevo al servicio, combate con Liniers en Buenos Aires y luego en la defensa de Montevideo. El sargento Ramírez de Arellano lo destaca, junto con otros jefes, por su "enardecimiento". Después, ya liberados, lo mandan al destacamento de Colonia. Hizo allí los contactos que Moreno propuso en el 10. Entramos a la etapa revolucionaria.

Un par de antecedentes. La sobrina, Josefa, recuerda que su tío, junto con los hermanos, Barreiro, Monterroso, Otorgués y algunos otros más, empezaron la conspiración en la estancia de Pérez, en Las Piedras (" Monterroso indicaba a don José Artigas para asumir la dirección del movimiento"). Y Benigno Martínez, según información de De María, atribuye al capitán Artigas haber "instigado" el levantamiento de Pancho Ramírez, López Jordán y Zapata, en campos entrerrianos. Según la tradición, hay un primer encuentro en Casa Blanca, el 11 de febrero,

ya del año 11. El cura Silverio Martínez, Ramírez y López Jordán, sorprendidos allí, cerca de Paysandú, habrían sido arrestados. Ariosto Fernández, analizando detalladamente el episodio, desmiente su veracidad.

Ordenemos los hechos del año 11.

El 12 de febrero, Montevideo le declara la guerra a la Junta porteña. El 15, el capitán Artigas se fugó de Colonia junto con Hortiguera, Enríquez de la Peña y otros siete soldados. Pasó por Paysandú y por Santa Fe, para llegar después a Buenos Aires tras larga cabalgata (3 semanas enteras; debió ligar contactos en el litoral). Salazar, que le reconoce autoridad ("en diciendo Artigas en la campaña todos tiemblan"), relata el episodio con estas palabras: "cada pueblo por donde pasaba lo iba dejando en completa sublevación". Cuando Artigas está en Santa Fe, estalla la revuelta, precipitadamente. "Ya no es posible de ningún modo contener la gente", escribe Pedro Viera, justificando el apresuramiento. La montonera congregada por Viera y Benavídez a orillas del Asencio, ocupó, el 28, Mercedes y Soriano ("no es una partida de salteadores como se ha divulgado por estos destinos", oficiaron a los gobernantes locales, aunque algún expediente posterior, de fuentes enemigas, vuelva a calificarlos de "ladrones"), disponiendo en seguida comunicar el hecho al capitán Artigas. Viera, nacido en Río Grande, habrá de ser después enemigo de Artigas. Benavídez habrá de morir enfrentado también a la revolución, en filas españolas, defendiendo Salta (1813: "se colocó en medio de la calle donde el fuego era más vivo, hasta que atravesado por una bala que le rompió el cráneo cayó en el suelo sin vida").

A lo largo de marzo, brotan por todos lados montoneras, totalizando dos mil insurrectos. Laguna en Belén, el paraguayo Ojeda por Tacuarembó, Delgado en Cerro Largo, el santiagueño Basualdo por el Lunarejo, Bustamante en Maldonado, los Lavalleja en Minas, Rivera en el Yí, Vázquez en San José, Manuel Artigas en Santa Lucía, comandan esas tropas. El 3, Paysandú pasó a manos rebeldes. El 6, arribó a Buenos Aires, Artigas. El 20, Javier Elío, titulado virrey, amenaza a toda la campaña: "mirad que a mi sola orden entrarán cuatro mil portugueses. y con la expedición que ha salido a la campaña, cogidos entre dos fuegos, ni podéis escapar, ni entonces os valdrá el arrepentimiento; todavía ahora tenéis ocasión; retiraos, os digo otra vez, a vuestros hogares, y si no me obedecéis, pereceréis sin remedio, y vuestros bienes serán confiscados". Al mes, justamente, de Asencio, Artigas está en Paysandú, de regreso. La Junta lo nombró teniente coronel y prometió ayudarlo con 5.000 pesos, de los que adelantó solamente 200. Expresa su disgusto por ciertos desmanes provocados por tropas rebeldes en Soriano y su preocupación por la desavenencia que surgió entre Viera y Benavídez.

En abril, comienza la ofensiva revolucionaria. Los rebeldes ocupan Florida y Artigas formula, en Mercedes, su primera proclama. Después

ocupan, sucesivamente, Trinidad, Paso del Rey, Colla ("contesten vuestras mercedes si se sujetan o no a las órdenes de la Excelentísima Junta que tan sabiamente nos rige, guardando los derechos de nuestro rey", pregunta Benavídez; "de lo contrario entraré pasando a cuchillo a todos sus contrarios... solamente doy de plazo para su contestación cinco minutos"), Minas, San José, Santa Lucía, Melo, San Carlos y Maldonado.

A comienzos de mayo, ocuparon a Rocha y a Santa Teresa. El 17 confluyen las fuerzas de Artigas y su hermano.

Revisemos, aquí, las fuerzas que adhieren a la revolución, en sus primeros pasos, y ubiquemos a los enemigos.

A favor, la campaña. Los gauchos, por supuesto, hombres "solos y sueltos", que no tienen lazo familiar ni se radican en un lado fijo. Mestizos de mestizos, con la sangre cruzada de charrúas, entrerrianos, santafesinos y paulistas (mestizos a su vez), son los hombres errantes de los campos abiertos del norte, que padecen la persecución y discriminación. Marginados de la sociedad, no tienen el "hábito" de trabajar, salvo por excepción ("cuando no tengo una camisa me conchabo y cuando la tengo me paseo", dirá Benavídez en un expediente). Viven en el desamparo y en la delincuencia en provecho de ajenos (el trasiego de vacas que los estancieros venden a Brasil). Se les puede aplicar lo que dice Zum Felde: "El godo es, para él, la dominación orgullosa, la autoridad arbitraria, el despojo de la libertad y de la tierra... la policía que persigue, encarcela y mata... la altanería patronal que relega y humilla ... la injusticia opresora que se impone por la fuerza".

También los "ocupantes", amenazados por el desalojo ("descontentos por la contribución que el gobierno acaba de imponer", según dirá Posadas después de Las Piedras). Aunque Vázquez Franco subraye que "nada les promete (Artigas) ni nada les pide; entre Artigas y los contingentes populares que espontáneamente lo rodean, no hubo compromiso".

Más los terratenientes, enfrentados al monopolismo. Artigas lo anotaba en su primera proclama: le ofrecieron "sus personas y bienes"; y vuelve a destacar más adelante: "no eran los paisanos sueltos, ni aquellos que debían su existencia a su jornal o sueldo, los solos que se movían; vecinos establecidos, poseedores de buena suerte y de todas las comodidades que ofrece este suelo, eran los que se convertían repentinamente en soldados". En esa lista caben, junto con Artigas, García de Zúñiga, Rivera, Martínez de Haedo, los Durán o Vega. Importa destacarlo. Cuando el artiguismo, por su discrepancia con la dirigencia porteña se convierte después en partido, esos estancieros, por su condición de letrados, han de ser sus voceros (delegados, gobernantes provinciales, diputados), frenando largamente la proyección social del artiguismo.

Agreguemos, por fin, a los curas rebeldes. Vigodet había dicho,

escribiéndole al obispo Lué: "los pastores eclesiásticos se empeñan en sembrar cizaña, en enconar los ánimos y alterar el orden (...), los curas han sido los más declarados enemigos de la buena causa sin exceptuar uno". Salazar informaba: "los curas de los pueblos son los que más parte han tomado en esta revolución". Un delator de Minas revelaba que "el teniente cura tiene armas largas, igual que el cura". La lista de los sacerdotes rebeldes es larga. Martínez y Mestre, en Paysandú, Figueredo en Florida, Valentín Gómez en Canelones, Gomensoro en Soriano (en el libro de las defunciones registró la muerte de "la tiránica jurisdicción de los virreyes"), Gregorio Gómez en San José, Jiménez en Minas, de la Peña en Colonia, Arbolella en Rosario, Ubeda en Trinidad, Monterroso, Pérez Castellanos, Larrañaga y Lamas en Montevideo.

E n la capital, justamente, se congregaron las fuerzas enemigas. Armadores y fleteros, como Berro, que gozan de los privilegios del puerto. Exportadores (los saladeristas de la zona vecina), como Buxareo. Importadores (caso de los negreros, como los sucesores de Maciel). Abastecedores de la plaza (como los molineros; Batlle, por ejemplo). Y "doctores" (como Nicolás Herrera), que recibieron en las aulas metropolitanas una formación conservadora, a diferencia del sesgo liberal, infiltrado, como vimos, en Charcas.

División a veces imprecisa. En algunas familias, como los Zufriategui, veremos adherentes a uno y otro bando.

El 18 de mayo se encuentran en Las Piedras las dos fuerzas. Mil revolucionarios, armados con pocos fusiles (que disparaban dos tiros por minuto, con un alcance de dos cuadras y media), boleadoras, lanzas de medialuna, puntas de tijeras de esquilar y dos cañones con un alcance de 1.500 metros. 1.200 enemigos, desmoralizados por la indisciplina y por la deserción (en medio del combate, Rosales, jefe de su caballería, se pasó con sus fuerzas a los artiguistas). Combatieron allí, con Artigas, dos notabilidades: los sacerdotes José Valentín Gómez y Santiago Figueredo ("de los primeros que avanzaron sobre las filas enemigas", dice el parte del jefe); los dos serán rectores de la Universidad de Buenos Aires. Mueren 20 soldados de la revolución. El libro de difuntos de la capilla pedrense los registra, como también anota a los que se conoce por un sobrenombre, o son desconocidos ("un indio, cuyo nombre ignoro, que murió de heridas recibidas"). Precio de una victoria que pudo parecer, entonces, decisiva.

4. EL PROCESO ARTIGUISTA

"Una comparsa de gauchos transformados en mariscales".

Al vencer en Las Piedras, las tropas artiguistas avanzaron hasta la capital ("ya estamos colocados a la lengua del agua sobre un peñasco en el Río de la Plata... las puertas de la ciudad están cerradas y todos los días hay que dispararles cañonazos para dispersarlos del Cordón", informaba, dolido, un vecino español). Al sitio (21 de mayo) siguió la victoria en Colonia (Benavídez, el 26). Recordemos que las tropas insurrectas están subordinadas a la Junta porteña: "la Excelentísima Junta que tan sabiamente nos rige". Y recordemos que son fernandistas, alzando la bandera del rey preso (procurando "mantener ilesos estos preciosos dominios de nuestro infortunado rey", según escribe Artigas en abril, repitiéndolo el 20 de mayo, después de Las Piedras, con iguales palabras y llamándolo "amado soberano" en otro documento de la fecha: "la Exma. Junta Provisoria sostiene sólo la causa de nuestro augusto monarca, don Fernando VII").

Pero tras la victoria, los reveses. El 20 de junio, las tropas de la Junta que operaban en el Alto Perú, son batidas en Huanqui, sobre el Desaguadero, desguarneciendo al norte (antes, el 9 de marzo, Belgrano había sido batido por los paraguayos, en Tacuarí). El 15 de julio, la flota española atacó Buenos Aires, bombardeada y bloqueada ("con la mecha en la mano, y en el preciso término de dos horas, espero la decisión de esa Junta; de ella depende o la paz y la felicidad de Buenos Aires o la más terrible destrucción", amenazaba Michelena; y contestó la Junta: "ni el tono valentón con que insulta, ni el amago de su ferocidad por unos medios solamente capaces de ejercitar su entono sobre imbéciles e impotentes, serán bastantes a desviar al pueblo y al gobierno de Buenos Aires de las justas medidas con que resiste las osadas tentativas del que ataca"); Elliott, un capitán inglés, le prestó acatamiento al bloqueo, motivando la protesta de la Junta ante el embajador inglés en Río (y Elliot fue relevado por el capitán Ramsay). El 23 de julio comenzó la invasión portuguesa: divisiones al mando de

Souza, Mena Barreto y Curado, llamadas al socorro de Montevideo. Se apoderan de Melo y avanzan, cometiendo atropellos. Pascual de Rivas, el párroco de Melo, deberá reclamar que le devuelvan el cáliz de la misa, robado por los invasores. Oubiña, el cura de Pintado, era más elocuente: "me han dejado sin camisa". De la Sota relata que se llevaron para Río Grande 700.000 caballos y dos millones de vacas.

Así pasan dos meses y medio, prolongando este sitio infructuoso (Montevideo es una plaza fuerte bien amurallada y protegida por su fortaleza; se abastece por mar), mientras los enemigos amenazan bajar desde el Alto Perú, controlan las aguas del río y logran, a través de sus nuevos aliados portugueses, penetrar a la Banda Oriental. En esas circunstancias, Buenos Aires decidió negociar un acuerdo de paz: el levantamiento del sitio a cambio de la evacuación portuguesa y del levantamiento del cerco naval. Estamos en octubre. Los orientales serán enterados por un emisario porteño (J. J. Pérez). Discutieron dos veces la proposición (en la panadería de Vidal y en la quinta "de la Paraguaya"). Allí se congregaron "más de 100 vecinos". Según Cáceres cuenta, "el canónigo Ortiz replicó que si no había lanzas no faltarían garrotes y hasta con los dientes y las uñas se podía combatir". Artigas anunció su decisión de retirar sus fuerzas "a cualquier punto donde pueda ser libre" ("para no perder sus inmensas caballadas" necesarias para reanudar el combate), de confirmarse lo que se proyectaba. El 20 de octubre, con las tropas artiguistas retiradas hacia San José, la Junta concretaba el armisticio "terminando las desagradables diferencias". Artigas, elegido Jefe de los Orientales en la segunda de las asambleas, es designado por la dirigencia porteña comandante de las fuerzas de Yapeyú, en la banda occidental del Uruguay. La Banda Oriental debía ser evacuada y devuelta al gobierno de Montevideo. Rondeau, al mando de las fuerzas auxiliares incorporadas al sitio con retardo, embarcaba para Buenos Aires.

Con Artigas, el pueblo. "Toda la Banda Oriental me sigue en masa", le escribe a Galván. Y después complementa: "unos quemando sus casas y los muebles que no podían conducir; otros caminando leguas a pie... por haber consumido sus cabalgaduras... mujeres ancianas, viejos decrépitos, párvulos inocentes, acompañan esta marcha manifestando todos la mayor energía y resignación, en medio de todas las privaciones". Sumaban 4.000, según los primeros informes. 6.000, dice Artigas el 7 de diciembre. 8.000, informará Berrutti. 11.000, según Cáceres. 16.000, dice Carlos Anaya, aludiendo al campamento del Ayuí. Una marcha de padecimientos: la "redota", como dirán los gauchos ("el éxodo", bautizará Fregeiro, describiendo en el 83 la magnitud del acontecimiento y apelando a la imagen de la Biblia). Rondeau lo explicaba: "en muchos ha movido a esta resolución el temor de los portugueses". Y agregará Bauzá, complementando: "Sabían perfectamente que despo-

blando al país con su ausencia, derrotaban al enemigo, que se veía en la precisión de huir, perseguido por el hambre". Buscaban protegerse con la tropa; se ligaban, confiados, al jefe (cuya jefatura se ratificaba con ese plebiscito de confianza) y complicaban el plan portugués.

"Su tropel es un ejército de ladrones, de homicidas y de delincuentes detestables", dirá la Gaceta de Montevideo. "Una comparsa de gauchos transformados en mariscales". El pueblo, simplemente. Sobran las referencias. El cura Figueredo relataba: "más de 80 matrimonios poblaban la Florida, y de todos sólo seis han quedado y tal vez contra su voluntad". A Fray Ubeda lo siguen "todos sus feligreses". Un tal Cáceres, viejo, testimonia que entendió su deber integrarse a la marcha "para sostener, ya que no con los brazos, imposibilitados por el peso de los años, a lo menos con su conducta" a la tropa artiguista (y allí, con dos hijos, va don Martín, el padre del Caudillo, más que septuagenario). "Han venido los mancebos con sus mancebas", informa Figueredo. Y Artigas: "los indios infieles abandonando sus tolderías, inundan la campaña, presentándome sus bravos esfuerzos". Como dirá Rondeau: "toda la campaña queda hecha un desierto; me aseguran que pueblos de numeroso vecindario se abandonan sin quedar en ellos un solo hombre". Episodio sólo similar al que repetirán vecinos de La Habana escapando de Boves y siguiendo a Bolívar después de la derrota de La Puerta (1814), los venezolanos de Apure emigrando con Paz, huyendo de Morillo (1816) y los chilenos que abandonan el sur después de Talcahuano (1818). Conglomerado al que ligan la solidaridad y la rabia impotente por la transacción. Aunque Artigas destaque que no desconoce la subordinación que debe a Buenos Aires.

El trató de impedir que aquella muchedumbre ("jubilosa", dice Sara de Ibáñez, aludiendo, quizás, a la confianza y a las convicciones que tiene) lo siguiera. "Hice uso de cuantos medios estaban a mi alcance para evitar la emigración", según informa. "Considerando los embarazos que presentarían para la actividad de mis marchas, las dificultades y tropiezos que ellas mismas debían experimentar y los pocos auxilios que yo podía ofrecerles... no se perdió diligencia para persuadir a todos... mis circulares publicadas por bando en todos los pueblos, son pruebas de esta verdad". "Siento infinito no se hallen los medios de poderlas contener", dice a Mariano Vega ("aconséjeles que les será imposible seguirnos"), pero se complace, por cierto de su resolución: "miraba con secreto placer la determinación magnánima de mis paisanos (...) si no se convencen por estas razones, déjelos Ud. que obren como gusten". Rondeau reconoció que lo siguieron obrando libremente: "sin que basten persuasiones para contenerlos en sus casas". A pesar de lo cual se origina, sobre tal episodio, la "leyenda negra". Vedia dirá que "sus mandantes amenazaban con la muerte a los que eran morosos y no fueron pocos los que sufrieron la crueldad de los

satélites de Artigas; este hombre impasible parece que se complacía en la sangre que hacía derramar y en verse seguido por tan numerosa población". Vicente López escribió que Artigas "arreó por delante de sus jinetes todas las familias de las aldeas y vecindarios que pudo haber a la mano, sin que nadie pudiera poner el pie en lo que él miraba como su propiedad personal(...) hizo saquear y quemar las casas, destruir todo lo que no podía moverse, hasta las aves caseras, y empujando por delante de sus hordas ese inmenso rebaño, castigando y degollando a los resistentes, aunque fueran mujeres, los empujó a la margen derecha del Uruguay y formó en el Ayuí, de horrible recordación, un campamento, toldería o amasijo informe, monstruoso, de entes humanos", describiendo el campamento como "un aduar de miserias, de crímenes, de inaudita relajación moral en que las familias vivían al antojo de la canalla desalmada, de los criminales y de los forajidos". Berra repetirá en el Uruguay: "arrastró por la fuerza a la gente". Todo sin un solo documento que permita siquiera suponerlo así.

Una marcha penosa y colorida. Se suceden partos, bautismos, casamientos y entierros, abandono de los que se quedan al margen del camino "por no poder seguir", fusilamiento de algún delincuente y combates con las avanzadas portuguesas. Calcula Campal que avanzando "en fila india", debieron cubrir una cinta de 50 kilómetros "y los campamentos nocturnos, con los campos necesarios para pastoreo, deben haber abarcado en conjunto no menos de 10.000 hectáreas; todos los días se habrán faenado 100 reses vacunas para el abasto de la carne". Al comenzar 1812, cruzan el Uruguay ("los hombres a nado, o agarrados a la crin o a la cola de los caballos; las familias en hombros, o en balsas, o en pelotas de cueros... cruzaron el cauce las familias; las tropas después; Artigas, por fin, con su estado mayor", relatará Zorrilla).

Allí, Artigas redacta un padrón detallando a sus acompañantes. No incluye a la tropa, sino a "las familias", comprendiendo sus esclavos y anotando sus carruajes y carretas (900). Un verdadero censo de la composición social del vecindario:

—25 familias (de 880; el 3%), tienen muchos esclavos (más de cinco) y sus bienes promedian los 700 pesos por persona; allí están los Artigas —don Martín llevaba tres carretas y 8 esclavos suyos— y Pablo Perafán, el padre de Rivera, con 7 carruajes y 16 esclavos; para estimar el precio se puede recordar que Juan Martín Artigas, el abuelo, compró en 1769 un esclavo, Gonzalo, de 16 años, en 150 pesos; lo compró don Martín a los otros herederos en 250 pesos, diez años después, y lo vendió en el 84, por 300 pesos; recordemos que una res valía unos pocos reales y que un sueldo mensual de 5 pesos se consideraba suficiente;

—130 familias (14%) tienen varios esclavos (hasta cinco) y bienes que promedian los 125 pesos por persona;

—450 familias (52%) llevaban un transporte con su mobiliario, sin tener esclavos (sus bienes promedian los 50 pesos; es la clase media, integrada por los "ocupantes" de tierras);

—270 familias (31%) no tienen esclavos ni llevan transportes; carecen de bienes;

—se contabilizan 500 esclavos (el 12% de la población computada).

Son cifras incompletas, pues Artigas advierte que no se computan, además de la tropa, ni los hombres "sueltos", ni las familias que acampan distantes ni "los que van llegando".

A comienzos del año 12 están en el Ayuí. Prosigue, mientras tanto, la penetración de fuerzas portuguesas, violando los acuerdos. Por fin Rademaker y Herrera firman un armisticio a nombre del gobierno portugués y Buenos Aires, el 26 de mayo. De Souza, impulsado por los terratenientes del sur del Brasil, se muestra reticente en acatarlo. Artigas, a la vez, liga sus relaciones con el Paraguay.

Los contactos se remontan al 7 de diciembre (durante la marcha) cuando Artigas, desde las orillas del Daymán, despacha un emisario —es el capitán Arias— para pedir ayuda y ligar la común ofensiva contra los portugueses. En las instrucciones que le diera el Jefe, figura esta expresión: "los vecinos orientales se consideran uno con los paraguayos". Identificación que Paraguay confirma. Bartolomé Laguardia —el capitán que llegó hasta el Ayuí, portando un cargamento de yerba y tabaco (la respuesta elusiva respecto a la ayuda que se requería), informará a los suyos: "El General (Artigas)... es paraguayo en su sistema y pensamiento, y tan adicto a la provincia del Paraguay, que protesta guardar la unión con ella, aun rompiendo con Buenos Aires, por tener conocidos los sinceros sentimientos del gobierno de aquélla y malignos del de ésta, principalmente hallándose persuadido que unido este ejército con el Paraguay, se hará esta Banda inconquistable". Destacando, de paso, que los orientales están "subordinados al General y endiosados a él".

Artigas agradece vivamente: "bastan las delicias que proporcionó este instante a los orientales para jurar una gratitud eterna a los paraguayos"; "no hay dos pueblos más estrechamente unidos, ni con los vínculos más tiernos, más sinceros, más firmes, más llenos de dignidad y grandeza". Pero insiste en su proposición para que "nos franquee (Paraguay) 500 hombres armados para ayudar a la toma de los pueblos orientales de Misiones"; "nos basta sólo que V. S. determine un movimiento oportuno, aunque no sea más que amagante, sobre el Paraná y Curuzucuatiá, para que teman entre V.S. y yo una combinación".

Unos meses después, el 14 de junio de 1812, arriba al campamento de los orientales Manuel de Sarratea, uno de los nuevos gobernantes porteños. Se le confirió la comandancia de las tropas que deben retornar a la

Banda Oriental, reanudando las operaciones (Güemes consolidó las fronteras al norte). Es la sustitución del General Artigas, a quien Buenos Aires mira con recelo desde las discrepancias del año 11, convertido en disgusto desde que la "redota" le afirmó el liderazgo. El soborno y la difamación habrán de ser las armas del comisionado para dividir las fuerzas artiguistas. Con esas artimañas ganó la adhesión de Valdenegro, Pedro Viera, Vargas, Ventura Vázquez y el cura Figueredo ("introducido en mis campos el fuego de pasiones diferentes, se ha desmembrado prodigiosamente; sin embargo, el resto de los ciudadanos orientales, que en el seno de la pobreza mayor continúan a mis órdenes, puede aún presentar el terror a los esclavos que se nos atrevan''). Cáceres comentará: "desde entonces, quizá, tuvo cierta predilección por los gauchos, pues le he oído decir que había encontrado más virtud o constancia en ellos, que entre los hombres de educación". Y Artigas escribe: "ellos hicieron ver entonces que no obedecerían otras órdenes que las mías, y protestaron que no marcharían jamás, no marchando yo a su cabeza".

Se multiplican las denuncias artiguistas contra Sarratea (aunque Artigas evita llevar el conflicto a la separación; en agosto decide "no admitir la propuesta'' de sus partidarios que quisieron formar una Junta, separada de la de Buenos Aires) mientras que las vanguardias orientales al mando de Culta, sitian a Montevideo (1º de octubre; allí se le sumó Manuel Oribe, casi un adolescente). Siguiendo a Sarratea, Artigas, con sus hombres, responde a los agravios: "este insulto es a todos". Cuando cruzan el Yí, casi a fines del 12, el Jefe denuncia la complicidad del gobierno porteño: "El pueblo de Buenos Aires es y será siempre nuestro hermano, pero nunca su gobierno actual". A comienzos del año siguiente, descubierta la confabulación que tramó asesinarlo ("yo he tenido en mis manos las ricas pistolas que Sarratea mandó a Otorgués para este fin, mas Otorgués era pariente de Artigas y le descubrió la trama, a pesar de que le chupó muchas onzas a Sarratea", cuenta Cáceres), Artigas opera contra el comisionado y consigue expulsarlo. En febrero, incorpora sus fuerzas al sitio.

Estamos en 1813. En enero, empezó sus sesiones en la capital una Constituyente, con participación de todas las provincias. El Congreso de Abril (efectuado en el campamento sitiador de Artigas situado en las Tres Cruces) designó nuestros representantes a tal asamblea y les dio su mandato. En junio, la Constituyente rechazó su admisión. En diciembre, un segundo Congreso Provincial (el de la Capilla Maciel), manejado de acuerdo con los intereses porteños, enmienda las resoluciones del primer Congreso y precipita la separación. Son los hechos que vamos a ver.

Artigas convoca a los Representantes sin advertirles siquiera el motivo de la convocatoria ("el objeto de esta invitación le será pre-

venido al diputado que fuere electo, luego que verifique su llegada"), lo que excluye que se puedan haber discutido los puntos del temario que se les propondrá. Demorados a causa de la lluvia (y el estado en que deja los caminos) algunos de los Diputados serán sustituidos, "digitando" el Jefe la sustitución: "don Miguel Bonifacio Gadea, representante de aquel vecindario (le informa a Soriano) llegó tarde, pero la falta se remedió, y sufragó por ese pueblo y su jurisdicción el ciudadano Manuel Martínez de Haedo". Comenta Capillas de Castellanos: "es juicioso imaginar que tampoco pudieron hacerlo (llegar), impedidos por la distancia y las inclemencias del tiempo, los representantes de los pueblos situados al norte del Río Negro".

En esas condiciones comienza el Congreso. Conservamos en actas la "oración inaugural" de Artigas:

—empieza por recabar que se le ratifique como Jefe: "mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana", dice con la expresión que ha sido repetida (recordemos que algunos han sido elegidos por él). Agrega que si están otra vez a las puertas de Montevideo, es gracias al esfuerzo de su conducción: "ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos, y ved ahí también todo el premio de mi afán". Por eso presenta "de nuevo mis sacrificios y desvelos, si gustáis hacerlo estable"; "ahora en vosotros está el conservarlo";

—después les informa el motivo de la reunión: "la Asamblea tantas veces anunciada, empezó ya sus sesiones en Buenos Aires; su reconocimiento nos ha sido ordenado; resolver sobre ese particular ha dado motivo a esta congregación";

—entonces les pregunta "si debemos proceder al reconocimiento de la Asamblea antes del allanamiento de nuestras pretensiones";

—y les anticipa respuesta: "yo opinaré siempre que sin allanar las pretensiones pendientes no debe ostentarse el reconocimiento y jura que se exigen... examinad si debéis reconocer la Asamblea por obedecimiento o por pacto. No hay un solo motivo de conveniencia para el primer caso que no sea contrastable en el segundo";

—por fin les subraya que nuestro recelo no debe conducirnos a la separación: "esto, ni por asomo, se acerca a una separación nacional; garantir las consecuencias del reconocimiento, no es negar el reconocimiento".

Vázquez Franco destaca que, "nadie era alguien para oponérsele", apunta que ninguno de los diferentes congresos artiguistas fue representativo ni tuvo facultad para autoconvocarse, y anota, claramente, la composición social que tuvo el Congreso de Abril (por algo Artigas les recuerda "el exterminio de vuestras haciendas" y les rememora su "opulencia antigua"). Sala de Tourón, De la Torre y Rodríguez coinciden: "todos ellos (los congresales) pertenecen al sector económicamente más poderoso, predominando los hacendados". Vázquez va más lejos:

"las clases populares no están presentes en las preocupaciones del Congreso de Abril".

Se aprobó la propuesta del Jefe: condiciones al reconocimiento (desagravio de Artigas, compromiso de mantener este segundo sitio, mantener los auxilios porteños, conservar a Rondeau como jefe de las mencionadas fuerzas auxiliares, devolución de pertrechos con los que se quedó Buenos Aires, etc.).

Se aprobaron las 20 instrucciones. Allí reconocemos cuatro postulados:

1) la independencia: "pedirá la declaración de la independencia absoluta de estas Colonias, que ellas están absueltas de toda obligación de fidelidad a la corona de España... y que toda conexión política entre ellas y el estado de la España, es y debe ser totalmente disuelta".

Es la primera vez que se lo dice (y bastaría para resaltar la importancia que tiene el documento). Destaquemos el plural: la provincia declara su independencia ligada a las demás. Y recordemos que la dirigencia porteña (que recién proclamará la independencia a la mitad del año 16) proyecta, mientras tanto, convertirse en una dependencia colonial inglesa ("estas provincias son inhábiles para gobernarse a sí mismas y necesitan una mano exterior que las dirija", dice Alvear; "desean pertenecer a Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso").

2) la organización republicana: "la Constitución garantirá a las Provincias Unidas una forma de gobierno republicano".

Eso, mientras los dirigentes porteños se afanan en buscar un candidato a la corona.

Todavía tres años después, el Congreso de Tucumán (el que proclamará la independencia el 9 de julio de 1816, resuelve "negociar el restablecimiento de una monarquía constitucional... ya fuese con un príncipe español, si se podía, ya con un inglés o de otra casa poderosa". Empieza la ronda de los candidatos. Belgrano y Rivadavia, comisionados a tales efectos, escriben desde Londres a Carlos IV, el destronado padre de Fernando, para comunicarle "que ninguna otra forma de gobierno, salvo la monárquica, está de acuerdo con las costumbres del pueblo y ningún otro príncipe extranjero puede dar tanta seguridad al bienestar y prosperidad como un miembro de la familia de Vuestra Majestad". Y para remediar la imposibilidad de que Carlos, por su edad y salud, se moleste en venir, le sugieren un cambio: "que Vuestra Majestad ceda gustoso a favor de su benemérito hijo, don Francisco de Paula, el dominio y la soberanía sobre estas provincias, constituyéndolo Soberano independiente de ellas". Irigoyen y Terradas eran comisionados a la vez para ver a Lecor y conectarse con la corte de Río. Se trataba de ofrecer la corona al infante Sebastián: "propondrán la coronación de un infante del Brasil en estas provincias o la de

Con respecto a la Banda Oriental, se dispone la celebración de un segundo Congreso, que organizará Rondeau en su campamento (al otro lado de Montevideo, alejado de las fuerzas artiguistas). Artigas lo aceptó, a condición de que los diputados pasaran antes a verse con él, para recibir de nuevo las mandatos votados en abril. Pero Rondeau alentó la división ("el paso que Ud. ha dado fomenta la división", advierte expresamente). Reunido el segundo Congreso (diciembre; en la vieja Capilla de Maciel) sin que sus diputados recibieran antes el mandato de Artigas, se produce la crisis. Un mensaje artiguista formula advertencias sobre lo que resuelvan. Francisco Martínez, el cura de Soriano, replica airadamente: "pregunto: ¿quién es don José Artigas para dar leyes y prescribir reglas a los representantes de los pueblos de esta Banda reunidos en este respetable Congreso? Señores, si antes de haberse leído el oficio de D. José Artigas, se hubiera sabido lo que contenía, debía no haberse abierto, pero ya que se ha leído, soy del parecer que no se le conteste". Así se resolvió. Al final, un segundo emisario artiguista los entera que el Jefe anulaba todo lo resuelto. Y registran las actas esta intervención, acerca del alcance de su jefatura: "Quiere decir que es jefe de los pueblos? Y todos, a una, que no. Hasta su mismo hermano, que no". Se abrió, pues la segunda fisura en la revolución oriental. A los que abandonaron al Jefe en el Ayuí, se le suman los que respaldaron a Rondeau (y allí están Castellanos, García de Zúñiga, Bruno Méndez, Durán y demás encargados del "gobierno económico" de la provincia pocos meses antes).

Entramos al año 14. El 20 de enero, Artigas con sus tropas, abandona el sitio. El 11 de febrero, con ese motivo, Gervasio de Posadas, Director Supremo del gobierno, lo declara traidor. Es la guerra civil.

El decreto (que lleva la firma de Nicolás Herrera —¡un oriental!— como secretario de Posadas, y fuera inspirado por Alvear y por Rodríguez Peña) califica de "hostil y escandalosa" la conducta de Artigas ("bandido incorregible... obstinado y delincuente... perjuro, ingrato, insensible... de carácter sanguinario y opresor... enemigo de la humanidad y de su patria"). "Será perseguido y muerto en caso de resistencia... Se recompensará con seis mil pesos al que entregue la persona de D. José Artigas, vivo o muerto". Que quiere decir muerto, por supuesto. El Jefe le responde: "Decláreme traidor cien veces. Yo no variaré". Se aprestaba a dar el contragolpe.

5. EL GOBIERNO ARTIGUISTA

"Dónde se ha visto una china en coche".

Un demoledor contragolpe. Unas pocas semanas le bastan para insurreccionar al litoral; a los catorce meses, extiende su poder de las costas atlánticas hasta la serranía cordobesa. Se derrumba el gobierno porteño, al que se logró dar "jaque mate" perfecto. Es el auge artiguista.

A fines de febrero de 1814, el caudillo entrerriano Hereñú, ganado a los proyectos artiguistas predicados por sus partidarios que se "desparramaron" por el litoral, derrota en la bajada del Espinillo a las fuerzas de Federico Holmberg (barón de Kailitz), que mandó Buenos Aires en persecución de los hombres de Artigas; Otorgués, por su parte, vence a don Hilarión de la Quintana, que es el gobernador provincial. Entre Ríos, bajo la protección artiguista, separaba Corrientes de la capital. Por eso no demora el segundo alzamiento. En marzo, el gobernador correntino Domínguez es depuesto del mando en el que lo sucede, bajo la protección artiguista, Juan Bautista Méndez (sostenido por Pedro Gorría, o "Perugorría", como se le llama; el más joven de los oficiales del estado mayor federal). "Usted sabe muy bien que es necesario unir", le dice el General: "yo, lo único que hago es auxiliarlos como a amigos y hermanos, pero ellos solos son los que tienen el derecho de darse la forma que gusten y organizarse como les agrade, y bajo su establecimiento formalizarán a consecuencia su preciosa liga entre sí mismos y con nosotros, declarándome yo su protector''. A la vez, comienzan las operaciones contra Pérez Planes, el gobernador de Misiones, contra quien se combinan las fuerzas artiguistas de Basualdo y algunos efectivos paraguayos. al mando de Mattiauda, detenido después por las órdenes que se le mandan desde la Asunción.

Jacinto Romarate, capitán español, sitiaba Buenos Aires desde los comienzos del año. Derrotado por Brown en la Martín García, remonta el Uruguay, donde queda encerrado. A comienzos de marzo, controlada por los artiguistas la faja litoral, pide ayuda a Otorgués: "he de merecer de Vmd. expida sus órdenes a fin de que me franquee alguna carne

fresca para los buques de guerra de mi mando, cuyo importe satisfaré dinero en mano a los interesados". Supone, como vemos, que los artiguistas van a socorrerlo contra Buenos Aires, enemigo común. En carta del 30 de marzo a Miguel de la Sierra dirá: "Otorgués me ha ofrecido el auxilio de pólvora que pueda, así como la galleta y carne que necesite... cada día me suministran gratuitamente seis reses por orden de Otorgués". De allí la afirmación de algún historiador: Artigas, solicitado por los españoles para que los ayude "terminó por entregarles auxilios y víveres, reclamando reservas" (Héctor Rato). El episodio se puede aclarar con otros documentos:

—una carta de Artigas a Otorgués: "es preciso que tú te esfuerces en aprovecharlos; no les den el refresco de carne que piden, pero juega la cosa de modo que les inspires confianza y pone en ejecución todos los medios que estén a tu alcance para atraerlos y tomarlos a nuestro servicio, permitiéndoles el manejo de los buques (porque nosotros no los entendemos) y la guarnición que sea de nuestra gente... caso que te sea inverificable este negocio, haz modo como hacerte del armamento que traigan y de sus municiones... cuidado muchísimo, para que los buques no nos jueguen algún tornillo";

—otra carta con igual destinatario: "vuelvo a hablarte de los buques de Montevideo; es de necesidad que te esfuerces en tomarlos; circula tus órdenes por toda la costa para privarles de todo auxilio, y entonces o se entregan o perecen";

—una carta a Hereñú (las tres del mes de marzo): "ya van desengañados y avergonzados de habernos hecho algunas proposiciones que ni nuestro honor ni el interés general podrían adoptar... ellos entraron por el aro verdadero, pero mientras es preciso evitar toda relación con ellos para no exponer en lo general nuestro buen concepto".

Instrucciones que desmienten lo de Romarate.

En abril, fracasan las negociaciones de Amaro y Candiotti para encontrar algún avenimiento entre el federalismo y Buenos Aires.

En junio, las fuerzas porteñas que sitiaban a Montevideo fuerzan la rendición de Vigodet, ponen punto final a la dominación española y cometen diversos desmanes (despojos, sobre todo), sin faltar colaboracionistas; Bruno Méndez será procurador, Durán, gobernador, y Castellanos, secretario suyo.

Entonces se produjo la crisis correntina. Gorría, que debiera sostener a Méndez, lo derriba y adhiere a Buenos Aires. El Protector debe mandar sus tropas otra vez. En Colodrero, Basualdo derrota al traidor y Artigas ordena que se lo fusile. "Fue mantenido encadenado y atado del cuello como un perro" hasta la ejecución, anotan truculentos relatos unitarios. Cierta la ejecución (7 de enero del 15). Y falsos los detalles. José de Silva, será el gobernador artiguista en Corrientes, sostenido, desde las Misiones, por Andresito "Artigas" o Guacararí.

Entramos en el año 15, junto con la victoria de los orientales contra los porteños. Rivera, al mando de vanguardias artiguistas, consigue vencer a Dorrego en Guayabos ("era tal el pavor que se había apoderado de la tropa, que huía de sólo la algazara del enemigo'', relatará Dorrego; "yo mismo he visto cerca de sesenta hombres corridos por sólo cinco que los acuchillaban, sin que siquiera se defendiesen"). El 26 de febrero, una partida que comanda Llupes arriba a las puertas de Montevideo. En marzo, el grueso de las tropas de Otorgués está en la capital, evacuada por los ocupantes porteños. Juan Manuel de la Sota registra "la sorpresa causada por el traje sencillo y andrajoso que traían los soldados, reducidos a un poncho o jerga colgado por los hombros, algún asomo de calzoncillo, un trapo colgado por las quijadas y las cabezas desmelenadas". Sorpresa y pavor.

Pronto van a tejerse las primeras historias sobre los "atropellos" de Otorgués (que reclama al Cabildo el "esclarecimiento" de las propiedades poseídas de modo "doloso" por particulares). Y el resentimiento se vierte en versiones grotescas. "Este bárbaro hacía ensillar hombres casi desnudos, a las tardes, en público, y los montaba con espuelas. Daba bailes cuya asistencia nadie podía rehusar y estropeaba o sacaba a tirones a las señoras". Al teniente Gay lo acusarán de ensartar el trasero de algún adversario con una aguja de colchonero. Don Mateo Magariños (terrateniente, comerciante y esclavista), quejándose de los "excesos'' denuncia que los montoneros consumen sin pagar en las tabernas, al grito de "paga la patria". Y se le paran los pelos porque se vio a la mujer de Otorgués en carruaje ("dónde se ha visto una china en coche!").

El 24 de marzo, se produce otro golpe artiguista. Manuel Artigas, Lanche y Hereñú, convergen hacia Santa Fe, y fuerzan la renuncia de Vélez, su gobernador, respaldando después la elección popular de Francisco Candiotti, un gran terrateniente federal (750.000 cuadras de campo); mientras los estancieros orientales recelaban de la proyección social del artiguismo, los del litoral encontraban, en la cartilla de las "instrucciones", una doble ventaja: zafar de la tutela centralista y vender libremente los cueros. Antes de la semana, Córdoba se pronuncia por el artiguismo: Ortiz de Ocampo le deja la gobernación a José Javier Díaz, bajo la "proteción" del Caudillo. Aquí se detendrá la expansión artiguista (pues el liberalismo económico de su programa daña los intereses de la producción en las provincias altas argentinas).

Estaba sellada la suerte de la dirigencia porteña. El 14 de abril, la ofensiva artiguista arrasa con Alvear, sucesor de Posadas (motín de Fontezuelas). "Los opresores de Buenos Aires han sido derribados... es el resultado de nuestros constantes esfuerzos... mis combinaciones han tenido una ejecución acertadísima", informa el General, sugiriendo su participación en aquel episodio. Alvarez Thomas, sucesor

interino del jefe depuesto, escribirá después: "Artigas debía entrar triunfante en Buenos Aires. ¿Qué recursos? No había que escoger. Se eligió el menor de los males". Bajo las apariencias del advenimiento, se intentará tenderle una celada.

Se queman en la plaza los documentos que firmó Posadas. Se mandan emisarios a ver al General, llevándole regalos personales. Francisco Rivarola y Blas José de Pico son los emisarios porteños. Que llevan tres propuestas:

—"Buenos Aires reconoce la independencia de la Banda Oriental";

—"las provincias de Corrientes y Entre Ríos quedan en libertad de erigirse y ponerse bajo la protección del gobierno que gusten";

—".. todo pasado ha de olvidarse".

La independencia (para dejarlo fuera, y condenar a las otras provincias, sin puerto de salida, a seguir sometidas a la capital; ni más ni menos que lo que pasará, cuando derroten a los artiguistas), la desvinculación con las ricas provincias de adentro (Córdoba y Santa Fe) y el olvido de viejos agravios (porque el miedo no es zonzo).

El rechazo artiguista es total. "Regresa ya la diputación que V. E. envió cerca de mí para restablecer la concordia, y me queda el sentimiento de no haber podido concluir cosa alguna con ellos. Yo les presenté las proposiciones que creí justas... y me llené de sorpresa al ver las que ellos me ofrecieron en contestación... manifestaban reproducidos los principios detestables que caracterizaron la conducta del gobierno anterior, de modo que todas las estipulaciones para la paz, venían a quedar reducidas a que nosotros no hiciéramos más la guerra". Entonces formula sus contrapropuestas (luego de convocar al Congreso de Oriente, que decide mandar cuatro emisarios a la capital: Barreiro, Cossio, Cabrera y Andino). Se basan en tres puntos:

1) "la Banda Oriental entra en el rol para formar el Estado denominado Provincias Unidas del Río de la Plata... toda provincia tiene igual dignidad e iguales privilegios y derechos y cada una renunciará al proyecto de subyugar a las otras";

2) deberán devolver 3.000 fusiles, 12 cañones, 200.000 pesos e instrumentos de labranza "para resarcir al menos en una quinta parte los grandes perjuicios sufridos";

3) Córdoba y Santa Fe seguirán bajo la jefatura artiguista "hasta que voluntariamente quieran separarse de la protección de la Provincia Oriental del Uruguay y dirección del Jefe de los Orientales".

Buenos Aires insiste: "ambos territorios y gobiernos serán independientes el uno del otro; el Paraná será la línea de demarcación que los distinga". Pero no tendrá suerte. El General no se traga el anzuelo de la separación, rechazada expresamente aquí. Andresito, entre tanto, completaba la conquista de Misiones, en setiembre del 15, acreciendo el poder artiguista.

Subrayemos: Buenos Aires lo quiso aniquilar y no lo consiguió. Lo quiso después engañar (con la oferta de la independencia), y tampoco pudo conseguirlo. Decide traicionarlo, respaldando los planes portugueses. Historia que veremos algo más adelante.

Corresponde un paréntesis largo, a fin de poder estudiar el gobierno artiguista. Recordando que Artigas, a la vez, gobernó la Provincia Oriental y comandó la Liga Federal.

Su capital fue Purificación ("campamento de hileras de tiendas de cuero y de chozas de barro"). Robertson, un inglés, la describió de modo memorable: "El excelentísimo señor Protector de la mitad del nuevo mundo estaba sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho, comiendo carne del asador y bebiendo ginebra de un cuerno de vaca! Lo rodeaba una docena de oficiales andrajosos". La descripción ubica al general dictándole correspondencia a sus dos secretarios, mientras se desparraman en el suelo los sobres procedentes de todas las provincias federales. "El Protector, sentado en su cabeza de buey, fumaba, comía, bebía, dictaba, conversaba y despachaba sucesivamente todos los asuntos que le llevaban a su conocimiento''. Mil quinientos "secuaces'' acompañaban a su General. Robertson los describe "con un poncho recogido en la cintura como las enagüitas de los escoceses'' y destaca que la "caja'' en que se guardan todos los efectos tiene 300 pesos en total. Larrañaga, relatando su entrevista con Artigas en aquellos meses, califica de pobres y viejas sus ropas. El vino se le sirve en una taza "por falta de vasos de vidrio''. En ese campamento, en medio del poder y la pobreza, el Jefe conoció su tercer compañera (Melchora Cuenca, "la paraguaya" que le dio dos hijos, Santiago y María).

El territorio queda dividido en dos jurisdicciones. Del río Negro al norte, el General gobierna de modo directo. Al sur, extiende atribuciones al Cabildo de Montevideo, donde lo representa un delegado (primero fue Otorgués y después fue Barreiro). Por supuesto, el Jefe se reserva la suma del poder: revoca decisiones, legisla, juzga y ordena. Un par de veces debió sentenciar en litigios entre sus comandantes y el Cabildo. Removió a Pedro Amigo de la comandancia de Santa Teresa. Y removió a Otorgués (destinándolo a zonas fronterizas), cediendo a las protestas nacidas en Montevideo.

Dos características definen su gobierno.

Una es su orientación popular: "no hay que invertir el orden de la justicia; mirar por los infelices y no desampararlos sin más delito que su miseria (...) olvidemos esa maldita costumbre que los engrandecimientos nacen de la cuna", como escribe a don José de Silva.

Otra es la severidad, con firmeza revolucionaria. Ordena le remitan a los enemigos para "purificarlos" (y de allí la denominación de

aquel lugar): "inmediatamente me pone en este destino a los 32 sujetos indicados". Denuncia la debilidad del Cabildo: "para mí es muy extraño me diga V. S. que ya no existen en ese pueblo aquellos satélites poderosos de la tiranía". Sentencia duramente: "el que conspire contra la Patria será fusilado inmediatamente, y el español, portugués o americano que se advierta sospechoso, y capaz de perjudicarnos, remítamelos V. S. asegurados, que yo los pondré a seguro de toda tentativa". Y formula severas amenazas, ante las dilatorias del Cabildo para ejecutar sus ordenanzas: "Me hacen creer que entrando en esa plaza todos se contaminan. Con esta fecha doy mi última providencia y digo al Cabildo, como también a Barreiro, lo conveniente, y si no veo un pronto y eficaz remedio, aguárdeme el día menos pensado en ésa. Pienso ir sin ser sentido, y verá usted si me arreo por delante al gobierno... y a tanto malandrín que no sirve más que para entorpecer los negocios. Ya estoy tan aburrido, que verá usted cómo hago una alcaldada, y empiezan los hombres a trabajar con más bríos" (a Rivera, 12 de noviembre).

De las muchas medidas revolucionarias, ninguna de más importancia que su Reglamento del 10 de setiembre de 1815, disponiendo el reparto de tierras. Por eso comenzamos por allí.

Revisemos los antecedentes:

En 1786, Antonio Pereira, Comandante General de la Campaña, aconseja, al elevar un memorial, "limitar la extensión de las estancias". En 1794, un informante anónimo del virrey de Melo le sugiere repartir las tierras ("si la tierra usurpada por los comerciantes y los ganados silvestres de la campaña se repartiese a los mismos changadores y peones del campo, conseguiríamos hacer un vasallo útil de un ladrón y de un contrabandista, porque teniendo tierras y ganado propio no codiciaría el ajeno"). En 1791, Cipriano de Melo, después de denunciar que millones de cueros se llevan de forma ilegal al Brasil, recuerda que los contrabandistas operan en provecho de algunos estancieros ("pasan una vida arrastradísima trabajando para unos amos crueles") y propone que "se les proporcionen arbitrios de vivir más decente". En 1800, Pérez del Puerto, desde Maldonado, asesora al virrey Avilés: "que no haya grandes terrenos en una sola persona o familia", y para facilitar las ventas a nuevos pobladores "que no se les exija el importe de la tasación". Igual propone Soria por la misma fecha. En 1800, también, Miguel de Lastarria, secretario del virrey, sugiere repartirles tierras a los que las pidan, en forma gratuita. En 1801, Félix de Azara, comisario de una partida encargada de la demarcación de los límites con Portugal, propone, en su "Memoria" respecto al estado rural, "repartir las tierras en moderadas estancias, de balde, y con los ganados alzados que hay allí (...) dar títulos de propiedad de las tierras que estuviesen pobladas a los que no las tienen, y son los más (...) y, anular las

compras... de enormes extensiones". En 1804, Sobremonte proyecta dar tierras gratuitas sobre las fronteras. Propuestas coincidentes, que tropezaron todas en la hostilidad de los terratenientes. Pero como subrayan Barrán y Nahum, evidencian una actitud "escasamente respetuosa del derecho de propiedad de los particulares". Anotemos, aquí, que Campomanes y Jovellanos, ministros de Carlos III, promovieron antes, en España, reformas similares. Y en enero de 1813 (antes del plan artiguista, pero ya producida la revolución), las Cortes de Cádiz habían decretado "darles tierras gratuitas" a los labradores como "premio patriótico" por su intervención en la guerra contra Bonaparte, siempre "que no tengan otra tierra propia".

Larga es la relación de Artigas con el tema. A comienzos del siglo, estuvo con Azara en la frontera repartiendo tierras a los pobladores de la fundación de Batoví (1801). Petit Muñoz y Dutrenit sostienen, corrigiendo la versión tradicional, que influyó sobre Azara y sobre su "Memoria" (y no al revés), recordando que Azara, algunos meses antes, proponía repartir las tierras "a los que fuesen más acomodados" y varios años antes, en otro trabajo, sustentaba criterios igualmente distintos a los de Batoví (1796: "dando a los más infelices lo que al blandengue más pobre y reputando a los demás como a los oficiales y sargentos, porque la riqueza en el reparto debe equilibrar las graduaciones y los respetos"). Desde 1807, el jefe de blandengues es autorizado a repartir terrenos en el norte (Blas Basualdo y Baltasar Ojeda, futuros compañeros en la revolución, fueron agraciados por entonces). En la marcha al Ayuí, durante la "redota", legitimó la posesión de predios a varios ocupantes. Ya dueño del poder, desde marzo del 15 (subrayamos: desde el primer momento) ordena el reparto de tierras "entre aquellos hombres laboriosos que quieran cultivarlas para sí", encargando de ello a Otorgués (varios comandantes repartieron tierras con tal orientación). En agosto dispone que en lo sucesivo "se recabara aprobación del Cabildo" para repartir. Pero a la vez aconseja al Cabildo dar dos meses de plazo para que los estancieros poblaran sus campos, que de lo contrario pasarían "a brazos más útiles".

Vamos al reglamento. Inquietos por el giro de las cosas, 14 hacendados celebran una "junta" para denunciar "los continuos abusos que públicamente se observan en los comandantes y tropas". Rivera es su vocero, denunciando "los robos que arruinan a todo hacendado". Destacan a dos emisarios para reclamar medidas inmediatas a Purificación. Medidas policiales. Artigas respondió con un plan de medidas conjuntas: separación de algunos comandantes, persecución de vagos y bandidos, sanciones a los especuladores, vigilancia para contener el contrabando y reparto de tierras.

El Reglamento ("para el fomento de la campaña y seguridad de sus hacendados", como se llama sugestivamente), indica las normas del

repartimiento de tierras: una "reforma agraria", como decimos hoy.

Con cuatro interrogantes (a quiénes se les quitan esas tierras, cómo se las quitan, a quienes se les dan, y cómo se las dan), ubicaremos sus largos alcances.

1) "Los terrenos repartibles son todos aquellos de emigrados, malos europeos y peores americanos". O dicho en otra forma: las tierras de emigrados (propietarios ausentes), enemigos o no, y las tierras de los enemigos, emigrados o no. Se dispone también el reparto de tierras fiscales (la tercera parte del total, en cálculos del año 35). Destaquemos el alcance político de la reforma, que salvaguardó la propiedad de grandes estancieros artiguistas (el estado mayor). En tal aspecto, el Reglamento es una transacción entre los hacendados y los comandantes. Es más: de acuerdo con sus normas deberán devolverse tierras ya repartidas. Lo que motivará las quejas encendidas de algunos comandantes; Encarnación Benítez, por ejemplo, ("un pardo muy grueso, que estribaba con los dedos", como Cáceres lo describió). Encarnación denuncia a los que lo denuncian: "bellacones que habiendo vivido en el regazo de sus familias, regalados .. entregados al ocio, sólo se ocupaban de sus propios emolumentos mientras los hombres de bien expusimos el pecho a las balas (...) después que la Provincia se ve libre de enemigos, todos los vecinos son excelentes patriotas, habiendo vivido en los montes mientras duró el peligro (..) hemos perdido cuanto teníamos, hemos expuesto nuestras vidas... es posible que cuantos nos han perjudicado sigan disfrutando de sus antiguas usuras?; después de habernos hecho la guerra y tratarnos como a enemigos, son ellos los que ganan y nosotros los que perdemos?''. Y termina con una requisitoria: "V. E. me diga si el Cabildo de Montevideo procede de acuerdo con Ud. o no". De la Torre, Rodríguez y Sala de Touron, han sido muy severos con los comandantes, y particularmente con la libertad que les dieron a las "partidas sueltas" de changadores ("no arañaban siquiera la propiedad privada, arruinaban a determinados propietarios privados, pero enriquecían a otros"; los caudillos "comenzaron a apropiarse los ganados y a cuerear a troche y moche... uno se puede preguntar qué pasaba con los cueros y con la carne", reprochándoles haber agotado nuestra gran riqueza ganadera, en provecho de los exportadores).

2) Se les confisca, lisa y llanamente, sin indemnización.

3) Se repartirán "con prevención que los más infelices serán los más privilegiados'', aclarando que los "negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos, podrán ser agraciados en suertes de estancia". De los 30 mil habitantes, 6 mil según estimaciones, pudieron —en tal condición— aspirar al reparto de tierras. Importa subrayar que aquí se manifiesta la carencia mayor dentro del pensamiento social del artiguismo: no es abolicionista; los negros y

los zambos tienen que ser libres para ser agraciados en el repartimiento (y un tercio de los habitantes de Montevideo, son esclavos jurídicamente). Dos veces, y por excepción, el Jefe ordena, en casos especiales, que se les reconozca como libres (caso de la esclava María del Pilar: "que su antigua ama, doña Rosa Fernández, deje de insistir en reclamarla'' y de José Balle "por haber servido a la patria''). Y en el 17 puntualiza, escribiendo al gobernador Silva: "dele la libertad a los esclavos que luchan por nuestra causa para que sellen de esta suerte su libertad" (comenta Vázquez Franco: "la esclavitud, como tal, como instituto, subsiste, y el Caudillo la usa como moneda de cambio'').

4) "Después de la posesión serán obligados los agraciados... a formar un rancho y dos corrales"; si se advierte negligencia "será aquel terreno donado a otro vecino"; "no podrán enajenar ni vender estas suertes de estancia, ni contraer sobre ellas deuda alguna". Se les confieren como posesión. La reforma no fue propietarista.

Fijados los alcances que tuvo el Reglamento, pasemos a su aplicación.

La derrota, y los pleitos siguientes en los tribunales, dispersaron, después, el archivo que llevaba Monterroso en Purificación, recopilando títulos de tierras confiscadas. Por otro lado, los beneficiados por las donaciones ocultaron a veces cuidadosamente aquellas papeletas, que certificaban el origen revolucionario de su posesión ("en estos casos sella el origen artiguista de su campo bajo siete pies de silencio, y se deslizará hasta tanto pueda como poseedor de un campo baldío y fiscal").

Pero ya no se puede dudar de la efectividad de los repartimientos. Ni de los recelos del Cabildo de Montevideo, que según Larrañaga, recibió la noticia "con fría y afectada aprobación".

El 26 de setiembre, recién, el Cabildo publicó por un bando la resolución. El 14 de enero del año 16, a cuatro meses, ya, el Alcalde Provincial, encargado de hacer efectivos los repartimientos (era Juan de León, un estanciero fuerte de Florida), anunciaba el "Edicto", firmado en el Arroyo de la Cruz ("llamo a todo aquel benemérito americano, por infeliz que sea... a tomar suertes de estancia con el número de ganados que se pueda recolectar"). El 9 de marzo —y ya corren seis meses— Artigas se queja de que no comience a darle aplicación al Reglamento: "El término prefijado ya pasó e ignoro si es omisión del dicho Alcalde Provincial el no haber empezado aún dicho reparto... lo comunico para que tenga su más exacto cumplimiento". El 13 de marzo, por eso, de León reparte las primeras tierras de acuerdo a la disposición: la estancia "de los Marinos", de Viana y Achucarro, entre 44 vecinos.

Se registran muchas peticiones (ante de León, sus ayudantes —Cabral, González y Durán— o el mismo General). Una, por ejemplo:

"Yo (Juan Manuel Llupes), unido con los ejércitos de V. E. procuraba con riesgo y penalidades hacerme digno de sustituir a esa clase de ingratos propietarios; y puesto que ahora no se requieren otros títulos... para aspirar al dominio y posesión de los terrenos que se hallan en caso de los de Villalba [uno de los malos europeos], yo pretexto documentar mis servicios".

Y se documentan donaciones: "Habiendo sido convocado todo este vecindario por el Sr. Gral. D. Manuel Durán... nos hizo presente ser del superior agrado de este Jefe (Artigas)... la partición de los campos que poseyó en otro tiempo Pedro Manuel García, lo que hizo entre nosotros". A veces es Artigas en forma directa, ratificando la entrega de tierras a Ramón Rodríguez, concediéndolas a "la Guayreña" (Cayetana Leguizamón). En el 18, todavía Hilario Pintos hace donaciones a nombre del Jefe.

De la Torre, Rodríguez y Sala distinguen:

—campos confiscados y repartidos (como los de Viana-Achucarro y Milá de la Roca, o los bienes de la congregación de las Niñas Huérfanas de Buenos Aires);

—campos fiscales repartidos (como los del rincón de José Ignacio);

—campos confiscados y reservados en manos del Estado (como los de Zamora);

—campos confiscados y reservados para el mantenimiento de las caballadas (como los de Fco. Javier de Viana);

—campos comprendidos entre los afectados por el Reglamento sin que pueda probarse su confiscación (como los de Salvañach y Magariños);

—campos que debieron ser repartidos (por ser de los notorios enemigos), sin que hallemos las pruebas que lo documenten (como los de Larravide y Rivadavia);

—campos cuyos propietarios debieron cederlos a los ocupantes (como los de Alzáibar y Solsona, en San José y en Flores).

La superficie afectada cubre más de la tercera parte (y casi la mitad) del territorio. Y anotemos cuatro datos más:

—se les quitó la tierra concedida a quienes no cumplieron con su obligación (por ejemplo, Sebastián Reynoso);

—se anularon las compras "escrituradas" por los españoles desde 1810 en adelante (afectando a Durán, Pereira y los Oribe);

—se precipitaron las quejas (de Bartolomé Mitre, abuelo del homónimo unitario);

—se vio interceder al Cabildo, con interpretaciones torcidas, para salvaguardar las tierras de latifundistas (Albín, Juan Fco. Martínez, Luis Gutiérrez y más).

La invasión portuguesa, a la mitad del año 16, frustró la aplicación del programa artiguista (el "arreglo de los campos", como se le decía).

Se traducirá por despojos, inseguridad, destrucción y, como consecuencia, desvalorización. Un valioso expediente poco posterior lo puede atestiguar. Basilio Acosta dice que "estaban los campos muy baratos y que se compraban por muy poco dinero"; Manuel de Sinfuentes declara que "su valor era muy corto... nada valía el ganado"; un tal Risoto agrega que "se vendían muchas leguas de campo por poco más de nada". Para los estancieros, era una pesadilla, motivada por "culpas" de los artiguistas. Por eso el rencor que juntaron contra "el jefe de los anarquistas".

Volvamos para atrás.

El 9 de setiembre (1815), veinticuatro horas antes de que se dispusiera en Purificación el reparto de tierras, el general Artigas decretó un reglamento "para la recaudación de los derechos de los puertos de las provincias confederadas". Un minucioso reglamento aduanero que rectificaba, cuidadosamente, las normas liberales propuestas en 1813. Jacinto Ferrón, pregonero, lo anunció por las calles de Montevideo, con otros complementos (poblamiento, concentración del comercio exterior por tres puertos, decomiso de mercaderías "extranjeras" introducidas clandestinamente).

El texto se divide entre cinco apartados.

El primero se refiere a las importaciones (las "introducciones" como dice Artigas), que serán gravadas en un 25 % sobre su valor. Con ciertas excepciones:

—la "losa" y los vidrios, el carbón de piedra y el papel, el azúcar y el tabaco negro, pagarán sólo un 15 % de impuestos;

—"los muebles hechos", pagarán sólo un 20 %;

—los caldos y aceites serán recargados con un 30 %;

—los calzados y "las ropas hechas... (los artículos que puede producir la provincia), pagarán por sobre su valor, un 40 % de impuestos.

El segundo capítulo hace renglón aparte con "los frutos de América". Concibiendo un mercado integrado más vasto, les rebaja sólo a un 4 % los derechos de aduana. La lista es detallada:

—los caldos, pasas y nueces de San Juan y Mendoza;

—los lienzos tucumanos y el algodón del Valle (Catamarca) y La Rioja;

—la yerba y tabaco del Paraguay;

—los ponchos, jergas y aperos del caballo;

—los trigos y harinas.

En tercer lugar el Reglamento cita productos libres de pagar derechos. Las exoneraciones son enumeradas:

—las máquinas;

—los instrumentos de ciencias y artes;

—los libros e imprentas;

—las maderas y las tablazones;
—la pólvora, azufre, salitre, azogue y "medicinas";
—las armas blancas y de chispa y "todo armamento de guerra";
—"la plata y el oro sellados o en chafalonía labrada, en pasta o barra".

En cuarto lugar vienen las exportaciones ("extracciones" para usar el lenguaje de Artigas). Conviene destacar su magnitud: entre marzo y diciembre del 15, llegaron a Montevideo 55 naves extranjeras, que se llevaron 270.000 cueros, 15.000 quintales de tasajo y 20 barriles de carne en salmuera; en el año 16 arribaron 100 barcos, que se llevaron 300.000 cueros y 30.000 quintales de tasajo; las cifras abatieron en el año 17, luego de la invasión: 39.000 cueros.

Serán todas gravadas con impuesto de un 4 %, con estas excepciones:

—los cueros pagarán una tasa ("subención", según el Reglamento) de un 2 % que se debe sumar al impuesto anterior, "más un real por unidad" (y recordemos las cifras de la exportación);
—el sebo, las "clines", los cuernos, chapas y puntas, pagarán un recargo mayor, estimado en un 8 %;
—las suelas, becerros, badanas, "peleterías" de carneros, nutrias y venados, pagarán una tasa del 8 %;
—la plata sellada pagará el 6 %; el oro, un 8 %;
—con un 12 % van a ser gravadas las chafalonías labradas en plata.

Un capítulo aparte, por fin, con respecto a las exportaciones "libres de derechos": "las harinas del país y las galletas fabricadas en el mismo"; producción provincial.

El documento se complementó con otro reglamento, firmado también en Purificación, siete meses después. Son los documentos que deberán regir para el comercio en puertos correntinos. Repite las disposiciones anteriores. Y además agrega: "Será igualmente libre de todo derecho la introducción de efectos a la campaña; debiendo ser conducidos por americanos, y privando absolutamente al extranjero, ya sea español, ya inglés o ya francés, salir fuera de los puertos con sus mercancías a la campaña. Los que se encuentren serán decomisados. Cualquier ciudadano queda facultado a apresarlo. El apresador, tendrá de tres partes, una, quedando las otras dos a beneficio del Estado".

Iguales principios en otro reglamento valedero en la Banda Oriental, conteniendo estas resoluciones:

1) toda fábrica de cebos, cueros y cualquier otra producción del país, correrá a cargo de sus naturales;

2) las compras de los frutos de la Provincia, fuera de esta Capital, se harán indispensablemente por los americanos;

3) en general, los americanos, exclusivamente, podrán comprar efectos productivos del país y vender las mercancías extranjeras;

4) al mes de la publicación de este bando deben cesar todas las fábricas que estuviesen en manos extranjeras;

5) cualquier osado que infringiese alguno de los artículos precedentes, será castigado con penas y multas al arbitrio del gobierno".

Otro complemento, aprobado por Miguel Barreiro, puntualiza que "es de absoluta necesidad el prohibir que los extranjeros que no estén avecinados y casados en ésta, tengan almacén ni tienda abierta".

Claras resoluciones. Y complementarias de la distribución de riquezas ordenada respecto a la tierra (imposible pensar, además, que Artigas proyectó durante nueve meses la reglamentación aduanera y despachó después, en veinticuatro horas, el reglamento agrario; concibió juntas ambas soluciones).

El reparto de tierras se podía convertir en la base para el desarrollo si a la vez una justa política proteccionista levantaba barreras, como los aranceles, para cerrar el paso de los que reclamaban todas las libertades (de comprar, de vender, de enriquecerse a expensas del trabajo ajeno), menos la libertad de ser libres. Ese proteccionismo, acompañado de aquellas medidas que quisieron dar forma a un mercado común regional, pudo haber preservado a las provincias altas argentinas, del impacto llegado de los puertos. Un enorme mercado, poblado densamente, en el que artesanías domésticas caseras, aseguraban el trabajo y el pan, junto a la posibilidad del desarrollo. En el plan federal artiguista (lo que siempre llamó su "sistema"), a la nación la forman "los americanos". Ellos tendrán permiso de consignatarios, podrán introducir dentro de la campaña las mercaderías o recibirán, de acuerdo al reglamento, su parte de la tierra.

Por eso, después de reseñar otras pocas medidas del gobierno artiguista, veremos anudarse la maquinación tejida, desde afuera, por los imperialistas.

6. — TRAICION Y DERROTA

"Todos tramoyan contra nosotros"

Resumimos los aspectos más sobresalientes del gobierno artiguista en la Banda Oriental: el reparto de tierras y el proteccionismo fiscal, en el marco de la concepción federal.

Hagamos referencia a temas laterales.

En el plano económico, se puede destacar:

—el estímulo a la producción: "marcha por el correo, una cajita con muestra de la pólvora que en su primer ensayo me presenta el pueblo de Concepción de las Misiones; si en medio de la escasez de sus recursos, han podido emprender un negocio de tanta importancia, ¿qué no harán hallándose fomentados?";

—el estudio de planes para fomentar los cultivos, repartiendo, para destinarlos a chacras, los terrenos situados en torno de las villas; se fundamentaba con dos argumentos: "que el cultivo de las tierras es infinitamente más ventajoso que dos o tres estancias, que sosteniendo dos o tres propietarios pueden mantener a ciento... parece justo preferir el aumento de los hombres después de más de 80 años en que sólo se ha tratado de la multiplicación de las bestias"; "cuando los efectos de importación que se llevan el dinero, están de tres a uno con los de exportación de frutos naturales que vuelven a traerlo, es necesario que la población camine rápidamente a su ruina, si no se trata de fijar a lo menos el equilibrio entre unos y otros efectos" (poblar, y multiplicar la producción); Artigas, sin embargo, postergó la aplicación del plan: "emprenderlo todo en estos momentos, será no abarcar nada";

—la multiplicación de pueblos en campaña (Purificación, la "villa de Otorgués" en Paso de las Piedras, el traslado de Víboras —Carmelo—, Higueritas o Nueva Palmira, que el norteamericano Josué Bond quiso desalojar, y un poblado en los campos de Ana Barberá; en el emplazamiento que tendrá después Tacuarembó).

Con respecto a los indios (conviene recordar su solidaridad con la revolución: el cacique José Mino Yulle firmó la demanda exigiendo

la nominación de la Junta de Mayo; 400 charrúas, entre los cuales el cacique D. Manuel Artigas, siguieron la "redota"; Bartolomé Muñoz detalla su presencia en el segundo sitio de Montevideo; Larrañaga describe minuanos en Purificación), el Jefe es terminante: "mire y atienda a los infelices pueblos de indios", le recomienda a D. José de Silva, su lugarteniente correntino. "Yo deseo que los indios, en sus pueblos, se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros (...). Recordemos que ellos tienen el principal derecho, y que sería una desgracia vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión que hasta ahora han padecido, por ser indianos (...) lo que dictan la razón y la justicia es que los indios nombren los administradores de ellos mismos". Y al Cabildo correntino: "Su ignorancia e incivilización no es un delito reprensible. Ellos (los indios) deben ser condolidos más bien de esta desgracia, pues no ignora V. S. quién ha sido su causante. ¿Y nosotros habremos de perpetuarla? ¿Y nos preciaremos de patriotas siendo indiferentes a este mal?"

La misma claridad, en cuanto a los problemas militares. Reclama "la necesidad de organizar todas las milicias de la provincia, formando con ellas un regimiento armado, aunque sea de lanzas (...) en una palabra: es preciso armar toda la gente que se pueda".

Idéntica firmeza respecto a los asuntos religiosos, reclamando de los sacerdotes una conducta fiel a la revolución. Designados por el Provisor de Buenos Aires clérigos afines a la dirigencia porteña, Artigas los expulsa. "En seguida pasa V. S. (el Cabildo) orden inmediatamente que los Curas recientemente venidos desde Buenos Aires, Peña de San José, Gomensoro el de Canelones, Jiménez el de Minas, el Guardián de Montevideo, el presbítero Peralta y el padre Risso, dejen sus prebendas, y se manden mudar inmediatamente a Buenos Aires. V. S. proponga algunos sacerdotes patricios, si los hay, para llenar esos ministerios, y si no los hay esperaremos que vengan, y si no vienen acaso sin ellos seremos doblemente felices" (25 de noviembre; 1815). Y unos meses después ratifica: "que los prelados de los conventos no perjudiquen con su influjo lo sagrado de nuestro sistema".

Revisemos, por fin, las relaciones "internacionales" del gobierno de Purificación.

Worthington, el agente de EE.UU., desentrañaba el interés inglés: "Los ingleses están tomando aquí la dirección (en la zona del Plata) ... Le he oído decir a una persona que no gusta de ellos que su política es semejante a la que practicaban en la India, enfrentándole un jefe a otro, agotando la energía del país en el fomento de los partidos y de la discordia y desecando al país de toda su vajilla y de todo su metálico e inundándolo con sus artículos manufacturados".

El gobierno artiguista les abrió sus puertas, pero también les puso

condiciones: ajustarse al régimen fiscal impuesto en la Provincia, renunciar al mercado interior y suspender el comercio con los enemigos porteños.

Las autoridades navales inglesas habían requerido que les determinasen "de modo inequívoco" en qué forma les era posible comerciar en puertos artiguistas. El general Artigas contestó primero mediante respuesta al Cabildo: "en caso de llegar a ese Puerto —de Montevideo— algunos buques de comercio inglés, se les admita, con la restricción de que la introducción de sus efectos al interior debe ser privativa de los americanos, quienes en retorno podrán conducir efectos del país para sus cargamentos".

Después acordó con el capitán Frankland un convenio ratificado por el Cónsul Staples y el comandante Bowles, jefe de las fuerzas navales británicas "en estas Américas":

1) "El Jefe de los habitantes de la Costa Oriental admite a todos los comerciantes ingleses al comercio libre";

2) "Los comerciantes ingleses estarán obligados a pagar en los puertos aludidos los derechos de exportación e importación...";

4) "Los comerciantes ingleses no podrán legalmente comerciar en parte alguna fuera de los puertos";

6) "El Comandante inglés o su representante no podrá legalmente expedir pasaportes a ningún comerciante inglés que se dirigiera a o procediera de los puertos del Gobierno con el cual estamos actualmente en guerra (...)".

Y más tarde aclaraba al Cabildo de Montevideo: "Ya dije a ustedes lo que respondí al Comandante principal sobre el comercio inglés, que mis puertos estaban abiertos, que la seguridad de sus intereses mercantiles era garantida (...), que dichos comerciantes ingleses no pueden traficar a Buenos Aires, mientras nuestras desavenencias con aquel Gobierno no queden allanadas. De ese modo pueden continuar su comercio los de su Nación, le digo a ese Comandante. Si no les acomoda, haga usted retirar todos sus buques de estas costas, que yo abriré el comercio con quién más nos convenga".

Tales condiciones ("aunque no dejo de penetrar la desventaja que resulta a los americanos", como escribe a Corrientes) revelan que supone que puede poner de su lado, y contra Buenos Aires, mediante concesiones, al comercio inglés. Antes quiso amparar (en 1813) nuestro desarrollo provincial, en el librecambismo tutelado por esos ingleses. De donde Vázquez Franco deduce, con acierto, que "apremiado en la lucha intestina por la autonomía (eventualmente supremacía) provincial, perdió de vista el peligro inglés, de mucho más largo alcance. Vale decir, que el predominio de Buenos Aires, sin duda oneroso pero al fin y al cabo municipal, lo despistó del verdadero imperialismo: el anglosajón".

La Corona, con otros planes, ya, desconoció el convenio, manifestando "la mayor sorpresa".

Ultima referencia respecto al gobierno artiguista: el acuerdo con Thomas Lloyd Halsey, comisionado norteamericano, para extender a tales comerciantes iguales derechos que los otorgados a la Gran Bretaña (y Reyes puntualiza: "el aprovisionamiento de armas, municiones y pólvora, de procedencia norteamericana, desde entonces fue asiduo para el ejército oriental"). Buscaban, los americanos provecho para su comercio y manifestaban la resolución de competir con el rival inglés.

Revisado con detenimiento el gobierno artiguista, corresponde pasar a la etapa final. Fracasado el intento para derrotarlo (ante los contragolpes victoriosos del federalismo), y también fracasado el intento de engañarlo con la proposición separatista de Pico y Rivarola (que el jefe federal desestimó), el sector unitario tejió, junto con Portugal (y apadrinados por la Gran Bretaña), la traición militar. A la mitad del año 16 comienza la invasión de fuerzas portuguesas, con la complicidad de Londres y de Buenos Aires.

Siete causas pueden explicarla:

1) las viejas apetencias al control de las aguas que bajan desde Matto Grosso, cuya producción, alejada de puertos paulistas, sólo tiene salida fluvial (por eso Lobo fundó la Colonia, enfrente a Buenos Aires; 1680);

2) los viejos apetitos sobre nuestros ganados (una res alcanzaba a 400 kilos en la Banda Oriental, y sólo a la mitad en el sur de Brasil);

3) el afán expansivo sobre las "fronteras naturales" (en 1801, al estallar un conflicto en Europa, los portugueses ocuparon nuestros siete pueblos misioneros, llevando su frontera hasta el Cuareim; al llegar los Braganza a Brasil, dejando Portugal en las manos de los invasores franceses —1808—ocuparon Cayena, en Guayana);

4) la crisis del mercado del azúcar, motivada por la producción de Jamaica;

5) el temor a la propagación del "sistema" artiguista, que ganaba adherentes al sur de Brasil, vinculado a la Banda Oriental y ganado por el separatismo ante las pretensiones centralistas de la capital (Río Grande será independiente poco más adelante);

6) el interés inglés; después detallaremos cuál era su objetivo pero ya debemos señalar su mano: Beresford, capitán del asalto pirata contra Buenos Aires en el año 6, trazó el plan invasor contra los artiguistas y fueron los ingleses los que apadrinaron el plan portugués en los bajos manejos de la diplomacia de Viena (donde se "cocinaba" la suerte del mundo, vencido Bonaparte); Brasil será su pieza del tablero; lord Strangford, el embajador inglés en Río, puso en boca del príncipe Don Juan (el futuro Juan VI) la confesión ("la

experiencia le había enseñado que compartir enteramente el punto de vista de Gran Bretaña era no sólo la más segura, sino la más honorable política que podía seguir");

7) la complicidad unitaria. Artigas la sospecha: "todos tramoyan contra nosotros". Y tiene razón. Manuel García, el embajador de Pueyrredón en Río, confesaba sus planes: "necesitamos la fuerza de un poder extraño no sólo para terminar nuestra contienda, sino para formarnos un centro común de autoridad, capaz de organizar el caos en que están convertidas estas provincias... la extinción de ese poder ominoso (el de Artigas) es igualmente necesario a la salvación del país". Por eso, para vencer "al caudillo de los anarquistas", como lo designa, formula sus ofertas de colaboración, conocidas por los congresales de Tucumán. "La escuadra (con la expedición invasora) está al ancla, esperando el viento. Artigas dejará de molestar", anuncia alborozado. Desencadenado el ataque, Artigas lo denuncia: "Buenos Aires... mantiene su comercio y relaciones abiertas con Portugal... conducta criminal y reprensible... Buenos Aires debe franquearnos los auxilios a que siempre se ha negado, o Buenos Aires será el último blanco de nuestro furor". Unos años después (en el 19), Rondeau escribe a García: "He propuesto de palabra por medio del coronel Pinto al barón de la Laguna que acometa con sus fuerzas y persiga al enemigo (Artigas) hasta el Entre Ríos y Paraná ,en combinación con nosotros".

Abordemos el tema en varias direcciones: el enfrentamiento militar, la lucha en alta mar, la ruptura frontal con Buenos Aires, la traición oligarca, la vinculación con San Martín y el proceso, que fue paralelo, de la guerra civil argentina.

"El general de los independientes", como los portugueses le dicen, advirtió la inminencia del ataque. En enero del año 16, había escrito a Rivera: "los portugueses intentan venirse sobre la Banda Oriental para abril o mayo... estén ustedes con cuatro ojos al ver venir las cosas... no me guarden ustedes indulgencia con nadie"; "escarmiente a los que agarre", repite el comandante de San Luis. El Cabildo, inspirado por él, formula una proclama esperanzada: "¿qué impresión puede haceros una miserable incursión de extranjeros y esclavos?"

El plan portugués, escrupulosamente preparado, (contó con un servicio de "inteligencia" que anticipó los pasos artiguistas y con un departamento sanitario que movilizó 30 profesionales detrás del invasor), apuntó sobre cuatro objetivos, para encerrar las fuerzas artiguistas en el litoral: Lecor avanzó rumbo a Santa Teresa, Maldonado y Montevideo, para tomar Colonia, finalmente; Silveira avanzó sobre Melo, buscando atravesar a la provincia rumbo a Paysandú; Oliveira enfiló para Salto; Curado quedó resguardando la zona misionera y Río Grande, advertido del plan de respuesta.

Artigas, confiado ("gente para armar no falta"), proyectó un contragolpe adentro del Brasil: "nosotros debemos abrir la campaña contra ellos, y dar primero, para descompaginar todas sus ideas".

Rivera debió contener a Lecor. Otorgués recibió por encargo detener a Silveira. Artigas buscó controlar la zona del Cuareim. Andresito avanzó en las Misiones, llevando la ofensiva. 600 kilómetros de frente de Corrientes al Chuy, apuntando rumbo a Porto Alegre.

Importa subrayar la ubicación estratégica de las Misiones, sobre las que se anuda ese plan artiguista: unen al litoral ganadero, los yerbatales paraguayos, la llanura que por Santa Fe se liga con la sierra cordobesa (y por allí con las provincias altas) y las costas atlánticas de la Banda Oriental.

Todo se derrumbó con tres graves reveses. En Ibiracohay, frenaron el avance de Berdum, lugarteniente de Andresito Artigas. En Carumbé, derrotaron al propio General. En India Muerta vencieron a Rivera, y tuvieron el camino libre hacia Montevideo. Al terminar el año 16, los ocho mil soldados artiguistas estaban reducidos a la mitad (3.200 muertos, casi 400 prisioneros; 1.600 fusiles perdidos, 15.000 caballos capturados por el enemigo).

A comienzos del año 17, los portugueses entran en la capital. Volvieron a vencer en Arapey, Catalán y Aguapey (y tras esas derrotas hubo algunas gestiones norteamericanas, a través de Halsey, ofreciendo soldados mercenarios al general Artigas, que los rechazó). En el 18, vencieron en las Puntas de Valentín, ocuparon Purificación (en abril) y vencieron de nuevo en Queguay. En el 19, derrotaron a los federales en Arroyo Grande. Hubo algunas victorias en ese largo lapso (Rincón de la Cruz, Yapeyú, Santa Ana, Casupá, Paso de la Calera, Paso del Cuello, Pichinango, Guaviyú, la sorpresa de Santa María); no tuvieron mayor relevancia. Lavalleja, Otorgués y Andresito eran ya prisioneros de los portugueses. Se avecinaba el colapso final artiguista: la derrota de Tacuarembó. Artigas, todavía, alentaba esperanzas. Reclamaba refuerzos de Santa Fe. Espera los auxilios cordobeses ("no lo dudo"). Celebra la existencia de fuerzas federales en Santiago. Espera la adhesión de Salta y Tucumán (así le escribe a Bustos, después de la derrota de Tacuarembó). Cuando Lecor le intima que se rinda, responde duramente: "cuando me falten hombres para combatir a sus secuaces, los he de combatir con perros cimarrones". Bland, emisario de EE. UU., reconocerá: "son (los gauchos artiguistas) los más formidables guerrilleros... exceden a lo que se cuenta de los partos, de los escitas o de los cosacos del Don".

Analicemos los otros aspectos, antes de retomar la trama de los hechos, desde Tacuarembó.

La guerra naval tuvo gran eficacia. Pedro Campbell (un irlandés

que vino con los invasores ingleses), comandó la flota de los artiguistas, con el francés Lanche. Los Robertson lo describen en forma singular: "vestía como los gauchos, llevando, además, dos pistolas de caballería y un sable de herrumbrosa vaina, pendiente de un sucio cinturón de cuero crudo. Tenía la patilla y el bigote colorado, el pelo enmarañado del mismo color y formando greñas espesas debido al sudor y al polvo que lo cubría. El rostro requemado por el sol, parecía casi negro y estaba cubierto de ampollas hasta los ojos; grandes trozos de piel abarquillada pendían de los labios resecos, a punto de caer. Llevaba un par de aros en las orejas... un poncho andrajoso... botas de potro y espuelas de hierro, con rodajas de pulgada y media". A su escuadra fluvial, le sumó el artiguismo las embarcaciones corsarias a las que dio patentes de beligerancia: "el comandante de corso podrá reconocer cualesquiera buque navegante, y si lo encontrare con armamento, útiles de guerra y papeles oficiales de las dos majestades española y portuguesa, relativas a la subyugación y nueva conquista de estas provincias u otras cualesquiera del continente americano, será por el mismo hecho declarado buena presa"; "ordeno y mando se concedan patentes de corso contra los buques de España y Portugal". Halsey será intermediario entre aquellos corsarios y Artigas; equipará sus buques, negociará el producto de sus operaciones y garantizará en los puertos norteamericanos la impunidad para los capitanes y sus tripulantes (motivando protestas airadas de Portugal y España en EE. UU.). Conocemos los nombres de tales corsarios: Murphy, Chase, Clark, Taylor, Cathill, Bond, Morgridge, Nutter, Daniels y Champlin (que comandó al "Artigas"). Enarbolando la bandera tricolor, asolaron las aguas del Atlántico norte, las costas de Brasil, los puertos portugueses y el Mediterráneo. En catorce meses, Daniels, por ejemplo, efectuó más de 30 abordajes y en un banco de Baltimore depositó después 200.000 dólares en oro. Vencido el artiguismo, y mientras no lo sepan, seguirán operando contra Portugal.

La ruptura frontal con Buenos Aires será el resultado de la convicción de su complicidad. La gestión de los comisionados Durán y Giró (de los que Pueyrredón obtiene el reconocimiento de su autoridad unitaria, a cambio de la ayuda requerida), motiva la sabida respuesta de Artigas: "es preciso suponer a V. S. extranjero en la historia de nuestros sucesos o creerlo menos interesado en conservar lo sagrado de nuestros derechos, para suscribirle a unos pactos que envilecen el mérito de nuestra justicia... el Jefe de los Orientales... ama demasiado su patria para sacrificar este rico patrimonio de los orientales al bajo precio de la necesidad". Por eso les informa: "han cesado de su comisión". Duros serán los cargos para el Director Supremo del Estado. "Tema V. E. sólo en considerar las consecuencias... Ud.

es altamente criminal''. Y después de reseñar los hechos (reconocimiento de la ocupación, venta de trigos a Montevideo, acciones armadas contra Santa Fe, intentos para dividir las filas artiguistas, deduce claramente: "un jefe portugués no habría procedido tan criminalmente''. De donde formula su requisitoria: "Confiese V. E. que sólo por realizar sus intrigas puede representar el papel ridículo de neutral; por lo demás, el Supremo Director de Buenos Aires no puede ni debe serlo. Pero sea V. E. un neutral, o un indiferente, o un enemigo, tema con justicia el enojo de los pueblos''. En noviembre del año 17, probada la traición, le declaró la guerra a Buenos Aires.

La traición avanzaba por dentro, también.

Desertaron Oribe y Bauzá, luego de la caída de Montevideo. En la capital, Lucas Obes, Durán, Larrañaga, Llambí, Solano Antuña, Sierra, Pérez y Bianqui, rivalizaban en genuflexiones con el vencedor. Larrañaga recorrió dos leguas para recibir las fuerzas invasoras y poderles dar la bienvenida (se les cantó una misa "en agradecimiento''). Bianqui tuvo ocasión de afirmar "que la violencia había sido el motivo de tolerar y obedecer a Artigas'' (después dirá que gracias a los invasores los hacendados podrán "repararse de los pasados quebrantos y los hombres díscolos que se preparan a utilizar el desorden y satisfacer sus resentimientos... se aplicarán al trabajo o tendrán que sufrir el rigor de las leyes''). "En el país se enseñoreaban ocho mil bayonetas extranjeras, garantes del derecho de propiedad'', según declaraciones en un expediente; explicación cabal de aquellas actitudes. Infieles a "la causa''; eran fieles, en cambio, a sus intereses de clase. Meros comisionistas de los intereses antinacionales, ocupaban, al fin, su lugar. Apostaron primero por España, para salvaguardar sus privilegios. Después por Buenos Aires, para contener el desborde artiguista. A regañadientes, aceptaron la dominación federal mientras les dio provecho, convirtiendo al puerto de Montevideo en lugar de salida de la producción de las otras provincias aliadas. Se pasaron al bando invasor cuando vieron sus bienes en peligro. Los veremos, después, partidarios de la separación y de la independencia total (cuando así les convino, también). Representaban "la civilización'', con sus gustos ingleses y con su cultura de lustre francés. Y dice Reyes, bien: "viene naturalmente a la memoria la cita de Tácito cuando hablaba de la adquisición, por los británicos, de las modas, los vestidos y las costumbres de sus conquistadores, los romanos: a todo lo cual aquellos simples llamaban civilización, en tanto no era sino parte de su servidumbre''.

Hubo, también, amigos, como San Martín.

"Yo opino que Artigas los frega completamente'', le predice a Guido. Y Worthington, el agente de EE.UU., comenta: "creo que si San Martín viniera y asumiera la dictadura se uniría a Artigas con-

tra los portugueses". Chamberlain agregaba escribiéndole a Castlereagh: "Se sabe que Artigas tiene gran confianza en San Martín". Desde Mendoza, éste ha buscado ligarse con el artiguismo para conocer su versión sobre la discrepancia con el director Pueyrredón. Belgrano intercepta sus cartas. Después Rondeau le miente: reclama sus tropas sobre la capital en prevención de un ataque supuesto de los españoles (se quiere utilizarlas contra los artiguistas), mientras que se confiesa al Congreso que no habrá tal ataque. Temerosos de que San Martín se hubiera conectado de modo indirecto con los artiguistas (Remedios Escalada, su mujer, ha sido secuestrada por los montoneros cuando regresaba para Buenos Aires y se negocia su liberación: posta del Desmochado), le ordenan, finalmente, bajar con sus tropas para aplastar las fuerzas federales. Alega un ataque de gota, para no moverse. Entonces lo deponen (estamos en diciembre del año 19); Rudecindo Alvarado tomará su mando. Sin vacilar, San Martín, en pleno desacato, comienza la segunda campaña de los Andes y se lleva las tropas al Perú. Lo que motivará el resentimiento de los oligarcas porteños (según Vicente López, "era cuestión de aplazar por un año su frenética ambición de expedicionar sobre el Perú... podría haber concentrado diez mil hombres sobre Santa Fe y Entre Ríos y ahogar en el Uruguay... a todos los caudillos montoneros sin dejar uno solo capaz de caminar en dos pies"; San Martín no se prestó a ese plan).

Ni de la mano de los portugueses encontraba fuerzas Buenos Aires. Belgrano se quejaba: "para esta guerra, ni todo el ejército de Jerjes es suficiente... ¿de dónde sacamos los caballos para correr por todos puntos y con efecto...?". San Martín comentaba una circunstancial victoria gubernista: "esto vale lo mismo que un durazno en Chile". Bustos escribía: "Desde el litoral hasta Córdoba todos son montoneros, con excepción de cinco o seis sujetos". El comodoro Bowles escribía: "la opinión general es que Artigas, al fin, prevalecerá (...), la popularidad de Artigas es inmensa, sobre todo entre la gente baja". "La Gaceta" porteña avizoraba el fin: "Los federalistas quieren no sólo que Buenos Aires no sea capital, sino que, como pertenecientes a todos los pueblos, divida con ellos el armamento, los derechos de aduana y demás rentas generales". El 9 de enero del 20, estallaba un motín federal en San Juan. En seguida se subleva en Arequito el ejército de Tucumán, que "bajaba" a cumplir con las órdenes que desacató San Martín. La victoria de los artiguistas se toca con la mano.

Entonces, justamente, se produce el desastre de Tacuarembó, el 22 de enero.

Latorre es aplastado por los portugueses. En tierras del departamento de Rivera, sostienen algunos (el hijo de Basualdo, reclamando

unos campos a orillas del Potrero, a 30 kilómetros de la capital de Rivera, los ubica "donde fue el último ataque dado en tiempos del general Artigas"). En campos brasileños, según indican otros (cerca de Don Pedrito, por Itaquatiá, a 40 kilómetros de Bagé).

Cáceres contará: "tan fuimos sorprendidos, que no había montado más que el escuadrón de servicio... cuando entraron las columnas portuguesas a galope por el campamento, aquellos pobres soldados no tuvieron otro arbitrio que echarse al agua, para salvarse nadando... no hallaron, los portugueses con quien pelear, porque ya se había pronunciado la más espantosa derrota".

De acuerdo con los partes portugueses, los atacantes dejaron un muerto y tuvieron cinco heridos en la operación. Los artiguistas dejaron ochocientos muertos y tuvieron quinientos heridos. El conde de Figueiras, además, les consiguió robar la caballada (5.400 caballos!); dejaron desmontada a la guerrilla. Al mes, exactamente, el general Rivera le ofrece sus servicios a Lecor.

"Un bosque donde vivir"

El 1º de febrero (1820) a diez días del revés artiguista de Tacuarembó, las tropas federales de dos de las provincias de la Liga batieron al ejército porteño arrolladoramente. Estanislao López, jefe de Santa Fe, y "Pancho" Ramírez (descendiente del conquistador Ramírez de Velazco), jefe de Entre Ríos, derrotaron, sobre la Cañada de Cepeda, al ejército porteño de Rondeau.

Artigas, ya vencido por los portugueses, les ordena a sus lugartenientes que crucen en auxilio de sus fuerzas. López y Ramírez vacilaron... y desacataron (caudillos "retobados", les dirá Félix Luna con acierto). Optaron por seguir a Buenos Aires, cobrando la victoria conseguida. "Esa noche no durmieron muchos en la capital", comenta Joaquín Pérez. "La gente de los suburbios, que jamás había tenido derecho al gobierno, intuyendo que Cepeda era su triunfo, se volcó en las calles y con desaforados gritos y actos de violencia desahogaba su rencor a la oligarquía. Ese día fueron dueños de la ciudad; hay constancias de que destrozaron más de cuatrocientos faroles". Los caudillos, cuyos montoneros usaron de palenque las verjas de la propia Pirámide de Mayo ("sin que pudiera distinguirse quiénes eran jefes y quiénes soldados", se horroriza Vicente Fidel López), proclamaron la disolución del Directorio y anunciaron el juicio de los gobernantes y de los diputados del Congreso que se había celebrado en

Tucumán (forzaron la publicación de las notas secretas, probando la maquinación oligarca). Buenos Aires designa su interlocutor, que negocie con los vencedores su retiro de la capital. Será Sarratea, nuestro conocido del Ayuí (electo por "el pueblo", según dice Mitre; por 182 vecinos en esta ciudad que contaba con 60.000 habitantes.

Artigas, entretanto, multiplica sus órdenes desesperadas. Pero la jefatura depende de la fuerza con que se la sostenga y el Jefe la perdió.

Sarratea, Ramírez y López, acuerdan finalmente el Pacto del Pilar (23 de febrero). En lo sustancial establece:

—la paz ("cesarán las hostilidades desde hoy");

—la evacuación ("dará principio a su retirada el Ejército Federal, hasta pasar el Arroyo del Medio");

—el pacto federal ("se han pronunciado a favor de la federación");

—la invitación al general Artigas para que se sume ("convencidos de que todos los artículos arriba expresados son conformes con los sentimientos y deseos del Exmo. Señor Capitán General de la Banda Oriental... se ha acordado remitirle copia... para que siendo de su agrado entable desde luego las relaciones que puedan convenir a los intereses de la Provincia de su mando cuya incorporación a las demás federales, se miraría como un dichoso acontecimiento");

—la solicitud imprecisa de ayuda para que Buenos Aires defienda a las otras provincias firmantes del peligro de los portugueses ("aguardan de su generosidad y patriotismo auxilios proporcionados a lo arduo de la empresa"); confidencialmente, Ramírez confesaba al chileno Carreras: "No he anoticiado a la Provincia del auxilio que se nos presta, porque me abochorno, y tal vez causaría una exaltación general en los paisanos".

Resumiendo: acuerdo federal (la victoria ideológica del artiguismo), desconocimiento de la jefatura personal de Artigas (apenas capitán de su provincia, como se le llama), y silencio sobre la situación de la Banda Oriental, ocupada por el enemigo.

El Jefe les reclama que declaren la guerra a Portugal. Ramírez le contesta airadamente: "¿Por qué extraña V.S. que no se declare la guerra a Portugal? ¿O V.S. no conoce el estado actual de los pueblos...? ¿Qué interés hay en hacer esta guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuáles son sus fondos, cuáles sus recursos? ¿Cuál es, en una palabra, su poder para repartir... su atención del primer objeto, que es asegurar el orden interior?". Y con más insolencia: "O cree Vuestra Señoría que por restituirle una provincia que ha perdido, han de exponerse todas las demás con inoportunidad? Aguarde V.S. la reunión del Congreso, que ya se hubiera celebrado a no hallar entorpecimiento de su parte..." A la vez se di-

funden versiones con respecto a ciertas cláusulas secretas de aquel compromiso, alentando la suposición de que Ramírez busca aniquilar los restos artiguistas con los auxilios de la capital. Artigas lo creyó. Anunció que "corría a salvar a Entre Ríos" (del insubordinado). Ramírez (al que ya le pasaron un cuarto de millón) replicó: "La provincia de Entre Ríos ni necesita su defensa, ni corre riesgo de ser invadida por una potencia extranjera interesada en acabar la ocupación de la Provincia Oriental, a la que debió V. E. dirigir sus esfuerzos..." En Avalos, el Jefe convocó sus últimos aliados de la Banda Oriental, Misiones y Corrientes. Se comprometieron a librar "una guerra ofensiva" y lo designaron "Director de la Guerra y la Paz".

Acuerdo nominal. Desatada la guerra, las tropas artiguistas vencieron en Las Guachas. Después fueron vencidas en la Bajada del Paraná, Gualeguay, Yuquery, Mocoretá, Mandisoví, Sauce de Luna, Osamentas, María Madre, Avalos y Cambay. En la Bajada, Artigas contó con 3.000 combatientes. En Avalos, apenas escaparon 12 guerrilleros (y con 11 caballos, pues el General debió salvar la vida en ancas del caballo de Manuel, su primer hijo). Recompuestas sus fuerzas con nuevos aportes (indígenas), las derrotaron Píriz, Casco y Siti (sucesor de Andresito en Misiones!). Anotemos, de paso, que en los 80 días de la pequeña guerra litoral, Ramírez pidió cuatro veces auxilios a López ,que ni le contestó (había recibido 25.000 vacas después de un acuerdo en Benegas con los dirigentes porteños; se aprestaba a enfrentar a Ramírez, y al fin, a matarlo).

Después de Cambay, el Jefe ha quedado encerrado. Por un lado están los portugueses. Por otro, Ramírez. Por el otro, separándolo de Santa Fe, la laguna Iberá (800 leguas cuadradas), con sus anchos bañados correntinos, que son intransitables. Del otro, Paraguay: el único camino. Fácil explicación de aquella decisión ineludible. Andrés Latorre se lo contó a su hermana con estas palabras: "Artigas pudo dentrar a Santa Fe respetao por el general López, pero quedó cruzao y dentró al Paraguay". Así tuvo que ser.

Acevedo ha sido negativo (injusto, nos parece), para juzgar el hecho: "al asumir una actitud excluyente, que sólo admitía la victoria o la muerte, demostró que era inferior al propósito concebido pues no supo vencer ni morir en la contienda". Quizá concibió su retiro, ante las deserciones que se repetían, algunos años antes. En enero del año 18, en la "Revista de Buenos Aires", un anónimo corresponsal acusaba al gobierno porteño de complicidad con el plan portugués y terminaba con estas palabras: "Dígame si es verdad, para liar todas mis cosas y pasarme al Paraguay". Firmaba de manera significativa: "el Patricio se lo avisa". Según Eduardo Gómez y Antonio Zinny, esa carta es de Artigas.

Perseguido después de Cambay, lo tenemos el 20 de agosto enfrente a Itapúa (Candelaria, actualmente), con 200 libertos. Desde la tranquera de San Miguel, y después de mandar 4.000 patacones a los prisioneros de Río, escribe a Rodríguez de Francia, Dictador paraguayo, pidiéndole asilo ("un bosque donde vivir"). En carta del 12 de mayo siguiente, Francia lo relataba: "reducido a la última fatalidad, vino como fugitivo al paso de Itapúa y me hizo decir que le permitiese pasar el resto de sus días en algún punto de la República, por verse perseguido aun de los suyos y que si no se le concedía este refugio, iría a meterse en los bosques". Y unos años después, en 1833, Rodríguez de Francia evocaba con duras palabras aquel episodio: "...viniendo últimamente sin rubor después de tanto ruido, alboroto y afectada valentía, o fanfarronadas, ya que se vio arruinado y perseguido de la muerte aun de los suyos por consecuencia y efecto natural de sus desórdenes, locuras y desatinados procedimientos (...) he gastado liberalmente centenares de pesos en socorrerlo, mantenerlo y vestirlo, habiendo venido desnudo, sin más vestuario ni equipaje que una chaqueta colorada, y una alforja" (la severidad de su juicio —le llama en esa carta "caporal de ladrones"— refleja las desavenencias motivadas por dos episodios: la disputa por la zona misionera de la Candelaria y el rigor artiguista confiscando en 1815 un cargamento de armas comprado por el Paraguay a dos comerciantes ingleses).

Dos semanas esperó respuesta. El 5 de setiembre, concedido el asilo, penetró al Paraguay. El Dictador autorizó el ingreso de los refugiados, pero los internó. El General, con escolta, fue conducido hasta la capital. Algunos de los negros que lo acompañaron quedaron en los yerbatales de la Candelaria. Otros fueron llevados hasta Camba-Cuá (Laurelty; a dos leguas de Asunción). Francia ordenó al comandante Juan Vicente Ríos elegir "las mejores tierras de los alrededores de la capital y proceder a su aparcelamiento en lotes para destinarlos a los desterrados con Artigas". Confirma Stefanich: "Se destinó para ellos un terreno llano muy apto para la agricultura".

Ramírez, en seguida, pidió la extradición, "para que responda en juicio público a las provincias federadas los cargos que justamente deben hacerle por suponérsele a él la causa y el origen de todos los males de la América del Sur". Ofrecía, de paso, ventajas comerciales para el Paraguay. Ni se le contestó. Y el Director ordenó la prisión del emisario de Pancho Ramírez.

En Asunción, el Jefe es alojado en un convento. "Todos los días mandaba el dictador uno de sus empleados a saludar al General y preguntarle cómo iba", según el relato de José María, que escuchó esa versión a su padre. También lo visitó el secretario de Francia, Martínez. ¿Denegó el Dictador la entrevista que le solicitaba? Recor-

demos, aquí, que Rodríguez de Francia recibió visitantes sólo por excepción (no quiso recibir a Cossio, emisario de Rivadavia, a los franceses Leverger y Bompland, ni al teniente Ruiz, delegado de Sucre). ¿Pudo pensar Artigas comprometer a Francia después de su derrota, cuando no consiguió sacar al Paraguay del cerrado aislamiento en el que se mantuvo después de Tacuarí, ni siquiera en los años de su poderío? Es difícil responder que sí.

Sobran las evidencias, a la vez, de la hospitalidad y generosidad del Dictador.

El 25 de diciembre, el Dictador resuelve que "habiéndose dispuesto que D. José Artigas pase a morar en la villa de San Isidro, el Tesorero de Guerra le proveerá competentemente de los efectos que puedan ser útiles para el decente vestuario..." Hay constancia de que le remitieron una larga lista de prendas y efectos (8 varas de casimir de color "aplomado", 6 pares de medias, 2 sombreros finos, 4 navajas, media docena de cubiertos, 2 pares de botas, 2 levitas, 7 chalecos, 5 pantalones, 1 "fraque", 2 frascos de vino carlón, 2 frascos de vino "de la tierra", 7 varas de encajes ingleses, etc.), con un valor cercano a los 500 pesos. Además se dispuso pagarle una pensión (32 pesos por mes; el sueldo de un ministro paraguayo); le remitieron sumas periódicamente durante diez años; las dejó de percibir después, porque pudo atender a su mantenimiento. Un sacerdote, hermano del párroco de San Isidro, anota que se le pasaba " una onza de oro sellado por mes".

Como se señaló, disponen internarlo en San Isidro de Curuguaty, a 85 leguas de la capital, cerca de la frontera con Brasil. Recordemos, aquí, que Brasil le negaba su reconocimiento al Paraguay. Y en comunicación a la Junta de Mayo, algunos años antes, los gobernantes asunceños destacaban que "Curuguaty es una de las puertas por donde pueden invadir los portugueses". Por eso, apostaban allí cuatro mil combatientes. Por eso, quizá, destinaron al jefe de los orientales a dicho lugar.

Manuel Martínez y Joaquín Lencina ("Ansina", como deformará la tradición), lo acompañaron en Curuguaty. Otras informaciones citan un liberto con el nombre de "Montevideo". Sabemos, con seguridad, que dedicó los años del exilio a la vida rural. Pero también sabemos que su nombre no quedó borrado ni perdió relevancia por eso. Melchor Brito, comandante de Villeta, será procesado por estas palabras que se le atribuyen: "No hay otro hombre capaz y adecuado para suceder a nuestro Supremo Dictador... Si hubiera elecciones, yo votaría por Artigas".

Mientras gobierne Rodríguez de Francia, proseguirá internado en San Isidro.

Hammerly detalla la visita del francés Bompland, ubicándola en

el 31, y citando un informe de Gauto, comandante militar de San Isidro, para documentarla (indicando volumen y folios del registro en que consta). Repite la versión de De María: el Jefe recibió de manos de Bompland una constitución del Uruguay, agradeciendo al cielo "por haberme concedido la vida para ver a mi patria independiente". Semejante versión contradice los conceptos de Artigas, empeñado en salvar la unidad nacional porque "ni por asomo", como lo decía, contemplaba la separación provincial como fórmula de solución. Antonio Ramos, un historiador paraguayo, desmiente la versión con esta frase: "Hemos acudido al Archivo Nacional y revisado cuidadosamente los dos tomos del aludido volumen 384, pero no hemos encontrado el oficio citado (con el testimonio de Gauto); no figura en dicho fondo documental". Demuestra, además, que Bompland, por la fecha citada, estaba en el Brasil.

Tampoco llegó al General la gestión indirecta de Rivera, presidente, ya, del Uruguay. La tramitó por medio del gobernador correntino Ferré, en 1832. Con este objetivo: "Abogar por un hombre; interceder por un amigo y abrirle paso para que vuelva, no a gozar las conveniencias que generosamente ofrece su patria a todo el que quiera pisarla... sino a señalar con su mano la fosa que puede recibir en breve el paso de sus años, y asirse para siempre a la tierra que lo vio nacer". De denegarse la solicitud, "séale al menos permitido recibir una persona de su familia... para noticiarle de sus hijos y recabarle explicaciones que le pongan al corriente del giro que deban darse a los intereses y negocios que tiene complicados en su país con perjuicio notorio de sus deudos y acaso de su crédito". La gestión no se oficializó. Unos años después, usurpando Rivera el poder (1839), remite por Antonio Marcerano, patrón de una goleta, una carta para el General. Allí le comunica, con década y media de atraso, la muerte de su padre. Es un acercamiento que tiene las miras en otra gestión, que será posterior: ganar la adhesión artiguista en el enfrentamiento con Rosas y Oribe.

En setiembre de 1840 se muere Rodríguez de Francia, tras un cuarto de siglo de poder personal. No deja regulado el problema de la sucesión ("que no me molesten con esas zonceras", contesta). Se formará una Junta de coroneles y Policarpo Patiño la presidirá, de modo provisorio. Ordenarán a Gauto "poner la persona del bandido José Artigas en seguras prisiones" inmediatamente. Lo apresan y lo engrillan. Ignoran, con seguridad, que tiene 76 años!

Cuando la situación se normalice, eligiendo al Dr. Carlos Antonio López como sucesor (primero con Alonso; después solo), corrigen y excusan la resolución: "Se dirá a Artigas que si quiere volver a su patria lo podrá verificar en los buques mercantes que vienen de Corrientes" (agosto del 41). Gauto nos trasmite la respuesta: "Con-

testó que quedaba muy reconocido al beneficio singular que V.E. se ha servido dispensarle, que a impulsos de él reviviría a V.E. en una inmortal gratitud, pero que él, muy distante de imaginar el volver a su país nativo, suplica se sirva concederle la gracia de que finalice en esta villa el resto de su vida...'' Los gobernantes se dan por enterados: "en consecuencia lo atenderá usted cuanto lo exijan las circunstancias, y llegado el caso de su fallecimiento, se le harán los honores fúnebres correspondientes'' (setiembre del 41).

En esa misma fecha, Rivera repitió su gestión anterior. Bernardo Plá y Albín serán los portadores de una carta de Enrique Martínez, ministro del gobierno colorado, invitando al General a regresar. No llegaron a Curuguaty. Tramitan el ofrecimiento y López les informa, remitiéndose a Gauto: "D. José Artigas no ha dirigido contestación alguna''. Imposible saber si se le consultó (Derqui dirá después que Artigas lo negó).

El 21 de marzo de 1845, lo mandan buscar. Lo designan "Instructor'' de un ejército del Paraguay. Aceptó. Llegó a la capital, recabó los informes de la situación, advirtió que se buscaba sumar fuerzas en contra de Rosas y entonces renunció. Marco Antonio Laconich anota: "aceptó de buen grado y después declinó rotundamente al informarse que el tal ejército por él instruido iba a combatir contra Rosas, o sea contra el federalismo''. Y Eduardo Gómez dice: "Con 80 años justos y cumplidos... vive otra vez la emoción de poder optar y decidir: no quiere hacer soldados unitarios que vayan a pelear contra sus viejos federales... pudo haber sido General contra Rosas; pero no quiso''.

Se le guardó igualmente consideración. López, ya presidente, lo aloja en Ibiray (en una finca suya, vecina de la capital). Allí recibió diferentes visitas: el coronel Eduviges Gutiérrez (emisario de Rosas), Derqui, Paz, Demersay, Beaurepaire, familiares de López y José María. Al ingeniero Beaurepaire le dice: "Entonces mi nombre suena todavía...? Y habiéndosele contestado afirmativamente, dijo después de una pequeña pausa: Es lo que me queda de tantos afanes; hoy vivo de limosna''. Murió en setiembre de 1850. "Pueden sus amigos y parientes tener el consuelo de que nada le faltó, y de que sucumbió agobiado por el peso de noventa años, porque es la suerte común'', informaba "El Paraguayo Independiente''. Faltaba, todavía, enfrentar a la difamación.

Es una larga historia de diatribas; una "leyenda negra''.

Nació en el juicio de los unitarios:

—Cavia, por encargo porteño, redactó su panfleto para desprestigiar al general Artigas ante Graham y Bland, emisarios norteamericanos; agotó los adjetivos truculentos ("lobo devorador y sangriento, azote de su patria... oprobio del siglo XIX, afrenta del género

humano, origen de todos los desastres"); Artigas, enterado, le dio su respuesta: "mi gente no sabe leer";

—Rivadavia, escribiendo a Nicolás Herrera, lo trató de "bandido";

Alvear, para juzgarlo, debió mostrar sus cartas: "El feroz Artigas... fue el primero que entre nosotros conoció el partido que se podía sacar de la bruta imbecilidad de las clases bajas, haciéndoles servir, en apoyo de su poder, para esclavizar las clases superiores y ejercer su poder sin más ley que su brutal voluntad".

Tales juicios fueron avalados por los que abandonaron al Caudillo:

—Santiago Vázquez, cómplice de Sarratea, recordó la "redota" con estas palabras: "como los lobos o tigres hambrientos a la vista de la presa, así se lanzaron aquellos caudillos sobre los pueblos y campañas; la violencia, el robo, la desolación y el terror, marcaban sus pisadas; así, al volver ellos de su comisión, Artigas se vio rodeado de diez mil almas" (el General había ordenado "talar, destruir y quemar", según esa versión);

—Antonio Díaz no fue menos duro: "era un desgraciado", escribirá en el año 25 al recordar al Jefe: "un caudillo inepto, sin más sentimiento que el de la ambición, sin talento para conducirse, sin recursos ni genio... sin otro sistema que el de la tolerancia de todos los excesos";

—Rivera será más severo: "es de necesidad disolver las fuerzas del general Artigas (...), así será salvada la humanidad de su más sanguinario perseguidor" (a Ramírez, en junio del 20);

—no faltó Lavalleja: cuando Buenos Aires observe "desórdenes anárquicos" en la Cruzada, recordando los tiempos de Artigas, contesta Lavalleja: "El General que suscribe no puede menos que tomar en agravio personal un parangón que le degrada" (mayo del 26).

La segunda pandilla unitaria, tuvo, pues, material:

Mitre lo abominó: "tenía los instintos feroces... la hipocresía solapada del gaucho malo y el orgullo exagerado de sus facultades bajo las apariencias humildes"; "sin más banderas que el personalismo ni más programa que una confederación de mandones";

—Vicente Fidel López advirtió: "no tenemos la menor intención de negar que execramos la persona, los hechos y la memoria de este funestísimo personaje"; "los caudillos provinciales que surgieron como la espuma que fermentaba de la inmundicia artiguista eran jefes de bandoleros que segregaban los territorios donde imperaban a la manera de tribus para mandar y dominar a su antojo".

—Sarmiento lo define: "el patriarca de los caudillos del degüello y la barbarie".

Tal será, por supuesto, la imagen divulgada al exterior.

La que llevó a Lombroso a querer descubrir en su rostro (el que Blanes inventó), los rasgos de la criminalidad (!)

La que repitieron los textos escolares durante medio siglo.

La que divulgaron los stalinistas. Yunque lo definió como "conservador": "Artigas, Ramírez, López, Güemes... son señores feudales. El democratismo de estos hombres, amos de hombres, es muy relativo... eran grandes estancieros, imbuidos de ideas feudales y de desprecio hacia la masa" (contraponiéndolos a la dirigencia porteña: "hombres progresistas, abiertos a las ideas de Europa y a las renovaciones de Norteamérica"). Juan José Real lo tergiversa: "para Artigas, en particular, la principal preocupación era asegurar la independencia de la provincia oriental; de tal manera, en lugar de subordinarlo todo a la lucha contra el opresor extranjero, español o portugués, todo lo subordinaba al temor de que esa lucha condujera a perjudicar la independencia de la provincia con respecto a la nación" (fue, como lo vimos, al revés).

La que a veces asoma, todavía: para la "Historia" editada por Cambridge, en 1949, Artigas es "un bandido y un degollador".

Lenta fue la tarea de reivindicarlo.

En Buenos Aires, un cubano, Valdez (director de "El Censor" y "La Prensa Argentina"), divulgó sus escritos para defenderlo, por el 16. También Manuel Moreno quebró lanzas por él. Como Saavedra ("dícese que se inclina más bien al partido de Artigas", informaba Worthington a los americanos). Pero recién Alberdi, refutando a Mitre, dibujó su figura con acierto: caudillo de las masas, y por eso, expresión verdadera de la democracia.

En el exterior, el venezolano Palacio Fajardo tuvo algunas palabras para defenderlo ("Ensayo sobre la revolución de América Española"; 1817). Irvine (Baltimore, 1820), Denis (París, 1827), Rabbe (París, 1834) y Ortiz de la Vega (Madrid, 1852), también navegaron contra la corriente.

En el Uruguay, el gobierno de Oribe decidió adjudicarle unas tierras en Arerunguá (1836), en provecho de José María. Es Oribe, otra vez, al frente del gobierno del Cerrito, quien llamará "del General Artigas" a la calle central (después "8 de Octubre") de la villa de la Restauración, en 1849. En el 53, el gobierno de Giró bautiza como "Artigas" al pueblo fronterizo de Arredondo. En el 54, Flores dispone repatriar sus restos, y los manda buscar al Paraguay, encomendando a Vega la misión. Arribados en el 55, ya derribado Flores del poder, quedaron olvidados. Pereira dispuso después su traslado "a un lugar preferente", en el 56. Pero los textos siguen enseñando que Artigas es un delincuente.

Es recién desde 1860 que comenzó la revaloración (primero De María; después los hermanos Ramírez, Fregeiro y Bauzá). Y fue Máximo Santos el que promovió la revisión del juicio negativo; sustituyó

los textos unitarios y dispuso levantar un monumento al General Artigas. El senado del 83, que así lo decidió, rechazó la propuesta de poner, sobre su basamento, las siguientes palabras: "Artigas, fundador de la nacionalidad". Entendió, con razón, que "la inscripción no se armoniza con las tendencias del prócer a propósito de una confederación, a favor de la cual luchó hasta que abandonó el suelo de la patria". Por eso, simplemente, acordó la inscripción de su nombre en ese monumento que se demoró cuatro décadas más (se levantó en 1923). Eduardo Acevedo, con su formidable "Alegato", había pulverizado la difamación.

Esa leyenda negra será después "celeste" (como la definiera Real de Azúa). Borrados sus afanes revolucionarios, olvidadas sus reivindicaciones, lavado su programa, le harán una mortaja de retórica y bronce.

7. — LA SUBLEVACION DE LAVALLEJA

"Su voto general, constante y decidido".

En enero del año 17, "con satisfacción y placer" (como lo destacaba Jerónimo Bianqui), el Cabildo de Montevideo entregó la ciudad al general Lecor, barón de la Laguna y jefe de las fuerzas portuguesas. Empezaba la historia de la "Cisplatina". Se caracterizó por la "asimilación" de sectores sociales ligados a la causa de los invasores, la colaboración servil de quienes olvidaron al Jefe derrotado, la represión de los que resistieron a la dominación, el despojo de bienes, y el proceso de devolución de la tierra a los latifundistas que Artigas afectó, en provecho de los vencedores.

La ciudad celebró repetidos enlaces entre los jerarcas de la ocupación y distinguidas señoritas de Montevideo. Rosa de Herrera y Basavilbaso, fue mujer del Barón. Crisóstomo Calado, su lugarteniente, contrajo matrimonio con Dolores Oribe, hermana de Manuel (y con Carolina Juanicó, después). Juana Llambí se casó con Rodríguez de Brito. Valente da Gama, con Isidora Ladrón de Guevara.

Nicolás Herrera será secretario del propio Lecor. Juan José Durán ha de ser Intendente de la Cisplatína. Lucas Obes será designado fiscal. Tomás García de Zúñiga podrá denominarse marqués de Campo Verde, Fructuoso Rivera será capitán de Dragones y ennoblecerá el apelativo: barón de Tacuarembó (recordando, quizás, el penoso episodio sucedido allí). La resolución del año 19 cediéndole a Brasil una parte de nuestro territorio (bajando nuestros límites al Ibicuy, para poderle pagar a Lecor los gastos motivados por la construcción de un faro frente a las aguas de Montevideo) y la declaración del año 21, pidiendo a la Corona nuestra "incorporación al reino que formaban Brasil y Portugal", son perlas de un rosario que tuvo muchas cuentas: las de la sumisión.

A los que resistieron, el rigor. El 15 de febrero del año 17, el barón resolvió por decreto que sus enemigos (los que resistían junto con Artigas) iban a ser tratados "no como prisioneros de guerra, sino

como salteadores de caminos y perturbadores del orden", agregando que de no poderlos detener "se hará la más severa represalia en las familias y bienes... quemando sus estancias y conduciendo sus familias a bordo de la escuadra". Así pasó con la mujer de Llupes, por ejemplo.

El despojo cobró dimensiones cuantiosas: "La mayor parte de la hacienda es traspasada al Brasil; durante varios años, no se ve por esos campos más que partidas portuguesas arreando enormes tropas de ganados. En una operación sistemática, continua, ordenada, que agota la ganadería enriqueciendo fazendas de Río Grande; apenas se salvan algunas vacadas cimarronas ocultas en los montes. Para facilitar la operación se prende fuego a los montes y pajonales. Por todas partes se ven incendios que duran días y días, campos ardiendo, humaredas, cenizas. El suelo del país está pelado, cubierto de mataduras" (la cita es de Zum Felde). Al otro día de la sorpresa de Tacuarembó, se llevaron 80.000 vacas. Alguna estimación totaliza catorce millones para los diez años de dominación. Hay un dato elocuente: los 10 saladeros que había en Río Grande, se multiplican a 123! Y Zum Felde comenta, con celo racista: "El país es un yermo; no hay casi estancias, ni se instalan los centros de charqueo y corambre... no vienen ni industriales, ni negociantes, ni artesanos, ni cultivadores; ejércitos, nada más; brillantes generales y marqueses fanfarrones, oficiales garridos y emplumados, soldadesca portuguesa, y más negrada, mucha negrada...".

Con respecto a las tierras, el vencedor procede con cautela.

Empieza por comprometerse a mantener la situación vigente (acuerdo de Rivera con Lecor en Guadalupe; tratado de Tres Árboles: "no se hará novedad en las propiedades"; 2 de marzo de 1820). Aquieta resistencias y fomenta el prestigio de quienes "colaboran" con la dominación.

La documentación oficial, sin embargo, alude a los beneficiados por los repartimientos de Artigas con un eufemismo ("poseedores de buena fe") que les descalifica su condición legal.

Comienzan las demandas de los terratenientes (Villademoros, Albín, Villalba, Chain, la viuda de Cristobal Salvañach, los apoderados del Colegio de las Huérfanas, los herederos de Juan Francisco Blanco y muchos otros más). Con suerte diferente. Depende del poder de quien demanda, del número de beneficiados a desalojar y de su condición (porque a veces se trata de soldados de la ocupación, que sustituyeron a los agraciados por el Reglamento, después de vencerlos, y a veces, matarlos). Los trámites son lentos. Y las resoluciones, casuísticas, sin sentar una norma general.

Hay que llegar al año 21 (Artigas está confinado, Ramírez está muerto, López "se sosegó"; los portugueses y los unitarios respiran, al fin), para que portugueses y amigos se lancen al despojo de la tierra. Por una circular (proposición de Nicolás Herrera), se dispuso que la

tierra de los donatarios artiguistas quedaba restringida "al solo suelo que poseyeran sus ganados mansos" ("una real y cuantiosa reducción del suelo artiguista", según De la Torre, Rodríguez y Sala). Un bando de Lecor (21 de noviembre del 21), dispone, finalmente, que los ocupantes deben "regularizar" su condición de tales. Las aspiraciones son llevadas a los tribunales. Suelen desestimarse. O conducen a los donatarios al arrendamiento, para impedir que se les desaloje. Pero subrayamos a Sala y a sus compañeros: "donde van dejándose caer los oficiales y validos del régimen cisplatino, cuya posesión es no menos irregular que la de la vieja generación oriental (eso) impide a Lecor aplicar una política abstracta y general de desconocimiento del derecho de los poseedores". No faltaron, por eso, "ocupantes" que validos de sus relaciones y su "autoridad" (después de "acomodarse" con el invasor), vieron acrecentar su posesión.

Para los donatarios modestos, las nubes eran negras. El yerno de Albín (apoderado de sus intereses), celebraba el decreto citado y recordaba como letra muerta los viejos compromisos: "posteriormente el derecho de los propietarios ha prevalecido... sin que haya podido servirles de escudo a los intrusos la buena fe con que ocupaban propiedades ajenas" (y logró su expulsión). Juanicó, por su parte, al reclamar que se le devolvieran sus grandes extensiones, argumentaba así: "Bien se deja ver que estas anteriores órdenes circulares las dictó la política acomodada a las circunstancias muy particulares en que a tal época esta provincia se hallaba. Así lo comprendieron todos. Así lo entendí yo, que queriendo acomodarme a su espíritu y coadyuvarle, he guardado el silencio que se puede observar". Había llegado el tiempo del desquite: "la hora del alud latifundista".

Así fue madurando la protesta y así fue germinando la sublevación. Al comenzar el año 25 (cuando los gobernantes eran ya "brasileros"), se quejaban los donatarios que ocupaban las tierras del latifundista Juan Francisco Blanco "desde el seno de nuestro abatimiento por la crueldad con que se nos ha intimado aquel decreto", y recordaban, en su reclamación, que se les confirmase "la donación de gracia que se nos hizo por don José Artigas". El nombre del Caudillo, otra vez en la boca de los orientales, "restregado en las narices de los cisplatinos".

Promovió, por supuesto, inquietud. Lucas Obes, advirtiendo lo que se avecinaba, proyectó la venta de tierras fiscales (marzo de 1825). "Todo hombre libre... puede denunciar y ser admitido a la compra de tierras realengas. Son preferidos... los nacionales a los extraños, los casados a los solteros, el ganadero al labrador, al labrador el que cultiva y manufactura alguna producción del territorio, y a todos en general, el que hubiere introducido algún nuevo ramo de la industria y necesite de tierras para su fomento... La población efectiva y cultura

de un terreno será mirada como un título preferente a la denuncia y posesión material que se hubiese ganado por un mero decreto de cualquier autoridad''. Para fundamentar esa proposición denunció los abusos: "las tierras sin discernimiento... sin tasa ni medida, darlas y mantenerlas incultas, y trasmitirlas el padre al hijo, el hijo al nieto... bien prohibido estaba por las leyes; pero los gobernadores de Montevideo, los comandantes generales de campaña, los ministros de Maldonado, todos a porfía, se esmeraban en hacer todo lo contrario''. La propuesta se desestimó. Sometida por Lecor al juicio de los hacendados "fue unánime el parecer... en que no se hiciera lugar, por ahora, al precitado proyecto''. Se adoptaron, en cambio, medidas policiales para defender la propiedad: "todos los ladrones de ganado serán juzgados sumariamente y condenados al servicio de la marina, o a los trabajos públicos, después de haber pagado al dueño de la hacienda robada el cuádruplo de su valor''.

Hay otro indicio de que se genera —también— la disconformidad del "partido'' burgués contra la ocupación. Es la queja de los comerciantes de Montevideo contra los impuestos aduaneros abusivos. El comercio exterior, para eludir el pago de aranceles orientaba las ventas hacia Buenos Aires, desde donde llegaban, clandestinamente, las mercaderías. En el petitorio de la burguesía de Montevideo se recuerdan lacrimosamente los tiempos pasados: "los derechos de esta provincia eran moderadísimos respecto a los que se pagaban en la aduana de Buenos Aires; por esto era que su mercado se hallaba en Montevideo, adonde acudían atropelladamente sus capitales, para introducirlos en otra forma por el contrabando; pero del modo como se mudan en un teatro las decoraciones, así se mudó nuestra escena mercantil en el momento en que se invirtió esta proporción''. Se adelantaban a la refutación, preguntando: "Si así no fuese, por qué tantos buques se dirigen para Buenos Aires, en el momento en que son impuestos de los derechos que tienen que pagar? Porque la diferencia es real y verdadera. Si así no lo fuese, irían a Buenos Aires a comprar cueros de inferior calidad de 56 reales, dejándolos en ésta, de mejor, a 46? Este es un hecho, un hecho evidente, que todo lo declara y significa. Sin embargo se empeñan (los gobernantes de la Cisplatina) en hacer incurables los males de esta provincia, y se insiste en que se retiran los tales buques porque no encuentran compradores. Es cierto. Pero lo es porque nuestros derechos son crecidos''. Y explicando al general Lecor el "abecé'' de sus puntos de vista, ejemplificaban su argumentación: "¡Qué disparate! dicen (los privilegiados). El consumo es el mismo sean altos o bajos los derechos. El que bebe diariamente una botella de vino, cuando a real vale, una bebe cuando le cuesta dos. Bébela, decimos nosotros, aquel que tiene una renta, cuya superioridad a sus necesidades, es independiente de las variaciones de los precios de las cosas.

Pero no así aquel que de ella los tiene dependientes. Si gana un peso diario, que repartiéndole entre todas sus necesidades, sólo le deja un real para vino, no beberá, no, una botella, cuando valga dos, y si lo hace, alguna otra necesidad dejará descubierta, cuyo impuesto no se realizará''. Y cerraban la reclamación haciéndose voceros "desinteresados'' de los intereses de todos: "Concluimos con indicar que el gobierno de un país pobre es también pobre: que sólo de la riqueza de los ciudadanos se compone la de sus gobiernos''. Lecor les mandó contestar por Jerónimo Bianqui: "Suponer que las Aduanas debilitan al comercio, que absorben sus ganancias y se hallan en oposición abierta con los progresos de la industria, es una manía de negociantes''. Después les recordaba que "para tener un tráfico tres veces mayor que el nuestro le basta a Buenos Aires una población duple sólo en su recinto y triple con lo restante de su distrito... para que cuantos buques emboquen el río también se emboquen en aquel puerto, dejando éste que no les ofrece un mercado tan extenso, ni tan rico, ni tan variado''. De paso les sugiere: "hagan pronta y bien calculada distribución de tierras... proporcionando al pobre seguridad, trabajo honesto y abundancia de lo preciso... (porque) los consumos determinarán las introducciones, las introducciones alientan la producción y la producción multiplica los capitales''. Y concluye terminantemente: "el comercio rara vez se ocupa en combinar sus ganancias con la felicidad general del Estado (...) su interés no descansa sino con el exterminio de todo lo que pueda rivalizarle''. Así desestimó la pretensión.

Recapitulemos. La dominación "cisplatina'' nació de la conformidad y la complicidad de burgueses y terratenientes (enfrentados con el artiguismo) y de la resignación de la masa rural, derrotada por el invasor y conformada con el compromiso de garantizar los repartos de tierras. Los años transcurridos los desilusionaron. Burgueses y terratenientes debieron pagar, de sus propios bolsillos, el despojo en favor del Brasil (que se independizó de Portugal), y la confrontación entre "aportuguesados'' y "abrasilerados'', mostró la perspectiva de la insurrección.

Para ubicarnos en tal circunstancia, detallemos, en pocos renglones, el proceso de la formación del Brasil.

A comienzos del siglo (1808), la corte portuguesa se radicó en Brasil, huyendo de las tropas francesas invasoras, bajo la protección de los ingleses. Gobernaba don Juan de Braganza (regente por demencia de la madre; Juan VI recién a partir del año 16). Vencido Bonaparte ("liberado" Portugal por las fuerzas inglesas), el monarca se quedó en Brasil, y llevó las fronteras al sur, ocupando la Banda Oriental. Portugal quedó así relegado de su preocupación y al margen de su plan: un expansivo imperio americano. Jurídicamente, el Brasil era ya

un "reino hermano", con iguales derechos a los de Portugal (1815). No menos sometido, por supuesto, al interés inglés.

La revolución burguesa y liberal estallada en Oporto (1820), quiso cambiar esa correlación. Forzó al rey a volver, amenazando con desconocer su condición de tal. Y quiso desprenderse de la Cisplatina (para contradecir los intereses "abrasilerados" y ligarse al gobierno liberal y burgués español), convocando un Congreso que debió, libremente, decidir la suerte de nuestra provincia.

La réplica fue acelerada. Lecor desconoció las instrucciones y presionó al Congreso Cisplatino (integrado por "abrasilerados") para que promoviera nuestra incorporación al reino que formaban Brasil y Portugal (1821). Los grupos de presión llevaron a don Pedro al desacato impulsando, por fin, la independencia plena de Brasil (1822). El grito de Ipiranga proclamó dicha separación. Coronaron a Pedro I como emperador. Con apoyo de Londres y Viena. Inglaterra abogó por la nueva nación: para proteger las naves portuguesas de ataques del Brasil, estaban "obligados" a reconocerlo para tener influjo en su gobierno (con una condición: Pedro I debió comprometerse a reducir primero y abolir después el tráfico esclavista cuya inhumanidad fue descubierta en Inglaterra desde que sus colonias norteamericanas se independizaron y se beneficiaron con él). Austria también le dio su reconocimiento: el emperador era suegro de Pedro I.

La "operación" tuvo pocos tropiezos: solamente cuatro guarniciones en este continente permanecieron fieles al poder portugués. Una fue la de Montevideo, comandada por Alvaro Da Costa. El grueso de las tropas de la Cisplatina, al mando de Lecor, adhirió, por su parte, al nuevo emperador, controlando todo el interior.

El 12 de octubre (a cinco semanas del grito de Ipiranga), Lecor, en Canelones, reconoció al gobierno del Brasil. El 17 lo siguió Rivera; Lucas Obes, Nicolás Herrera, Zúñiga, Durán (y también Lavalleja), estuvieron con él. Da Costa, por su parte, contó con la adhesión de Francisco Giró, Santiago Vázquez y Gabriel Pereyra. En enero del año 23, el barón sitió Montevideo.

En esta situación ("tocando" la guerra civil entre los dos sectores cisplatinos), comenzó la conjura que pretendió ligar la disconformidad acumulada. Ganaron la adhesión de Lavalleja, que levantó sus fuerzas en el Rincón de Clara, por Tacuarembó, pero debió fugar al Entre Ríos. Convencieron también a Pedro Amigo, caudillo de los tiempos artiguistas, vencido y en seguida ejecutado por orden de Lecor. Sumaron el respaldo de Manuel Oribe, que derrotó a Rivera (siempre fiel a Lecor) en Casavalle. Definieron bien su orientación: "entrar en convenio con Buenos Aires". Y se pronunciaron —con tácito consentimiento portugués— a través del Cabildo de Montevideo: "Declara que esta Provincia Oriental del Uruguay no pertenece, ni debe, ni quiere

pertenecer a otro poder, estado o nación, que la que componen las Provincias de la antigua Unión del Río de la Plata, de que ha sido y es una parte'' (declaración de octubre del año 23).

El fracaso los acompañó.

No tuvieron apoyo interior (y es fácil entender la desconfianza de nuestros paisanos ante el pronunciamiento de aquellos dirigentes que pocos años antes estuvieron en contra de Artigas y con e[redacted]or).

No tuvieron, tampoco, el apoyo que buscaron en la capital. Martín Rodríguez gobernaba en Buenos Aires (y tras él, Rivadavia). Terminaban de desalentar el intento de unir la nación (congreso cordobés constituyente del año 21) retirando a la delegación de Buenos Aires "hasta que las provincias arreglen sus rentas'' (como si el arreglo de las rentas pudiera ser posible sin nacionalizar a las de Buenos Aires). Gobierno de tenderos y de barraqueros. Porteño y desinteresado de lo nacional. No se arriesgó a la guerra con Brasil. Temiendo, sobre todo la victoria (que reproduciría, como en tiempos de Artigas, al espectro del federalismo, quitando a Buenos Aires el monopolio de compras y ventas por ser único puerto).

En noviembre del año 23, los portugueses evacuaron Montevideo; en febrero del año siguiente, entraban, victoriosas, las fuerzas de Lecor. Se organizó la nueva "presidencia'' de la Cisplatina (primero Maggessi; Zúñiga, después).

Lavalleja, entre tanto, preparaba desde Buenos Aires la nueva insurrección.

Contó con el apoyo de los saladeristas porteños, dañados por la competencia de los saladeros del sur del Brasil (los que trabajaban con tropas robadas y a costo reducido: mano de obra servil). Mayordomo de los saladeros de Costa, Lavalleja ligó sus contactos, por él, con Trápani, Rosas y los Anchorena, fuertes saladeristas. Rosas, personalmente, recorrió la campaña oriental para verificar el trasiego de nuestros ganados con rumbo al Brasil (ligó, seguramente, los contactos para la insurrección). Puso 500 pesos para encabezar la colecta de fondos para Lavalleja. Pedro Lezica se anotó con mil. Los Anchorena pusieron 3.000. Francisco Muñoz escribió a Lavalleja: "dinero tendremos y cuente V.E. con todo el que se necesite... con acuerdo de nuestro amigo Trápani hemos convenido con la casa Stuart que entregue todas las cantidades''. Le juntaron 150.000 pesos (Artigas recibió sólo 200, de los 5.000 prometidos).

Contó con la complicidad del gobierno del general Gregorio de las Heras (un hombre con visión continental, que combatió junto con San Martín; no estaba Rivadavia en su gobierno). Lavalleja pudo reclutar su gente y equiparla.

Contó con la confianza de la gente (luchó, con Artigas, hasta que lo pudieron apresar).

El 19 de abril del 25, comenzó "la Cruzada". Según la tradición, "33 orientales", procedentes de Barracas y de San Isidro, desembarcaron en el Arenal Grande, en un punto cercano al arroyo llamado "de los Ruices", bautizado como "la Agraciada" (una deformación de "la Graseada", el nombre verdadero del lugar). Hay 17 listas con los nombres de los montoneros y no son iguales (el número tradicional pertenece a la nómina que redactara luego Lavalleja, para recompensar la operación, unos años después; el mismo General se contradice en otros documentos; hay dos listas de Oribe, que fue segundo jefe de la operación, (y difieren, también). De la nómina "reconocida", se desprende que no todos eran orientales. Matías Alvarez (el primero en morir "en acción") era porteño, como varios otros. Felipe Patiño, llamado "Carapé", nació en el Paraguay.

Orientales o no, levantaron las mismas banderas que Artigas. Y la primera proclama —la del desembarco— ya lo manifestó: "Argentinos orientales: (...) la gran nación Argentina de la que sóis parte, tiene gran interés en que seáis libres, y el Congreso que rige sus propios destinos, no trepidará en asegurar los vuestros, (...) (aspiramos a) constituir la provincia bajo el sistema representativo republicano, en uniformidad a las demás de la antigua unión". Revuelta provincial. Buscando liberar a la provincia, para integrarla nuevamente a la nación.

Pasemos, apurados, sobre los detalles:

—duras dificultades iniciales; desertaron algunos soldados y luego de apresarlos Lavalleja dispuso el indulto porque faltaba gente; para salvar el principio de la disciplina, debieron jugar a los dados su vida: uno fue ejecutado.

—adhesión de "gaúchos" riograndenses y "pernambucanos" (adversarios de Pedro I por problemas internos del Brasil);

—contactos adentro de Montevideo (gestiones de Josefa Oribe de Contucci, hermana de Manuel);

—incorporación del general Rivera, batido en el Monzón (29 de abril); "por medio de un ardid, Lavalleja logra apoderarse de la persona del general Rivera y éste, encontrándose en medio de sus antiguos compañeros de armas, se decide con entusiasmo por la causa de la libertad" (versión de Pablo Blanco; la tradición colorada, que atribuye el "ardid" a Rivera, que habría engañado a Lecor, no tiene fundamento); Cáceres nos cuenta que Rivera, después, se quejaba "de que sus paisanos desconfiasen de él", y agrega: "le miraban con ceño";

—confiscación de tierras y amparo a los reclamos de los "ocupantes";

—requisas de ganado (Lavalleja denuncia que "Rivera ha escrito a varios vecinos invitándolos a que vayan a robar ganados a los portugueses... autorizando el robo, cosa que es enteramente degradante al crédito nacional"; él también incrementa sus bienes en forma

parecida, y destaquemos, ya: los repartos no son igualitarios: a Faustino Tejera le dan en un reparto 6.000 vacas, mientras que a los soldados les tocan algunas decenas);

—especulación, con el sitio de Montevideo (pues los brasileños se replegaron a la capital provincial): "se corría en la campaña que había permiso para meter ganado a la plaza, venían los pobres vecinos con sus tropitas para venderlas a subido precio, aprovechaban los primeros que llegaban; repentinamente se privaba la introducción; los que venían en marcha, y llegaban entonces, tenían que vender su ganado por el precio que querían darles doña Pepa Oribe, hermana del coronel y don Pedro José Sierra, abastecedor de nuestra fuerza'' (son "memorias'' de Cáceres de nuevo).

Y vamos a lo principal.

A dos meses de la insurreción, desde la capital de la zona rebelde (Florida), se convocó a los pueblos a mandar diputados para formar una Sala de Representantes. En la convocatoria, se formulaba esta declaración: "La Provincia Oriental, desde su origen, ha pertenecido al territorio de las que componían el virreinato de las de Buenos Aires y por consiguiente fue, y debe ser, una de las de la Unión Argentina'' (repetición de la fórmula de Lavalleja y de los postulados de Artigas; al darlo por sentado en la convocatoria, se eliminaba de la discusión).

En agosto comienzan a deliberar, bajo la presidencia de Miguel Larrobla (insólita elección; fue contrario, en 1811, a la revolución, y Artigas ordenó en 1815 desterrarlo).

El 25, dieron aprobación a tres resoluciones. La "ley de independencia'', declaró la nulidad de la incorporación a Brasil; "reasumiendo la *Provincia* Oriental la plenitud de los derechos, libertades y prerrogativas inherentes a los demás pueblos de la tierra, se declara de hecho y de derecho libre e independiente del rey de Portugal, del emperador del Brasil y de cualquier otro del universo, y con amplio y pleno poder para darse las formas que en uso y ejercicio de su soberanía estime conveniente''. La "ley de unión'' (aprobada en la misma sesión), destacó "que su voto general, constante, solemne y decidido es y debe ser por la unidad con las demás Provincias Argentinas, a que siempre perteneció (...) queda la Provincia Oriental del Río de la Plata unida a las demás de este nombre''. La "ley de pabellón'' diseñó la bandera para los ejércitos de la provincia. Resumiendo: la provincia, en el uso de su libertad, vuelve a pertenecer a la nación. El explícito texto de la resolución, y los antecedentes (algunos inmediatos), como las posteriores consecuencias, eliminan cualquier discusión: ningún elemento de la "declaración'' permite anticipar la "independencia'' (llamada "nacional'') que nacerá después. Eramos argentinos, otra vez.

Se le comunicó al gobierno nacional esa resolución y los rivadavianos lograron diferir una contestación. La resonante victoria de Rivera (en setiembre: Rincón de las Gallinas) y el triunfo en Sarandí (octubre: Lavalleja), obligaron al pronunciamiento. 25 de octubre: "De conformidad con el voto uniforme de las Provincias del Estado, y con el que deliberadamente ha reproducido la Provincia Oriental por el órgano legítimo de sus representantes en la ley de 25 de agosto del presente año, el Congreso General Constituyente, a nombre de los pueblos que representa, la reconoce de hecho incorporada a la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata a la que por derecho ha pertenecido y quiere pertenecer. En consecuencia, el gobierno encargado del Poder Ejecutivo Nacional proveerá a su defensa y seguridad".

Lavalleja, enterado, lo anunció a la Provincia Oriental. "Ya están cumplidos vuestros más ardientes deseos: ya estamos incorporados a la gran nación Argentina". Y el Brasil, en seguida, le declaró la guerra a Buenos Aires.

Que disculpe el lector esta reiteración de textos parecidos. Sirvan para probar una fidelidad al artiguismo, que no supo durar.

8. INGLATERRA Y LA SEPARACION

"Se lo merecía este bribón".

Buenos Aires festejó la victoria que logró Lavalleja en Sarandí. La muchedumbre desbordó a las fuerzas de seguridad, asaltó al consulado del Brasil, arrancó y destrozó los emblemas de Pedro I ("profiriendo mueras al emperador de los macacos", según relataba en su informe el cónsul agredido) y precipitó con su presión al reconocimiento que mencionamos ya. La guerra, como vimos, se generalizó. El almirante Brown (un irlandés al mando de la flota del ejército "republicano") venció a los brasileños en Punta de Lara y en Punta del Indio. Oribe, por su parte, logró la victoria del Cerro (las fuerzas imperiales quedaban encerradas en el puerto bien amurallado y bien abastecido de Montevideo). Pero asomaron pronto divergencias entre los orientales. Lavalleja sospecha que Rivera ha tenido contactos con Bentos Manuel. Desde Buenos Aires llaman a Rivera para investigar su actitud y el caudillo se fuga para Santa Fe, adonde lo protegen. Y Rivera se queja duramente, escribiendo a Julián Espinosa: "lo que puede la ignorancia o la ingratitud y mala fe; no pierden estos miserables un solo momento de hacerme parecer como traidor; la puta que los parió: traidor les he de dar yo, si se descuidan".

Inglaterra, entre tanto, afinaba sus planes de dominación.

A comienzos del año 25, firmaba un tratado "de navegación y comercio" con los argentinos (que sellaba, a la vez, el reconocimiento), estableciendo la reciprocidad: "los habitantes de los dos países gozarán, respectivamente, de la franquicia de llegar segura y libremente con sus buques y cargas a todos aquellos parajes, puertos y ríos adonde sea o pueda ser permitido a otros extranjeros llegar, entrar en los mismos y permanecer o residir en cualquier parte de dichos territorios (...) no se impondrán ningunos otros ni mayores derechos a la importación de los territorios de Su Majestad Británica, de cualquiera de los artículos de producción, cultivo o fabricación de las

Provincias Unidas del Río de la Plata (...) los mismos derechos se pagarán a la introducción en las dichas Provincias Unidas de cualquier artículo de producción, cultivo o fabricación de los dominios de S. M. B., ya se haga dicha introducción en buques de las Provincias Unidas o en buques británicos (...) en cualquier caso en que por desgracia aconteciese alguna interrupción de las amigables relaciones de comercio o un rompimiento entre las dos partes contratantes, los súbditos o ciudadanos de cada cual de las dos partes contratantes residentes en los dominios de la otra tendrán el privilegio de permanecer y continuar su tráfico, sin interrupción alguna... y sus efectos y propiedades... no estarán sujetos a embargo ni secuestro''. Woodbine Parish, el agente de Su Majestad, informaba a su cancillería que los extranjeros ("y principalmente los yanquis'') buscaron oponerse a tal acuerdo, similar al firmado por Londres con México, Chile y Colombia, paralelamente. Forbes, el emisario de EE. UU, informó a su gobierno que la mentada reciprocidad "es una burla cruel de la absoluta falta de recursos de estas provincias y un golpe de muerte a sus futuras esperanzas de cualquier tonelaje marítimo''. Y agregó agudamente: "Gran Bretaña empieza por estipular que sus dos millones de tonelaje, ya en plena existencia, gozarán de todos los privilegios en materia de importación, exportación o cualquier otra actividad comercial de que disfruten los barcos de construcción nacional y a renglón seguido acuerda que los barcos de estas provincias (que no tienen ninguno) serán admitidos en iguales condiciones en los puertos británicos, y que sólo se considerarán barcos de estas provincias a aquellos que se hayan construido en el país y cuyo propietario, capitán y tres cuartas partes de la tripulación sean ciudadanos de estas provincias. ¿Cómo podrá esta pobre gente del Río de la Plata encontrar un motivo para construir barcos a un costo que sería el triple o el cuádruple de su precio en Europa para entrar en estéril competencia con tan gigantesco rival?''. Bolívar, enterado del acuerdo que firmó Inglaterra con Colombia, escribió a Santander, en seguida: "No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que, según usted dice, es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas... (ese tratado) tiene la igualdad de un peso que tuviera de una parte oro y de la otra plomo; vendidas estas dos cantidades, veríamos si eran iguales ("sería la igualdad que existe entre un fuerte y un débil''). Vigentes los acuerdos, las importaciones inglesas al Plata, por valor de cuatro millones de pesos en el 25, estuvieron arriba de la suma de las importaciones llegadas de Brasil, los EE.UU., España, las otras naciones del Mediterráneo, Francia, Cuba y el norte de Europa en su totalidad.

Después se propusieron asaltar el poder.

En febrero del año 26 (mientras se libraba la guerra en nuestro

territorio), la tramoya unitaria fragmentó la nación en pedazos. La Constituyente, por 54 votos a 44, aprobaba una constitución centralista, en provecho porteño (un fruto de la componenda de "doctores" provincianos y burgueses del puerto). Concedió al presidente, entre sus facultades, la de designar a los gobernadores. Arrasaba, con eso, las autonomías. Dejaba sin poder a los caudillos. Antes que las provincias conocieran la Constitución (y estaba estipulado que se requería la ratificación de todas ellas), se apuraron a elegir al presidente, para sentar un hecho consumado. Lo fue don Bernardino Rivadavia. Manuel Moreno (designado por los orientales) y el coronel Dorrego, encabezaron, en la Constituyente, la oposición al complot unitario. Tuvieron el respaldo federal.

Rivadavia (casado con la hija del virrey del Pino), reclamaba, infatuado, que le reconocieran su poder. Parten los delegados a cada provincia. "Aún antes de que los emisarios llegaran, Catamarca rechazaba dicho documento y declaraba abiertamente que dicha provincia no admitía otra forma de gobierno que la federal. Córdoba, bajo el mando del general Juan Bautista Bustos, separaba esa provincia de la república ilusoria de Rivadavia, y ordenaba al delegado de Buenos Aires, el doctor Gorriti, abandonar el territorio de la provincia en el más corto plazo. En La Rioja estaba Facundo Quiroga; allí enviaron al doctor Dalmacio Vélez Sarfield para que entregara al temible caudillo una constitución que lo destituía. Pero ya probaría Vélez en la circunstancia que no era lerdo y que llegaría a viejo. Desde Cuyo probó el sistema postal; le envió una carta a Facundo, adjuntándole la Constitución. El sobre fue devuelto sin abrir... El doctor Tezanos Pintos fue encargado de depositar en manos del general Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, la flamante Constitución... Se presentó en la casa del gobernador, en una de esas tardes bochornosas de Santiago, con galera de pelo, levita abotonada, pantalones de grueso paño inglés y puños almidonados. (Ibarra) le ofreció un amargo al estupendo enviado porteño, pero se negó a recibir el desdichado pliego constitucional. Entre Ríos desconoció, por medio de su legislatura, la "constitución" (el relato es de Ramos). Una por una, las provincias rechazaron la constitución y desconocieron, así, al poder presidencial de Rivadavia. Con una excepción: la Provincia Oriental. La legislatura de Florida aprobó y acató. Actuaba motivada por las circunstancias (la presencia de fuerzas porteñas combatiendo junto con las nuestras). Y actuaba, también, por motivaciones de clase (y basta ver la lista de los gobernantes —Gabriel Pereira, Anaya, de León, Luis Eduardo Pérez, Cortés, Santiago Sierra— para entender por qué, de acuerdo a sus fortunas, optan por Buenos Aires contra los caudillos).

Los antecedentes de don Bernardino disipaban las dudas sobre la orientación de su gestión. Escribiéndole a Bentham, algunos años antes,

confesaba su deslumbramiento por la Gran Bretaña ("qué grande y gloriosa es vuestra patria, mi querido amigo... descubro un admirable acuerdo en la naturaleza que parece haberla destacado del resto del mundo a propósito"). Por eso se ligaba con sus intereses: integró la "River Plate Mining Association" (un consorcio para la explotación de minas en La Rioja). Rivadavia figuró en el directorio, cobrando, por eso, 1.200 libras esterlinas. Por eso, también —siendo ministro de Martín Rodríguez— gestionó con la banca de Londres (la Baring) un préstamo tramposo que estranguló, por tres cuartos de siglo, a todos los gobiernos argentinos. Según el documento que firmaron en Londres los comisionistas que mandó Rivadavia, solicitan un millón de libras esterlinas (unos cinco millones de pesos), reciben el 70 % de lo convenido (reteniendo la Baring el resto por concepto de "costos" de la operación y cobro de primeras amortizaciones), comprometen el pago de los réditos con un interés del 60 % y además hipotecan "todos los efectos, bienes, tierras y rentas de Buenos Aires al pago exacto y fiel" de la suma total y de sus intereses ("obligación que tendrá toda fuerza, vigor y efectos, en cualquier parte y tiempo"). Los atrasos que se acumularon, sumaron intereses suculentos. Según un informe oficial, "resulta que los cinco millones de pesos fuertes prestados por el comercio inglés a la provincia de Buenos Aires... costaron a la nación, que los reconoció, la cantidad de 23:734.766 pesos y el espacio de tiempo de tres cuartos de siglo para pagarlo". Según Ernesto Fitte, la Argentina recién termino de pagarlo en 1904. Anotemos aquí, lateralmente, que el préstamo fue similar a los que concertaron con otros gobiernos diferentes agentes ingleses por la misma fecha: Harring, Graham y Powles en Colombia, los Hallet en Chile, Goldschmidt en Mexico y Kinder en Perú, por valor de otros cinco millones y medio de libras. Diez años después, las repúblicas surgidas en este continente le deberán a Londres, por cuenta de intereses atrasados, 27 millones de libras (el dato es de lord Palmerston y Webster lo registra). El stalinismo buscó defender la política de Rivadavia, calificándola de progresista. "En aquella época, en que el capitalismo no se había transformado todavía en imperialismo, la contratación de un empréstito no determinaba de por sí la entrega de la riqueza nacional ni la colonización del país... En las condiciones reinantes en nuestro país en aquel entonces, el empréstito Baring pudo contribuir a la solución de algunos problemas económicos" (Juan José Real: "Manual de Historia Argentina").

Agreguemos dos antecedentes sugestivos. Fueron los rivadavianos los que le negaron apoyo a San Martín (que lo pidió para complementar su campaña en Perú): Manuel José García, la mano derecha de don Bernardino, declaró ante la Junta de Representantes que "al país le era útil que permaneciesen los españoles en el Perú", desalentando todo

compromiso y empujando al exilio al jefe militar. Y fueron los rivadavianos, también, los que se desprendieron "generosamente" del Alto Perú, promoviendo la fragmentación nacional. Producida la victoria de Ayacucho, y liberada la zona del Alto Perú por las tropas de Sucre, Bolívar ordenó que su lugarteniente dispusiera la entrega de tales provincias a los argentinos (porque pertenecieron, basta la derrota de Desaguadero, a la jurisdicción de Buenos Aires): "S.E. (Bolívar) me manda decir a Ud. (Sucre) que el asunto de las cuatro provincias del Alto Perú debe quedar in statu quo, sin hacer innovación alguna que directa o indirectamente pueda perjudicar los derechos de las Provincias Unidas del Río de la Plata" (instrucciones del general Heres). Agregaba que su separación (declarándolas "independientes") "habría sido dar un terrible ataque a los derechos de la nación argentina". Ante vacilaciones de Sucre, presionado por separatistas, Bolívar insistió: "Ni Ud. ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinatos". Los rivadavianos, controlando al Congreso que estaba sesionando en Buenos Aires, adoptaron entonces esta resolución: "Aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad". Así pudo formarse a "Bolivia" (entre el "desprendimiento" porteño, las ambiciones de Sucre y los afanes de grupos burgueses ligados al comercio con puertos del Pacífico). Bolívar, asombrado, se resistió a dar fe: "Miró la noticia de esta ley como una patraña que habían forjado en Córdoba o en Salta. No lo podía creer. Tuvo Sucre que enviarle en copia auténtica los documentos. Se rindió entonces a la evidencia", como contó Moreno.

A sueldo de los inversionistas ingleses, el "presidente" Rivadavia no los defraudó.

Designó embajador ante la Gran Bretaña a Hullet, un inglés (un banquero de Londres para representar los intereses del gobierno argentino ante Londres).

Resolvió que "sólo el Banco Nacional podrá acuñar moneda en todo el territorio del Estado" y agregó que "no podrá tampoco establecerse otro cuyo capital exceda de un millón de pesos". Puso así las finanzas en manos de aquel banco de los capitalistas ingleses (que controlaban 590 de los 840 votos de accionistas representados en su directorio) y lo preservó de toda competencia. Renunciando a su cargo en ese directorio, Juan Pablo Sáenz Valiente dejaba esta constancia: "que creía lo que generalmente se decía en el pueblo y es que en el banco los extranjeros ejercen una influencia perniciosa para el país, a cuyo abuso él no quería contribuir".

Sustituyó a los jefes orientales en el frente de guerra en la Banda Oriental, supeditándolos a jefes unitarios. "Es indispensable que en la Provincia Oriental no haya otra autoridad militar que la del General en Jefe del Ejército de la Nación, que lo es Martín Rodríguez, ni fuerza alguna que a él no pertenezca. El general Lavalleja debe limitarse a prestar en el ejército, bajo las órdenes del General en Jefe''. Unos meses después, Alvear fue designado como jefe del ejército republicano. Se multiplicaron, entonces, los robos de ganado. "Vaya usted (se refiere a Cáceres, que lo relata), reúna alguna gente y venga a encontrarme al rincón de Candiotti, a donde me dirijo , y le daré cuatro o cinco mil vacas.''

El año 27 comenzó con seguidas victorias republicanas. En el Juncal, el almirante Brown derrotó a la escuadra del Brasil, y la volvió a vencer en Patagones y en Puntas de Santiago. En tierra, las fuerzas imperiales resultaron batidas cuatro veces: Bacacay, Ombú, Paso del Rosario y Camacuá. La victoria en Juncal despejaba las aguas del río, y cortaba, por primera vez, los abastecimientos de Montevideo. La del Paso del Rosario, (Alvear la llamó "Ituzaingó'', para darle nombre resonante), llevaba la ofensiva adentro del Brasil, aniquilando todas sus defensas. Fue el 20 de febrero del año 27. Conviene que el lector memorice la fecha con exactitud, por causas que después vamos a subrayar.

Con semejantes cartas en la mano, y claras perspectivas favorables, Rivadavia mandó al canciller Manuel José García para negociar la paz con el Brasil.

Al canciller le conocemos bien. En el 15, durante la guerra civil, reclamó a lord Strangford (el embajador inglés en el Brasil) que se nos convirtiera en un protectorado de Su Majestad: "cualquier gobierno es mejor que la anarquía y hasta el más opresor ofrecía más esperanzas de prosperidad que la voluntad incontralada del populacho''. En el 16, lo vimos gestionar la invasión del ejército de Portugal contra los artiguistas. En el 22, fue vocero de los enemigos que tuvo San Martín en Buenos Aires. En el 25 gestionó con Parish el acuerdo económico con los ingleses.

Fue digno canciller de Rivadavia.

Gordon (el nuevo embajador de Inglaterra en Brasil, se mostró complacido con la negociación. "No puedo expresar a Ud. suficientemente... la elevada opinión que siento por el buen juicio del señor García, su gran habilidad... Seguro como estaba yo, desde el principio, del éxito de su gestión, no vi razón para intervenir en las conferencias, como aquél me lo propuso... Creí ser más útil, para prestar ayuda, detrás del telón'' (confidencial a Londres del embajador). García condujo la negociación apresuradamente: para obtener la paz, capituló. La

"Convención García" (el acuerdo es de mayo del año 27), admitió nuestra incorporación al Brasil, renunciando a todas las reclamaciones. El "desprendimiento" (como en lo de Bolivia), fragmentaba otra vez la nación. San Martín, indignado, le juzgó con dureza: "El no tiene la culpa, sino los que emplean a un hombre cuyo patriotismo no sólo es dudoso, sino que la opinión pública lo ha acusado de enemigo declarado de su patria, lo que confirmo, pues de no ser así, no se hubiera atrevido a degradarla con tan arbitrario y humillante tratado. Confieso que el pueblo de Buenos Aires está lleno de moderación; en cualquier otro lo hubieran descuartizado, y se lo merecía este bribón''. Funes, mejor informado, mostraba la punta de la maquinación: "Aunque este ministro siempre ha sido sospechoso en punto a patriotismo, nadie esperaba de él una traición tan soez y descarada. Se sospecha con mucho fundamento que esto ha sido de acuerdo con lord Ponsonby, el plenipotenciario de Inglaterra... También se nota que todos los ingleses trabajan por que se admita el tratado''. La posteridad unitaria guardó juicios distintos para su canciller. Mitre lo definió con estos adjetivos: "un patriota decidido (!), hombre de elevación moral, cabeza de inteligencia poderosa nutrida con serios estudios... era un verdadero hombre de Estado'', ¿Un patriótico inglés?

La noticia de la Convención sacudió a Buenos Aires, que pasó del estupor hasta la indignación. Rivadavia intentó descargar aquella oposición sobre su canciller. Lo desautorizó y tocó al canciller revelar el alcance de las instrucciones que se le cursaron y sacar al desnudo la complicidad: "El principal interés era salvar a la república de los gobiernos bárbaros que dominaban las provincias y que amenazaban extenderse hasta la capital... El Presidente me dijo: la paz es el único punto de partida para todos; si la guerra sigue, la anarquía es inevitable: si no puede obtenerse la paz, será preciso resignarse al vandalaje''. ¿Y qué mejor manera de obtener la paz rápidamente que capitular, para juntar las fuerzas contra las provincias, que se "desacataban''?

Abrumado por las evidencias, Rivadavia debió renunciar y junto a su canciller, San Martín le reservó los juicios más severos: "Ya habrá Ud. sabido la renuncia de Rivadavia: su administración ha sido desastrosa y sólo ha contribuido a dividir los ánimos: él me ha hecho una guerra de zapa... yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona'' (a O'Higgins, escribiéndole desde Bruselas).

Tras un corto interregno, el coronel Dorrego (jefe del partido federal) recibió el cargo de gobernador. Dejó sin efecto la constitución unitaria, ligó sus relaciones con todas las provincias para recomponer la unidad nacional, invalidó la "Convención García'' y sustituyó al general Alvear, como jefe del ejército republicano, reconociendo como tal a Lavalleja. No contaba con la zancadilla de don Juan Antonio.

En octubre del año 27, desde su campamento militar de Melo, Lavalleja, por un golpe de fuerza, asumió el poder en la provincia. Depuso a Joaquín Suárez ("delegado" en la gobernación), revocó los poderes de la legislatura de Florida, anuló lo resuelto por la Sala de Representantes del año 26 y, sin vacilaciones, se llamó dictador. Fundamentaba dicho proceder en la resolución que un año y medio atrás nos dejó sometidos al régimen rivadaviano y la objetó alegando que se retomaba el camino de la autonomía y de la tradición federal.

Pero los resultados eran contradictorios con lo sostenido: tras haber admitido en silencio la supeditación a Rivadavia y a los unitarios, se desvinculaba de Dorrego y de los federales. Pretextando ser fiel a principios de cuño artiguista, se facilitaba la separación que maquinaban ya los viejos enemigos del general Artigas. Melogno resulta muy inconvincente al sostener que los rivadavianos recibieron "la réplica de los pueblos, sorprendidos y vulnerados en su representación soberana (al encontrar) en Lavalleja el digno intérprete y ejecutor al reasumir el mando supremo". Adviértase que Lavalleja no tuvo palabras para condenar al régimen de Rivadavia ni a su canciller y que tomó el camino de la separación cuando ya gobernaba Dorrego. Es el mismo Melogno el que nos da la pauta para desenvolver la madeja al anotar, después: "Lavalleja (...) es conducido por la intriga patricia, que interpreta el saladerista Pedro Trápani, confidente de Ponsonby, y refuerza con solemnidad el propio secretario de la misión inglesa, Mr. Frazer". Ambos fueron, efectivamente, los consejeros que tuvo Lavalleja. Debieron seducirlo con alguna promesa (fácil es suponerla) para que propiciara la separación. En el mismo momento en que Dorrego cuenta con la confianza de las otras provincias federales, su poder se debilitará por el golpe de Melo. Está la escena pronta para el desenlace. Transcribimos a Ferns: "Ponsonby se volvió contra Dorrego... en sus informes al Foreign Office lo describió como hombre corrompido y animado por intereses personales y pecuniarios... Cuando Moreno manifestó a Ponsonby que se habían dado pasos en ciertos sectores para deponer a Dorrego... Ponsonby llegó a decir: "No estoy autorizado para poner en guardia a Dorrego. Veré su caída, si se produce, con placer" (Ponsonby a Dudley y Ward; diciembre de 1827). Forbes, el emisario de EE. UU., pudo profetizar: "la pobreza, me temo, gravitará con su humillación en la balanza".

Gravitó, duramente, en la tramitación de la paz.

El coronel Dorrego accedió a negociar por no tener recursos para proseguir una guerra que agotó los recursos porteños (por el bloqueo

de las aguas atlánticas de parte del Brasil, por la actitud que tomará la banca —que documentaremos— y por la evidente confabulación del partido unitario y de los intereses ingleses que lo asfixian económicamente). Roxas, ministro de Dorrego, testimoniará: "los comerciantes estaban entregados al agiotaje de los efectos en general, principalmente de los consumos necesarios elevándolos a precios fabulosos; por ejemplo, la arroba de sal llegó a valer como mil pesos".

El Brasil aceptó negociar por diversas razones:

—las duras derrotas sufridas (tras las victorias de los "republicanos" en el 27, el general Rivera, por su cuenta —y con la oposición de Lavalleja— se lanzó a conquistar las Misiones a comienzos del año 28, ocupando unos 80 mil kilómetros cuadrados);

—el temor a la sublevación de tropas mercenarias (austríacas, en su mayoría), a las que no les paga lo comprometido;

—el temor a Bolívar, al que se le atribuyen intenciones intervencionistas (Ponsonby relata una conversación con el Vizconde de Inhambupé, canciller del Brasil, y anota lo siguiente: "le destaqué la posición de Bolívar mismo, cuyo fuerza militar él conocía, así como sobre su número y equipo, y, sobre todo, la calidad de las tropas, su disciplina, experiencia, valor reconocido y entusiasta adhesión a su jefe... señalé, tan delicadamente como pude, la probabilidad, más que posible, de que Bolívar u otros... tratarían de difundir entre el pueblo brasilero los principios republicanos");

—las presiones inglesas para forzarlo a la negociación: el marqués de Itabayana (embajador en Londres del Brasil), informaba de las intenciones inglesas, refiriendo una conversación sostenida con Canning, el primer ministro: "Quiere mediar tan a toda fuerza, que me intimó que si el Brasil no hiciese la paz con Buenos Aires dentro de un plazo de seis meses, es decir, si no cede la Banda Oriental, la Inglaterra se declarará a favor de Buenos Aires y contra el Brasil".

Ni Dorrego ni Pedro I tienen otro camino que la tramitación de la paz. Los ingleses serán, presurosos, los intermediarios de dicha gestión. Lo dice Vázquez Franco: "Inglaterra era acreedora de los beligerantes (Brasil tuvo que comprar en rigurosas libras esterlinas el reconocimiento de su estatuto independiente y las Provincias Unidas ya habían terminado y obtenido gruesos empréstitos con la Baring Brothers). Además, ingleses eran los almirantes de las respectivas flotas (Brown y lord Cochrane); inglesas en su mayor parte eran las tripulaciones; finalmente, inglesas eran las armas, los proyectiles y el avituallamiento". Lord Ponsonby (el embajador que pagaba, con su alejado destino porteño, una infidelidad de lady Conyngham, favorita del rey Jorge IV), viajó de Buenos Aires a Río de Janeiro para decidir.

Inglaterra sabe lo que quiere (y lo sabe hace mucho, además). Se mueve con la mira puesta en estas aguas y en su navegación. En

Viena consiguió (1815; vencido Bonaparte por las cuatro potencias aliadas) que se reconocieran como "internacionales", y abiertas por eso a la navegación, las aguas de los ríos fronterizos; menos el San Lorenzo, donde no le convino (porque separaba "sus" costas canadienses de EE. UU.). Separar la Provincia Oriental de las demás provincias argentinas, para internacionalizar las aguas fronterizas, será, pues, su objetivo. Por eso apadrinó, con poco disimulo, la derrota de Artigas. Y digitó la capitulación del canciller García. Separarnos de las demás provincias argentinas (aunque deba pagar como precio cedernos al Brasil), es el alfa y omega de su preocupación.

Pero con el Brasil en franca desventaja, podrá matar dos pájaros de un tiro. La Banda Oriental no ha de ser argentina, pero tampoco será del Brasil. Así nació la fórmula separatista.

Los antecedentes son largos.

En el 25, recién comenzada la sublevación, la "Revista Británica" sugiere, de acuerdo con la información de sus agentes, que la crisis puede conducir "a la formación de una nueva República allí".

La fórmula "camina". En febrero del año 26, Canning, entre dos sugerencias, anota: "Que la ciudad y territorio de Montevideo se hicieran y permanecieran independientes de cualquier otro país, en una situación semejante a la de las ciudades hanseáticas de Europa" (Hamburgo, Bremen, Lübeck, los emporios burgueses). "He aprovechado una oportunidad para sugerir esas ideas al barón de Itabayana". En agosto, Parish (el antecesor de Ponsonby, que arribó al mes siguiente, recién) comunica al gobierno porteño que "no veía ninguna otra forma intermedia de llegar a cualquier arreglo que, quizá, la de convenir entre las dos partes algo así como la constitución de la Banda Oriental en un estado independiente... similar a las ciudades hanseáticas... dije que sólo sugería esto como cosa mía". En octubre, Ponsonby estudiaba la proposición: "La Banda Oriental es casi tan grande como Inglaterra; tiene el mejor puerto del Plata dentro de sus límites...; muchos de sus habitantes tienen grandes posesiones; son tan cultos como cualquier persona de Buenos Aires y muy capaces de constituir un gobierno independiente; probablemente tan bien administrado y conducido como cualquiera de los gobiernos de Sud América. El pueblo es impetuoso y salvaje, pero no más que el de aquí..."

Ya vimos, sin embargo, que decidió apostar sobre seguro. Urdió, con el canciller Manuel José García, la capitulación del 27. Errado el objetivo, con la derrota del régimen rivadaviano y el ascenso al poder de Dorrego, volcaron el esfuerzo tras la solución que les convino más.

En enero del año 28, Ponsonby, convencido, escribe a su cancillería: "...los intereses y la seguridad del comercio británico serían grandemente aumentados por la existencia de un estado... en que los intereses

públicos y privados de los gobernantes... tuviesen como el primero de los objetivos nacionales e individuales cultivar una amistad firme con Inglaterra... La Banda Oriental contiene la llave del Plata y de Sud América... (debemos) perpetuar una división geográfica de estados que beneficiaría a Inglaterra... Por largo tiempo, los orientales no tendrían marina, y no podrían, por tanto, aunque quisieran, impedir el comercio libre en el Plata".

En marzo, dos meses después, se decide a operar: "...es necesario que yo proceda, sin un instante de demora y obligue a Dorrego, a despecho de sí mismo... Lo que yo me propongo me dará trabajo y será extremadamente desagradable" (de Ponsonby a Gordon, el embajador en Brasil).

Lavalleja está ya "seducido"; el 30 de marzo le escribe a Ponsonby: "el que suscribe acoge con placer las bases propuestas" (y gana los elogios del embajador).

Pero la propuesta tropieza en Dorrego, inflexible para rechazar el convenio por el que se amputaba la Banda Oriental.

Una dura "escalada" de sobornos, chantajes, amenazas y presiones militares se orquestó para vencer su resistencia (mientras que Lavalleja consentía).

En abril, Ponsonby es optimista: "el coronel Dorrego terminará por obrar en favor de la paz... a eso está forzado por la negativa de la junta del Banco Nacional de facilitarle recursos..." Y le formula esta advertencia a Roxas: "El gobierno inglés... no consentirá jamás que sólo dos estados, Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sur desde más allá del Ecuador al Cabo de Hornos" (recordemos, aquí, que Inglaterra no cuenta con bases en todo el Atlántico sur; la ocupación de las Malvinas será p osterior).

En agosto, desnuda su juego al informar a Londres: "No han sido scasas las dificultades que ha habido que vencer para culminar en el rfeccionamiento del acuerdo y yo he creído de mi deber usar un ije enérgico con los que creaban obstáculos y consideré merece- de ser tratados con reprobación... El general Guido (emisario tino) ha procedido con prudencia y habilidad en esta transacción. Yo me había asegurado de él antes de dejar a Buenos Aires pero ha excedido a mis previsiones (!)... Espero que llegará a ser un eminente y poderoso miembro del gobierno porque creo que se inclina del lado de Inglaterra y nos será muy útil... El señor Dorrego... no podrá rehusar su sanción a esta convención sin exponerse a ser derribado del gobierno de Buenos Aires... yo había expresado terminantemente al señor Dorrego que cualquier transgresión de su parte a los compromisos contraídos conmigo, como ministro del soberano mediador, plantearía los más serios conflictos entre el gobierno de Su

Majestad y la República Argentina porque era claro que constituiría una demostración de la mayor falta de respeto a nuestro monarca''.

Perdida la paciencia, Ponsonby le escribe a Dorrego, con fecha del 30 de agosto: "V. E. no puede tener ningún respeto por la doctrina expuesta por algunos torpes teóricos de que América debería tener una existencia política separada de la existencia política de Europa'' (alusión a Monroe y a su declaración). "El comercio y el común interés entre los individuos han creado lazos entre Europa y América, lazos que ningún gobierno ni tampoco ningún poder que el hombre posea puede ahora disolver. Y mientras esos lazos existan, Europa tendrá el derecho, y ciertamente no carecerá de medios ni de voluntad de intervenir en la política de América... S. E. estará enterado... de los enérgicos pasos que he dado para prevenir cualquier interrupción en las negociaciones... El honor y las ventajas que encierra esta convención preliminar son igualmente grandes, y, en mi opinión, sería una locura exponerse a perderlos... y cualquier cambio en las cláusulas de la convención, seguramente la anularía... Su Majestad Imperial (del Brasil) ha observado una conducta... firme, digna del jefe de una gran nación. El fue clamorosamente solicitado por algunos para que sometiera la convención preliminar a la consideración de la asamblea, antes de firmarla, pero la suscribió, desatendiendo el consejo que se le daba, e hizo bien... ¿por qué no procede V. E. con igual decisión?''.

Y como no basta con las insolencias, una fragata de guerra (la "Fortes'') arriba "de visita'' y consiguen, así, la firma de Dorrego.

Por ese documento (que se ratificó el 4 de octubre), "ambas altas partes contratantes'' nos conceden una independencia que a la vez limitaban en formas diversas:

—No se nos fijan límites precisos (y recordemos la indefinición en torno a las Misiones, que se devolvieron; tácitamente, pero sin hacer aclaración expresa, se admitió la usurpación de 1801, dejando la frontera en el Cuareim);

—se somete a su examen nuestra constitución: "ésta, antes de jurada, será examinada por comisarios de los dos gobiernos contratantes'';

—se nos deja librados a la intervención militar exterior: "si antes de jurada la constitución... y cinco años después, la tranquilidad y seguridad fuesen perturbadas dentro de ella por la guerra civil, prestarán a su gobierno legal el auxilio necesario para mantenerlo y sostenerlo";

—se nos "abren'' las aguas: "ambas altas partes contratantes se comprometen a emplear los medios que estén a su alcance a fin de que la navegación del Río de la Plata y de todos los otros que desaguan

en él se conserve libre para el uso de los súbditos de una y otra nación por el tiempo de quince años".

Asi nacimos a la "independencia".

El 13 de octubre (apenas una semana después), Ponsonby cerraba su correspondencia desde Buenos Aires: "...Yo creo que el gobierno de Su Majestad Británica podrá orientar los asuntos de esa parte de Sud América casi como le plazca".

El embajador americano, por su parte, no fue menos claro: "se trata nada menos que de la erección de un gobierno independiente y neutral en la Banda Oriental, bajo la garantía de Gran Bretaña... es decir, sólo se trata de crear una colonia británica disfrazada" (correspondencia de Forbes al canciller Clay). Después comentará: "una paz llena de remiendos, principalmente dictada por la codicia inglesa y sus aspiraciones a la Banda Oriental".

Agreguemos, al fin, dos notas laterales.

Ponsonby cobró la victoria. Tendrá un cargo en Europa. Y allí promoverá la independencia belga, amputándole tierras a Holanda y frustrando su devolución al dominio francés: otro "estado tapón", debilitando poderes rivales y asegurando mayor injerencia al interés inglés.

Dorrego pagó la derrota. Lo asesinó Lavalle, dos meses después, por orden de los unitarios. San Martín acusó: "los autores... son Rivadavia y sus satélites; a Ud. (O'Higgins) le constan los inmensos males que estos hombres han hecho; no sólo a este país, sino al resto de América, con su infernal conducta".

Advertirá el lector que nos bastó ordenar los documentos y citar con abundancia la correspondencia, para seguir los hilos de la trama Sobran los comentarios.



Nacidos a la independencia, y de acuerdo con lo convenido por "ambas altas partes contratantes" (Brasil y las Provincias Unidas argentinas) en la Convención Preliminar de Paz, se debió proceder a elegir una legislatura que tuviera poderes de constituyente y además designara, de modo interino, al Jefe del Ejecutivo. Luis Eduardo Pérez (encargado por el dictador Lavalleja del gobierno civil de la provincia en la jurisdicción liberada) y García de Zúñiga ("presidente" de la Cisplatina, reducida a los muros de Montevideo, a tres años y medio de la insurrección), convinieron la forma de hacer la elección. A fines de noviembre del año 29, la asamblea quedaba "instalada", con su doble misión. Junto con orientales, la compusieron varios argentinos (y por primera vez es algo diferente), un alto peruano (que fue Jaime Zudáñez) y un chileno (Solano García). Al empezar diciembre, eligen para el cargo de Gobernador Provisorio a Rondeau, por 25 votos entre 36. Elección infeliz. Ni siquiera oriental, enfrentado con la conducción artiguista en la crisis de fines del 13, enemigo después de la Liga de los federales y vencido por ella en Cepeda, estaba separado de la tradición de la revolución. Y no garantizaba la neutralidad entre las apetencias de los caudillos (Rivera y Lavalleja) que aspiraban a la jefatura. Designó riveristas ("abrasilerados") para todos los cargos importantes. Precipitó, por eso, una crisis política grave. A los dieciséis meses (abril del año 30), enfrentó su poder con la legislatura, especuló con presentar renuncia de su cargo (y así paralizar el proceso de ratificación de la constitución, que llegaba a su fin), recibió —de respuesta— la aceptación de aquel ofrecimiento, impugnó la elección de otro gobernador (Lavalleja), apeló a la adhesión de Rivera, pidió protección de Brasil y así nos empujó, sin miramientos, a los bordes de la guerra civil y de la intervención. El 18 de junio del 30, el conflicto se pudo zanjar por acuerdo de los generales. Lavalleja fue reconocido como gobernador. Rivera consiguió que se le designara Comandante

General de la campaña. Para don Juan Antonio, los trámites formales y protocolares de nuestro "bautismo" como soberanos. Y para su adversario, el control de la fuerza, a mes y medio de las elecciones. Ese mismo día —18 de junio— Buenos Aires y Río daban su visto bueno a la Constitución. Nos daban el permiso.

Hagamos un paréntesis en torno a ese texto constitucional, cuya elaboración culminara en setiembre del año 29 para someterse, después, al análisis de los vecinos.

Fue redactado por el doctor Ellauri, graduado en Chuquisaca ("formado fuera del país, en cuyas luchas y vicisitudes no tomó parte alguna", como dice Zum Felde; "radicado en Buenos Aires durante largos años, aporteñado de carácter, unitario de filiación, no viene al país sino en 1828 y todo en el país le es extraño"). Al fundamentar su proyecto, sostuvo el redactor: "Saben todos los señores que me escuchan, que la Constitución Argentina de 1826, es el verdadero modelo de nuestro Código constitucional; que la máxima parte de los artículos de nuestra Constitución son una copia literal de los artículos de la indicada Constitución Argentina". Y después agregó: "La Comisión no tiene la vanidad de persuadirse que ha hecho una obra original... Sería una extravagancia, porque en materia de constituciones poco o nada hay que discurrir después que las naciones más civilizadas del globo han apurado las grandes verdades de la política..." Alberdi refutaba, con razón: "La Constitución que no es original es mala; porque, debiendo ser la expresión de una combinación especial de hechos, de hombres y cosas, debe ofrecer esencialmente la originalidad que afecte esa combinación en el país que ha de constituirse (...) habría la mayor extravagancia en pretender regir una población pequeña, malísimamente preparada para cualquier gobierno constitucional, por el sistema que prevalece en Estados Unidos..." Si malo era copiar, más malo era tomar como modelo a la Constitución rivadaviana, expresión de intereses porteños (unitarios y conservadores).

El texto sumó desatinos y abusos, y supo guardar omisiones.

Por orden:

—le borró el derecho de votar a "sirvientes a sueldo, peones, jornaleros y soldados de línea", agregando a esa lista a los analfabetos que no superaran su condición de tales desde 1840 (no pudieron hacerlo, pues no se remedió su condición; sólo el 10% de los habitantes —3.000, más o menos— obtuvo la ciudadanía: durante la vigencia de la Constitución, la cifra de electores estuvo por abajo del 5%;

—requirió, para desempeñar la presidencia, tener "un capital de diez mil pesos o renta equivalente";

—atribuyó poderes abusivos al Ejecutivo;

—requirió que los legisladores tuvieran fortuna (diez mil pesos o su

equivalente los miembros del Senado y cuatro mil pesos los representantes);

—barrió todo vestigio de las autonomías (la base del federalismo), al suprimir el régimen de los cabildos en lo municipal y darle los poderes departamentales a los "Jefes Políticos" cuyo nombramiento "le corresponderá exclusivamente" al Presidente;

—omitió consignar los derechos de asociación y reunión;

—mantuvo a los esclavos en su condición, al reservar derechos a los hombres "libres".

Y los mismos órganos de prensa que alabaron las nuevas libertades registraban, en esa semana, avisos comerciales redactados así: "Una criada buena cocinera y propia para el servicio exterior; la persona que se interese en su compra puede ocurrir a esta imprenta"; "Una criada propia para ama de leche, sana y sin vicios; la persona que se interese en su compra puede ocurrir a la calle San Joaquín, al lado de la pulpería de don Nicolás Piñeiro, que tratará con su dueña"; "Una negra joven, de 17 años, sin vicios, sabe lavar, planchar de liso, coser, cocinar, y todo el servicio interior de una casa; el que se interese por su compra puede verse con su ama"; "Se venden: una parda muy ladina para todo trabajo de estancia, y un tacho grande; consultar en la calle de San Miguel"; "Se vende muy barato un negro zapatero"; "Se vende una criada recién parida, propia para ama; el que guste comprarla, véase con su amo en la calle de San Pedro, Nº 12".

Quedaban, bien a salvo, los bienes y los intereses de los oligarcas que "cancelaron recíprocamente culpas, méritos y filiaciones" (como dice Real) de las turbulentas épocas pasadas. "Limpios de polvo y paja" se dispusieron a la digestión. Apenas si les inquietaba la eventualidad de que algún militar muy voraz se les anticipara, al amparo del espíritu corporativo de la profesión. Por eso dispusieron —con ingenuidad— que los militares quedaban afuera de la vida política activa, impidiéndoles ser senadores o representantes (aunque sin animarse a cerrarles el paso hacia la presidencia).

Berro fue lapidario para juzgar el texto constitucional, opinando, unos años después: "La Constitución de la República contiene disposiciones que la experiencia de los años transcurridos, desde que fue puesta en vigor, ha mostrado ser muy inconvenientes. Contiene también otras que esa misma experiencia ha demostrado ser impracticables. Para evitar lo primero y suplir lo segundo, se ha hecho lo que la Constitución prohibe y no se ha practicado lo que ella manda, es decir, se ha creído encontrar en su violación un bien y un deber, y en su observación un mal y una culpa. Excuso demostrar el desorden moral, el extravío de ideas que esto ha de producir, y sus funestas consecuencias".

Aplicando ese texto constitucional, se efectuó la elección de los parlamentarios (electores, después, del presidente), el 1º de agosto del 30. Ganaron, con facilidad (acogidos al fraude más escandaloso) los candidatos de la Comandancia. En Paysandú, aparecen más votos que en la capital. En Soriano, informan al jerarca que "la votación ha sido demasiado buena, pues no hubo en toda ella más que un voto en favor del contrario, y ése por equivocación". Por eso comenta Barrán: "La Constitución y toda la estructura política anexa eran como una porcelana francesa bajo las pezuñas de un toro cimarrón". Nadie pudo asombrarse de los resultados. Hacia fines de octubre, por 27 votos sobre 35, el general Rivera es elegido primer presidente constitucional. El 6 de noviembre asumió. El Uruguay contaba, según estimaciones, con pocos habitantes: 75 mil (14 mil en el departamento de Montevideo; 9 mil adentro de la capital; apenas 7 mil al norte del río Negro); "se halla tan poco poblado —relataba Darwin, que nos visitó— que apenas si encontramos un solo individuo de Maldonado a Minas". El francés Isabelle (otro de los viajeros llegados aquí), comentó, frunciendo la nariz, que salvo algunos pocos funcionarios "el resto respira bandidaje por todos lados". Pero se apuró a descubrir las posibilidades: "Montevideo nos recuerda una ciudad Siria o Palestina... la trasmigración de Tiro o Sidón a estos lugares, en donde el comercio debe tener un altar". Inglaterra, que nos compró por valor superior a 600.000 pesos en el año 30, no lo desconocía. Y confiaba en sacarle provecho al fruto de aquel parto de la Convención.

Al general Rivera pudo definirlo Manuel Herrera y Obes unos años después, con estas expresiones: "...id y preguntad, desde Canelones a Tacuarembó, quién es el mejor jinete de la República, quién es el mejor baqueano, quién el de más sangre fría en la pelea, quién el más generoso de todos, quién, en fin, el mejor patriota, a su modo de entender la patria, y os responderán todos: el general Rivera". Ni con la salvedad es posible avalar ese juicio final, pero los otros rasgos —los que lo dibujan en su dimensión de caudillo— componen su retrato con fidelidad. Siempre que le agreguemos estos dos adjetivos: irresponsable y prevaricador.

Resumiendo las características de su gobierno, se pueden destacar: la desaprensión para atender su cargo descuidando controles administrativos y alejándose de sus obligaciones en la capital, el desorden y la malversación que imperó en las finanzas, la violación abierta de la ley, el genocidio cometido contra los charrúas, los grandes negociados ligados al problema de la tierra, la intromisión abierta en problemas ajenos, la ligereza con que se promovió la intervención ajena en nuestras cosas y la severidad revanchista con que se persiguió a los adversarios. Ocho capítulos de graves cargos.

Respecto a lo primero, se suele definir a su gestión con gráficas palabras: "un gobierno a caballo". Recorrió el territorio infatigable

mente, tomó resoluciones sin cuidar refrendarlas con firmas de ministros, escapó del control pero a su vez dejó de controlar y resignó el poder, tácitamente, en una camarilla de amistades que manejó los actos de gobierno desde Montevideo. "Ese maldito pueblo de Durazno, es capaz de hacer olvidar todo", reprochaba doña Bernardina, aludiendo a las ausencias prolongadas de su general. Y Rivera escribía: "me sería más fácil sacar el gobierno a la campaña que el desprenderme un día de todo lo que tengo en manos, que es un mundo; ya usted ve que esto mismo tendría inconvenientes: no sería propio andar por las cuchillas con las oficinas". No abandonó por eso las cuchillas. Dejó en las oficinas a viejos amigos y siguió confundiendo gobernar y mandar. No ocultó su desprecio, en alguna ocasión, por los hombres de la capital: "yo trabajo mucho, hermano, para ir disponiendo el país a nuestro favor; contando nosotros con la campaña, nada hay que temer de esa familia que sólo sabe del Arroyo Seco, la quinta de las Albahacas, y nada más". Y no se guardó los reproches, escribiendo, de nuevo, a Bernabé: "nuestro partido desquiciado, o en divergencia, que es peor; los hombres, pocos de que pueda echarse mano así es que para todo no hay sino dificultades graves a vencer, porque el que algo sabe, si no le dan un cerro de plata y cuatro o seis empleos, unos sobre otros, no está contento...". Pero tales arranques de sinceridad no le pusieron trabas a "los cinco hermanos" (cuñados, en verdad): Nicolás Herrera, Ellauri, Lucas Obes, Julián Alvarez y Juan Andrés Gelly. Que sumados a Santiago Vázquez se repartieron cargos y prebendas. Si Herrera y Lucas Obes, como los define Real, fueron "las dos capacidades políticas más completas del siglo XIX" (sin quitar su lugar a Consolación Obes, que los inspiró), fueron, a la vez, el núcleo de hombres más infieles a la línea de desarrollo nacional y popular que el artiguismo y los treinta y tres representaron". Y tal sello le dieron al primer gobierno.

Lo de las finanzas mereció un mensaje de su sucesor, a pocos días de haber recibido, junto con el cargo, la suma de las deudas: "Los cofres del erario nacional se encuentran totalmente exhaustos; las rentas y los arbitrios que debían abastecerlos de caudales han sido consumidos de antemano o están empeñados para el reembolso de anticipaciones, que también han sido ya invertidas; el crédito se ha extinguido por una consecuencia forzosa de la falta de cumplimiento de los compromisos contraídos en los momentos de conflicto; y una deuda de 2:200.000 pesos abruma con su enorme peso al tesoro público". Iba a llegar el turno, con el tiempo, de probar el carácter doloso de aquel despilfarro.

Del incumplimiento de leyes, citemos un ejemplo: la continuación del tráfico esclavista. El 5 de setiembre del año 25 la legislatura de Florida, tras aprobar sus históricas leyes, decretó la "libertad de

vientres" y abolió la trata, impidiendo el ingreso de esclavos desde el exterior. Le reservó la condición servil únicamente a quien la padecía. El gobierno de Rivera, violando esa ley, vendió en 30.000 pesos a dos concesionarios (Vázquez y Vilaza), el derecho a importar 800 esclavos (650 y "un margen de exceso de 150 destinado a cubrir la mortandad"). Quiso disimular la gestión ilegal calificando la "mercadería" como "colonos sometidos a un patronato durante doce años". Pero el capitán que negoció la compra estampó en los recibos la clara constancia: "pagó 9.434 pesos por la compra de 240 negros en el Africa" (!). Entre varios ejemplos, Eduardo Acevedo registra el siguiente: "En enero de 1835 arribaron otros barcos negreros, el bergantín Triunfante y el bergantín Oriental, con 350 esclavos o "colonos". Según la información periodística venían a bordo atados de dos a dos y de tres a tres, con fuertes cadenas que oprimían los pescuezos. Al ser desembarcados en el Buceo, murieron ahogados sesenta y tantos de esos infelices. por efecto de un temporal que los sorprendió en los botes. Hubo con tal motivo una interpelación de la Comisión Permanente, que contestó el Ministro de Gobierno diciendo que la partida de negros correspondía a la ejecución de un contrato celebrado por el Poder Ejecutivo con fecha anterior".

En cuanto a los charrúas, es historia sabida de todos. Diezmados por el triunfo de los conquistadores y víctimas, de nuevo, cuando se produjo el ocaso artiguista, se diseminaron en suelo misionero y prestaron apoyo al general Rivera durante la campaña final contra Brasil. Regresaron con él (el caudillo especuló con ellos y su presencia, con seguridad, le sirvió de respaldo a sus aspiraciones en forma de amenaza pendiente en la frontera). Los pretendió afincar en Bella Unión. Los olvidó después, y los dejó librados a formas delictivas de supervivencia. Motivaron, por eso, la queja de los estancieros vecinos. Y el gobierno resolvió las cosas con una operación de policía (abril del 31). El propio presidente los llevó, con engaños, hasta el "Salsipuedes" (un nombre derivado de lo que pasó) y desató la saña represiva. Oxchfvud, un marino sueco, lo narraba, asombrado: "tan pronto el efecto de la bebida se advirtió entre los indios, y cuando ya muchos de ellos se encontraron dormidos, las tropas de Rivera con todo secreto rodearon a los indios y con sables y bayonetas atacaron a los indefensos indios matando hombres, mujeres y niños. Muy caro vendieron sus vidas los caciques, y muchos de los indios". Algunos, prisioneros, tuvieron un triste destino, después (mujeres entregadas a la servidumbre de familias de Montevideo; exhibición de un grupo de nativos a la curiosidad de París). Otros escaparon, advertidos por la desconfianza de un tal Polidoro. La persecución se prolongó por meses. A la mitad del año 32, el presidente se vanagloriaba de las "operaciones de limpieza" encargadas a Bernabé Rivera(un hermano menor o sobrino, porque su filia-

ción es imprecisa, del propio mandatario): "se te habrá caído la baba como me ha sucedido a mí (escribía a su amigo Espinosa), al ver que Bernabé, solo y sin otros recursos de lo que es capaz , ha sujetado todo y vuelto al reposo alterado a nuestra patria". A los pocos días, sobre la picada del Cerrito (vecina del Cuareim), un grupo de charrúas sorprendió a Bernabé y lo ultimó, después de someterlo a su venganza con duros castigos. Sepé, que los mandaba, murió en Tacuarembó muchos años más tarde. Con él se dispersaron otros compañeros y presumiblemente ingresaron algunos al Brasil. Otros se refugiaron en Corrientes. Lo que desaparece es la comunidad. Como dice Petit: "buena parte de la población del país, especialmente en campaña... bajo las ropas y los hábitos de la civilización guarda en sus venas, y hasta suele mostrar en sus rostros, su último vestigio".

El tema de la tierra debe ser detallado. Y requiere el análisis de antecedentes.

El retorno del frente de guerra, asentó sobre campos desiertos a miles de soldados y oficiales, generando una segunda tanda de "ocupantes" y multiplicando el problema legal que dejó el reglamento artiguista. En enero del año 29, gobernando la "constituyente", se ordenó por decreto la suspensión de cualquier expediente "que rozase sobre donaciones anteriores de tierras" hasta que se librase, acerca del problema, una resolución legislativa. A tal altura, algunos "ocupantes" eran latifundistas: a diferencia de los muy modestos agraciados por el reglamento del 15, eran grandes señores acaparadores de tierras que obtuvieron mediante la fuerza y a expensas, a veces, de los pobres ocupantes anteriores. En esa condición, se pueden mencionar algunos nombres: Julián Laguna, Leonardo Olivera, Felipe Flores o José M. Raña. Formuladas algunas demandas, el Fiscal de Gobierno, Bernardo Bustamante ("un viejo godo"), sentenció pretendiendo salvar, en la querella de los ocupantes, el derecho de los viejos propietarios: "opina el Ministro que la integridad del Juzgado no debe hacer lugar a esta solicitud... sino salvando los derechos del propietario". Y enjuiciando la etapa artiguista apuntaba: "la despreciabilidad que caracteriza a los indicados documentos (papeletas de Artigas) y es inútil que el ministerio se ocupe en su impugnación ni por un solo momento".

El gobierno, a su vez, tenía miras distintas. Políticas, sustancialmente. Inspiradas por sus intereses de clase, y no por aspectos legales. Reiteró, corrigiendo la plana a Bustamante ,que debían evitarse las resoluciones hasta que se pudiera legislar.

Los jueces, por su parte, siguieron emitiendo dictámenes aislados, y sentaron, así, jurisprudencia. En ocasión de un pleito sostenido entre "mil habitantes" del rincón formado por "los dos solises", el abusivo fallo motivó la protesta encendida de los ocupantes que se preguntaron cómo podían "parar en nuestro perjuicio aquellas mismas leyes con

que se sancionó nuestra revolución". Y amenazando, ya: "Sería necesario en semejante caso prepararse sin duda a otra revolución producida por los clamores de todos los vecinos..." Por razones políticas claras, desamparados por los tribunales, buscaron protección en los caudillos. Así, los ocupantes artiguistas de Soriano piden la protección de Lavalleja. "En este caso de desgracia, tomamos todos por última medida el partido de elegirlo a V.E. sobre esta materia, por nuestro protector. Esperamos su contestación como una severa sentencia de existir felices o concluir desastrosamente no dudando que admitiendo V.E. ser nuestro apoderado, como le contamos desde ahora, no atropellarán nuestros derechos como lo han hecho". De la Torre, Rodríguez y Sala de Touron anotan que a esta altura Rivera y Lavalleja, por su lado, pesaban en función de su poder como terratenientes: "El gran caudillo es un insaciable acaparador de tierras y un hombre para el cual la revolución ha descubierto la contundencia del poder como fuente de redistribución de la propiedad. Acaparar tierras en una sociedad de lobos, supone poseer la mejor dentadura y el colmillo afilado. Rivera y Lavalleja ocupan y se dicen propietarios de más de cien leguas cuadradas de tierras... su séquito personal les provee de los hombres necesarios para confirmar la posesión material de sus inacabables latifundios; sus usureros efectos —esto vale sobre todo para Rivera— de las onzas necesarias para comprar ganados, tierras, adhesiones".

En esas circunstancias, el Dr. Lucas Obes sustituye al Dr. Bustamante como nuevo Fiscal de Gobierno (verdadero Ministro de Tierras). Corrigió los criterios "legalistas" y propietaristas de su antecesor. Discutir la validez de viejas donaciones artiguistas o de ocupaciones recientes "sería introducirse en cuestiones que a cualquier trance convendrá sumir en el olvido", sentenció en seguida. "El propietario tiene un derecho: el poseedor puede alegar los suyos". Es el Estado el que debe meditar "para que los propietarios no pierdan lo que justamente puede llamarse suyo y los poseedores no sufran un despojo que puede causar su ruina". ¿Y cómo conciliarlos? Entregando al Estado aquellas extensiones, que le serían pagadas a los propietarios y cobradas a los ocupantes, asegurándoles su permanencia. Anticipemos, ya: a los propietarios se les pagaría por aquello que nunca pagaron, porque su propiedad era fruto de las donaciones tramposas.

En ese panorama eligen a Rivera Presidente.

La designación ministerial de Ellauri implicaba una definición. Abogado de terratenientes (y justamente de los que reclamaban la devolución de sus tierras: Milá de Roca, Alzaga, Hocquart y Loureiro, por ejemplo), y cuñado a la vez de Lucas Obes, el ministro sirvió a sus intereses. Pero soliviantó a los ocupantes. Rivera lo advirtió. Expresó su confianza en que "puedan calmarse las agitaciones". Sustituyó al ministro por Santiago Vázquez (el viejo enemigo de Artigas). Y Vázquez,

con prudencia, tomó ciertas medidas para desarmar el creciente prestigio del lavallejismo entre los ocupantes: expropiación de las sobras fiscales (reduciendo los predios a la mensura de los documentos), limitación del derecho a ocupar la propiedad fiscal (tope de 5 leguas) y política de conciliación en los pleitos en curso. En cuanto a los "pequeños ocupantes" del tiempo de Artigas, Vázquez y Lucas Obes se las arreglaron para rematarlos. Toda reclamación sustentada en aquel reglamento del 15 "no podía considerarse sino como de simple denuncia de una propiedad que pertenece al fisco, que nunca fue enajenada por autoridad legítima, en cuya virtud el juez podrá ordenar la posesión en cuanto lo tenga solamente y sin perjuicio de tercero". Es decir: se anulaba de modo absoluto el valor de la entrega artiguista y se legitimaba si el beneficiario la podía pagar. En cuanto a las normas de pago, se transitaba por la imprecisión. Se evitó, con cuidado, formular una norma común En cada caso se resolvería. Pudo evitarse así la protesta común, y se pudo ganar en cada caso, el agradecimiento del beneficiado. Nada se estipulaba para los ocupantes incapacitados de poder pagar.

En diciembre del año 33, un decreto le dio forma legal a la política del riverismo. El Estado les compra las tierras a los "propietarios" (a su vez,y por doble partida, se las compra a sí mismo, pues nunca las vendió, y pues los gobernantes que ofertan son los abogados que piden, o estan emparentados). Por eso dicen Sala, de la Torre y Rodríguez: "son a la vez Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; el aparente diálogo de la oferta y la demanda, es apenas el soliloquio del cohecho". Lucas Obes le compraba a Ellauri. Y todo quedaba en familia. Regateaban, a veces, el precio. Y el Estado cedía. "Esto no era pedir, era reinar".

El gobierno nombró comisionados para négociar el precio de las ventas con los ocupantes. Designó a Melchor Pacheco y Obes y a Juan Andrés Gelly (dos sobrinos del propio Lucas Obes). Melchor Pacheco informó su gestión: "Es condición expresa... que los compradores entreguen una tercera parte al contado (...). Los intrusos se dividen en tres clases: hombres que algo tienen, hombres que no teniendo nada son honrados, y hombres de mala conducta que tampoco tienen nada (...); las dos últimas clases deben ser desalojadas de inmediato". Hay un padrón muy significativo. De los 92 ocupantes de un campo, 12 congregaban 30 mil animales. 80 (de los que dependían 500 personas) apenas reunían 11 mil animales. A los primeros se les "legalizó" cobrándoles sus tierras. A los otros, a los que Pacheco califica como "miserables" (uno "sirvió en el cuerpo de Otorgués", otro "sirvió en los colorados de Basualdo", otro "fue soldado bajo el General Artigas", otro "fue blandengue"), se les expulsó.

Retomemos el hilo de los cargos hechos y abordemos los últimos tres.

Anaya documenta la intromisión culposa del gobierno en problemas internos argentinos. Menciona las incursiones intentadas sobre el Entre Ríos para abrirse paso a Buenos Aires "con la cooperación de Rivera". "Para tales combinaciones, el presidente Rivera les toleraba en la capital sus clubes y reuniones... cuyos agentes mendigaban armas, municiones y hasta monturas en los cuarteles de aquella prostituida guarnición, con la mayor libertad... por desgracia habían adquirido influencias con el presidente Rivera".

Mayor aún la ligereza para reclamar la intromisión ajena en nuestras cosas. Producida, por 1832, la primera insurrección lavallejista, solicita el gobierno el apoyo de fuerzas extranjeras. James Bond, cónsul del Gobierno de Estados Unidos en el Uruguay, informó a sus jerarcas que "me fue solicitada por el vicepresidente Luis Eduardo Pérez y por el jefe político y de policía, Luis Lamas... la presencia, en tierra, de una parte de la tripulación del "Enterprize"... comuniqué sus deseos al capitán Downing, quien inmediatamente bajó a tierra con 50 de sus hombres, y tomó la custodia de la Aduana, mientras otro destacamento perteneciente a un barco británico hacía lo propio con la Casa de Gobierno". Cuando quisieron irse, producida la victoria gubernista, " el jefe de policía le solicitó que les dejara pues no consideraba que la ciudad estuviera aún completamente segura ya que él no contaba con fuerzas suficientes para custodiar ésta y la Aduana... El capitán Downing accedió a tal solicitud..." Después de algunos días, el gobierno agradeció el servicio y le comunicó que "puede, si es gustoso, retirar sus hombres". Menudo precedente de las intervenciones futuras!

En cuanto a su rigor con el lavallejismo (tres veces insurrecto), recordemos los decretos de fusilamiento de setiembre y octubre del año 32 y del mes de febrero del año 33. Penas acompañadas, por supuesto, de la confiscación de los bienes.

Se gestaron así, revanchas y tormentas del futuro.

"Seremos pobres, pero decentes".

A dos semanas de las elecciones del 1º de marzo del año 35, se terminó el mandato de Rivera. En esa quincena, de acuerdo a lo dispuesto por la ley, asumió las funciones del Ejecutivo quien era presidente del Senado (se buscaba evitar la presión abusiva de los gobernantes en la designación del sucesor). Pero Carlos Anaya, a quien le tocó ejercer la presidencia en el interinato, tomó resoluciones para

poderle dar continuidad al poder de Rivera. Creó la "Comandancia General de la Campaña", con mando militar, y designó a Rivera para desempeñarla. Le anticipó en seguida al Comandante dos años enteros de sueldo (18.000 pesos, con exactitud). Y resolvió donarle 50.000 pesos en agradecimiento a los "altos servicios" prestados mientras gobernó. Si la primera medida era ilegal (ese cargo no estaba previsto en la Constitución), las dos complementarias buscaban evitar que se la corrigiera: anular esa resolución, y deponer entonces a Rivera, era lanzarlo a la revolución habiéndosela pagado. El nuevo sucesor quedaba maniatado al poder riverista.

Por unanimidad, fue don Manuel Oribe, con 35 votos, electo sucesor.

Su nombre se ligaba con el patriciado de Montevideo y remontaba sus vinculaciones a lá propia nobleza española (era nieto del primer gobernador que tuvo la ciudad, y por ese linaje —el de su madre: Viana— estaba emparentado con Rodrigo Díaz, el legendario Cid, y por doña Jimena con Alfonso VI). Se ligaba, también, y desde adolescente, con las tradiciones de la revolución.

Para revisar su gestión, habrá que detenerse en estas cuatro pautas: aplicó una política conservadora, la conjugó con otras medidas progresistas, desató con acierto y arrojo la supeditación al general Rivera y siguió una política internacional de signo independiente, que provocó la hostilidad inglesa, la enemistad de Francia, el rencor del partido unitario porteño, el malestar en Río y el disgusto en los hombres de Piratinhí. Los dos últimos puntos, que se ligan, son los que más importan, además.

La política conservadora está de manifiesto en las orientaciones gubernamentales acerca del problema de la tierra, que simplemente siguen las disposiciones del antecesor. Y más: las vinculaciones al grupo rosista alentaron las reclamaciones de terratenientes porteños (como Alzaga y Azcuénaga, los cuñados de Felipe Arana, canciller de Rosas) que obtuvieron la devolución de sus campos y la expulsión masiva de los ocupantes de modo brutal: "Se presentaron en los referidos campos con fuerzas armadas, invocando la orden del gobierno y procedieron violentamente, sin acordarse que la casa del ciudadano era inviolable conforme a la Constitución, a demoler las poblaciones de los que se hallaban establecidos en dichos terrenos y sin consideración a la edad ni a los grandes sacrificios en las filas de la Patria, llegando al exceso de lanzarle a un vecino las haciendas a la margen occidental del río Negro, originándole los perjuicios que son consiguientes" (alegato de treinta familas expulsadas en junio del año 35).

La lista de medidas positivas es larga y elocuente: creación de la Universidad, primeros decretos de pensiones y jubilaciones, organización del correo, restablecimiento de la Biblioteca y primeras medidas de atención sanitaria oficial.

Pueden complementarse con el ordenamiento financiero poniéndosele fin al desquicio anterior.

En cuanto a la ruptura con Rivera (quebrando la tutela que se le quisiera imponer), deben analizarse tres resoluciones.

La primera, inmediata, decretaba el indulto de los lavallejistas rebeldes castigados por el riverismo con destierros y confiscaciones. El presidente, con esa medida, ganaba la adhesión de aquel sector. Quedaba convertido en jefe de "partido" (cuando los partidos, como dice Reyes, eran "hermandades" que se definían por la fraternidad del vínculo afectivo con el conductor).

Al comenzar el año 36, Oribe resolvía, por decreto, la supresión de aquella Comandancia que limitaba su propio poder. Y no quedaron dudas del enfrentamiento que se avecinaba cuando se corrigió la medida, con la designación de un nuevo Comandante: Ignacio Oribe, hermano de Manuel.

Faltaba lo más duro. Fue la resolución de investigar las cuentas de la administración anterior, certificándose 174 irregularidades (julio del 36). Rivera, desbordado, se lanzó a la revuelta, en seguida. En setiembre, lo derrotaban en Carpintería. La tradición ubica exactamente allí la aparición de aquellas dos divisas que les dieron su nombre, de acuerdo a su color, a los "partidos" que se originaban:: "blanquilla" (como se le dijo) la de los soldados gubernamentales; "colorada" o "punzó" (porque el color celeste primitivo se le desteñía) la de los insurrectos.

Refugiado en el sur del Brasil (en la república de Piratinhí, que formaban, entonces, con la capital en Porto Alegre, los estados de Río Grande y Santa Catalina, separados del gobierno monárquico de Río), el general Rivera pactó con los "farrapos" —como se les llamaba a los separatistas— un pacto sin tapujos. Se le denominó "tratado de Cangüé". Y los párrafos fundamentales se comentan solos:

"1) El General (Rivera)... se obliga a hacerse elegir y proclamar por el pueblo oriental en el más corto espacio de tiempo posible presidente de la misma república...

"2) Se obliga por sí... a no descender jamás de la silla de la presidencia en el término marcado por la ley sin pasar inmediatamente a ocupar el lugar de Comandante General de la Campaña... a fin de que pueda suceder a su turno a su propio sucesor en la silla de la Presidencia... y así sucesivamente pasará de Presidente a Comandante... a Presidente, por todo el tiempo que durase la actual guerra de independencia gloriosamente sustentada por el pueblo riograndense".

Lograba la adhesión del extranjero, al precio de tener que devolverla. Iguales compromisos iban a vincularlo con otros amigos de afuera.

Retornemos, de nuevo, al gobierno det Oribe. Y analicemos su política internacional.

Dos emisarios fueron al extranjero llevando sus reclamos y sus aspiraciones.

Jerónimo Villademoros, su joven canciller, fue a la corte de Río para convenir el ajuste de la Convención de Paz definitiva (que la del 28 fue "preliminar"). Recabó, sin respuesta, la devolución de tierras usurpadas y la fijación de límites correctos. Generó el malestar del Brasil.

Giró tuvo el encargo de gestionar en Londres un empréstito de 3 millones para "tapar" las deudas heredadas. Le dieron la cartilla de las condiciones: cuantiosos intereses, arrendamiento de 300 leguas en provecho de súbditos ingleses, privilegios para los ingleses residentes en el Uruguay y tratado "perpetuo" de alianza.

Recibieron respuesta negativa (en medio de la guerra civil desatada, el presidente lograba reducir los gastos y aminorar las deudas concretadas por el antecesor: heredó 2:200.000 pesos de deuda y cerró su balance del año 37 reduciendo esa deuda a 90.000 pesos). El gobierno de Oribe cuestionaba fundamentalmente firmar un compromiso de alianzas extranjeras que fuera más allá del mandato que estaba ejerciendo

Llovieron entonces las críticas interesadas y no faltó el intento de soborno. Juan María Pérez ,ministro de Hacienda, se lo revelaba a Giró: "...ha seguido el cónsul ingles haciendo la guerra más infernal al crédito del gobierno... el no haberse realizado los trabajos ha convertido las garantías en humo... no dudo que el gobierno inglés coadyuvaría a la negociación del empréstito y aun nos regalaría la cantidad pedida, a cambio de un tratado degradante, pero entiendo que nosotros no debemos vender el país, y que seremos pobres pero decentes: ésta fue mi contestación al cónsul Hood, cuando me hizo una insinuación a este respecto".

Inglaterra anotó la respuesta y comenzó a tejer su hostilidad.

En torno a las fronteras se anudaban, también, complicaciones. El Brasil estaba sacudido (como lo vimos, ya) por la guerra civil entre "farrapos" y "caramurús". Los primeros (los separatistas de Piratinhi), buscaban hacer uso de nuestra frontera común para pasar refuerzos, caballos y armamentos y para refugiarse de serles necesario.

Parecido problema el de nuestra frontera con los argentinos. Gobernaban los jefes federales. Y se repetían, periódicamente, las insurrecciones unitarias. Como lo mencionamos, tuvieron el apoyo de la administración de Rivera, que cobijó a sus jefes emigrados y encubrió sus repetidas incursiones por el litoral.

Manuel Oribe le quiso poner fin a tal intromisión. Proclamó nuestra neutralidad en asuntos ajenos y tomó las medidas para garantizar

esa neutralidad. Así ganó el rencor de los "doctores" del partido porteño emigrado y provocó el disgusto de los gobernantes de Piratinhí. Un informe de Hood (el emisario inglés), al gobierno de Londres, califica los hechos ocurridos: "Los motivos de este levantamiento, según lo da a entender el mismo (Rivera)a sus amigos, son tan fútiles que completamente no merecen crédito. Los hechos reales son, sin embargo, según creo, que los emigrados porteños y principalmente Lavalle, que se refugió en esta república cuando el derrocamiento de su gobierno en 1829, habiendo perdido toda esperanza de renovar la lucha en favor de la causa unitaria, en razón de la extensión y consolidación del poder federal en su país y sin ninguna probabilidad de éxito, en cuanto depende de sus propios recursos, aprovechó el momento en que don Fructuoso Rivera se sintió mortificado por la pérdida de su autoridad en el interior, halagando su desmedida ambición y amor al dinero, para excitarlo a la rebelión. sobre la base de que ellos (los militares argentinos emigrados) le ayudarían a voltear este gobierno y le darían el poder absoluto, a condición de que él, a su vez , cooperaría al derrocamiento del actual gobierno de Buenos Aires y del sistema federal".

Sumemos, finalmente, un último factor.

Por razones que luego veremos, en próximos capítulos, el gobierno francés (un gobierno monárquico y burgués; colonialista), asumió una actitud agresiva con Juan Manuel de Rosas, el gobernante federal porteño. En un acto de guerra, apostó su flota de la zona en las aguas del Plata y encerró a Buenos Aires. Para darle eficacia al bloqueo, solicitó de Oribe que le permitiera utilizar al puerto de Montevideo como apostadero de sus embarcaciones. Reclamaba su complicidad en un acto de piratería.

Naturalmente, no la consiguió. Fiel a su compromiso de neutralidad, Oribe contestó de modo negativo la pretensión de Francia. Con dos consecuencias. El almirante Leblanc, al mando de los barcos agresores, hizo llegar al general Rivera 500 kilos de pólvora como contribución "generosa". Y Aimé Roger, el cónsul del gobierno de París en nuestra capital, hizo llegar sus francos al jefe de la rebelión.

Recapitulemos: París, Londres y Río, más los unitarios porteños y los separatistas de Piratinhí, apostaron al derrocamiento de Manuel Oribe. Una suma de fuerzas decisiva.

La segunda insurrección del riverismo, que se prolongó durante veinte meses, culminó, por fin, al terminar octubre del año 38, por la intervención de la flota francesa que apuntó sus cañones a Montevideo y forzó la renuncia de Oribe dramáticamente.

Sobran los documentos para demostrarlo.

Oribe lo denuncia en el texto con que acompañaba su resolución, sentando su protesta claramente: "El Presidente Constitucional de la República, al descender del puesto a que lo elevó el voto de sus conciu-

dadanos, declara ante este acto que sólo cede a la violencia de una facción armada cuyos esfuerzos hubieran sido impotentes si no hubieran encontrado su principal apoyo y la más decidida cooperación en la marina militar francesa que no ha desdeñado aliarse a la anarquía para destruir el orden legal de esta República, que ninguna ofensa le ha inferido a la Francia''.

La objeción recogida por la tradición colorada (que señala que aquella protesta se redactó después, en Buenos Aires, por la presión de Rosas), se desmiente con facilidad. A muy pocos días del derrocamiento, Santiago Vázquez, escribiéndole a Gabriel Pereira (colorados y golpistas, ambos), dejaba un testimonio de valor: "Hoy pasará a usted Lorenzo J. Pérez un papel que con el carácter de *protesta de Oribe* hallé en Secretaría''. Confesión de que aquel documento fue redactado aquí.

Otros dos documentos, por fin, disipan cualquier duda.

Uno es el informe de Hood a su gobierno: "El gobierno legal de Montevideo fue destruido y el general Rivera, jefe de la rebelión, fue puesto en el poder por las autoridades francesas''.

El otro es el diario de a bordo del propio Leblanc, al registrar, con la fecha del 11 de noviembre, las palabras que siguen: "El (Rivera) me recibió con una gran cordialidad y me agradeció los servicios que le he prestado declarando que a ellos debe su propia entrada en Montevideo, y como testimonio de su reconocimiento y de su franca amistad por mí, me pidió darme l'accolade, o sea, un beso a la francesa''.

Con 300 soldados, amén de sus ministros y colaboradores, Manuel Oribe embarcó a Buenos Aires. Juan Manuel de Rosas lo asiló y le reconoció rango presidencial. Empezaba la historia de la "guerra grande''.

10. *JUAN MANUEL DE ROSAS*

"Lo que vale la amistad de los pobres".

Ninguna figura más controvertida. Ningún personaje más desfigurado. Aborrecido en la literatura oficial. Interdicto en la nomenclatura de calles y lugares argentinos. Proscripto todavía como cuando murió (sus restos, olvidados, se encuentran en un pobre cementerio inglés). Como cuando murió, venerado en la recordación popular. Es Juan Manuel de Rosas. El gobernante que le dio su amparo a don Manuel Oribe y le reconoció rango presidencial. Como en su derredor se anudará la historia de la Guerra Grande, hay que hacer un paréntesis largo para enfocar su estampa de protagonista.

Ha nacido en el 93 y tiene 13 años, solamente, cuando participa en las operaciones del enfrentamiento al invasor inglés de Buenos Aires. Alejado después de su casa (se alteró el apellido, inclusive) y casado a los 20 con Encarnación Ezcurra —una compañera digna de su talla— se convierte en tropero y acopiador de cueros que revende. Asociado a Terrero, compra luego los campos de la Guardia del Monte y organiza un establecimiento, llamado "Los Cerrillos", distinguido en forma singular (Rosas es el primero que planta y cultiva, además de atender el ganado). Es terrateniente y es saladerista. El saladero de "Las Higueritas" ha de tener su flota de goletas y sumacas para llevar las cargas a las embarcaciones mayores y para trasladar la sal desde la Patagonia. Suma 150 leguas cuadradas de campo (380 mil hectáreas). Tiene cuatro millones de pesos. Es "gestor de negocios" de los Anchorena, sus primos. Y es jefe de una fuerza militar (son los "Colorados del Monte", como se les llama): milicia fronteriza.

Además le sobra personalidad. Se le distingue por sus conocimientos, su trato con la gente que puebla sus campos, su nacionalismo orgulloso y porfiado y su paternalismo.

"Era el hombre más de a caballo de toda la provincia", reconoce alguno de sus enemigos, el de más baquía (le bastaba masticar el pasto

para conocer la ubicación del pago). Rígido en la disciplina, la aplicó sin discriminación. (Busaniche relata que obligó al capataz a que le propinara los azotes dispuestos por haber quebrantado una disposición y después lo premió por haberse atrevido a aplicar esa pena al patrón). Se burlaba, con un menosprecio que le ganaba popularidad, de la ignorancia de los extranjeros (al barón de Mackau le explicó en un banquete que los patagones "no pueden montar porque tienen un rabo y deberían hacer un agujero para poder meterlo en la silla", agregando ante el estupefacto emisario francés: "este inconveniente se compensa con otras ventajas como la de poder hacerse fresco con la cola y espantarse las moscas"). Buscó la adhesión popular: "Ya has visto lo que vale la amistad de los pobres y por ello cuánto importa el sostenerla y no perder medios para atraer y cultivar sus voluntades", escribía a doña Encarnación. "No cortes, pues, su correspondencia. Escríbeles frecuentemente; mándales cualquier regalo sin que te duela gastar en esto. Digo lo mismo respecto de las madres y mujeres de pardos y morenos que son fieles. No repares, repito, en visitar a las que merezcan y llevarlas a tus distracciones rurales, como también en socorrerlas con lo que puedas en sus desgracias". Y ya gobernador, serán los artesanos y sirvientes (vendedores de escobas y plumeros, tortas, alfajores y aceitunas) "los mejores espías de la dictadura".

Va tomando estatura política, naturalmente.

En la crisis del 20, impone la candidatura de Martín Rodríguez a la gobernación. En seguida negocia con López, vencedor en Cepeda, la evacuación de fuerzas federales: le promete 25 mil cabezas de ganado, de su propiedad, y le entrega, después, 30 mil. Levene comenta: "El caos de 1820 no tiene sino esta sorpresa: selló la unión definitiva entre Rosas y aquella minoría patricia salvada con su concurso". Y Trías complementa: "Lo que falta en esta observación justa, [illegible] que esa salvación se produjo con el apoyo masivo de los [illegible] popu[illegible]". En el 25, el convenio en la Laguna del Huanaco (acu[illegible] de 5 [illegible] que [illegible] Rosas) le otorga autoridad entre los indios. Por esa misma fecha, como vimos, respaldó a Lavalleja y apoyó a la Cruzada que nos liberó del Brasil. En el 27, es Comandante General de las Milicias en toda la campaña provincial. Cuando los unitarios matan a Dorrego (que pagó por haber resistido a las maquinaciones del imperialismo), le dejan, sin saberlo, el camino al poder.

Infame asesinato. Y rápido escarmiento de los asesinos. En seguida del "pronunciamiento" que tuvo a Lavalle por jefe, los ingleses vacilan ante las consecuencias. "Decidí no reconocer a Lavalle especialmente al enterarme esta mañana de que se está produciendo una considerable reacción en favor del general Dorrego, en particular entre las clases bajas, y de que muchas de estas clases se están armando y están dejando la ciudad para unirse a él; y además la soldadesca vinculada con esas

clases ha mostrado también gran disposición a desertar'', informaba, asustado, el cónsul de Su Majestad (Parish, a Aberdeen; 3 de diciembre, antes del fusilamiento). Las tropas federales derrotan a las fuerzas unitarias en Vizcacheras y Puente de Márquez, en el mes de marzo. En junio, los golpistas deben acceder a pactar un acuerdo en Cañuelas: gobernador neutral y gabinete con representación federal. Maniobran los "doctores'' para torcer aquel entendimiento. Mas la nominación de Viamonte dejó abierto el camino de nuevas elecciones. Y Juan Manuel de Rosas, con respaldo popular y militar, es elegido como gobernador, con todos los sufragios menos uno (su socio, Terrero).

Esa primera gestión en el gobierno se caracterizó por la victoria contra los unitarios en el interior (pacto del 31 con el litoral; apresamiento del general Paz, victoria de Facundo y de sus federales en "La Ciudadela''). Desoye los reclamos que se le formulan para prorrogar su poder y abandona su cargo, aunque sobran votos y resoluciones para mantenerlo en el puesto mayor. Balcarce lo sucede. Y Rosas vuelve al sur, empeñado en campañas contra ciertas tribus insurrectas. Convendrá con ellas un acuerdo, fruto de su prestigio y su poder. 400 mil leguas y seguridad para el abastecimiento de sal, a cambio de aguardiente, yeguadas y vacunas contra la viruela. Cumplió lo prometido. Y sacó su provecho: "más de 3.000 indios de todas las edades están viviendo en los campos de mi administración particular".

Mientras, en Buenos Aires, conspiran los "doctores'' (Alcorta, Ugarteche, Avellaneda, Tagle, Cavia, del Campo, Florencio Varela y Alsina). Centraban sus ataques en doña Encarnación: "la mulata Toribia'', como la bautizaron despectivamente. Gestaban, en respuesta, la "revolución de los restauradores'' que los derrocó.

Fue su compañera la que promovió los hechos detonantes que se produjeron. "Su casa —relata Ibarguren— parecía un comité de arrabal; negros y mulatos, gauchos y orilleros, matones de avería, entraban y salían. . .'' En su correspondencia con Rosas, apunta su firmeza: "nada se me da de sus maquinaciones (las de los unitarios); tengo bastante energía para contrarrestarlas; sólo me faltan tus órdenes, que, en ciertos casos, las suple mi razón y la opinión de tus amigos a quienes oigo y gradúo, según lo que valen, pues la mayoría de los de casaca tienen miedo. . . cuidado que no tenga que enojarme con usted por su flaqueza''. Son sus indicaciones las que agrupan en el campamento de Barracas una muchedumbre que ni los regimientos ni los "vigilantes'' pueden contener. "La ciudad es paralizada por el abandono del trabajo de obreros, artesanos, peones, modestos comerciantes. No hay mercados, muchos negocios cierran, escasean las vituallas'', como relata Trías. "Balcarce lanza decreto tras decreto, llamamiento tras llamamiento para imponer el orden; pero ya nadie obedece''. Y comenta José María Rosa: "es una huelga general; la primera en la historia argentina''.

Balcarce es depuesto y eligen a Rosas. No acepta. Se transa con Viamonte por unos pocos meses Cuatro veces, después, le ofrecen a Rosas la gobernación. Responderá que no, las cuatro veces (y si lo subrayamos es para refutar a los que le reprochan "ambición de poder"). El mando es ofrecido a Tomás de Anchorena, pariente de Rosas. Renuncia. A Nicolás Anchorena, pariente también. Y no quiere aceptar. A Terrero, asociado con él. Rehusa. Al general Pacheco, jefe de las vanguardias de Rosas en su campaña militar del sur. No quiere. Al Dr. Manuel Vicente Maza, que ni llegó a formar su ministerio, esperando convencer a Rosas.

Es el asesinato de Quiroga lo que lo decide a cambiar la actitud, al comenzar el año 35. Facundo retornaba de cumplir la misión que Maza y Rosas, juntos, le confiaron, buscando conciliar a jefes federales enfrentados en guerra civil entre si. Logrado el cometido, Santos Pérez le tiende la celada de Barranca Yaco, en suelo cordobés. Facundo es degollado. Rosas pierde al más fiero y más fiel de todos sus amigos federales (el afán de inculparlo como sospechoso de complicidad, es un reto al sentido común). Es para castigar a los autores del asesinato que acepta la gobernación. Se le concederá "la suma del poder". Condiciona su consentimiento a que se plebiscite la resolución. Se vota en tres jornadas sucesivas. Más de 9.700 sufragios por sí. Sólo siete por no. Wright, Alcorta, Matías Irigoyen, Olavarrieta y un Rodríguez Peña, se opusieron en la legislatura a la resolución. Los votos negativos se computaron entre la familia del "restaurador" y alguno de sus asociados. El general Guido sufragó por no. Sarmiento deberá reconocer la legitimidad de aquel pronunciamiento general: "no se tiene noticia de ciudadano alguno que no fuese a votar". "Todos, menos algunas notabilidades unitarias votaron ese día", confesará, también, el general Iriarte, antirrosista. Capdevila tendrá que conceder: "la tiranía, repitámoslo, no fue un estado de fuerza". Y Levene se suma: "harto se asemeja, en efecto, la tiranía de Rosas, a una hechura de la voluntad popular".

Manuel Moreno (hermano de Mariano y embajador en Londres), había denunciado que se preparaba una conjuración de fuerzas digitadas en Inglaterra y Francia. El partido unitario, el general Rivera y Santa Cruz (presidente en Bolivia) iban a ser agentes de la trama. Regresó Rivadavia. Respaldaron las fuerzas bolivianas el intento de separación de Jujuy. Rivera se aprestó a retomar el poder, vinculado con los unitarios. En ese panorama, Rosas llegó al poder Y no se lo pudieron llevar por delante.

Gobernó del año 35 hasta el 52. Felipe Arana fue gobernador interino desde agosto de 1840 hasta julio del 42, encargándose Rosas del ejército de la campaña, pero todas las resoluciones —y el manejo de la

confrontación con los interventores— pasaron bajo las manos del Restaurador).

Expresó los intereses de los ganaderos convertidos en saladeristas. Impuso una política nacionalista (afín al interés de aquel sector, y no por eso menos nacionalista). Terminó con el liberalismo aduanero y dispuso, con suma eficacia, normas de protección. Liquidó privilegios de los capitalistas ingleses. Enfrentó pretensiones de Francia. Obtuvo la confianza de las demás provincias argentinas y fue recomponiendo —por eso— la unidad nacional que se despedazó con Rivadavia. Protegió a los sectores más necesitados. Ganó, naturalmente, la adhesión popular. Será fácil probarlo detenidamente

Con respecto a las tierras y ganados conviene subrayar estos aspectos:

—la política del partido burgués y porteño ("unitario"), provocó recelos y disgusto entre los estancieros por diferentes causas: excesiva atención al mercado exterior sin prestar atención al problema rural, impuestos abusivos (por ejemplo, a la sal importada, que necesitaban los saladeristas), negativas del Banco Nacional a concederles créditos a ganaderos, concesiones de tierras a los extranjeros y crisis políticas que se traducían en amenazas de guerra civil permanente;

—con Rosas, al revés, crecen los beneficios. Se incrementa la venta de carne (que se cuatriplica del año 35 al 38), orientada en nuevas direcciones: Cuba, los estados del sur en EE.UU. y el norte del Brasil; se desligan, así, con la venta de carnes saladas, de los compradores ingleses de cueros;

—el gobierno de Rosas les posibilitó, corrigiendo la ley de enfiteusis que aprobó Rivadavia, multiplicar sus bienes efectivos. Aquella ley del año 26, les concedió el derecho de ocupar, con pagos irrisorios, las tierras del Estado convertidas en su "posesión". Ocho millones y medio de hectáreas pasaron a las manos de terratenientes como latifundios (a Tomás de Anchorena 120 leguas, por ejemplo). El decreto de Rosas facultó la compra de tales extensiones a los "ocupantes". "No podrán venderse a otras personas que a los mismos que las poseen". Se les permitió pagar a largo plazo, sin sumar intereses y abonando en especies o moneda depreciada ya (Francisco Rosas prefirió pagar con 600 novillos);

—se les amparó con prebendas fiscales. "El dueño de una estancia de 30 mil cabezas de ganado... podrá cancelar su cuenta corriente con el erario entregando el valor de cuatro novillos. La contribución anual de un propietario de primer orden iguala, pues, a la de un boticario, un tendero, o el empresario de un circo de gallos" (referencia de fuente rosista);

—es cierto, sin embargo, que la venta de tierras fiscales eliminó

la carga hipotecaria que las afectaba desde que se prendaron para garantizar el empréstito Baring (y los ingleses se perjudicaron);

—es cierto, por fin, que se repartieron tierras "para colonizar". Muy poca superficie y muy modestos predios.

Si la política rural de Rosas puede calificarse de conservadora (en cuanto favorable a los terratenientes), otra fue la proyección que tuvo con respecto a la banca y la aduana.

Por decreto de Rosas fue disuelto el Banco Nacional (inglés, como sabèmos). Se argumentaba que había caducado la concesión que le dio Rivadavia (la de emitir moneda por su cuenta) y que el Estado era la garantía de toda la moneda circulante. Además de "otras consideraciones demasiado notorias de las que el gobierno no puede prescindir". Y se las enunciaba: "Esta institución... ha contaminado a la provincia y dejado en pos de sí rastros profundos de su aciaga existencia... (se ha hecho) árbitro de los destinos del país y de la suerte de los particulares; dio rienda suelta a todos los desórdenes que se pueden cometer con una influencia tan poderosa".

Igual resolución para ponerle fin a las exportaciones del oro y la plata, prohibidas por decreto del año 37.

En cuanto a la política aduanera, se expresó en el decreto del año 35 ("una norma más acentuadamente proteccionista que la decretada por Artigas", como dice Trías). Para poder medirle sus alcances, conviene recordar que las importaciones procedentes de puertos ingleses promediaban, antes, los once millones de yardas (0,91) de telas de algodón, el millón de yardas en géneros de hilo, las 150 mil yardas de géneros de lana, las 350.000 piezas de loza y unas 5.000 piezas de ferretería (anuales por supuesto). Contabiliza Parish: "Hasta 1837 el valor del comercio inglés con Buenos Aires excedía, en su monto, al de todos los otros países extranjeros juntos".

La legislación aduanera le dio un golpe brutal a esas importaciones.

Prohíbe importar manufacturas de hierro, hojalata y latón, aperos de caballo, ruedas de carro, ponchos, ceñidores, flecos, ligas, fajas, jergas, jergones y sobrepellones, velas de sebo, peines y peinetas de carey, artículos de hueso, escobas, talco, productos de granja, legumbres, cebada, trigo, harinas y maíz.

Impone pesados recargos (entre 25 y 50%) a la importación de artículos de plata, cobre y estaño, coches, zapatos, cordones, pabilo, ropas hechas, frazadas y mantas, papas, garbanzos, café, té, cacao, yerba del Brasil, azúcar, aguardientes, cerveza, sidra, frutas secas, queso, carbón de piedra y sillas de montar.

Beneficia, con esa política fiscal discriminada, a los talleres de herrería, platería, lomillería y talabartería, a las zapaterías, a las tejedurías y a los agricultores.

Con respecto a las exportaciones, son favorecidas con poco recargo (sólo 4%). Salvo dos excepciones:

—se exonera del pago a las exportaciones de carnes saladas, harinas, lanas y pieles curtidas, "en buques nacionales";

—se recarga con un 25% la exportación de cueros.

En cuanto al mercado interior, se exime de gravamen la circulación. Y también se exoneran del pago los productos pecuarios uruguayos y las importaciones que vengan "por tierra" de Chile.

Esa legislación tuvo claros efectos. Cuando se produjo el derrumbe de Rosas la flota mercante contaba con 3.000 embarcaciones. Se contabilizaba un centenar de fábricas en Buenos Aires. Se exportaban zapatos cordobeses, azúcar tucumano, cigarros de Salta, algodón de Catamarca y vinos de Mendoza.

Por eso las provincias aplaudieron.

La legislatura de Salta declaraba "que ningún gobierno de los que han precedido al actual de Buenos Aires, ni nacional ni provincial, han contraído su atención a consideración tan benéfica y útil a las provincias del interior". Tucumán asintió: "ha destruido el erróneo sistema económico que había hundido a la república en la miseria". Sarmiento reconocerá en la primera edición de "Facundo": "Lo que está demás es el dictador; pero la dictadura le ha hecho bien al país".

No faltaron reproches en el interior: solamente nacionalizando las rentas (crecidas) del puerto, se terminaría con la dictadura abusiva porteña. Y solamente así, al nacionalizar las rentas aduaneras, producto del esfuerzo de toda la nación, desaparecerían las graves diferencias interprovinciales (mientras Buenos Aires recaudaba dos millones y medio de pesos por rentas aduaneras, Jujuy debía cubrir su presupuesto con nueve mil pesos).

Rosas argumentó que Buenos Aires cargaba con los gastos "nacionales": guerra, relaciones exteriores y pago de la deuda contraída.

El diferendo se manifiesta políticamente también. Después de haber firmado el Pacto Federal con tres de las provincias litorales y de invitar a las otras provincias a sumarse al acuerdo común, después de la adhesión de todas las provincias argentinas (sin ninguna excepción) al pacto federal, Rosas le puso trabas al acuerdo total. "Debo decirle a Ud. que el estado actual de la República lo considero el menos a propósito para la reunión de un cuerpo legislativo nacional", según escribe a Ibarra. Y a Quiroga le dice: "Habrá quien crea que el remedio es precipitar la constitución del Estado?... Entre nosotros no hay otro arbitrio que el de dar tiempo a que se destruyan los elementos de discordia... sin bullas ni alborotos... hoy esta base, mañana la otra, hasta colocar las cosas en tal estado que cuando se forme el Congreso lo encuentre hecho casi todo..." ¿Mera contradicción con su naciona-

lismo? ¿O claras ataduras con los intereses de los ganaderos porteños, que no estaban dispuestos a nacionalizar la llave de sus bienes?

Pero puntualicemos. En forma diferente, *todas* las provincias se beneficiaban. Y *todas* entregaron a Juan Manuel de Rosas el manejo de las relaciones internacionales. Y esa reconstrucción (parcial y demorada) de la unificación nacional, afectaba, como lo de la banca y lo de las aduanas, a los intereses del imperialismo.

En la dura batalla con él, Rosas fue defensor de la soberanía y le dio a su figura dimensión mayor. Su popularidad no dejó de crecer. Y es posible, entonces, pasar una raya sin un solo distingo: con él, todos los buenos argentinos.

"Haga rodar cabezas".

Reseñamos las características sobresalientes del gobierno federal de Rosas (y si fue postergado el estudio de su confrontación con el imperialismo, pues habrá que ligarla con los episodios de la Guerra Grande, ya se la destacó por su terca defensa de la soberanía). Y anticipamos una conclusión: Rosas fue popular. Indiscutiblemente popular.

Lavalle, por ejemplo (jefe de los rebeldes unitarios), escribió a su mujer, después de algún revés: "No concibas muchas esperanzas, porque el hecho es que los triunfos de este ejército no hacen conquistas sino entre la gente que habla: la que no habla y pelea nos es contraria y nos hostiliza como puede. Este es el secreto origen de tantas y tan engañosas ilusiones sobre el poder de Rosas, que nadie conoce hoy como yo". Solá, que comandó las tropas unitarias en las operaciones del norte argentino, repitió palabras parecidas: "Nunca se ha mostrado más enemigo este país... no pasan de tres hombres los que en esta larga distancia a que hemos podido llegar con mil inconvenientes, se hayan atrevido a vernos la cara, hablarnos y darnos alguna noticia (...) al revés, cada algarrobo o juncal es un espía". César Díaz, comandante de las fuerzas coloradas que sumó el gobierno de Montevideo al ataque final contra Rosas, debió reconocerlo en sus "Memorias". Relatando una conversación tenida con Urquiza (el jefe de las fuerzas de la concentración antirrosista), después de derrotar a Rosas en Caseros, rememoraba: "Conversamos de la triste decepción que acabamos de experimentar respecto del espíritu de que habíamos supuesto animada a la provincia de Buenos Aires... no encontramos ni la más leve

muestra de simpatía... estoy persuadido de que Rosas es un hombre muy popular en este país... como lo prueba la absoluta concurrencia de todos los habitantes de la campaña a las filas del tirano''.

Similares (o más elocuentes) son los juicios de los emisarios ingleses. Gore le escribe a Palmerston, informando al gobierno de Londres desde Buenos Aires: "Tiene (Rosas) el apoyo de la mayoría de la clase media y de la clase baja de los habitantes''. Y dos años después: "La provincia es una de las democracias más puras, pero de la más baja categoría''. Hamilton complementaba ese dato escribiéndole a Washington, en el 35: "El régimen despierta poco entusiasmo entre la gente de alguna posición o consideración en esta sociedad''.

Dellepiane, enemigo de Rosas, debe reconocer: "Los gremios antedichos (abastecedores, carniceros, matarifes, artesanos) fueron organizados en milicias y usaban el derecho de conservar en sus casas las armas... que les daba el Estado'' (el mismo historiador reconoce también que "lo referente al bienestar físico de la plebe... fue su constante preocupación''; Rosas le dio a los pobres trabajo y protección contra viejos abusos y pudo, por eso, darles también las armas). De allí la contundencia del juicio de Gálvez: "Esa es la verdad, nos guste o no: Juan Manuel de Rosas, en aquellos días, representó la democracia de los gauchos y de las pampas y la democracia de las plebes de Buenos Aires''.

¿Y toda la grita de sus enemigos?

Hace ya un siglo y cuarto que una literatura farragosa acumula anatemas en contra de Rosas y quiere convertirlo, con la complicidad de los interesados y de los ignorantes, en una repugnante figura de terror. Dibujaron la imagen los "doctores'' del partido burgués de Buenos Aires (y no faltó el hermano, don Gervasio, entre los detractores). La divulgaron los que alabaron antes al Restaurador (Sastre elogió "su genio''; Alberdi lo llamaba "grande y extraordinario'', algunos años antes del exilio). La repitieron los que se conjuraban, afuera (en París, Londres y Montevideo) para derribarlo y cobrar dividendos. La recogieron los que son fieles, hoy, a las tradiciones antinacionales.

Argumentan en contra de Rosas (y de sus amigos) con un solo cargo: abuso de poder. Le computan, así, los desbordes y crímenes más truculentos. Sin olvidar que el tema es lateral (pues importa juzgar al gobierno de Rosas por las características que lo definen: *todas* las características que lo definen, sin reducir la mira al punto que analizan exclusivamente los que se afanan por circunscribir allí la discusión), debemos abordarlo detenidamente.

Nos resulta imposible recopilar la lista de las acusaciones, probadas o no. Pero ejemplifiquemos haciendo distingos entre los documentos, los meros testimonios, las tradiciones y las confesiones. Los primeros

han sido recogidos por apresurados fiscales (Rivera Indarte, con sus "Tablas de Sangre", inauguró la lista buscando compilar —ya veremos por qué y de qué forma— los datos referidos a las atrocidades que quiere probar). Los testimonios se suelen afectar del embanderamiento de quienes atestiguan. Las tradiciones, a veces recogidas por versión oral, asoman en relatos y canciones de origen inseguro. Las confesiones escaparon, a veces, de la pluma de los escritores rosistas.

Los partes oribistas suelen documentar la represión. En Coronda, y mientras comandaba las fuerzas rosistas enfrentadas a los unitarios, Oribe firmó, por ejemplo, la notificación de una victoria con esta constancia: "treinta y tantos muertos y algunos prisioneros, entre los cuales quedó el salvaje titulado general Juan Apóstol Martínez, al que le fue ayer cortada la cabeza, fue el resultado de este hecho de nuestras armas federales". Igual severidad en otro documento, en el que se dispone pasar por las armas a dos unitarios (Borqués y Zavalía), agregando estas duras palabras: "y haga lo mismo en adelante, sin consultar, con cuanto salvaje unitario caiga en sus manos".

Las recopilaciones de Rivera Indarte son más "abultadas" y más imprecisas: "D. Ramón Almirón declaró que vio en la batalla del Quebrachito al parlamentario Rufino Varela ser degollado por las fuerzas de Oribe (de Rosas); pocos días después vio degollar al teniente coronel Mones... que en la Bajada se perpetraron dos degüellos... que después de la acción del Arroyo Grande fueron degollados todos los oficiales... que las víctimas antes de ser degolladas suelen ser castradas, que los muertos no reciben sepultura..."

Más preciso (también más truculento y menos verosímil), un relato de Lamas: "Oribe hizo cortar y salar las orejas del coronel Borda y se las remitió a Rosas". "The Britannia" (un periódico inglés que editaban en Montevideo), recogió la versión: "el capitán Franchland fue invitado a una tertulia en la casa del tirano, donde se presentaron a los convidados las orejas de un infeliz prisionero; cuando le dijeron que las orejas saladas estaban en un plato sobre el piano, se salió para no ver".

Una literatura unitaria a veces encubierta con vocabulario federal (Hilario Ascasubi y su letra de "La Refalosa", por ejemplo), quiere sumar aportes a la versión más negra del antirrosismo. La prensa oficialista, con su tono agresivo de provocación, endureció la imagen de los "mazorqueros" (policía política y "guardia de choque" a la vez) y así contribuyó a cimentar las versiones de los enemigos.

Apurémonos a precisar: nadie puede negar el desmán de la acción represiva en ciertos episodios y nadie, tampoco, querrá negar que Rosas usó de la fuerza con severidad. Pero para juzgarlo (junto con Oribe) habrá que subrayar estas afirmaciones:

1) en su mayor parte, las acusaciones no merecen fe;

2) no se pueden juzgar sin apuntar, también, los crímenes brutales de sus enemigos;

3) ni se pueden juzgar dejándose de lado las claras evidencias de que los enemigos unitarios eran simples agentes de la intervención; convictos y confesos: asociados a los invasores de afuera.

Lo primero es fácil de probar.

En el libro de Rivera Indarte (el punto de partida de las acusaciones), se cantabilizan 480 "víctimas" de Rosas y se agregan, al fin, "otras 22.000", sumando la lista de muertos "en combates y batallas" durante la guerra civil desatada por los unitarios. De los ajusticiados, son identificados apenas 80 (la sexta parte, pues). Esa lista "crecida", se redactó con la finalidad de que fuera llevada por Florencio Varela (emisario de los antirrosistas en Londres) para impactar a la opinión inglesa y poder obtener una ayuda mayor. Como consta en "El Atlas" de Londres y "La Presse" de París, el banquero Lafone —cuyos intereses estaban en juego— financió la recopilación: "un penique por muerto", según el contrato. Pagó a Rivera Indarte dos libras esterlinas según lo convenido y se negó a pagar otras noventa y seis que se le reclamaban por los 22.000 cadáveres sumados. Episodio que basta para dar su lugar a las "Tablas de Sangre", y restarle significación.

Otras veces asoma la contradicción en los propios trabajos de los enemigos de Rosas. La crónica de Zinny por ejemplo, filiada en las corrientes unitarias, no deja de admitir que fue gracias a Rosas que Paz salvó su vida ("persuadió al gobernador López que lo mantuviese en arresto y que se lo mandase a Luján... se le permitió vivir con su esposa y fue atendido con la mayor consideración... mandándosele libros por orden de Rosas, pagándosele el consumo de vino y acordándosele el sueldo como general") y refiere la muerte de Maza, vinculado a una conspiración, dejando esta constancia: "El doctor Maza pudo huir de Buenos Aires, para lo cual Rosas le dio tiempo de sobra y aun empleó los medios para hacérselo entender, por conducto del cónsul americano Mr. Alfred Slade"

Con respecto a los procedimientos de los unitarios, pueden acumularse muchas evidencias para borrar la imagen de "civilizados" que la tradición liberal les guardó. Y es conveniente hacerlo para salir al cruce, de una vez, a la deformación interesada.

Citemos sus palabras:

—de una carta de Lavalle a Ferré: "Los degollaremos a todos sin escapar uno solo (...). Purguemos a la sociedad de estos monstruos. Muerte, muerte sin piedad";

—de una proclama oficial de Lavalle (como consta en el Registro de Corrientes): "Derramad a torrentes la inhumana sangre, para que esa raza maldita de Dios y de los hombres no tenga sucesión";

—de una carta de Lavalle a su mujer: "... en estas tierras de mierda no hay quien me mate, gracias al terror que inspiramos";

—de Lavalle, a su subordinado Villafañe: (que lo documenta en sus "Memorias"): "¿Disciplina en nuestros soldados? ¡No! ¿Quieren matar? ¡Déjelos que maten! ¿Quieren robar? ¡Déjelos que roben!";

—de Lamadrid, al jefe unitario Videla: "Espero que dé Ud. orden a los oficiales que manden sus fuerzas en persecución de esa chusma, que quemen en una hoguera, si es posible, a todo montonero que puedan agarrar (...). A estas cabezas es preciso acabarlas";

—de Avellaneda a Augier, en Tucumán: "Eche contribuciones, y si no las pagan, haga rodar cabezas";

—de Florencio Varela a Lavalle: "abandonar el errado sistema (otro consejo) de no agarrar gente por fuerza, para que luego la agarre Rosas" (en Zinny, antirrosista);

—de Sarmiento y otros unitarios, refugiados en Chile, al publicar sus "Máximas de Política y de Guerra", recogidas en toda la prensa: "Es menester emplear el terror para triunfar (...). Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos. Debe manifestarse un brazo de hierro y no tenerse consideración con nadie (...). Es preciso desplegar un rigor formidable". Un rigor que después de Caseros se traducirá por millares de fusilamientos. Como escribiera un oficial de Paz (mayor Domingo Arrieta): "mata por aquí, mata por allá, mata por todas partes; fueron tantos los que pillamos y matamos que al cabo de unos dos meses todo quedó sosegado".

De paso aprovechemos para destacar (son temas que se ligan) que los amigos de los unitarios se asociaron también a sus procedimientos. El decreto de Melchor Pacheco (del 43) es muy revelador: "Todo oriental o vecino de esta República que sea tomado con las armas en la mano será fusilado en el acto y por la espalda". Los fusilamientos se complementaron con otra medida: pegar fuego a los ranchos de los oribistas y colocar un palo con este cartel: "Era la casa de un cobarde, y la justicia nacional la arrasó". Escarmiento "civilizador"

Por último abordemos la vinculación entre el antirrosismo y los imperialistas, precisando conceptos que permitan, después, desarrollar el tema en otra parte.

A la mitad del siglo XIX las naciones ya capitalistas, caracterizadas por su desarrollo industrial (la primera, Inglaterra; Francia ocupa el segundo lugar) consolidan las bases de su supremacía. Exportan al mercado mundial, que manejan, sus manufacturas (textiles, sobre todo). Exportan, también, capitales: préstamos abusivos. Importan las materias primas (en el primer capítulo anotamos la importancia del cuero, que compraban aquí). Controlan seguros y fletes.

El mercado mundial es una dependencia de sus intereses: lo con-

vierten en abastecedor de sus necesidades y en consumidor de aquello que producen. Y se ligan con él, de acuerdo a ciertas pautas: libertad de comercio irrestricta, libre transferencia de pagos y de capitales, vigencia universal del patrón oro y deformación de las economías que le son dependientes, ajustadas al carácter monoproductor a que se les destina. Como dice Trías: "Inglaterra compra donde quiere y cuanto quiere... en esa jauja multilateral, es pecado mortal levantar proteccionismos que aíslen de la telaraña de la City... es idispensable que ninguna nación prohiba retirar el dinero que los ingleses han ganado con su comercio, sus seguros o sus intereses... cuidado con el que se atreva a prohibir la salida del oro de sus territorios! (los ingleses no pueden comprar con patacones argentinos en la India ni con rupias en el Canadá)".

La conquista de nuevos mercados y el sometimiento indirecto de todos les fue ineludible. La superioridad material (económica, técnica y bélica) les permitió emprender operaciones de corte militar. La supremacía, llevaba de la mano a la piratería. En 1830, los franceses ocupan Argel y desatan la conquista del resto de las tierras argelinas, sometidas a su dominación una década y media después. En el 37, los ingleses ocupan la Nueva Zelandia. En el 38, los ingleses ocupan Adén. En el 39, los franceses atacan la costa mexicana y retiran sus fuerzas después de llevarse 600.000 francos. En el 42, los ingleses ocupan Hong Kong. En el 43, los ingleses ocupan Natal, en Africa del Sur. La presencia del imperialismo en el Mediterráneo y el Pacífico sur, en aguas del mar Rojo y en el mar Caribe, en el mar de la China y las aguas del Indico vecinas a la zona del Atlántico sur, es reveladora de la magnitud de aquella operación.

Recogieron victorias repetidas. Pero como lo vimos, el gobierno de Rosas se les cruzó en el medio de sus intereses.

No les abrió las puertas a sus mercaderías. Impulsó el desarrollo industrial. Abrió nuevos mercados, con independencia. Les cerró su banco. Les negó la salida del oro.

Era demasiado. "Escalaron", sin guardar disimulo, una política de provocaciones, presiones y agresiones Y tuvieron compinches: los colorados y los unitarios.

"El reconocimiento del Paraguay, conjuntamente con el posible reconocimiento de Entre Ríos y Corrientes y su erección en estados independientes, nos aseguraría la navegación del Paraná y del Paraguay...". Tales eran los planes del imperialismo. William Gore Ouseley, emisario de Londres en esta región, lo declaraba con esas palabras en su correspondencia (al Foreing Office, en octubre del 45). Libertad al comercio y a la navegación, conseguida al romper la unidad nacional. Una repetición de la historia que pocos años antes generó la formación política del Uruguay. Enmarcada, esta vez, en las necesidades crecidas del capitalismo mundial y enfrentada con la resistencia de Juan Manuel de Rosas.

Revisemos, primero, los antecedentes, para detallar la secuela de las provocaciones, presiones y agresiones.

Gobernaba Lavalle con los unitarios (mayo del 29) cuando se produjo, con impunidad, el primer atropello de los poderosos. El comandante Venancourt, al mando de la flota de Francia en estas aguas, ordenó al capitán de corbeta Picard asaltar la goleta argentina "Río Bamba", en aguas argentinas, y liberar, así, dos súbditos franceses condenados —por delitos comunes— a cumplir a bordo su pena de prisión.

Gobernaba Rosas por primera vez (en diciembre del año 31) cuando se produjo un segundo atropello, alentado, quizás, en los resultados impunes de aquél. Como el gobernador argentino en las Islas Malvinas (Luis Vernet, Comandante Político y Militar) apresó a una goleta norteamericana que cazaba lobos en aguas ajenas, los Estados Unidos mandan una corbeta de guerra, liberan a sus marineros, ordenan el pillaje de las islas y se llevan al gobernador. Simultáneamente, elevaron al cónsul Slacum —agente comercial que de modo insolente reclamó el castigo de Vernet por sus procedimientos— a un rango diplomático en su legación. Rosas replicó con energía: "nuestro propio decoro nos prohibe considerar a ese caballero bajo otro carácter que el de un delincuente asilado en una legación".

Gobernaba Balcarce (antes de la revolución "restauradora" ;en enero del año 33) cuando el capitán Onslow ocupó las Malvinas y las incorporó al Imperio de Su Majestad. Ataque de piratas: estas islas, descubiertas en el año 1520 por la expedición de Magallanes y ocupadas más tarde por los holandeses y por filibusteros ingleses después, le fueron conferidas a los españoles por un protocolo formal (1774) y por eso, producida la revolución, las Provincias Unidas primero y después la nación argentina, asumieron la soberanía, haciéndola efectiva mediante los gobiernos de Jewitt y Vernet.

Gobernaba Rosas (y ya se perfilaba su política nacionalista, ha-

biéndose aprobado la legislación aduanera, la disolución del Banco manejado por los extranjeros y la resolución que negó la salida del oro) cuando se originó el episodio del que derivaría la conflagración.

Aimé Roger, que era cónsul francés, encontró dos motivos para presentar la insolente protesta del gobierno del rey Luis Felipe de Orleans. Impugnó la condena dictada contra Hipólito Bacle, un súbdito francés. Y cuestionó el derecho del gobierno a exigir, de súbditos franceses residentes, servicio militar. Los reclamos eran injustificados. A Bacle se le condenó (residencia forzada en Santa Fe), después de comprobarle su vinculación clandestina con el general Santa Cruz, presidente en Bolivia y agente francés con el que estaba en guerra la Confederación. En cuanto al servicio militar de residentes, conviene recordar que estaba legislado por reglamentaciones —1815, 1821, 1823 y 1829, respectivamente— exceptuándose a súbditos ingleses por expresos acuerdos pasados (y los ingleses reconocerían en instrucciones a un embajador: "ninguna regla de derecho internacional prohibe a un gobierno requerir a los extranjeros residentes, el servicio en las milicias o en la policía"). Como si fuera poco para invalidar la demanda del cónsul Roger, se le pudo probar que solamente seis residentes franceses estaban afectados al servicio; cinco en su condición de "voluntarios" y el sexto condenado por orden judicial, por haber cometido un delito común. El lenguaje atrevido del cónsul mereció respuesta de un gobierno que no se "achicaba": lo expulsaron sin más miramientos. El almirante Leblanc, al comando de la flota de guerra francesa en las aguas del Plata, contestó con un acto de guerra: decretó el bloqueo de Buenos Aires y todo el litoral (marzo del 38). En París, aplaudió la prensa imperialista: "Francia debe ejercer su influencia, disciplinaria y civilizadora, sobre los degenerados hijos de la conquista española" (Revista de dos mundos). Los efectos fueron elocuentes. Las rentas aduaneras se redujeron a la cuarta parte. Se tuvo que acudir a la devaluación, y admitir la inflación, para poder paliar las consecuencias. Los comerciantes y los estancieros vieron paralizadas sus compras y ventas.

La baraja jugada por el almirante estaba conectada con otras apuestas. Se ligaba con Domingo Cullen (el agente de los santafecinos, dañados al paralizarse las exportaciones y proclives por eso, al entendimiento con los que controlaban el río). Se ligaba particularmente, con la insurrección riverista contra el gobierno de Manuel Oribe (alentada por los enemigos de Rosas, también). Se ligaba con la intromisión del poder boliviano (Santa Cruz) en las provincias altas argentinas. Y se ligaba con las conexiones, en Cuyo, de la emigración unitaria refugiada en Santiago de Chile.

Al terminar el año 38, Leblanc recogió su primer dividendo a favor: la victoria de los colorados en Montevideo. Pero lo esperaban dos reveses duros, al empezar el año 39. La derrota del general Santa

Cruz en Yungay y la derrota de los unitarios en el litoral, vencidos por Echagüe en Pago Largo.

Lejos de resignarse, aprobaron en Francia una nueva partida de gastos "para ganar amigos" en esta región (la fijaron en 300.000 francos; la elevaron, después, a 2:400.000). Inglaterra midió mejor las fuerzas y presionó al gobierno de París aconsejando negociar con Rosas un entendimiento.

Un barón, René Armand de Mackau, fue portavoz del giro "pacifista". Acordó con Arana, canciller de Rosas, un convenio firmado en octubre de 1840. Allí se estipuló el levantamiento del bloqueo, la devolución de dos barcos de guerra argentinos capturados por los agresores, la devolución del territorio de Martín García ocupado por fuerzas de Francia y el derecho de Rosas a discriminar en favor de países sudamericanos medidas especiales, sin tener que extender sus alcances en provecho de súbditos franceses. Rosas ganaba en todos los terrenos. Y Mackau declaraba: "Francia no ha considerado aliados suyos ni a la República Oriental (Rivera) ni a las tropas que están a las órdenes del General Lavalle; solamente ha visto en ellas auxiliares traídos por acontecimientos imprevistos; todos los demás han sido actos personales de sus representantes". Una patada en medio del trasero para los compinches de la intervención.

Duró poco. la paz. La victoria de los conservadores que llegan al poder en Inglaterra a mediados del 41 (Peel fue primer ministro y Aberdeen canciller), alentó las presiones del intervencionismo. Ligadas, además, a cuatro causas:

—la política económica de Rosas afectaba intereses ingleses objetivamente ("la divergencia más seria... estribaba en su política financiera absolutamente irresponsable; no se preocupaba en lo más mínimo por el déficit anual permanente y tampoco hacía esfuerzo alguno para reanudar el pago de las obligaciones de la deuda pública que en su mayor parte estaban en manos de acreedores británicos", puntualiza Cady);

—la victoria de los federales en la guerra civil argentina (desde el 40 hasta el 42 Oribe derrotó a los unitarios en Quebrachito, San Calá, Machigata, Sañogasta, Famaillá y al fin Arroyo Grande), alejó la posibilidad de sacarle partido a las contradicciones de Rosas con el litoral y le cerró a Inglaterra el Paraná;

—el cierre se produjo cuando muerto Rodríguez de Francia (en setiembre de 1840) asomaba, recién, la posibilidad de abrir el Paraguay al mercado del capitalismo mundial.

—el fin de la guerra civil argentina permitió que Oribe, con fuerzas aliadas de Rosas, ajustara cuentas con Rivera, aliado con los unitarios; el sitio de Montevideo, en febrero del 43, desajustó los planes del imperialismo: el "estado tapón" zafaba de las manos de sus progenitores.

El lenguaje de Londres se modificó. A comienzos del 42, Aberdeen le cursaba instrucciones a su representante, Mandeville: "Si el gobierno de Buenos Aires rehusase aceptar la mediación (inglesa) y persistiera en una guerra que no se justifica (con el Uruguay)... una justa consideración por los intereses comerciales... podría imponer al gobierno de Su Majestad el deber de recurrir al empleo de otras medidas con el fin de apartar obstáculos que al presente interrumpen la navegación pacífica de esas aguas". Rosas contestó sin vacilar: "Mi partido se compone de gentes capaces de llevar armas; una guerrera y poderosa raza... la opinión pública y las masas gobiernan... cualquier cosa que me pasara a mí, no se podría responder por la vida de un solo extranjero en esta tierra... (si llegaran a ocupar a Buenos Aires) las guerrillas circundarían la ciudad y bien pronto los obligaríamos a ustedes a rendirse por hambre". Cuando en marzo del 43, establecido el sitio de Montevideo, la flota de guerra de Rosas cercó la salida por mar, el comodoro Purvis, al mando de los barcos de Inglaterra, desafió la vigencia de la resolución: "el gobierno de Su Majestad británica no reconoce a los nuevos pueblos de Sudamérica como potencias marítimas autorizadas para el ejercicio de tan alto e importante derecho como el bloqueo". En Londres, sin embargo, eran más cautelosos: lo desautorizaron. Inglaterra enfrentaba problemas políticos graves con Francia en Tahití, las costas del norte africano y España; la querella con Rosas se vio relegada por eso. Sólo relegada. En el 44, incidieron tres nuevos factores para precipitar un cambio radical:

—se multiplicó la presión de sectores de la burguesía (cuyos intereses, en cuanto prestamistas, inversores y abastecedores, estaban dañados por el nacionalismo de Rosas): en Liverpool y Manchester se clamaba por la intervención;

—se advirtió con temor la actitud expansiva de EE.UU. (amenazas de Polk y de sus partidarios contra la integridad mexicana y afanes de ocupar el Oregón), acercándose Londres a París ante la situación;

—se produjo el acuerdo sobre los problemas citados: en octubre del 44 Luis Felipe cruzaba el canal visitando a la reina Victoria.

Se cocinaba, ya, la intervención. A comienzos del 45, emisarios de Peel y Guizot (los jefes de gobierno) trazaron el plan: intervención naval (ocupando los ríos para "internacionalizar" el derecho de navegación), "estímulo a los auxiliares" (con libras y francos a los colorados y a los unitarios) y separación de Corrientes y del Entre Ríos. Invitaron también a Brasil, que declinó la participación, inseguro de su capacidad para enfrentar —en tierra— a las fuerzas de Rosas.

William Gore Ouseley y el barón Deffaudis fueron los dos agentes de la intervención. El rechazo de sus exigencias (levantamiento del cerco naval, retiro de las fuerzas aliadas argentinas sumadas con Oribe y apertura a la navegación del Paraná) estaba previsto por sus instruc-

ciones, fechadas en febrero del 45: "Los jefes de las escuadras inglesa y francesa cumplirán estos objetivos por la fuerza. Está de más decir que una vez formulada esta declaración, debe ser observada. El cese del bloqueo se obtendrá en el momento y sin dificultad ya que nada es más fácil para las escuadras combinadas que apresar los barcos argentinos (...) Desembarcará V. E. de los buques de Su Majestad la gente que le sea necesaria para ocupar la isla de Martín García o cualquier otro punto de que sea necesario tomar posesión temporal para dar eficacia a las operaciones".

Rosas, naturalmente, les cerró la puerta en las narices y les entregó sus pasaportes. En agosto, los interventores tomaron la escuadra de Brown. En setiembre, oficializaban el cerco naval mientras que respaldaban a José Garibaldi, que se apoderaba de Martín García. En noviembre, se aprestaron a forzar el paso por el Paraná.

La flota de guerra de los agresores era poderosa: 22 embarcaciones de combate, equipadas con 418 cañones y 800 soldados (90 barcos mercantes enfilaban atrás, llevando las mercaderías). El restaurador sólo pudo oponerles 6 barcos mercantes armados, equipados con 30 cañones de calibre ocho veces menor a los del enemigo. Hundió chatas, botes y lanchones en la llamada "vuelta de Obligado" (adonde el Paraná se angosta en un recodo) y las ligó con pesadas cadenas. Apostó en las barrancas a los hombres de Lucio Mansilla (soldado de la patria en Chacabuco; combatiente en Camacuá e Ituzaingó; jefe de nuestras fuerzas en Ombú), con el que se alistaba el teniente Facundo Quiroga, hijo del legendario caudillo.

El 20 de noviembre se entabló combate que sólo terminó cuando no le quedaban proyectiles a las baterías apostadas por los defensores. Cuatrocientos cadáveres quedaron allí. Los interventores fueron atacados otra vez sobre San Nicolás (Paso del Tonelero), lo que se repitió en San Lorenzo. Al retorno de la expedición —un revés económico enorme, porque no consiguieron colocar sus ventas en puertos correntinos ni tampoco en Asunción, al fin— Mansilla, que aguardaba en el Quebracho, los enfrenta de nuevo y les hunde siete embarcaciones. Los invasores retornaron a Montevideo "diezmados por el hambre, el fuego, el escorbuto y el desaliento", como dice Muñoz. A partir de lo cual ninguna embarcación de bandera enemiga se atrevió a repetir aquella "operación".

La victoria política de Rosas era clamorosa. San Martín, desterrado en Europa tras las maquinaciones de los unitarios, escribió alborozado: "Los interventores habrán visto que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que el de abrir la boca (...) esta contienda es, en mi opinión, de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de España" (dos años después, al hacer testamento, le dejará su sable victorioso a Juan Manuel de Rosas). Alberdi escribirá: "Hoy más que nunca es un orgullo ser argentino (...) los Esta-

dos Unidos, a pesar de su celebridad, no tienen hoy un hombre público mayor que Rosas''. Urquiza, que había vacilado en su fidelidad, se apresuró a escribir al general Mansilla: "Usted le ha enseñado a esa canalla europa de cuánto son capaces los americanos!''.

Los "vencedores'' sacaban las cuentas y se desalentaban: "muy pocos, en efecto, de los especuladores, han escapado sin graves pérdidas'' (información al parlamento inglés). Para colmo asomaban dos graves problemas: se agravaba la crisis por el Oregón (el almirante Seymour reclamaba el envío de las naves inglesas de guerra al Pacífico norte) y estallaba una sublevación en Irlanda. El 4 de marzo de 1846 se dictaban en Londres las nuevas instrucciones que Ouseley recibió: "tome las medidas que usted considere más indicadas para obtener el retiro inmediato e incondicionado de la escuadra bajo las órdenes del capitán Hotham''. Rosas los derrotaba por segunda vez.

Inglaterra pagó ese traspié. En el año siguiente a Obligado redujo sus exportaciones al Plata a la tercera parte del valor (de 600.000 libras esterlinas a 180.000). En cuanto a las exportaciones argentinas, enfilaban preferentemente, hacia Estados Unidos (y la suma de las exportaciones a Brasil, los EE.UU. y Cuba llegó a duplicar, en el 51, al tonelaje de las exportaciones con destino a los puertos ingleses). "Las exportaciones de Liverpool (puntualiza Cady) descendieron a la séptima parte del volumen normal''. Y la devaluación impulsada por Rosas los amenazaba con ver convertidos en pobres papeles sus títulos y bonos: "al final, todos los bienes de propiedad inglesa en Buenos Aires quedarían lisa y llanamente confiscados''. No faltaron, entonces, "pacifistas'' burgueses afanados en hallar caminos al entendimiento. Los nuevos gobernantes liberales (Palmerston y Rusell) los expresaron bien. Y Thomas Samuel Hood —un hombre de la Baring— fue su portavoz. Palmerston confesaba: "el bloqueo francés y británico del Plata ha sido ilegal desde el primer momento... nosotros no estábamos en guerra con Rosas y el bloqueo es un derecho de beligerancia''. No dejaba, por eso, de guardarse cartas en la manga. Mientras negociaba por medio de Hood una fórmula de avenimiento respetuosa de normas "legales'', desconfiaba de Francia y cursaba instrucciones expresas para que los ingleses tomaran Colonia si las fuerzas francesas ocupaban a Montevideo.

Así llegamos al 47. Es la fecha en que arriban al Plata otros dos emisarios: el barón de Howden y el conde Walewski (Alejandro Colonna, hijo de Bonaparte). Walewski fue "tocado'' por los intereses de Montevideo, ligados a los prestamistas y a los comerciantes franceses, como lo veremos después. Howden, que lo advirtió, procedió, como Hood, unilateralmente. Sin llegar a un acuerdo con Rosas ordenó a Thomas Hebert, comodoro de las fuerzas de Su Majestad, levantar el bloqueo sin más condición. Expresó al ordenarlo, que "los orientales de Montevideo no son en este momento agentes libres sino enteramente

dominados por una guarnición extranjera" (francesa), agregando que "el bloqueo ha venido a ser exclusivamente un modo de proveer con dinero, parte al gobierno de Montevideo y parte a ciertos individuos extranjeros, en detrimento continuo del extenso y valioso comercio de Inglaterra en estas aguas". Inglaterra se cortaba sola, desligada de los intereses de Francia, predominantes en Montevideo. "El bloqueo es piratería". explicaba Palmerston ante el requerimiento francés. Urquiza, por entonces, derrotaba una nueva revuelta unitaria por el litoral (victoria de Vences, contra los Madariaga).

La revolución que estallara en París en febrero del 48 (con participación socialista) derribando al monarca y llevando al poder, junto a los liberales, a fuerzas populares, alteró el panorama en provecho de Rosas, de nuevo. La agitación "cartista" en Inglaterra (logrando reducir la jornada fabril) también contribuyó para desalentar al intervencionismo. Otros dos emisarios (Gore y Gros, en representación de Londres y París), debieron admitir la fortaleza del régimen rosista. Según dice Puiggrós, el gobierno revolucionario formado en París ordenó levantar el bloqueo "sucediese lo que sucediese". Francia capitulaba, detrás de los ingleses.

Los conservadores ingleses pusieron el grito en el cielo. En el "Times" calificaban a Rosas de "salvaje" y añoraban la etapa de la intervención: "Nada de efectivo podrá hacerse con Buenos Aires, a no tomarse posesión completa del puerto y la ciudad y convertir a éstos en establecimientos permanentes de la Gran Bretaña". Disraeli tronaba con sus anatemas contra Rosas y los que negociaban con él. "La Confederación Argentina es una colonia de segundo orden recién rebelada de España (pero) ha hecho el ultraje a Inglaterra de no recibir su ministro y rechazarlo luego con insultos". Aludía a las "amansadoras" esperas de sir Henry Southern que con una carta de Victoria "para su grande y buen amigo Rosas" (!) aguardaba en Palermo que Rosas se dignara recibirlo.

El 24 de noviembre del 49 firmaron el acuerdo por el que consagraban la victoria política de Rosas:

—"el gobierno de Su Majestad británica se obliga... a evacuar definitivamente la isla Martín García, a devolver los buques de guerra argentinos que están en su posesión... y a saludar el pabellón de la Confederación Argentina..."

—"las divisiones auxiliares argentinas existentes en el Estado Oriental repasarán el Uruguay cuando el gobierno francés desarme a la legión extranjera... abandone su posición hostil y celebre un tratado de paz";

—"el gobierno de S.M.B. reconoce ser la navegación del río Paraná una navegación interior de la Confederación Argentina y sujeta solamente a sus leyes y reglamentos, lo mismo que la del río Uruguay, en común con el Estado Oriental".

Y por si fuera poco Francia se sumó. El 21 de agosto de 1850 Lepredour firmaba en Buenos Aires su capitulación (ratificada después con Oribe, el 13 de setiembre). Una repetición del acuerdo firmado por Londres con el agregado de reconocer al poder oribista.

Los socialistas, barridos del poder por Cavaignac, impulsaron en Francia esa resolución y aplaudieron el triunfo de Rosas. Decía Laurent de L'Ardeche, en el parlamento de París: "La guerra de los gauchos del Plata contra los unitarios refugiados en Montevideo, representa en el fondo la lucha del trabajo indígena contra el capital y el monopolio extranjeros y encierra, para los federales, una doble cuestión de nacionalidad y de socialismo... Si hay algo que ofrezca en el Plata analogía con las doctrinas de los revolucionarios que levantaron nuestras barricadas, son las doctrinas y los actos del general Rosas; el general Rosas realiza en el Plata lo que se habría realizado en Francia de no ser derrotada la revolución".

Hagamos, aquí una digresión más.

Las intervenciones del imperialismo contradecían, bien abiertamente las declaraciones de EE.UU. sobre la intromisión "extracontinental", formuladas por Monroe (1823) y repetidas por sus sucesores. Importa pues, medir la actitud asumida por tales "garantes" de la soberanía de "nuestros continentes" (las dos Américas, como especificaba esa declaración).

Podrá probarse que fue desleal, y caracterizada por la "triplicidad".

Por un lado, de modo formal, condenaron a la intervención. Las instrucciones cursadas a Harris (emisario de Washington en Buenos Aires) eran muy elocuentes: "Deberá esforzarse de continuo, tanto en público como en privado, en expresar a ese gobierno y al pueblo cuán profundamente nos interesamos por su triunfo (...) si bien las circunstancias reinantes impiden a los Estados Unidos tomar parte a favor de la parte agraviada, deseamos cordialmente que la República Argentina tenga éxito en su lucha contra la intervención" (las "circunstancias" eran evidentes: los EE.UU. se aprestaban a invadir el suelo mexicano y buscaban marginar a Londres y París en tal operación).

Por otro lado, y en contradicción (pero no, por cierto, con sus intereses), aseguraban a los interventores su "neutralidad".

Por otro, finalmente, le sumaban sus fuerzas a los agresores. "Buques con la bandera neutral de los Estados Unidos conducen provisiones a esta ciudad sitiada... y han sido también conductores de tropas y de municiones de guerra desde este puerto de Montevideo a Maldonado y a Santa Lucía", documentaba Hamilton, escribiéndole a Suárez en Montevideo.

11. LA GUERRA GRANDE

"Aquí ya no hay más que extranjeros".

Ubicamos a Rosas, el protagonista. Definimos sus orientaciones. Revisamos los juicios adversos. Detallamos su confrontación con el imperialismo agresor. Podemos ya volver a retomar el orden de la narración de la vida política del Uruguay, en torno de los años de la "guerra grande". Sin poder olvidar que se anudan, allí, nuestra guerra civil (colorados y blancos), una guerra civil argentina (unitarios contra federales), las alianzas de los contendores, recíprocamente, más la intromisión de intereses ajenos (Inglaterra, Francia y el Brasil).

Ordenemos, primero, los hechos, cronológicamente.

En octubre del año 37 se repite, por segunda vez, la insurrección del general Rivera, contando con apoyo de los unitarios y del propio gobierno del Brasil. Samuel Hood, el emisario inglés, lo llegó a denunciar: "Que es de pública notoriedad, y a mi entender fuera de toda duda o negación, que la mayor parte de los adictos al general Rivera estuvieron, y en lo íntimo de mi convicción creo que todavía lo están, al servicio militar y actual paga del Imperial gobierno del Brasil". Formularon igual acusación d'Hermillon (el cónsul de Cerdeña), Baradere (del gobierno francés), Souza Leite (emisario del gobierno portugués), Patrick (de EE.UU) y Tornquinst (representante de los estados libres alemanes). Como lo vimos ya, Rivera consiguió —con la formulación del pacto de Cangüé— el apoyo de los separatistas de Piratinhy. Y volcó finalmente a favor a la flota de guerra de Francia, en abierto conflicto contra Buenos Aires.

Esa correlación de fuerzas desigual decide la derrota de Manuel Oribe. En octubre del año 38 se le derrocó. Documentamos, antes, el papel que jugaron los barcos franceses en la definición de la guerra civil. Por eso la renuncia de Manuel Oribe —"arrancada por la fuerza y nula", como lo declaró— carece de valor. Embarcó a Buenos Aires y formó su gobierno "extraterritorial". Se le reconoció rango presidencial por el Restaurador que no se vio con él hasta los funerales "de cabo de

mes'' de Encarnación Ezcurra, su mujer. Aclaremos la fecha, detalladamente: el 20 de octubre se muere la mujer de Rosas (retirado, con ella, a su apartada finca de Palermo); el 24 derriban a Oribe; el 25 llegó a Buenos Aires (Rosas no regresó todavía); el 20 de noviembre se vieron, recién. Suficiente para desmentir esa vieja versión de que Rosas dictó la "protesta'' de Oribe para generar un conflicto mayor.

Rivera, mientras tanto, entró a Montevideo en la primer semana de noviembre. Se desligó en seguida de su compromiso con los insurrectos del sur del Brasil. Se quiso desligar también del compromiso con el almirante francés y gestionó con Rosas un acercamiento. Pero no era posible jugar con la flota francesa apostada en las aguas de Montevideo ni se consiguió que Rosas le diera la espalda al gobierno formado por el oribismo.

En febrero del año 39, empujado por los intereses que lo llevaron antes al poder, Rivera declaró la guerra contra Rosas (subrayemos: la declaró el gobierno de Montevideo, lo que basta para desmentir la versión que atribuye la causa de la guerra al afán expansivo de Rosas). "La declaración fue firmada mientras el caudillo (Rivera) asistía a un baile de máscaras en Durazno disfrazado de moro y con tan incongruente atuendo, ante el asombro de Roger y Lamas, suscribió el trascendente documento''. El relato es de Trías y visualiza bien la payasada: Rivera no pensaba movilizar fuerzas arriesgando el poder conseguido recién y descontaba que Rosas no las movería, ocupado por el levantamiento de las fuerzas unitarias en el litoral. Después de Pago Largo (la victoria de Pascual Echagüe con sus federales) asomó la guerra por acá. Irrumpieron Echagüe y Lavalleja (compañero de Oribe, de nuevo), por el litoral uruguayo. Después de algunos meses con escaramuzas, Rivera los batió y los expulsó: victoria de Cagancha, en diciembre del año 39. Fue el último combate dirimido enteramente a lanza y Rivera lució, ya por última vez, sus legendarias dotes de lancero. Los vencedores derrocharon su ferocidad: "sólo el Presidente hizo prisioneros'', reconoció la prensa gubernista.

Con el año 40 y el acuerdo entre Arana y Mackau, pareció confirmada la paz. En el 41, las fuerzas federales, al comando de Manuel Oribe, liquidaron los últimos restos insurrectos de los unitarios. Omitimos aquí los detalles para no detenernos en analizar los problemas internos argentinos, salvo en su relación con nuestra "guerra grande''. Pero destaquemos la muerte de Lavalle, refugiado en Jujuy después de su derrota en Cerro Colorado (Famaillá), a unos veinte kilómetros de Tucumán. "Viendo un hombre en la vereda con pantalón celeste, la partida (federal) atropelló la puerta, en el momento en que la cerraban y los soldados descargaron tres tiros (...) uno de los proyectiles, pasando el tablero de la puerta, fue directamente a herir al general Lavalle en la garganta, quedando muerto en el sitio''. Así lo cuenta Zinny. Después se lo llevaron sus amigos con rumbo a la frontera y Oribe infor-

mó a Buenos Aires: "Por fin no llegaron a Bolivia del salvaje unitario Lavalle más que los huesos y el pellejo de la cara. Lo demás quedó para pasto de los cóndores, como lo merecía".

Renació la revuelta, por el litoral, en los primeros meses del 42 (expresaba la contradicción entre Rosas y los ganaderos no saladeristas y partidarios del libre comercio y de la libertad en la navegación del Paraná). Rivera se ligó a los insurrectos y cruzó con sus tropas para comandar la nueva rebelión. Oribe lo venció en Arroyo Grande, en diciembre del 42. Una guerra civil argentina, dirimida entre los dos partidos argentinos, dentro del territorio argentino, se dilucidaba en la confrontación de fuerzas integradas por tropas uruguayas. Y los dos comandantes eran los "presidentes" de nuestro país.

Derrotado Rivera, que apenas si pudo fugar, regresó a refugiarse en los muros de Montevideo. El 16 de febrero del 43 asomaban, en su persecución, las fuerzas oribistas. Acampaban en torno del Cerrito y comenzaba el sitio de Montevideo. Terminaba, a la vez, el mandato "legal" de Rivera. Se prorrogó el poder a Joaquín Suárez, presidente del senado riverista, indefinidamente. Partidas oribistas, entre tanto, llevaban su control al interior.

Duró casi una década entera el cerco que pusieron las fuerzas de Oribe sobre la capital (de febrero del 43 hasta octubre del 51). Se alistaban, del lado del Cerrito, 6.000 hombres de Oribe y 7.000 aliados federales (11.000 efectivos oribistas se desparramaban en el interior). Defendieron a Montevideo menos de 4.000 combatientes, entre los cuales se contabilizaban 2.500 soldados franceses al mando de Thiebaut, 500 italianos, (los de Garibaldi). 500 unitarios argentinos bajo el mando del general Paz (el jefe superior de "la Defensa") y apenas 400 orientales. Brent, el cónsul del gobierno de EE.UU. calculaba en 200 a los orientales. Sinimbú, agente del Brasil, calculaba solamente 100. A tales efectos se debe sumar el apoyo naval de 50 embarcaciones extranjeras, con 600 cañones y 6.000 soldados prestos a defender a la ciudad. Lepredour, el agente francés, se animó a confesar: "Montevideo no tiene ningún medio (propio) de resistencia y sin el temor que los extranjeros ejercen sobre sus habitantes... éstos habrían abierto las puertas de la ciudad y llamado a Oribe". Debieron, sin embargo, soportar un sitio prolongado. Anticipemos, ya, que los años de guerra siguientes fueron interrumpidos por largos intervalos. "Hace 384 días que no se escucha un tiro", escribió, por ejemplo, Manuel Herrera y Obes en el 48. Y en el 51, al entrar a la fase final, se reanudan combates "suspendidos por más de dos años seguidos". Domingo González, nos deja el relato de las relaciones que se establecían pacíficamente "para que pudieran celebrarse entrevistas de familia, ya trasladándose sus miembros de un punto a otro por una pequeña temporada, ya citándose para un día y punto fijo en la linea de fuego y campo neutral (...) tanto en estas entrevistas de familia... como en las que tenían lugar haciéndose la travesía

por el Buceo... se autorizaba al portador, con más o menos largueza, para llevar consigo gallinas, pollos, patos, huevos, queso, manteca y otros artículos inapreciables en la ciudad sitiada, si aquel procedía del campo sitiador; así como dulces de confitería, algunas telas en cantidad limitada, libros y cualquier curiosidad, cuando el favorecido procedía de la Capital''. Testimonio que cobra valor para medir la historia de la "heroicidad'' en la defensa de Montevideo, contrastada a la "ferocidad'' oribista. En el 45, recién, recomienza la guerra con las operaciones de Rivera y Garibaldi por el litoral. Urquiza es vencedor en India Muerta y Rivera se debe escapar a Brasil. En el 46, al regresar Rivera del Brasil, se producen de nuevo combates que son nuevas derrotas para los riveristas.

Conviene, en adelante, separar los dos campos y analizar en forma paralela los acontecimientos.

En el Cerrito, junto con Oribe, se agruparon los hombres que se identificaban con la tradición nacional (Lavalleja y Latorre, por ejemplo, y todos los "treinta y tres'' menos uno). Guido pudo escribir a San Martín: "Si Oribe triunfa, no será tan ancho el campo para los especuladores ingleses, ni habrá la docilidad de sus adversarios a la política de Inglaterra. Cualquier otro pretexto, general, es historia de viejas, o como decían nuestros abuelos, sólo engañabobos...'' Igual independencia la que supo guardar el gobierno de Oribe respecto a los aliados federales. "Los argentinos, nuestros auxiliares, para nada intervienen en los negocios del Estado. Comprendo fácilmente que para los que hemos visto el carácter de la emigración argentina en Montevideo, es natural juzgar por ellos de la conducta de éstos, y por eso es que le digo que sólo viéndolos se puede comprender hasta dónde llevan su moderación y el conocimiento de su posición de meros auxiliares. Ni una opinión siquiera se oye jamás verter a jefes y oficiales con relación a nuestros negocios'' (testimonio de Eduardo Acevedo, en carta a Juanicó).

Casi a medio camino entre la comandancia (fijada en el Cerrito) y el puerto del Buceo, por donde se ligaba con las fuerzas navales porteñas, se fue constituyendo, en torno del poblado del Cardal, lo que será la "Villa de la Restauración'' o pueblo de "la Unión'': capital oribista mientras dure la guerra civil. Crecerá en derredor del cruce de la "calle del Comercio'' (por donde se llegaba del Buceo) y del viejo "Camino a Maldonado'' que habrá de ser llamado "de la Restauración'' y que se llamará "del general Artigas'' por decreto de mayo del 49, con la firma de Oribe y de Berro; la victoria de los colorados le cambiará su nombre por "8 de octubre'' después. De Oribe y de Villademoros habían sido las firmas del decreto de octubre del 46, aboliendo, por fin, la esclavitud (el decreto de Suárez adentro de Montevideo, en el 42, fue sólo un precedente mezquino y parcial: obligó a pagar la libertad con el enrolamiento y redujo, por eso, el alcance de su aplicación).

Con respecto al régimen de la Defensa podemos subrayar la inje-

rencia abusiva de los extranjeros, el peso poderoso de la burguesía que pudo especular con el conflicto y su prolongación, la gestión financiera infeliz y la ruptura interna del coloradismo provocada por la intransigencia del grupo burgués.

Respecto a lo primero se pueden recordar las palabras amargas de doña Bernardina, la mujer de Rivera, escribiendo al caudillo desde Montevideo: "Aquí ya no hay más que extranjeros, porque del país sólo es lo que está contigo, y qué podemos esperar de esta gente que no siendo de aquí nada le importa sino sus bolsillos?" Las cifras certifican esa estimación; 20.000 extranjeros y 11.000 orientales habitaban a la capital.

La tajada mejor la sacaban los anglofranceses. Y participaban, por eso, en la defensa militar de Suárez. 500 marinos franceses tuvieron por encargo defender al puerto cuando se declaró la guerra contra Rosas (y aportaron, de parte de Leblanc, 100.000 pesos de contribución). 400 infantes bajaron de la flota francesa del Plata para tomar lugar junto a las baterías de Montevideo, en el 48. Amén de la legión formada por Thiebaut. Y de las tropas inglesas de Benstead, sumadas al ejército sitiado.

Por eso las palabras de Thiers en París: "Esos dos millones han sido gastados en Montevideo... para esa política de intervención que consistía en ganar aliados en Montevideo. Es preciso que sepáis que esa *república de Montevideo* ha sido impulsada a la guerra por Francia (...) el bloqueo (de Buenos Aires) no ha sido posible sino porque Montevideo nos ha suministrado medios de refresco para nuestros buques, víveres, abrigo, reparo, en una palabra: lo que se llama una base de operaciones". Preguntará después: "Sabéis quiénes gobiernan en Montevideo? Jóvenes muy distinguidos, educados a la francesa (...) Sabéis lo que es Montevideo? Es una ciudad francesa de cultura francesa, de gente francesa (...)". Y luego admitirá: "es un gobierno formado por nosotros y para nosotros (...) nuestra colonia de Montevideo" (!)

No menos dependiente fue la relación con el gobierno inglés. "Habíase difundido en Montevideo la idea de que debía invitarse al gobierno de Su Majestad Británica a asumir el protectorado del país. El cónsul Hood había sido entrevistado a tal efecto en repetidas ocasiones a principios del 41", como consta en la correspondencia que elevó Mendeville y Cady reproduce. Francisco Muñoz y Francisco Vidal fueron los portavoces de la proposición. Londres eludió comprometerse para no complicar su política de acercamiento al régimen de Rosas. Resolvió "no alentar ni desalentar ningún plan semejante". Producido, con Aberdeen y Peel, el retorno al poder de los conservadores, repitió su actitud obsecuente el gobierno de Montevideo. Designó como cónsul en Londres a un súbdito inglés (O'Brien), que pudo recoger en Liver-

pool y Manchester, Leeds, Halifax, Yorkshire y otros centros burgueses apoyo a sus reclamos intervencionistas. Mil quinientos industriales y banqueros respaldaron por escrito su gestión belicista. El regreso del liberalismo al poder con Palmerston y Russell lo dejó de lado. Palmerston le contesta el 13 de noviembre del 48 que según evidencia Montevideo ha caído en las manos de "un puñado vulgar de aventureros". Por esa fecha Suárez recibía, del gobierno francés, un subsidio mensual de 40.000 pesos.

Los garibaldinos eran mercenarios. Su jefe los describe en sus "Memorias": "una verdadera chusma cosmopolita... que había formado el contingente de los filibusteros y de los traficantes de negros". "Bandidos italianos", los llamaba el comandante Page. "Condottieri", les llamaba la prensa después de los ataques y pillajes en Colonia y en Gualeguaychú. "Gringos bajos y ruines", les llamaron, por eso, en el "British Packet". "Aventureros", admitió Sarmiento ("Garibaldi no vino a enseñarnos a ser libres ni a darnos un ejemplo de heroísmo..."). Los contrataba en puertos italianos —Génova, sobre todo— el cónsul del gobierno colorado. En el 49 gestionó un acuerdo con el jefe de la policía del reino de Cerdeña para "facilitar la emigración" (la "república de Montevideo" pagaría "las dos terceras partes de los gastos"). No faltaron tampoco los americanos (el Comodoro Coe y los mismos que desembarcaron en el 43 según informaciones de Mandeville a Londres).

En cuanto a los negocios de la burguesía (al amparo de las necesidades del abastecimiento y de la situación de asfixia financiera del gobierno de Montevideo), se puede recordar que por ley promulgada en octubre del 43 se autorizó al Poder Ejecutivo "a empeñar, hipotecar y vender cualquier propiedad pública existente... sin restricción y sin limitación". Las rentas aduaneras fueron a dar a manos de una sociedad (40 accionistas de nacionalidad oriental y otros 140 extranjeros), que anticipó al gobierno las recaudaciones, calculadas en cifras del año vencido y luego recogió, aprovechando la especulación, un valor cinco veces mayor al que debió invertir. "Es una gavilla de hombres prostituídos miserablemente al extranjero", calificaba Guido. Y Mackinnon, un oficial inglés de los interventores del 45, definió sus propósitos con claridad: "Estaban cobrando a precios muy excesivos todo lo necesario para la provisión de los buques ingleses y sus tripulaciones consideraban que sería una mancha para el honor de Inglaterra el terminar la contienda sin que fuera depuesto el detestable Rosas" (y agregó que "las autoridades locales están dispuestas a expedir proclamas o a hacer leyes o no hacerlas, a hipotecar rentas o llevar a cabo cualquier resolución que les fuera dictada" por el grupo burgués asociado a intereses de Londres y París).

Lafone puede ser el ejemplo mayor. Banquero y comerciante, obtuvo del gobierno de Montevideo "algunas" concesiones: las rentas aduaneras hasta el 48, la Plaza Matriz (para la construcción de un paseo y de los edificios de sus cuatro esquinas), importantes terrenos fiscales para "colonizar". el monopolio de toda la pesca en la isla de Lobos, la isla de Gorriti, la península de Punta del Este y el monopolio de la navegación del Uruguay. Era "dueño de media ciudad y algo más", como lo define Magariños. Y era hostil, por supuesto, a cualquier tratativa de paz. Encontraba voceros en medios oficiales. "El mantenimiento del bloqueo... es una de las condiciones de nuestra existencia y, levantarlo, disminuyendo enormemente nuestros medios y recursos, comprometería muy peligrosamente nuestra conservación" (contestación a Howden de los hombres del gobierno de Montevideo).

Engrosaba, por eso, la lista de los negociados.

Lamas, por ejemplo, informa los empréstitos logrados con esta confesión: "Finalmente el contrato se firma, recibiendo el gobierno de la Defensa 50 mil duros pero obligándose por un millón con la garantía de todos sus bienes... Ahí va el contrato, malo, malísimo, pero no pudo hacerse más y, esto mismo, es tenido aquí por un milagro. Ya comprenderá usted que estas transacciones no pueden publicarse".

Préstamos, subsidios y negocios que se tradujeron en humillaciones. Manuel Herrera, canciller de Suárez, debió admitir que Rosas "nos venga con esas poderosas naciones que son tan cobardemente guapas con los débiles". Melchor Pacheco, ministro de Guerra, reprochó la conducta de un cónsul francés y tuvo que tragarse esta respuesta: "A Francia nadie le da un subsidio".

Esas humillaciones motivaron, también, escozores y desinteligencias en el seno del coloradismo.

Barreiro, Bustamante, Martínez y Flores buscaron, con Rivera, algún avenimiento con el oribismo que le pusiera término a la guerra. Manuel Herrera y Obes, Lamas, Santiago Vázquez, Melchor Pacheco y Batlle estuvieron en la intransigencia, sostenidos por los intereses de la burguesía.

En febrero del 46 (apartado Rivera al Brasil después de su derrota en India Muerta producida en el 45), el sector oligarca decide asaltar el poder. Con acuerdo de Suárez disolvieron la legislatura y digitaron a dos organismos (la Asamblea de Notables y el Consejo de Estado, consultivos) para gobernar. Buscando alejar al caudillo, le dan una misión en Paraguay. A su paso por Montevideo (es en el mes de abril), promueve la revuelta de sus partidarios y ocupa el poder otra vez. Los "doctores" buscaron refugio en casa del agente de Su Majestad. Ouseley escribió: "tengo al gobierno en la buhardilla". Derrotas riveristas van a permitirles —en agosto del 47— volver al poder. Ri-

vera será deportado al Brasil, internado fronteras adentro. Pacheco, emisario en París —a donde aumentan las dificultades— inventará la historia de "La Nueva Troya", relatando las heroicidades "homéricas" de la defensa y pagará la firma de Alejandro Dumas para dar difusión al relato ("me fue dictada", confesará Dumas, después). Cuando la derecha consiga aplastar en París a la revolución, ofertará mandar los presos políticos como "voluntarios" a Montevideo. Herrera se asustó: "Si no nos podemos entender con los 2.500 legionarios ¿qué sería si viniesen aquí los comunistas?".

Muy negras asomaban las posibilidades para los colorados hacia 1850. Las hondas divisiones interiores se van a reflejar y dramáticamente, en los años siguientes. Pero la derrota se va a transformar en victoria, de la mano de nuevos aliados.

12. LA VICTORIA DEL COLORADISMO

"Las señoras... tenían que cubrirse la vista".

"Buenos Aires sigue en un pie de prosperidad admirable... Su país (el de Rosas) prospera, su poder se afirma cada día". Así lo confesó Manuel Herrera y Obes, canciller del gobierno de los colorados, hacia mayo de 1849. La capitulación de Londres y París frente al Restaurador (en noviembre de 1849 y agosto de 1850, respectivamente), agravó las angustias de la camarilla de Montevideo. "Si no fuera por los 40 mil pesos del subsidio (francés), yo le diría a usted que el diablo nos llevaba", comunicaba el canciller a Lamas.

Pero los aguardaba la victoria. Herrera, justamente, pergeñó los acuerdos que precipitaron, entre fines del 51 y comienzos del 52, las derrotas de Oribe y de Rosas. Buscó nuevos aliados en el Paraguay (un totalitarismo popular en conflicto con Rosas por otras razones), en Brasil (un imperio esclavista) y en el jefe del ejército de Rosas (!): Justo José de Urquiza. Paraguay le dio respuestas elusivas y no participó del ataque final contra los blancos y los federales. Urquiza y el Brasil —cotizando y bien alto su precio— decidieron la guerra en provecho de Montevideo.

El "liberalismo" ganó así la partida de la mano de amigos poco liberales. En el nombre de la libertad, bajo la jefatura de quien fue comandante de Rosas (y por eso "enemigo de la libertad", según los portavoces de Montevideo) y llevando detrás los sumisos esclavos y los mercenarios de Pedro II.

Pasémosle revista a los nuevos amigos del coloradismo.

Primero, Paraguay. Se desligó de las demás provincias argentinas en la etapa inicial de la revolución y enfrentó y derrotó en Tacuarí (1811) al ejército porteño de Belgrano. Transitó su camino con autonomía, bajo la jefatura de Rodríguez de Francia. Policarpo Arocena, emisario de Rosas, pudo pactar con él un acuerdo amistoso; compromiso recíproco de neutralidad. Fue después de la muerte de Francia, recién cuando se proclamó la "independencia", en el 42, que se produjo

la desavenencia. El Restaurador no la reconoció, alegando oponerse a la fragmentación nacional (recordar que respecto a las cuatro provincias del Alto Perú y a la Banda Oriental, de las que se formaron Bolivia y Uruguay, medió el consentimiento de los correspondientes gobiernos argentinos; Paraguay procedía unilateralmente). El cerco de los ríos, al perjudicar al Paraguay, duplicó la razón del conflicto, a la vez. Por eso los acuerdos entre los correntinos rebeldes y el régimen de López, en el 44. Por eso los aprestos militares del 45 (cuando Artigas no quiso, como lo señalamos, servir al Paraguay contra don Juan Manuel). Por eso la repetición de choques militares a comienzos de 1850. Y por eso las expectativas del gobierno de Montevideo. Paraguay adhirió a los acuerdos firmados en mayo del 51. Mas no participó efectivamente.

Presentemos a Urquiza, el jefe del ejército rosista, gobernador —también— del Entre Ríos. Ha sido responsable de abusos de poder ("no sólo utilizaba a sus soldados en las faenas de sus campos, sino a los prisioneros de guerra"; y Southern comentaba: "es responsable por actos sanguinarios... más allá de cuanto se haya oído del gobierno de una raza blanca!"). Tiene cuatro millones de pesos. Es el dueño de media provincia y más de cien mil vacas. Es el primero en haber importado ejemplares ovinos de raza (y en eso estriba la contradicción principal entre sus intereses, revinculados al mercado comprador inglés, que multiplicaba sus necesidades de lana, y la orientación política de Rosas que lo conectaba, económicamente, con otros mercados compradores de carne salada). Es el primero en alambrar sus campos. Es el dueño de ingenios y obrajes. Es el protagonista, además, de grandes negociados ("En Entre Ríos no se podía exportar carnes saladas hasta que el gobernador no lo autorizaba y no lo hacía hasta que la producción de sus estancias no estaba enteramente colocada. Una flotilla, de su propiedad, llevaba a Montevideo las salazones y traía, al regresar, mercaderías europeas que luego reembarcaba a Buenos Aires como si fueran de cabos adentro. De ese modo eludía los impuestos aduaneros que gravaban a las mercaderías de ultramar", según lo dice Trías). Rosas quiso cortar esos "tráficos irregulares". Lo empujó hacia la "trenza" de Manuel Herrera, como lo veremos.

Por último, Brasil. Texeira de Macedo, su embajador en Londres, definió los alcances de la sujeción del gobierno de Río con estas palabras precisas: "El comercio entre los dos países es llevado a cabo con capital inglés, en barcos ingleses, por compañías inglesas. Los beneficios, el interés del capital, el pago de seguros, las comisiones y los dividendos, van a parar a bolsillos ingleses también". Su papel con respecto a la guerra librada en el Plata guardará relación naturalmente, con los intereses ingleses. Compaginados con sus apetitos en esta región.

Podemos, sin embargo, distinguir etapas diferentes:

— Al principio Brasil se movió con recelo respecto a Rivera, ligado a los separatistas de Piratinhy (se le propuso expresamente a Ro-

sar un pacto militar bilateral, contra los colorados y los unitarios; Rosas lo rechazó, exigiendo acordar con Oribe, gobernante legítimo del Uruguay, cualquier operación);

— El recelo creció con respecto al gobierno oribista, en torno a los problemas fronterizos, no bien se terminó la secesión en el sur del Brasil; como también crecía —paralelamente— la aprensión con respecto al poder del régimen de Rosas, Brasil participó de los aprestos intervencionistas del 45;

— No estuvo, sin embargo, con sus fuerzas, en la intervención; la crisis provocada por la resolución del Parlamento inglés ordenando apresar a los barcos negreros y ejecutar a su tripulación, llevándose a Jamaica los negros "liberados", apartó al gobierno del Brasil de la concertación (el Brasil "importaba" 50 mil esclavos anualmente garantizando así la baratura de su producción de café);

— Afirmado el poder de Rosas y de Oribe, debió modificar, de nuevo, su actitud; respaldó los actos abusivos de sus terratenientes que se llevaban ganados y gente (los negros liberados por el decreto del 46) para sus latifundios del sur del Brasil.

Esa provocación encontró la respuesta debida de los oribistas. Diego Lamas batió a las partidas infiltradas fronteras adentro, derrotadas en Itacumbú. Allí se generó la intervención. El barón de Mauá, banquero vinculado con los intereses ingleses (agente de Rothschild), ofreció los servicios a Melchor Pacheco concertando con él los detalles de la intromisión del Brasil: un crédito al gobierno de Montevideo por un millón y cuarto, el pago de sus deudas apremiantes (120 mil pesos) y armas y municiones por valor superior a los 300 mil.

El primero de mayo del 51 desconoció Entre Ríos a Juan Manuel de Rosas (encargado de "asuntos exteriores" de toda la nación). Antes del fin de mes, ajustó los acuerdos con Montevideo. En julio, las fuerzas urquicistas invadieron nuestro litoral. Al empezar setiembre, aparecieron fuerzas del Brasil.

El oribismo se desmoronó. Servando Gómez, Neira y Lucas Píriz desertaron con celeridad. Rosas no se movió, midiendo los alcances de la operación. El 8 de octubre del 51 capituló el gobierno del Cerrito acordando la paz con Urquiza.

Apresuradamente, el gobierno de Montevideo suscribió los acuerdos ligando al Brasil al ataque final contra Rosas. Andrés Lamas firmó los tratados del 12 de octubre del 51, a nombre del gobierno colorado. Los define Acevedo: "el Imperio se nos tragó parte de nuestro territorio, nos convirtió en tributarios de sus industrias y en carceleros de sus esclavos". No exageraba nada.

Son cinco compromisos:

— El de alianza "perpetua" sanciona el derecho de la interven-

ción militar con el fin de "salvar" al gobierno legal respectivo de sus enemigos.

— El de límites cede mil leguas cuadradas a favor del Brasil legitimando aquella usurpación (1801) que puso la frontera en el Cuareim; también cede a Brasil los territorios del "rincón de Artigas" y el derecho exclusivo a la navegación de las aguas limítrofes del Yaguarón y laguna Merín (tendremos "costas secas" en esa región); también cede a Brasil media legua del tramo final de dos cursos fluviales (el Cebollatí y el Tacuarí), con sus aguas y costas, dejándole a Brasil el derecho de levantar allí sus fortificaciones.

— El de prestación de socorros concede "subsidios" a Montevideo (140 mil patacones y nuevas entregas mensuales de 60 mil hasta que se termine la guerra), reconociendo Suárez una deuda de 300 mil y enajenando a favor del Brasil las rentas aduaneras como prenda de pago de la cantidad recibida.

— El de comercio liberó las aguas uruguayas a las embarcaciones del Brasil y derogó el impuesto que pagaban las ventas de ganado con rumbo al Brasil.

— El de extradición obligó a devolver a Brasil los esclavos fugados a nuestro país y agravó el compromiso admitiendo que los brasileños tuvieran esclavos en sus propiedades en el Uruguay.

A los nueve días se consuma el acuerdo entre Urquiza y Brasil. El entrerriano cobra 100 mil patacones, durante cuatro meses, por lo menos (son 50 millones de pesos) cuyo pago, con el interés, le corresponderá al gobierno que se forme al derribar a Rosas. Recibe, además, armas y municiones. Más dos regimientos, con el compromiso de apostar una fuerza mayor del Brasil, por si la necesita, en costas uruguayas. Urquiza, por su parte, se compromete a liberar de trabas la navegación en aguas argentinas. Y en caso de perder la partida con Rosas anticipa el acuerdo para la formación de la "República Mesopotámica", marginando las provincias litorales.

El 3 de febrero del 52, en campos de Caseros, se produjo la definición militar.

Urquiza congregó 22 mil soldados argentinos, 4 mil brasileños y 2 mil colorados bajo la conducción de César Díaz. Contaba con 45 cañones y una batería de cohetes "Congreve" ("con tubos de lanzamiento, plataformas y todo" apunta Real de Azúa). En Colonia aguardaba Caxias con otros 12 mil soldados del Brasil.

"No había enemigo que combatir y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha. Esta fue la batalla de Caseros para los de casa. La batalla para el público puede leerse en el boletín número 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre Mitre y yo", relatará Sarmiento, que fue boletinero de la coalición. Rosas abandonó ese campo de batalla después de ser herido. Redactó su renuncia, con lápiz: "Si más no he-

mos hecho en el sostén de nuestra independencia, de nuestra integridad y nuestro honor, es porque más no hemos podido''. Regresó a Buenos Aires y demandó el asilo al emisario inglés.

Anotemos aquí, tres precisiones más:

— El apoyo popular con que contaba Rosas (y que reconocieron hasta sus vencedores, como ya lo registramos antes), no encontró la manera de manifestarse: nadie lo articuló;

— Ninguna provincia se movilizó para salvar la causa federal (y debieron pesar, por supuesto, las limitaciones del federalismo de Rosas);

— Se movilizaron y, rápidamente, los imperialistas; alegaron la necesidad de proteger a sus connacionales y obtuvieron de Lucio Mansilla el permiso de desembarcar a sus tropas durante la jornada de Caseros: "el desembarco de las tropas se efectuó en la tarde del 3 y fueron distribuídas del modo siguiente: las inglesas ocuparon el Banco de la provincia y las francesas la Aduana... las casas de los agentes diplomáticos y de los cónsules fueron igualmente custodiadas por tropas extranjeras en los días 3, 4 y 5, hasta que se restableció el orden'' (la versión es de Zinny).

Siguió la represión. César Díaz confesará 200 fusilados. 500, según Hortelano (periodista español que estaba en Buenos Aires). 608, puntualiza Zinny. Sarmiento nos relata que "las señoras que iban en sus carruajes a Palermo tenían que cubrirse la vista al entrar en las calles de sauces por no ver los cadáveres colgados en ellos''.

Transcurren, así, dos semanas. Será recién el 20 de febrero que los vencedores desfilen por la capital. Al cuarto de siglo, con exactitud, de la dura derrota del Ituzaingó, las fuerzas imperiales entraban victoriosas a la capital argentina.

Urquiza no quiso pasar bajo el "arco de triunfo'' elevado y desfiló, apurado, algunas horas antes de lo convenido. Cuando los brasileños llegaron al lugar indicado para la revista, el desfile se había terminado. Debieron acallar los silbidos salidos de algunas esquinas ordenando cargar y apuntar.

Don Juan Manuel estaba navegando con rumbo a Inglaterra (estalló una caldera del barco y recién en abril arribó). Confiscaron sus bienes inmediatamente y lo acusaron de malversación. "Es un atentado'', reconoce Mitre. No le van a probar ningún cargo. No van a devolverle, tampoco, lo suyo.

Vivió un cuarto de siglo en Southampton entre la pobreza y los planes para retornar. Proyectará volver en un barco de vela que lo pueda dejar en el estrecho, al sur, para llegar después hasta Quequén y tomar el poder desde la Patagonia. Urquiza, alguna vez, le mandará mil libras esterlinas. Morirá, con 83 años, "por una inflamación a los pulmones'', el 14 de marzo del 77. Gobierna Avellaneda en Buenos Aires. Prohibió sus funerales, por decreto. Era mala palabra lo del "nacionalismo''.

Bastarán pocos datos para tipificar la política de los vencedores del 52.

Sarmiento les avisa a los exportadores de Hamburgo las nuevas condiciones: "La disminución de los derechos impuestos a las mercaderías y materiales comerciales son la facción más prominente de la revolución obrada en Buenos Aires... La plata y el oro sellado, cuya extracción estaba absolutamente prohibida, fueron, desde luego, declarados libres de todo derecho. Ciento treinta artículos cuya importación estaba igualmente prohibida antes de la caída de Rosas, fueron declarados de importación permitida''. Urquiza, por su parte, prometió a los ingleses "la apertura de los ríos a todas las naciones a fin de que los barcos puedan libremente remontarlos y cargar sin traba las mercaderías''. En julio del 53 se firmaba el acuerdo de libre comercio con Londres y en el nuevo texto constitucional (artículo 67) se promovía "la importación de capitales extranjeros'' en la economía. Empezaban, de nuevo, a pagarse las cuotas debidas a Baring. Recuperaba Londres la supremacía (70 barcos y 16 mil toneladas con destino a los puertos ingleses en el primer semestre del 54; 29 barcos y 8 mil toneladas a EE.UU.)

Además acabaron con la dictadura. Pero no se notó. A comienzos del 57 Sarmiento (escribiendo a Domingo de Oro) comentó los comicios así: "Fue tal el terror que sembramos entre toda esa gente con estos y otros medios, que triunfamos sin oposición... Los gauchos que se resistieron a votar por los candidatos del gobierno, fueron encarcelados, puestos en el cepo, enviados al ejército para que sirviesen en la frontera con los indios y muchos de ellos perdieron el rancho, sus escasos bienes y hasta su mujer''. Democráticamente.

13. DE CASEROS A QUINTEROS

"Date corte, Juan Antonio!"

Tras la paz, el intento de hallar una forma de conciliación. Lograda la victoria del 8 de octubre de 1851, prolongado el régimen de Suárez hasta las elecciones y ganado el apoyo total del Brasil, el coloradismo sabía —por sus duras querellas internas que lo debilitaban y por carecer de apoyo popular— que tenía que tejer, y trabajosamente, una fórmula de sucesión aceptada por el oribismo. El embajador del Brasil admitía: "El partido blanco es el más numeroso, sin discusión posible. Y la necesidad de transigir con él, resulta inevitable. Desgraciadamente, el partido que defendió a la plaza de Montevideo contra las fuerzas sumadas de Rosas y Oribe representa, si no contamos a los extranjeros, a una fracción apenas diminuta". Sarmiento lo advertía: "Navegan las aguas del Plata los genoveses como patrones y tripulantes de cabotaje; hacen el servicio de changadores robustos vascos y gallegos; las boticas, droguerías y tiendas de Montevideo, tiénenlas los italianos; franceses son la mayor parte de los comerciantes, modistas, tapiceros, doradores y peluqueros; ingleses dominan en el comercio de consignación y almacenes; alemanes, ingleses y franceses, en las artes manuales; los vascos... explotan por millares las canteras de piedra; los españoles ocupan la plaza de revendedores de los comestibles; los italianos cultivan la tierra... los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han extendido en torno de Montevideo y cultivan cereales... No son argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo; son los europeos que han tomado posesión de una punta del suelo americano". Y no eran electores, por supuesto.

Garzón concitaba las expectativas por su relevancia (combatió con Artigas desde adolescente y estuvo en la jornada de Las Piedras; se alistó en la campaña de Chile y estuvo en Maipú y Chacabuco; siguió con San Martín hacia Perú; acompañó a Bolívar en Pichincha y es-

tuvo junto a Sucre en Ayacucho; fue después el gestor de la victoria del Ituzaingó) que lo colocaba por encima de los partidismos. Por su vinculación personal con Oribe, de quien fue compañero en la guerra civil argentina desde 1840 hasta el 42. Por su vinculación con Urquiza y, por eso, al final, con la causa de los colorados.

Se produjo su muerte en diciembre del 51 ("por error del diagnóstico médico", se dictaminó) y se desvanecieron así, las posibilidades de los colorados. Inútiles fueron las precipitadas gestiones del embajador imperial, buscando sobornar legisladores. Un hombre "del Cerrito". Juan Francisco Giró, fue llevado al poder el 1º de marzo del 52, por 35 votos a favor y sólo 3 sufragios disidentes. El júbilo fue grande. Y la explosión intensa de nacionalismo. "Viva la República Oriental con sus territorios íntegros", exclaman, en la Unión, sus partidarios. Alusión evidente al despojo sufrido a favor del Brasil. El Brasil, a su vez, empezó a maquinar, de la mano de los colorados, la conjura contra el presidente.

Tres problemas, graves y ligados, desafiaban al nuevo gobierno: la división política imperante que nos amenazaba con la guerra, la supeditación ante Brasil y el estado ruinoso de la economía.

Las condiciones son desoladoras.

La renta nacional descendió de 40 millones a 4. A la inversa, la deuda creció, llegando a 25 millones de pesos. El ganado se redujo a la tercera parte y la tercera parte del stock, o más (un 36 %, según estimaciones), quedó en la condición de "ganados alzados". La población, también, disminuyó un 35 %.

"No se ve un solo animal en muchas leguas", documenta la prensa escribiendo sobre Maldonado. "La campaña se convirtió en un inmenso desierto", apuntaba Ordoñana. "Después de la derrota de India Muerta pasaron al Brasil 5.000 personas, entre madres, esposas y menores", registraba "El Constitucional". "En las 40 leguas (marinas) que separan la villa de Durazno de Montevideo, todo estaba desierto. La población, cazada de sus hogares, dispersada, diezmada, había desaparecido. La pradera, vacía de sus animales, que antes de la guerra obstruían el tránsito, era una soledad", nos describe Poucel. "Cielo y pasto es lo que encuentra el viajero entre Minas y Maldonado. No alcanzan a 400 entre vacunos y caballares los que he visto en esa faja de terreno de 16 leguas. Estancieros hay que se mantienen de charqui y arroz", escribió Bustamente. "Faltan hombres capaces de manejar el caballo y el lazo para apoderarse de un novillo en la pradera. Esta penuria llegó a veces a obligarnos a abatir una vaca de un tiro de fusil" (Poucel, vez). Y es el propio Giró que recorrió el país, quien se asombra desde Maldonado: "De Mataojo a las Minas es una serranía desierta de hombres y de ganados... Son más las taperas y las tunas que las poblaciones habitadas". "Hay pueblos como el de Soriano que sólo de Entre Ríos obtienen la carne", documentan las au-

toridades departamentales. Barrán y Nahum, relevando los datos precisos, calculan que los años de la guerra redujeron la cifra de vacunos de seis millones y medio a sólo dos y medio.

Anotemos, aquí, los esfuerzos del gobierno del Cerrito por evitar el daño cometido: exterminio de perros cimarrones, prohibición de exportar el ganado a Brasil, prohibición de faenar a las vacas en los saladeros protegiendo la procreación y exención de prestar servicio militar para los capataces de estancia a cargo de invernadas.

Tropezó, especialmente, con la intromisión del Brasil. Citemos, de nuevo, a Barrán y Nahum: "Los brasileños poseían en territorio uruguayo, pero sobre la frontera con Brasil, estancias que alcanzaban la enorme superficie de más de 1.600 leguas cuadradas, con una población bovina mínima de un millón de cabezas. Por lo tanto el Uruguay y, más precisamente la frontera, se convertía, en virtud de ese malhadado tratado (el del 51) en un campo de invernada, de engorde, de ganados uruguayos y brasileños, para la industria extranjera". Andrés Lamas lo reconocía, después de haber firmado esos tratados: "Los riograndenses se establecen sobre las fronteras, así es que ya ocupan casi todo el territorio fronterizo (...) es una ocupación paciente, perseverante, que nada interrumpe, que nada desalienta, ni las devastaciones de la guerra, ni los puñales del crimen que ella misma provoca; ha excluído en gran parte en toda esa rica y extensa porción del territorio oriental y, en algunos pedazos de ese territorio, ha excluido ya totalmente todos los elementos que constituyen la nacionalidad efectiva —la propiedad privada nacional— la población nacional, el idioma, las costumbres y las tradiciones nacionales".

Pasándolo en limpio: se nos empobrecía, se nos colonizaba y se nos dividía políticamente, sacando provecho de la división, al hallar eficaces colaboracionistas (como el mismo Lamas, por ejemplo).

Giró les dio respuestas positivas a los desafíos. Tímidas y "cortas", es verdad, pero avaladas por la buena fe y caracterizadas por el nacionalismo.

Intentó conseguir la unidad nacional, borrando divisiones partidistas. Tuvo arrestos de nacionalismo ante la prepotencia del Brasil. Y ensayó corregir desaciertos nacionalizando las rentas y poblando la zona desierta de nuestra frontera.

Los afanes políticos de conseguir, mediante la fusión de los partidos, respaldo nacional, se caracterizaron por la ingenuidad. Encargó el Ministerio de Guerra al jefe de las fuerzas coloradas (César Díaz) y la jefatura de la policía a Flores, también colorado. Selló, con ese gesto de conciliación, la suerte del gobierno derribado por Flores y Díaz.

Le dio publicidad a los cinco tratados del 51, remitiéndolos al Parlamento para que se les diera validez y pudo conseguir, resultando imposible anularlos, su rectificación. Se le quitó a Brasil la concesión

de las aguas y costas del Cebollatí y Tacuarí, anunciando a la vez "la esperanza de ulteriores modificaciones''.

Recuperó los bienes enajenados antes a los prestamistas y fundó poblaciones al norte: Artigas, Río Branco y Treinta y Tres. Buscaba contener el avance de los brasileños fronteras adentro de nuestro país.

El 17 de julio del 53 embarcó, para Europa, don Manuel Oribe. Precipitadamente, al otro día, se produjo "el motín de Pacheco'' (inspirado por él; ejecutado por Flores y Díaz), promoviendo un desorden armado y llevando al ejército a la insurrección. Se prolongó la crisis de julio a setiembre del 53. Giró, desbordado, abandonó el poder. Vacilaron los jefes golpistas y no se animaron a poner la cara sin el disimulo del "consentimiento'' de los otros sectores con peso. "Decoraron'' a Flores en un triunvirato con los dos generales ya septuagenarios: Rivera y Lavalleja. Al primero debieron mandarlo buscar a Brasil, poniéndole fin al destierro a que lo condenaron. Al segundo, heredero político del oribismo pero sin estatura política de jefe, lo convirtieron al coloradismo. Dejemos que Zum Felde lo comente: "Es un acto de claudicación senil... inspirado por los resentimientos políticos y la chochez; además está detrás de él doña Ana Monterroso (su mujer), picaneando sus ambiciones de gobierno ("Date corte, Juan Antonio.'')''.

Ficción que no duró. Lavalleja se muere a las pocas semanas, en octubre del 53 y Rivera se muere al volver de Brasil, en enero del 54. Flores pudo imponer su autoridad y lo eligen, en marzo, como "presidente''. Arribaron, entonces, para sostenerlo, cuatro mil soldados del Brasil. Invocaban el pacto del 51 que no recordaron para sostener a Giró.

Gobernó hasta setiembre del 55; apenas año y medio. Hipotecó las rentas otra vez y concertó mayores compromisos con los prestamistas (de nuevo el barón de Mauá). Decretó que quedaban "abiertos a los buques y al comercio de todas las naciones'' los ríos existentes en el Uruguay. No le bastó con eso para contener el voraz apetito de la camarilla gestada en su partido durante la Defensa. Los colorados "antirriveristas'' agruparon sus filas en contra de Flores, que heredaba el poder y prestigio como sucesor de Rivera. En julio del 55, Lamas rompe con él y quiere formular un esquema político nuevo: "Rompo pública y solemnemente esa divisa colorada... que no volverá a ser la mía jamás; no tomo, no, la divisa blanca, que no fue la mía, que no será la mía... ¿Qué es lo que divide hoy a un blanco de un colorado? Lo pregunto al más apasionado y el más apasionado no podrá mostarme una sola idea social, una sola idea moral, un solo pensamiento de gobierno con esa división''. Detrás de la ruptura, se alistaban las fuerzas más conservadoras. Y "conservadores'', justamente, se llamaron los dos generales (José María Muñoz, Lorenzo Batlle) alzados en agosto del 55. Derribaron a Flores. No pudieron, en cambio, sacar del

camino al Dr. Bustamante, un amigo político de Flores, que lo sucedió. Intentaron volver a asaltar el poder en noviembre del 55. Los derrotaron por segunda vez.

En esa convulsión se gestan los comicios del 56.

Se agrupan, por un lado, los sectores más conservadores y forman la Unión Liberal (Manuel Herrera, Lamas, Brito del Pino, Batlle, Muñoz, Juanicó). Levantan la candidatura del general Díaz.

Se liga, por otro, el acuerdo entre Flores y Oribe, que acaba de volver al Uruguay; el pacto de la Unión. Resignan los caudillos sus candidaturas y eligen a Pereira: un hombre vinculado con las tradiciones de la revolución y la Defensa.

Se borran las fronteras partidistas.

Gabriel Pereira ganó las elecciones, por 24 votos contra 9.

Fue severo para pretender imponer la "fusión", decretando pena de prisión para los que buscaban "resucitar los dos viejos partidos" y desterrando a sus opositores más intransigentes (como César Díaz y Juan Carlos Gómez).

Fue taimado para liberarse de la tutela de los oribistas.

Fue tajante para combatir a los sectores más conservadores del catolicismo (expulsión de la orden de los jesuitas por un incidente menor; ya veremos después, en otro capítulo, la razón del conflicto y su derivación).

Fue transigente para responder a exigencias de los extranjeros: le cedió territorios, de nuevo, a Brasil (enfrente de Rivera) y accedió a compensar a Inglaterra y a Francia los daños sufridos por súbditos anglofranceses durante la guerra provocada por la intervención de Inglaterra y de Francia (!), abonando una indemnización millonaria en desmedro de nuestro interés.

Fue drástico, por fin, en el dramático episodio de Quinteros.

Detallemos los hechos, para llegar, después, al desenlace.

El 12 de noviembre del 57 murió Manuel Oribe (a siglo y pico, ya, se le debe la revaloración histórica correspondiente; con pocas figuras han sido tan mezquinos los opositores).

En el centenario del fallecimiento, 12 de noviembre de 1957, se negó el Consejo de Gobierno a tributarle honores oficiales; los senadores colorados se quedaron sentados cuando se les propuso "ponerse de pie" para rememorar su figura; lo agraviaron (hoy lo siguen haciendo) en el diario de Batlle. "El Plata", portavoz oligarca del Partido que Oribe fundó, no se acordó siquiera en un renglón de la fecha que se conmemoraba.

Comienza, enseguida, la revuelta de los colorados y conservadores; hay otros colorados (Pereira, por ejemplo, o Anacleto Medina), que apoyan la fusión.

César Díaz es jefe de los insurrectos, embarcados desde Buenos Aires. En Montevideo, han atentado ya contra la vida del propio pre-

sidente, matando a su sobrino. El propio César Díaz fechaba en el Pintado, en enero del 58, la siguiente proclama rebelde, dirigida a los jefes correligionarios: "Es preciso que el Partido Colorado se levante como un solo hombre... Es preciso extirpar esa raza maldita (de blancos)... Es preciso que corra sangre, no haya lástima, no... Mano de fierro con esa canalla... Fusile usted a todo el que no quiera plegarse a nuestras ideas; a todo el que no quiera aceptar las tradiciones gloriosas de la Defensa... Yo acepto la responsabilidad de todo y para todo lo autorizo" (!)

Antes de la semana de tal manifiesto se tuvo que rendir, derrotado en el Paso de Quinteros por fuerzas gubernistas, al mando de Medina. Y las órdenes fueron tajantes: "deben ser inmediatamente fusilados cualesquiera que hayan sido las condiciones en que cayeron en su poder". Así fueron pasados por las armas aquellos insurrectos con su jefe (52, quizá).

Para la tradición partidista del coloradismo, el crimen se atribuye al Partido adversario. Rara inexactitud. Colorados, también, por sus antecedentes, eran el presidente y el ejecutor. Y junto con los hombres del otro partido buscaban conseguir una conciliación nacional. Por eso pudo Juan José de Herrera escribir esta frase dos meses después: "Los ejecutores de la justicia de Quinteros hemos sido nosotros, los que no somos blancos ni colorados; tan sólo nosotros, los que cerramos las puertas a los que adornados con un trapo colorado pretendieron sacar del sangriento osario de la lucha fratricida al esqueleto odioso de la guerra civil".

La pasión contribuyó más tarde a la deformación. Y llegarán los tiempos de revancha.

14. BERNARDO BERRO

"La civilización y el cristianismo en manos de poderes ambiciosos".

Bernardo Berro (un hombre del Cerrito, que sostuvo, junto con Oribe, la política de fusión) fue designado para suceder a Pereira como presidente, con 47 votos a favor entre 51, el 1º de marzo de 1860.

Orientó su gestión en el cauce del nacionalismo. Nacionalista para defender nuestra soberanía de las presiones y de los abusos. Nacionalista para fomentar el desarrollo de la economía, liberándola de las tutelas impuestas por Brasil. Nacionalista para combatir pretensiones de ciertos sectores del catolicismo, lesivas del derecho del estado. Nacionalista para concebir la fusión de las fuerzas políticas tras grandes objetivos nacionales de reconciliación.

En el primer aspecto, sus convicciones eran elocuentes y se destacaban por su lucidez. En el 47, polemizando con Manuel Herrera, denunció los abusos del imperialismo: "No bastan ya las concesiones generosas de que tanto provecho han sabido sacar los europeos, no satisfacen los lucros crecidos que por ellas han obtenido; se quiere más aún; que nuestro movimiento no sólo comercial e industrial, sino también social y político, que el ejercicio de nuestros derechos y las determinaciones de nuestra soberanía, que todo, en fin, esté subordinado a los intereses de la Europa". América, define, "es un vasto terreno de explotación". Y cuando la prensa liberal menciona a las potencias agresoras (Inglaterra y Francia, Berro las señala) como "civilizadas y cristianas", replica duramente: "Ignorarán, sobre todo, que la civilización y el cristianismo, en manos de poderes ambiciosos, se han convertido siempre en medios humanos de conquista y opresión? No, la India y el Africa, Oceanía y América les han de haber demostrado precisamente cómo se ha hecho servir a la civilización y al cristianismo de instrumentos de iniquidad y de vehículos de esclavitud".

Tropezó, en el poder, con aquellos abusos que había denunciado. No le faltó la fuerza para salir al cruce de tales abusos.

En mayo de 1860 (dos meses de gobierno), el Brasil reclamó airadamente y, con las consabidas amenazas, por supuesto, perjuicios sufridos por súbditos suyos en el Uruguay. Y Berro contestó: "Mi gobierno no admite en manera alguna que los agentes diplomáticos acreditados ante la República apoyen el extravío de sus connacionales respectivos, que en vez de hacer uso de sus acciones ante los tribunales, prefieran el camino de las reclamaciones diplomáticas". Cursó copias de tal advertencia a los representantes de Londres y París.

En julio de 1860 (cuatro meses, recién), resistió la presión de Inglaterra y de Francia, expresada por las amenazas de Lettson y de Maillefer, para sumar también los intereses al cobro de la deuda que se comprometió "por los daños de guerra" durante el gobierno anterior. Respondió con firmeza: "Si la República, por un acto espontáneo de que no podrán citarse dos ejemplos... ha dictado leyes reconociendo la obligación de indemnizar perjuicios sufridos por casos fortuitos... la espontaneidad de esas concesiones, que hasta ha podido calificarse de imprevisora, no será nunca justo convertirla en más onerosa".

Comparemos, aquí, semejante firmeza para defender a la soberanía y tan clara visión para calificar la actitud de los "civilizados" con los juicios formulados por la prensa de Montevideo (y la más liberal!) ante los invasores franceses del suelo mexicano: "La gran cuestión, la cuestión que subordina y domina a todas las otras, es la de la pacificación; porque con paz tendría ella (la República de México) industria y comercio y rentas y, con éstas, los medios de pagar la deuda exterior y la interior y los empleados, las tropas, etc... y cuando la intervención europea le ofrece hoy el auxiliar más propio, más oportuno, más expedito y eficaz para que, obrando en armonía y de consuno los plenipotenciarios europeos y el gobierno de México, se llevase a cabo en pocos días esa obra magna y anhelada y fructífera de pacificación, fortaleciendo y vigorizando en México el principio de autoridad, hoy escarnecido y aniquilado, mediante la creación de un verdadero gobierno digno de ese nombre, hay personas (Juárez) bastante imprudentes y bastante funestas para rechazar el bien de ese saludable influjo (...) Acoja ella (la República), como debe, con los brazos abiertos, a las potencias de Europa... Sólo así logrará salvarse de la ruina que le preparan sus falsos amigos, sus hijos espurios y desnaturalizados!" ("La Prensa Oriental", 6 de marzo del 62; la transcripción es larga pero sin desperdicio: sirve para medir la obsecuencia del liberalismo ante la prepotencia de afuera y para subrayar la dimensión de Berro).

La recuperación económica fue relevante: "el gobierno de Berro implicó una de las tentativas más serias para modernizar la estructura económica del Uruguay", puntualizan Barrán y Nahum.

Se expresó en diferentes aspectos:

—crecimiento del ganado vacuno (dos millones y medio de reses en el 52; cuatro millones en el 58; ocho millones en el 62);
—crecimiento del número de ovinos (ochocientos mil al hacerse la paz; dos millones y seiscientos mil en el 62);
—mejoramiento de la calidad, importando animales de raza (los primeros "Shorthorn" para los Hughes y los primeros "Hereford" para los Young);
—extensión de cultivos de trigo y maíz en el sur;
—aprobación de planes para la construcción de puentes y caminos;
—ensayos de procedimientos de conservación de carne;
—amortización, en oro, de más de dos millones de la deuda;
—reforma monetaria (creando la moneda nacional);
—normas de protección a los trabajadores del campo ("la preocupación de Berro por el paisano, con el que convivió como estanciero en el Manga, parece de autenticidad indiscutible, y ella se expresó principalmente ante los abusos, hasta entonces impunes, que representaba la conscripción para el ejército de presuntos vagos", señala Real de Azúa); se fijó un salario mínimo rural: ocho pesos por mes;
—poblamientos al norte, en zonas fronterizas con Brasil (Ceballos, por ejemplo —que será Rivera— en el 62);
—gravámenes impuestos a las exportaciones de ganado con rumbo a Brasil;
—defensa de las fuentes de trabajo y exigencia de que se respete (también por estancieros venidos de Brasil) la ley que suprimió la esclavitud; el 11 de noviembre del 61 le advirtió a los jefes fronterizos: "No procederá V.S. a registrar contrato alguno por servicio personal con colonos de color introducidos del Brasil, sin serle antes presentada por el colono la carta de libertad que justifique su condición de hombre libre. Los peones deberán ser traídos a la presencia de V.S. y les hará saber que en la República no hay esclavos, y que ellos como los demás habitantes son completamente libres, sin otra obligación para con su patrón que las que se imponen por el contrato. Los contratos entre los patrones y los peones no podrán exceder del plazo de seis años"; se agregó después esta disposición: "Se declaran nulos los contratos que se celebren fuera del territorio de la República con individuos de raza africana por servicio personal, para ser cumplidos dentro del estado";
—planes para fijar la población en la zona rural, distribuyendo estancias de 900 cuadras y chacras de 60 en todos los ejidos.

Debemos anotar, en forma lateral, tres datos económicos fundamentales:

a) se produjo la saturación de la tierra: "con pastos naturales en

los que también se apacenten ovinos no es posible suponer mucho más de medio vacuno por hectárea, y si la cifra se sobrepasa en demasía el campo se recarga con los efectos perjudiciales consiguientes en la alimentación del animal''; los ocho millones de reses saturaban, así, los 16 millones de hectáreas explotadas de la superficie: "el país había llegado a una cifra que no podía traspasar, a no ser que modificara, para modernizarlo, su régimen de explotación''; abundaba el ganado y es probable que faltara campo;

b) por eso, la tierra se valorizó: una hectárea valía 60 centésimos en el 55, pasaba los 2 pesos hacia 1860 y subió a 3.50 durante el gobierno de Berro;

c) los mercados externos eran insuficientes sin que su demanda pudiera absorber (salvo mientras duró la guerra de Crimea) nuestra producción, de donde deducen Barrán y Nahum: "el estanciero no podía tener intereses acuciantes en el mantenimiento del orden cuando se desperdiciaba anualmente la carne de por lo menos 400.000 vacunos''.

El conflicto con la jerarquía del catolicismo tuvo antecedentes durante el gobierno anterior (expulsión de la orden de los jesuitas) y se debe estudiar en el marco —de alcances internacionales— del enfrentamiento de la masonería, corriente liberal que naciera en el seno del catolicismo y fijara sus metas en el ejercicio de la beneficencia y de la caridad, contra sectores más conservadores definidos por sus relaciones de estricta obediencia con el pontificado.

El primer incidente, a comienzos del 61, empezó en San José. Muerto el doctor Jacobson (un alemán converso, bautizado y casado en el catolicismo, pero además masón) el párroco le niega sepultura, habiéndole negado sacramentos por no haber abjurado de su convicción. Igual intolerancia que la que motivara, en el 59, el incendio y pillaje de la sede de la masonería. En medio del escándalo correspondiente, discutiendo la prensa el derecho de los sacerdotes a negar la simple sepultura, se trasladan sus restos a Montevideo donde se les veló, congregando al sector liberal, en el domicilio de un senador masón. Llevados los restos a la catedral, para oficiar la misa de difuntos (contando con acuerdo del párroco Brid, vinculado a la masonería), Jacinto Vera —Vicario Apostólico de Montevideo, formado en las corrientes jesuitas— ordenó denegar, otra vez, la misa y el entierro. Se produjo un tumulto en el atrio de la Catedral y enterraron, igual, a Jacobson. Siguió la protesta de Vera al gobierno de Berro: "El cementerio público y católico ha sido escandalosamente violado contra las leyes canónicas, civiles y administrativas, inhumando en él el cuerpo de un individuo que ha muerto no sólo fuera del gremio de la iglesia, sino desconociendo sus leyes, hasta el último instante de su fallecimiento''. Replicó con dureza el gobierno: municipalizó los cementerios y prohibió "por razones de higiene'' la celebración de misas de difuntos "de cuerpo presente''. La polémica fue resonante ("porque todos lo saben —escribió José Pedro Ramírez— no

hay una sola familia en Montevideo que no cuente entre sus miembros un masón"). Fue "La Prensa Oriental", editorializando de María, la más enardecida. Relató los hechos ocurridos con estas palabras: "Exaltados los ánimos con una conducta tan imprudente cuanto inoportuna (la de Vera), varias voces prorrumpieron en gritos de ¡mueran los jesuítas! que nosotros no aprobamos, a pesar de que la culpa la tienen los que dieron motivo para ello". Y calificó: "un hecho altamente escandaloso, pura emanación del jesuitismo, que tanto lucha hoy día por asentar su inmunda planta entre nosotros". Con igual virulencia (y con más puntería), aludió a la actitud asumida en la iglesia con respecto a la muerte de Gabriel Pereira. "Por qué se admitió en la mañana de ese mismo día el cadáver del ex presidente, siendo como todo Montevideano lo sabe, masón y protector de la orden? Sería porque tenía mucho dinero y podía llenar las arcas de la iglesia?" Acompañaba dicha reflexión con versos elocuentes:

Pidió un masón pobre a un cura
confesión. Si será hereje!
Pues no haya aunque Dios se queje
confesión ni sepultura!
Un masón rico aquel día
fue enterrado con grandeza;
ya veo que es la pobreza
la verdadera herejía.

Con una circular, el Vicario prohibió, "al clero y a los fieles", seguir leyendo "La Prensa Oriental".

No estaba terminada la disputa y asomaban, atrás, dos aspectos: la puja entre los liberales y conservadores y el enfrentamiento de la jerarquía del catolicismo con la intromisión del poder estatal.

La segunda querella confrontaba a los sectores más "ultramontanos" (los más intransigentes en la dependencia de Roma) con los que reclamaban una fisonomía "nacional" en el catolicismo. Por algo de María, oponiéndose al retorno de los jesuítas, y enumerando diversas razones, estampó lo que sigue: "porque queremos tener clero nacional que emancipe a nuestra iglesia de intrusos".

En torno, justamente, del segundo punto se produjo la crisis mayor, en octubre del 61. Dispuso Vera la destitución del sacerdote Brid ("por un deber imprescindible de conciencia") en el curato de la catedral. Lo sustituyó con la designación de un ex seminarista jesuíta. Brid, senador gubernista a la vez, recusó la medida de monseñor Vera: habiendo sido nombrado con acuerdo gubernamental, de acuerdo a las disposiciones legales vigentes, esperaba el acuerdo gubernamental para ser subrogado en el cargo. Berro, naturalmente, se solidarizó. Ordenó reponer al párroco depuesto y no lo consiguió. Anuló el visto bueno conferido en el 59 a la designación del vicario y ordenó su destierro inme-

diato. En medio de la crisis, proyectó conceder validez exclusiva a la celebración civil del matrimonio y anular las normas que le daban al catolicismo protección oficial. Cuando el coloradismo se lance hacia la insurrección, dibujará la cruz en sus banderas (y hablará de "cruzada" por eso),para enrostrar a Berro su actitud.

En el campo político, por último, Bernardo Berro definió sus miras claramente: "Desde la solución de octubre de 1851 mi pensamiento fijo e invariable ha sido la unión (...) He creído siempre, como creo ahora, que esa unión no puede efectuarse bajo la bandera de ningún partido, que sólo puede tener lugar en el campo nacional, disueltos los partidos..." Se propuso "estorbar por toda clase de medios lícitos el enarbolamiento de las antiguas banderas de partido". Y aprobó, por decreto, esta resolución: "un hombre que salga a la calle pública llevando la bandera blanca o la bandera colorada y evocando los viejos odios y rencores, será considerado como un perturbador del sosiego público, puesto inmediatamente en prisión y sometido a los jueces competentes".

Pero no se confunda con autoritarismo ni abuso de poder.

Durante su gobierno, las listas gubernistas fueron derrotadas en las elecciones parciales. Y fue Bernardo Berro, justamente, quien buscó purificar el voto haciéndolo secreto: "está averiguado que el temor hace que muchos no voten o que voten contra su conciencia (...) quizá convenga aquí más que en parte ninguna la votación secreta para la mayor parte de las elecciones populares".

Pensaba diferente Manuel Herrera y Obes: "qué sería de la infeliz América si los principios de su orden social hubiesen de nacer del voto de las mayorías!" De todos modos, en Montevideo, con más de un centenar de miles de habitantes, apenas sufragaban 600 electores.

Algunos complotaban contra Berro. Ligaban el apoyo de Inglaterra y Brasil, la intransigencia del coloradismo y el acuerdo del catolicismo más conservador. Iban a desatar otra guerra civil.

15. FLORES Y EL CRIMEN CONTRA PARAGUAY

"Sin comer ni dormir, siempre sobre el fusil".

"Preciso era que la República se recogiese a llevar una vida propia, a separar sus cosas de las cosas extrañas; a nacionalizar, digamos así, su existencia y sus destinos". Propósitos de Berro, expuestos en mensaje al parlamento, en el 62. Faltaban pocos meses para la revuelta de Venancio Flores, de la mano de Mitre y del emperador del Brasil.

Usaba dos pretextos el coloradismo para justificar su actitud. Reprochaba el "abuso" de Berro al negarse a pagar los haberes de los militares golpistas emigrados hacia Buenos Aires después de la derrota de Quinteros (el gobierno aceptaba indultarlos y darles su grado, de nuevo, pero cuestionaba el reclamo de percibir los sueldos del tiempo transcurrido desde que se produjo aquella insurrección). Alegaba salir en defensa del catolicismo, "agraviado" por el presidente.

Comenzó la "cruzada" desde Buenos Aires, con la complicidad oficial (Gelly y Obes, ministro de Guerra, acudió a despedir al caudillo rebelde, que sin disimulo embarcaba en un buque de guerra argentino, para desatar, en nuestro litoral, otra guerra civil). Desembarcó cerca de Paysandú y consiguió burlar la vigilancia. "Pudo escabullirse (repetimos a Lockhart) gracias a la abulia de Lamas, Jefe Político del departamento, y a la de un comisario que, sabiendo dónde estaba Flores con ocho o diez hombres, postergó su captura para el día siguiente porque no podía dejar una carrera que tenía que jugarse, so pena de perder el depósito correspondiente".

Hagamos un aparte, antes de proseguir, para documentar la participación del gobierno argentino en la faz inicial (y particularmente en la preparación) del golpe militar.

Gobernaba Mitre, con los unitarios (aliados históricamente con los colorados). Había conseguido, en setiembre del 61, vencer las resistencias urquicistas a la dominación de los porteños, derrotando en Pavón a sus fuerzas (Urquiza, previamente, había sido "inducido" a perder la batalla con un regalito: 400.000 patacones de plata; dos millones de

francos que aportó Mauá). Había perseguido a los restos del federalismo, derrotando en Cañada de Gómez a las últimas huestes rebeldes: 300 enemigos degollados por el lugarteniente de Mitre; era Venancio Flores, el jefe colorado. Durante la guerra civil argentina, el gobierno de Berro guardó estrictamente la neutralidad. Mitre le agradecía "por su irreprochable actitud".

A las pocas semanas de lo de Pavón, Flores pide su parte: "Me tomo la libertad de hacerle un recuerdo, cual es el que no olvide a los orientales que, proscriptos de la patria, desean volver a ella (...) pertenezco a un gran círculo de mis amigos políticos, para los que tengo que llenar deberes muy sagrados" (a Mitre; 20 de octubre del 61). Y Mitre le contesta sin tapujos: "Nada más natural que Ud., en representación de los orientales que nos han ayudado a alcanzar este triunfo, me recuerde en esta ocasión que no olvide a los proscriptos... Ud. sabe, general, que mi corazón pertenece a Ud. y a sus compatriotas, como amigo, como antiguo compañero de armas y como correligionario político".

Por eso pudo Flores reclutar sus fuerzas, equiparlas, adiestrarlas y embarcarlas para el Uruguay, seguro de la impunidad. Como lo denunciaba Carlos Guido: "La autoridad nada vio, de nada se percibió. El comité creado con el objeto de aconsejar y auxiliar la rebelión, funcionó sin obstáculos, levantando su bandera de enganche, al lado de la bandera nacional. Una parte de la guardia cívica cedió a los aventureros asalariados que se ponían al servicio de Flores, los fusiles que la patria le confiara para la defensa de sus instituciones". Nicanor Cáceres, un general de Mitre, le reclutó las tropas en Corrientes. Gregorio Lezama, emisario de Mitre, llevó al general Flores 6.000 onzas para "facilitarle" su misión (las entregó en la estancia "La Perfidia" —¡qué nombre significativo!— que administraba Flores antes de la invasión). Después sin disimulo, se repitieron las provocaciones capturando barcos uruguayos.

El gobierno de Berro formuló denuncias y protestas. Recibió descaradas respuestas. Elizalde, canciller de Mitre, contestó airadamente: "El general Flores no necesitaba salir del país ocultamente... Si el general Flores, al salir de este país, tenía la intención de ir a la República Oriental, no le tocaba en este caso al gobierno (argentino) indagarlo ni impedirlo". Y en cuanto al trasiego de las armas a los insurrectos: "depende sólo de la acción del gobierno oriental vigilar no vayan a puntos ocupados por las fuerzas del general Flores" (!)

Destaquemos, de paso, que las reclamaciones eran formuladas por un emisario demasiado ligado con los gobernantes porteños (Andrés Lamas, el hombre del acuerdo del 51!) que abogará por Mitre sin mucho disimulo. Escribiéndole a Mitre, y ejerciendo la representación oficial uruguaya, Lamas le anticipaba sus próximos pasos: "contestaré (a mi cancillería) como usted crea que conviene, y daré como mías las ideas que reciba de usted". Dejemos al lector la calificación que corresponde. El gobierno uruguayo lo destituyó.

Será fácil, también, documentar la participación, apenas encubierta, de Brasil. El coronel Canavarro recluta los hombres para Goyo Suárez. Netto le suministra recursos y abastecimientos. El coronel Fidelis invade con sus fuerzas desde la frontera, para sostener a Flores en el Norte. Berro lo denunció: "hombres, armas, municiones, caballos, todo lo recibe el caudillo criminal en la parte brasileña de la frontera, que pasan y vuelven a pasar los capitanes de la revolución sin que autoridad alguna les pida cuenta de su conducta".

Y detrás, además, Inglaterra. "Desde su llegada empezó el señor Thornton, (embajador inglés en Buenos Aires) a trabajar con destreza admirable en contra del gobierno oriental", advirtió el emisario de López. Maillefer, emisario francés, informó que "Inglaterra patrocina abiertamente la revolución" y llamó a Mr. Lettson, el agente de Londres en el Uruguay, "pronunciado florista".

El gobierno, a su vez, intentó concertar un acuerdo con el Paraguay. Herrera, Lapido, de las Carreras y Vázquez Sagastume, fueron sus emisarios en esa infructuosa gestión. Sólo se consiguió que Paraguay rompiera con los agresores y apresara, en sus aguas, alguna embarcación de las que destinó Brasil a reforzar a las fuerzas de Flores.

Solo pues, debió Berro enfrentar la invasión comenzada en el 63 (19 de abril). Dionisio Coronel venció a los insurrectos en Cebollatí. Aparicio también los venció en Pedernal. Flores, relata Real de Azúa, "vaga por el país durante más de un año sin otra posibilidad que su eficacísima táctica de desmarcación, sin otros contingentes que mercenarios y aventureros riograndenses (...) repudiado por todos, sólo libre e ileso gracias a la memorable incapacidad de los generales de Berro".

Entonces el Brasil decide intervenir con todo su poder, a tiempo que termina el mandato legal y es Atanasio Aguirre, heredero político de Berro, el nuevo presidente provisorio, desde marzo del 64. Saraiva, emisario imperial, presenta una protesta con 63 reclamaciones por supuestos abusos de las autoridades contra los brasileños residentes aquí y agrega un ultimátum amenazador. En las reclamaciones se recopilaban denuncias que se remontaban al 52; sólo 7 estaban referidas al último gobierno y 8 consideraban casos ocurridos entre el 55 y el 56 (durante el mandato interino de Flores, aliado del Brasil!). Juan José de Herrera, ministro de Berro, y de Aguirre, contestó con decoro y dureza: "Ni son aceptables los términos que se ha permitido usar V. E. al dirigirse al Gobierno de la República, ni es aceptable la conminación: para el Gobierno de la República es la misma, siempre, la razón y la justicia, y la respetará y la sostendrá lo mismo en la discusión como ante la fuerza y la amenaza. Por esto es que he recibido orden de S. E. el Presidente de la República de devolver a V. E. por inaceptable la nota ultimátum que ha dirigido al Gobierno. Ella no puede permanecer en los archivos orientales". Y Octavio Lapido, ministro también, informó a los jefes fronterizos: "Es innecesario que diga a V. E. nada al respecto de lo que

cumple hacer, llegado el caso posible de una agresión brasilera por mar o por tierra. Si tal caso llegase de improviso, si tal alevosía increíble se realizase, las inspiraciones del patriotismo y de la independencia nacional ultrajada, dirán a Ud. lo bastante. La bandera oriental no puede en ningún caso quedar deshonrada".

El atropello se consumó pronto. Menna Barreto cruzó la frontera y sus fuerzas le dieron, a Flores, el control de Florida, Durazno, Porongos y Salto. Tamandaré con su flota de guerra enfiló al Uruguay, cercando el litoral; otros barcos sitiaron a Montevideo, impidiendo el socorro fluvial a Salto y Paysandú.

Allí se gestó la tragedia; en las ocho manzanas abiertas, sin fortificaciones, sitiadas por las fuerzas de Menna Barreto, Flores y Tamandaré.

Contaba Paysandú sólo con 800 defensores (200, al final, entre los cuales algunos chiquilines "de doce años", según el parte de Aberasturi; Leandro Gómez comandó la plaza; Ramón Ortiz —uno de "los 33"— estuvo entre las filas gubernistas). Contaban con 11 cañones. Los sitiadores llegaron a ser 20.000. Hermógenes Masante, el jefe de la escolta del general Gómez, midió la diferencia con estas palabras: "Puede decirse que los enemigos nos están fusilando a cañonazos, porque treinta y tantas bocas de fuego vomitan sus proyectiles sobre nosotros".

Debieron defenderse a cascotazos. Así, literalmente. "Cuántas veces fue necesario abrir troneras a fuerza de barreta, para que los cañones pudieran abrir fuego. Y cuántas veces, faltando la metralla, cargamos a piedra y cascotes esas mismas piezas" (del parte de Masante). Los inadecuados fulminantes —de pistola, que no de fusil— se debieron suplir con cabezas de fósforos para detonar: "el general mandó distribuir cajas de fósforos; colocábamos el mixto sobre el oído del fusil, cargado". Así se combatió, sin desmayar, durante un mes entero (desde el 2 de diciembre del 64, al 2 de enero del 65). El asalto final se libró con refuerzos llegados a los sitiadores mientras que los soldados de Gómez, tras 52 horas de combate ("sin comer ni dormir, siempre sobre el fusil"), rechazaban, de nuevo, al enemigo.

El 1º de enero Gómez pidio una tregua de ocho horas para enterrar sus muertos y recoger heridos. Contestaron que no: "después de la obstinada resistencia hecha por la guarnición de su mando, sin esperanza alguna de salvación, no puede hacerse lugar a la tregua que Ud. solicita, no obstante los derechos de guerra que invoca; ríndase con la guarnición a su mando, en calidad de prisionero de guerra, en cuya condición serán tratados con las consideraciones debidas: única proposición que podemos hacerle". Mandaron a Gómez un parlamentario con esa respuesta. Y mientras Gómez estudiaba con sus oficiales la contestación, infiltraron sus hombres en la plaza, apresaron al jefe, dijeron conducirlo para parlamentar y así lo condujeron a su ejecución. Relata Aberasturi: "Mientras se hacía el cambio de comunicaciones, la voz de

tregua se hizo resonar artificiosamente por el enemigo, que venía a las mismas trincheras de la plaza a estrechar la mano de los soldados invocando el nombre cariñoso de hermanos y predicando el olvido y perdón (...) el general Gómez mandó apresuradamente al comandante Estomba a que ordenara a los jefes de trinchera que no dejaran penetrar a ningún enemigo pero ya 200 de éstos estaban en la plaza (...) el comandante Estomba volvió con la noticia y ya encontró delante del general Gómez a dos jefes brasileros, a los comandantes colorados Belén y Mora y varios oficiales que lo abrazaron con efusión y vivaron como los demás, asegurando al general Gómez que venían autorizados por todos los generales brasileros y por Flores para garantizarle la vida y la de los oficiales (...) el comandante Belén, tomándolo del brazo, le aseguró con felicitaciones... que tenía especial encargo de Flores de darle garantías y que deseaba hablar con él (...) fueron conducidos fuera de las trincheras a la parte sur, donde les hicieron esperar como tres cuartos de hora, engañándoles con que Flores ya vendría a abrazarlos; (allí) se presentó Goyo Suárez interrogando a Belén por los jefes... y reconviniéndole por no haberlos llevado al matadero". Orlando Ribero, en cuya casa paterna se produjeron los fusilamientos, recuerda que los brasileños y los colorados disputaron por el prisionero y dejaron a Gómez esa decisión. "Prefiero ser prisionero de mis conciudadanos, antes que de extranjeros", contestó el General, y selló, sin saber, su sentencia de muerte: "El general Gómez fue acribillado a balazos y después hecho trizas a puñaladas, habiéndolo mutilado hasta dejarlo completamente desfigurado". Más de cien defensores fueron fusilados. Como anotan los partes, se levantaban ya banderas de Brasil sobre todas las casas. Victorica, un amigo de Urquiza y de los vencedores, describió aquellas horas finales: "La recorrí (a Paysandú) el dos de enero, día de calor insoportable, cubierta de nubes de polvo y cuando estaba entregada al saqueo por soldados melenudos que abrían las puertas a balazos, vociferando como indios (...) paredes demolidas y techos derrumbados demostraban los estragos del bombardeo... aquello aterraba".

Abramos dos paréntesis, aquí.

Uno para probar la participación del mitrismo en esa canallada criminal. Paranhos, senador del Brasil, lo pudo denunciar: "Nos faltaron algunas municiones y las encontramos en los parques de Buenos Aires. Estableciéronse en esa ciudad hospitales donde fueron tratados los heridos. Nuestra escuadra pudo operar contra la del gobierno de Montevideo hasta en las aguas de la Confederación Argentina". Juan Carlos Gómez increpaba a Mitre: "las bombas y granadas con que los brasileños arrasaron a Paysandú salieron del parque de Buenos Aires, lo que no pudo suceder sin el consentimiento del gobierno de usted". Bormann es más preciso: "el almirante (Tamandaré), mandó a Buenos Aires al teniente Antunes, recomendándole urgencia para conseguir munición (...) a las 72 horas, presentábase de vuelta trayendo no sólo tren bélico, sino

100 plazas del batallón naval, marineros, dos piezas de calibre''. Y Olegario Andrade condenó: "los buques de la escuadra nacional son los alcahuetes de la revolución salvaje que aniquila al Uruguay''.

El otro, para detallar un acontecimiento. En medio del ataque contra Paysandú, el 13 de diciembre, el gobierno de Aguirre anuló la vigencia de los 5 tratados del 51: "Decláranse rotos, nulos y cancelados los tratados de 12 de octubre de 1851: ...arrancados violentamente a la República por el gobierno del Brasil; la República reivindica, por este acto, todos sus derechos sobre límites territoriales que siempre le correspondieron''. Por decreto, también, al otro día, se dispuso quemarlos en la Plaza de la Independencia.

Aparicio, Muñoz y Muniz intentaron, después de Paysandú, una desesperada ofensiva adentro de Brasil, cruzando las fronteras del Imperio. Pero en contrapartida se multiplicaban en la capital presiones "pacifistas'' para ponerle término a la guerra capitulando ante los invasores antes que soportar un sitio prolongado que pudiera dañar intereses de la burguesía. La elección de Villalba sucediendo al gobierno interino de Aguirre el 15 de febrero, expresó los afanes de conciliación. Entregó la defensa de Montevideo a las fuerzas navales ajenas (desembarco de ingleses, italianos, españoles y franceses para proteger la ciudad) y nombró su ministro a don Manuel Herrera... Manuel Herrera y Obes, el ministro de las intervenciones de la guerra grande.

Capitularon inmediatamente. El 20 de febrero del 65 entró Venancio Flores a Montevideo, con banderas y tropas del Brasil (Menna Barreto insistió en esa fecha, tomando la revancha —por segunda vez— de la derrota de Ituzaingó). María Oribe de Muñoz, hija del brigadier Manuel Oribe, les quemó una bandera imperial delante de sus ojos, desafiando a las fuerzas de la ocupación. Inequívoco Flores también, pero en el servilismo. Se apuró a revocar, no bien lo designaron presidente, el decreto de Aguirre sobre los tratados del 51. Lo calificó de "deplorable''. Y lo rectificó con una mano, mientras cobraba los primeros préstamos con otra: "Queda sin efecto, como si nunca hubiese existido y eliminado del Registro Nacional, el decreto del gobierno del señor Aguirre''. A la felonía, le sumaron, también, la mezquindad. Impidieron oficiar la misa en memoria de Gómez. Y se negaron, tres décadas después, a darle una pensión a la viuda de Juan José de Herrera "porque los merecimientos del muerto no tenían entidad suficiente'' (!)

Recojamos, por fin, un juicio lapidario de Carlos Real de Azúa: "al invadir, asolar y ocupar el país, con el apoyo decisivo de dos poderes externos que nos recelaban y odiaban, Venancio Flores fue —y créase que uso la palabra sin pizca de pasión— el mayor traidor de nuestra historia''. Queremos suscribirlo totalmente.

Queremos abarcar, en este capítulo, los temas laterales que puedan permitirnos seguir, más adelante, la trama de los hechos desencadenados después de la victoria de Venancio Flores. Destacar el avance del imperialismo. Reseñar la "escalada" de sus agresiones en este continente por aquellos años. Analizar en forma detenida la singularidad del Paraguay, que terminó por ser la víctima mayor. Anotar la incidencia de los intereses ingleses en el Uruguay. Historiar los aprestos de los agresores que preparaban, ya, su manotazo.

Ubiquemos la mira hacia 1860. Inglaterra acaba de formar, en la frontera hindú, el estado "tapón" de Bután. Ingleses y franceses, de la mano, lanzan la expedición "punitiva" a Pekín y le arrancan a China, como "concesiones", sus imposiciones. Francia toma Indochina, derribando los restos del imperio jemer. Los EE.UU. (que asomaban, recién, a la competición en escala mundial), negocian con los rusos y compran Alaska. En los años que van a seguir, al amparo de la supremacía económica, técnica y bélica, Inglaterra extendió sus fronteras: la estrecha superficie metropolitana (250.000 kilómetros cuadrados; apenas poco más del Uruguay), se multiplicaba por ciento cincuenta; casi cuarenta millones de kilómetros cuadrados anexados al poder de Londres. Los ingleses llegaron a Chipre y Egipto. Avanzaron por Afganistán, Beluchistán y Cachemira. Ocuparon Birmania y Malasia. Asaltaron las Fidji y la Nueva Guinea. Anexaron Uganda, Nigeria, Zanzíbar, Sudán y el Africa holandesa (Orange y Transvaal). 500 millones de seres humanos —la cuarta parte del total, entonces— estaban sometidos a Victoria.

El Africa y el Asia y Oceanía. Tocó también el turno a nuestro continente (los ingleses ocupan, todavía, 170 islas desde las Malvinas al Caribe). Orquestaron un operativo que tuvo sus compinches y colaboradores. Nos dieron un papel en el reparto.

Se ligan estos hechos:

—la guerra civil en EE.UU.;
—la anexión española de Santo Domingo;
—la invasión de las fuerzas francesas a México;
—la invasión victoriosa de Flores en el Uruguay;
—el ataque a Perú;
—el asalto a la costa de Chile;
—el crimen cometido contra Paraguay.

Detrás, como veremos, Inglaterra.

Contener la expansión de los americanos (que en la primer mitad del siglo XIX dibujaron sus nuevas fronteras comprando las Floridas y Louisiana, arrancándole a México la zona fronteriza desde Texas hasta California y poblando después el Far West) y lograr dividirlos —repi-

tiendo la historia ensayada, con éxito, al sur— fue el primer objetivo que tuvo la City. Se valieron del separatismo sudista.

La victoria electoral de Lincoln en noviembre de 1860 y sus propósitos proteccionistas (ligados con el interés del sector industrial) desataron la contradicción con el sur, dominado por los plantadores de algodón y tabaco vinculados, como exportadores, a los centros fabriles ingleses y consumidores de su producción; empeñados, por eso, en mantener las normas del libre comercio. A comienzos del 61, se desata la guerra civil en la cual el problema de la esclavitud fue sólo lateral y posterior; la liberación —nominal y parcial— de los negros, recién fue decretada en el 63, para poder dañar al enemigo y no por convicciones principistas. La secesión contó con el apoyo efectivo de Londres. No faltaron abastecimientos ni pertrechos de guerra a los confederados (contaron, por ejemplo, con acorazados navales). Los nordistas pudieron vencer, después de cuatro años, al hacer efectivo, recién, el cerco de las costas por donde llegaba la ayuda exterior a los separatistas. Lincoln pudo salvar la unidad nacional, desbaratando los planes ingleses. Mas el daño sufrido fue grave (600.000 muertos; el doble de las bajas norteamericanas en la segunda guerra interimperialista), se tradujo económicamente y alentó los proyectos de Londres en el continente.

Lo de Santo Domingo tuvo a los españoles de protagonistas: anexaron de nuevo la parte occidental de la Española, manteniendo entre el 61 y el 64 su dominación. Buscaban el índigo y la cochinilla, colorantes usados en la operación de teñido textil, requeridos por importadores ingleses. Y debe subrayarse que España era deudora de Inglaterra por un monto de 220 millones de libras y tal vinculación (la dependencia) dejaba los manejos del gobierno en las manos de cierto banquero, testaferro de los prestamistas: José de Salamanca, el socio de Rothschild, Buschental y Mauá.

En México, también, otros dieron la cara. Gobernaba el zapoteca Juárez. Emprendió una importante reforma social confiscando los bienes del clero, dañando al latifundio y repartiendo tierras; dispuso, a la vez, suspender los pagos concertados de la deuda exterior mexicana: unos 8:000.00 de libras, a partir del crédito de Goldschmidt (similar al de Baring). Londres, París y Madrid, acordaron entonces actuar, a nombre de los prestamistas. Desembarcaron fuerzas en enero del 62 (Jecker y Rothschild fueron los financistas de la operación). Tras la convención de Soledad, ingleses y españoles retiraron a sus efectivos. Los franceses (siempre con el respaldo de Rothschild) le dieron un giro político nuevo a la empresa: coronaron a Maximiliano de Habsburgo —el hermano del emperador de la corte de Viena— y lo sostuvieron con sus bayonetas. Buscaban, así, concesiones de Viena en Venecia y el norte italiano, que se disputaban con Austria. Conquistaron a México en junio del 63. Maximiliano, con docilidad, firmó un préstamo más con Rothschild: 10 millones de libras esterlinas y el sometimiento. Pero los

guerrilleros de Benito Juárez salieron al cruce de la operación. Derrotaron a los invasores, capturaron al "emperador" y en Querétaro lo fusilaron (julio del 67). Geoffrey Buckley Mathew, el embajador imperial, se debió trasladar. Lo mandaron para Buenos Aires.

Estudiamos la empresa de Flores, aparte, y le vimos sus vinculaciones al mitrismo porteño y Brasil. Inglaterra, mediante Mauá (un hombre de Rothschild), asumió los controles de la economía, maniatando al gobierno con operaciones bancarias que luego veremos. Y vencida con Berro y Aguirre la política nacionalista, el Uruguay sirvió de cabecera al acuerdo agresivo contra Paraguay.

Lo del Perú, como en Santo Domingo, tuvo a los españoles en primera fila, y a Inglaterra detrás. Allí buscaban guano, fertilizante de mucho valor, entregado a los consignatarios ingleses por viejos acuerdos con la casa Gibbs, que el Perú decidió revocar. Un oscuro incidente entre trabajadores peruanos y españoles le sirvió de pretexto a la escuadra de guerra de España, al mando de Hernández Pinzón, para reclamaciones insolentes. Ocuparon a Chinchas, a comienzos del 64, y lograron forzar al gobierno a rever su actitud anterior. El tratado "Vivanco-Pareja" comprometió al Perú a pagar al agresor una indemnización por los gastos tenidos en la operación (3 millones de libras). Un golpe militar nacionalista, liderado por Mariano Prado, lo desconoció. En mayo del 66, bajo la dirección de Casto Méndez Núñez, la flota de guerra española fracasó en el intento de asaltar El Callao, después de bombardearlo duramente.

Paralelamente, la operación se proyectó a las costas vecinas de Chile. Buscaban el salitre para la obtención del nitrato de soda (otro fertilizante). Asaltaron a Valparaíso en setiembre del 65, capturaron después una goleta y a comienzos del 66, arrojaron de nuevo sus bombas contra el puerto vecino de Santiago. Chile se movilizó para hacer efectiva la solidaridad continental, después de auxiliar al Perú. El 11 de noviembre del 65 Mitre le respondió: "eso no nos concierne".

Resta, por fin, la historia del asalto contra Paraguay. Debemos recorrer en forma detallada los antecedentes, después de haber mostrado las correlaciones con esas tropelías insertas en el cuadro de la gran expansión imperial.

Vayamos muy atrás.

Recordemos, primero, la colonización misionera: 150.000 guaraníes afincados en 30 poblados (San Ignacio el más viejo; 1610). Experiencia social que por un siglo y medio se singularizó por tres características sobresalientes: propiedad comunal de la tierra (sin latifundismo), desarrollo de las artesanías enseñando a los indios las técnicas nuevas y respeto por la tradición cultural, salvaguardando el habla guaraní. Ajenos al capitalismo, desconocieron hasta la moneda. Jerez, un jesuita, definió las misiones así: "lo que los socialistas siguen soñando". De Raynal relató: "un régimen donde nadie está ocioso, donde nadie está excedido

de trabajo, donde la alimentación es sana, abundante, igual para todos los ciudadanos, que están cómodamente alojados y vestidos... donde la multitud de niños es una consolación, sin poder ser una carga... donde se goza de las ventajas del comercio sin ser expuesto al contagio de los vicios del lujo, donde almacenes abundantes... son un recurso asegurado contra la escasez". Mariátegui, marxista, dirá que la experiencia supo aprovechar "la tendencia natural de los indígenas al comunismo". "Demasiado comunista para los cristianos burgueses", concluye Lugón. La guerra guaranítica primero, y la expulsión que seguirá después (1767) interrumpen dramáticamente el proceso, dispersan a los indios, permiten el avance de los brasileños y convierten en ruinas a los centros poblados de los jesuítas. La tierra se privatizó. Pero no se logró borrar la tradición y junto al estallido de la revolución, al empezar el siglo XIX, renacieron, de nuevo, las formas económico-sociales del reciente pasado misionero.

Gaspar Rodríguez de Francia ("el Supremo"), expresó, cabalmente, por un cuarto de siglo, el retorno a los cauces de la tradición, impulsando, a la vez, un alto desarrollo con autonomía. Derribado el poder español y vencidas, también, las fuerzas de Belgrano en Tacuarí, la "provincia" paraguaya (que no dejó de serlo y postergó llamarse "independiente" para no fragmentar la unidad nacional, sin acatar, por eso, a Buenos Aires) lo tuvo en el gobierno, extendió sus poderes en 1814, con el voto de los campesinos contra los oligarcas asunceños, y le dio la suma del poder desde 1816.

Bajo su conducción, Paraguay transitó caminos diferentes a los de las repúblicas "independientes":

—La propiedad rural se nacionalizó, formándose las grandes "estancias de la patria"; la riqueza pecuaria se multiplicó y los cultivos se diversificaron: autoabastecimiento de trigo y algodón (400.000 arrobas en el año, apetecidas por los fabricantes textiles ingleses), legumbres, mandioca, maní, yerbamate, tabaco, arroz y maíz; el estado monopolizó toda la producción forestal;

— la producción fabril se nacionalizó: metalurgia (talleres de armería y herrería; altos hornos para fundición), fabricación de papel y de loza, astilleros y obrajes textiles; Alberdi comparaba tales monopolios del estado: "eran una cosa parecida a los talleres nacionales de la revolución francesa del 48";

— el comercio se nacionalizó: "el Estado fomenta la distribución de la riqueza, regula su distribución, asegura su colocación, lucra con ella, impide el enriquecimiento excesivo de los particulares" (Julio César Chaves);

—la riqueza se multiplicó: cuatriplicó la renta paraguaya y no contrajo deudas en el exterior;

— la enseñanza se desarrolló (140 escuelas en el territorio con más de 5.000 educadores);

— el ejército guardó su carácter como verdadera milicia popular, sin convertir sus cuadros en profesionales.

Grandsir lo definió: "el contraste es en todo concepto sorprendente con los países que crucé hasta ahora; se viaja por el Paraguay sin armas; las puertas de las casas apenas se cierran... no se ven mendigos; todo el mundo trabaja... la situación financiera era buena, la supresión de impuestos es constante, sobran los comestibles".

Pagaba, Paraguay, un precio formidable por su desarrollo: el cierre de fronteras a la competición abusiva de afuera y un total aislamiento a que lo condenaron, por eso. "La China americana", le llamó Maillefer. Pero puntualicemos: el encerramiento le daba respuesta, defensivamente, a los abusos de quienes tuvieron la llave del río y buscaron perjudicar al Paraguay. Francia lo dijo bien: "Cuando la bandera de la república sea libre de navegar hasta el mar se admitirá que vengan a comerciar y entonces se arreglará el comercio según convenga y del modo que sea útil a los paraguayos y no solamente como hasta aquí para aprovechamiento y beneficio de los extraños". "De otra suerte (le explicaba al comandante Acosta) seremos considerados como una república de guanás, con cuya sustancia y sudor engordan los otros". El encerramiento económico marginó al Paraguay: ni con Artigas contra Buenos Aires ni con Ramírez contra el General, ni con los unitarios contra Rosas, ni con los farrapos en contra de Brasil ni con el Uruguay en contra del acuerdo de porteños y de brasileños. Paraguay no dejaba pasar: ni mercachifles ni correspondencia; ni tampoco viajeros (a menudo ligados con el espionaje).

Cuando muere Rodríguez de Francia (en setiembre de 1840), tras el interinato de Patiño y el corto gobierno común de López con Alonso, el primero (Carlos Antonio López, amigo de Artigas) hereda los poderes de la dictadura, como presidente, desde el 44 hasta el 62.

Desarrolla la flota mercante (once buques de vapor y cincuenta veleros), acuña su moneda, construye caminos, canales de riego, represas, desagües, aguadas y puentes, instala sus primeras fábricas de pólvora, introduce el telégrafo y el ferrocarril (antes que los demás, y en manos del estado paraguayo), impulsa, intensamente, la enseñanza (gratuita, totalmente, desde el 57!). Las escuelas ya son 400; los alumnos 35.000 "que costea el Estado dándoles casa, mantenimiento y vestuarios; esos jóvenes se ocupan, fuera de las horas de estudiar, en los oficios de sastrería, zapatería, tejeduría y lienzos y fabricación de sombreros".

Solano López, el hijo y sucesor (desde el 62 al 70), impulsó el desarrollo: el ferrocarril llegó hasta Villa Rica; técnicos paraguayos se perfeccionaban en el exterior para servir, después, a la transformación del Paraguay. Se elaboraba hierro, con técnicos vascos. Paraguay aumentaba sus exportaciones.

Llovieron, desde afuera, las censuras. Mitre pontificaba contra

la dictadura: "la democracia bárbara", como decía. Alberdi replicó: "no sé si puede existir una democracia bárbara, pero sí sé que ese modo de calificarla es bárbaro".

¿Y los imperialistas?

Preparaban el acto criminal. "Escalaron", antes, las provocaciones.

La primera es del 53. Mr. Hopkins, el cónsul de EE.UU. concertó en Asunción negocios fraudulentos, reclamó privilegios, contestó a las advertencias paraguayas con impertinencias y fue declarado "no grato", por eso. Pidió al buque de guerra "Water Witch" (de la flota norteamericana) que lo respaldara mediante la fuerza. Se produjo un encuentro con las baterías del Itapirú y salieron batidos los propios agresores. Entonces aparecen veinte barcos de guerra norteamericanos exigiendo una indemnización (un millón de dólares, exactamente). Por fin, un arbitraje dejó sin efecto esa reclamación. Y nadie indemnizó a los paraguayos por aquella agresión inicial.

La segunda es del 55. 20 cañoneras, 130 cañones y 5.000 infantes aparecen entonces enfrente a Tres Bocas para sostener una reclamación del Brasil. A la fuerza, también, quedaron convencidos de que Paraguay era fuerte.

El tercer episodio es del 59. Se descubre un complot para matar a López, y Canstadt, inculpado, tras alegar su condición de súbdito de Londres, pide la protección de su embajada. Henderson, el embajador imperial, exige que lo suelten y que lo indemnicen. López le devolvió sus pasaportes al embajador, expulsándolo del Paraguay. Solano López, hijo del presidente, estaba en Buenos Aires. Cuando quiso volver, cañoneras inglesas salieron al paso del barco que lo conducía, le dispararon tiros de cañón y obligaron a López a desembarcar y volver al Paraguay por tierra.

Inglaterra empezaba a tejer, en forma cuidadosa, la trama canallesca de la intervención.

Mitre, su portavoz, anunció sus propósitos en noviembre del 62: "fomentar y consolidar la reconstrucción de las nacionalidades de América, que imprudentemente se han dividido y subdividido". O pasándolo en limpio: borrar esa frontera paraguaya que les molestaba.

Para conseguirlo, gestionó los recursos en Londres. Norberto de la Riestra (que viajó con destino a la City junto con Mauá) articuló con Baring el acuerdo.

¿Quién era de la Riestra? El apoderado de la banca Hullet en el Plata. El director del Banco de Londres en esta región. El administrador de los ferrocarriles ingleses en suelo argentino. Alberdi lo define: "Riestra es, para las finanzas argentinas, lo que esos caballeros de industria que se disfrazan con la cruz roja de las ambulancias para despojar impunemente a los muertos y a los heridos de sus alhajas preciosas en los campos de batalla".

No bien llegado a Londres, los tenedores de bonos de Baring le regalan una talla de plata, representando a Canning. Lord Beerwick, generoso, le regalará un cofre (en oro, por supuesto) con un gran topacio. "Tocado" por esos regalos, de la Riestra gestiona el acuerdo (cuado muere, "The Standard" dirá: "era casi un inglés"). Un pequeño adelanto —200.000 libras— a cuenta de un monto mayor: dos millones y medio. Tras algunos descuentos, el gobierno argentino llegó a percibir 1.700.000 libras. Pagó más de 4.000.000. "Don Bernardino Rivadavia ya no vivía. De haber sobrevivido, se habría frotado las manos satisfecho de tan avezados discípulos suyos", comentan Ortega y Duhalde.

Por último anotemos la incidencia económica de los ingleses en el Uruguay. Suman un grupo poderoso de presión, muy ligado entre sí.

Barrán y Nahum, ligando parentescos, documentan estas relaciones:

— los Young se emparentan en el Uruguay con los Stirling, los Cash, los MacEachen y los Gladstone Rosse (y lateralmente con los Batlle).

— los Cash se emparentan con los Stirling, los Bridgger, los Fulton, los Mac Dougall, los Mac Eachen y los Young;

— los Lawlor se emparentan con los Simpson y con los Mac Dougall;

— los Jackson se emparentan con los Heber (y lateralmente con los Gallinal);

— los Stirling se emparentan con los Erskine, los Young, los Mac Dougall, los Mundell y los Cash;

— los Mac Eachen se emparentan con los Erskine, los Stirling y los Mac Coll;

— los Hughes se emparentan con los Roosen (y con los Lussich).

Un ejemplo elocuente: "Alejandro Stirling y Catalina Erskine casaron sus hijos con Roberto Young, Luisa Mac Dougall, Isabel Mac Dougall, Daniel Cash y Matilde Mundell, todos ellos ingleses o sus descendientes". En tres generaciones, casados entre primos, ya formaban un solo grupo familiar.

¡Y con cuánta importancia! "Fueron propietarios privilegiados en las guerras civiles, o por ser neutrales en las mismas o por cobrar antes que nadie y en mejores títulos que los criollos, los perjuicios que la guerra civil ocasionaba".

Acumulan cuantiosas fortunas. Mac Eachen compró campos y ovejas por 22.000 pesos en el 54 y obtuvo una ganancia de 120.000; cuando muere en el 57, dejó a sus herederos 280.000 pesos. Roberto Young dejó 500.000 (20 leguas cuadradas, 4 fincas en Montevideo, solares en Fray Bentos y Mercedes, una casa en Paysandú más créditos hipotecarios, acciones en dos bancos y bonos de la deuda).

Jackson dejó 1:800.000 pesos (52 suertes de estancia, 2 barracas, 20 fincas en Montevideo, acciones en el Banco Comercial).

Vivieron como ingleses. Hudson vio en sus estancias una caceria del zorro con perros. Los negros esclavos de Young hablaban en inglés. Tuvieron el espíritu de empresa y la mentalidad capitalista. El Uruguay de Flores, abierto a los banqueros y a los inversionistas, era la tierra suya. La "tierra prometida" que Ponsonby les dio.

"Una guerra de bosta".

Tres declaraciones —¡y bien elocuentes!— de los protagonistas del crimen:— la primera la firma Elizalde (el canciller de Mitre) y alude a la "escalada" de las agresiones del imperialismo en este continente: "Se cree la existencia de una amenaza general a la América independiente a presencia de los sucesos de México y Santo Domingo... El gobierno argentino no tiene motivos para admitir la existencia de tal amenaza... La acción de Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones no hayan sido la causa"; — la segunda es de Carlos de Castro (el canciller de Flores): "esta guerra (la del Paraguay) no es otra cosa que la consumación de lo que comenzamos en Caseros"; la tercera es de Flores, escribiéndole a Mitre: "estoy completamente inhabilitado de contraer ningún compromiso con V.E. sin que entre en la alianza el gobierno imperial (del Brasil) con quien sabe bien V.E. tengo solemnes compromisos contraídos en la guerra que ha finalizado en mi país".

Desnudan la complicidad criminal, ubican los antecedentes (ligados de Caseros hasta Paysandú) y revelan atrás, la mano "protectora" de la City.

No faltaban pretextos para concertar el asalto contra Paraguay, motivado por causas que analizamos largamente, ya. Se anudaban (heredados de la imprecisión con que los españoles y los portugueses fijaron y rectificaron límites coloniales) problemas fronterizos. Apetencia porteña a extender la frontera argentina sobre las Misiones y el Chaco paraguayo llevando del Bermejo al Pilcomayo la delimitación (anexando la provincia de Formosa). Apetencia apremiante, de parte de Brasil, a llevar las fronteras de su Mato Grosso del río Blan-

co al Apa, obteniendo salidas fluviales a su producción que demoraba un mes en bajar a las aguas del Plata mientras que demoraba un año y medio, por tierra, para salir a los puertos atlánticos suyos. Apurémonos a subrayar: Paraguay controló el teritorio que reclamaba Mitre por órdenes expresas que dio Sobremonte a Velazco (1806) reconocidas como valederas luego que se produjo la revolución (acuerdo entre Asunción y Buenos Aires; 1811); con respecto a Brasil, procedió varias veces a la ocupación clandestina de tierras buscando conseguir, por medio de la fuerza, lo que los documentos le negaban (citamos por ejemplo, el conflicto del 55).

La agresión desatada por los brasileños contra el Uruguay, en respaldo a la invasión de Flores, precipitó la crisis militar. Paraguay denunció el atropello. En noviembre del 64 apresaba en su aguas a un barco del Brasil que llevaba pertrechos de guerra. Formalizó, después, el ataque a Brasil, poniendo sus ejércitos en Mato Grosso. Basta mirar el mapa: necesitaba paso por Corrientes para llevar sus tropas al sur de Brasil y contener, allí, la agresión de Brasil sobre nuestro país.

Solicita, de Mitre, el derecho a pasar. Mitre responderá concediendo el derecho de utilizar las aguas fronterizas a los beligerantes, pero sin cruzar su territorio. Desentrañemos esa hipocresía: el Brasil, con la complicidad argentina, podrá llevar la guerra al Paraguay penetrando por el Paraná; Paraguay no tiene la manera de llevar efectivos al sur de Brasil. López responderá con la declaración de guerra contra Mitre (marzo del 65) y avanzará las tropas a Corrientes, que fue rápidamente ocupada en abril. Dejemos la palabra a Juan Bautista Alberdi: "la paciencia en persona, investida de presidente del Paraguay, habría procedido como el general López... Corrientes fue cedida a Brasil para que hiciera de ella su cuartel general y base de operaciones contra el Paraguay. Este país se anticipó a ocupar el territorio que debía ser empleado contra él. Mitre declaró insultada a la República Argentina por la invasión del Paraguay, que tenía el descomedimiento de tomar para su defensa propia lo que estaba cedido a su agresor".

Tuvo, además, cuidado en ocultar que López declaró formalmente la guerra con anticipación. Silenció la comunicación y quiso presentarlo como ataque alevoso de López. Los correntinos no se confundieron. Secundaron, por miles, la ofensiva de López ,dirigida contra el enemigo imperial y porteño.

Con ese pretexto en la mano, acordaron los representantes de los tres gobiernos, el pacto criminal.

Lo firman Elizalde, de Castro y Almeida, en el nombre de Mitre, Flores y Pedro II. Estipulan el carácter de las operaciones de guerra y ajustan el comando de las fuerzas. Mitre ha de ser el General en Jefe y el vizconde de Tamandaré comandará la flota de la "triple

alianza", congregada en las aguas de Montevideo ("la nueva prefectura brasileña", como Alberdi define, con razón).

Del largo articulado, se deben destacar estos acuerdos:

—"no deponer las armas sino de común acuerdo, mientras no hayan derrocado al gobierno actual del Paraguay y no concertar separadamente ningún tratado de paz, tregua, armisticio o convención cualquiera que ponga término a la guerra, o la suspenda";

—"derrocado que sea el actual gobierno del Paraguay, los aliados procederán a hacer los arreglos necesarios con la autoridad constituida para asegurar la libre navegación de los ríos Paraná y Paraguay, de manera que los reglamentos o leyes de aquella República no obsten, impidan o graven el tránsito y navegación directa de los buques mercantes y de guerra que se dirijan a su teritorio";

—"los aliados exigirán de aquel gobierno el pago de los gastos de la guerra que se han visto obligados a aceptar, así como la reparación de los daños y perjuicios causados a sus propiedades";

—"queda establecido que los aliados exigirán del gobierno del Paraguay que celebre tratados definitivos de límites" (de acuerdo, como se especifica, con las reclamaciones de Argentina y Brasil);

—"las fortificaciones de Humaitá serán demolidas, y no será permitido erigir otras de igual naturaleza";

—"siendo una de las medidas necesarias para garantizar la paz con el gobierno que se establezca en el Paraguay no dejar armas o elementos de guerra en ese país, las que se encuentren serán repartidas entre los aliados".

Acuerdo de piratas y tenderos. Los que derribaron a Artigas primero y a Oribe después para tener el control en el Plata y derrotaron a Rosas más tarde para poder usar el Paraná, alcanzaban, por fin, al Paraguay.

Acuerdo de fulleros, que quisieron guardar el secreto de lo convenido mientras publicitaban su resolución de "liberar" el suelo paraguayo de la dictadura "sin tocar su integridad territorial" (!)

Dediquemos un párrafo más a los "originales" del tratado. Norberto de la Riestra llevó el ejemplar argentino hacia Londres, y lo entregó a la caja de la banca Baring, al negociar el crédito en la City. Mauá y el barón de Penedo llevaron el original brasileño a Rothschild. De Castro entregó el documento uruguayo al embajador Lettson. Inglaterra, tuvo, pues, en su mano, a todos los compinches.

En Concordia se juntan los aliados a los que les promete Mitre la victoria, antes de los tres meses. Componen un ejército importante: 25.000 hombres. Le suman una flota de 30 embarcaciones, con cuatro acorazados y cien bocas de fuego.

Reseñemos, primero, los hechos, para después poder analizar, en el marco de aquel genocidio, aspectos relevantes y temas laterales que esclarecen, mejor, los hechos ocurridos.

Los "aliados" inician exitosamente las operaciones. En junio del 65, vence Tamandaré, en Riachuelo. En agosto, Flores vence en Yatay. En setiembre, entre Flores y Mitre, derrotan a los paraguayos en Uruguayana. Reconquistan Corrientes, así. Pero ya el Paraguay devora, en sus esteros, a los invasores y Palleja, por ejemplo, escribe: "yo cada día me miro los pies, a ver si han echado raíces en este maldito campo, tan imposible me parece que hayamos de salir". A comienzos del 66, se suceden algunos reveses de los agresores. En mayo consiguen vencer en Estero Bellaco pero ya los abruman las dificultades ("las aguas estancadas que hay que beber... tifus y paludismo... los insectos que anidan debajo de la piel... moscas, pulgas, hormigas y piojos de enormes proporciones... yacarés y carpinchos... carencia de medicamentos", y Seeber, que lo informa, concluye, pesimista: "reventaremos como ratones, y será lo mejor"). Vencen los paraguayos después, en Boquerón y obtienen, en setiembre, el triunfo resonante de Curupaytí: 10 mil bajas de Mitre y la sustitución, por inepto, del jefe de la flota de Brasil (Caxías por Tamandaré); el cólera aparece en el "Texeira" y cobra nuevas víctimas al invasor. En Tuyutí, los "aliados" vuelven a vencer. Pero será recién en el 68 que definan la suerte de la guerra capturando Humaitá: la fortificación que controlaba las aguas paraguayas, angostadas a 200 metros en ese lugar. La victoria obtenida en Lomas Valentinas, en diciembre del 68, les abrió las puertas de la capital. En enero del 69 ocupan Asunción, librada a su pillaje y después incendiada por los vencedores. López resistirá, con guerrilleros, hasta la derrota de Cerro Corá y el desenlace del Aquidabán que analizaremos, aparte, después.

Una guerra muy larga. En provecho de ciertos especuladores: "todos los mercaderes y abastecedores que surten al ejército y que viven de dicho comercio tienen interés en ver prolongarse la lucha... no sería extraño que los proveedores genoveses, argentinos o brasileños del ejército invasor se encargasen ellos mismos de aprovisionar a los sitiados, porque a creer el rumor público, es por mediación de algunos oficiales de la alianza, que se están haciendo millonarios, que los paraguayos reciben todas sus municiones", denunciaba Reclus en París.

Una guerra feroz. Los partes de Palleja relatan que los paraguayos se tienen que rendir a discreción o pagar con su vida y eligen lo segundo: "mueren a fuego lento... como los mártires de la Inquisición". Seeber describe el avance "pisando los cadáveres que quedan insepultos". Andrés Lamas advierte: "no se vencerá sin tener que destruir toda la población viril del Paraguay".

Una guerra seguida con empecinamiento rechazando propuestas de paz formuladas por López a los agresores. "Ninguna autoridad brasileña (le advierten a Saraiva) podrá tratar con el presidente López ni con ninguna otra autoridad ni otra persona, sea o no paraguaya, que hable en nombre o en defensa de sus intereses, ni siquiera con un go-

bierno provisional o permanente que en la sustitución del suyo se componga, mientras se halle en el territorio de ésta, del modo que fuere, el presidente López''. Hacia fines del 66, López tiene un encuentro con Flores y Mitre, y Flores lo desaira expresamente (intercambian presentes y Flores los rechaza: "nada deseo cambiar con el señor mariscal''; "un cigarro'', ofertó entonces López; "fumo los míos'' respondió, con insolencia, Flores). Acotemos que López no capitulaba: reclamaba el retiro de los efectivos de Uruguay y Argentina para dilucidar, con sus fuerzas, la guerra con Brasil.

"Una guerra de bosta... guerra de porquería'', como Alberdi supo definir. Alcance con citar dos elementos para avalar el juicio que citamos: la captura de los chiquilines para revenderlos, después, en el Brasil (donde la esclavitud era legal) y la incorporación a las filas de los agresores, bajo las amenazas de fusilamiento, de los propios prisioneros paraguayos.

Palleja confesaba, después de Uruguayana: "cuando la caballería riograndense vio que se trataba de rendición, se desbandó y avanzó a las murallas en procura de algún paraguayito que alzaban en ancas... durante toda la noche y todo el día siguiente se estuvieron sacando paraguayitos para todo el mundo; no hay casi un oficial de los tres ejércitos que no sacara su paraguayito''. Y Mitre confesaba, escribiendo al vice-presidente Marcos Paz: "los roban para esclavos''.

Lo de los prisioneros es fácil de probar. Aportemos cuatro confesiones:

—de Mitre a Marcos Paz: "el general Flores ha adoptado por sistema incorporar a sus filas todos los prisioneros y después de recargar su batallón con ellos, ha organizado uno nuevo de 500 plazas con puros paraguayos'' (amenazados con el fusilamiento por decreto de octubre del 65);

—de Elizalde a Mitre: "el Brasil no puede más; es preciso utilizar los paraguayos para las operaciones de guerra'';

—del diario de Palleja: "hasta repugna el dar armas a estos hombres, para que peleen contra el pabellón nacional y claven las bayonetas en el pecho de sus propios hermanos'';

—de Carlos María Ramírez, denunciando aquella felonía: "muchos de los prisioneros paraguayos tomados en los diversos combates de la guerra, han sido repartidos entre los cuerpos de línea y bajo la bandera y con el uniforme de los aliados, compelidos a volver las armas contra los defensores de su patria; y doloroso es decirlo: de las potencias aliadas la que más ha incurrido en ese atentado escandaloso, en este infame crimen, es la República Oriental... la mayor parte de las fuerzas que hoy forman nuestra división en el campamento de los aliados se compone de infelices soldados paraguayos''.

¡Cuánta la heroicidad, del otro lado!

"Combatimos a un enemigo que en su mayor parte tiene fusiles

de chispa y nos opone soldados de 14 años'', reconoce Seeber. Y Sarmiento, implacable, no deja de reconocerlo: "ni a compasión mueve aquel pueblo, rebaño de lobos; sólo que la mayor parte son niños de diez a doce años ,armados de lanzas a su talla; se imagina los horrores de estos combates, en que soldados brasileños y argentinos, en el calor de la refriega, caen sobre estas filas de chicuelos?''.

De los 100.000 soldados alistados por Solano López al empezar la guerra, sobreviven, al fin, sólo 500. Chiquilines y viejos. El coronel Toledo, que asumió la defensa en Lomas Valentinas, pasaba de 75!

"Con armas iguales otra cosa fuera".

La causa paraguaya encendió, en todas partes, admiración y solidaridad. Sarmiento confesaba escribiendo a García: "López, usted sabe, cuenta con las simpatías de ambas Américas y el pueblo paraguayo con las del mundo''. Toribio Pacheco, canciller del Perú, formuló esta advertencia a los interventores: "Los aliados no han podido pensar, por un momento, que el sistema que se proponen adoptar respecto al Paraguay, merezca la aquiescencia de los demás estados. Hacer del Paraguay una Polonia americana, sería un escándalo que la América no podría presenciar sin cubrirse de vergüenza''. En Bogotá el Congreso condenó las "hazañas'' de Mitre formulando esta declaración: "El Congreso de Colombia admira la resistencia patriótica y heroica opuesta por el pueblo paraguayo a los aliados, que combinan sus fuerzas y recursos poderosos para avasallar a esa república, débil por el número de sus ciudadanos y por la extensión de sus elementos materiales, pero tan respetable por el vigor de su sentimiento y acción que todo lo que hay de noble en el mundo contempla su grandeza, lamenta su desgracia y le ofrenda su viva simpatía''.

Y lo más singular: desde la retaguardia de las tres naciones agresoras se levantó, también, la solidaridad militante con el Paraguay.

El Brasil no tuvo más remedio que suplir con esclavos (comprados a cuatro mil francos) la deserción creciente de sus tropas.

Carlos Reyles y Hall documentan, en el Uruguay, el desbande de los que se negaban a ser reclutados para combatir contra Solano López ("la población rural del país huyó en masa a los montes''), incubándose, ya, el alzamiento armado de Aparicio que levantó su lanza para condenar el crimen cometido contra Paraguay.

Tocó a las montoneras federales, en suelo argentino, protagonizar

el capítulo más importante de la resistencia en las propias espaldas de los agresores.

Mitre lo confesó: "Si la mitad de Corrientes no hubiese traicionado la causa nacional, armándose en favor del enemigo; si Entre Ríos no se hubiese sublevado dos veces; si casi todos los contingentes de las provincias no se hubiesen sublevado, no hubiese alentado la traición, ¿quién duda que la guerra estaría terminada?". Y no exagera nada. Durante su gobierno y el del sucesor, mientras duró la guerra con el Paraguay, se sucedieron 117 (¡ciento diecisiete!) revueltas armadas condenando la acción criminal.

Basualdo abrió la cuenta desertando con sus ocho mil entrerrianos del campamento militar de Mitre, instalado en Concordia, todavía. López Jordán se negó a secundar los planes urquicistas: "Usted nos llama para combatir al Paraguay: nunca, general; ese pueblo es nuestro amigo. Llámenos a combatir a los porteños y a los brasileros; ésos son nuestros enemigos". Felipe Saá, por su parte, le ofrece los servicios de sus doce mil hombres a Solano López (oferta similar a la de Melgarejo, presidente de los bolivianos). Hacia fines del 66, las fuerzas montoneras controlan a varias provincias: Carlos Juan Rodríguez levanta Mendoza; Juan de Dios Videla, San Juan; San Luis está en las manos de Juan y Felipe Saá; La Rioja le responde a Aurelio Salazar; Simón Luego controla la sierra cordobesa. Todos, sin excepción, adhieren a la causa paraguaya y la victoria de Curupaytí levanta los festejos del norte argentino en setiembre del 66, vivando la derrota de Mitre y del Brasil. A tres meses, apenas, estalla la revuelta del catamarqueño Felipe Varela. Unió a las montoneras federales y les dio su programa verdaderamente nacional: "la unión americana". "El pabellón de Mayo... ha sido cobardemente arrastrado por los fangales del Estero Bellaco, Tuyutí, Curuzú y Curupaytí", denuncia en su proclama revolucionaria del 6 de diciembre del 66. "Nuestros pueblos han sido desolados, saqueados y guillotinados por los aleves puñales de los degolladores de oficio: Sarmiento, Sandez, Paunero, Campos, Irrazábal (...) basta de víctimas inmoladas (...) nuestro programa es la amistad con el Paraguay y la unión con las demás repúblicas americanas". Mitre retiró cinco mil hombres del frente paraguayo y gastó más de cuatro millones de pesos (seiscientos mil más de los que destinaba a la guerra con Solano López) para cortar el brote guerrillero. Cinco meses después, en abril, consiguió derrotar a Felipe Varela primero en San Ignacio y en seguida en el Pozo de Vargas. Varela lo describe con estas palabras: "Al segundo disparo de mis cañones, huyeron las caballerías enemigas yendo en su persecución las mías de tal modo enceguecidas, que cuando mis infanterías necesitaron protección, apenas había un pequeño regimiento de reserva con que dársela, el que no podía obrar por los inconvenientes del terreno. El campo y las filas enemigas, sin embargo, habían sido cortadas por todas partes por mis valientes, de

manera que el convoy del general Taboada, jefe de las fuerzas enemigas, fue sacado por mis soldados del centro mismo de sus infanterías. El fuego, mientras tanto, era vivísimo, hasta que a las oraciones mi ejército estaba deshecho, como el del enemigo, y, si bien no había sufrido una derrota, comprendí que el triunfo por mi parte, en esos momentos, era imposible". Taboada, asociado con Hutchinson y Hughes (empresarios textiles ingleses interesados en la plantación de algodón) utilizó en la batalla del Pozo de Vargas los fusiles "Sharp" que remitió Sarmiento desde EE.UU.. Por eso la "zamba de Vargas", deformada después interesadamente, recogerá en su letra, según la versión inicial, esa desigualdad:

lanzas contra fusiles: pobre Varela!
qué bien pelean sus tropas en la humareda!
con armas iguales otra cosa fuera!

Recompuestas sus filas, Varela derrota a las fuerzas de Mitre primero en Las Bateas y luego en la quebrada de Miranda (hacia julio del 67). En octubre, consigue entrar a Salta, vencedor. Un mes después la debe abandonar, acosado por fuerzas superiores. Atraviesa Jujuy y le pide refugio a Melgarejo, "neutralizado" ya por el Brasil. El jefe de las montoneras pasó entonces a Chile desde donde regresa empuñando su lanza, de nuevo. Lo derrotan en la salina de Pastos Grandes, en enero del 69 (en la fecha en que fuerzas mitristas entraban a la capital del Paraguay). Se debió refugiar, otra vez, en la zona vecina de Chile y murió en Copiapó, en enero de 1870.

Anotemos, aquí, algunas referencias episódicas y sin embargo significativas:

—Rosas, desde su largo y alejado exilio, testimonió su solidaridad al Paraguay: "He registrado en mi testamento la siguiente cláusula. Su Excelencia, el Generalísimo Capitán General José de San Martín, me honró con la siguiente manda: la espada que me acompañó en toda la guerra de la independencia, será entregada al general Rosas por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido los derechos de mi patria. Y yo, a su ejemplo, dispongo que mi albacea entregue a Su Excelencia. el Señor Gran Mariscal, Presidente de la República Paraguaya y Generalísimo de sus Ejércitos, la espada que me acompañó durante el tiempo en que me fue posible sostener esos derechos, por la firmeza y sabiduría con que ha sostenido y sigue sosteniendo los derechos de su Patria" (febrero del 69);

—hubo jueces que merecieron el nombre de tales; a pesar de instrucciones de la presidencia ("declarando ladrones a los montoneros... lo que hay que hacer es muy sencillo", declaraba Mitre; "es permitido quitarles la vida donde se los encuentre", completaba Sarmiento), el Juez Federal y la Corte de Salta resolvieron juzgar a los presos en su

condición de "insurrectos", desestimando las imputaciones que les adjudicaban "delitos comunes";

—hubo legisladores en el propio recinto de la Cámara de Diputados que alzaron la denuncia contra aquella agresión criminal: Frías, Oroño y Araoz;

—no faltaron los curas en la montonera; Francisco Aguilar (capellán de Varela), Garramuño, Emilio Castro, Rufino Balvera y José Alberto Ortiz;

—larga es también la lista de las guerrilleras: Dolores Díaz ("la tigra"), Fulgencia de Contreras y Dolores Andrade cayeron en las manos de los unitarios en la triste jornada del Pozo de Vargas.

Dorrotado Varela y con la capital paraguaya en las manos de los agresores, se aguardó el desenlace final. Mariano Varela, canciller de Sarmiento, escribe a la embajada en EE.UU.: "López sigue, de derrota en derrota, con mil o dos mil animales que le obedecen y mueren de miedo". Sarmiento, con rabia y desprecio, usa un vocabulario parecido: "aquel bruto (López) tiene aún 20 piezas de artillería y 2.000 perros que habrán de morir". Entre chiquilines, mujeres, viejos y mutilados, López reclutó en la fase final, 12.000 guerrilleros. "Batallones de niños disfrazados con largas barbas", como los describe Cardozo. Así hasta la tragedia del Aquidabán.

El episodio en sí de la muerte de López puede simbolizar la guerra toda. Por la estatura de su resistencia y por la villanía de sus asesinos.

Hay relatos directos de aquel episodio. Difieren. Ya veremos por qué.

Schneider, que participó en la operación, nos trasmite detalles: Al entrar en el campamento (del Aquidabán) la caballería brasileña, mandada por el general Joa Tavares, vio al dictador en un caballo oscuro (...) el ordenanza del coronel Tavares, llamado por apodo Chico Diablo (se llamaba Francisco Lacerda), le asestó la primera herida, en el vientre, que por haber interesado el intestino, era grave (...) En ese momento, salía de otro bosque el sargento mayor Cimeán de Oliveira y reconociendo a López gritó a su sargento: "Ese es López. Tírele. Mátelo de un balazo(...)". El sargento disparó siete veces con su carabina Spencer y López recibió otra herida (López alcanza las aguas del Aquidabá-niguí, donde le dan alcance por segunda vez). Subió del arroyo y cayó en la orilla, sin poder dar un paso más. "Muero por mi patria", fueron sus últimas palabras. Un soldado del 9º regimiento de infantería se echó sobre él y lo asió por el cuello, pero encontró tanta resistencia que ambos cayeron al agua (...). En ese instante, un soldado de caballería le dio el tiro de gracia con su carabina, que apoyó en el pecho de López, quien cayó completamente, echando torrentes de sangre por bocas y narices".

El general Cámara, jefe de la partida brasileña y después vizconde

de Pelotas, dejó varios relatos. El mismo 1º de marzo, fecha del episodio, elevando su parte al mariscal de campo Carneiro Monteiro, atribuye el crimen: "El tirano fue derrotado y no queriendo entregarse, fue muerto al instante. Le intimé la orden de rendición cuando ya estaba completamente derrotado y gravemente herido, pero no accediendo, fue muerto". El 13 de marzo, corrigió la versión (parte pormenorizado escrito en Concepción): "...herido, desanimado, exhausto, apeóse del caballo, se dirigió hacia aquel arroyo, con la intención de vadearlo y cayó en la barranca de la orilla opuesta. En esa posición lo encontré (...) Le intimé que se rindiera y que me entregara su espada (...). Por contestación me dirigió una estocada. Entonces mandé a un soldado que lo desarmase, y, se ejecutó esto en los momentos en que él exhalaba el último suspiro, librando a la tierra de un monstruo". El 20 de junio, en una tercera versión publicada por el "New York Herald", escribió estas palabras: "El mariscal López no fue ni pudo ser asesinado. Tampoco fue ejecutado. Todo es falso". Y concluye: "De esta exposición verdadera nadie tiene el derecho de dudar". Lo que merece palabras tajantes de Carlos Pereira: "No; nadie duda. Todos sabemos que Cámara es un embustero".

El general Silva Tabárez, rectificando a Cámara, refiere: "Intimado para que se rindiera, respondió, ya trabajosamente: "Muero por mi patria, con la espada en la mano". Y la descargó en la dirección del general brasileño. Se le tomó entonces por el puño para desarmarlo y se le disparó un tiro en la región dorsal".

Los médicos, por fin, extendieron un certificado sobre las cuatro heridas. Dijeron de la cuarta: "una herida de bala de fusil en la región dorsal, con una sola abertura, pues el proyectil quedó en la caja torácica". Precisión importante, pues estaban en juego las cien libras del premio al autor material de ese crimen.

En el episodio murieron, también, el vicepresidente Sánchez, el ministro Caminos, el coronel López (hijo del mariscal) y varios oficiales.

Así cayó el telón en ese drama.

Paraguay vio morir las cinco sextas partes de su población (un millón y cuarto, de un millón y medio).

Le robaron con rumbo a los mercados esclavistas del Brasil miles de chiquilines.

Le amputaron gran parte de su territorio (casi la mitad; las desavenencias de los vencedores permitirán que retenga, después, la zona del Chaco Boreal).

Le forzaron la navegación de sus ríos.

Le obligaron a pagar una indemnización por los gastos de guerra de los agresores: 900 millones a Brasil, 400 millones a la Argentina y 90 millones al Uruguay.

Le privatizaron las tierras, las fábricas y los servicios.

Le dinamitaron sus hornos de fundición.

Le quitaron sus armas.

Le demolieron sus fortificaciones.

Le prestaron 200 mil libras a cambio de pagar casi un millón y medio, entregando 300.000 hectáreas de suelo paraguayo como prenda de pago (la guerra se hizo "contra López y no contra el pueblo del Paraguay", según el documento firmado en Buenos Aires, pero naturalmente le cobraron las cuentas al pueblo paraguayo, después de muerto López); la "refinanciación" posterior del acuerdo, con la City, elevó la suma de la deuda a 3:220.000 esterlinas inglesas.

En una palabra: lo civilizaron.

Medio siglo después, el diario de los Mitre ("La Nación") se negaba, empecinadamente, a devolver al pueblo paraguayo las banderas logradas en esa campaña: "Los jóvenes que no sienten el pasado de nuestra historia, tienen todo el porvenir para ellos; ocúpense de él y dejen que el alma vieja de la nación guarde sus tesoros. O esperen para liquidar, aventando reliquias y recuerdos, la herencia de nuestros mayores, a igualar los esfuerzos, el coraje y la abnegación que éstos pusieron" (1915). ¿Es mayor la retórica o la estupidez? Allí está Paraguay, "la herencia de nuestros mayores", para mostrar la magnitud del crimen cometido cien años atrás.

"Los bandidos más expertos del país".

Retornemos al mes de febrero del 65, luego de la victoria de V nancio Flores, lograda de la mano de porteños y de brasileños y con bendición de la City. Formó su ministerio (integrado por Juan Ram Gómez, un terrateniente hermano de quien fuera víctima de Flores la gesta dramática de Paysandú, ¡sólo dos meses antes!). Lo ampar ban, desde la base occidental del Cerro, 8.000 soldados del Brasil. I la mano, de nuevo, de porteños y de brasileños, concertó don Vena cio el acuerdo contra Paraguay y se marchó a la guerra, al frente sus tropas, dejando a la cabeza del gobierno al doctor Antonino Vid Retornó el dictador en octubre del 66.

Aparte, por supuesto, del crimen cometido contra Paraguay, cara terizaremos su gestión apuntando la mira en cuatro direcciones: la c misión de todos los abusos, la supeditación al exterior, el espejismo prosperidad y la prevista reconciliación con el catolicismo más conse vador.

Lo primero está documentado: despido masivo de los funcion rios que no certificaran su coloradismo, baja de los jefes y oficial que no fueran adictos a los invasores, partidismo discriminatorio (" avidez por los puestos empezó con prodigiosa actividad, pues cada v por traía de Buenos Aires una legión de patriotas perseguidos y famélicos solicitantes... se vieron los blancos perseguidos y barrid en masa; privilegios del Cuerpo Legislativo, del Poder Judicial, de Universidad, todo ha sido invadido, hasta el punto que la prensa la orilla derecha, tan favorable, llegó a escandalizarse y creyó su deb aconsejar pudor a los amigos de la orilla izquierda", informó a su g bierno Maillefer, emisario francés); además atropellos grotescos q tuvieron por protagonistas a los hijos de Flores. Citemos otra vez Maillefer: "...el joven pashá de Canelones, Fortunato Flores, recie temente se concedió el pasatiempo de apalear con sus propias manos un súbdito español y de encadenar a otro por una entrega atrasada

algunos minutos... la extremada debilidad conyugal o paterna del dictador se convierte en un serio obstáculo para su gobierno. Y todavía el domingo por la tarde, Eduardo, su hijo menor, quería de todos modos apuñalear al jefe político de la capital, porque éste le discutía el privilegio de golpear y encarcelar a la gente a su gusto. Fue necesario que el papá y la mamá corrieran personalmente al Cabildo. Después de esto, una escena muy viva tuvo lugar en el hogar en que el general declaró a su imperiosa Agripina que sus hijos, mimados por ella, lo obligarían un buen día a abandonar el país'' (de la correspondencia consular). Otro informe, entre muchos, relatando cosas parecidas: "Fortunato Flores insultó como traidores al Juez de Crimen, al secretario de la legación argentina y al propio señor Flangini, uno de los ministros de su padre''. Resuelven, entonces, mandarlo por algunos meses a París, con un viático de doce mil pesos. En el banquete de despedida, otro miembro de la familia, el joven Secundino, salta sobre la mesa, trata de cobardes a los convidados, rompe el servicio de honor del Gran Hotel Americano; luego, no contento con esas proezas, se va, empuñando el revólver, a insultar a los conservadores del Club Oriental, abofetea a un oficial y conduce a la casa paterna un tropel de beodos''. Dos semanas después, Fortunato, aburrido, estaba de regreso.

Agreguemos, aquí, negociados y fraudes. Maspero, que viajaba por el Uruguay, sentenció duramente: los hombres del gobierno "se habían reclutado entre los bandidos más expertos del país''. Se multiplica la especulación (el metro cuadrado subió en la ciudad su valor de cuarenta centésimos hasta diez pesos). Se acumulan fortunas aprovechando el abastecimiento de las tropas aliadas que parten para Paraguay. Se enajenan a particulares los bienes del Estado y las tierras fiscales. El fraude sancionó las ilegalidades. Al elegirse juez en los comicios del 67, José Pedro Varela denunció: "un gran escándalo en que ni siquiera las formas han podido salvarse''.

La dependencia tocó los extremos (ya registramos, antes, el decreto que diera vigencia —de nuevo— a los tratados del 51, revocando su derogación);

—obsecuencia con Francia: "Traté del asunto de las reclamaciones por nuevos perjuicios de guerra, que sólo en Paysandú se elevarán a alrededor de un millón de pesos fuertes. El señor Castro (ministro de Flores) no las rechaza y el señor Gómez (ministro, también) las admite... y hasta desearía que se ocuparan en seguida de comprobar y avaluar los daños, concediendo a los perjudicados títulos que den interés'' (Maillefer, a París);

—servilismo con Brasil: "renunciando a una renta fructuosa, el gobierno de Flores, para dar al Imperio una prueba de su amistosa consideración, por una decisión fechada el 11 del corriente acaba de eximir de derechos de aduana a los artículos destinados al consumo de las fuerzas imperiales'';

—hospitalidad con la flota española de guerra que atacaba puertos de Chile y Perú y se aprovisionaba después en el Plata, m vando enérgicos reclamos de Santiago y Lima;

—ligereza para precipitar (sin medir consecuencias) la interv ción ajena: en febrero del 68, al fin de su mandato, enfrenta la vuelta de sus propios hijos que aspiran al poder, pidiendo proteccí a los ingleses, italianos, franceses, españoles y norteamericanos con Fortunato, que se apoderó de la ciudad. Escribe a los agentes extr jeros "con el objeto de saber de los señores agentes y almirantes de estaciones navales actualmente en el puerto, si en presencia del esc daloso motín militar que estalló el día de ayer, encabezado por el c ronel don Fortunato Flores... podrá el gobierno contar con la int vención armada de las fuerzas marítimas desembarcando en la Adı na". Desembarcaron 500 marinos de las diversas flotas extranjeras y devolvieron el poder a Flores.

Los préstamos ataron esa servidumbre. El 8 de mayo del 65, B sil le adelanta 600.000 pesos. En noviembre anticipa 200.000 más. enero del 67 le concede un subsidio mensual (de 30.000) que llegó superar los 500.000 pesos. Aparte de los préstamos que se concertab para gastos conjuntos militares. Leamos otra vez a Maillefer: "el teso brasileño provee por subvenciones mensuales avaluadas como mínimo 150.000 pesos a estos gastos de armamentos y a otros de los que no habla; esto es enteramente conforme a los antecedentes brasileños colorados".

Tocamos, entonces, la prosperidad y cierto desarrollo dependien El ingreso per cápita uruguayo, superaba al de EE.UU. y quintuplica a Brasil. Duplicamos, en los años de la dictadura, el monto global comercio exterior. Iniciamos, con técnica industrial, el proceso de co servación de la carne. Tuvimos el telégrafo (con Buenos Aires, en 66; hasta Florida, en los años siguientes). Conocimos el ferrocarı en sus primeros tramos (viajar a Cerro Largo o a Tacuarembó — donde no llegaba, por supuesto, el tren— "resultaba más lento, pe groso y accidentado, en un país con tantos cursos de agua y sin pue tes, que la travesía del Atlántico", puntualizan Barrán y Nahum).

Detengámonos, algo, con respecto a la carne y al ferrocarril.

Fray Bentos fue la sede de la primer industria de la carne. L primeros ensayos de fabricación del extracto de carne (aplicando l procedimientos descubiertos por Justus von Liebig, un barón alemán se efectuaron en el saladero de Hughes convertido en "Saladero Liebig" ("Liebig's Extract of Meat", exactamente) en el 65. La ciudad —6 habitantes—, se desarrollaba con celeridad. "Aquí ya existe más acti dad que en todas las otras ciudades del país", escribía don Augus Hoffmann (fundador de "Villa Independencia", como se le llamara in cialmente). Y la prensa, en Europa, apuntaba: "El hambre que aso a grandes comarcas de Inglaterra, los precios altos de la carne en to

ese país y la necesidad reconocida de abastecer a la marina inglesa con carnes mejor conservadas y en mayor cantidad, han sido motivos para que la atención de aquel gobierno y del pueblo inglés se haya fijado fuertemente en las carnes del Río de la Plata, tan aplaudidas en la reciente Exposición de Londres y, según parece, se están dando pasos enérgicos para preparar esta carne y traerla a Europa, en grandes cantidades. Una compañía monstruo se forma en Londres para el desarrollo de este nuevo comercio". Esos pasos se daban aquí. El Saladero Liebig impuso el extracto de carne uruguaya en el mundo. "Se alimentan con él los sitiados franceses en 1870. Nansen lo lleva a los hielos polares. Stanley, a los ardientes desiertos y bosques imponentes africanos", informa Barrios Pintos. "Dos mil quinientas reses quedaban reducidas a extracto en el día: bastaban 24 horas para exprimir unos mil novillos". Poco tiempo después, en el 78, se exporta, para Europa, la primer lata de "corned beef". La etiqueta registra su nombre: "Fray Bentos"; la ciudad que tuvo luz eléctrica por estos años (antes, inclusive, que Montevideo). El "Saladero Liebig", por su parte, acumula cuantiosas ganancias. Antes de convertirse en el "Anglo" (1924), operaba por un millón y medio de libras esterlinas y además de sus plantas de elaboración era dueño, también, de 7 estancias en el Uruguay, 12 en el Paraguay y 35 más en la Argentina.

El ferrocarril es del 67, inaugurando el primer recorrido a Las Piedras, al año siguiente. La inversión inicial —seis millones y medio— correspondió al capital nacional. (Daniel Zorrilla fue su promotor: Senén Rodríguez y Juan Miguel Martínez sus colaboradores). Esa empresa uruguaya dio pérdida inicial: 17 mil pesos en el 69, 9 mil en 1870, 3.500 en el 71. En el 72 arrojó las primeras ganancias. Y entonces aparecen los ingleses que meten la mano y se quedan con el ferrocarril, según más adelante veremos.

¿Y cómo se aprovecha la prosperidad? Malgastando en inversiones no reproductivas. Derrochando en consumos de lujo. El país "comenzó a edificar, a decorar, a vestirse, a comer, a beber, a divertirse a la francesa" (Benvenuto). Importamos, por año, 22 millones de litros de vino! Levantamos edificios góticos en Montevideo (la capilla de Jackson, por ejemplo). Tuvimos, en el Prado, mansiones y quintas exóticas (Buschental creó un pequeño jardín zoológico con fieras menores; "alegres y revoltosos simios, osos hormigueros de largos hocicos, aves de plumajes multicolores, cobras y pitones de las selvas del Brasil... Buschental recorría el parque precedido de criados y *groomes*"). Inauguramos el Hotel Oriental, con 150 habitaciones.

Incrementamos el número de coches de paseo en un 175%. Importamos coñac y perfumes, carruajes y cristales, pianos y ropas finas, por sumas millonarias. El 77% de las importaciones nos abasteció de artículos de lujo; sólo el 23% de cosas necesarias.

Anotemos un dato lateral. Al margen de las rentas de la prospe-

ridad, se organizaban, incipientemente, los trabajadores. El 65 es fecha de la formación del primer sindicato: la Liga de Tipógrafos (Montevideo.

La reconciliación con el catolicismo (retirando proyectos de B rro, permitiendo el retorno de los jesuitas), agregó los acentos m conservadores al régimen de Flores. Comenta Maillefer: "muchas c estas medidas han disgustado a los mismos colorados y acarreado : gobierno el reproche de excederse de su misión decidiendo los má graves problemas antes de la restauración del régimen constitucional sobre todo el llamado a los jesuitas ha estado a punto de levanta una tempestad''.

El 15 de febrero del 68, apenas sofocado el motín de sus hijos se termina el mandato "provisorio'' de Venancio Flores. Pedro Varela de 31 años, será sucesor interino en el par de semanas que faltan par las elecciones. Antes, sin embargo, se desencadena, el 19, el drama ("el día de los cuchillos largos'', le dice Real).

Revuelta de los partidarios de Berro, conducidos por él, en la mañana, para evitar el fraude preparado. Asalto contra el Fuerte de Gobierno a los gritos de "Abajo el Brasil; viva la independencia Orien tal y el Paraguay!'' Un éxito inicial, que tropieza después con la muerte del coronel Freire, encargado de sumar las fuerzas del primer batallón de Cazadores. Se abandona el lugar conquistado. Se esconden temerosos, los buenos burgueses ("váyase para su casa, que yo voy a hacer lo mismo'', susurra a sus amigos Gervasio Muñoz). Se arriman a la plaza "hombres emponchados y armados de trabucos y puñales''. Y después el drama: asesinan a Flores, al salir de su casa; prenden a Berro y lo asesinan, indefenso, dentro del calabozo.

Citemos a Real: "En un corto lapso, las dos muertes se jugaron en un escenario montevideano minúsculo; entre el Sodre de hoy y la plaza Zabala, entre Rincón y la Rambla fue todo. Sin embargo, los dos episodios son disímiles y aún simétricamente disímiles. Del fin de Flores, dramatizado por Blanes en un cuadro muy conocido, se sabe todo menos la filiación de sus autores. El coche, los compañeros, los emponchados, la absolución de Soubervielle; no hay perfil que no sea claro, salvo la identidad de los ejecutores''. La muerte de Berro queda casi siempre reseñada en el par de renglones de la simple mención. Agreguemos, por eso, detalles. Peralta nos relata la sorpresa de todos al advertir que Berro, solitario, avanzaba por el medio de la calle, mientras que se le cierran las puertas, hasta que lo detienen (Reconquista y Alzaibar, actuales). Huertas anota que lo apuñalaron tan salvajemente "que los billetes de banco que llevaba encima quedaron completamente inutilizados''. Peralta, de nuevo, señala al homicida: "el ex comisario Barbot''. Y Maillefer corrige: "después de dos horas de insultos y de agonía, es masacrado por la propia mano de Segundo Flores, un muchacho de 18 años'' (hijo de don Venancio). Después

lo cargaron en un carro de basura y lo exhibieron por Montevideo, ultrajando sus restos. Comenzaba, con saña, la revancha.

Al paraguayo Juan José Brizuela lo metieron preso (seis meses de cárcel) por haber saludado a don Bernardo Berro, antes del episodio. Pero fue lo de menos. "En la ciudad los blancos eran perseguidos, arrestados y fusilados sin piedad", informa a su gobierno el cónsul ya citado. Tomás Pérez y Ocampo fueron degollados. "El Siglo" hace la cuenta: 500 fusilados. Varela (el presidente), ordena que le cursen un mensaje a los jefes políticos (todos colorados): "mataron a nuestro querido general Venancio Flores; reúna a la gente y véngase", pero una "confusión" altera la palabra final del mensaje que se trasmite así: reúna a su gente y *vénguese*", lo que autorizará que se desate, por órdenes expresas de la presidencia, una carnicería.

En esas condiciones se eligió sucesor. Y fue Lorenzo Batlle.

"El caudillo oscuro".

Elección ilegal: Pedro Varela, que tuvo el poder interino en el trágico par de semanas antes de los comicios (como presidente del Senado del régimen de Flores), no tenía siquiera la edad requerida por la Constitución para ser senador, le faltaban dos años para 33, el mínimo exigido.

Dividieron sus votos ajustadamente los legisladores (todos colorados): 21 en apoyo de Lorenzo Batlle; 20 por "Goyo Jeta" (Gregorio Suárez, general y golpista, también). Maillefer informaba al gobierno francés que los votos fueron disputados afanosamente: se cotizaron entre 1.500 y 3.000 pesos fuertes!

Se adoptaron, también, otras resoluciones generosas. Dos mil pesos por mes de pensión a la viuda del general Flores. Mil quinientos, por mes, al nuevo presidente ("es más, en proporción, que el sueldo del presidente de Estados Unidos", comentó el asombrado emisario escribiendo a París). Maillefer recibió la visita de Batlle, después, y anotó observaciones: "Su excelencia engorda en medio de las tribulaciones del poder, por cuyo usufructo positivo sus antecedentes atestiguan, por otra parte, que tiene una inclinación muy decidida".

La gestión de gobierno se caracterizó por estas directivas: repetición de todos los abusos de su antecesor, impotencia para controlar los desmanes de ciertos caciques de su propio partido, incapacidad en el enfrentamiento a la crisis que se desató (atado, por su parte, a la espe-

culación) y complicidad criminal en el acto final del ataque con Paraguay.

La discriminación partidista, los abusos graves de poder y el frau electoral, demuestran lo primero. "Gobernaré con mi partido y para partido", advirtió el presidente. La conscripción forzada (una leva rur reforzó su poder. "El gobierno no puede ni debe abstenerse, no debe puede dejar de injerirse en las elecciones con el objeto de conseguir u cámara que acabe su obra" editorializó "la Tribuna", vocero guberna Los Jefes Políticos fueron portavoces de las instrucciones gubername tales: "Tengo orden de nuestros amigos, los generales Caraballo y Su rez, para hacer triunfar en esta villa al vecino don Pedro Coello", orc naba el jerarca mayor de Maldonado a sus lugartenientes en las comis rías. Y el ministro de Gobierno redactaba esta nota: "Adjunto a ust las listas para suplentes de representantes que debe elegir el depart mento de Canelones. El Gobierno se complacería en el triunfo de es candidatos y espera, para facilitar su administración, la ayuda de s adictos en ese sentido" (circular oficial).

El enfrentamiento con otros caudillos del coloradismo ("esos p queños bajáes"; Máximo Pérez, Caraballo, Suárez o Nicasio Borges melló su poder. Pérez —un personaje casi legendario que tuvo el pod en Soriano y lo ejerció con métodos expeditivos ("Máximo Pérez esc pió en el suelo y conminó: Antes de que se seque esta escupida el asur to tiene que estar terminado") fue el primero en cruzarse delante d Batlle; "Repito a Vuestra Excelencia —escribió al presidente— qu debe morigerarse, pues de lo contrario me he resuelto yo derrocarlo balazos (...) Concluyo a V.E. pidiendo las más amplias garantías par todos los colorados de mi departamento, pues si ellas no se nos preser tan, por medio de nuestras chuzas nos las haremos dar". Replicó gobernante exigiendo al caudillo que se presentara para rendir cuenta del atrevimiento. Y Pérez contestó: "Díganle al Presidente que de Mon tevideo a Mercedes hay la misma distancia que de Mercedes a Mon tevideo".

Heredaba Batlle, como vimos, un espejismo de prosperidad, visua lizado en los primeros puentes, los primeros tranvías en Montevideo y el nuevo servicio de las aguas corrientes en la capital. Pronto se derrumbó.

Se ligaron factores internos y externos en ese colapso.

Citemos, por ejemplo:

—nuestras insuficiencias y carencias: "La República Oriental, depende, casi exclusivamente de los mercados del exterior. De ahí su estado de atraso y su falta de crédito, en parte. Ella sufre la influencia de las oscilaciones mercantiles de los países que le envían sus productos, y de ese modo, grava también sus intereses. Esto no sucederá cuando logre independizarse por completo, es decir cuando la industria nacional protegida por los gobiernos se arraigue, y entonces bastándose a sí misma

salvará las fronteras y podrá establecer racionalmente la teoría del libre cambio. Hay que convencerse que ese sistema por el momento es inútil'' (publicación de la Liga Industrial); "Tenemos millares de leguas baldías que se prestan a todos los cultivos y sin embargo compramos trigo a Chile y papas a Francia. Tenemos millares de novillos y de ovejas y Europa nos envía el cuero curtido para nuestros zapatos y los paños para nuestros trajes'' (Francisco Bauzá, en el 76);

—las deficientes comunicaciones: caminos embarrados y arroyos crecidos, demoraban dos meses el viaje de una tropa de Artigas o Rivera hasta la capital (un barco, mientras tanto, demoraba 34 días en alcanzar Europa);

—el despilfarro (del que ya dimos cuenta);

—la especulación en el aire (la Sociedad de Fomento Territorial proyectó levantar, en el Paso Molino, "un gran paseo con teatros, hipódromos, numerosos chalets de recreo y grandes bosques, por un costo de medio millón; Montevideo debe quedar convertida en plaza de comercio y sus pobladores deberían trasladar sus viviendas a los alrededores porque es necesario cambiar de aire después del trabajo'');

—la proliferación de bancos en Montevideo (Italiano, Navia, Comercial, de Londres, Oriental y Mauá);

—la emisión sin control (una ley anterior autorizó a emitir por un valor tres veces superior al encaje metálico correspondiente y el gobierno perdió el contralor sobre bancos respecto a los cuales era mero deudor);

—las epidemias que afectaron a la ganadería en el 68 y las inundaciones del 69, que arrojaron un saldo de pérdidas grave estimado por sobre los 30 millones de pesos;

—la baja de los precios de nuestra producción (afectados, como ya veremos, por causas externas): la arroba de lana bajó a la mitad, de 3.20 a 1.80, el valor de una vaca bajó de 6 pesos a 3, el valor de una oveja de 3 pesos a 1.

Conjuguemos, también, los factores internacionales:

—el fin de la guerra civil en EE.UU., con la victoria del proteccionismo nordista, la ruina —transitoria— de la producción de algodón y el estímulo a la producción de lana, cerró dicho mercado a nuestra exportación ("el Gobierno Norteamericano ha puesto un arancel del 25% sobre la lana, lo que ha, en gran medida cerrado ese mercado'', comentaba Murray, en el 69);

—la crisis financiera del 66 (originada luego de la quiebra de la casa de descuentos Gurney, arrastrando a la Bolsa de Londres al "crack'') afectó, por supuesto, los precios internacionales;

—la política nueva de Brasil (en protección de los saladeristas del sur), también nos afectó: "hasta diciembre de 1869, el tasajo pagaba el 10%; ahora pagará un 55%'';

—la insurrección cubana del 68 contra la dominación colonial (la guerra de diez años) dañó la producción azucarera y redujo, para-

lelamente, las importaciones cubanas del tasajo nuestro: el promed de ventas uruguayas a Cuba (17 millones de kilos por año), bajó 35%, a los 11 millones de kilos.

Todo repercutió sobre la deuda externa y motivó la retracción d crédito exterior (se concertó con Thompson un empréstito nuevo y só recibimos la tercera parte de lo concertado: 5 millones por los 16 conv nidos). Y abatió, sobre todo, las exportaciones globales: las ventas (lana bajaron de los 19 millones de kilos a 9; las ventas de tasajo desc los 35 millones hasta 22.

Al asomar los indicios de crisis, se recurrió, para paliar efectos, a la emisión de mayor circulante. Esa especulación contó, por unc meses, con la cobertura oficial: el curso forzoso de aquellos billetes (qu despertaban ya la desconfianza) y la inconversión de los mismos, por que no resultaba posible cambiarlos por oro, ni siquiera de habers atenido los bancos a la legislación. Mauá (150 mil hectáreas, 200 mi cabezas de ganado, saladero, las acciones del gas y el telégrafo, má el dique que lleva su nombre), especuló al amparo de la protección gubernista. A comienzos del 68, con un respaldo metálico avaluado e 800 mil, llevaba su emisión hasta los 2 millones 800 mil, superando e límite legal. Unos meses después, cobijado por la inconversión, reduciendo el encaje a 600 mil pesos, elevó la emisión por encima de 7 millones. El valor verdadero del peso bajó de 29 centésimos a 3. Entonces el gobierno se negó a mantener aquella protección y así se generó la corrida bancaria que llevó los bancos a la quiebra. "El día de la reapertura de los bancos, permaneció acuartelada la Guardia Nacional, estuvo sobre las armas el Batallón Urbano, las policías de extramuros vinieron a la ciudad y acamparon en las plazas Independencia y Cagancha y se organizaron numerosas patrullas para recorrer las calles. El Gobierno, que todavía no consideraba suficientemente asegurado el orden, autorizó también a las legaciones y consulados extranjeros para bajar a tierra la marinería de las escuadrillas surtas en el puerto, y haciendo uso de esa autorización bajaron y acamparon en el Mercado del Puerto y sus inmediaciones 1.300 hombres''. Era la bancarrota.

Timoteo Aparicio expresó, con su lanza, la protesta indomable contra el desgobierno. Comenzaba marzo de 1870.

Juntó sus montoneros (sólo 44, inicialmente, contando los jefes) en suelo entrerriano; allí se refugiaban los blancos emigrados y allí conocieron la solidaridad federal expresada por López Jordán. Emprendieron el cruce por Salto, sobre la barra del Arapey Grande. Timoteo Aparicio (quizás analfabeto) formuló, desde allí, su primera proclama revolucionaria. Enjuiciaba los hechos ocurridos desde el 65: "Ay de los vencidos!, exclamaban de un confín a otro de la República cada caudillejo, cada presidiario transformado, llevando escrito en su divisa roja la absolución anticipada de todos sus desmanes; por eso 25.000 orientales están fuera de su patria''. Acusaba al gobierno de Batlle por esos desmanes:

"otros asesinatos en medio de la luz del día y ante las miradas espantadas de América" (el crimen contra Paraguay, por ejemplo).

Se le sumaron fuerzas, en seguida. Mendoza, Madariaga y Olivera invaden por Carmelo. Britos por el litoral. Estomba, Palomeque y Visillac insurreccionan diferentes zonas. Pampillón se pronuncia por el levantamiento. Vacilan los doctores en Montevideo (Aparicio juntó sólo 200 pesos para financiar la revuelta; después los condenó: "juegan con los destinos de la patria como los corredores en la Bolsa; nada me ofrecieron, nada les pedí"; anotó "la indiferencia de los hombres de nuestro partido... los más opulentos"). Pero se levantan, para respaldar la rebelión armada, los caudillos que con tradición colorada, estuvieron al lado de blancos en épocas de la fusión, condenando, por eso, los gobiernos de Flores y Batlle. Citemos al más relevante: Anacleto Medina, con 82 años (montonero en los tiempos de Artigas, instructor junto a Pancho Ramírez, vencedor de Ituzaingó y Cagancha, amigo de Rivera, ligado con Pereira a la fusión, ejecutor —por eso— de las instrucciones gubernamentales en lo de Quinteros y defensor de Berro). Firmó, con Aparicio y con Muniz, un mensaje en que se levantaban dos banderas políticas: unidad nacional contra el exclusivismo y defensa de la independencia, afirmando la soberanía: "Sólo a un gobernante de la talla del general Batlle debe estar reservado decir a la faz del pueblo que gobernaría con su partido y para su partido!, y sólo a un gobierno como el suyo puede caber la innoble satisfacción de considerar como parias a sus adversarios (...)si no venimos buscando lo quimérico, es decir, la fusión de los partidos, venimos proclamando la tolerancia, la consideración y el respeto por todos (...) es necesario que hagamos, en nuestra esfera de Estado independiente y soberano, política propia, eminentemente nacional". Agregaba, Medina, un mensaje de tono personal: "Me siento rejuvenecer al pensar que la Providencia ha querido conservarme la vida para que pueda cooperar a la obra santa de la unión de los orientales".

Empuñan lanzas, unas pocas pistolas, boleadoras, facones, sólo cinco fusiles ("Aparicio jamás cargó otra arma que su potente lanza, el general Muniz entraba a la pelea sin más armas que un látigo, el coronel Pampillón usaba el facón y las boleadoras"). Enfrentan, así, al ejército bien equipado de Batlle, compuesto, sobre todo, de reclutas italianos, como había sucedido durante la Defensa. Dos anécdotas narradas por Arózteguy lo registran de modo jocoso. "No me rumpa la chaqueta", grita un italiano perseguido por una partida rebelde que de antemano se va repartiendo el atuendo del apurado soldado gubernista. Otro, acorralado por unos montoneros, pretende hacer valer su condición de blanco mencionando su origen maragato, puesto que San José fue siempre baluarte oribista: "nu mi mate —grita— qui soy maragato di San Cusé!" Lussich recordará, por boca de sus personajes, la victoria rebelde en Severino, aludiendo en sus versos a la integración de la tropa de

Batlle: "allí rayamos los pingos: ¡qué dia de matar gringos!" Aparicio, midiendo políticamente la importancia de la emigración, dirige una proclama "a vosotros, los más numerosos colonos extranjeros", apuntando que sus intereses nada tienen que ver con el "círculo de especuladores": "qué importa a todos esos ambiciosos que vuestras casas, vuestras quintas, vuestras chacras, sufran con la presencia del beligerante".

Desencadenada la guerra, se desata con ferocidad. "Es un puñado de locos", había informado —con respecto a los rebeldes— el jefe gubernista del departamento de Salto en las primeras horas del levantamiento. "Asesinos vulgares", califica, después, la prensa gubernista con su terrorismo verbal. "El Siglo" ("principista") le suma el racismo a su juicio: "Aparicio, el caudillo oscuro, metafórica y literalmente hablando, es el General en Jefe del Ejército rebelde y el Jefe, por consiguiente, del partido blanco. Por pudor aún hay algunos nacionalistas que lo niegan, asegurando que el General en Jefe es Medina. Nosotros no decimos que mejoren en el cambio; entre un asesino traidor y un asesino alevoso no hay lugar a escoger". El país, sin embargo, no vio con tales ojos a la revolución. Pronto fueron diez mil los insurrectos. Vencieron en Severino y volvieron a vencer en Corralito. En setiembre sitiaron a Montevideo y en noviembre tomaron la fortaleza del Cerro. Batlle se desmoronaba.

"La República terminaba en el Arroyo Seco".

Una guerra feroz y primitiva. En Soriano las fuerzas gubernistas le prendieron fuego a los esteros en que se refugiaban tropas enemigas. Goyo Suárez mandó degollar a los músicos de un regimiento por desafinar. Pampillón y Gil (rebelde y colorado, respectivamente) interrumpen el choque de sus fuerzas para disputar un duelo personal —a lanza inicialmente; después con facón y con "bolas"— mientras los escuadrones aguardaban, separados por una distancia de cuadras.

Tuvo la insurrección empuje suficiente para poder acorralar a Batlle en los primeros meses del levantamiento. Hacia fines de 1870, en posesión del Cerro de Montevideo, tocaba la victoria con la mano. Pero los gubernistas logran romper el cerco, recuperan el Cerro, derrotan en el Sauce a los rebeldes (Anacleto Medina recibió dos balazos en esa batalla) y echan en la balanza el peso de las armas de repetición: las carabinas "Remington", inglesas, y las primeras ametralladoras.

Emigraron hacia Buenos Aires algunos oficiales insurrectos. Apa-

ricio y Medina ordenaron una retirada, con rumbo al litoral, que tomó caracteres penosos. Las enormes heladas del invierno del 71, provocaron estragos entre los rebeldes, sin equipamiento para tal rigor. Vencieron, en Cardoso, las tropas del gobierno. Volvieron a vencer en Manantiales (17 de julio del 71), donde murió Medina. Cuentan que Carlos Viana le dijo al general, en medio del desastre:

—Señor, dispare que el enemigo está encima.

—Yo no disparo nunca.

—Dispare, señor, —habría agregado Viana golpeándole el caballo. Medina lo frenó, enfrentó al enemigo y quedó atravesado por diversas lanzas. Lo descuartizaron arrojando después los trozos de su cuerpo ante la casa de sus familiares en Montevideo.

Sellada, ya, la suerte de la revolución, no consigue el gobierno rendirla, desparramándose las montoneras en el interior. Presionan, a su vez, los estancieros, para que se logre algún avenimiento (han sufrido pérdidas enormes, por requisas continuas de ganado). El ejemplo de Jackson es bien elocuente. "¿Cómo reaccionó ese propietario frente a la destrucción de una de sus mejores estancias ovejeras, la del Cerro del Capetón? Exigió al mayordomo que retuviera todos los recibos que pudiese para luego presentar los reclamos correspondientes al gobierno —he ahí, en ciernes, a la futura deuda pública provocada por la revolución del 70—; pero también reaccionó de manera casi feudal con una orden por la cual el mayordomo debía negarse a pagar la contribución directa de ese año y del siguiente. En medio de la anarquía, la resolución de Jackson llevaba el típico corte de la respuesta de un señor de vidas y haciendas, pero de un señor que era, a la vez, un empresario moderno".

En ese desorden termina el gobierno de Batlle, y Tomás Gomensoro, tras el interinato previsto por la Constitución, prolonga su mandato y renueva las conversaciones de paz iniciadas con la mediación del gobierno argentino.

Será la paz de abril. Tres compromisos son estipulados en el documento que lleva la firma de los emisarios de la revolución y el gobierno:

—"Todos los orientales renuncian a la lucha armada y someten sus respectivas aspiraciones a la decisión del país... por medio de las elecciones";

—"nadie puede ser encausado ni perseguido por actos u opiniones políticas anteriores al día de la pacificación";

—"el Gobierno acuerda la suma de quinientos mil pesos que se llevará a cuenta de los gastos de pacificación; esta suma se depositará en uno de los Bancos de esta ciudad, y estará a la disposición de los comisionados que designe la revolución".

Un cuarto compromiso —el de garantizar la libertad electoral con la designación de los jefes políticos departamentales "que merezcan confianza de todos"— se tradujo, en seguida, en la designación de cuatro jefes blancos, en un total de doce: Remigio Castellanos en San José,

Pedro Silva en Florida, José G. Palomeque en Cerro Largo y Pedro Goldaraz en Canelones. Derrotada en los campos de batalla, la revolución conseguía políticamente sus metas: el respeto por la oposición y el derecho a coparticipar en la administración.

Aparicio aceptó, desconfiado, subrayando su desprendimiento: "El general Aparicio será tal vez mañana nada más que el coronel Aparicio viviendo en su rancho y necesitando del trabajo personal para subsistir en sus últimos años". Antonio Lussich (montonero de 22 años, que emigró a Buenos Aires después de la paz) volcó en forma de versos el recelo por esos papeles firmados. Le llamó "Los tres gauchos orientales" al relato que versificó, cuya temática y estilo anuncian, con anticipación, al "Martín Fierro". Expresó amargamente aquella desconfianza y censuró la capitulación ("esta paz que jiede a manchas"). Cuestionó las promesas gubernamentales:

"Y tan poco será eso,
que entre velas y candiles
se irán los quinientos miles,
y pa el gaucho... ni abrá un queso.

Y otras veces, si en su pago
se encuentra viviendo a gusto,
le han de pegar más de un susto
diciendo que es gaucho vago,
y si hiciera algún amago
de golpiárseles la boca,
entonces, cuñao, le toca
la más grande lotería...
va a dar a la infantería
y me le rapan la coca".

Excusó, claramente, la responsabilidad que pudiera tener Aparicio:

"No es el general, creamé
quien nos ha clavao del pico
son los que untan el bolsico
con la sangre de este páis..."

Aconsejó resistir el acuerdo:

"lo que sí, no entriego yo
las armas con que pelié,
y un hoyó en mi pago haré
pa allí poder enterrarlas,
y si es menester usarlas
pronto encontrarlas sabré".

La paz, sin embargo, se consolidó. Y Gomensoro encabezó un gobierno de conciliación.

En su corta gestión (un año, exactamente), defendió, por dos veces nuestra soberanía. Contestó muy enérgicamente una reclamación del banquero Mauá, tramitada por el embajador del Brasil: "Cuando el Sr. barón de Mauá haya cumplido como debe las prescripciones de nuestras leyes; cuando haya demandado al gobierno ante los tribunales competentes, cuando los tribunales no lo escuchen o cuando el gobierno declarado deudor se resista a cumplir sus obligaciones, entonces podrá invocar el barón de Mauá la protección de su Gobierno, entonces, en fin, podrá V.E. ejercitar su acción diplomática". Con la misma firmeza, contestó los reclamos del agente de EE.UU. que reclamaba el pago de ganados en favor de un estanciero norteamericano dañado, según él, por el gobierno y agregaba, con más insolencia, que formulaba la demanda "en un papel común y no en papel sellado" porque en su calidad de ministro extranjero, no estaba sometido a nuestra ley. Respondió Gomensoro: "El ministro norteamericano se presenta como apoderado de un estanciero. Son dos calidades que se excluyen y el gobierno se opone a reconocerlas. Con la misma razón que hoy se invoca respecto del papel sellado, mañana se invocaría contra los trámites del juicio civil. Los agentes diplomáticos gozan de inmunidades que no deben servir para colocarlos en situación distinta a la de los demás litigantes del fuero común. Si opta por litigar, debe empezar por renunciar a sus funciones diplomáticas. Eso en cuanto al uso del papel sellado. En cuanto al fondo de la reclamación, salta a los ojos la improcedencia de la acción entablada. El reclamante debe presentarse no ante la cancillería sino ante los tribunales".

Después, las elecciones. En un marco político distinto. Se agrupaban, en el coloradismo, para cerrar el paso a Gomensoro, los denominados "liberales" (herederos, políticamente, de los "conservadores" que cuestionaron, antes, la fusión): José Pedro Ramírez, Juan Carlos Gómez y Julio Herrera y Obes (hijo de don Manuel). En filas adversarias, los caudillos vencidos dejaban lugar a "doctores" que se avergonzaban del nombre de "blancos" y formaban el Club Nacional (la denominación tuvo sentido suprapartidista y no nacionalista), para llamar, por fin, "Partido Nacional" a la vieja colectividad: Juan José de Herrera y Agustín de Vedia lideraron esa evolución. Otros se definieron como "radicales" y llevaron más lejos su desvinculación con viejas tradiciones partidarias: Carlos María Ramírez, Jacobo Varela, Aureliano Rodríguez Larreta y Gonzalo Ramírez. Esa lista de "notabilidades" se puede completar con Justino Jiménez de Aréchaga, Carlos M. de Pena, Pablo de María, Duvimioso Terra, Acevedo Díaz y Joaquín Requena. También, José Pedro Varela.

Se les define como "principistas". Acertado plural para englobar a todos porque si no formaron un partido concluyeron en una corriente

común. "¿Qué eran los principistas? Nos gustaría llamarlos los trotskistas del liberalismo, los platónicos de la libertad", define Real de Azúa. Y dibuja la imagen: "un ser austero, rígido, altisonante, que anteponía siempre sus geométricas convicciones liberales a todos los dictados del interés inmediato, a todas las deformaciones de la conveniencia (y hasta de la convivencia) . . . una yerta efusión de grandes palabras, sonoras generalidades, fórmulas resplandecientes".

Deteniendo el análisis, más, podemos singularizarlos con estos elementos:

—principismo: adhieren a principios, que suponen rectores, con menosprecio por la tradición partidista inflamada en los años pasados de guerra civil;

—liberalismo (política y económicamente);

—conservatismo (expresaban, con celo, intereses de clase);

—elitismo: Carlos Mª Ramírez dedicaba su curso de Derecho Constitucional a subrayar la especial importancia de la libertad religiosa y de la libertad irrestricta de prensa; la primera era causa de preocupación de un pequeño sector, la segunda no quitaba el sueño a los analfabetos ("esas libertades erán, de seguro, indiferentes al noventa y nueve por ciento de la población");

—desarraigo ("la república terminaba en el Arroyo Seco" para tales doctores que añoraban a París y Londres);

—marcada tendencia a la cipayería: Ramírez predicaba la colonización de las tierras desiertas "con el elemento regenerador de la raza sajona".

No faltaban, por cierto, las inconsecuencias. Ramírez calificó como "vándalo" a Flores y después le sirvió de ministro de Hacienda. Denunció a los caudillos por la convulsión desatada y después redactó la proclama rebelde que lanzó contra Batlle "Goyo Jeta". Según Duncan Stewart (lo cuenta Maillefer), las razones de tal actitud no fueron "principistas": "El padre de los Ramírez (Juan Pedro), senador, salvado de la ruina total por el barón de Mauá quedó debiendo 50 mil pesos a la Comisión fiscal de los bancos; el vencimiento cae el 1º de marzo próximo y no es la primera vez que una revolución llega a punto para sacar de apuro a deudores insolventes".

Otros dos agregados:

—los grupos "principistas" tuvieron poco peso en el coloradismo por la supervivencia de fuertes caudillos, victoriosos recién, y por la relevancia de jefes militares adictos al oficialismo;

—pudieron, en cambio, imponerse en el otro partido (cuyos caudillos fueron derrotados y echados al destierro, si no ejecutados) al que le cambiaron, incluso, su nombre; pero no consiguieron, con eso, borrar la tradición entre la masa, que siguió siendo "blanca".

Sumados, esos grupos son mayoritarios en las elecciones del mes de noviembre del 72 (y las explicaciones de tal resultado van desde los

afanes de ponerle fin a las interminables querellas entre los caudillos, abriéndole una opción a los doctores, en un clima de apaciguamiento, hasta la reducción —numérica y clasista— del electorado por las disposiciones constitucionales).

Esa legislatura principista, el 1º de marzo del 73, derrotó a Gomensoro y votó por el Dr. Ellauri (hijo del redactor de la Constitución) para la presidencia. Ubiquemos al hombre, con una referencia que anotó Maillefer algunos años antes, a la muerte del constituyente: "los diarios concuerdan en alabar el patriotismo desinteresado que demostró durante sus quince años de embajador mal pago, pero los diarios no añaden que tuvo el consuelo de dejar trás él varios hijos enriquecidos con una maravillosa rapidez desde la revolución del 20 de febrero del 65". Uno, justamente, alcanzaba el poder.

"No hacen nada por el país, absolutamente; y eso, estando todo por hacer". El juicio es de Zum Felde. Lapidario y justo.

Por casi dos años se asiste al debate (retórico, vacío) de problemas abstractos. Se discute respecto a la filosofía. Se polemiza sobre la existencia de Dios. Se confrontan doctrinas en torno al concepto del alma, debatiendo su inmortalidad. Pero no se gobierna.

José Pedro Ramírez se precia de perder el tiempo en los temas menores: "Los que se jactan, señor Presidente, de ser positivistas, los hombres prácticos, han de escandalizarse de que la Cámara a que pertenezco pierda un tiempo precioso en dictar leyes... sobre las garantías individuales... *en vez* de autorizar la creación de nuevas líneas férreas, de decretar puentes, de improvisar colonias; de tocar —en fin— con la vara mágica del principio autoritario la roca estéril que nos han dejado las administraciones pasadas (...) Pero los que pertenecemos a otra escuela política... los que no creemos ni esperamos nada de las conquistas materiales y vemos en ellas sólo un injerto de civilización bastarda, cuando no van precedidas o acompañadas de las conquistas morales... los que vemos avanzar hasta con tristeza la locomotora del ferrocarril, si como en el Paraguay, bajo López, sólo acusa la existencia de una tiranía... creemos, por el contrario, que ninguna Asamblea hasta ahora ha ocupado mejor su tiempo".

Multiplicaron, sí, disposiciones para salvaguardar la libertad. Esta, por ejemplo: "Se declara que la última de las atribuciones conferidas al Poder Ejecutivo en el art. 81 de la Constitución (sobre medidas de seguridad) se halla limitada por los artículos 83, 136 y 142 del mismo Código" (nadie puede ser penado sin forma de proceso y sentencia legal; nadie puede ser privado de su libertad personal y en caso de exigirlo urgentísimamente el interés público, se limitará el Presidente al simple arresto de la persona bajo la obligación de ponerla a disposición del juez competente dentro de las veinticuatro horas).

Multiplicaron, a su vez, la deuda. Los 13 millones de deuda emitida

del gobierno de Atanasio Aguirre (24 millones con Flores, 50 con Batlle), llegaron a 63.

Esa fue la gestión del gobierno "ilustrado". Repetidores de textos ajenos y desconocedores de la realidad. Los "doctores" más conservadores fracasaron en forma penosa. Impacientaron, con su debilidad, a los inversionistas (afanosos de hallar condiciones seguras para sus capitales), a ciertos estancieros (inquietos por la inseguridad imperante) y a las fuerzas armadas. No tuvieron, ni tampoco buscaron, apoyo popular.

Se precipitaba, entre tanto, la crisis. Murieron dos millones y medio de vacunos durante la sequía del 73. Murieron, también, seis millones de ovejas. Descendieron las ventas (balanza comercial desfavorable en 16 millones).

Los terratenientes pidieron medidas para defender su interés. Reclamaron, incluso, normas proteccionistas para la producción: "Hay una porción de industrias que existían en el país y que han desaparecido por causa de los gobiernos imprevisores... tales son las de carpintería, zapatería, sastrería y herrería, que es necesario restablecer acordándoles algunas franquicias e imponiendo derechos protectores, como lo han hecho los norteamericanos (...) debemos elevar a ochenta por ciento los impuestos que pagan a su introducción en el país el calzado, ropa hecha, sombreros, muebles, carruajes, puertas y ventanas, rejas, velas de sebo, jabón, y todo aquello que ya se ha fabricado en el país y lo que pueda fabricarse de aquí en adelante" ("Revista de la Asociación Rural"; enero del 74). Reclamaban en vano. Empezaron, entonces, a manifestar su disgusto.

En enero del 75 —en las circunstancias que luego veremos— el ejército se decidió a interrumpir el mandato de los principistas. Una "media docena de jefes subalternos" (según dirá de Vedia, un oligarca) tomó la conducción. Comenzaba la etapa del militarismo.

17. LORENZO LATORRE

"Hartos de pillos con grandes apellidos".

"Se trata por ejemplo de la inmigración; declaman unos contra las deficiencias y los vicios de la inmigración espontánea; piden que la acción oficial intervenga para apresurar el movimiento de inmigrantes... y el espíritu universitario responde: No! Las corrientes de inmigración se determinan por leyes naturales que la acción oficial no puede suplir ni reemplazar... Se trata de la industria; es necesario protegerla, exclaman algunos; tenemos elementos para fundar fábricas que ennegrezcan el horizonte como en Londres; lo que falta es la protección aduanera; y el espíritu universitario responde: No! Las transformaciones del trabajo humano en el movimiento social no son la obra arbitraria de esta o aquella combinación legislativa... Se trata de la labranza; el pastoreo, dicen algunos, no satisface ya las exigencias de nuestro progreso económico... podemos ser el principal granero de América... falta solamente que los gobiernos se preocupen... y el espíritu universitario responde: No!, la labranza no se decreta, esta transición no se impone tampoco por la ley, ella vendrá naturalmente... Se trata, en fin, de una crisis... es necesario hacer algo, exclaman de todas partes... pero el espíritu universitario responde: No!, reflexionad que os engolfais en las más peligrosas ilusiones... las crisis son fenómenos naturales". El juicio es de Ramírez, vocero principista. Retrata, con rigor, la borrachera de liberalismo de la generación que "gobernó" (?) junto al doctor Ellauri (una generación juvenil: Julio Herrera tiene 32 años, de Vedia sólo 30, Varela 28, 27 Gonzalo Ramírez, Carlos M. Ramírez cuenta 26 y Pablo de María sólo 23). Desnuda su impotencia y su incapacidad para darle respuesta al reto de la crisis que nos afectaba.

A comienzo del 75, un acto electoral para elegir alcalde judicial dividió la frontera entre los principistas y el resto ("candomberos" o "netos", como se les dijo a los que sostuvieron la vieja tradición enfrente a los "doctores"). Eduardo Flores editorializó por la candidatura principista (José Pedro Varela) con estas palabras: "De un lado lo más

escogido de nuestra sociedad, la valiente juventud de Montevideo, serena y tranquila: del otro lado los calumniadores de oficio, los traficantes políticos, los concusionarios y ladrones acompañados de asesinos alquilones que se han de resbalar en los adoquines... Mal que pese a los netos, la gente decente, los cajetillas de Montevideo, hemos de poner a raya a los bandidos que los auxilian''. Trazaba, con resentimiento, una línea de clases. Y no supo advertir que fermentaba, junto al sordo disgusto de la población, la disconformidad de los terratenientes y los inversionistas ante la ineptitud oficial. Fermentaba también, el golpe militar.

Debieron postergarse los comicios del 1º de enero del 75, por graves incidentes. Repetidos, el 10, con gravedad. Irrumpen los "provocadores'' (así dirá la prensa principista) en la plaza de la Constitución, adonde se votaba. Hay balazos y muertos. Orden presidencial indicando a Lorenzo Latorre (jefe del batallón de cazadores de la capital) que restablezca, con sus tropas, la normalidad. Siguen las inculpaciones de los protagonistas. Y las indecisiones de la presidencia, que no toma ninguna medida para indagar responsabilidades ("nunca se hizo menos en tantas horas de sobra'', dirá Salterain). Se acrecienta el disgusto de los militares y el 14 de enero el coronel Latorre acampa con sus tropas en la plaza ocupando el Cabildo y el Fuerte.

Ellauri, asustado, se embarca para Buenos Aires. Los siete comandantes de las guarniciones de Montevideo, tras deliberar, encargan del poder, "como gobernador Provisorio'' a don Pedro Varela (no es el educador, es el hombre del provisoriato del 68, de triste memoria). "La montonera acaba de llegar a las puertas del gobierno, interrumpiendo los interminables discursos'', comenta Bengoa.

Un golpe singular. Para impulsar los cambios con sentido burgués, el ejército debió confiscar el poder a los representantes de la burguesía. Con otras elocuentes singularidades. Los militares, por primera vez—corporativamente, asumiendo función de Partido— desplazan a las fuerzas partidistas (antes actuaron siempre, en forma personal, a nombre de partidos). Liderados por los coroneles; es la generación que se ganó los grados en la guerra contra Paraguay y la revolución del 70.

Detrás está Latorre, hombre sin ataduras con el patriciado, que ha sido dependiente en una tienda y luego vendedor de cigarrillos.

¿Y Pedro Varela? Es un "hombre de paja'' de los coroneles que seguirán, un tiempo, en la trastienda: "Lorenzo Latorre dicta y Pedro Varela escribe''.

"Groseros comunistas''. Así, literalmente, los calificaba de Vedia muy poco después. Alusión a medidas del nuevo gobierno contra los oligarcas.

Especifiquemos: contra los exponentes del viejo patriciado más aquellos doctores ligados a sus intereses por su profesión.

Insólito rigor. A mes y poco del pronunciamiento dispuso Varela (ya reconocido como "presidente'') el destierro de los opositores de

más relevancia. Agustín de Vedia, José Pedro y Octavio Ramírez, Juan José de Herrera, Julio Herrera y Obes, Juan Ramón Gómez, los hijos de Flores, Aureliano Rodríguez Larreta y algunos amigos (totalizaban quince), fueron detenidos y luego deportados con destino a Cuba. La barca "Puig", un viejo bergantín, que sumaba —con la escolta y la tripulación — 70 pasajeros, salió rumbo a la La Habana a comienzos de marzo. Rechazada en el puerto cubano por las autoridades españolas, pudo desembarcar los prisioneros en Charleston, un puerto norteamericano. De Vedia relató la travesía dramáticamente: "La comida... se componía invariablemente de arroz guisado, porotos o garbanzos sancochados; el todo cocido en una agua tan podrida, que cuando la sacaban de la pipa que la contenía había que taparse las narices, so pena de sentir náuseas. Las fuentes en que se servían estos manjares estaban en relación exacta con su calidad. Era un tacho de lata donde se lavaban los platos y muchas otras cosas sucias (...) nos embodegamos, pudiendo apenas conciliar el sueño, pues las más hermosas ratas que haya visto vivaqueaban... sobre nuestras mismas camas". Pero algunos indicios corrigen aquella versión. No faltan referencias a los libros y juegos de salón que llevan, incluso, a "los perfumes de que venían abarrotados los equipajes de los jóvenes Flores y de Julio Herrera". Al llegar, además, tuvieron los recursos suficientes para pagarse el pasaje de vuelta en primera. José Pedro Ramírez, abogado del Banco Comercial, encontró en Nueva York un giro por 500 libras esterlinas. Mayor fue la desgracia para los soldados que tuvieron a su cargo la custodia. El gobierno olvidó asegurarles la forma de volver (la "Puig", una barca privada, siguió viaje con un cargamento de algodón); "los veinticinco soldados de la barca Puig, casi todos en trajes harapientos, diseminados en las calles de Charleston, no tardaron en ser causa del escándalo y en caer bajo la represión de la Justicia; algunos de estos desgraciados fueron condenados a trabajos públicos en una isla, distante algunas millas; otros andaban por las calles implorando la caridad pública". Aclaremos, de paso, que la embarcación era menos precaria que lo que la versión principista repite, llegando a sugerir que pudo especularse con su presumible desaparición en alta mar. Se puede desmentir la supuesta intención criminal. "Era una embarcación miserable, un casco inservible, destinado a que lo tragara el mar?", se pregunta Tomé. "Nada de eso. Era un brick inglés, todo de roble". Respuesta que se suma con esta reflexión: "Se concibe, por otra parte, que el capitán y dueño, don Juan Puig y Moré, se embarcase con toda su familia, la mujer y tres hijos, en un buque podrido, próximo a deshacerse?" Lo que si no aminora la severidad, corrige truculencias legendarias.

Varela, mientras tanto, enfrentaba un reclamo de los prestamistas. Los representantes de Argentina, Brasil, los EE.UU., España, Italia, Francia y Alemania, redactaron una "protesta solemne" al resolver Varela convertir las deudas en billetes sin posibilidades de conversión. El

gobierno rechaza por improcedente tal intromisión en la resolución de los problemas nuestros.

Se decretaba, paralelamente, la primera ley proteccionista. Exoneró del pago de aranceles la importación de arados, maquinarias y materias primas (corteza y polvo para curtir, lúpulo para cerveza, bejuco para esterillas, estaño, hojalata y azogue), gravó la importación de artículos de hojalatería, herrería, lomillería y broncería que pudieran producirse aquí, gravó con impuestos más altos la importación de calzado, cerveza, cigarros, ladrillos y escobas.

Vueltos a Buenos Aires los opositores, toma cuerpo la revolución "tricolor". Vencieron los rebeldes en Perseverano. Latorre y Aparicio sostienen al gobierno y en Guayabos (donde Nicasio Borges degolló a 400 enemigos), Palomas y Carreta Quemada aplastaron a la insurrección.

Ya Pedro Varela estaba en tratativas con Mauá, concertando un acuerdo con la oposición de Latorre. Arrecian los ataques de Latorre contra los ministros vinculados a la operación (Andrés Lamas y Tristán Narvaja, debieron renunciar). Polemiza Mauá por la prensa, multiplicando insultos y amenazas: "Si lo que se pretende es la recisión del contrato por los medios que acostumbran a emplear los pueblos cultos, repito que nada es más fácil. Si hubiese, sin embargo, de imponer cualquier solución, tenga presente siempre el Gobierno Oriental que la primera condición es la devolución de los millones que ha recibido, en el mismo papel y en el mismo oro que le fueron entregados".

Ha llegado el momento para el coronel. Basta con la noticia de su decisión de suplir a Varela para poner remedio al entredicho, para que Varela solicite asilo. Se congregan, entonces, algunos comerciantes. "Los doctores Valdez y Fortinho (relata "La Tribuna") declararon... que para salvar al país era necesario que todos los poderes viniesen abajo y desde que el coronel Latorre disponía de la fuerza, él era quien debía asumir el Poder Ejecutivo, rodeándose de los hombres más conspicuos de todos los Partidos, tirándose de una vez por todas al abismo los trapos o divisas que nos habían perdido". Resolvieron convocar a la plaza para manifestar el acuerdo a la proposición (algunos firmaron la convocatoria por su razón social: "Irisarri y Cía.", por ejemplo). Juntaron en la plaza cinco mil vecinos. Concurrieron en masa, a buscar a Lorenzo Latorre que los esperaba, impaciente. Marchó con ellos al Fuerte de Gobierno y asumió el poder "seguido de un inmenso gentío".

"Dijo que él quería hacer un gobierno honrado y no de ladrones", puntualizó "El Siglo". Después, atemperó: "se recibió de la Gobernación prometiendo que si no se hace un gobierno ilustrado, hará y lo garante, un gobierno honrado". Latorre formulaba su primer mensaje: "...tengo la convicción de que hoy, el poder de cualquiera de los Partidos que dividen a nuestra Patria, no sería sino la tiranía en el gobierno... no quiero inaugurar en mi país sino al gran partido de la moral pública... invito a mis conciudadanos a que se afilien a ese par-

tido, porque patrióticamente, me propongo no gobernar con otro". Agregó, claramente: "Estamos hartos de pillos. Sobre todo de pillos con grandes apellidos".

Heredaba un déficit crecido: 29 millones. En abril, al mes del episodio que lo llevó al poder, derogó el convenio con Mauá. Absorbió la emisión circulante de papel moneda sin respaldo en oro (en su totalidad: más de 12 millones) y quemó los billetes en muy pocos meses. La confianza renació en la Bolsa. Conjugaba dureza y eficacia.

Lo apoyaban los hombres del coloradismo tradicionalista (Manuel Herrera y Obes y Lorenzo Batlle, para citar dos), "las siete octavas partes del Partido blanco" (detrás de Aparicio), figuras relevantes del catolicismo (Zorrilla de San Martín para ejemplarizar) y algunos hombres "nuevos" políticamente (como José L. Terra; Latorre fue padrino de Gabriel, el hijo). Lo apoyaban, también, los estancieros.

Con esa base de sustentación, el poder militar buscó "legitimar" al coronel. Cuatro veces, infructuosamente, convocó a elecciones sin que se registraran listas ni electores.

Convocó, después, a 30 "notabilidades" que debatieron esta proposición: "si conviene o no al país la prórroga del gobierno del coronel Latorre" para completar el mandato que restaba cumplir a Varela. Aurelio Berro, Manuel Herrera y Obes, Lorenzo Batlle, Juan D. Jackson, Eduardo Mac Eachen, Juan José de Herrera, Carlos Reyles, Hipólito Gallinal y Pedro Visca (hay un deportado de la "Puig" y el padre de otro más, en esa lista) le dieron el sí. Sólo Brito del Pino tuvo sus reparos. Al cabo del mandato prorrogado, se organizan de nuevo, elecciones. Sufragan los soldados con un simple recurso que burla los impedimentos constitucionales: "se les da de baja para que voten y se les vuelve a enrolar en seguida". 3.895 votos por el latorrismo y sólo 3 en contra. El 1º de marzo del 79, por unanimidad, el parlamento lo proclama presidente. Al año renunció.

Haremos el estudio de su administración comenzando a enfocar los problemas rurales, particularmente. Porque les dio Latorre especial importancia, porque introdujo cambios sustanciales en ese sector y porque obtuvo, así, la adhesión de los latifundistas. Carlos Reyles, Zorrilla, Vidal, los tres terratenientes... componen el senado de Latorre. Xavier de Acha, que editó la revista de la Asociación Rural del Uruguay, fue secretario del Gobernador. José María Montero, dirigente de tal Asociación, fue ministro del gobierno de Latorre. Fortinho, colaborador de la revista, fue asesor económico del Coronel.

Larga vinculación. La Asociación Rural (que se fundara en 1871 en los salones de la Bolsa de Comercio y quedara en las manos de los estancieros residentes en la capital, de acuerdo con sus propios estatutos), le trazó directivas al militarismo desde el derrocamiento de los principistas. "Respetad la familia, que es la vuestra; el hogar, que es vuestro hogar; la propiedad, en fin, la propiedad que es el cimiento del edificio todo.

Haced la política que queráis, pero contentaos con el fruto del trabajo y salvad el capital, que es la semilla de la cosecha de mañana. Sin semilla no hay cosecha y sin cosecha no hay más que hambres". Cuando Latorre pasó a primera fila, Domingo Ordoñana, vocero del grupo rural, lo entrevistó en seguida. "24 horas después de la manifestación que le llevó a la Gobernación del Estado, fui para pedirle encarecidamente dictase medidas vigorosas para impedir bullangas en campaña... Me permití indicarle algunas de esas medidas y otras que concurriesen a dar a la campaña la seguridad en la vida y la propiedad, haciéndola al fin habitable, encauzando al efecto con mano vigorosa las corrientes desbordadas". También lo recibió la Junta Directiva. Habló Luis de la Torre: "Lo sabéis, como nosotros: la campaña y las industrias rurales, reclaman una eficaz protección oficial; necesitan paz, garantías, enseñanza, capital".

Eso es lo que les dio.

Alambró los campos. Registró los ganados. Reprimió la "vagancia" y los delitos contra la propiedad. Le dio plenos poderes a la policía. Exceptuó del pago de contribuciones a las tierras de riego artificial. Creó la Dirección de Agronomía. Inauguró una granja de experimentación. Modernizó y pobló. Lo veremos detenidamente.

"Por Dios, que no tengamos bulla".

Enumeramos pautas generales en torno a la política rural que con apoyo del latifundismo promovió Latorre. Detallaremos algunos aspectos, para complementar.

Sobre el alambramiento:

Carlos M. de Pena definió los alcances de la operación: "Ha cesado en gran parte aquel comunismo de las praderas naturales, para el apacentamiento de los rebaños. El cerco de alambres ha dado seguridad a la propiedad rural; ha obligado a cada uno a vivir de lo suyo y a usar sus propios recursos." Y Agustín de Vedia completó después: "El alambre en el reino económico ha realizado el fenómeno que el remington realiza en el orden político". Las cifras hablan solas. Mientras duró el mandato de Latorre importó el Uruguay 25 millones de kilos de alambre y cercó 400.000 cuadras, cuadruplicando cifras anteriores. Arredondo apuntó a los efectos del alambramiento: "Ese encasillamiento dio el tiro de gracia al perjudicial nomadismo de nuestro gaucho, que marchó, quiera o no, mansamente, por esos corredores como si lo apadrinaran a dos lados en sus andanzas a través de los campos, un par de represen-

tantes de la autoridad. Se terminó el campo abierto''. Ordoñana aplaudió: "con el cierro queda la división bien hecha entre los que son terratenientes y los que viven en la condición de agregados, y éstos, que son numerosos, deben perder toda esperanza de ser ganaderos, y de ser útiles en la ganadería industrial y deben, necesariamente, doblar la cabeza sobre el arado que es su vida y su porvenir''. Tuvieron, sin embargo, destino diferente: ser simples marginados. Corta advirtió el peligro, en términos de clase, y levantó, alarmado, su temor de que se generaran tensiones explosivas: "Es preciso que los hijos de este suelo no sean los únicos que se vean privados de tierra cuando los que no han nacido en ella la posean. Ellos, que llegarán a ser tan numerosos que puedan un día reclamar con las armas en la mano lo que es conveniente y de una buena política anticiparse a darles (...) algo es preciso hacer para aliviar la suerte de esas familias desgraciadas, para alejar cuanto sea posible el socialismo que nos invade y resolver la cuestión agraria de un modo conveniente que aleje los temores de que nos vemos amenazados'' (en "Revista de la Asociación Rural del Uruguay''). Cluzeau Mortet tuvo igual inquietud: "Qué hará después el desventurado paisano, cuando se vea expulsado de la estancia, donde vivía feliz con su familia?'' (en la misma "Revista'', a fines del gobierno de Latorre). Remigio Castellanos también puso el acento en esas consecuencias del alambramiento: "...el cerco, mejorando la propiedad en su domicilio, las ha expulsado (a las familias criollas) colocándolas en la condición penosa de mendigar el sustento, cuando no en la de ser criminales por necesidad. El estanciero soporta, aun estando fuera de la estancia esa familia, un peso considerable, cual es el de tener que mantenerla a lo menos con un pedazo de carne, por temor de que si no lo da lo consigan por carneadas o valiéndose de cualquier otro medio violento, porque está probado que la necesidad y el hambre pueden más que la razón y el respeto, en muchos casos'' (31 de enero de 1880).

Sobre la represión de los que marginaban:

Se organizó la policía rural y se instalaron juzgados letrados departamentales, haciendo expeditiva la justicia. Por supuesto, justicia de clase. Autorizó el gobierno a los terratenientes (artículo 737 del Código Rural) a nombrar a su costa policías. La Asociación Rural exhortó a utilizar el derecho de tener esos "guardias rurales'', como se les llamó. Los tuvo Carlos Reyles, por ejemplo. Juan D. Jackson también.

Sobre el mejoramiento del medio rural: se purificaron las aguas, se desecaron zonas pantanosas y se vincularon los departamentos, fortaleciéndose el poder central (extensión del telégrafo y el ferrocarril, como luego veremos, aparte, y organización del correo, antes entregado al encargo de particulares).

Sobre la política de poblamiento: se fundaron Lascano y Sarandí del Yí, Mosquitos, San Jacinto y San Bautista.

Esa transformación que tuvo la campaña, se tradujo en forma ma-

terial. Las tierras se valorizaron en un 1.100% (mil cien por ciento) comparando las cifras, al cabo de un cuarto de siglo: de 60 centésimos la hectárea a $6.40, nivelando el valor monetario al precio del dinero en el 62 (es decir, sin que pese en la comparación una cotización desigual). Los vacunos se multiplicaron de los 5 millones del 75, a los 8 millones y medio del 78. El número de ovejas (abajo del millón al terminar la guerra en el 51, unos 8 millones cuando sube Latorre al poder), superó la cifra de 15 millones. Las exportaciones de lana pasaron de 12 millones de kilos a 20, al cabo de tres años de gobierno. Otra cifra elocuente: sólo 155 toneladas de harina y de trigo exportadas en el 75; 9.000 toneladas dos años después.

Y la seguridad: "Antes de su gobierno, un hombre con veinte pesos no podía cruzar el Mansavillagra, porque lo mataban las gavillas de matreros. No había paso seguro en todo el país. Gente sola no se animaba a pasar. Vino Latorre y al poco tiempo cualquiera podía transitar con el cinto lleno de oro. Teníamos, ya, cuando menos, una garantía de vida, lo que no era poco" (Artagaveytia a Juan José de Arteaga).

Por eso el elogio encendido de los estancieros (los rurales, como les decían).

A fines del 77, Ordoñana expresaba su satisfacción: "El año que ha terminado ha sido verdaderamente de raya blanca, porque en ese año no sólo hemos disfrutado de una paz profunda, sino que en todas las esferas de la actividad rural se han hecho notables progresos". Y después de resumir la gestión del gobierno agregó: "La campaña siente por primera vez los efectos de una administración que se ha consagrado al cuidado y a la atención de sus intereses... y la campaña, en la forma que le es posible ha dado un voto de confianza al que tales ventajas le dispensa, diciéndole: "Señor, haga Ud. lo que mejor le parezca, pero por Dios, que no tengamos bulla". Al año siguiente, la revista de los estancieros repitió los aplausos para el coronel: "La campaña ha entrado realmente en caja y sólo por tener nublada la vista y tupida la inteligencia, es que puede negarse esta palpable verdad (...) y para conocer como se reconoce el principio de autoridad basta visitar un galpón de esquila; en él se observa un comedimiento, una puntualidad, un deseo de agradar y de cumplir cada uno con su deber, que nos era desconocido en otros tiempos (...) Westman, Estrada, Martínez, Kalveen y otros muchos cayeron cosidos a punta de tijera en sus galpones de esquila, queriendo establecer orden y método en los trabajos. (Hoy) ni la taba ni la baraja... se dejan ver ya".

También los sectores de la burguesía tuvieron motivos para celebrar:

— se paga la deuda exterior, ganándose créditos nuevos;

— se protege nuestra producción; un informe oficial computó: "ha disminuido por efecto de ella (la legislación proteccionista) la

importación de alpargatas, calzado en general, ropa blanca, legumbres secas, afrecho, cebada, fideos, suelas curtidas, velas de estearina, licores, cigarrillos, cigarros; aumentando, a la vez, la importación de géneros y materias primas para la elaboración de artículos en condiciones de fabricarse en el país'';

— los mercachifles son eliminados de su función como abastecedores del medio rural (y competidores del comercio de Montevideo, con su intermediación): el gobierno elevó la patente que pagaban por su actividad de los 80 pesos a 600 y les quitó además la "protección'' a los que, por su cuenta, quisieron proseguir sus recorridos;

— la legislación se ordenó, aprobándose un Código Rural, un Código de Procedimiento Civil, un Código de Comercio que se complementó con el Registro de Embargos y de Interdicciones; los inversionistas y los acreedores tuvieron protección para sus intereses burgueses; paralelamente, extendiendo la acción oficial, se creaba el Registro de Estado Civil pasando los controles demográficos a manos del estado ("porque la fe de bautismo es un medio de constatación debilísimo, puesto que sólo prueba la incorporación de la persona a un gremio religioso, y en ningún caso la nacionalidad'').

Los inversionistas se beneficiaron particularmente. En forma principal los extranjeros.

Destaquemos, aquí, que se vio relegado el papel de Brasil. Si bien sus intereses eran grandes (citemos el ejemplo de Tacuarembó: de 2.000 propietarios, 1.500 eran brasileños, que acaparaban las nueve décimas partes de la superficie del departamento), dejaron de primar. El desarrollo del ferrocarril, ligando el interior a los puertos paulistas antes apartados y el control brasieño sobre Paraguay, después de la victoria del 70, explican que Brasil delegue posiciones en el Uruguay.

Inglaterra tendrá la primacía.

Restableció, primero, las relaciones rotas por un incidente durante el gobierno de Batlle (cuatro marineros ingleses asesinaron a su capitán en el puerto de Montevideo; el Uruguay no los quiso entregar a los jueces de Londres y dispuso, después, enrolarles en un batallón; por esa "deplorable negligencia'' —así calificada en Inglaterra— se llegó a la ruptura formal). Francis Clare Ford le trajo al Coronel saludos amistosos de Victoria. Le dio su visto bueno: "Estoy dispuesto a creer y a dar entero crédito al aserto de V.E. de que la administración existente hoy en la República difiere esencialmente de la de los tiempos pasados y que el Gobierno no tan solo tiene el deseo, sino dispone además de los medios, tanto para hacer que se respeten las leyes, así como también para garantizar la vida y la propiedad de todos los que residen en su territorio''. También aconsejó, marcando directivas: "Para traer inmigración y lo que no deja de ser menos preciso también, el capital superabundante en los países más ricos, dos cosas esenciales son precisas: la certidumbre del fiel cumplimiento de los contratos

que se establecen y la perspectiva de una completa seguridad en la vida y propiedad, junto con la confianza en la estabilidad de los poderes gubernativos''. Latorre aplicó la cartilla. Probó su diligencia: Furlong, Borden, Bruce, Flagerty, Newton, Callender y Drabble (ingleses por supuesto) cobraron en seguida por concepto de reclamaciones formuladas por "daños padecidos'' en las convulsiones pasadas.

Luego vino lo más suculento: las prebendas en torno a los ferrocarriles.

En el 77, los ferrocarriles pasaron a manos inglesas, celebrándose en Londres las deliberaciones de los accionistas del Ferrocarril Central "del Uruguay'', controladas por la banca Baring.

Latorre les concede cuantiosos privilegios:

—les cede 5.000 acciones gubernamentales;

—les exime de pagar derechos aduaneros para la importación de repuestos y de materiales;

—les exonera de pagar impuestos hasta 1917!;

—les otorga un subsidio: un cuarto millón anual y por diez años;

—les deja en libertad para la fijación de tarifas mientras los dividendos no pasen un margen fijado al 10%, sin fijar contralor sobre tales ganancias que la empresa pudo "declarar'' de acuerdo con sus libros de contabilidad (así fue que el transporte de tres toneladas de Durazno hasta Montevideo costaba 16 pesos en carreta y 42 pesos en ferrocarril);

—les garantiza, además, la ganancia del 7% sobre el costo de cada kilómetro de vía (sin controlar el costo; para no dinamitar obstáculos y alargar los tramos por los que se cobra, el 33% de los recorridos se forma de curvas);

—les permite monopolizar el cruce sobre el Yi (que construyó la empresa ferroviaria con grandes ventajas), obligándose a no levantar otro puente, ni siquiera carretero, en un radio fijado en dos leguas para cada lado.

Redactada tamaña concesión, informaron los técnicos, en contra. Latorre desoyó la recomendación. Hacia 1890, Mr. Drabble informaba con estas palabras a los accionistas, en Londres: "Yo necesito apenas señalar al Ferrocarril del Sud, al Ferrocarril Central del Uruguay y al Ferrocarril de Buenos Aires y Rosario, para mostraros cómo con una iniciación muy pequeña, cada uno de ellos ha llegado a ser lo que puedo llamar colosales empresas''. En el lapso que fue desde la concesión a la primera guerra interimperialista, los ferrocarriles ingleses ganaron en el Uruguay, de acuerdo a sus declaraciones, 25 millones de pesos.

Gobernaba Latorre, también, mientras se daban los primeros pasos en la industria de conservación de la carne que pasaba a las manos inglesas, después. Un francés (Tellier), dos uruguayos (Francisco Lecoq y Federico Nin, que fuera ministro de Berro), y el yerno de Rosas (Máximo Terrero), fueron los primeros pioneros del experimento para equipar, a bordo, una cámara de conservación de la tem-

peratura congelada capaz de mantener la carne en buen estado, durante largo tiempo. En diciembre del 76, llegó a Montevideo "Le Frigorifique", con su carga preparada en Francia, al cabo de 3 meses de navegación. Después, en Buenos Aires, en un banquete a bordo, se ofreció este menú: "Filet frío de 105 días de conservación; costillas de carnero, a la jardinera, del mismo tiempo; Chateaubriand trufado de 53 días (embarcado en Lisboa); pata de carnero de 105 días". Al retorno llevó en sus bodegas 20 toneladas de carne del Plata.

Abordemos, aparte un tema sustancial: la profunda reforma en la enseñanza que tuvo a Varela como promotor. Un tema que se liga con la transformación económica del Uruguay, ligado a los carriles del capitalismo, donde ser iletrado significaba ser inadaptado.

El panorama era desolador. El 80% de los niños en edad escolar (ochenta mil, de cien mil) estaba condenado al analfabetismo. En departamentos cercanos, como San José, la cifra era mayor (1.200 alumnos, entre 8.200 en edad escolar); "en la primera sección policial, que tiene una población de 5.024 habitantes, no hay una sola escuela pública ni particular y por consiguiente no hay un solo niño que reciba instrucción", de acuerdo a los informes oficiales. Y donde las había, no siempre merecían el nombre de tales. Acerca de la escuela de Mercedes, nos relata Lockhart: "maestras había, como Rufinita Cano, que llegaban al extremo de ser analfabetas; se ocupaba únicamente de las labores y de la disciplina".

José Pedro Varela (un joven sobrino de Berro, adversario de Lorenzo Batlle que lo apresó y lo desterró después, "principista" en el 73, candidato en aquellos comicios del 75 que dejaron lugar a Latorre) midió las consecuencias y las perspectivas de la situación. No redujo la mira específicamente a los temas de la educación. Advirtió su proyección política y social: "Sin la educación universal, la república desaparece y la democracia se hace imposible, y las oligarquías disfrazadas con el atavío y el título de república, disponen a su antojo del destino de los pueblos". Empeñado con tal convicción fundó la "Sociedad de Amigos de la Educación Popular", en el 68. En el 69, la Sociedad inauguró la escuela "Elbio Fernández" (la primera que tuvo carácter gratuito; "parece ironía del destino —ha comentado Claps— que el "Elbio Fernández" se haya transformado en lo que es"), fundó nuevos colegios en Montevideo y en el interior (trece localidades contaron con escuelas populares; Durazno tuvo la primer escuela mixta del país), después multiplicó los centros culturales y las bibliotecas.

Latorre dispuso la designación de Varela como Director de Instrucción, para que promoviera su plan de reformas. Y Varela aceptó: "Sé que mi actitud contribuye a prestigiar la dictadura, pero sé, también, que si por este lado hago mal a mi país, por otro le hago bien. El prestigio que puedo dar a este gobierno es transitorio. El influjo de la re-

forma escolar que proyecto, es verdadero y profundo". Rompió con los amigos "principistas" y aceptó el encargo de Latorre.

Impulsó la reforma, con estos criterios:

—incremento de centros docentes: más de 300 escuelas al fin de su gestión y catorce cursos experimentales nocturnos para los adultos;

—gratuidad y obligatoriedad;

—laicidad (enfrentando a los sectores más conservadores del catolicismo, con un resultado relativo);

—reforma de los métodos educativos;

—ajuste del sistema con las condiciones del ambiente ("se explica que el pobre peón de estancia mire con indiferencia la escuela cuando su hijo sólo aprende en ella a leer, a escribir, a contar, sin aplicación a nada y sin que utilice esas habilidades que adquiere más que en contadas ocasiones; pero si el niño al volver de la escuela pudiera enseñarle a sus mismos padres cómo se cura el animal enfermo, cómo se aprovecha mejor la carne, la leche, cómo se hace más confortable la habitación; en una palabra, cómo se vencen más fácilmente todas las dificultades que se les presentan, cómo se pueden utilizar a cada instante los conocimientos adquiridos en la escuela... se esforzaría por mejorarla y difundirla").

En esa perspectiva, Varela fue severo (y despistado) para juzgar a los hombres del campo y a los caudillos como su expresión (llamó a los paisanos "hombres sin moral que sacrifican la honradez de los procederes a la satisfacción de las aspiraciones y no satisfacen éstas por el trabajo sino por el abuso"). Pero alejemos la comparación errada con Sarmiento. Varela fustigó sin miramientos a los oligarcas universitarios y les adjudicó responsabilidad al enjuiciar el drama del país. Al polemizar con Ramírez, en el 76, le dio "una paliza a la Universidad" (usando su expresión), denunciando que "por reservarse grandes privilegios" los doctores habían aceptado decorar el gobierno de las fuerzas sociales regresivas. Refiriéndose a la Facultad de Derecho (única facultad establecida), le atribuyó "la suficiencia, el orgullo de casta y el apego a privilegios abusivos... los graduados universitarios, como casta... creen representar entre nosotros la ciencia enciclopédica, la suma del saber humano; en el gobierno, en las asambleas, aun en la vida diaria, todos hemos podido verlos resolviendo con el mayor desparpajo y la más acabada suficiencia las cuestiones más extrañas a la abogacía, y aquellas en que racionalmente debe suponerse que menos conocimiento tengan (...) de ahí que hayamos visto a los graduados universitarios tratando con desenfado y suficiencia las cuestiones de comercio, de agricultura o de industria, resolviéndolas a su antojo, y lo que es más, mirando con profundo desdén las opiniones de aquellos que han dedicado su vida toda, al comercio, a la agricultura o a la industria; se han consignado en nuestras leyes comerciales disposiciones de detalle, cuya evidente impracticabilidad

podría demostrar un simple dependiente de aduanas: lo que no es de extrañar, ya que se sabe que es la falta de sentido práctico lo que caracteriza a los graduados universitarios". De paso denunció vinculaciones: "todos pueden recordar las veces en que los graduados universitarios, después de tanta disertación contra el caudillaje, han ido a buscar el concurso o a prestar su auxilio a los caudillos".

La dictadura se abocó a la reforma de la Universidad: ordenó los cursos en derecho, y creó la Facultad de Medicina. También bajo el gobierno de Latorre comenzó la enseñanza industrial; la Escuela de Artes y Oficios (artesanías) empezó a funcionar en el 79.

Esa preocupación por la enseñanza —generosa, eficaz y no menos clasista— no desarmó rencores "principistas". Cuando muera Varela, en el 81, el Ateneo de Montevideo le negará homenajes objetando su "complicidad" con Latorre. Palomeque, José Batlle y Ordóñez, Luis Melián Lafinur, Pittaluga, del Busto y Montero Paullier le pusieron su firma a la resolución.

"El cielo se juntaba con la tierra".

Latorre apostó, como vimos, por los inversionistas y los terratenientes. Sin escatimar el rigor.

Vergara es fusilado, con varios compañeros, porque se le supone desafecto. Eduardo Beltrán es muerto por la guardia en medio de la calle. Mata es asesinado. Mayada también. El cuerpo de Mariño, ejecutado, aparece en el rio. Igual sucederá con Frenedoso. Soto es ultimado por el Coronel en persona. Irigoyen en envenenado. Ibarra, en San José, Ledesma, en Río Negro, y Coronado, en Salto, son ajusticiados. "Nadie ha visto nada, nadie ha oído nada, nadie recuerda nada".

Idéntica severidad para salvar "el orden" en el campo. Como se documenta en este telegrama, que le manda a un capitán de Salto: "Noticias oficiales de ésa me hacen saber que una gavilla ha pretendido dar un malón. Qué hacen sus infantes que no se han puesto en campaña? Para qué están al servicio del orden y de las garantías en los departamentos? Quiero que de acuerdo con el Jefe Político se mueva usted a fin de acabar con esos bandidos. Si sus soldados no son capaces de nada, dígamelo, para quitarlos a usted y a ellos. Lo saluda *Latorre*".

Y al rigor se le suma el escarnio para los oligarcas conocidos por opositores. Don Francisco Estévez, que le vendió la finca a que se trasladó la Casa de Gobierno, enfrente de la Plaza Independencia (donde

se derribó la Ciudadela), se verá condenado, por sus habladurías, a empedrar la calle Yaguarón, de galera y levita para la risa de Montevideo. El "taller de adoquines" (en el cruce de Yí y San José) concentró condenados a cumplir el trabajo forzado. Aunque Zum Felde anote que "como sucede con todas las tiranías, la leyenda ha agregado luego mucho de suyo a la realidad, prestándole colores más sombríos".

Sombríos y contradictorios. El coronel (curioso personaje que concentró el poder y rechazó, a la vez las ventajas y halagos personales; se negó por dos veces al generalato, conservando su grado militar y esquivó los afanes de Blanes para llevar su imagen a la tela; "Blanes se empeña en pintar a Latorre; Santos se empeña, después, en que Blanes lo pinte"), impulsará, desde el ejecutivo, un paternalismo populista sin antecedentes. Se repiten, a diario, las audiencias en las que Latorre recibe a la gente, sin distingo de clases, para darle respuesta a sus dificultades y necesidades.

Bengoa reconstruye, sobre algunos datos, el estilo de las entrevistas, ejemplificando:

—Y por qué concepto es esa deuda que reclama, m'hija? (interroga Latorre).

—Por el concepto de lavado y de planchado, mi señor don Coronel.

—Y le deben mucho esos tramposos?

— Van pa'quince meses ya, lo que me están debiendo.

—Y eso, cuánta plata importa?

—Y... asigún calculo yo, han de ser como treinta pesos juertes, mi señor Coronel... Y entre nosotros necesitamos pa'vivir... No porque seamos negros no vamos a poder cobrar.

—Está bien. Vaya a su rancho, nomás. Esta misma tarde irán a pagarle lo que le deben.

—A pagarme?

—A pagarle, si señor!

—No van a querer dir, Coronel... Son muy copetudos. Son los Zuñigas... Usted los conoce, Coronel?

—Si usted no cobra esta tarde, mañana cobrarán los Zuñigas. Me ha oído? Vaya tranquila.

—Si señor... Así será si usted lo dice, Coronel... Y que Dios lo bendiga por su tamaña bondad! ("esa tarde los Zuñigas pagan y al día siguiente se presentan al Fuerte a pedir disculpas al señor Gobernador por el olvido en que habían incurrido").

Al apoyo de los inversionistas y latifundistas, se le suma, por eso, un margen de respaldo popular. Y de allí la sorpresa en enero de 1880 cuando el Coronel solicita licencia, dejando el poder, y se repiten los alejamientos, "por enfermedad", de los altos jerarcas gubernistas. A Francisco Antonino Vidal le tocaba ejercer, como en tiempos de triste memoria, el nuevo interinato. El 14 de marzo recibió, asustado, la renuncia del número uno: "Deberes de conciencia y de dignidad personal, me

imponen esa inquebrantable resolución... al retirarme de la vida pública llevo el desaliento hasta el punto de creer que nuestro país es un país ingobernable". Comienzan las gestiones para que desista de su decisión:

—Vea esa gente en la calle, Coronel. Es gente adicta, que pide su continuación al frente de los destinos del país.

—Llegan tarde, señores.

Consiguen arrancarle una opinión cuando se le sugiere que Máximo Santos lo quiere suceder: "Máximo Santos carece de condiciones!" Y después el silencio, tres décadas y media.

Dura todavía la especulación sobre aquella actitud de Latorre. Hay quien la califica de simple maniobra mal hecha (pretendió reforzar su poder, apareciendo como imprescindible?; sin embargo cortó los esfuerzos de disuadirlo en su resolución). Es común la versión que supone que no soportó la impotencia de verse ligado por las ataduras constitucionales después de su elección, en el 79. Es preciso también sopesar una tercera posibilidad; cumplida la misión que lo llevó al poder (con el ordenamiento y los ajustes a los carriles del capitalismo), sin tener ambición personal de poder, dejaba su lugar. Por eso Gálvez, dice: "el gesto de Latorre es inaudito y le honra y enaltece de modo excepcional".

"Dios salve a la República!", tituló, consternada, la prensa oficialista. También los estancieros manifestaron profundo pesar. Ordoñana escribió en la revista de los terratenientes: "el país... no había podido constituir jamás, jamás, orden tan regular y uniforme de administración rural como el que había constituido el coronel Latorre (...) nosotros estábamos tranquilos en nuestra estancia; la renuncia del presidente Latorre nos sorprendió allí, y pudimos juzgar de la impresión general que ella ha producido en toda la campaña, juzgando por el vecindario de nuestro distrito, que creyó que el cielo se juntaba con la tierra".

También los extranjeros temieron el derrumbe de su prosperidad, (recordemos aquí, los datos elocuentes de la Oficina de Contribuciones: en Montevideo, 5.400 extranjeros eran dueños de bienes avaluados en 55 millones mientras 2.900 orientales completaban la nómina de contribuyentes con valores que apenas llegaban hasta los 40 millones; en el interior, esa desproporción resultaba mayor: 14.200 extranjeros eran propietarios de bienes tasados en 68 millones de pesos, mientras 12.000 orientales no pasaban de 48 millones). Carl Diehl, el cónsul alemán, escribió al gobierno de Berlín: "la República del Uruguay ha perdido, creo que para siempre, un conductor como no ha tenido hasta ahora y con toda probabilidad no va a tener nunca más... en su totalidad, su obra fue beneficiosa y especialmente los extranjeros van a lamentar, por largo tiempo la pérdida de Latorre". "Le Courrier de la Plata", "The Herald" y el "Argentinisches Wochenblatt", voceros coloniales en la zona, repitieron juicios parecidos. Un corresponsal escribió, desde nuestro país: "Desde que Latorre dejó el timón, nuestro país ha vuelto a ser, como lo era antes, un juguete a merced de las bajas pasiones y se encuentra em-

pantanado; solamente lo puede salvar una mano férrea, y si ella no llega pronto, el país quedará arruinado". El conde Amelot, emisario francés, sugirió a su colega alemán "en una conversación que mantuvo conmigo en privado" (según lo informa Diehl), "que lo mejor sería que alguna potencia europea aproveche la chance".

El 15 de marzo, mientras Santos llegaba, apurado, de Minas, eligen a Vidal para complementar el mandato por el tiempo que resta cumplir (tres años, con exactitud). Santos es designado ministro de Guerra y Latorre se va a Cerro Largo, sobre la frontera. Lo acusan de tejer una conspiración y ordenan detenerlo. Se asila en Yaguarón y el gobierno de Montevideo reclama del Brasil que lo vigile. Accede Brasil a internarlo, tras dieciséis meses de negociación. Latorre prefiere salir. Va para Buenos Aires, adonde reside durante el gobierno de Santos. Intenta regresar en el 87, cuando gobierna Tajes, que no lo recibe. Julio Herrera presiona para que lo destierren, hasta que lo consigue. Aparece de nuevo, por algunas horas, cuando se muere su mujer aquí (sólo don Juan Zorrilla acompañó su paso por Montevideo; los viejos amigos eran nuevos amigos de los gobernantes de turno). Volvió definitivamente a Buenos Aires. Protagonizó, todavía, un sonado incidente en el 98 (una trompada a Julio Herrera y Obes, en una recepción). Murió en 1916. Y nada lo recuerda en la nomenclatura de calles, lugares o pueblos del Uruguay. Extraña ingratitud la de los herederos y beneficiarios del Uruguay parido por Latorre. Quizá resentimiento porque para impulsar con sentido burgués, propietarista, las transformaciones, debió desplazar a los muy ilustrados burgueses. Lockhart le quiere reducir la talla con desprecio: "Latorre no es sino guaranguería política con viento a favor o en contra... no era ni siquiera lo que parecía... esa poquita cosa que fue Latorre... ese gran cero que fue su trayectoria". Quizás el Coronel imaginó tanta severidad. "Me cago en la posteridad", comentó (como lo recuerda, justamente, Lockhart).

Volvamos a Vidal, elegido por todos los legisladores, con una excepción (Blas Vidal, el hermano, que no lo votó).

Subrayemos estos tres aspectos:

—la supeditación del gobernante a Santos (derrotadas un par de revueltas dirigidas por Simón Martínez y por Caraballo, el poder se concentró en las manos del ministro de Guerra);

—la comisión de fraudes y atropellos (las elecciones del 81 fueron escandalosas; el Partido Constitucional protestó, denunciando flagrantes estafas en la confección del registro de los electores; la respuesta será una paliza brutal a su representante ante la comisión encargada de hacerlo, el empastelamiento de las dos imprentas en las que se editaban sus diarios y el asesinato de un trabajador que desempeñaba su función allí; todo, por supuesto, con impunidad);

—la recomposición de los partidos, tras el paréntesis del Coronel: el "gran Partido Colorado", en derredor de Santos, el Partido Colorado

Liberal (Julio Herrera y Obes y Lorenzo Batlle), el Partido Nacional (Agustín de Vedia, Duvimioso Terra, Justino Jiménez de Aréchaga) y el Partido Constitucional (una nueva versión "principista" donde se congregaron José Pedro Ramírez, Aureliano Rodríguez Larreta, Domingo Aramburú, Eduardo Brito del Pino, Luis Melián Lafinur y otros relevantes y conservadores universitarios).

Era el prólogo a Máximo Santos. Cuando el joven ministro de Guerra (34, la edad de Latorre al llegar al poder) se decide a pasar a la primera fila, Vidal deja su puesto, en seguida. Proclamada la candidatura de Santos, con un año de anticipación, se produce la renuncia de Vidal y la elección de Santos, inmediata, por 50 votos en 51.

"Todo lo que aquél (Latorre) tenía de rudo y de rígido, lo tiene éste (Santos) de rastacuero y despilfarrador (...) se apropia de las rentas públicas, malversa los fondos de los bancos, impone contribuciones exhaustivas, no paga el presupuesto (...) todo el país es antisantista, por las mismas razones por las que fue latorrista". El juicio es de Zum Felde. Lapidario. Sin embargo, parcial.

Asomemos, primero, a lo más negativo: el autoritarismo, la cruda intolerancia partidista, la violación abierta de los derechos más elementales.

Carrero, comisario, militar y después comandante político en Minas, ministro de Vidal y por fin presidente en el 82, Máximo Santos caracterizó su personalidad con todos los desbordes del mandón. Debió enfrentar, por eso, recelos de caudillos insurrectos. Se sucedieron los levantamientos: Máximo Pérez en el 82 (muerto cuando intentaba fugar a Brasil), Visillac en el 84, Mena y Martirena en el 85, alzaron la revuelta contra Santos. Se les derrotó. Y se les amansó. Los caudillos locales terminan por aburguesarse y buscar un lugar al amparo de la administración. Pablo Galarza (personaje al que retornaremos, poco más adelante) pide que le manden "un agrimensor colorado" a su departamento para liquidar, con pleitos y mensuras, el peso de los estancieros rivales. Paralelamente se fortalecía el poder militar, duplicándose el número de los soldados contabilizados en el presupuesto. Pero Santos gobierna con divisa. De color colorado. Por lo que se repiten abusos y atropellos, torturas, homicidios, proscripciones. Fracasará en su esfuerzo por callar la prensa independiente con pocedimientos legales. Ordenará al Fiscal que se presente demanda criminal contra los redactores de prensa opositores. El doctor Segundo le contestará que según su entender no se había cometido delito, agregando "que no podía ni debía recibir orden de acusación de ningún poder del Estado, porque por ley gozaba de plena independencia para no seguir otra inspiración que la de su propio criterio subordinado, únicamente, a las prescripciones fijadas por la ley". Pidió el Poder Ejecutivo, entonces, la destitución del Fiscal. Y el Poder Judicial dictaminó con asesoramiento de Vázquez Acevedo: "las publicaciones denunciadas no contienen abuso contra la sociedad, y en

consecuencia el fiscal no ha faltado a sus deberes y no procede su destitución''. El episodio es del 85. Motivará un segundo encontronazo y como veremos, desatará la derrota de Santos, costándole el poder.

Dilapidó. Pero debe anotarse la prosperidad económica de su administración, al amparo de los inversionistas y del crecimiento de nuestro comercio exterior. Hay cifras elocuentes. El "Economist'' contabiliza el total de inversiones inglesas en el Uruguay: seis millones y medio de libras esterlinas, en el 85. Las exportaciones equilibran las importaciones (25 millones de pesos por año, respectivamente). Según datos del censo del 86, hay en Montevideo más de 6.500 establecimientos de industria y comercio, incluyendo talleres de artesanos, que operan por valor de 60 millones de pesos.

Detallemos, aparte, tres indicios significativos en cuanto al comercio exterior. Inglaterra acrecienta su parte: 29% de las importaciones uruguayas (7 millones y medio de pesos) y 19% de las exportaciones (unos 5 millones), superando largamente a Francia, que ocupa el segundo lugar. Ha crecido la parte de EE.UU.: en el 73, exportamos en tal dirección el 48% de los cueros secos (170 mil), en el 85, les vendemos el 69% (850 mil cueros); en el 73, les vendemos 2 millones y medio de kilos de lana, en el 85, esa cifra subió casi a los 8 millones. Ha decrecido en cambio, el volumen de ventas a Cuba: las ventas de tasajo en esa dirección bajaron de 12 millones de kilos a 2.

Un dato lateral, también indicativo de la prosperidad: la primera exposición rural, en el 83, en un predio lindero de la Plaza de los 33. La preside Ordoñana. Y se altera con un incidente cuando presentan un toro de raza "hijo de Garibaldi y madre aventurera'', lo que los colorados entienden como provocación.

Debemos, finalmente apuntar en el haber de Santos estas tres referencias:

—Se subordinan normas religiosas al fuero civil: la ley del matrimonio civil obligatorio y la ley de conventos (que revocó los votos del enclaustramiento y fijó contralores del poder civil sobre establecimientos religiosos) tradujeron victorias del liberalismo contra los elementos más conservadores.

—Se corrigen criterios históricos equivocados, con cierta orientación nacionalista y americanista: el artiguismo fue revalorado sin deformación (y la resolución de hacer un monumento al general Artigas es del 83) y se repara, en parte, el crimen cometido contra Paraguay, devolviendo conquistas de guerra y condonando deudas paraguayas.

—Se sanciona la primer ley orgánica de la Universidad, con sus tres facultades, (Derecho, Medicina y Matemáticas), reconociéndose a los profesores el derecho de designar la terna de la cual debe ser elegido el rector. Vázquez Acevedo redactó la ley. Y merece su párrafo aparte.

Nacido en Buenos Aires, de padres oribistas, emigrados, Vázquez Acevedo estaba emparentado con muchas familias patricias (Larrañaga,

Acevedo, Giró, Berro, Villademoros y Varela). Principista, optó como Varela, su cuñado, por colaborar con el militarismo. Fue Fiscal de Crimen de Latorre. Por eso el principismo lo quiso enlodar cuando lo designaron rector de la Universidad. "En los momentos más luctuosos de aquella época vergonzosa, no tuvo ni un voto de censura para tantos crímenes como se cometieron'', escribió Dufort. Daniel Muñoz tuvo lengua más larga: "por sus docilidades —escribió— Latorre le pagaba por mes 300 pesos''. Cuando Vázquez salió a defenderse, Melián Lafinur atacó: "El doctor Vázquez Acevedo, en su solicitada, quiere demostrar que ha sido fiscal modelo y yo quiero probarle lo que está en la conciencia de todos: que no ha sido fiscal modelo y en ciertos casos ni siquiera fiscal''. El encono de los principistas (injusto; "el fiscal fue un fiscal honorable; su honorabilidad, desgraciadamente, sirvió de muy poco'', concluye Barrán) no alteró su determinación. Impulsó la reforma de la Universidad, ligando su nombre con Santos. Con posterioridad, Vázquez Acevedo se vinculó a la empresa del Feroccaril —fue su asesor legal 32 años— y fue legislador y gobernante (miembro del Consejo de Administración; 1919), a nombre del Partido Nacional. Cuando en 1925 le dieron su nombre a la sección "preparatoria'' de la Universidad, el batllismo se opuso con intransigencia, reviviendo los viejos denuestos.

Terminemos con la disgresión y volvamos al tiempo de Santos. Preparaba, cuidadosamente, el procedimiento de su reelección.

"Muchos muchachos para tan pocos trompos".

El continuismo quiso revestirse de legalidad. Aprobó el Parlamento una "interpretación" retorcida de las disposiciones constitucionales que negaban a los militares el derecho de ser legisladores (artículos 25 y 31 de la constitución del año 30). De acuerdo a la reforma, "los generales de brigada, los generales de división y los tenientes generales" quedaban exceptuados del alcance de tal inhabilitación "siempre que no se hallaran al mando de fuerzas". La ley se aprobó en marzo del 85. Nueve meses después, se gestó, con apuro, la formación de Flores, el décimonoveno de los departamentos. El 23 de diciembre el presidente Santos remitió su proyecto a la cámara de diputados "a solicitud del pueblo trinitario". En unas pocas horas, se despachó un informe favorable. Remitido el proyecto al Senado, en seguida, también caminó, y el 30 de diciembre, con celeridad, era promulgado por el Ejecutivo. Convocan a elecciones en enero. Y eligen como senador por el departamento de Flores para la próxima legislatura al teniente general Máximo Santos (presidente saliente, a la vez).

Entre tanto termina el mandato de Santos y es electo, como sucesor, Francisco Antonino Vidal, como en 1880. Se produce el fracaso de la revolución del Quebracho, derrotada en las Puntas de Soto por Tajes, ministro de Guerra, en marzo del 86. Cuando se restablece la "normalidad", aprueban los poderes de Santos como senador, convocándolo inmediatamente. Estaba en antesalas. Ingresado al recinto, renunció el presidente del Senado. "Acaba de ingresar el señor Capitán General don Máximo Santos, director político de nuestro Partido. Ante esta figura tan valiosa para nosotros, yo no puedo permanecer ocupando el alto cargo que ocupo... porque tengo la convicción de que nadie puede ocuparlo mejor que el que acaba de ser recibido". Se aceptó la renuncia. El señor Capitán General (era su nuevo grado, recién recibido) fue designado para

presidir el Senado. Antes de la semana, Vidal renunciaba como presidente "porque la función lo excedía". Y Máximo Santos, "automáticamente" quedaba convertido, de nuevo, en presidente. Así fue la comedia.

Le duró desde mayo a noviembre. Sin poder acallar la oposición.

Desde junio de 1886, José Batlle y Ordóñez comienza, con "El Día", su prédica demoledora. "Nuestra bandera es... una bandera de colores bien definidos: de oposición desembozada y sistemática, de lucha ardiente y sin tregua para obtener la reconstitución legal de la República. La historia de los últimos diez años demuestra que ésa es la bandera salvadora. A su sombra... se convoca todo lo que de mejor nos ha legado el pasado", escribe en el primer editorial. Y enjuicia con rigor al gobernante: "Los palacios y estancias con que ostenta su vanidad don Máximo Santos; las lujosas carrozas de sus paniaguados; los vistosos y valiosos edificios de sus amigos; las fortunas improvisadas; el lujo que desborda en el situacionismo, no serán jirones de esas rentas que desaparecen, de esa desnudez que espanta, de ese pueblo inclinado al trabajo que siempre empobrece?" O con otras palabras: "Arriba el odio, la fuerza, la envidia y las negras pasiones... Abajo la pobreza, el hambre, la falta de garantías... Arriba el derroche, la orgía, la amenaza, el látigo de la persecución. Abajo, la dignidad del oprimido, el ansia de libertad. Arriba, el alarde de omnipotencia". Por eso escribirá: "entendido que es revolucionario todo aquel que piensa que puede y debe emplearse la violencia, si no hay mejor medio, para arrojar de los puestos que ocupan a los gobernantes que escarnecen las leyes, todo el país es revolucionario. Él, en efecto, no trepidaría... en arrojar por la fuerza, ignominiosamente, de sus puestos, a los señores que ejercen el gobierno. No lo hace así, porque carece del poder necesario...". Lo llevaron preso. Cuando recuperó la libertad, en pocos días, recomenzó la prédica, sin pausas.

El balazo que revienta en la cara de Máximo Santos (atentado del teniente Ortiz; 17 de agosto del 86, a la entrada del teatro Cibils), precipita la crisis política en la que naufragó el Capitán General. "Se sintió en medio de los compases ruidosos de la escena culminante... así como un chasquido a nuestra espalda", nos relata Domingo González en sus "Crónicas". Santos sobrevivió: "estará inutilizado para toda tarea durante seis o siete meses, y luego tendrá que preocuparse de sí mismo durante un año o dos; es lo menos que necesita para reparar medianamente las pérdidas sufridas; no puede hablar", según informaba la prensa. A Batlle lo detienen como "instigador", durante siete días.

Intentó el gobernante, otra vez, silenciar la prensa opositora. En octubre se aprueba una ley impidiendo que los extranjeros opinen en periódicos, diarios, folletos o libros sobre nuestros problemas" ("el derecho de apreciar las cuestiones políticas del país... pertenece exclusivamente a los ciudadanos"). No pudo promulgarse, porque los ministros de

Máximo Santos no quisieron firmar esa barbaridad. Luis Eduardo Pérez renunció: "no debo suscribirlo... porque una ley semejante viola, en mi concepto, los preceptos fundamentales de nuestra carta política, desde que coarta la libre emisión del pensamiento y destruye de un solo y rudo golpe la tradición de libertad proclamada por los próceres de la independencia nacional". José L. Terra tomó igual actitud: "la ley pesará sobre el país como una capa de plomo". Lindoro Forteza la impugnó por entenderla "inconstitucional". Manuel Herrera sumó su renuncia, también: "esa malhadada ley, producto sólo de cabezas volcanizadas por el fuego de las pasiones, traería al país males sin cuento y de funesta consecuencia". Santos se quedó solo. Y tuvo que ceder.

Se nombra el "ministerio de conciliación": Ramírez, Blanco y Rodríguez Larreta. Ponen la condición de desechar la ley aprobada recién. Inauguran un estilo diferente ("todos los días hábiles se veía a los ministros dirigiéndose a pie o en los tranvías al Palacio de Gobierno"). Dos semanas después, el dictador se va, alegando "problemas de salud". Estamos en noviembre del 86.

Máximo Tajes, militar y ministro de Guerra de Santos, es el elegido para sucederle (55 votos)) hasta finalizar el mandato que había comenzado Vidal.

Supuso Santos, mal, que podía seguir manteniendo el poder, desde afuera. Impartió desde Río instrucciones a los jefes políticos más obsecuentes. "Desde ya le garanto todo lo que usted me pida", le responde Clark, a cargo del gobierno de Colonia. Cuando Tajes, presionado por los liberales, depuso a Zenón de Tezanos (jefe de policía de Montevideo), Máximo Santos exige que se lo reponga en el cargo. Pero no lo consigue. El 27 de diciembre, por la noche, ordena el presidente la disolución de los cuerpos castrenses adictos a Santos (5º de Cazadores, escolta presidencial y Cuerpo de Serenos). A las tres de la mañana dispone que se cumpla la resolución. "Cuando los soldados se despiertan, están sin armas y sin ropas". La noticia se pierde en la prensa como "broma del día de los inocentes", desconcertando a las fuerzas adictas al ex-gobernante. Dos meses más tarde regresaba Santos amenazador. No le permiten descender del barco y aprueban su destierro, por un voto. Se murió en Buenos Aires, en el 89. Tajes redactaba, en esa fecha, su mensaje a los legisladores: "la consolidación de la paz... no es el producto enfermizo de las imposiciones de la fuerza material, que es impotente para fundar por sí sola nada estable, y mucho menos la paz...". De la mano, en efecto, de la prosperidad caminábamos al civilismo.

Esa prosperidad remontaba su origen al militarismo. Durante los gobiernos de Varela, Latorre, Santos y Vidal (y Varela y Vidal, como vimos, fueron hombres de paja de los otros dos), "el país ahorra y se sacrifica", como puntualiza Quijano. "Esos ahorros van a buscar colocación, cuando la hora del optimismo llega y su influjo se ve acrecen-

tado por el aporte de capitales extranjeros, aporte de capitales que se produce por la colocación de deuda nuestra en el exterior, por las inversiones foráneas en compañías de servicios públicos nacionales y por dinero que emigra de la Argentina''. La estructura económica es rudimentaria, sus mecanismos son elementales y sus finanzas muy desordenadas. Pero sobran los buenos indicios al asumir Tajes: exportamos 30 millones de kilos de lana, casi un millón y medio de kilos de carne con rumbo a Inglaterra, 30.000 toneladas de carne salada, 10 millones de cueros y 200.000 reses en pie. El cónsul colombiano informaba respecto a nuestra producción del sector industrial: fábricas de adoquines, aguardientes, velas de estearina, cerveza, fósforos y zapatos, talleres de tapicería y talabartería, curtiembres y molinos, fábricas de fideos (12 fábricas; producción de ocho mil kilos diarios y exportación a Chile y a Brasil promediando los 150 mil kilos por año). Una legislación proteccionista, en el 88, les dio mayor amparo, todavía, que la ley aprobada en el 75.

La multiplicación de la banca, la formación de sociedades anónimas nuevas en número que dobla el centenar, el desarrollo de la construcción, el progreso de Montevideo, los proyectos de los inversionistas en el interior, los planes referidos al puerto de la capital, la especulación, la preponderante injerencia de los inversionistas ingleses en este proceso y el desarrollo casi paralelo que tuvo por entonces la Argentina, merecen consideraciones aparte.

Con respecto a la banca baste con decir que se constituyeron, gobernando Tajes, 27 instituciones financieras nuevas. Aunque no fueron nuevos los nombres de sus directores. El senador José Pedro Ramírez es vocal en el Banco del Uruguay. El diputado Duvimioso Terra está en el directorio del Banco Transatlántico. El diputado Borda (que será presidente, después), es vicepresidente del banco citado. El diputado Zorrilla de San Martín es también director en el Banco de Crédito Real. Sumaban capitales por valor de 70 millones de pesos. Conseguidos con facilidad: cuenta Visca que el Banco Italiano lanzó una suscripción por 2:200.000 pesos y cubrió 37 millones; quince veces más. La creación del Banco Nacional, con la protección y el control oficial (capitales privados extranjeros: 10 millones de pesos; presidente y un tercio de su directorio designado por el Ejecutivo), quiso centralizar la actividad. "Un banco del Estado —argumentó el gobierno— ...representa mayores garantías de imparcialidad, que una institución particular... atenderá las necesidades de la mayoría... y de ahí que la protección a los pequeños capitales sea uno de sus principales designios''. Abiertas las ofertas y elegido el proyecto de Reus (un especulador cuyos pasos veremos en forma separada), llovieron, en seguida, las críticas más duras. El diputado Estrázulas sostuvo: "Yo, entre la creación de un banco con capitales extranjeros, para que el producto y beneficios vayan aumentándose, no en nuestro favor, sino en favor del ausente...

creo que es justo y equitativo, aunque el capital fuese menor, dar preferencia a los capitales nacionales y extranjeros radicados en el país". El senador Silva sostuvo lo mismo: "este banco, fundado con capitales extranjeros, con socios extranjeros, con un directorio extranjero, todo podría ser menos nacional". Aurelio Berro también recogió la objeción: estimando el rendimiento del capital bancario en un 12% por año y rigiendo cuatro décadas enteras, según el acuerdo, aquella concesión, los beneficios totalizarían 96 millones que se nos irían rumbo al exterior. El proyecto se aprueba, sin embargo, y Reus es el gerente designado. El control resulta ineficaz. Hay escándalos graves. Renuncia el tesorero (Tomás Gomensoro), aduciendo que nunca lo fue "porque no le entregaron las llaves". Denuncia, de paso, la entrega de dinero sin fiscalización "por orden del gerente".

190 sociedades anónimas se registran jurídicamente. Totalizan 540 millones de pesos. A veces las miras son descabelladas. "Cuanto más disparatados eran los fines propuestos en tales empresas, mayor interés y entusiasmo parecían despertar", como comenta Visca. Y recoge este juicio, relativo a la contradicción entre la pequeñez de la plaza y aquel desenfreno: "eran muchos muchachos para tan pocos trompos".

La edificación le suma nuevos barrios a Montevideo, como Villa Muñoz levantado por Reus (2.000 albañiles en su construcción; entraban 200 carretas por día con los materiales). Se construyen mansiones, también. Se rematan solares a plazos, a ritmo febril. Los anuncios de Piria son bien elocuentes: "A las 3 en punto refresco general, cerveza, licores y refrescos con hielo. A los que quieran helados se les servirán jícaras de chocolate con bizcochos. En seguida, 3 mil bizcochos a la Cremona y cinco mil cigarros habanos... Habrá 22 vagones para conducir gratis a los interesados. Se recomienda a los padres de familia que lleven hasta los niños de teta, pues como estos remates van siendo los últimos que va a efectuar "La Industrial", es nuestro deseo que concurra el mayor número posible y que lleven a sus mujeres, pues en ciertos momentos la opinión sensata, previsora, y conservadora de éstas podrá resolver al marido a que se haga propietario, mientras que estando solo tal vez titubearía". Se escrituran ventas por valor de más de dos millones, en un mes. Se quintuplica el precio de los predios.

El progreso camina aceleradamente: iluminación a gas, nuevos ferrocarriles, tranvías, el alumbrado eléctrico y teléfonos.

El interior despierta el interés de los inversionistas. En Tacuarembó, Colonia y Paysandú se constituyen bancos destinados al crédito rural. Se combinan los tramos ferroviaros, duplicando el alcance anterior. Se formulan proyectos dominados por la fantasía. Un tal Gras proyectó transformar Maldonado: hotel para inmigrantes en Punta del Este, instalación de 4.000 colonos, murallón desde Punta del Este a Gorriti, ferrocarril empalmando a Maldonado con Rocha y con Pando, construcción de algunas obras públicas en la región y construcción del

puerto en esa punta. Ofreció ejecutarlo en 4 años, si el gobierno después le pagaba el 90% del costo, exonerándolo de los impuestos y reservándole algún privilegio (la línea de tranvías, por ejemplo). Fundamentó con imaginación: "Maldonado... tomará un vuelo comparable al de Chicago o al de Rosario de Santa Fe. Para ello es indispensable gastos por lo menos de 4 millones de pesos, y no hay que asustarse... pues quienes los pagarán en resumidas cuentas serán los cereales y los oleaginosos que tendrán salida por allí".

Lo del puerto se quedó en veremos.

El gobierno de Santos había concertado con inversionistas ingleses (la casa londinense "Cutbill Son") el contrato de su construcción. Tajes lo desestimó, resarciendo con 900.000 pesos en títulos de deuda, por la cancelación del compromiso, a los interesados ingleses. Licitado de nuevo el proyecto, la crisis financiera del 90 posterga las obras. El proyecto de Adolfo del Campo (un modelo de especulación), reclamaba al gobierno que se le donara, como pago, 2:400.000 varas de terrenos linderos al puerto y la exoneración de impuestos aduaneros, amén de una ganancia que se garantizaba.

Estamos en el reino de la especulación. "Un solo día de agiotaje —comenta Lacueva— es frecuentemente más lucrativo que años enteros de esfuerzos y aplicación invertidos en cultivar las penosas tareas de otras profesiones, y no se necesita más para decidir a gran parte de los hombres a renunciar a sus trabajos". Millones de pesos en oro se juegan en la bolsa apostados, a veces, a rumores. Se opera por valor de unos cuatro millones por día. Según relata Visca, "un peluquero está comprometido en el pago de 1.500 acciones como consecuencia de sus combinaciones bolsísticas, lo que significa un compromiso a liquidar de alrededor de 150.000 pesos". Emilio Reus (32 años en 1890), se convierte en el eje de la especulación. Extraño personaje. Llegó a los 27, desde España, cuando comenzaba el gobierno de Tajes. Abogado, doctor en letras y filosofía, traductor de Spinoza y autor de algunas obras dramáticas menores, diputado a las Cortes de Madrid (a los 23 años) y especulador arruinado en la Bolsa, fue cronista en la prensa porteña por algunos meses. Las especulaciones le permiten ganar medio millón otra vez. Se le van, de nuevo, de las manos. Con dineros ajenos gestiona y obtiene de Tajes la formación del Banco Nacional. Dedicado, paralelamente, a su actividad "no hubo proyecto de magnitud en el Uruguay del cual él no participara directa o indirectamente" (de la construcción del hotel de la Playa Ramírez al Banco Español; de la edificación del local de la Bolsa a la búsqueda del oro en Minas; de las explotaciones pecuarias en Paysandú al proyecto del puerto de Montevideo; de la gerencia del Banco Nacional a los planes para la construcción de líneas ferroviarias en Bolivia; de la Compañía de Crédito y Obras a las construcciones de Villa Muñoz). Da quiebra, en el 89, por tercera

vez (arrastrado en un "crack" que tuvo precedentes el año anterior, y que prefiguró la crisis del 90). La escritura de sus propiedades en el barrio Reus, vale por un millón setecientos mil pesos; el total de sus bienes rozaba los cuatro millones. Reus firmó un pagaré por 3:700.000 (!) "Es el vale más grande que se haya suscrito en la República", comenta Fernández Saldaña. "El mayor pagaré con la firma de un particular en el mundo", comentaban, con asombro, los contemporáneos. De nuevo en Buenos Aires, lo meten por dos veces en la cárcel pero logra salir y juntar el dinero para fundar la Sociedad de Crédito Argentina. Retorna al Uruguay, para fundar el Banco Transatlántico, que citábamos antes, con un millón de pesos. Se arruinará con él, definitivamente, en la crisis de 1890. Y muere a los comienzos del 91, con 32 años.

La preponderancia de Londres era irrefutable. Hemos visto las cifras de las exportaciones y las importaciones, poniendo a Gran Bretaña a la cabeza. Agreguemos el peso de los inversionistas. Sarmiento aconsejaba: "atraer capitales europeos es aumentar nuestras riquezas". Y Bauzá repetía: "sólo por la llegada de los capitales extranjeros podrá progresar económicamente el país". El Anuario Estadístico del 88 resulta elocuente. Los extranjeros (100 mil entre 200 mil habitantes de Montevideo) tienen en su poder capitales y bienes que suman 149 millones de pesos; el 55% del monto total. Dos mil establecimientos industriales, en manos extranjeras, suman un capital superior a los 12 millones de pesos; los 250 talleres nacionales (ocho veces menos), apenas totalizan 2 millones. El registro de empresas nos muestra estas cifras significativas: 14 carpinterías son nacionales y 192 son extranjeras; sólo dos herrerías pertenecen a dueños uruguayos y 463 pertenecen a los extranjeros.

En Argentina sucede lo mismo.

También eran ingleses los que se apoderaban de la tierra: "En 1871, el cónsul británico... calculaba que de los 10.500 súbditos británicos que se sabía vivían en la Argentina, 5.900 residían en las partes rurales de la provincia de Buenos Aires... un 1,68 por ciento de los propietarios rurales de la Argentina eran súbditos británicos; a su vez, Mulhall calculó que esos propietarios poseían el 26,4 por ciento del ganado ovino y el 4,6 por ciento del ganado vacuno y equino... los propietarios británicos no eran numerosos, pero sí prósperos y estaban bien establecidos, en la mejor provincia y en el sector que más progresaba en la economía" (testimonio de Ferns).

También eran ingleses los inversionistas: "Antes de la presidencia de Roca, las inversiones británicas en empresas por acciones de la Argentina llegaban a los 25 millones de libras. En 1885, esa suma había aumentado a 45 millones... En 1890 alcanzaba a los 150 millones... el secretario de la legación británica en Buenos Aires estimó las inversiones en una cifra que superaba los 200 millones de libras

y el Presidente de la República, en unos 250 millones'' (idéntica fuente).

También eran ingleses los que se apoderaron del ferrocarril, nacido del esfuerzo de los argentinos. "Una línea insignificante perdida en las tarifas elaboradas por los ingenieros británicos condenaba a la pobreza a determinada provincia, encarecía sus productos o volvía imposible su desarrollo industrial'', como lo dice Ramos. O como lo comenta Scalabrini: "Si los ingleses necesitan lino, bajarán los fletes para el lino y será necesario sembrarlo... Económicamente, los industriales y los productores agropecuarios no serán ciudadanos, sino súbditos de Su Majestad''.

También imperaba la especulación: valorización ficticia de la tierra, empresas en el aire, emisión sin control y operaciones absurdas de bolsa. "Carnaval de locura y especulación'', como lo califica Quijano.

Entretanto, y al ritmo que permite la bonanza, se suceden en el Uruguay transformaciones superestructurales. Se complementan las reformas de la educación, organizando la enseñanza secundaria (ley del 89). Y se posibilita, con limitaciones, la actividad normal de los partidos. Sin desterrar el fraude. Lo evidenciaba un cable de las autoridades de Mercedes, dirigido a sus subordinados en los comicios del 88: "Cueste lo que cueste, ha de triunfar el candidato del Presidente, porque así lo ordena éste telegráficamente''.

Detrás se va gestando la crisis del 90, ligada con el sacudimiento de la bolsa de Londres. Aparicio Saravia (34 años en 1890, heredero —ya— de "El Cordobés'', con seis hijos varones), aguardaba en la puerta de la historia.

"No soy amigo de bombos''.

Después de Tajes, Julio Herrera y Obes: 47 votos en 70; sólo sufragaron, divididos, los representantes colorados, absteniéndose la oposición (constitucionalistas y nacionalistas). Hijo del canciller de "la defensa'', Julio Herrera ligaba con la tradición colorada la postura de conservador. El nuevo "civilismo'' distaba de ser popular.

Batlle se alistó con los opositores. El nacionalismo, despojado de las posiciones antes convenidas por la paz de abril (la del 72) denunció la conducta del Ejecutivo: le otorgaban sólo tres jefaturas departa-

mentales, en lugar de cuatro, a pesar del aumento en la cifra de departamentos, a los que se sumaban Artigas, Rivera, Treinta y Tres y Flores formados en años recientes. Al desconocimiento de aquel compromiso se sumó, también, la comisión de abusos y de fraudes. En provecho de quienes formaban "la colectividad" política del presidente. Por eso les llamaron los "colectivistas".

"Jamás en época alguna se ha extremado, como en el presente, el abuso y el fraude", denunciaba Juan José de Herrera. "Nunca se han mostrado más cínicas las confabulaciones entre las autoridades y las camarillas locales". Y las enumeraba: "Registros cívicos formados a capricho: inscripciones fraudulentas admitidas como lícitas cuando favorecen a la parcialidad oficial; inscripciones estrictamente legales tachadas por ilícitas cuando el inscripto es conceptuado adversario del oficialismo; inscripción por millares, multiplicada, de las fuerzas militares y policiales; boletas con nombres supuestos y vueltas mercancía... Juntas Electorales y Comisiones escrutadoras de docilidad asegurada". "Ganamos las elecciones dos contra cinco", informaba, en un cable, un agente de la presidencia. El coronel Islas, Jefe Político de Trinidad, redactaba otro parte con estas palabras, recogidas en la prensa oficialista: "Una vez más, en lucha de uno contra cuatro y llena de dificultades, triunfó la lista del Partido Colorado". En Minas se consigue montar un incidente para llevarse preso a un mozo de café (elegido elector, en sistema de voto indirecto), convocar al suplente y poder designar, sin tropiezos, al senador Ellauri (don Prudencio), afecto al presidente. Y el régimen defiende su implicancia: "Es indudable que el gobierno tiene y tendrá siempre y es necesario y conveniente que lo tenga, una poderosa y legítima influencia en la designación de candidatos..." Tres veces intentaron los opositores (bajo la conducción de Duvimioso Terra) derribar a Julio Herrera y Obes. Sin base popular, carente de caudillos para dar expresión a la masa, y además separada de Batlle, la oposión armada fracasó.

Pero si pudo Julio Herrera y Obes navegar en la crisis política, la crisis económica que se precipitó anticipaba los enfrentamientos de fines de siglo.

Esa crisis se liga con causas ajenas y nuestras. La depresión inglesa, la recesión que están atravesando los EE.UU. hacia 1890, y la repercusión de la crisis en Brasil y Argentina, a la vez, inciden desde afuera. Nuestras estructuras, la especulación, ocasionales causas naturales y la incapacidad y ceguera de los gobernantes de turno, complementan las causas aquellas.

Apuntemos unos pocos datos.

Inglaterra pasa sobresaltos. Su producción, hacia fines de siglo, crece más lentamente que la de los rivales y tiene que ceder la delan-

tera en favor de Alemania y EE.UU. Tanto en la producción del acero como en la del carbón (dos rubros principales), los ingleses quedan en tercera fila. El comercio alemán los va desalojando. Las importaciones superan a las exportaciones inglesas. La apertura de Suez, "acerca" sus colonias pero rinde provecho, particularmente, en favor de Génova y Marsella. El fortalecimiento de los sindicatos, limita las ganancias de los capitalistas ingleses. La quiebra de la Baring, en el 91 (seguida de la quiebra de sus instituciones filiales, como el Banco Inglés, que operaba en la zona del Plata), visualiza la crisis aquí, con sus repercusiones detonantes.

Los EE.UU. han quintuplicado el valor de los montos de su producción en el último cuarto de siglo (2.000 millones de dólares en 1860; 9.500 millones en 1900, duplicando las cifras inglesas). En el lapso que va desde el fin de la guerra civil a la primera guerra interimperialista, han crecido económicamente pasando a la cabeza en escala mundial. Pero dicho proceso tuvo interrupciones. Desde el 86 hasta el 93, la recesión afecta la tendencia general en alza. En el 93, se producen 15.000 quebrantos comerciales, cierran 600 bancos y 74 consorcios, más 200 empresas ferroviarias. Bastará recordar la incidencia creciente de EE.UU. en nuestra balanza exterior para medir la forma en que repercutió sobre nuestras orillas esa situación.

El Brasil, que sintió los efectos, también, ensayó una política proteccionista y gravó con impuestos nuestras exportaciones de tasajo, que se limitaron.

La crisis salpicó, también, a la Argentina. "Los jueces de comercio no dan abasto, para entender en todos los juicios de quiebra", según Rivero Astengo. "A causa de la baja de los títulos han perdido dos honorables caballeros, uno abogado y otro general, cuatro millones de pesos" publica "La Prensa". Y Ramos puntualiza, con razón: "pareció de pronto que el país entero se hundía; pero el país no jugaba a la Bolsa, ni tenía a su servicio mucamos de librea con botones de plata, ni frecuentaba las joyerías de la calle Florida, ni examinaba con ojos de conocedor los rasos y las sedas importadas que el gran señor de Buenos Aires, entre jugada y jugada, o entre parición y parición, aquilataba con sus amigas". De todos modos, repercute aquí. Emigran capitales argentinos, retirados de plaza, con apuro.

A las deficiencias de nuestra estructura (la dependencia, particularmente) y a la especulación, que ya vimos, se le suma una larga sequía, dañando a las cosechas y ganados, y la actitud pasiva del Ejecutivo. "No ha estado en las facultades de los Poderes Públicos (informaba Julio Herrera y Obes) impedir la seca, la invasión de la langosta, los estragos de la isoca, la pérdida de las cosechas, la flacura de los ganados, el bajo precio de nuestros frutos del país en Europa, la paralización de las industrias, la falta de trabajo, la disminución de los valores, el decaimiento de las rentas nacionales, que son las causas y

los efectos característicos de la crisis que nos oprime". Mas no lo imaginemos cruzado de brazos. El poder amparó al privilegio y lo cubrió con su complicidad. Eduardo Casey, un especulador, tuvo crédito abierto y le llegó a deber al Banco Nacional (controlado por el Ejecutivo) cinco millones y medio de pesos: más de la mitad del capital del banco. Y Batlle acusará: "Los intereses nacionales han sido sacrificados a los que aquí se llaman el alto comercio, o sea los intereses de un grupo de descendientes y factores de fábricas europeas cuyos productos introduce al país".

El colapso se precipitó.

El 5 de julio de 1890 el Banco Nacional dispuso suspender la conversión de todos sus billetes. "No corre más velozmente la electricidad de lo que corría ayer la noticia (...) Si no todos, la mayor parte de los tenedores bancarios pretendían no quedar fuera del oro a espera de la reapertura de la conversión y de ahí que se apresuraran, se atropellaran y hasta rodaran algunos por las escaleras que conducen al vestíbulo de las oficinas... sufriendo no pequeño desengaño al encontrarse frente a los carteles pegados a los cristales, cuyo anuncio de no conversión momentánea les producía gran desaliento y bajaban cabizbajos y desganados, no de su primera intentona, pero sí de hacer por el momento cualquier otra cosa. En esa ímproba tarea estuvieron entretenidos centenares de personas durante tres horas", informó "La Razón". Después se van sumando los atrasos (cuatro meses impagos en el presupuesto). Se repiten despidos y quiebras. El banco de Monte Piedad, la Caja de Ahorros y la empresa minera, se funden. "Muchos pululan por todas partes pidiendo para comer" ("La Razón", en agosto de 1890). En el 91, los quebrantos llegaban a mil. El Banco Inglés cerró. Después cerró la Bolsa. Después, tras una moratoria que quiso ampararlo, desaparece el Banco Nacional. "El desastre del Banco, sobre todo la sección Comercial, ha llegado a ser de todo punto irreparable", informó al parlamento, el gobierno. En el 92, Francisco Bauzá —ministro de Gobierno— elevaba un informe en que se reflejaba la hondura social de la crisis, apuntando a sus causas y buscando medir sus efectos en nuestra campaña. "La causa esencial del pauperismo naciente es el exceso de brazos rivalizando para aplicarse a un mismo empleo. Hay sobrada oferta de peones de estancia o chacra, y por eso es que los salarios bajan y las industrias encarecen. Entretanto, cada familia campesina que cae en la miseria es un elemento más que se disgrega". Apuntando a "los grupos de pordioseros como los que en el pasado invierno se han diseminado por los caminos y los bosques, siendo una carga para los hacendados y amenazando con ser en adelante un peligro para todos". Un campo fermentado para la revuelta que prepara Aparicio Saravia.

Curiosas elecciones las de la sucesión de Julio Herrera, entre los coletazos de la crisis.

Con las tropas formadas en torno de la Plaza de la Constitución, para rendir honores al nuevo mandatario, sesionan los legisladores que deben elegirlo. Sufragan cuatro veces, antes de medianoche. Nadie logra la suma de 45 votos requeridos. Debe así prorrogarse el mandato interino de Duncan Stewart, argentino, que preside el Senado. Y deben hacerse nuevas votaciones, en un clima cargado de tensión. Chucarro y Gomensoro, respectivamente, obtienen 43 votos. No pasan ese tope. Informan, desde afuera, "que la tropa ha cargado sus armas", amenazadora (está bajo comando de los generales Casimiro García y Miguel A. Navajas, coroneles golpistas del 75). A los 12 días, luego de sucederse votaciones ininterrumpidas, el doctor Ellauri —el jefe de gobierno derribado en aquella ocasión— alcanza la cifra de 45 votos a favor, computando el voto del hermano (don Prudencio, "elegido" en la forma que vimos). Luego de discutir sobre la validez del voto mencionado, se trasmite la renuncia del doctor Ellauri, recomenzando entonces la elección. Al cabo de 40 votaciones, después de 3 semanas ("los 21 días", como la tradición los llamó), 47 votos eligen presidente a Juan Idiarte Borda. "¡Mierda!", comentó Julio Herrera, elocuente, al saber por teléfono la decisión. Batlle fue contundente: "El señor Idiarte Borda tiene una característica bien conocida: ha sido en los últimos cuatro años, colocado a la cabeza de una comisión constituida quién sabe cómo, el gran manipulador de todos los escandalosos fraudes que en ese período se han cometido". "Un muñidor político, de estatura municipal", define, con desprecio, Real de Azúa.

Desafecto, por razones personales, a su antecesor, Borda fue continuista en las orientaciones y procedimientos. El fraude prosiguió. "El Día" relataba con estas palabras las elecciones del 96: "Algunos marcianos (el nombre derivó del apellido de un pistolero a sueldo del gobierno), retobados en trajes de electores, depositaban gravemente su balota y en seguida, después de tomar una copa en el almacén inmediato y previo un cambio de sacos y sombreros, volvían a votar. Esto lo repetían cuantas veces era necesario. En algunas mesas se había encontrado el medio de simplificar ese trabajo, evitando, además, las molestas correrías de los marcianos; se echaban a puñados las balotas en las urnas, como quien echa una moneda en una alcancía; y satisfechos del procedimiento se repatingaban en las sillas para matear y fumar a gusto". La corrupción creció. Citemos a Batlle, de nuevo: "Borda está por consolidar otra parte importante de su cuantiosa fortuna... No sólo quiere estancias y palacios... (quiere) un yate presidencial del corte del que tiene el Emperador de Alemania; la embarcación se la va a regalar la casa Harley y Compañía, en prueba de agradecimiento por los trabajitos que le proporcionaron".

Se impulsaban, también, mejoras materiales: proyectos en el puerto, nacionalización de la usina (aunque la explotación de los servicios quedara en las manos de particulares), canalización de las aguas en

muchos arroyos y ríos, construcción de los primeros tramos carreteros macadamizados. Se creó, con un crédito inglés, el Banco de la República, con capitales mixtos, todavía.

Apariencias, apenas, de tranquilidad. El estallido revolucionario incendió al Uruguay, en seguida.

Lo dirige Aparicio Saravia, nacido en Cerro Largo en el 56; el cuarto de los hijos (fueron 13) de Francisco Saraiva (tal era el apellido original), brasileño afincado en el norte, jugador fullero al fin establecido sobre Santa Clara con dos mil novillos. Escapó de la escuela, a los 13, para ser montonero junto con Aparicio, obteniendo graduación de cabo. A los 19 y con grado de alférez, estuvo con la Tricolor. Casado con Cándida Díaz, le nacen, como vimos, sus varones. Se marcha después a Brasil, junto con Gumersindo, el hermano mayor, para participar en la guerra civil, desde el 93 hasta el 95. Recorrió más de 3.000 kilómetros, en guerra. Libró más de 70 combates. Perdió a Gumersindo. Volvió general. En octubre del 95 estaba de regreso por sus pagos y contestaba en "La Razón" unas preguntas:

—Ud. debe bajar a la capital para hacerse conocer de sus correligionarios políticos.

—Ni miras tengo de eso. No soy amigo de bombos.

—Es que Ud. acaba de hacer un hermoso papel en el Brasil y por eso debe Ud. ponerse en el lugar que le corresponde.

—No, señor. No he hecho más que honrar a mi finado hermano.

Los abusos y fraudes de Borda le empujan, por fin, a la acción. Desde Cañada Brava, formula su programa (garantías; respeto al sufragio y representación de minorías). Le acompaña un hermano, "Chiquito". No lo ven con agrado los hombres que dirigen, en Montevideo, al partido de la oposición, inclinados a la componenda con Borda.

Bajó a Montevideo. Dialogó con Martín Berinduague, jefe del Directorio del partido. "Le habla de esperas. Saravia pregunta qué tiempo habrá que esperar. Se le contesta que quizá más de un año. No hay recursos. Aparicio muestra una cartuchera y les dice: Aquí traigo mis títulos de propiedad. Vienen también los de mis hermanos Chiquito y Mariano. Están a disposición de ustedes, del Directorio. Prefiero dejar a mis hijos pobres pero con patria y no ricos y sin ella". Justino Muniz, un estanciero blanco vecino de Saravia, desaprueba tamaña "impaciencia". En octubre, se suceden las levas enrolando soldados a la fuerza (se llevan, por ejemplo, a los esquiladores). Protesta Saravia. El Directorio optó por condenarlo, dejándolo solo "...no puede asentir ni conceder aprobación, a pesar de cuanto en contrario pudiera propalarse, a actos, propósitos ni organizaciones... que, por impacientes o prematuros, comprometen los destinos de la asociación política que preside (este directorio); desautoriza en consecuencia a

toda personalidad, centro u organización, dentro del Partido Nacional, que, por ceder a impacientes, pudiera ocasionar movimientos anárquicos o pretendiera sustraer de la dirección política de este Directorio a parte alguna de su partido para hacerle adoptar una línea de conducta aventurada o temeraria; ante la situación delicadísima del presente, necesita el Partido Nacional conservar su actitud circunspecta". Saravia, sin embargo, no se queda esperando. El 23 de noviembre del 96, congrega a sus amigos en la Coronilla, cerca de "El Cordobés", y emprende la revuelta. Alguien debe decir unas palabras y le pide opinión. "Usted sabrá", responde; "a mí me parece que con que en el primer párrafo de un viva a la Patria, en el segundo un viva al Partido Nacional y en el tercero un viva a la revolución, ya estará todo pronto porque lo demás no interesa". Lo acompañan, en ese momento, 30 soldados rebeldes, con 6 carabinas. Recorre algunas leguas, hasta Mansavillagra. Se le suman 1.000 hombres, en una semana. Con 160 carabinas. Alerta suficiente. Prefiere pasar la frontera y se interna, expectante, en Brasil.

"La dignidad arriba y el regocijo abajo".

El 5 de marzo del 97, en el aniversario del levantamiento del otro Aparicio, Saravia, con sus hombres, cruzaba la frontera nuevamente. Son 380, esta vez. Tienen 600 armas y pocas municiones. Antes del amanecer, repasan la frontera, hacia Brasil, y vuelven a cruzar por otro lado, buscando impresionar al enemigo. "Mi intención fue que los espías que tenía Idiarte Borda sobre la frontera, le noticiaran que habían invadido dos gruesas columnas, no siendo más que una", comentó.

Gálvez lo presenta como conductor, con unos pocos trazos. "En la marcha se multiplica: trata de que su gente no destroce las chacras; anima a los que se rezagan; vigila a las caballadas y a sus cuidadores; indica el camino que han de seguir las carretas y observa cómo son conducidas, sobre todo en los pasos de los ríos; dirige el cruce de los ríos y arroyos y ve si están bien los enfermos y los heridos. En los campamentos, asiste a la limpieza de los cañones y al recuento de las balas; dicta notas y cartas y se preocupa del alimento y del vestido de la tropa. No le faltan condiciones de organizador y es,

además de jefe y conductor de hombres, padre de *sus muchachos*, como gusta llamar a los soldados. No tiene mucho espíritu militar, ni fuerte sentido de la disciplina y de la jerarquía... en realidad es un montonero, pero un montonero genial".

Con él, caudillos regionales. Todos estancieros. Veteranos del levantamiento de 1870. Amilivia, español que luchó con Oribe y se alistó después con Aparicio, tiene 83 años ("está al frente de la infantería y para hacerla avanzar, se quita su boina de vasco, la arroja hacia adelante y grita: *hasta la boina!*, agregando alguna interjección"). Agustín Urtubey ya pasó los 80 ("parece reseco, hecho una pasita, y está muy sordo"; alega que no siente las balas por eso). Basilio Muñoz ya cuenta 83. Fortunato Jara (que también combatió con Oribe), tiene 78. Celestino Alonso ya perdió la cuenta. Don Nicasio Trías pasa de los 70. Manuel Rivas es octogenario. Pedro Francia tampoco se acuerda con exactitud, ni recuerda las veces en que combatió; "lo que sé decir es que siempre he servido contra los gobiernos". Bernardo Berro (hijo del presidente asesinado) tiene 63. Hay además doctores, profesores, periodistas. Y gauchos, por supuesto ("peones, esquiladores, domadores, reseros"). No faltan los mulatos, los indios y los negros. "Analfabetos y heroicos, mugrientos y admirables", como define Gálvez. En total, porque se multiplican las incorporaciones, ocho mil guerrilleros. Equipados de lanzas, hojas de tijera de esquilar o medialunas de desjarretar. "Este soldado lleva una carabina, aquél un trabuco de tiempos de Oribe; uno carga su arcaica tercerola, otro un remington o un winchester, sin faltar algún máuser moderno".

A su fuerza se suman los hombres que desembarcaron, desde Buenos Aires, junto con Diego Lamas (Luis Alberto de Herrera, con ellos).

El gobierno, a su vez, moviliza seis grandes divisiones, al mando de Muniz, Máximo Tajes, Arribio, Villar, Benavente y Melitón Muñoz. Suman veinte mil hombres. Disponen, además, del telégrafo y del ferrocarril. Basilicio Saravia, hermano del Caudillo, colorado, es designado Comandante de Guardias Nacionales y jefe de la división de Treinta y Tres. Llevó cinco varones al combate. Fueron cinco, también, los hijos de Aparicio que se movilizaron con la rebelión.

Se cambiaron seis cartas entre los hermanos.

Aparicio fue duro: "No pretendo hacerte un cargo por tus opiniones políticas. Cada cual es dueño de pensar a ese respecto como le parezca más conveniente a los intereses públicos, pero sí te lo hago, y muy fundado, por tu actitud en la actual contienda civil. Desde la guerra de 1870 permaneciste retirado y sin ocuparte de otra cosa que de tu trabajo; pasó por el país la tiranía erigida en sistema; a ésta ha sucedido el robo, también sistemático... Cualquiera que no su-

piese que personalmente eres un hombre honrado, creería que si no te gustan los opresores, no te disgustan los rateros. Lo estás probando". Y advierte, tajante: "por lo pronto somos extraños el uno al otro... no te acuerdes más de mi nombre".

Basilicio contesta con varias preguntas que llevan respuesta: "¿Cómo entiendes el amor a la patria? ¿sublevando gente dispuesta a desconocer la propiedad particular...? ¿Sumiendo el país en la anarquía y en el caos para edificar sobre sus ruinas? ¿Esa es, por ventura, la escuela que nos legaron nuestros buenos padres al dedicarse constantemente a acumular los medios de precavernos de la pobreza...? Estás emprobreciendo al país, lanzando la riqueza pública y privada a una ruina fatal".

Merece la respuesta, desde Caraguatá. "Mientras Bernardo Berro, mientras Giró, mientras el probo Atanasio Aguirre, mientras los presidentes del partido que hoy está en armas cuidaban la hacienda pública... los gobiernos a que tú te refieres han hecho lo contrario... sube hoy a 130 millones lo que debe el país, cuando en tiempos de Berro el país debía tan sólo 2 millones... Es por eso, hermano, que estoy en donde estoy, y aquí estaré al morir. En el bando de los administradores de buena fe, en el partido de las probidades presidenciales, junto a aquéllos que suben y bajan pobres del poder... ¿Tú crees servir a la patria en el puesto que ocupas? Pues no la sirves, sirves tan sólo a un círculo... una camarilla sin ley ni patria (...). No soy yo, hermano, no es mi partido, los que hemos convertido en sistema el fraude electoral; los que hemos saqueado la riqueza pública... los que hemos engendrado el pretorianismo en el cuartel y el utilitarismo (...) Tú me dices que eres soldado de un gobierno constituido, olvidando que lo fue mal. Yo te preferiría soldado de la nación, del derecho, de la libertad, de la honradez administrativa".

El Caudillo termina con definiciones: "La Patria es la dignidad arriba y el regocijo abajo; la Patria no es el grupo de mercaderes y de histriones políticos que han hecho de las prerrogativas del ciudadano nubes que el viento lleva". El hermano aconseja, sin poder rebatir: "No aspires a presentarte como inspirado! ¡Acuérdate del Justo, del Redentor del mundo!".

La proclama inicial de Saravia trazó los objetivos: decencia y libertad. "La libertad no existe en absoluto (...) Realízanse negocios de empréstitos ruinosos y operaciones financieras ridículas, con el objeto de cobrar la coima".

Con esas dos banderas, desparraman su fuerza los rebeldes. Saravia se mueve entre Rivera, Melo, Treinta y Tres y Minas, acercándose, luego, a 25 leguas de la capital. Lamas logra juntarse con él, antes de fin de mes. Ha vencido en Tres Arboles, ya. Pero la rebelión ha sufrido un revés (Arbolito), que le costó la vida a "Chiquito" Sa-

ravia ("lo ultimaron con un hachazo que le dividió la cabeza, un tiro en el cuello y una herida en el pecho, de lanza"). Se suceden los enfrentamientos: Cerros Colorados, Cerros Blancos (allí Florencio Sánchez estuvo con Saravia), Cuñapirú, Guaviyú, el sitio del Caudillo contra Salto, el extraño combate en Hervidero, la lucha en Tararira y Aceguá.

En la capital, la celosa censura de prensa ocultaba las dificultades de Borda. Acevedo relata que un diario buscó propagar las noticias instalando un fonógrafo en su redacción (el primero que se conocía). "Una tarde se presentó un grupo de mazorqueros y descargó sus revólveres sobre el aparato, en la creencia de que la voz emanaba de una persona oculta debajo de la carpeta que cubría la mesa".

Surgieron, finalmente, los componedores. Borda desestimó el avenimiento, con intransigencia. Hasta que se produjo el atentado que le cortó la vida, de un balazo.

Relatemos los hechos.

25 de Agosto: aniversario de la declaración de la Florida. Idiarte Borda asistirá al Te Deum, en la Iglesia Matriz. La prensa opositora censura duramente al gobernante. Carlos M. Ramírez escribe en "La Razón" un largo editorial. Acusa al presidente "por su intransigencia y por su obcecación". Dice que se mueve "con el ánimo deliberado y siniestro de hacer imposible la paz". Lo retrata con severidad: "imperioso, irritado, rajante; fija su condición a guisa de ultimátum y exige respuestas perentorias, sin admitir el más tímido conato de discusión". Lo acusa de tener "palabra soberbia y jactanciosa". Define su objetivo: "concluir la guerra por la guerra". Y termina con este relato elocuente: "En los primeros siglos del cristianismo, San Ambrosio, obispo o arzobispo de Milán, cerró la puerta del templo al emperador Teodosio, exigiéndole que antes de penetrar en el recinto sagrado se purificase de la sangre derramada en Tesalónica. Han pasado ya los tiempos de ardiente fe, y los prelados no se yerguen, vencedores, sobre los omnipotentes de la tierra, pero hoy, a la hora del te - deum, cuando el señor Idiarte Borda suba por las gradas de nuestra catedral, se oirá en los espacios la voz ahogada de todo un pueblo que le grita: "antes de ir a posar las rodillas en el almohadón de terciopelo rojo, ve a purificarte de la sangre que ha hecho y hace derramar tu obcecada intransigencia". "El Día", por su parte, no fue menos severo. "Esta tarde, tal vez a la misma hora en que se esté librando alguna batalla sangrienta, y seguramente a la misma hora en que están impagos ocho presupuestos, el señor Idiarte Borda y sus amigos asistirán en la catedral a un te - deum, ceremonia de regocijo. Irán luego a la Casa de Gobierno, en marcha triunfal, repatingados en berlinas descubiertas, bajo salvas de cohetes, con las notas del himno, para ver al ejército, desde los balcones, desfilar a sus pies. Después lunch, a gran cham-

pagne, entre los entorchados del Cuerpo Diplomático. A la noche, función en el Solís, función de gala! Seguramente el señor Idiarte Borda no considerará, al acostarse, que ha perdido su día..."

"Pocos legisladores, algún empleado, y tal vez ningún particular". Así dijo la prensa, al otro día, sobre la concurrencia al acto religioso. "El Dr. Soler avanzó desde el fondo del altar mayor, envuelto en sus ropajes de plata y oro, la mitra encasquetada, el báculo en la mano, rodeado de una nube de subalternos y encarándose con el Sr. Idiarte Borda, lo bendijo largamente".

Después, el atentado. "A las 2 y 50, al retirarse de la Catedral S.E. el Sr. Presidente, el individuo Avelino Arredondo disparó un balazo de revólver sobre el Sr. Presidente, causándole una herida mortal. El hecho ocurrió en la calle de Sarandí, enfrente del número 331 (...). El Exmo. señor arzobispo (Mariano Soler) que marchaba a su lado en el séquito, dio al Sr. Presidente la absolución y escuchó sus últimas palabras que fueron éstas: estoy muerto". Así lo relató la versión oficial.

La prensa, al otro día, informaba que el "lunch" en el Palacio Estévez fue celebrado igual. Con la mesa servida, sabida la noticia del asesinato, quienes estaban aguardando a Borda consumieron, con apuro, vituallas y bebidas.

"La Razón" no comentó los hechos, negándose a juzgar al homicida, "por no violar el decreto que prohibe en absoluto comentar la situación actual". Cuando le reprocharon la actitud, editorializó para justificar: "Cuando se arrebata a la prensa, aun en fuerza de la necesidad, el derecho de dirigir censuras a los poderes públicos, sean cuales sean sus actos, implícitamente queda relevada del deber de censurar los actos en que haya una hostilidad criminal contra los poderes públicos. Si habéis apagado la antorcha, mal podéis extrañaros de que no alumbre a nadie".

"El Día" fue duro también. "El destino o el azar ha sido blando para el señor Idiarte Borda, deparándole un fin inmediato, privándolo del tiempo necesario para reflexionar siquiera sobre las causas de su infortunio".

A la vez Avelino Arredondo, de 23 años, declaraba "que se enorgullecía de ser colorado y de haber librado a su partido de quien usurpaba su representación en el gobierno".

Juan Lindolfo Cuestas, esa tarde, después de asumir el poder, decretaba Medidas de Seguridad.

"Un burócrata duro, cazurro y receloso", define Real. Y Pivel complementa: "Hombre oscuro:.. funcionario bancario, receptor de aduanas, organizador de la oficina de Impuestos Directos en tiempos de Latorre, ministro de Hacienda de Vidal y Santos; más tarde, de Justicia y Culto. Hombre mediocre, con capacidad administrativa...".

Se mantuvo seis años en el mando: presidente interino desde agosto del 97 a febrero del 98, dictador por un año, y por fin gobernante "legal" hasta marzo del año 1903.

Negoció, de inmediato, la paz. Saravia avanzó hasta Mosquitos y aguardó sugerencias de Cuestas. Tramitó los acuerdos con el consentimiento de los subalternos. El Pacto de la Cruz, como se le llamó, comprometió al gobierno a reformar la ley electoral, concediéndole a las minorías representación. Le aseguró a los blancos el gobierno en seis departamentos y entregó a los rebeldes 200 mil pesos para resarcirlos de los gastos.

Con seis departamentos controlados (Maldonado, Flores, San José, Rivera, Cerro Largo y Treinta y Tres; destaquemos que tres son fronterizos), Saravia cogobierna. 'Su casa está llena de politiqueros y revolucionarios. Gentes de todo pelaje lo visitan: doctores, señorones, estancieros, gauchos pobres, federalistas riograndenses, agentes electorales, vendedores o compradores de haciendas, pedigüeños, embajadores del Presidente, caudillos de todo el país, multitud de curiosos que quieren conocerlo (...). Su estancia es, ni más ni menos, un hotel. Allí los visitantes tienen casa y comida, gratis. Hasta los turcos mercachifles se alojan en la propiedad del Caudillo. Tanta gente lo visita, que todos los días se carnea una res, cuando no dos, y seis u ocho capones". Y alguien destaca, bien: "La Bolsa subía o bajaba de acuerdo a la fisonomía que mostraba el mediador al bajar en la Estación Central, volviendo del Cordobés o de Melo. Fueron muchas conversaciones mano a mano, sin secretarios ni taquígrafos (con los emisarios de Cuestas); no hay constancias de lo que se dijeron, pero en época de tantos sobresaltos, la paz duró seis años".

El golpe de febrero del 98 (al terminar los meses que restaban a Borda para completar su gestión), prolongando el mandato de Cuestas, tuvo el consentimiento de Saravia. El de Batlle, también: "Las actuales Cámaras no gozan de un poder legal... Por qué no se podía modificar ese conjunto sacando a unos y poniendo a otros por medio de la fuerza, de manera que sus resoluciones no pudieran provocar el caos? En el terreno de perfecta ilegalidad en el que nos hallamos, un arreglo de este género no sería menos legal". Se quitó la elección de las manos de una legislatura surgida de los fraudes del colectivismo. Por acuerdo de los tres sectores concertados en la operación, se designa un Consejo de Estado con 58 colorados (entre los cuales, Batlle), 24 nacionalistas y 6 constitucionalistas. La misma proporción, para formar el nuevo parlamento, de acuerdo a listas mixtas, y tras modificar la ley electoral. La minoría no tendrá derecho a representación, de no alcanzar, al menos, a la cuarta parte de los votos. Pero de superarla, le corresponde la tercera parte de los representantes. Régimen a regir con posterioridad, pues en esos comicios, como se anotó, un pacto electoral

eliminó la lucha de partidos. Los "colectivistas" (herederos del coloradismo más conservador), optaron, despistados acerca de su fuerza, por la insurrección. Dos veces los derrotan, en julio del 98 y en enero del 99. La elección presidencial de Cuestas, para sucederse, no tuvo rival. 76 votos en 77 (la unanimidad, salvo el hijo de Cuestas, que sufragó por Batlle).

Con un espinoso problema pendiente para el mandatario: reparar los daños de la guerra; 2:200.000 pesos según reclamaciones de los damnificados (100 mil metros de alambrados destruidos, 100 mil reses vacunas, 80 mil ovinos, casi 20 mil yeguas y 40 mil caballos requisados).

El crecimiento de la población y de la inmigración (un millón de habitantes en 1900, superando ocho veces la cifra de 1850; los extranjeros eran la mitad para la capital —el 45 % con exactitud— y no llegaban al 15 % en todo el interior) servirá como base para repuntar económicamente. Normas proteccionistas favorecerán a nuestra producción (en favor de productores arroceros y remolacheros en 1900 y de los ganaderos al año siguiente). La balanza de compras y ventas será favorable. Abriremos, de nuevo, el mercado del sur del Brasil. El comercio exterior estará por encima de 50 millones de pesos por año, debajo, solamente, de las ventas de Cuba y Argentina en este continente.

Una prosperidad para pocos. En 600 conventillos hacinados, habitaban entonces casi veinte mil trabajadores. Los panaderos estaban obligados a cumplir una jornada laboral que empezaba hacia las cuatro de la tarde y duraba hasta la diez de la mañana (18 horas ininterrumpidas!). Los dependientes de bares, almacenes y tiendas, trabajaban 16 horas diarias. Los tipógrafos reducen a 14 las horas de trabajo, porque se reconoce la dureza de la profesión. Ganan, promedialmente, 20 pesos al mes. "Trabajan como bestias", escriben en "El Día". Y deben enfrentar un presupuesto que según las cifras oficiales demandaba un gasto familiar fijado por arriba de 40 pesos.

•

"Es una huelga armada de protesta de los desgraciados".

"Ese hombre está contra mí y dentro de muy poco estará contra nuestro partido". Proféticas palabras de Saravia, hablando de Acevedo Díaz con el jefe político de Cerro Largo. Pronóstico acertado. Acevedo enfrentó a su partido y le dio, con su voto y el de sus amigos, el poder a Batlle.

Elección concertada en "minicompromisos" entre bastidores. Hubo tres postulantes entre los colorados. Mac Eachen, ministro de Gobierno del régimen de Cuestas, contaba con apoyo de la presidencia mas no estaba dispuesto, decía, a dar "ni un paso ni un peso" por la nominación. Juan Carlos Blanco, presidente del Senado, computaba el aval de Saravia. Batlle y Ordóñez (hijo del general Lorenzo Batlle, periodista enfrentado con Santos, jefe político de Minas durante el gobierno de Tajes, diputado por Salto con Herrera y Obes, senador y golpista en respaldo de Cuestas, en los últimos años pasados), expresaba, por fin, a los sectores más intransigentes que no disimulaban su disgusto por los compromisos con el Cordobés.

El acuerdo del coloradismo para sostener a Batlle con sus votos fue tejido cuidadosamente. Dice Domingo Arena (portavoz de Batlle): "nada fundamental nos dividía... durante toda la negociación, Batlle demostró con hechos esta tesis, aceptando sin regateos cuantas exigencias razonables le formulaban los adversarios ocasionales; había cuestiones que a su grupo parecían excesivas, pero él forzaba la máquina y conseguía que se aceptasen". Y agrega después: "Lo que le fue del todo imposible fue entrar en tratos con blancos de la mayoría, aunque lo buscó empeñosamente, hasta el fin, en su vivo deseo de ir al gobierno apoyado por todos..." Buscó, pues, el gobierno, intentando una conciliación de sectores sociales incluyendo a quienes expresaban a terratenientes y representantes de los inversionistas ingleses. Guardó la intransigencia, como se verá, para desconocer el Pacto de la Cruz y negar al partido adversario las conquistas arrancadas antes.

Consiguió, en la elección, 55 votos, arrimándose 9 de los nacionalistas disidentes, que se rebelaron contra su partido. Los blancos (23), votaron por Anaya. Entre votos dispersos, uno se computó por Acevedo Díaz. Era el voto de Batlle.

Suspende el directorio del nacionalismo a los legisladores indisciplinados. Los recompensa Batlle largamente. Les toca la cancillería (para el Dr. Romeu). Les dan dos jefaturas políticas departamentales (Arias y Luis Gil). Acevedo será embajador en Estados Unidos. Los otros nombramientos expresaban la conciliación perseguida en el plano social. Martín C. Martínez, expresión del viejo principismo más conservador, fue nombrado ministro de Hacienda. Y Serrato será ministro de Fomento (lo que abarcaba entonces Obras Públicas, Instrucción y Previsión Social, Ganadería, Industrias y Trabajo). En manifestación, jóvenes asociados del Club Uruguay, testimoniaron a los pocos días su satisfacción con esos nombramientos. Y comenta Barrán: "Contradicciones? Tal vez... Al fin y al cabo Batlle era uno de ellos".

Volvamos al proceso de las designaciones y al problema de las jefaturas porque motivó la primera revuelta del nacionalismo.

"Es necesario lograr *la reconquista de los departamentos* y el fin

del estado anormal que divide a la República en dos fracciones, casi en dos países, uno colorado y otro blanco", anticipaba Batlle, algunos años antes. Y la designación de dos de los amigos de Acevedo Díaz, reconquistaba esos departamentos para el oficialismo.

"Vendo los novillos a 16 pesos", comunicó Saravia a sus amigos, por un telegrama. Era la contraseña para la insurrección del 16 de marzo. Fue "una acampada larga", según Baltasar Brum. Le bastó congregar a su gente y esa demostración de poder aconsejó pactar al presidente. En Nico Pérez se deliberó. Cinco de las jefaturas iban a ser provistas con nacionalistas en acuerdo con el directorio de dicho partido. "La jefatura política de San José será desempeñada... por un nacionalista que hubiese adherido al movimiento revolucionario del 97, sin intervención del Directorio". Y el gobierno agregaba, unilateralmente: "no se exigirá el recurso de los dineros sustraídos de las sucursales del Banco o sus receptorías" ,aludiendo a las "expropiaciones" hechas por rebeldes.

Por esa fecha, Florencio Sánchez, en sus "Cartas de un flojo", se desafiliaba de viejas concepciones para fustigar, con dureza, al tradicionalismo. "Los blancos son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionalistas cuatro gatos en una bolsa". El joven anarquista denostaba las insurrecciones en que participó. "Casualidad es que no nazcamos los orientales arrullados por el estruendo de un motín: en seguida, a la vez que a decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca o colorada y a romperse la crisma a pedradas por el caudillo de uno u otro color... y cuando abandonamos las facultades con nuestro título debajo del brazo nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista. el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores". Extremó la dureza con el partido a que perteneció. al aludir a las revoluciones, "nuestra misión topográfica de abrir caminos al través de los sembrados y las florestas y pobladora. a la vez... de cementerios". Con Saravia, debemos decirlo, fue gravemente injusto, con un desprecio aristocratizante: "Lo gaste. durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje. bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general, y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrera y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?".

La paz no duró mucho. El 15 de octubre (1903), se informaba en "El Día" que los "jefes del Parque Nacional estudian en este momento la batería de las ametralladoras, sistema Colt, que hace poco tiempo

adquirió el gobierno en EE.UU." Por esa misma fecha, se producen incidentes fronterizos con guardias brasileños, en Rivera (departamento del nacionalismo). Mandó tres regimientos el gobierno. Aceptaron callados, los nacionalistas, tal 'intromisión". Pero cuando pasada esa crisis se manifestó la intención del gobierno de dejar instalados esos regimientos en el departamento de Rivera, condenó, Saravia, la aplicación abierta de los compromisos. "No existe ni la sombra de un compromiso", le contestó Batlle. Empezaba la guerra, de nuevo.

El 1.º de enero del 4 comenzó la movilización. Luis Alberto de Herrera, enterado en EE. UU. (era nuestro Encargado de Negocios, designado por Cuestas en el cargo), presenta renuncia "para incorporarse junto a los compañeros de toda la vida" y devuelve los sueldos que la cancillería paga trimestralmente por adelantado. Sé que a estas horas está en armas el Partido Nacional... y que en estos instantes se derrama la sangre preciosa de adversarios y también de compañeros cuya suerte, buena o mala, yo también quiero correr (...). Entregaré inmediatamente el importe de un mes de sueldo que he recibido en exceso". Como en el ministerio se niegan a recibir el importe que les devuelve, lo deposita en una dependencia judicial. El gobierno, que no le contesta, lo exonera del cargo "por incumplimiento".

"El Día", optimista, se burla de la fuerza de los enemigos: "Parece que una gran parte de esas fuerzas están formadas por menores que seguramente, han de hacer la patriada suspirando por sus madres abandonadas a la fuerza. Y para que todo esté en consonancia, esas criaturas, por la escasez de caballos, van montados en potrillos. De manera que, en conjunto, producen la impresión de una división minúscula, de una verdadera división liliputiense".

¿Es tan iluso Batlle? Las drásticas medidas adoptadas contestan que no. Ejemplifiquemos con dos. La censura de prensa, rigurosa (volveremos al tema, después) y la confiscación de los bienes de los insurrectos: "responderán solidariamente con sus bienes y acciones de cualquier clase que sean, de los daños y perjuicios que causen".

Saravia reclutó 20 mil combatientes. Era la fuerza de un partido en armas. "Los departamentos blancos eran academias militares", dice Gálvez. "Los empleados de policía eran ejercitados en el manejo de las armas y en el tiro y remplazados por nuevos reclutas y éstos por otros, cada dos meses, sucesivamente". El gobierno, que tiene en sus manos los transportes y comunicaciones, contó con efectivos enrolados, a veces, a la fuerza. Es posible estimar a sus fuerzas como cuatro veces superiores en los enfrentamientos decisivos. No le faltaron armas ni municiones.

Es una guerra de desplazamientos. "No puede ser de otra manera (...).La falta de municiones y de armas obliga a andar de un lado para otro, recorriendo centenares de kilómetros, cansando a los caba-

llos y cansándose las tropas. Unos y otros marchan semanas y semanas. La infantería debe convertirse en caballería y luego, cuando no hay caballos, la caballería se vuelve infantería. Hoy están delante los colorados y mañana los blancos. Un día se topan y entonces pelean. Pero todos están tan cansados, los hombres y los caballos, que los combates no duran mucho ni resuelven nada. Abandonan la lucha, unos y otros, sin que se sepa la causa. El que ha salido mejor librado, sea por tener menos víctimas o no haber perdido el parque, lo persigue al otro por unas cuantas leguas. Y vuelta e empezar con las marchas''.

Los primeros encuentros son en Calatayud y en Las Parras. En suelo de Florida, se libran las primeras batallas importantes: Mansavillagra, Illescas, Santa Rita, Fray Marcos. En Illescas, según el vocero de Batlle, "cuando entraron en juego dos ametralladoras barriendo el terraplén, el pánico se apoderó de los saravistas, iniciándose, también allí, una fuga precipitada''. En Fray Marcos terminan "a puñaladas y al fin a pedradas''. Saravia se acerca hasta Pando y consigue volar a su puente. Pero se detiene. "Cuando tenga doce mil hombres *armados*, entonces daremos vuelta para hacer dos tres peleítas antes de entrar en Montevideo. Por ahora, vamos caminando, que nosotros con caminar, ganamos. Ellos son los troperos, nosotros la tropa: y el tropero es el que paga los gastos, ¿no es así?''

Y al norte, otra vez. Catorce mil hombres con él, mal armados. Más diez mil caballos, catorce carretas y el parque. Pasándolos a nado por el río Negro.

En el Paso del Parque del Daymán ha sufrido un revés importante. Lo de Tupambaé (suelo de Cerro Largo) habrá de ser, después, el más duro episodio de toda una guerra civil. Se combatió del 22 de junio al 24 y se atribuyen, ambos, la victoria. José Saravia, otro de los hermanos del Caudillo, estuvo entre las filas gubernistas ("Es coloradísimo. Tiene pintada su estancia de colorado rabioso: desde las puertas hasta el gallinero. Los peones deben llevar boina y golilla coloradas. El usa golilla y pañuelo de manos rojos. Sostiene una escuela, donde no se admiten sino chicos de su partido. Monta en caballo colorado... Si le nace un ternero blanco, se lo regala a Aparicio''). Pablo Galarza comandó las fuerzas del oficialismo: "parece un Mefistófeles de ópera: gorro colorado, chaquetilla colorada y botas coloradas'', según se lo describe; tres décadas después, convertido en un latifundista y afincado en Pocitos, pasea en un Dodge que ha pintado de rojo; tímida concesión del propietario acaudalado a su pasado gauchesco'', comentará Barrán.

Sigamos a Saravia en sus últimos pasos. Le faltan municiones. Interroga a sus hombres con respecto al número de tiros. Una sola respuesta repetida: "ninguno, ninguno''. Después de más de veinte, un moreno contesta:

—Yo soy el que viene mejor de todos.

—¿Cuántos tiros tiene?

—Uno. Como pa'peliar un día...

Masoller, al fin, en el departamento de Rivera, al comenzar setiembre. "Al enfrentar al Cerro de los Cachorros vimos al enemigo que marchaba, por la cuchilla de Juan Jacinto, rumbo a Masoller", informaba en un parte el encargado del 5.º de Caballería de Tacuarembó. Hay desinteligencias entre los colorados, a pesar de la supremacía que se descontaba. Nemesio Escobar es depuesto del mando de tropas y se le sustituye con el coronel don Feliciano Viera por órdenes de Vázquez, el ministro de Guerra de Batlle. "El general Vázquez que se vaya a la puta...", desacata Escobar. A las tres de la tarde empezaron los tiros. A las cuatro de la tarde alcanzaban a Saravia, mortalmente.

"Qué no se den cuenta los compañeros", alcanzó a decir. La bala penetró por la cintura, atravesó un riñón, dañó los intestinos y salió por el vientre, adelante. Lo levantaron primero en dos ponchos. Después, hacen una camilla con maneadores y lanzas. Lo sacan con rumbo a Brasil. Y comienza el desbande de algunos que advierten el drama.

Al anochecer, las tropas de Saravia dominaban el campo de batalla y Vázquez evacuaba, con rumbo a Lunarejo. Pero se ha producido un vacío de poder entre la comandancia insurrecta. El Caudillo agoniza, llevado a 5 leguas (Juan Francisco Pereira lo recibirá para morir, detrás de la frontera). Atraviesa una peritonitis. El 10, la neumomía termina su vida. El desconcierto cunde sin remedio. Se nombra un triunvirato irresoluto. Después, con el ejército ya desbandado, se trasmite el poder a Basilio Muñoz. Sólo pudo pactar la capitulación.

Luis Alberto de Herrera redacta las bases de paz: libertad electoral, nacionalización del ejército (servicio militar, terminando con la tropa con divisa), anulación de las interdicciones y confiscaciones, amnistía general y total. Hay reparos al segundo punto. Se pierden, por supuesto, las jefaturas departamentales. Se acuerda, sin embargo, en Aceguá, la pacificación.

Hay que hacer un capítulo aparte para referir, antes de terminar el relato de la revolución, la gestión del gobierno en Estados Unidos buscando conseguir la intervención de una flota de guerra en las aguas del Plata y en las del Uruguay, entrometiendo, así, la intervención ajena en el conflicto.

El 4 de agosto del 4 (antes de Masoller), el embajador Acevedo gestiona en el Departamento de Estado (a cargo de John Hay) una entrevista con el presidente de EE. UU. que era Teodoro Roosevelt. Solicita, con acuerdo del embajador de los EE. UU. en el Uruguay (W. Finch), el envío de naves de guerra de poco calado, alegando la injerencia supuesta de los argentinos para sostener la revuelta. Contestan que la flota de EE. UU. no tiene embarcaciones "con las condicio-

nes adecuadas". Insiste Acevedo y a fines de setiembre, el 23, aparecen en el Plata cuatro naves con sus respectivos "marines". El Caudillo está muerto y la guerra civil terminada. Pasa por una visita de rutina. Antonio Bachini, que fue canciller, publicará después (hacia 1914) la velada denuncia de lo sucedido: "una peligrosa gestión diplomática, contraria a las tradiciones rioplatenses, que el país hubiera condenado de haberla conocido". El gobierno argentino formulará la misma acusación. Herrera denunció varias veces el hecho. Recibió desmentidos tajantes. La documentación publicada en EE. UU. a medio siglo de los episodios, confirma la versión enteramente, con el agravante de la simulación posterior. Para medir la magnitud del hecho, reparemos de nuevo en la fecha y en los protagonistas. Hace menos de un año que Roosevelt asaltó Panamá, despojando a Colombia en un acto de piratería. Por eso el comentario de Real: "si la intervención no se produjo (juego de niños era pasar de una vigilancia marítima a un desembarco y éste, en una guerra civil. pudo tener nutridas consecuencias) no fue por la voluntad de Batlle sino por la clara y ajena circunstancia de que los EE. UU. estaban ocupados en la digestión del Caribe".

¿Cómo juzgar el hecho revolucionario, al hacer el balance final? Emilio Frugoni, unos años después, escribió lo que sigue: "Ostentaban en sus chambergos como divisa y programa de acción, el lema de *aire libre y carne gorda*, cuyo sentido encierra toda una revelación de determinismo económico y explica el factor fundamental que hacía posible y estimulaba la adhesión de las muchedumbres campesinas a las aventuras guerreras. La perspectiva de la *carne gorda* no es sin duda una sugestión idealista, pero cómo negar a los hambrientos el derecho de erigirla en una imperiosa aspiración?"

Por allí, nos parece, debemos empezar.

La miseria rural fundamenta, a comienzos del siglo, la tensión explosiva de nuestra campaña y le aporta la base social a los levantamientos armados. Está documentada y confesada. El sargento Massiotti, comisario en la 3ª sección de Cerro Largo, contestaba una encuesta con estas palabras:

—¿A qué causa atribuye la pobreza?

—Al monopolio de las tierras, dedicadas exclusivamente a la ganadería, que no deja resultados sino para el gran propietario...

Luisa Rosa de Mezquita, maestra de Tacuarembó, denunciaba los jornales miserables: "Conozco paisanos que, a lo que se ve, sólo ganan algunos reales cuando llega la época de la esquila... A más de uno le he oído decir: "Quisiera acarrear ganado para saladero, pues el tropero fulano me proporciona trabajo, pero no tengo caballos suficientes ni cómo comprarlos ni quién me los preste". Y terminaba con esta conclusión: "De aquí viene el abigeo, que tal vez los pobres paisanos cargados de hijos y de miseria se ven obligados (quizá más por nece-

sidad que por malos hábitos) a recurrir a medios innobles por no perecer de hambre con su familia".

Victorica y Mongrell, estancieros, coincidieron, en un intercambio de cartas unos años después, en encontrar igual explicación a los levantamientos armados.

"Mejor que ganar 8 pesos por mes es lanzarse a una aventura que dura unos meses y ganan más y comen mejor. *Es una huelga armada de protesta de los desgraciados...*", apuntaba Mongrell. Y despues subrayaba: "¿Cómo no quiere Ud. que la revolución no sea aliciente y hasta un derecho de vida? El problema político es un problema económico..."

Alejandro Victorica coincidió: "Los peones están mejor, naturalmente, en un ejército revolucionario, con un buen pingo, leña en abundancia y mate amargo; se puede ligar un tiro, pero nuestras batallas no han sido muy sangrientas en los últimos años y Aparicio, como Ud. sabe, siempre andaba de retirada".

Saravia expresó la protesta. José Virginio Díaz, militar colorado que lo conoció, le atribuye estas declaraciones: "Hay que proteger a la gente del campo. Hay que arreglar mucho caminito y fundar más escuelas. Hay mucho niño para darle educación y mucha gente enferma... Se deberían crear colonias para enseñar el trabajo a la gente rural". Empalmó ese programa, además, con la defensa de viejas banderas de la tradición partidista: defensa de los fueros regionales, garantías para la emisión del sufragio y representación.

¿Que sumaba en sus filas a latifundistas (y no todos)? ¿Que expresó resistencias cerriles a la transformación del país, que lo modernizaba? ¿Que al quererle cerrar el camino al sector reformista de la burguesía se daba de la mano, sin querer, con ciertos intereses de los inversionistas? Admitamos que sí. Pero juzgar aquellos episodios sin ver de qué manera expresaban la violenta respuesta ante viejos abusos y olvidos o menoscabar el alcance de su programa democrático de garantías, es simplificar y torcer la dimensión de los pronunciamientos multitudinarios que tuvieron por jefe a Saravia.

Batlle ganó la guerra. "Pacificó al país", repiten sus apologistas, recordando que tras Masoller, y salvo episodios insignificantes se terminan las guerras civiles en el Uruguay. ¿Era mérito suyo? ¿O se terminaban las insurrecciones porque los intereses económicos rurales estaban reclamando una conciliación (elecciones más o menos libres y representación) que no arriesgue dañar sus nuevas inversiones? Barrán apunta datos significativos: "El 90% de las ovejas del Uruguay eran mestizas en 1902, produciendo una lana tan fina y excelente que en Europa se la distinguía de la más sucia de la provincia de Buenos Aires, llamándola lana de Montevideo y pagando un sobreprecio por ella. En cuanto a los vacunos... solamente en Soriano había 850 toros puros y 1.373 hembras de igual clase". Los dueños de tales ganados son fervorosa-

mente pacifistas. La muerte del caudillo dejó el camino libre al nuevo civilismo.

La situación es tensa, todavía. Y los abusos de poder son grandes: las censuras y clausuras de la prensa, repetidas en los años 3 y 4 (a pesar del apercibimiento del Legislativo: "quedan sin efecto las disposiciones restrictivas... dictadas por el Poder Ejecutivo y abolida la previa censura"), se van a repetir en adelante; en el 6, alegando supuestos aprestos revolucionarios, se decreta que "siendo necesario restringir la publicación de noticias y comentarios que pueden perjudicar la acción de las autoridades, no podrá la prensa dar noticias, sin intervención de la jefatura de policía, de las medidas tomadas o a tomarse ni tampoco comentar desfavorablemente esas medidas o los sucesos que con ellas se relacionan"; clausuran entonces a "La Democracia", que sigue apareciendo, impresa de manera clandestina, repartida por Roxlo y Herrera, sus dos directores, hasta que detienen al Dr. Herrera;

—se repiten, también, prisiones arbitrarias; 300 detenidos en el 6; se denuncian los hechos ante la justicia y el juez letrado declara que no existe "ni la más vaga sospecha de que las referidas personas fueran a tomar parte en algún movimiento subversivo" y por eso resuelve que se deben dejar sin efecto las órdenes dictadas, a pesar de lo cual, seguirán detenidos "a disposición del gobierno" por resolución policial; así detienen al Dr. Herrera, diputado, desconociendo fueros;

—se prosigue enrolando a la fuerza (levas que se preparan como trampas en bailes, pencas y pulperías, soltando solamente a los menores); hemos visto constancias en listas oficiales: "se da de baja al soldado Fulano de Tal por ser menor de edad, y a solicitud de su padre".

—se sigue procesando el fraude electoral (posesión de "balotas" en manos del oficialismo).

Se motivan, por eso, violentos episodios. En octubre del 5, se produce en la Cámara de diputados este dialogado:

Dr. Herrera: —Hemos venido aquí en las puntas de las lanzas revolucionarias, porque sólo con revoluciones hemos conquistado nuestros derechos.

Una voz: —Los nacionalistas se sientan en el parlamento por una concesión del gobierno de Batlle.

Dr. Herrera: —Se equivoca. Estamos en este recinto traídos por Aparicio Saravia y Diego Lamas.

Dr. Manini Ríos (don Pedro): —Traídos por las turbas.

Dr. Herrera: —Sí, traídos por las turbas, es decir, por el pueblo. Prefiero eso a ser traído por la tropa de línea.

Violencia que también amenazó de muerte al mandatario. El 5 de agosto del 3 (en medio de la guerra) estallaba una mina en el camino Goes (hoy General Flores) unos momentos antes de que pasara Batlle por allí. González Conzi anotará en su libro que "el coche siguió su

camino, mientras los vecinos victoreaban al Presidente y a su familia''. Batlle lo corrigió, con honradez: "No hubo vítores, ni aplausos, ni pueblo reunido''.

Unas pocas palabras finales para resumir la gestión del gobierno que deberemos estudiar, después, en relación con la segunda presidencia.

Impulsó reformas en la educación (proyectó las facultades de Agronomía y de Veterinaria y creó los institutos de Química, de Anatomía y de Fisiología). Creó la Caja de Jubilaciones Civiles. Adoptó las primeras medidas anticlericales. Proyectó reformas laborales. Incentivó a la inmigración (50.000 inmigrantes se afincan en el Uruguay). Inauguró importantes obras públicas (comienzo de la construcción de la Universidad, por ejemplo).

Era un nuevo anticipo.

19. BATLLE

"No hay por qué alarmarse".

Williman fue el sucesor. Recogió los 70 sufragios colorados y Guillermo García, candidato del nacionalismo, tuvo 9 votos.

Durante su gestión (un paréntesis entre los dos gobiernos de Batlle y Ordóñez), sofocó la insurgencia de los adversarios, vio surgir colectividades políticas nuevas, impulsó una reforma de la educación, concretó aspiraciones de sus antecesores y aplicó, con rigor, una política de represión en cuanto al movimiento sindical.

El nacionalismo tramó la revuelta para cerrar el paso a la candidatura de Batlle, proclamado a dos años de las elecciones por sus partidarios. Congregó montoneros desorganizados en Soriano y Treinta y Tres. Midió sus fuerzas con los gubernistas en Rincón del Bonete y en la picada de Carpintería. Debió capitular rápidamente. Renunciaron sus legisladores. Y decidió abstenerse en los comicios, considerando fraguadas y nulas a las elecciones (1910).

Esa posición, renunciando a las bancas de la minoría, generaba posibilidades para los sectores políticos nuevos: el socialismo y el catolicismo. Los socialistas están organizados (como lo veremos en otro lugar y en forma detallada) desde los comienzos del siglo. Aquí van a obtener, con Emilio Frugoni, la representación parlamentaria, asociados a los liberales. La Unión Cívica proyectaba políticamente sectores definidos como confesionales, liderados por Joaquín Requena y por don Juan Zorrilla de San Martín.

En el saldo gubernamental es posible anotar el plan educativo (ley orgánica de la Universidad, organización de la enseñanza secundaria ligada con ella, régimen electivo para la integración de sus consejos directivos y representación estudiantil, creación de 400 centros escolares), la política fiscal (impuestos progresivos a la herencia, gravando con recargos a los herederos ausentes), la complementación de la ley de divorcio, la creación de nuevos organismos (Corte de Justicia y nuevos ministerios: Industrias y Obras Públicas) y la promoción

de proyectos (construcción de bulevar Artigas y la rambla de Montevideo).

La represión (personificada por un empresario de la construcción y jefe de la policía: Jorge West), desata la violencia contra los sindicatos, disuelve a la gremial de ferroviarios (1908), persigue a los obreros de canteras, quebrando su conflicto, y cuenta con el aprobatorio silencio batllista. El Código Rural (1909), recogió la tradición peor: guardias rurales pagas por los estancieros y bajo su mando.

Este gobierno, tan conservador, respetó, por lo menos a veces, el marco legal; precedente después desconocido. Cuando los socialistas argentinos, perseguidos por la policía, organizan un Congreso Extraordinario en nuestra capital (después del atentado contra el jefe de la policía, en la capital argentina), obtienen autorización. Mencionando el "derecho de reunión", el gobierno de Williman resuelve "que la jefatura política no ponga obstáculos a la realización de los actos que se proyectan" (1909).

Los dueños del poder y la riqueza estaban satisfechos. El machete de West aseguraba la tranquilidad y alejaba el peligro de contaminaciones. Por eso Melián Lafinur pudo juzgar a Williman así: "El gobierno del señor Williman fue serio... El señor Williman no hizo socialismo de Estado, ni persiguió al capital ni estimuló las huelgas, ni propuso leyes para desorganizar la sociedad, ni descendió a la prensa para insultar a los contradictores... No suscitó resistencias". O mejor: aplastó resistencias. El retorno de Batlle al poder, aludido en la cita recién recogida, motivó, por eso, oposición. Esperanzas también.

Batlle ha sido elegido por unanimidad (96 presentes, un voto socialista; el nacionalismo no cuenta con representantes). "Juro por Dios, Nuestro Señor, y estos Santos Evangelios...", se compromete Batlle. Y corrige, después: "Permitidme que llenado el compromiso constitucional, para mí sin valor, a que acabo de dar cumplimiento, exprese en otra forma el compromiso: juro por mi honor...".

Su fecunda gestión, expresión de su plan reformista, merecerá un estudio detallado. Relegamos, para considerarla después, su proyección al campo laboral. Analizaremos aparte sus limitaciones. Comenzaremos, ordenando temas, por abordarla en otras direcciones: la política económica, el enfrentamiento —con signo liberal— con el catolicismo y las transformaciones en cuanto a la enseñanza.

Económicamente, el batllismo impulsó nacionalizaciones de bienes y servicios que pasaban a manos del Estado. Se nacionalizaba doblemente: transfiriendo del sector privado al estatal importantes resortes económicos y marginando, así, el contralor inglés.

Los logros fueron ciertos. Apuntemos nueve:

—nacionalización del Banco de la República, monopolizando la emisión (julio del 11);
—creación del Instituto de Pesca (setiembre del 11): "las costas del

Este pueden y deben ser explotadas racionalmente para la provisión de pescado... hay que multiplicar especies, importando otras... deben crearse viveros... y promoverse el abaratamiento de la alimentación; se debe promover la industrialización"; se prohibe la pesca por barcos extranjeros en aguas jurisdiccionales;
creación del Banco de Seguros (diciembre del 11): "declárase monopolio del Estado el contrato de seguros cubriendo los riesgos de vida, accidentes de trabajo e incendios" (la propuesta gubernamental agregaba "seguros marítimos, agrícolas y ganaderos y en general contra riesgos de todo género", pero el parlamento redujo el alcance del nuevo instituto). La propuesta se fundamentaba con esta consideración: "El Estado actual, como organización económica que es, asume ahora sin vacilaciones, la producción de determinado servicio, buscando el desarrollo y una repartición más justa de la riqueza nacional. Por motivos de orden público las más de las veces, pero también porque algunas industrias no pueden ser materia de concurrencia, por su naturaleza, o porque ella tendería fatalmente a una pérdida de riqueza, o a una elevación de los precios; porque los monopolios fiscales constituyen ya y constituirán con mayor razón en el futuro, fuentes de inapreciables rendimientos que contribuirán a la más fácil solución de los problemas tributarios que preocupan a todas las naciones; y por último, porque en algunos casos es inconveniente la extracción permanente de numerario que es una porción de la riqueza pública, el Estado moderno se ha impuesto el deber de ejercer él mismo, eliminando toda competencia, servicios que eran atendidos por el régimen libre o el de las concesiones, y algunas actividades industriales. Pero cabe observar que en la mayor parte de las ocasiones, el monopolio fiscal de derecho no hace más que sustituirse con ventajas para todos al monopolio de hecho, que, por complejas y diversas circunstancias ejercen algunas personas físicas o morales habitualmente muy pocas en países de reducida población, con un propósito exclusivamente mercantilista, sin que el beneficio que de ellos reciba la gran masa de consumidores guarde relación con los esfuerzos y sacrificios a que se le somete". Fundamentos que trazaban metas de mayor alcance que las del banco que se proyectaba y ponían, en el tapete de la discusión, una nueva política económica. Atacaron los opositores: "la opinión pública se sorprendió de una manera inusitada y desagradable por su plan económico y por su tendencia socialista". Y respondió Serrato a nombre del gobierno: "Decir que este proyecto es socialista es como anunciarles el comienzo de la revolución social, con todas sus oscuras, confusas y complejas conclusiones que los hombres de gobierno no podemos aceptar. Suponen que el socialismo aspira a arrasar con la propiedad privada convirtiéndola en propiedad común y a apropiarse de todos los medios de producción. Pero lo primero que ha-

bría que determinar, lo primero que habría derecho a exigir, es saber qué es el socialismo y a qué aspira en el momento actual en nuestro país. Porque si por socialismo se entiende el mejoramiento de las clases obreras y trabajadoras, tendiendo a elevar su cultura, sus medios de existencia y su dignidad humana, si se entiende también el procurar a la sociedad una distribución más racional de la riqueza, si por socialismo se entiende defender y buscar de mejorar ese gran valor económico que se llama hombre —y sin el cual no hay progresos ni adelantos— en ese caso este proyecto es netamente socialista; pero si por socialismo o por aspiración socialista inmediata se entiende la apropiación de todos los medios de producción yo digo que este proyecto no ha sido inspirado en las ideas de esa escuela. De manera que no hay por qué alarmarse'';

—creación del monopolio del cabotaje nacional (enero del 12);

—nacionalización del Banco Hipotecario (junio del 12); "es notorio que la especulación bursátil ha hecho de sus acciones materia del juego más desenfrenado'', argumenta el gobierno en su proposición; dispone que se adquieran las 35.000 acciones circulantes "por vía amigable, si se pudiera, y por expropiación judicial, si los accionistas resisten'';

—creación de las Usinas Eléctricas del Estado (octubre del 12), monopolizando el suministro de electricidad "para alumbrado, fuerza motriz, tracción y demás aplicaciones''; paralelamente se rebajan las tarifas a los consumidores en un 60%;

—creación del Instituto de Geología y Perforaciones (octubre del 12, también) "para prestar preferente atención al problema de los combustibles'', planificando hacer la prospección por lo cual lo dotaron con máquinas perforadoras;

—creación del Instituto de Química Industrial (octubre del 12, a la vez) "para provocar la industrialización de las riquezas puestas de manifiesto por el Instituto de Geología y perfeccionar los procedimientos técnicos de nuestras industrias actuales'' (creación de una fábrica de portland nacional, cambio de maquinarias y procedimientos, utilización de residuos);

—creación de la Administración de Tranvías y Ferrocarriles del Estado (en enero del 15, al fin de su mandato).

Agreguemos, para complementar, medidas económicas diversas:

—leyes proteccionistas para la importación de maquinarias;

—construcción de una red caminera;

—estímulo a la construcción (edificación de grandes obras públicas, como el Palacio del Poder Legislativo);

—legislación referente a la tierra, que mencionaremos después.

Destaquemos, aquí, lo que no pasó del plano de proyectos:

—la propuesta de crear un Frigorífico Nacional para el abasto de Montevideo (se concretó recién una década y media después);

—el proyecto de gravar con impuestos a la remisión de dividendos con rumbo al exterior.

Ante la proyección del programa económico y su magnitud, corresponde, primero preguntar: cómo le fue posible al gobierno de Batlle afectar intereses del imperialismo (intereses ingleses, con exactitud) y ganar la partida sin mucho sobresalto? Se pueden conjugar cuatro respuestas.

La primera: porque Batlle aprovecha (y es mérito suyo el haber advertido la oportunidad) los apuros de su contrincante; Inglaterra se enfrenta con el reto de los alemanes que producen más, desalojan a los competidores ingleses (tienen gran injerencia en el comercio mayorista de Montevideo), y lanzan, finalmente, después de dos conflictos laterales —en Africa del Norte y los Balcanes— el gran desafío: la primera guerra interimperialista con dimensión mundial; las "provocaciones" de Batlle a Inglaterra pasaron desapercibidas (Berlín le cuestionaba la supervivencia).

Segunda razón, que se correlaciona: las tensiones previas a la guerra y el conflicto, después (desde agosto de 1914), benefician, económicamente, al Uruguay; las exportaciones están por encima de las importaciones en 15 millones de pesos en 1914 y mantienen esa proporción hasta que se termina la guerra; el peso se cotiza con el dólar, paritariamente (o mejor: un punto más arriba).

Tercera explicación: Batlle tuvo "padrinos" en la operación; los Estados Unidos (que guardaron su neutralidad hasta 1917 y fueron desplazando a los ingleses; los "aliados" le deben diez mil millones de dólares en oro al terminar la guerra) financiaron las operaciones; el tema lo veremos separadamente, por las consecuencias que tuvo.

La cuarta explicación la podemos hallar en las limitaciones del plan de reformas de Batlle. Que distaba de tener alcances revolucionarios.

Dejaba intocadas a las estructuras del latifundismo (limitando, por eso, los alcances de aquel desarrollo que se perseguía). No afectaba al comercio exterior. Estimulaba ciertas inversiones (175 millones de dólares invertidos en el Uruguay hacia 1914).

Limitaba incluso los alcances de las estatizaciones aprobadas:

—Instituto de Pesca: "quedó al fin reducido... a una media docena de puestos de venta en las calles de Montevideo" (la cita es de Eduardo Acevedo);

—Banco de Seguros: el art. 2º de la ley establecía que "las compañías, sociedades y agencias que hacen actualmente operaciones de seguros... podrán continuar con carácter provisorio"; el monopolio quedó referido a las operaciones futuras, sin tocar la cartera de aquellas emprèsas en actividad (y cabe reparar en este par de cifras: las empresas nacionales operaban cubriendo seguros por valor infe-

—art. 11: Las personas del sexo masculino que hayan hecho o estén en trámite de hacer un voto de castidad de cualquier naturaleza que sea no podrán enseñar en las escuelas privadas... aun cuando se encuentren en las condiciones que marca la ley.

Y fundamentaban así: "es necesario y urgente alejarlos definitivamente de la escuela, impidiendo que se repita la realidad vergonzosa de verlos, convirtiendo las escuelas en centros donde sacían sus bajas pasiones".

Cerremos el tema con una pregunta y una precisión.

¿Cómo pudo Batlle, sin menoscabar su popularidad, librar una batalla con el catolicismo, a comienzos del siglo, en este continente? Después, encontraremos la respuesta, con otros elementos en la mano. Pero la dejamos formulada ya.

La precisión, que debe disipar las confusiones, es la de refutar esquemas indebidos: ni a Batlle se le deben exclusivamente, los avances de las nuevas concepciones laicas (recordemos a Berro y a Santos), ni el partido adversario se filia en la defensa del clericalismo (ni Herrera, ni Saravia, tuvieron formación en el catolicismo; Martín C. Martínez, Ramírez, Lussich y Vázquez Acevedo, eran agnósticos y liberales).

Pasemos a los temas de la educación. Ordenando, primero, las reformas aprobadas durante el gobierno de Batlle. En el que se crearon:

—el Ministerio de Instrucción;
—las escuelas nocturnas, para los adultos;
—la Comisión Nacional de Educación Física;
—los liceos departamentales, en cada capital del Interior;
—la Universidad de Mujeres (en verdad, la sección secundaria);
—la Escuela de Arte Dramático.

Agreguemos, también, los otros institutos y medidas creados y aprobados durante la gestión del sucesor, pero proyectadas en la presidencia de Batlle:

—Facultad de Ingeniería;
—Facultad de Arquitectura;
—Facultad de Agronomía;
—Facultad de Química;
—Facultad de Veterinaria;
—liceo nocturno, para trabajadores;
—gratuidad de la enseñanza media y superior.

Se destaca, y con qué magnitud, el alcance del plan (particularmente si se le valora en relación con las insuficiencias anteriores: 50 por ciento de analfabetos; 80 mil alumnos escolares, apenas 1.200 alumnos secundarios, 400 universitarios y 200 alumnos en la Escuela de Oficios, convertida en centro correctivo). Se visualizan claros objetivos: preparar los cuadros para cimentar los planes reformistas concebidos

para el desarrollo, superando la mera instrucción. Se perfilan, con ambigüedad, concepciones políticas de signo liberal (enseñar, para permitir participar en la vida política de la democracia representativa). Es "la veta iluminista" del batllismo, sostienen algunos. Y si bien se valoran con exageración los efectos (la gratuidad, por ejemplo, sólo significaba abolir las matrículas para inscribirse; el Estado renunció, con ellas, a percibir, apenas, 50 mil pesos), no se deberá subestimarlos.

Dos párrafos aparte, por su repercusión (y por el debate que se generó), en cuanto a los liceos departamentales y a la nueva "sección femenina".

En cuanto a los primeros conviene recordar unas pocas palabras de Carlos Jovellanos, el primer director del liceo departamental de Treinta y Tres: "Era inconcebible... que no se hubiesen fundado los liceos. En todos los países de América funcionan los liceos de Enseñanza Secundaria desde hace muchísimos años. El Paraguay... los tenía fundados 25 años antes que el Uruguay". Es preciso también anotar que cuando se aprobó la medida propuesta por el Ejecutivo, funcionaban seis institutos privados en el interior, con rango de liceos y otros cinco colegios privados en la capital (el Elbio Fernández y cuatro colegios religiosos). Los antecedentes de la ley se remontan al año 1906. Al autorizarse la conversión de algunas deudas públicas la Universidad reclamó que los fondos ("los sobrantes del empréstito de conversión"), se destinaran a sus institutos y el propio presidente anticipó su plan: destinarlos, también, a la difusión de la enseñanza secundaria. "El sobrante previsto no alcanzó", como lo documenta Castellanos, y se quedó en veremos el proyecto. En el 11, recién, se formuló de nuevo la propuesta. Fundamentada así: "El Estado mantiene una situación injusta que no puede durar. El habitante de la capital tiene a su disposición exclusiva, y costeado por el esfuerzo nacional, todo lo que necesita para perfeccionar su educación... El que vive fuera de Montevideo no tiene ni aún dónde adquirir un mínimo de conocimientos (...). Los padres que desean proporcionar a los hijos esa educación, además de sacrificio pecuniario, tienen que imponerse otro muchísimo mayor: separarse de ellos, enviándolos a Montevideo... Así, para los no ricos, la educación de sus hijos es muy difícil y priva a éstos de la vida del hogar; la educación de las mujeres es casi imposible. Para los pobres ambas cosas son igualmente irrealizables (...). Pero aún en los casos en que no existen dificultades... hay un grave inconveniente: los estudiantes se desvinculan de sus pueblos de origen. Una vez formados se resisten, con bastante generalidad, a volver". Por esa Ley (1912), se crearon los liceos "en las capitales departamentales donde exista, a juicio del Poder Ejecutivo, población escolar suficiente". Lo que se completaba con esto: "Con el objeto de cursar en la Capital los estudios a que servirán de preparación estos liceos, créase para cada departamento un número de becas igual al de diputados

que le corresponda elegir". Se crearon, así, once primeros liceos, con 600 alumnos inscriptos (400 varones y 200 mujeres, respectivamente).

La cifra contrastaba con la proporción inferior, de mujeres, en la llamada "sección secundaria" de Montevideo (2.000 estudiantes; apenas 100 mujeres). Y por eso el proyecto para fundar el instituto femenino. Desatando una dura discusión.

"Doy por sentado que la mujer sea intelectualmente inferior al hombre. Estamos aún lejos de que eso se haya probado; pero no quiero discutir ahora ese punto. Esa inferioridad intelectual de la mujer sería motivo bastante para que se la hiciera más inferior aún, destinándola deliberadamente a la ignorancia?", preguntaba "El Día", con la firma de "Laura" (seudónimo de Batlle, según referencias de Baltasar Brum). Y luego contestaba: "No me parece. Yo, con mi débil cerebro femenino, razonaría de otra manera. Diría: puesto que la inteligencia de la mujer es inferior, fortifiquémosla por medio del estudio; así, la inferioridad natural quedará, en parte, compensada por la ilustración y la gimnasia que tendría que hacer su pensamiento".

Trasladado el proyecto a la Cámara de Diputados, originó un debate singular. Zorrilla, con encono, puso el grito en el cielo: "Pregunto yo: es necesario, es útil esa educación científica para nuestra mujer? ¿No tiene suficiente con la educación que recibe ahora? Prepararla para la lucha por la vida —como dice el mensaje del Poder Ejecutivo— ¿no será prepararla y darle una educación superior para que luche con el hombre? ¿Crearle horizontes de agitación, no será crear en nuestro país, quizás, la mujer sufragista? porque me parece que la mujer, ilustrada de esta manera, ha de aspirar a derechos políticos y civiles en una democracia...". Y después agregaba: "Una mujer con una instrucción superior, ha de aspirar a otros horizontes que los del hogar (...) Será un inconveniente, porque el ideal de todas las mujeres es el casamiento. A una mujer de ilustración científica, de mucho talento, un hombre sensato, de una ilustración media, no la buscaría como pareja". Melián Lafinur temió males mayores, todavía: "La mujer emancipada pierde el amor a las delicias del hogar. Una mujer que se cree igual al hombre, quiere gozar a la par de él, de su libertad en todos los momentos y la preñez, el parto y la lactancia, son situaciones que ella, por fin, abomina" (25 de noviembre, 1911; Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados). El proyecto se aprueba, a pesar de los opositores, y 80 mujeres comienzan sus cursos en el instituto femenino (1913).

Abriremos, aquí, un extenso paréntesis previo. Porque para estudiar los aportes de Batlle en la legislación laboral y poder calibrar su valor, debemos encuadrarla en el contorno social de su tiempo y en relación con los antecedentes.

Giudice y González Conzi mistifican los hechos en forma grosera: "El medio social es primitivo. El pueblo se halla en plena descomposi-

ción moral y política: envilecido por las manos bárbaras de los dictadores; resignado y hasta contento en la apariencia, con la suerte que le depara el destino; sin impaciencias ni rebeldías; perdido todo deseo de levantarse y marchar, en la inmensa desolación de su desgracia, en el enorme desamparo de su pobreza espiritual. Entonces Batlle aparece". Y unas páginas antes: "El pueblo nada pedía, nada deseaba. Era feliz en la penumbra de su propia ignorancia. Batlle lo arranca de la pasividad y de su indolencia (...) Batlle creó los proyectos y creó el ambiente. Todo fue su obra personal". Es falso, enteramente. Y no será posible comprender al programa de Batlle ni medir los alcances que tuvo sin hacer referencias a la lucha de los trabajadores y sus primitivas organizaciones, a la divulgación de concepciones revolucionarias, al nacimiento de las formaciones políticas nuevas (y del socialismo particularmente) y a los antecedentes de legislación laboral surgidos en el propio partido adversario.

Comencemos por el movimiento sindical (anotando, de paso, viejos antecedentes internacionales: el primer sindicato formado por los tejedores ingleses —1829— para enfrentarse con las consecuencias de la revolución industrial, la primera central sindical formada en Inglaterra por el 31; la agitación política siguiente, ligando tales gremios con el movimiento "cartista" y la consecución del tope de 10 horas para la jornada laboral de los textiles, en el 47). Y destaquemos, ya, que no se desligó del proceso político que tuvo al socialismo como protagonista.

En el Uruguay, se registra su origen con imprecisión. Como ha escrito Barrán, "el archivo de la Jefatura Política de Montevideo debe tener más pruebas sobre el problema obrero y su activo movimiento hacia 1900 que todos los diarios de Montevideo juntos, porque el problema obrero se resolvía en la esfera policial, lo que es otro índice, por demás elocuente, del primitivismo de la época y de la combatividad del proletariado".

En el 65, presumiblemente, se organiza el primer sindicato (la iniciativa fue de los tipógrafos, letrados por su profesión, y conocedores, por eso, de las nuevas doctrinas sociales; al tanto de las convulsiones de la lucha de clases en el viejo mundo). Paralelamente se desarrollaban procesos parecidos en el continente: el primer sindicato cubano es del 66 (trabajadores de tabaquerías); en el 72, se funda el Círculo de Obreros Mexicanos; en el 78 (como lo veremos aparte) los tipógrafos forman el primer sindicato argentino.

En Montevideo, 800 obreros (franceses y españoles en su mayoría), forman una central sindical en el 75, orientada por los anarquistas. Le llamaron "Asociación Internacional de Trabajadores" y se propusieron "resolver la gran necesidad que tenemos los obreros de vivir asociados para no ser vencidos por el capital explotador". Reclamaron

aumentos de salarios, pago de los mismos con puntualidad y mejoramiento de las condiciones laborales. Se vincularon, en el 77, al Comité Federal de la Internacional de Chaux aux Fonds, en Suiza (la primera de las internacionales socialistas, organizada en el 64, se disuelve en el 76 por desinteligencias entre los marxistas y los anarquistas; al Comité Federal "libertario" adhiere, con 2.000 afiliados, la central uruguaya, a la que llaman FORU, en adelante; antes de la división, hubo contactos epistolares con los sindicalistas uruguayos).

Conocemos, fragmentariamente, algunos episodios de la lucha de clases en el Uruguay, hacia fines del siglo y contabilizamos en 70 mil, al número de obreros industriales. En 1880, se produce una huelga de los mineros de Cuñapirú. En el 82, un conflicto de los trabajadores de los hospitales y de los operarios del puerto, en Paysandú. En el 84, una huelga de los fideeros (la primera que sin reducirse a un establecimiento, abarca a todo el gremio). En el 88, una huelga de gráficos en la capital. En el 95, registramos conflictos en la construcción, la industria del calzado y el gremio del transporte. Los tranviarios paran otra vez en el 96 (consiguiendo apoyo general) y a comienzos del siglo: 1901. "Trabajamos de 18 a 21 horas diarias, con pequeños intervalos de 28 a 34 minutos para almorzar y comer... con sueldos que a veces no pasan de 14 pesos". Piden la reducción de la jornada laboral (a 12 horas), un sueldo de 36 pesos y la restitución de los huelguistas despedidos por la patronal. La prensa periódica obrera registra los conflictos. "El Internacional" es del 75, "La lucha obrera" del 84, "El defensor del obrero" del 95 y "El grito del pueblo", como "La voz del obrero", del 96.

En forma paralela, y también con mayor incidencia anarquista, se organiza, en el 85, un centro destinado a difundir a las nuevas doctrinas. El "Centro Internacional de Estudios Sociales" ofreció la tribuna a quienes divulgaban ese pensamiento. Por allí desfilaron muchos anarquistas (Barret, Florencio Sánchez, Adrián Troitiño, Corney, Carlos Balsán). También intelectuales "avanzados" (de las Carreras o Fernández Ríos). Y hombres que maduraban su definición socialista (por ejemplo, Vasseur y Frugoni), a los que volveremos antes de reseñar el programa de Batlle y sus realizaciones en este terreno.

Subrayemos antes, las conquistas logradas por los trabajadores mediante su lucha. Albañiles y marmolistas arrancan a las patronales el tope de las 8 horas para la jornada laboral, en el 95. Los gráficos consiguen reducir a 7 la conquista, en las horas nocturnas. Cuando Batlle presente su proyecto de legislación (que detallaremos aparte) señala en los considerandos que "actualmente la jornada de trabajo de 8 horas ha sido ya conquistada por numerosos gremios" (1906). Unos años después, detenida la ley por los parlamentarios gubernistas, señala el mismo Batlle que "desde la fecha en que fue presentado es-

te proyecto hasta el presente, el constante esfuerzo de las clases trabajadoras ha reducido considerablemente la duración del trabajo diario" (1911). Cuando la ley se apruebe (fines del 16) "casi todos los gremios organizados" gozan de los efectos, por su cuenta. Abierto desmentido a las afirmaciones arriba citadas de los historiadores batllistas.

20. BATLLISMO Y SOCIALISMO

"Somos la fuerza porque somos los más".

Fijemos una fecha: 1903, el año en que comienza la primer presidencia de Batlle. La socialdemocracia alemana convoca al congreso de Dresde, donde Kautsky condena a los revisionistas. Socialistas franceses, orientados por Guesde y Jaurés, enfrentan sus puntos de vista respecto a la presencia de los socialistas en el gabinete. El socialismo ruso debate y aprueba las tesis de Lenin separando así a los bolcheviques de los mencheviques o minoritarios. Comienza en Trinidad (Colorado, en EE. UU.), una trágica huelga minera que dura por un año. Se celebra en Dublín un congreso de sindicalistas con proyecciones internacionales. Kautsky publica "Doctrinas Económicas" en Alemania. Plejanov edita sus "Aportes sobre los orígenes del materialismo". Clara Zetkin escribe sobre "El socialismo, los intelectuales, las mujeres y el proletariado". Guesde termina un trabajo: "Problemas y Soluciones". Katayama (que ha de ser emisario de la Internacional Comunista en este continente, dos décadas después) publica un documento: "La situación del socialismo en el Japón". Lucha de clases, aportes desde el pensamiento marxista y desarrollo (con contradicciones, flujos y reflujos) de las nuevas corrientes. En ese marco hay que entender a Batlle y en ese marco debemos ubicar los orígenes del socialismo en nuestro 900.

Revisemos los antecedentes. Deberemos remontar a la prédica de los que difundían al nuevo evangelio muchas décadas antes, al desarrollo de las primeras fuerzas socialistas en el continente —y en Buenos Aires, particularmente— y a la lucha de clases en el Uruguay (un proceso que vimos, aparte). Y en torno al proceso de la formación del partido, podremos, entonces, dilucidar el tema de la "paternidad" personal, manejado con cierta ligereza (si no con abuso) tradicionalmente.

Las primeras voces "socialistas" se conocen en 1838 con "El Iniciador", periódico editado por discípulos de Saint Simon en el que ya se abordan los dos temas centrales de la problemática del socialis-

mo: igualdad y propiedad. En el 41, Marcelino Pareja (del que nada sabemos), dicta en el "Colegio Oriental de Humanidades" (instituto "habilitado", con niveles universitarios) un Curso de Economía Política con definiciones anticapitalistas. Publica una lección, que aparece en seis notas extensas en "El Nacional". Desarrolla el concepto de lucha de clases: "...la ley regulatriz de la ganancia del capital y de los salarios del trabajo, pone, como lo veis, en oposición, el interés del capitalismo con el obrero, impide que el beneficio de la producción se distribuya con igualdad entre sus agentes... suscita una lucha entre el capitalista que tira a embolsarse la mayor ganancia posible, y el obrero que a su vez se esfuerza en conseguir una mayor porción en el beneficio de la producción, esto es, un más alto salario; y así, y de un modo inapercibido, derrama en el seno de estas dos clases de la sociedad, gérmenes de disenciones intestinas". Ubica sus antecedentes históricos: "Expoliar la existencia de la clase miserable, deprimir y envilecer su condición social para enriquecer y realzar la condición política de la clase opulenta, tal es, en definitiva, el espíritu en que fue concebida, redactada y ejecutada la legislación universal de los antiguos imperios más célebres por sus instituciones o por su civilización". Y analiza en el cuadro de las transformaciones histórico-sociales el significado del proletariado: "Ya veis, pues, por qué filiación de condiciones ha pasado sucesivamente al través de las edades la clase obrera... esclava en la antigüedad, sierva bajo el feudalismo, dependiente bajo la legislación gremial (o medieval), ha llegado, en fin, bajo el régimen de la libertad, a la condición de asalariado; condición singular, señores, que la excluye de la principal parte de la libertad al mismo tiempo que se la promete". Conceptos estampados en 1841, siete años antes de la publicación del "Manifiesto". En el 42, Tandonnet publica "Le Messager Français", orientado por las tesis de Fourier. Pero debió dejar Montevideo, adhiriendo a la causa de Rosas. En el 71 José Pedro Varela publica en "La Paz" los primeros escritos de Marx divulgados en el Uruguay.

En el continente germinan las mismas doctrinas. Tandonnet, que ha llegado a Brasil, publica la "Revista Socialista", en el 45. En Bogotá, se forman clubes socialistas en el 49. "La Sociedad de la Igualdad" se organiza en Santiago de Chile por 1850 y predica, en la voz de Santiago Bilbao, concepciones de clase. El Partido Democrático, de Rafael Allende, recoge, en el 87, algunas concepciones socialistas. Con tal definición, Angel Guarello resulta elegido en el 94 diputado por Valparaíso. En México, dos hermanos, los Flores Magón, proclaman la "República Socialista" de Baja California con orientación anarquista (1911).

Al proceso argentino le debemos seguir con más detenimiento. Por su incidencia, grande, en los primeros pasos de nuestro Partido Socialista y por su negativo influjo posterior como señalaremos en otro lugar.

Además, en forma lateral, por la influencia que pudo tener (o que tuvo, con seguridad) en el pensamiento de Batlle, como se advetirá.

Un dato indispensable para permitirnos ubicarnos bien: en la Buenos Aires de fines de siglo los trabajadores eran extranjeros en su mayoría. De 125 mil proletarios censados en el 96, 95 mil son inmigrantes y sólo 30 mil —apenas la tercera parte— tienen la condición de argentinos. Del Valle, uno de los primeros dirigentes socialistas, advirtió los efectos: "Observando el movimiento obrero argentino, se nota que casi todos sus propagandistas de la emancipación proletaria, económica y política, salidos de la clase trabajadora, son extranjeros y proceden de los gremios cuyo malestar es menos acentuado, así como que los obreros argentinos que se deciden a entrar en la lucha provienen del proletariado urbano y de los oficios mejor remunerados". Al margen de las consecuencias políticas (ajenidad; subestimación y a veces menosprecio por lo nacional, como se podrá documentar en otro lado), conviene destacar que por tal composición social y por la legislación electoral vigente, el número de los votantes quedaba reducido a cifras inauditas. Del millón y cuarto de habitantes de la capital, sufragaban, apenas algo más de tres mil.

El movimiento sindical (con un antecedente del 57) organiza sus filas desde la fundación de la Unión Tipográfica, en el 78. En esa fecha, libraron y ganaron la primera huelga, reduciendo la jornada laboral; doce horas en verano; dos menos en invierno. Carpinteros, ebanistas, panaderos, maquinistas, foguistas y albañiles, se organizan después, en ese orden. Y libran los primeros encuentros violentos con la represión. De 20 conflictos que surgen en el 95, se ganan 14. Bartolomé Victory, español, Alejo Peyret (un francés que será delegado de los socialistas al congreso que fundó la segunda de las internacionales, en París) y el chileno Bilbao, dieron orientación en los primeros tiempos. Primaban, sobre todo, los grupos inmigrantes. Organizados separadamente. El "Vorwarts", centro de socialistas alemanes, resuelve tomar a su cargo la organización del paro general y el mitin programado por la Internacional Socialista, con el carácter de paro general mundial, el 1º de mayo de 1890. Y propone, también, organizar una federación sindical. "La Nación" comentó, despectiva: "Entre nosotros, el hecho no puede tener gran importancia porque ni hay cuestión obrera, ni subsisten las causas principales que le han dado importancia en Europa y en los EE.UU.". Los anarquistas deciden concurrir, "salvando disidencias" con los marxistas organizadores. Cuatro idiomas fueron escuchados a los oradores. Se recaudaron 120 pesos para socorrer a los trabajadores que fueran despedidos por su concurrencia. "La Nación", otra vez, comentó: "Había en la reunión poquísimos argentinos de lo que nos alegramos mucho". La federación se formó, con definición anticapitalista.

La prensa reflejaba "la cuestión obrera" desmentida en el diario

de Mitre. En el 58 "El Proletariado" ("periódico de negros"), traduce, con un lenguaje revolucionario, el conflicto racial. En el 63 "El Artesano" es el primer vocero de trabajadores (Victory, su director, edita "El Comunismo" de Cabet). En el 72, es "El Trabajador". En el 75 "Le Revolutionnaire" y "El Petróleo" ("órgano de las últimas capas sociales y de las primeras blusas comunistas"). En el 79, "El Descamisado", impreso en tinta roja: "tinta color sangre (explicaba en el número dos) con lo que quisimos significar que el pueblo ha conquistado con la suya un derecho a la igualdad que se le niega". "Somos la fuerza porque somos los más", agregaba Pedro Sarrarau, que preconizaba los métodos violentos del enfrentamiento. Y a la vez aclaraba: "No se asusten. El socialismo no es sólo el petróleo que incendia. Es también el gas que alumbra". Las fuerzas policiales requisaron aquella edición y clausuraron a "El Descamisado". En el 82, salió "La lucha obrera". "El Obrero" en 1890. En el 93, "El socialista". Y "La Vanguardia" en el 94.

El Partido Socialista expresó la fusión de grupos diferentes, agrupados orgánicamente en el 94. Lo componen el "Fascio dei Lavoratori", el grupo francés "Les Egaux" y la "Agrupación Socialista" (españoles y sudamericanos; entre los argentinos, Justo y Carlos Mauli). Los alemanes del "Vorwarts", mantuvieron su organización paralela. El Dr. Juan B. Justo, de 29 años (y ya, cirujano eminente, especializado en las trepanaciones), traductor de Marx, orienta políticamente al Partido. En el 96 un congreso recién constituye a la organización del Partido, con 19 grupos socialistas y 11 sindicatos. Ese año, participan en las elecciones por primera vez. "Lubricada con caña y alimentada con dinero, la sucia y pestilente maquinaria electoral se pondrá en movimiento, dirigida por los que de su manejo han hecho un negocio, y resultarán electos los que puedan pagarse una elección o los que bien sirvan a quienes la pagan. El Congreso volverá a componerse de representantes y agentes de la clase rica, como que no intervienen en la elección sino fracciones de esa clase que se pelean por tener cada uno la parte del león en la repartija del botín". El doctor Justo, el zapatero Schaefer, el pintor Patroni, el ingeniero Lallemant y un foguista, Abad, fueron los candidatos socialistas. El fraude fue total. "La Prensa" denunciaba que los delegados del oficialismo y de los radicales "convinieron para que la diferencia entre el número de votantes de uno y otro bando no apareciera excesiva, en fijar de antemano el resultado de la elección; el Sr. Casares propuso que se asignara una mayoría de 100 votos a los gubernistas, considerando que podían obtenerla mucho mayor; rechazó la cifra el Sr. Pastor y se redujo a setenta votos, lo que se aceptó". En muchos distritos, no dejaron votar socialistas o alegaron que habían sufragado con anterioridad. Se computaron 138 votos a los socialistas. En 1904, fueron 1.200, que logran, en la Boca,

elegir un primer diputado: Alfredo L. Palacios. Su ingreso al parlamento será resonante y en su corta gestión, propone lo siguiente:

— impuesto progresivo a las herencias;
— descanso dominical;
— exoneración de patentes a las cooperativas obreras;
— reglamentación y protección al trabajo de niños y mujeres;
— derogación de la ley de residencia (que mencionaremos después);
— tope de 8 horas para la jornada laboral;
— responsabilidad patronal en los accidentes de trabajo;
— divorcio;
— derechos civiles para la mujer.

Basta la enumeración, y la comparación con la gestión de Batlle (muchos años más tarde) para dejar probada la incidencia que tuvo sobre el pensamiento batllista.

La ley de residencia, permitiendo expulsar extranjeros por resolución directa del Ejecutivo (1902) y las persecuciones, empujaron hacia el Uruguay, en los años siguientes, a numerosos revolucionarios. Luis Bernard, Alfredo Caramella, Bartolomé Bossio, Pascual Guaglianone, Adrián Troitiño, Carlos Balsán y Francisco Corney, formaron esa lista. Y tuvieron activa participación en las luchas sociales en el Uruguay de los tiempos de Batlle.

En cuanto al Partido Socialista (cerrando, por ahora, esta incursión en temas argentinos), debemos anotar su crecimiento: 40 mil votos en el año 12 y 60 mil votos en 1914.

Reseñamos, antes, los primeros pasos del sindicalismo uruguayo. Apuntemos, aquí, la participación de los trabajadores, el 1º de mayo de 1890, en el paro mundial que fuera organizado por la Internacional Socialista. "El Día", irónicamente lo anunciaba así: "Mañana se reunirán los socialistas, que por no sabemos que anomalía existen sin razón entre nosotros (...) los socialistas de Montevideo tomarán una actitud pacífica, limitándose a comunicar a sus consorcios del viejo mundo que el obrero es libre en esta tierra de libertad".

Arribamos, por fin, al proceso de la formación de nuestro Partido Socialista, ligado a los antecedentes anteriores.

En el 94, Adolfo Vázquez Gómez dio los primeros pasos. Definió posiciones ("todo lo hace y lo trabaja el pobre para que todo lo goce, sin trabajar, el rico"). Se vinculó con otros compañeros: José Capelán, Armando Legnazzi, Antonio Taibo, Angel Canavari, Pedro Denis, Francisco Berti "y tantos".

En 1901, es Alvaro Armando Vasseur el que protagoniza los intentos ("Manifiesto de constitución del Partido Socialista"). En "El Oriental", hace poco, Cardoso publicaba una página que le remitiera Vasseur. Valioso antecedente, porque vincula la definición socialista con la tradición nacional. Pone en boca de Artigas, en un supuesto diálogo con él, palabras referidas a la huelga de los trabajadores del trans-

porte (1911; gobernaba Batlle). Y en el centenario de Las Piedras, le hace decir esto: "En la tierra que yo hice libre, todavía hay esclavos. Y los que más embanderan sus balcones en homenaje a mi memoria, son los que más contribuyen a perpetuar esa esclavitud! Y a los que se esfuerzan en romper tales cadenas, remachadas en el extranjero, a los que realmente honran mi memoria con actos dignos de mi heroísmo. los acusan con predicados infames, como los qué cayeron sobre mí, durante el ostracismo y hasta después de mi muerte. Y la mayoría de mis nietos, de los que yo creía haber libertado para siempre, ignoran que el capital extranjero domina en nuestra tierra como nunca dominaron los gobernantes godos ni los invasores portugueses (...) No me honran a mí quienes defienden los dividendos del capital extranjero, a expensas del sobretrabajo oriental; todo lo contrario; hacen con los obreros orientales de hoy lo que el patriciado porteño con los orientales republicanos de mi tiempo" (1911).

Un centro socialista se forma, finalmente, por el año 4. Se llamaba "Centro Socialista Obrero 1º de Mayo" y sus actividades eran divulgadas en las informaciones de la prensa que lo denominan, preferentemente, "Partido Socialista". A su nombre, Segundo Alvarado polemiza en "El Día" con el diario "El Bien". Y escribe lo siguiente: "Los obreros fundaron hace doce años al Partido Socialista (...) el socialismo, es la comprobación arrancada de la realidad, del desorden que reina en la producción y distribución de los bienes materiales, como la base necesaria de la existencia del hombre (...) no se aparta un ápice del significado histórico impreso por los fundadores del socialismo científico".

Al formular su "profesión de fe" (en diciembre del 4, recién), y definirse por el socialismo en una conferencia en el "Stella", Emilio Frugoni, por su talento y por su relevancia, ocuparía la primera fila.

Ha pasado, brevemente, por el anarquismo, y también por el Partido Colorado. Lo relataba por última vez en el 66, conversando con "Extra":

—¿Cómo empezó en política?

—Empecé siendo anarquista.

—Es decir, romántico.

—Sí; los anarquistas eran los románticos de las luchas sociales. Estaba al comienzo de la adolescencia: en los catorce años. En casa de mi padre (mi padre, inmigrante italiano, genovés, tenía un registro de telas y ropería en la calle 18 de Julio), todas las tardes, después del trabajo, reuníanse a jugar al "tresiete" varios amigos; entre otros, recuerdo, Domingo López y Cúneo. Este último, español, predicaba el anarquismo. Sus pensamientos libertarios me hicieron mucha roncha; me enardecieron. Bajo esta influencia compuse, más tarde mis primeros versos, en que, replicando a un poema de Roxlo dedicado a una pecadora, canté que los frutos del amor, aunque se originaran en un des-

liz, no debían ocultarse nunca... Por aquel entonces, toda la mocedad inquieta de Montevideo sentíamos el anarquismo. Después de un pasaje, muy fugaz, por el batllismo, al que fui llevado por los Manini, por los Arena y, sobre todo, por lo que había de avanzado en el batllismo, abracé las doctrinas del socialismo científico, y quedó ya definida mi personalidad, bien o mal.

Dos acotaciones. Combatió con Muniz, en contra de Aparicio, defendiendo Salto ("horas revueltas con más juvenil impulso de aventuras que fervor partidario", definió, alguna vez, en "El Sol"). El carácter "avanzado" del batllismo por el año 3, se puede discutir; imposible filiar a Manini en esa posición.

Volvamos a la conferencia en que, según "El Día", "vertió conceptos elogiosos para la juventud colorada". Por lo que conocemos, enjuició duramente las guerras civiles pasadas, llamando a "terminar con las interminables pendencias de facón en mano". En un vocabulario complicado (inusual, en su estilo, después), explicó su convicción así: "Bastante tenemos que hacer ya con las rivalidades entre blancos y colorados" —he oído decir— para que se quiera formar ahora una nueva división política. Admirable lógica del aborigen numen retardatario! El proletario ha sido y es la víctima expiatoria de cuanta conmoción o turbulencia general viene a cada instante a perturbar nuestra vida institucional, a él le toca representar invariablemente el papel de párvulo helénico destinado por la mitológica superstición a satisfacer la voracidad del Minotauro; a él le toca siempre rendir el tributo de su sangre en el arca de ese implacable Moloch de nuestros rencores históricos".

"Tenga paciencia".

La adhesión de Frugoni, incorporado al grupo socialista, lo vigorizó. Al año siguiente (1905), el Centro Socialsta Obrero 1º de Mayo cambiará su nombre por el de Carlos Marx; Riestra, Baroffio, Alonso, y José Capelán, junto a dos argentinos (Luis Bernard y Bartolomé Bossio), participaron en su constitución. Editaron en el 6 "El Socialista", con la dirección de Frugoni. Desafiaron desmanes de West (cárcel para Frugoni, por un mes, en el 8). Y resolvieron disputar las bancas correspondientes a la minoría por Montevideo, en alianza con los liberales (1910).

Elección singular. El nacionalismo —derrotado dos veces por los gubernistas al ensayar la insurrección, de nuevo— decide abstenerse y denunciar la ley electoral vigente. Asegurado el triunfo de los colorados (que respaldan ya, otra postulación presidencial de Batlle), se

organizan los grupos del catolicismo más conservador buscando conseguir la representación que se le reservara a los opositores. Zorrilla fue su candidato. Socialistas y miembros del "Club Liberal" organizan entonces una coalición. Emilio Frugoni, el tipógrafo Gesto y Mibelli serán candidatos de los socialistas. Pedro Díaz y Carlos Vaz Ferreira representan a los liberales. El "Centro Carlos Marx" divulga su programa: "Para imponer el verdadero remedio, para determinar medidas de gobierno orientadas a la solución decisiva y contrarrestando la influencia poderosa de los ganaderos y de los grandes terratenientes, como para conseguir la reducción de las fuerzas militares o evitar, al menos, que su mantenimiento desangre a los trabajadores, estos deben constituirse en legión organizada, entrando como partido de clase a ejercer sus derechos políticos y a forjar, con el calor de sus anhelos de justicia el arma de la ley, en defensa de sus intereses, conscientes y orgullosos de la misión histórica que al proletariado de todos los países corresponde llevar a cabo". Apoya, paralelamente, la candidatura de Batlle, ubicando sus limitaciones: "es un hombre representativo de principios democráticos y liberales, en quien el pueblo ha puesto su esperanza de ver realizadas algunas importantes reformas y es, en las actuales circunstancias y dentro de la relatividad de las cosas en el dominio de las instituciones burguesas y tratándose de gobernantes burgueses, el único candidato que puede ser considerado prenda segura de un gobierno respetuoso de los derechos y reivindicaciones de la clase trabajadora".

Participan, en esa primera campaña, Pizzolanti, Bazurro, Scarabino, Riestra y Arizaga (que ligarán su vida, sin desmayos, a la batalla por el socialismo). Participan, también, representantes de los socialistas argentinos (Del Valle Ibarlucea, por ejemplo). Y participan otros que van a seguir diferentes caminos políticos, luego (Francisco Ghigliani, Alfredo Navarro, Juan Pedro Fabini). Los anarquistas buscan oponerse: "Los obreros no irán a votar".

Ganan los colorados (7.755 votos para sus candidatos: Batlle, Rodó, Soca y Ricaldoni). Logra la coalición (895 sufragios) las dos bancas de la minoría. Se computan 342 votos para los candidatos del catolicismo. Frugoni y Pedro Díaz ingresan a la Cámara de Diputados.

El batllismo, después, querrá menoscabar esa victoria de los socialistas, atribuyéndose parte de los votos (500, por lo menos, insinuará Batlle). César Batlle retomó ese tema, a casi medio siglo, repitiendo conceptos del padre: "el Partido Socialista llegó al Parlamento por tolerancia y componendas nuestras". Emilio Frugoni replicó en "El Sol": "Si algunos batllistas resolvieron espontáneamente votar por ella (nuestra lista), para evitar el triunfo católico, ya que la mayoría y las otras minorías de todo el país estaban aseguradas para el batllismo, no fueron muchos (...)algunos continuaron acompañando a nuestro Partido (...) Ni mi partido tiene por qué sentirse atado a la generosidad

de los otros partidos que le aportaron votos —si es posible— que él no les pidió a ellos sino a todos los electores del país con partido o sin él... Al Socialismo le abrieron, pues, las puertas del Parlamento, la abstención de uno de los partidos, y sus ideas. Lo demás son chismografías". Reconocimiento al trasiego de votos y expreso desmentido de todo compromiso electoral.

En la legislatura, el diputado de los socialistas inaugura un estilo político nuevo. Participando por primera vez en un debate (1911) buscó definirlo: "El partido a que pertenezco allega al debate ardiente de la política nacional, una palabra serena y franca, ruda a veces, con esa honrada y sana rudeza de los puños que forjan el hierro (...) No ignoro, señor Presidente, que acaso mis palabras suenen un poco rudamente en los oídos de los señores diputados; pero lejos de lamentarlo, me congratulo, porque yo no he venido aquí a hacer escuela de decir agradable, envolviendo en más o menos delicados eufemismos las asperezas del pensamiento, sino que he venido a decir la verdad desnuda con el acento sincero y algunas veces agresivo que ha dejado en mis labios la costumbre de hablar llanamente en las tumultuosas asambleas populares".

En lo que nos importa con respecto a la legislación laboral, sus aportes son fundamentales. En "El Día" (1927) los propios batllistas lo confesarán, con palabras del Dr. Legnani, que son reveladoras: "Que los proyectos de Frugoni son más completos y bonitos? Que fueron presentados antes y no fueron apoyados? Y bien! Tenga paciencia! No convenía prestigiar a Frugoni. A favor del prestigio se pretenden luego cosas que no cuadran. Convenía, en vez, prestigiar al batllismo. La política es así. No se enoje. O enójese, pero será enojo inútil". Y Frugoni, con razón, recordará: "La ley de 8 horas estuvo estancada seis años en el senado batllista; la del trabajo de las mujeres y niños lleva ya trece de estancamiento. El salario mínimo también fue proyectado por el diputado socialista sobre la base de las comisiones de salario (...) Qué hizo el batllismo con esa reforma? Dejarla dormir diez años en las carpetas parlamentarias".

En el 13 termina el mandato de Emilio Frugoni, que pierde su banca en comicios parciales de renovación, logrando, sin embargo, más de 800 votos. En ese mismo lapso, se constituyó el Partido Socialista (orgánicamente, recién), eligiendo sus autoridades (1911) y efectuando un congreso que aprobó programa y reglamentos (1912).

Paralelamente, otros movimientos socialistas, en el exterior, en el marco de una lucha de clases intensa, impulsaban leyes laborales que se anticipaban a las aprobadas por Batlle. En Chile, por ejemplo, la ley de 8 horas se aprueba en el 13, con tres años de avance sobre el Uruguay. En España, donde los socialistas y los anarquistas movilizan a cientos de miles de trabajadores, se legisló sobre accidentes de trabajo por 1900, se concedió el descanso semanal (1904), se recono-

ció el derecho de hacer huelga (1908), se reducen a siete las horas de trabajo para los mineros (1910), se promulga la "ley de la silla" amparando a las trabajadoras (1911) y se legisla buscando amparar al trabajo nocturno, por la misma fecha.

Hagamos, finalmente, una mención al proyecto que Roxlo y Herrera presentaron en el parlamento a comienzos del 5, complementado con otras propuestas de esos legisladores, después. En ese proyecto, reducen la jornada laboral (11 horas, "con dos de descanso forzoso y completo"), amparan al trabajo de niños y mujeres, protegen al trabajador en caso de accidentes, promueven seguros para su vejez y establecen, por primera vez, el derecho de huelga. Precedente significativo. Por lo que abarcó. Porque busca integrar en un plan medidas aprobadas en forma dispersa y con mucho retraso. Porque basta para cuestionar esa paternidad que atribuyen a Batlle, los suyos.

Sobre la base de los antecedentes citados (la lucha de clases, la incidencia de los socialistas, los precedentes de la legislación extranjera y los primeros proyectos del nacionalismo), podemos, finalmente, abordar la proyección de Batlle en el campo social, y particularmente laboral, midiendo sus alcances verdaderos.

Hay una sola ley, en ese plano, promulgada durante su gestión: normas de previsión intentando evitar accidentes a los trabajadores, en 1914. "Las mujeres y los niños no podrán ser empleados en la limpieza o reparación de los motores en marcha, máquinas u otros agentes de trasmisión peligrosa. Todos los engranajes mecánicos, correas, etc., que actúen con motores en movimiento peligroso, estarán circundados por barandas, rejillas o revestimientos defensivos... En los lugares donde se efectúen trabajos de albañilería, pintura, decorado o refacciones en general, a una altura mayor de 3 metros, los andamios estarán provistos de un resguardo de 90 centímetros de altura para cada lado".

Las otras propuestas del plan reformista de Batlle serán demoradas en el parlamento, por omisión de los propios batllistas. Algunas, que veremos, serán aprobadas en años siguientes:

—en la presidencia de Viera, la ley de 8 horas (diciembre del 15), una ley amparando a los desocupados y otra ley disponiendo las penas para los infractores de leyes sociales (1916), la prohibición del trabajo nocturno en las panaderías y la "ley de la silla" (1918) y las pensiones para los viejos indigentes (1919);

—en la presidencia de Brum, la indemnización por accidentes de trabajo y por despido no justificado, el descanso semanal obligatorio (1920) y el salario mínimo para trabajadores rurales (1923).

La ley de 8 horas remonta sus antecedentes al proyecto de Roxlo y Herrera, la proyecta, limitada, Batlle, la corrige Frugoni (el proyecto de Batlle no comprende a los empleados de comercio y admite jornadas mayores para ciertos gremios), la retoca de nuevo el gobierno

recogiendo las observaciones y haciéndolas suyas. "La iniciativa es socialista pero la realización es batllista", puntualiza "El Día". En el largo debate —los diez años que van del proyecto inicial a la promulgación— asoma el pensamiento del batllismo, enfrentando a los conservadores: "Para los enemigos de la jornada uniforme de ocho horas, sería absurdo dar un horario igual al foguista y al empleado de escritorio. El argumento es conocido: uno se cansa más, otro se cansa menos. Salta a la vista el ideal de esa gente: no se trabaja más que para cansarse, para dejar todas las fuerzas en provecho del patrón! Si uno queda exhausto a las ocho horas, que no trabaje más. En cambio, si un trabajador, a las diez horas, se siente todavía con fuerzas, por qué perderlas en el ocio? Esta es la filosofía de los contrarios a la jornada uniforme, filosofía cruel e inmoral" (en "El Día", 1912). Domingo Arena fue más contundente, fundando su voto a favor: "Todo hombre que trabaja para otro, durante todo el tiempo que trabaja está sometido a otro; ha enajenado su voluntad a otro, ha dejado de ser un hombre libre (...) Voy a votar, pues, esta ley, con una gran convicción y con una profunda esperanza: con la esperanza y la convicción de que no pasarán muchos años sin que sea una ley atrasada, sin que las ocho horas se reserven sólo para los oficios fáciles, y que, para los oficios duros, los horarios aún sean menores..." Destaquemos que por ese tiempo (ya lo documentamos), casi todos los gremios habían obtenido, mediante su lucha, la limitación.

En amparo de los desocupados se dispuso por ley "que las comisarías y cuarteles deben proporcionar comida, obligatoriamente, a todo habitante del país que por cualquier circunstancia no tenga trabajo y carezca de medios para subsistir".

La "ley de la silla" le impuso "a los dueños de almacenes, tiendas, boticas, fábricas, talleres y otros establecimientos en que trabajen mujeres", la obligación de permitir a las trabajadoras efectuar sentadas la tarea "de serles posible".

Las pensiones (8 pesos por mes, para mayores de 60 años, desvalidos), motivaron un duro debate. Objetó la prensa del nacionalismo: "No merece igual trato el obrero que ha llevado una vida regular, seria, organizada, atenta a las necesidades de su hogar, con hábitos de orden y de ahorro que el que ha gastado su salario oscuramente sin preocupaciones de familia, llevando una existencia desarreglada...". "El Día" replicó: "Sería odioso dar de comer y abrigar a los que hubieren sido juiciosos durante su existencia entera, y dejar morir de hambre y de frío a los que no lo hubieran sido (...) El Estado no debe decir al anciano desvalido: hombre, usted fue un calavera, usted fue un desordenado; muérase, ahora, de hambre, o en cuanto caiga la primera helada del próximo invierno. Debe decirle: qué edad tiene usted?; sesenta y cinco años?; y bien: ya no puede trabajar: y aunque pu-

diera, a su edad es necesario que descanse. No le pregunto quién ha sido. Veo lo que es. Ahí tiene la pensión que le asegura el abrigo y el pan''.

Idéntico el debate sobre trabajadores rurales, a los que se les fija salario mensual (18 pesos, luego de transar). Y Batlle denuncia: "El paisano es un paria... Duerme en un galpón, su alimentación es deficiente y su libertad, nula... Entre tanto, la campaña produce fortunas enormes!''. "El Diario del Plata'', portavoz de viejos principistas, y "El Bien Público'', vocero del catolicismo, rivalizan en los adjetivos para calificar al batllismo. "Colorados bolcheviques'', dicen los primeros. "Sovietistas'', se asustan los otros. "Batlle hace equilibrio entre Galarza y Trotzky'', denunciaba "El País''.

A veces, en efecto, la prédica de Batlle fue socializante. Particularmente para defender a los "agitadores'', sostener el derecho de huelga y definir algunas relaciones del capitalismo (la del salario, específicamente) como injustas y básicamente inhumanas.

Recordemos sus pronunciamientos. Como los de 1905:

"Aun admitiendo que los huelguistas estuvieran dirigidos por elementos extraños a su gremio, ésa no sería razón suficiente para considerar a la huelga como poco fundada (...) Lo único que esto significaría es que los huelguistas no se consideraron capaces para defender personalmente sus intereses, y se hacen representar en sus gestiones reivindicadoras por personas que creen más aptas y más ilustradas. Es lo que vemos todos los días en las distintas manifestaciones de la vida. Todo el que se considera débil y poco apto para obtener lo que cree suyo, recurre a un representante... Es lo que hacen todos los días los que tienen que pleitar ante nuestros tribunales. Sea cual fuere la fuerza de su derecho, recurren a procuradores y abogados, si no quieren perder sus pleitos (...) Gracias a esos agitadores los albañiles de Montevideo han obtenido hace muchos años horarios razonables y jornales que les permiten vivir de una manera tolerable. Gracias a esos mismos agitadores, los panaderos se encuentran hoy en una situación que algún tiempo atrás no la entreveían ni en sus mejores sueños''. Y en otro editorial: "Limitar, en general, la acción de los agitadores, no es sólo limitar la sociedad, es limitar el progreso, es enfrenar en germen toda nueva idea, idea que por más perturbadora que parezca en un momento dado, puede fructificar en un porvenir más o menos lejano, empujada y propagada por agitadores. Porque por regla general, todas las ideas nuevas, las grandes ideas nuevas de todos los tiempos, han sido lanzadas a la vida y han sido propagadas por agitadores (...) El mismo Jesús... no fue en su tiempo más que un atrevido agitador. Y agitadores son y serán en todas partes los que se levantan contra el criterio dominante para señalar nuevos rumbos. Por eso son agitadores los patriotas de Rusia que se levantan contra el absolutismo del zar. Por eso son agitadores en los pueblos monárquicos los republicanos

militantes. Por eso, en las mismas repúblicas, son agitadores los que entrevén campos más amplios y más fecundos para la actividad humana que los que ofrece la misma República. Dejemos pues a los agitadores que se agiten y agiten. Dejemos que sus ideas por atrevidas que nos parezcan circulen y se propaguen y se discutan que de la discusión de las ideas siempre brota la luz que ha alumbrado el porvenir de los pueblos! No nos alarmen las exageraciones de las doctrinas porque dentro de ellas pueden encontrarse los principios de verdad que pueden ser fuentes de grandes ideas". Insistiendo, otra vez: "Dejemos a los agitadores que propaguen sus ideas en los centros obreros, ya que para ello tienen perfecto derecho. Dejemos que hagan cuanto puedan para regimentar a sus compañeros, para inculcarles ideas de mejoramiento (...) para colocarlos en condiciones de defensa cuando la lucha de intereses llama a la acción. Si su acción se considera inconveniente, no se trate de coartarla con leyes atentatorias; combátanse con las armas que da la libertad igual para todos, recurriendo como ellos a la asociación y a la propaganda". Y ejemplificando con los socialistas: "Déjese por lo menos obrar a esos propagandistas, por más que se les crea soñadores, por más que se les suponga extraviados, aunque más no sea por el tan lejano como grandioso fin que persiguen". Aunque más adelante se admita una limitación: "Dejemos a los agitadores que se agiten y agiten mientras su actividad no salga del campo del derecho! (...) Cuando el agitador proclame ideas subversivas, cuando pretenda llevar a los obreros más allá de su derecho, empujándolos para atentar contra la libertad de trabajo o contra los bienes de los patrones, allí estará la autoridad para llamarle al orden, y seguramente los jueces no dejarán de encontrar artículos de nuestros Códigos para aplicarles las penas a que se hayan hecho acreedores". Una contradicción que ilumina el alcance de su pensamiento y advierte respecto al peligro del manejo de citas parciales.

Con respecto a las huelgas, editorializaba en el 96: "Simpatizamos con las huelgas (...): he ahí los débiles que se hacen fuertes y que, después de haber implorado justicia, la exigen (...) Una huelga es mirada siempre como una sublevación. Así se explica los malos ojos que ponen siempre a las huelgas las autoridades policiales (...) Así se explica que los titulados agentes del orden, con frecuencia verdaderos agentes del desorden, no se den punto de reposo para disolver, con fútiles pretextos, las reuniones obreras en que los huelguistas conciertan su defensa. Las huelgas son, sin embargo, simples fenómenos de la oferta y la demanda de objetos de comercio, que las autoridades públicas, si fuesen un poco más ilustradas y cultas de lo que son, deberían respetar con el mismo respeto de que rodean los arreglos entre comprador y vendedor". Entre quienes compran y venden trabajo. "Contra esta esclavitud moderna que convierte al patrón en un amo, protestan y luchan las huelgas. Ellas dicen: queremos que el salario del hombre de

trabajo se mida, no por el valor de lo que es absolutamente indispensable para la subsistencia de éste, sino por el valor de su trabajo; queremos que si produce por valor de 50 pesos al mes, gane 50, que es lo que produce, y no 30, que es lo que necesita para vivir; queremos sacar esa diferencia de 20 pesos de las manos del empresario para volverla a las manos del obrero, al cual le pertenece de derecho, y ése es el objeto de la organización de las huelgas''. Corrigió tales puntos de vista, después.

"No es raro que un obrero..."

Citamos los editoriales del 96. Cotejemos aquellos escritos con otros, posteriores, acerca de las huelgas. Y ubiquemos a Batlle, para definirlo, ante los episodios de lucha de clases, concretos.

En mayo del 5 (gobernaba por primera vez), se produce una huelga en el puerto, paralizando su funcionamiento. Fija su posición, en "El Día''. "El Presidente de la República no podía asumir en esta emergencia otra actitud que la que ha adoptado, la única que por lo pronto puede corresponder a los poderes públicos. Hacer respetar el derecho de los unos negándose a trabajar, el de los otros resistiéndose a las pretensiones de aquéllos, y finalmente, amparando el derecho al trabajo, a todo aquel que quiera hacerlo''. El derecho de huelga, es igual al derecho de romper la huelga. Y Batlle va más lejos: "Es claro que si la huelga llega a prolongarse, si llega a asumir tales proporciones que venga a ser una verdadera perturbación para el Estado, en su orden interno, en sus industrias o en sus finanzas, el Gobierno deberá intervenir para hacer cesar una situación anormal y hasta peligrosa''. Por eso su actitud condenatoria para los funcionarios públicos en huelga. Contra los enfermeros en el año 12. Contra los municipales en el 22.

En noviembre del 11 (gobernaba por segunda vez), una huelga de trabajadores de la construcción, organizada en Pando, recibe la respuesta de la represión. Un mitin es disuelto "a machetazos y rebencazos'' por la policía, con el visto bueno gubernamental. Concurre el diputado socialista y denuncia la complicidad. Tiempo después, en marzo de 1914, los picapedreros en huelga (en las canteras de Conchillas, en Colonia) deben dejar un muerto en el enfrentamiento con el ejército y la policía. "El Comité Ejecutivo del Partido Socialista, interpretando la indignación de todos los trabajadores por los crímenes policiales de Conchillas, a consecuencia de los cuales una vez más la sangre obrera ha caído en holocausto a sus ansias de mejoramiento

económico y de emancipación social, hace pública su protesta contra esas violencias sangrientas del gobierno y denuncia la complicidad de los partidos burgueses con esos brutales e inicuos atentados", denuncian, con su firma, Frugoni, Caramella, Bazurro y Vázquez Gómez. Y agregan: "La complicidad del gobierno con esa policía es un hecho. No sólo sostiene a los comisarios delincuentes en sus puestos sino que se apresura a llenar las canteras de soldados a fin de sofocar todo aliento de los huelguistas y estimular la traición de los carneros".

Más definitoria, todavía, para filiar a Batlle en otro campo, respecto al socialismo, la actitud asumida en el conflicto con los canillitas (marzo del año 20).

Reclamaban la jornada de descanso semanal. Requerían, para conseguirla, un acuerdo con las patronales de diarios para que suspendieran la publicación una vez por semana. Consiguieron apoyo de todos los diarios, menos el de Batlle. "Estos (los canillitas) no son obreros dependientes de los diarios. Son, más bien, comerciantes que adquieren una mercadería para revenderla. Nadie puede obligarlos a que trabajen cuando no quieren. Así, pues, el vendedor de diarios, si desea asegurarse a sí mismo un descanso semanal, no tiene más que decirse: tal día de la semana no trabajo. Y no trabajar". Con tales argumentos, precipitó el conflicto con los vendedores (muchachitos en su mayoría, cuando no chiquilines). Decidieron éstos hacer un boicot contra "El Día". Salieron a venderlo policías. Se produjeron choques y atropellos. Pueden verse las fotos de chiquilines presos detrás de las rejas, de cargas policiales contra los vendedores de diarios que se negaban a llevar "El Día", de varias salvajadas en la calle.

Emilio Frugoni denuncia los procedimientos, en el Parlamento: "la policía obliga a los canillitas... a arrodillarse después de haber esparcido por el suelo granos de sal gruesa, y como si eso fuera poco se colocan en las manos de aquéllos hierros pesados para que los débiles cuerpos hagan más presión, y hacer así más dolorosa la situación de los torturados". Dialoga duramente con los diputados batllistas:

Sr. Ghigliani. — Tengo la íntima convicción de que en este movimiento huelguístico existen causas de carácter político y mezquinos intereses.

Sr. Frugoni. — Es claro que tiene razón; existen los intereses de las empresas que se resisten... una poderosa empresa.

Juan Anastasio Rolando, conductor de tranvías de 18 años (un "motorman", como se decía), cayó asesinado por la policía en un enfrentamiento de obreros y estudiantes solidarios con los canillitas contra rompehuelgas. La movilización fracasó. Y se quedaron los canillitas sin tener descanso semanal.

Clara y elocuente, sin embargo, la posición de Batlle respecto a la injusticia del salario como regulación de relaciones entre trabajador y patrón. En un editorial que enjuicia duramente las normas eco-

nómicas que rigen en el capitalismo, desarrolló ese tema largamente. Merece transcribirse, en sus párrafos fundamentales:

"¿Cuánto vale el trabajo de un obrero? ¿Cuánto vale un día de esfuerzo, de sol a sol, arando la tierra, arrancando la piedra? Es lo que no se ha establecido todavía ni se va en vías de establecer de una manera equitativa y justa. Para convencernos de este hecho basta recurrir a una rápida demostración. Supongamos que por primera vez el dueño de un campo o de una cantera, llama a un obrero y le propone que trabaje todo el día labrando la tierra o arrancando piedra. La primera idea que se le ocurriría al obrero, sería que un tabajo como el que se propone no tiene nada de envidiable y que es más propio de un animal, o a lo sumo, de un esclavo. Pero una vez convencido de que tiene que trabajar para vivir, seguramente que no dejaría de poner un precio alto a su tarea. Tal vez pidiese un par de cientos de pesos mensuales, si no contase con la competencia. Y seguramente el patrón aceptaría, si no contase con aquel factor. Pero supongamos que el trato hubiese sido cerrado. ¿Qué sucedería, habiendo tantos obreros necesitados y aptos para hacer ese trabajo? Que inmediatamente se presentaría otro ofreciéndose por menos, y que el patrón, haciendo uso de su perfecto derecho, aceptaría despidiendo al primero. Pero aquí no se detendría la cuestión. Un tercer obrero sustituirá al segundo, ofreciendo sus servicios todavía más baratos; un cuarto, al tercero; y así sucesivamente, hasta llegar el momento en que el patrón no pagara por el jornal nada más que lo estrictamente necesario para que el obrero no se muriese de hambre. El jornalero que ocupara esta última plaza, ya no tendría temor en ser desalojado por un competidor, sencillamente porque el que se ofreciese por menos no ganaría lo suficiente para seguir viviendo!

"Esto, que hemos sentado en hipótesis, es lo que más o menos pasa en la realidad de la vida. De manera que, generalmente, lo que el obrero gana, tanto en la fábrica como en la cantera, como en el campo, es la cantidad mínima que necesita para sostenerse, y esa cantidad mímina no es, no puede ser, el valor de su trabajo! El obrero se gasta físicamente, da todo lo que puede dar, por una mala comida, por una mala vivienda, por mucho menos de lo que necesita para mantener a su mujer y a sus hijos, pues es notorio que los hijos de los obreros no siempre pueden crecer, y cuando crecen, crecen raquíticos y marchitos! Es el caso de las máquinas que sólo exigen el carbón y el aceite necesario para su funcionamiento! No están peor las mulas de los carros y los caballos de los tranvías, a los que se alimenta mientras tienen fuerzas para tirar! Están mucho mejor los caballos de paseo y de carreras, porque hay interés en mantenerlos gordos y vistosos. Para el obrero basta el alimento de los flacos desde que, cuando no puede más, sobra con quien sustituirlo..."

El mismo editorial, en el que va más lejos la condena del capita-

lismo sustentado sobre relaciones que son básicamente inhumanas, como se denuncia, refleja sus limitaciones en la conclusión:

"Conviene hacer notar que en esta lucha entre obreros y patrones no debe verse una verdadera lucha de clases como algunos parecen entenderlo, examinando superficialmente las cosas. No es raro que un obrero, por su esfuerzo constante y ayudado por la fortuna se transforme en patrón y tenga que seguir la corriente de todos los patrones, ni es imposible que un patrón o alguno de sus hijos concluya por ser obrero. Da manera que en el fondo, no hay razón alguna para que patrones y obreros se traten como adversarios irreconciliables". (16 de junio, 1905)

Pasemos por alto aquella ligereza sobre la frecuencia ("no es raro que un obrero...") con que se supone que la movilidad vertical convierte al explotado en un explotador. Pero subrayemos lo fundamental: desmiente el concepto de lucha de clases como "superficial", y apuesta, por eso, a la conciliación.

Se anuda, por allí, una limitación inherente al batllismo. "Este deudor de Marx ("de todo lo que de sensato y humano tiene el marxismo", según decía Domingo Arena), pasará por alto lo más esencial que aportó Marx para comprender la sociedad y la historia", reconoce Gadea. Ideológicamente, "desarmó a su partido, impartiéndole exactamente la noción opuesta a la que su obra práctica demostraba: la de que todas las clases sociales estaban compuestas por hombres *buenos*, que buscaban el bien *común* y que sólo necesitaban el instrumento de la democracia política para entrar por un camino de progreso indefinido".

Arena lo explicaba detenidamente: "Nosotros, pues, en vez de ser enemigos del capital, lo que queremos es hacerlo más inteligente, más vibrátil, más humano! Lo único que le decimos es que es necesario que proceda de otra manera, que se multiplique todo lo que quiera, pero no sacrificando precisamente al hombre..." (noviembre de 1918). Y Batlle argumentaba: "No creo que el bien del obrero y el interés de las industrias y del capital sean antagónicos. Creo, al contrario, en una armonía superior. Y estoy seguro de que, propendiendo, por un lado, a mejorar las condiciones de la existencia de aquél, y por otro, al desarrollo de éstos, trabajaré por el bien de todos". Por eso define los campos: "Nosotros nos llamamos obreristas, y no socialistas, en cuyo concepto algunos quieren que entre el de la lucha de clases, porque no aceptamos esa lucha, que no puede llevar sino al predominio absoluto e injusto de la clase que resulte más fuerte y a la sumisión de la más débil, y a embarcar a los obreros en aventuras a veces desastrosas, que no siempre son las de sus intereses" (30 de noviembre del año 19). O en otro editorial: "No hay que proclamar ni aceptar esas doctrinas de infortunio y muerte. En todas las clases hay hombres buenos y hombres injustos, y en todas, la mayor parte de ellos renunciarían con gusto

a una porción considerable de lo que poseen si se aplicara un plan de vida que asegurara el bienestar de todos''.

"Obreristas'' y no socialistas, quiso definir. "Socialistas sin bandera'', dirá Domingo Arena, para diferenciarse del Partido Socialista. "Socialistas sin partido'', dijo alguna vez Viera. Frugoni fue feroz para salir al cruce de la confusión: "Ser socialista sin bandera, es decir sin ideales, y con garantía de obtener altos sueldos del erario público, resulta una ganga'' (en "La Razón'', 1919). "Quien no milita en un partido de clase no es socialista'' (en "Justicia'', 1919).

Deslindó los dos campos, permanentemente.

En julio del 11, ante el plan de reformas de Batlle, formuló el Partido Socialista esta declaración: "La reforma que el gobierno pueda propiciar será perfectamente compatible con los intereses de la burguesía y se detendrá, allí donde esos intereses lo exijan. Ante todo, el gobierno representa a la burguesía, y representará a ésta en todo momento... No lo olvidemos. Nunca el gobierno llegará en materia de reformas sociales, allá donde la burguesía pierda un palmo en sus dominios''.

En noviembre del 12, pronunciándose en "El Socialista'' valoró los avances que se proyectaban: "Ni se es redentor estableciendo el divorcio, ni se es feminista creando universidades para mujeres, ni se es avanzado divorciando al Estado de la Iglesia, ni se es revolucionario tendiendo el monopolio por el Estado, ni se es socialista abogando por las ocho horas. Todo esto es, en la actualidad, el mínimo de lo que puede hacerse por la ley, no sólo en las repúblicas sino en los países monárquicos. Y de que es así, lo prueba el hecho de que todas esas conquistas y otras más profundas, se han hecho en Portugal, Francia, Austria e Inglaterra''.

Refiriéndose, específicamente, a la legislación laboral: "la ley de 8 horas es la única ley de carácter obrero que, a pesar de las declamaciones oficialistas, existe en la República, prescindiendo de otra pequeña leyecita que se refiere a la previsión de accidentes del trabajo, y esa misma y única ley ya sabemos todos qué mal y qué poco se cumple'' (en la Constituyente, 1917). Y unos años después: "de las leyes obreras, ¿cuántas se deben efectivamente al batllismo? A Batlle algunas, al batllismo, ninguna; porque si Batlle las proyectaba... otros batllistas las combatieron, logrando detenerlas, a veces, con irresistible y desesperante eficacia''.

21. LAS LIMITACIONES DE BATLLE

"Impaciencias nobles pero peligrosas".

Tres limitaciones, por su gravedad, le sirvieron de freno al plan reformista de Batlle y lo condenaron en su proyección: la vinculación partidista con el coloradismo más conservador, los cortos alcances de las soluciones agrarias propuestas y la penetración económica de los inversionistas y los prestamistas norteamericanos, con sus implicancias políticas obvias.

La primera lo anuda en su contradicción. El "batllismo" (corriente partidista que singularizó programa y organismos identificados al nombre de su conductor), perfilado políticamente con su propia expresión, se desdibujó, sin embargo, en el seno de un coloradismo cuyas tradiciones eran, justamente, contrapuestas al programa de Batlle y Ordóñez. Programa populista y con marcado acento nacional, en el enfrentamiento con los intereses ingleses. Y contradictorio, por eso, con la tradición del partido que desde la Defensa y con el agravante del crimen cometido contra Paraguay, con participación colorada, expresaba políticamente el interés burgués, asociado a la City de Londres. Hablando en Trinidad, Batlle quiso explicar: "Colorado quiere decir ciudadano o habitante del país que ha heredado las tradiciones de gloria de Rivera, de la Defensa y de Flores, creadas en aras de la libertad. Ser colorado quiere decir odiar la tradición de Rosas y de Oribe... Esto es lo que nos une" (1919). Y tras cargar el fardo de aquella tradición intentaba, después, deslindar: "Pero voy a deciros ahora lo que nos divide. Lo que nos divide son las ideas que cada cual tiene el derecho de abrigar sobre los problemas que se discuten en el país. Es el pensamiento propio de cada uno que cada uno tiene el derecho de sostener. Dentro del Partido Colorado no hay una sola tendencia, no hay una sola idea. Hay tendencias diversas. Reconozcámoslo, porque esa es la verdad".

Diferencias que van, nada menos, de Batlle a Serrato. Que no impiden a Batlle nombrar a Serrato, que se definirá como conservador

y que militará en las filas adversas a Batlle en el coloradismo, ministro de Fomento (Obras Públicas, Instrucción y Previsión Social, Ganadería, Industrias y Trabajo) y luego de Finanzas, para llevarlo después al poder. "En 1906 había considerado mi nombre para la primera magistratura... No acepté la oferta de mi candidatura presidencial, que habría alcanzado el éxito con entera facilidad... Con sus amigos, me ofreció los votos seguros para ser elegido Presidente de la República en 1915... Fue a buscarme a mi retiro político para que dictaminase sobre la adquisición de la empresa del Ferrocarril Central, cuyas conveniencias y ventajas negué rotundamente y acudió también a mi retiro para ofrecerme un cargo en el primer Consejo de Administración... En 1922, cuando no lo pensaba ni lo esperaba levantó nuevamente mi candidatura a la Presidencia, que admití..." (palabras de Serrato, escritas en "El Día", en el 56).

Tres razones explican la vinculación.

Una tiene que ver con las cifras, muy reveladoras: el batllismo no tuvo los votos para conservar el poder en sus manos sino por el apoyo (concertado en minicompromisos) del coloradismo más conservador. Sorprenderá, quizá, esta afirmación: al batllismo recién le bastaron sus fuerzas para derrotar al partido adversario en el 54, un cuarto de siglo después de la muerte de Batlle. Durante cuatro décadas enteras necesitó los votos "riveristas" y les pagó su precio: la propia presidencia, varias veces. En el 16, al elegirse los constituyentes, el batllismo pierde por ocho mil votos su puja electoral con el nacionalismo. En el 19, gobernando Brum, el batllismo tuvo treinta mil votos menos que sus adversarios. En el 22 (elección de Serrato), los batllistas suman veinte mil votos menos que los del Partido Nacional. En el 26 (elección de Campisteguy), el batllismo perdió por cuarenta mil votos la confrontación con los blancos. En el 30, al elegir a Terra, los batllistas tuvieron quince mil votos menos que los nacionalistas. Se abstuvieron después, en los años de la dictadura. Volvieron a votar en el 42, sumados al baldomirismo gubernista (en apoyo de Amézaga y Guani) y contabilizaron quince mil votos menos que las dos fracciones del nacionalismo. En el 46 (elección de Berreta) tuvieron veintidós mil votos menos que los herreristas y ochenta y cinco mil menos que la suma de votos de los blancos. En 1950, con dos candidatos, el batllismo tuvo seis mil sufragios menos que los blancos, sumando "independientes" y herreristas. Recién, repetimos, en el 54, el batllismo ganó por su cuenta el poder. Ya sus diferencias con el resto del coloradismo estaban reducidas y melladas. Comenzaba el trasiego de los dirigentes "colorados" al batllismo.

Contaron, también, los compromisos y lazos familiares. Hijo del General Lorenzo Batlle y casado con una Pacheco ligada con los Obes, Batlle quedó atrapado en una tradición conservadora, contradictoria con su posición.

Ligó esa tradición, utilizando lazos emotivos, para ganar apoyo entre los inmigrantes y sus descendientes, de origen italiano. El partido de la Defensa identificó su tradición con Garibaldi. Y los italianos y sus descendientes, garibaldinos por nacionalistas, se solidarizaron al coloradismo. Errada "transferencia": Garibaldi, desde 1860 al 70, expresó legítimos afanes de los nacionalistas italianos enfrentados al Pontificado y a los dos poderes extranjeros que los dominaban (poder vienés al norte y gobierno de Nápoles, descendiente de conquistadores de afuera, en el sur); dos décadas antes, al servicio de los colorados de Montevideo, combatió la causa nacional expresada por Rosas y Oribe. La mitología colorada supo sacar partido de la confusión. Con otra consecuencia: católicos, los italianos fueron anticlericales en relación con esa lucha larga que sólo culminó con el asalto de los "camisas rojas" contra Roma, derrotando al papa Pío XI que perdió su poder temporal; la emigración italiana, por eso, secundó sin mayores reservas al liberalismo de Batlle, de marcados perfiles anticlericales. Así hallamos, al fin, la respuesta para un interrogante que dejamos abierto más atrás.

El tema de la tierra es significativo.

"La propiedad... es una gran injusticia. El mundo, puede decirse sin equivocarse, es de todos. El que viene al mundo, viene con el derecho de poner los pies, por lo menos, en él. Y tal como está organizada la sociedad hay muchos que nacen sin tener donde asentar sus pies". Esa declaración, del año 25, puede compaginarse con ésta: "La propiedad en realidad no debe ser de nadie, o más bien dicho debe ser de todos, y la entidad que represente a todos debe ser la sociedad. La propiedad, pues, debe ser de la sociedad". Conceptos imprecisos. Cuya limitación es posible advertir si se los complementa: "De esto que digo podría sacarse la consecuencia de que yo soy partidario de que se despoje a los que tienen tierras para repartirlas entre los demás. Y no es así. Los que poseen la tierra no son culpables de lo que pasa, porque ellos la poseen por un consenso general. No se les podría quitar la tierra. No sería justo. La que tiene que responder de eso es la sociedad misma. Todos tienen que contribuir con su pequeño sacrificio a que la tierra no sea un privilegio que determina la miseria de unos y la opulencia de otros". Igual limitación en la contestación que daba Batlle respondiendo en "El Siglo" un reportaje, muchos años antes: "No reconozco la existencia en el país de un problema agrario que reclame con urgencia la atención de los poderes públicos. Entiendo que la división racional de la tierra se ha operado y se seguirá operando por el desenvolvimiento de nuestra riqueza rural. No hay que pagar tributo a impaciencias nobles pero peligrosas". Dos inexactitudes: el proceso de subdivisión racional (se operaba la concentración) y el supuesto "consenso" (?) del que se benefician los que tienen tierras.

Un solo compromiso: respetar las estructuras del latifundismo, al que no se tocó.

Todas las medidas adoptadas tropezarán allí. Formulemos la enumeración:

—gravámenes impositivos, progresivos de acuerdo a la extensión (fue propuesta de Batlle que los propietarios fijaran, por su cuenta, el valor de sus bienes, gravados en escala con la contribución; aspiraba a poderlos comprar, por parte del Estado, tomando como base la declaración);

—mayores gravámenes al ausentismo (apenas el 1 % de aumento, recién aprobado por 1916);

—fraccionamiento y colonización de tierras del Estado (emisión de una deuda de 500 mil pesos para permitirlo; proyecto para permitir expropiar 5.000 hectáreas en torno a cada pueblo, para afincar colonos; el afincamiento de colonos rusos en el litoral fue producto de su aplicación reducida);

—leyes de salarios para trabajadores rurales;

—fomento de los créditos rurales;

—fomento de la agricultura (vivero de Toledo, con medio millón de árboles plantados en un año; Instituto Fitotécnico y Semillero "La Estanzuela"; estaciones agronómicas especializadas);

—cursos de avicultura, apicultura y sericultura;

—instalación de centros experimentales ganaderos.

Eran remiendos en la periferia. Ignoraban lo que Artigas supo cien años atrás. Que sin redividir la propiedad, fomentando el crecimiento del poder adquisitivo de la masa de consumidores, quedaban cercenadas las posibilidades de cualquier desarrollo económico serio.

La penetración de los inversionistas y los prestamistas norteamericanos generó dependencias en relación al nuevo centro del poder mundial.

Durante el segundo gobierno de Batlle la penetración se produjo en cuatro direcciones: combustibles, industria frigorífica, construcción y banca. La West India Oil (una filial de ESSO, la Standard Oil, del grupo Rockfeller) acapara los abastecimientos en el primer aspecto. El Swift (es uno de los "cuatro grandes" de Chicago), instala su planta del Cerro, seguida por el Frigorífico Artigas (del "Armour", otro de los cuatro); obtienen, los dos, privilegios al establecerse los cupos para la exportación. La Compañía Uruguaya de Cemento Portland (filial de "Lone Star"), monopoliza tales producciones. El Banco Mercantil (National City Bank, de Nueva York) comienza sus operaciones. En ese mismo lapso, las inversiones norteamericanas en este continente crecieron desde los 1.600 millones de dólares a 2.400. Paralelamente se gestionan los primeros créditos en Wall Street. La banca Hallgarten concede el primero. Y así se financian las expropiaciones y las obras públicas batllistas. Al empezar la década siguiente, el monto de las in-

versiones norteamericanas en el Uruguay totalizaba 30 millones de pesos y los empréstitos con esa banca llegaban a 45 millones.

La política exterior quedó supeditada por tales ataduras. Los episodios de 1914 son muy elocuentes.

Gobernaba en suelo mexicano Victoriano Huerta. Los EE. UU. no lo reconocían ejerciendo presiones para sacar ventajas en la resolución de las reclamaciones fronterizas sobre el Chamizal. Buscó respaldo Huerta en los ingleses y luego se arrimó, ante presiones y provocaciones norteamericanas, a los alemanes y los japoneses. Levantó banderas de nacionalsmo: "México para los mexicanos". 16 barcos de guerra de EE. UU. entraron a sus aguas. Bajaron tripulantes a Tampico, desacatando reglamentaciones de las autoridades. Se les arrestó por hora y media. Presentaron excusas las autoridades por el incidente, sumando las de Huerta. Endurecieron su actitud, entonces, los americanos, agravando la provocación. Exigieron que se les saludara su bandera con salvas de homenaje por parte de un gobierno al que no le prestaban reconocimiento. Huerta dijo que sí, a condición que la flota norteamericana saludara de la misma forma la enseña mexicana. Respuesta negativa y ultimátum: un plazo de tres días. Concentraron 50 embarcaciones y 23.000 hombres enfrente de Tampico. Desembarcaron después en Veracruz, que resistió de modo legendario. Incautaron las recaudaciones de aduana: unos ocho millones de dólares. Esa tarde, Wilson (presidente de EE. UU.) solicitó al Congreso después del atentado, "que se dé aprobación para que pueda emplear a las fuerzas armadas de EE. UU. en tal forma y con tal amplitud como pueda sernos necesario para conseguir, de Huerta, su adhesión al más amplio reconocimiento de nuestros derechos". Terminaba con estas palabras: "Queremos siempre mantener nuestra gran influencia, sin par para el ejercicio de la libertad, tanto en Estados Unidos como dondequiera pueda ser usada para beneficio de la humanidad".

En todo el continente ardió la indignación. Fernán Silva Valdés y un grupo de escritores convocaron, en el Uruguay, a manifestar contra aquella agresión: "Tropas yanquis han invadido a México, patria hermana de nuestra patria. Después de Puerto Rico, después de Cuba, después del desmembramiento de Colombia para fundar la república de los traidores de Panamá... Para protestar contra ese acto de cesarismo vejatorio, invitamos a todo el pueblo a una manifestación. ¡Viva México y América Latina!" Adhirió José Enrique Rodó. Como Eduardo Rodríguez Larreta. La Federación de Estudiantes, el Partido Nacional y el Centro Internacional (anarquista), decidieron su participación. Manuel Ugarte, desde Buenos Aires, hizo llegar la solidaridad de los que se llamaban "socialistas argentinos" para diferenciarse del partido que fundara Justo. El diario gubernista censuró: "El gobierno habría prohibido la celebración de este acto... pero la ley sobre reuniones populares no se lo permite" ("El Día", 24 de abril). La manifestación fue multitudina-

ria. Al terminar el acto, avanzó sobre la legación de los EE. UU. para protestar. Intervino entonces la tropa de caballería, desatando una carga cerrada, con un saldo de 50 heridos. El canciller de Batlle, al otro día, presentó las excusas gubernamentales a la legación "por los mueras a EE. UU. formulados por los manifestantes". Lo interpeló, por eso, Luís Alberto de Herrera.

Cerrado el episodio, que aparejó la renuncia de Huerta, editorializaron en "El Día": "Los Estados Unidos han probado, urbi et orbis, que las naciones latinoamericanas nada, absolutamente nada, tienen que temer de su conducta respecto a ellas. Creemos esta una razón suficientemente poderosa para que cese de una vez una propaganda alarmista que no tiene ningún punto de apoyo, y que pretende que los americanos del norte constituyen el peligro mayor para la integridad de estas repúblicas" (!). Y justificaron la tesis intervencionista: "...cuando una nación incurre en desvaríos internos es un derecho legítimo, que deben aplicarlo con urgencia sus vecinos, intervenir por las armas y llevar la tranquilidad a ese hogar convulsionado por la anarquía".

Lo que se acompaña por otras actitudes: las gestiones de Acevedo Díaz que ya mencionamos (1904), el apaleamiento de los anarquistas que protestaban contra la condena de algunos compañeros en EE. UU. (1912) o la severidad con Rodó (por "su enemistad infundada hacia Estados Unidos"; 1920).

En torno del tema queremos anotar otra derivación: a falta de raíces en lo nacional (porque la tradición colorada distaba de ser "nacional"), el batllismo se preció en mirar al exterior —a Suiza, por ejemplo— para modelar nuestra transformación. Y se mostró remiso, paralelamente, a suponer al Uruguay ligado en el proceso latinoamericano. Ignoró el proceso mexicano, revolucionario y fermental. Desatendió la evolución política argentina y particularmente lo que significaban Hipólito Irigoyen y el radicalismo. Llevó a extremos pueriles ese desarraigo; después de un incidente, comentó: "No procede bien la policía... No hay ninguna ley que obligue a sacarse el sombrero cuando se toca el himno... Puede temerse un resfrío".

Otros han formulado reparos generales:

—en un vasto programa de reformas, no se jerarquizan las opciones ni se determinan prioridades; con el mismo vigor, se batalla contra las corridas de toros, (amenazándose con el retiro de su candidatura, la segunda vez) o contra el "empresismo" que afectaba nuestra economía; alguien ha recordado la respuesta de Artigas al gobierno local de Canelones, respecto a sus proyectos sobre la agricultura, presentados mientras que se operaba el reparto de tierras: "emprenderlo todo, será no abarcar nada";

—muchas de las conquistas conseguidas, no tendrán aplicación veraz, y "serán barridas o desarboladas... a cada reajuste presupuestal malhumorado", como dice Real;

—el burocratismo, más la corrupción, minaron al sistema: desde la primera década del siglo se documentaba que los clubes políticos oficialistas, lejos de ser escuelas de civismo, como los concibió Batlle y Ordóñez, ganaban adherentes a cambio de promesas y prebendas, al amparo de los presupuestos.

Frugoni fue certero cuando analizó las perspectivas del fenómeno político batllista: "Cuando este hombre desaparezca, el batllismo se fraccionará, se disgregará, cambiará de fisonomía en varios trozos rivales que sólo han de parecerse al núcleo originario en sus culpas, vicios y defectos, que son muchos y de grueso calibre. La vinculación al tradicionalismo, por un lado, y el carácter personalista, por otro, quitan al batllismo toda posibilidad de perduración en un largo trayecto del futuro" (1925). Así fue.

22. LA SIESTA LIBERAL

"A ganar elecciones, ya que no batallas".

En 1919 entraban a tablada 950 mil reses, por valor superior a 50 millones de pesos. Diez años después, las 900 mil reses llegadas a tablada significaban menos de 30 millones de pesos. En ese mismo lapso, el valor de las importaciones de automóviles y combustibles saltó desde 4 millones de pesos hasta los 40 millones. En ese par de cifras se manifestaba nuestra dependencia. Obtuvimos provecho con la primera guerra interimperialista (incremento del precio de las exportaciones y "protección" para nuestro mercado que dejó de absorber los abastecimientos que nos ligaban antes a los centros del capitalismo). Vivimos una siesta liberal. Nos atrapó el colapso mundial capitalista. Y naufragó en la crisis el sistema demoliberal. En esos mismos años, se gestaban las transformaciones que le dieron su fisonomía, durante medio siglo, al mundo en que vivimos. Son los años de Lenin y Stalin. De Hitler y de Mussolini. De Yrigoyen y Vargas. De Chiang y Mao Tse-tung.

La reforma constitucional, los avances de la concepción reformista nacida con Batlle y sus limitaciones, la transformación de nuestras estructuras partidistas y el impacto brutal de la crisis jalonaban esa etapa del proceso político del Uruguay. Algunos temas serán ubicados cronológicamente, estudiando los cinco gobiernos que se sucedieron (Viera, Brum, Serrato, Campisteguy y Terra). Otros serán objeto de atención especial.

En la presidencia de Feliciano Viera (1915 al 19), se gestó, justamente, la reforma constitucional, intentando ajustar aquel texto, ya casi centenario, a las necesidades de transformación y recogiendo el pensamiento liberal. Elegida la constituyente por voto secreto (sistema practicado por primera vez, de acuerdo a una disposición excepcional), y triplicándose el electorado, con esa garantía, obtuvieron 70.000 votos los nacionalistas, 60 mil los colorados adictos a Batlle, 15 mil los colorados "riveristas" (opuestos a la fórmula que Batlle proponía), 2 mil los socialistas y 1.600 votos los cívicos (católicos). La mayoría de los

opositores paralizó durante largos meses la deliberación. En enero del año 17, las elecciones de parlamentarios (aumentando 33 escaños en provecho del oficialismo, al otorgarse más legisladores a los departamentos controlados por los colorados), abrieron perspectivas a otra postulación presidencial de Batlle. De tal equilibrio —mayoría batllista en la legislatura; mayoría de los adversarios de Batlle en la constituyente— surgió la transacción. Duvimioso Terra fue quien la concibió, en octubre del año 17. Promulgada a comienzos del año siguiente, la reforma rigió desde marzo del año 19.

Hagamos referencias al debate y a sus resultados.

La propuesta de Batlle apuntó a la reforma del Ejecutivo. Desde que publicara sus "Apuntes" (1913) batallaba en favor del sistema pluripersonal —un "colegiado" a la manera suiza— para evitar desbordes del poder. La Constitución, señaló, "coloca sin garantía alguna de su buen o mal empleo, toda la fuerza nacional en manos del Ejecutivo, del presidente de la República, y entrega al país sin defensa, a la buena o mala voluntad del ciudadano a quien se comisiona para que ejerza ese poder. Así, cada cuatro años, por precepto constitucional se juegan a sol o número los destinos de la república, poniéndolos a merced de la voluntad sana o enfermiza, bien inspirada o no, del ciudadano a quien se confía la primera magistratura (...) Esta situación ha hecho y hace del presidente de la república árbitro absoluto de los destinos nacionales. Todos sabemos desde el 18 de julio de 1830, que del semblante risueño o adusto con que despierte ese funcionario, pueden pender el infortunio o la felicidad del país". Alegando que "ninguna pulgada de tierra" fue tiranizada por un colegiado (afirmación que se desmiente con facilidad; bastará remontarse a "los 30 tiranos" de Atenas, al Senado romano de la época republicana, a la dictadura de los "termidorianos" y del Directorio o a los triunviratos y juntas golpistas que abundan en la historia de nuestro continente), proyectó suplir al presidente con nueve consejeros: dos elegidos por los legisladores y los otros siete por voto popular, durando los primeros seis años y siete los otros, renovándose en forma alternada (uno por vez, anualmente). La fórmula de Batlle cercenaba, de modo evidente, las posibilidades de la oposición. Renovándose por unidades la "Junta de Gobierno", los opositores podrían llegar al poder solamente ganando varias elecciones consecutivamente; difícil eventualidad porque el oficialismo, paralelamente, detectaría los avances de la oposición, ubicando sus fuerzas. La propuesta también desconocía la representación proporcional y omitía, cuidadosamente, garantizar con un precepto constitucional el sistema del voto secreto.

La transacción les obligó a ceder. Y el fruto del acuerdo aseguró conquistas importantes:

1) el voto secreto; los legisladores batllistas, después de la elección del año 16, firmaron una nota en la que condenaban el voto secreto,

pubicada en "El Día" con juicios favorables a tal objeción; Frugoni denunció que Batlle la inspiró, y al discutir el tema en la Constituyente, puso en duros apuros al oficialismo: "el voto secreto... sólo puede ser negado por los enemigos de la clase obrera o por aquellos aparentes amigos que si creen que la ley debe contemplar las aspiraciones del proletariado y tender a mejorar su situación, quieren que todo lo que los proletarios reciban por ese medio les venga impuesto como una especie de gracia que desciende desde lo alto, por obra de unos cuantos señores magnánimos, enternecidos y condescendientes";

2) La derogación de aquellas restricciones que quitaban el derecho de votar a los trabajadores en el viejo texto constitucional;

3) la reducción de la edad exigida para poder votar (18 años; en el texto anterior, los solteros eran ciudadanos recién a los 20);

4) la posibilidad de permitir el voto a la mujer aprobando la ley respectiva, sin tener que disponer otra nueva reforma constitucional;

5) la desaparición de requisitos (posesión de bienes materiales) exigidos a los gobernantes;

6) la representación proporcional

7) el régimen electoral que permitió elegir, por separado, gobernantes nacionales, departamentales y municipales en fechas diferentes, renovando permanentemente la consulta y asegurando un margen de libertad mayor al elector; no se pueden negar, sin embargo, los inconvenientes; cada cuatro años se elige al presidente, cada tres, diputados y ediles; cada dos un tercio del senado y un tercio del consejo ejecutivo; esa renovada consulta electoral burocratizó las estructuras partidistas del oficialismo: agencias de reclutamiento de votos a cambio de lugares en el presupuesto;

8) la reducción de los poderes unipersonales; el Presidente, elegido de modo directo, controlaba sólo tres ministerios (Interior, Relaciones y Guerra); el Consejo de Administración —nueve miembros, que duraban seis años, y se renovaban por tercios cada dos— controlaba las cuatro carteras restantes (Obras, Hacienda, Industrias e Instrucción); el Presidente designaba los jefes de policía de una terna propuesta por los consejeros y en cuanto a los problemas financieros, el Consejo le consultaría, pudiendo decidir, por dos tercios de votos, contra su posición;

9) la creación de los entes autónomos: "los diversos servicios que constituyen el dominio industrial del Estado, la instrucción superior, secundaria y primaria, la asistencia y la higiene pública serán administrados por Consejos autónomos" (art. 100);

10) el reconocimiento del derecho de interpelación, bastando que la pida la tercera parte de los legisladores;

11) el reconocimiento del derecho de investigación (pidiendo los informes o nombrando comisiones investigadoras);

12) la separación del vínculo legal con el catolicismo: "todos los

cultos religiosos son libres en el Uruguay; el Estado no sostiene religión alguna''.

Volviendo a la gestión de Feliciano Viera debemos distinguir los indicios de prosperidad, el reflujo hacia las posiciones más conservadoras después de la derrota electoral, el retorno al sistema del fraude político abierto y la repercusión de la primera guerra.

En el primer aspecto (y debemos recordar aquí las leyes aprobadas de las que dimos cuenta en otro lado), leyes proteccionistas estimulan nuestra producción y le dan a la balanza comercial un vuelco favorable: más de 20 millones de pesos a favor al terminar el año 19. Las exportaciones ascienden desde 100 millones a 150; la cifra más alta que se registraba en la historia de nuestro comercio.

Pero la derrota de los candidatos batllistas le aconsejó prudencia al gobernante. "Las avanzadas leyes económicas y sociales sancionadas durante los últimos períodos legislativos, han alarmado a muchos correligionarios y son ellos los que nos han negado su concurso en las elecciones del 30 de julio'', declaraba Viera. Con esta conclusión: "Bien, señores: no avancemos más en materia de legislación económica y social; conciliemos el capital con el obrero. Hemos marchado a prisa; hagamos un alto en la jornada. No patrocinemos nuevas leyes de esa índole y aun paralicemos aquellas que están en tramitación en el legislativo''. El batllismo asintió. Por unanimidad, la Convención le dio su aprobación al giro gubernista. Algún tiempo después, cuando la "Agrupación de Gobierno'' le quiso imponer directivas a Viera, éste llevó más lejos su distanciamiento: "Hasta aquí hemos estado de acuerdo con el Sr. Batlle... Pero es indudable que no lo acompañaremos en un avancismo *à outrance*. El Partido Colorado no es socialista, ni va al socialismo''. "La organización partidaria (batllista) va camino del soviet'', sostuvo, y tras calificar a Batlle duramente ("campeón de las ideas disolventes''), advirtió que no toleraría la desviación. La represión tradujo su desborde. Y los trabajadores supieron que el "alto!'' de Viera (así se le llamó), lejos de ser una simple maniobra —"maniobra muy graciosa'', como la califica Zum Felde— expresaba el retorno de los sectores más conservadores, jamás desalojados del poder. Pasaron de las antesalas a los ministerios. El "vierismo'' iniciaba la decomposición del batllismo.

El fraude retornó. Al elegirse algunos senadores, en el 18, el oficialismo no tuvo disimulos para torcer el fallo electoral. En Treinta y Tres robaron el registro de los electores y robaron después las actas del sumario que documentaba la complicidad policial. En Tacuarembó votaron cuatro veces los hombres del 3º de Caballería, llegados con esa misión. En Río Negro fue la infantería (9º regimiento, destinado con el mismo fin). "El País'' lo denunciaba y lo documentaba con fotos: "En la estación del Ferrocarril Central, se embarcan, con destino a los departamentos, cientos de milicos a quienes ni siquiera se había

tenido el pudor de cambiarles el uniforme, marchando, a vista y paciencia del público y del país, a arrebatarles a los ciudadanos libres sus más sagrados derechos... partían, alegres y ruidosos, a ganar elecciones, ya que no batallas''. A las 48 horas de las elecciones, se documentaba el regreso. El comisario Ponce marcialmente les pasaba lista en el andén.

La guerra, mientras tanto, nos permitió cortar una tajada, y probar, a la vez, obsecuencias. En octubre del año 17, rompimos relaciones diplomáticas y comerciales con los alemanes. "Es mi deseo señalar especialmente (puntualizaba Viera en su mensaje) la índole de la actitud uruguaya, que adopta medida tan trascendental, sin ningún agravio particular que vindicar, sin ofensa directa que reprimir, sino que su gesto, superior y tranquilo, sólo se funda en un principio de elevada solidaridad con los defensores del derecho y la justicia, que son, al propio tiempo que los viriles mantenedores de las pequeñas soberanías, los abnegados combatientes de la democracia mundial''. Es útil aclarar que la guerra contaba tres años en ese momento, pero los EE.UU. entraban en ella recién. Baltasar Brum, el canciller de Viera, explicó los alcances de la resolución justamente en EE.UU., donde se le invitó: "El Uruguay, sin sufrir agravio, por el solo interés de la solidaridad americana, ha roto sus relaciones con Alemania. La admiración por la causa de los aliados nos ha llevado a conceder privilegios a sus flotas, a requisar los barcos alemanes surtos en el puerto de Montevideo, a conceder créditos a esas naciones por valor de 60 millones de pesos para facilitarles la compra de productos uruguayos''. Ocho embarcaciones alemanas estaban en el puerto de Montevideo. Se les requisó, arrendándolas a inversionistas norteamericanos inmediatamente.

Fue Brum el sucesor. Elegido por el parlamento, convocado en la Universidad, duplicó los votos del nacionalismo (81 Brum; 46 Golfarini). El mismo parlamento designó a los nuevos consejeros: Viera, Areco, Arena, Soca, Rivas y Cosio por la mayoría; Vázquez Acevedo, Martín C. Martínez y Berro por la oposición. El ex mandatario presidió al Consejo los dos primeros años. Batlle (ingresado al Consejo en su primer renovación parcial), lo sucedió después.

Coparticipación y desinteligencia. El nacionalismo divide sus filas como lo veremos en otro lugar, entre los que respaldan a la conducción herrerista y los que se le oponen. El coloradismo, dividido entre los riveristas y batllistas, suma otras dos fracciones: vieristas y brumistas. Una lucha política dura salpica de duelos y sangre la vida política del Uruguay. Batlle se bate con Aguirre, Bernardo García y Juan Andrés Ramírez. Después tuvo lugar el duelo con Beltrán. Dos disparos, desde 30 pasos ("Batlle limpió sus lentes antes de disparar'', según los telegramas divulgados en el exterior, relatando la muerte de Beltrán). Eduardo Rodríguez Larreta, a su vez, recibe los padrinos de un hermano de Baltasar Brum y contesta con este brulote: "El Presidente de la República

está empeñado en que me bata con otros. Incapaz de destruir las aplastantes acusaciones que le dirijo y cuya prueba consta en documentos públicos, quiere hacerme callar, echando en el camino portadores de calumnias que constituyen una descalificación moral en la pluma de cualquier hombre. No estoy dispuesto a darle el gusto, ni a concederle la espectabilidad a cualquier personaje apenas conocido en su familia. Puedo ostentar con orgullo mis antecedentes caballerescos. Pero no estamos en tal caso, ni tengo por qué admitir una suplantación de personas. El doctor Brum no es un lisiado ni un anciano, únicos casos en que los códigos de honor admiten esas suplantaciones y esto sólo en el caso de graves ofensas personales. El batirse o no batirse depende en él de su exclusiva voluntad. Puede pedir licencia; puede ausentarse a Buenos Aires; puede renunciar; puede provocar el lance en todo momento. Si es Baltasar Brum quien quiere batirse estoy a su entera disposición. Pero repito lo que dije ayer. No admito personeros".

"Sus ideales son los míos, hoy como ayer".

El propio presidente se batió. El fraude comprobado durante los comicios del año 22, para elegirle sucesor a Brum, desató la denuncia de la oposición. Votaron los guardias civiles, como reconoce Acevedo. "La baja era concedida por el tiempo que demandaba el ejercicio del voto, reintegrándose en seguida el guardia civil al ejercicio público de su función". Luis Alberto de Herrera, candidato del nacionalismo, acusó al mandatario "por el sufragio irregular y decisivo, volcado en montón, de milicias y de policías, votando y haciendo votar, repuntando, como majadas, a los vecindarios, interviniendo descaradamente en el comicio, repitiendo, una y otra vez, su sufragio descalificado". "El día del comicio —denunció— no tuvo el país policías: todos estaban votando. Por partida doble o triple jugaron los guardias civiles al sufragio, riéndose del derecho popular. Al frente de esa organización culpable, rigiendo su estricto funcionamiento, estuvo y está el presidente... el primer empresario del fraude en el país. En esencia, más que contra un partido, se libra combate contra un sistema comandatario que tiene su matriz en la Casa de Gobierno, su gerencia en el despacho presidencial y una sucursal en cada departamento". Anunció que acataba "con patriótica resignación" el fraude electoral. Advirtió que se lo toleraba por última vez. Brum contestó en "El Día" con agravios, provocando el duelo, como confesó. Se batieron en diciembre del año 22, en el Cam-

po de la Escuela de Aviación Civil, sin que Brum abandonara el cargo. Cambiaron, sin resultado, "dos balas de cada parte", como se atestiguó

Hay que abrir un paréntesis largo para ubicar a Herrera, cuyo liderazgo nació por esos años, justamente.

Nacido en el 73 (en el hogar del canciller de Berro) y revolucionario junto con Saravia, se destacó como parlamentario desde los comienzos del siglo (ya mencionamos, antes, su proyecto de legislación laboral). Fue también publicista importante, destacado por la revisión de conceptos históricos tradicionales, de cuño liberal. Enfrentando a Lussich y demás descendientes de los "principistas" en la puja por la dirección partidaria, ganó la presidencia de su Directorio por el año 20. Ligó su figura, de nuevo, con la de Saravia, repatriando sus restos un año después. Y fue candidato del nacionalismo al disputarse por primera vez, por voto popular, la presidencia (1922).

"No ha de haber en la historia del país quien se le asemeje", escribirá Quijano, al despedirlo. "No fue un estadista, sin duda... Fue un caudillo, el último gran caudillo quizá, con sus errores, sus exageraciones, sus pasiones, sus tremendas pasiones, su extra humana energía que —fenómeno sin par— al paso de los años crecía, en lugar de disminuir o atemperarse, su atracción magnética (...) Mezcla hirviente de intuición y de coraje, de probidad y de autoritarismo, de desconfianza en la razón y en el juego sutil de las ideas... Instinto y olfato y premonición, a semejanza del baqueano que ignora la geografía pero conoce el rumbo. Un guerrillero siempre, como en los tiempos mozos... Habilísimo en el combate diario, en la maniobra por sorpresa, en el cambio de frente repentino y desconcertante. Un táctico, y no un estratega. Sin planes de largo alcance". Y le reconocía: "tuvo un orgulloso y quisquilloso sentido nacional".

Sin adelantarnos a dos episodios que serán estudiados donde corresponde (su colaboración con los golpistas del año 33 y su dura batalla por la neutralidad en la segunda guerra), podemos ensayar un anticipo de sus definiciones políticas aquí.

—Fue conservador. Condenó al socialismo como extranjerizante y antinacional ("El socialismo, entre nosotros, debe detener sus reclamos y sus gestos airados, allí donde empieza el interés permanente e impersonal de la nación... El socialismo ataca al sentimiento de patria, tiende al desgaste de los localismos sagrados, pretende remplazar al himno nacional por la Caramagnole y el himno de los trabajadores. ¿Puede la juventud sancionar esas temeridades? ¿Son acaso, compatibles ellas con el deber cívico, con la tradición nativa, con el ensueño artiguista? Antes que ciudadanos del universo debemos ser ciudadanos del Uruguay"). Identificó la suerte del país con el provecho de sus ganaderos. Censuró los "desbordes" del sindicalismo. Condenó las estatizaciones que rescataban para el Uruguay el contralor de bienes y servicios (advirtió las ventajas del oficialismo en esa operación: burocratismo, con

su consiguiente aporte electoral). No es cierta la versión de que quiso negar el derecho a estudiar de los hijos de los lustrabotas, como lo repitieron enemigos políticos suyos, durante muchos años, tergiversando una expresión que tuvo otro significado. Pero abundan, en su literatura y oratoria, las definiciones con signo de clase. Por ejemplo, en "La encuesta rural": "En ella (la estancia) bajo el mismo techo de su patrón, vive el peón, formando su temperamento, educándose, a las veces, instruyéndose siempre. Si posee aptitudes, si es valiente para el esfuerzo, particularmente si luce perseverancia, lo que pocas veces ocurre, ahí labra su provecho y el de los suyos, echando anclas en la ventura. Con el correr de los años, pasa de subalterno a mayordomo, a interesado después, y por último, a propietario". De donde deducía: "porque en campaña, como lo subraya otro, don Siul Cabezudo, sólo hay miseria para los haraganes".

Fue, paralelamente, un jefe popular. Ligado a tradiciones muy hondas y queridas se comunicó con la masa (particularmente en el medio rural) como el heredero de los viejos caudillos de los que renegaban los doctores de "modales sesudos y técnicas directoriales" (Vázquez Acevedo, Duvimioso Terra, Martín C. Martínez, los Rodríguez Larreta, Juan Andrés Ramírez, Aguirre, Gallinal o Lussich); "por apelación afectiva", define Real, ganó la conducción de su partido. Y el herrerismo fue mayoritario, tras su candidatura, cinco veces (1922, 26, 30, 46 y 50).

Fue nacionalista (y por partida doble: americanista para concebir un destino común continental y celoso guardián de la soberanía contra la intromisión imperialista). Es su legado político mayor. Y si algunos filiaron su animadversión por EE. UU. como mera "anglofilia", entendiendo que tomaba parte por uno de los dos imperialismos que se disputaron la supremacía, durante pocos años, en la zona, su definición en la segunda guerra lo puede desmentir. Desde la solidaridad con México, agredido a comienzos del siglo, a la definición por Sandino, la condena de todas las formas del intervencionismo, la defensa de la causa de Gaitán, la solidaridad con Guatemala, o su pronunciamiento en favor de la lucha de liberación del pueblo de Corea, no tuvo inconsecuencias.

—Defendió sin desmayos los derechos de la oposición.

—Fustigó, con rigor, la corrupción ("fue de una probidad ejemplar y sin tacha", como escribió Quijano);

—Dirigió su partido con autoritarismo excomulgando a cuanto discrepante se le puso enfrente. Un rico anecdotario lo perfila. "Voy a cambiar ideas con Herrera", anunció, alguna vez, un senador emprendiendo el camino a Larrañaga. "Difícil", se le replicó con ironía. "No lo crea; yo llevo las mías y traigo las de él", contestó el senador, impasible.

—Singularizó un estilo personal: el gesto campechano, la memoria prodigiosa para los nombres y acontecimientos lugareños en sus reco-

rridas, la oratoria desmañada, la literatura inconfundible, de tono lapidario y la informalidad. "Fue uno de los pocos políticos *divertidos* que tuvo el país'' apunta Real de Azúa. "La antisolemnidad de Herrera y su fresco humor componen un haz de sus rasgos más fascinantes, sobre todo si se les inscribe en el paisaje de la solemnidad acartonada de los próceres de su juventud o en el de muchos de aquéllos con que tuvo que convivir en su madurez''.

—Trasmitió a sus "correligionarios'' una concepción "hedonista'': es "lindo'' ser blanco, por el "placer'' de serlo, pudiendo darse el gusto. El insólito discurso de Caraguatá lo quiere reflejar en su desordenada sintaxis: "Es lindo ser blanco. A nosotros no nos manda nadie. Nadie tiene esa desconfianza de la conciencia y del deber. Que sirva saber que el blanco no se deja llevar arrollado por uno que tiene autoridad; que le tiene que hacer un corte de manga y darse vuelta, ser más blanco a la salida que a la entrada''.

Si el nacionalismo enfilaba sus pasos tras la conducción herrerista, generando recelos que se traducirán después en divisiones, la izquierda, por su parte, separaba políticamente sus rumbos en dos direcciones.

La guerra mundial y la revolución bolchevique sacudieron, de modo explosivo, a todo el movimiento socialista. El comienzo de la conflagración (agosto del 14) dividió a los partidos de la Internacional irremediablemente. La socialdemocracia alemana (con pocas excepciones: Liebknecht, Mehring y Rosa Luxemburgo, por ejemplo), se alistó detrás de su gobierno. La socialdemocracia francesa del suyo tras el asesinato de Jaurés (Guesde fue ministro de Poincaré, como lo será después de Clemenceau). Los socialistas belgas y el laborismo inglés se alistaron también, con sus gobiernos. Rusos, italianos, servios, holandeses, noruegos y suecos mantuvieron la neutralidad, intentando salvar los principios internacionalistas. Junto con rumanos, polacos, búlgaros y suizos pretendieron, en Zimmerwald, preservar los principios revolucionarios (1915). Lenin, entre tanto, formula precisiones: "es el fin de la Internacional; a partir de aquí, ya no me denomino socialdemócrata, sino comunista''.

Escribe su trabajo sobre el imperialismo y al comenzar el año 17 publica un enfoque marxista sobre la concepción del Estado (es la base de "El Estado y la Revolución'', que aparece después). El 12 de marzo, cuando el zar Nicolás (19º de los Romanov) intentó disolver a la Duma —un parlamento timorato y liberal— para sofocar por medios represivos la agitación creciente contra su gobierno, encontró, por respuesta, el acuerdo entre la guarnición de Petrogrado y los trabajadores. El zar abdicó, en favor de su hermano Miguel. No duró ni 24 horas. El príncipe Lvov y Kerensky se sucedieron en la dirección de dos heterogéneos gobiernos provisorios. Un "Soviet'' (o Consejo) compuesto por obreros y soldados, mantiene su estructura en Petrogrado, con participación bolchevique al margen del poder. Lenin llega de Zurich. Trotsky de Nue-

va York. Formula el primero sus "tesis" de abril, organiza al partido para la insurrección y tras algunos meses de confrontación (incluyendo un exilio de Lenin y un segundo retorno, clandestino), se produce la revolución, el 7 de noviembre.

Las tesis leninistas y la conformación de aquella dictadura del proletariado, generan, en un movimiento socialista dividido, nuevas diferencias. Condena Lenin a los reformistas. Organiza, con el apoyo de ciertos movimientos y grupos "comunistas" (casi ninguno tiene todavía rango de "partido"), la formación de otra "internacional" (1919). El segundo congreso de sus adherentes impuso condiciones rigurosas para la pertenencia y admisión de miembros a su seno. Se buscaba ejercer un control eficaz sobre aquellos partidos (italiano, noruego, yugoslavo), en que sobrevivían grupos reformistas y de cerrar las puertas a quienes pretendieran adherir (el laborismo inglés) sin pagar el tributo del acatamiento. Algunos emisarios en el exterior —Borodin en América Latina, por ejemplo, operando desde suelo mexicano— se conectan con grupos afines.

Al Uruguay llegó la discusión.

El 8º Congreso Extraordinario del Partido Socialista, convocado en setiembre del 20 dirimió la discusión "entre los que piden la adhesión inmediata a la III Internacional y los que aconsejan su aplazamiento mientras se obtienen aclaraciones y concesiones relativas a la táctica en nuestro medio; son éstas los dos únicas opiniones que se disputarán el terreno en lo tocante al llamado problema de las Internacionales" (palabras de "Justicia", vocero oficial del Partido).

Medio centenar de delegados, presididos por José Penelón (delegado fraternal de los socialistas "internacionales" argentinos, ya definidos por el "tercerismo", como se decía) sesionaron durante cinco días, tras "saludar la revolución rusa", por unanimidad. Eugenio Gómez, Celestino Mibelli, Julia Arévalo y Rodríguez Sarraillé, sostuvieron la tesis de la afiliación. "No significa una alteración mayor de recorrido", puntualizó Gómez. Emilio Frugoni opinaba al revés: "es un acto de precipitación". Recordó unas palabras de Lenin a trabajadores ingleses sobre la validez de las reformas y reclamó pedir a la Internacional que se considerara de modo especial a los países en que no podría aplicarse mecánicamente la táctica trazada para los demás. El Partido no lo acompañó. Decidió incorporarse a la tercera de las Internacionales por 1297 votos a favor, 175 sufragios en contra y 275 abstenciones (cada delegado computó los votos que representaba). La resolución subrayó lo siguiente: "el Partido no niega su pasado ni se desvincula de él". Mibelli, por eso, exhortó a que Frugoni aceptara la resolución. "Nunca pasó por mi ánimo el pensamiento de la escisión", le contestó Frugoni. "Yo iré con mi Partido a la Tercera". Los mismos delegados eligieron un Ejecutivo en que Frugoni tuvo la cifra de votos mayor. Y tal Ejecutivo lo designará director de "Justicia", otra vez.

El 8 de octubre se publican, por primera vez, las condiciones recién aprobadas (y recién conocidas, aquí) por la Internacional. La segunda establece, para los miembros y los aspirantes, la necesidad, "de modo sistemático y planificado, de desplazar a los reformistas y centristas de toda posición". La tercera sostiene que la lucha de clases "está entrando en la etapa de la guerra civil" y reclama, por eso, una organización ajustada a las nuevas instancias. La séptima reclama "la ruptura completa y absoluta con el reformismo", inequívocamente. La décimo primera dispone que "deberán removerse los parlamentarios, eliminando a los que no merezcan entera confianza". La décimo séptima impone que cambien el nombre: "deben denominarse Partido Comunista de tal o cual país". La vigésima primera es concluyente: "Aquellos miembros del Partido que rechacen por principios las condiciones y las tesis expuestas por la Internacional Comunista deben ser expulsados".

Y se fijaba un plazo para el acatamiento a tales condiciones: "nunca más allá de cuatro meses".

Encendieron una dura discusión. Convocado el Congreso para decidir (abril del 21), quince notas largas de Frugoni cuestionaron aquellas condiciones por "el impacientismo exótico" que las definía, según su parecer. "La Internacional deberá ampliar sus bases y darles elasticidad", demandó. Y explicó su permanencia en el Partido, tras la resolución, definiéndola así: "era un gesto simpático, ante las concepciones claudicantes y las desviaciones hacia el conservatismo reformista o el nacionalismo disfrazado" de los grandes partidos llamados socialistas en el occidente. Mibelli replicó con acidez: "los socialistas sin... condiciones, terminan como Thomas, Vandervelde, Brating, Guesde, Noske o Ebert, colaborando con las burguesías cuando no asesinando revolucionarios". Gómez amenazó con la depuración: "Si algunos se sienten incómodos dentro del Partido Comunista, y se van, qué le hemos de hacer; no por eso debemos amedrentarnos. Los que se van, es porque no son realmente revolucionarios (...) O ellos o nosotros estamos de más. De un lado, bien dilucidadas las posiciones, deben estar los centristas y sus primos hermanos los reformistas; del otro, los comunistas, los que aceptan las 21 condiciones, los *ilusos*, como nos llaman nuestros circunspectos adversarios".

Polémica pública, en las columnas de la prensa partidista. Emilio Frugoni la cierra el 16 de abril, unas horas antes del Congreso, que sabe decidido en otra posición, con estas palabras finales: "Una separación es forzosa. Viejos compañeros, con quienes he luchado y vivido intensas horas de entusiasmo y de fe comunes, impacientes por marchar bajo una bandera que no luce la querida inscripción de aquella en torno de la cual nos hemos congregado hasta hoy, rompen con

su propio pasado, y renegando de él, proclaman la necesidad de aventurarse por un camino que mis convicciones me impiden seguir. Sus ideales son los míos, hoy como ayer, pero la forma en que se disponen a servirlos no puede contar con mi consentimiento. En nuestro medio, la causa de la revolución reclama todavía de nosotros no el espíritu que divide a los militantes de un mismo ideal en aras de una estricta unificación urgente de concepciones tácticas, sino el espíritu que une, que mantiene vinculados para la obra inmediata a cuantos alientan las mismas aspiraciones cardinales''.

Sanz presidió el Congreso, en el que Frugoni no participó. El 17 de abril del año 21 se formaba el Partido Comunista, aceptándose las condiciones por 1007 votos contra 110. "Justicia'' interrumpe su publicación, para reaparecer, después de una semana, a nombre del P. C. En un clima polémico que trazó divisiones personales irreconciliables, tituló "Con el Ex'' una contestación a Frugoni. Y anunciaba la separación de Frugoni y la de Caramella (diputado y concejal) con estas palabras: "Con esa mutilación, contenemos la gangrena oportunista que nos llevaba a la tumba''.

Aquella división tuvo su traducción dentro del movimiento sindical. El gobierno de Brum, en forma paralela, intensificó la represión tras nombrar a Manini ministro. Se orientaba, a la vez, en la órbita de las directivas de EE. UU. Fue Brum quien postuló la solidaridad "continental'' orquestando respuestas multinacionales ante los ataques que pudiera sufrir uno de los estados en el hemisferio. Quien proyectó una "Liga Americana''. Fue, simbólicamente, quien bautizó con el nombre de Wilson la rambla y declaró feriado la fecha del 4 de julio.

"En este país nadie gobierna''.

Siete mil votos le dieron la victoria a los oficialistas al terminar el año 22 y disputarse por primera vez la presidencia por voto popular. 123 mil sufragios colorados (de los cuales 96 mil en las listas batllistas) aseguraron la victoria de José Serrato; Herrera computó 116 mil, los cívicos 3 mil, como los comunistas, y mil los socialistas. Al renovarse dos años y poco después, el Consejo, votando los "vieristas'' separados del coloradismo y aumentando en tres mil los votos herreristas, se produjo la victoria del nacionalismo. Y Julio María Sosa, colorado, presidente del Consejo en los primeros años del gobierno dejó ese cargo a Herrera, justamente (1925). En esas elecciones de renovación, el batllismo sentó en el Consejo, por la minoría, al doctor Gabriel Terra.

La creación de la Caja de Jubilaciones civiles, regulando la legislación anterior, la reapertura de la Facultad de Agronomía (convertida en escuela, tras los primeros años de funcionamiento) y la inauguración del Palacio del Legislativo, agotaron la lista de realizaciones en ese gobierno. El descenso de las exportaciones (traduciendo a saldos negativos la balanza de nuestro comercio exterior) y la depreciación de la moneda (el dólar cotizado en 1.29), torcieron el timón a la derecha. "Consumir menos y producir más" reclamó el presidente. Lo quiso conseguir, naturalmente, por el sacrificio popular. Haremos referencias a la lucha de clases en ese proceso (afectada por la división sindical) al historiar, después, los sindicatos. Recordemos, aquí, la sangrienta jornada del 1º de mayo del año 23. Volaron unos vidrios de un negocio que estaba desafiando, al paso de la marcha de los trabajadores, el paro general. Cargó la Metropolitana. Un inválido, Jesús Salandre, cayó muerto a balazos. Lesionaron a ochenta compañeros más. "La represión ha sido excesiva?", se preguntaba "El Día". Y daba esta respuesta: "No lo podríamos asegurar".

Juan Campisteguy (colorado pero no batllista, como su antecesor) ganó la presidencia por 1.500 votos. Con este resultado:

Partido Colorado 141.500; Partido Nacional 140.000; Partido Blanco Radical 3.800; Partido Comunista 3.700.

La separación de Carnelli del nacionalismo, aportando cuatro mil sufragios afuera del lema, postergaba por tercera vez a la candidatura herrerista, mientras que los batllistas (115 mil) entregaban de nuevo el gobierno a los opositores dentro de su lema. Demoró el escrutinio, afectado por claras irregularidades y por la paridad, hasta unas pocas horas antes del vencimiento del mandato legal de Serrato. Se concentraron fuerzas en la base militar de los Cerrillos y con tal amenaza pendiente ("la Cerrillada", como se le llamó), acabó el escrutinio el Senado, con mayoría de nacionalistas, proclamando la victoria colorada. Ante vacilaciones, el Dr. Herrera dio su visto bueno, orientando a sus legisladores: "Que se lo lleven todo, menos la paz de la República!" Renovado el Consejo dos años después, mantuvieron su fuerza los partidos: 145 mil sufragios colorados, 143 mil nacionalistas y 4 mil blancos afuera del lema. Luis C. Caviglia y Brum presidieron el ejecutivo colegiado durante la gestión de Campisteguy.

Importa destacar, en esta etapa, la creación de un ente del Estado —el Frigorífico Nacional— al que se adjudicaba el monopolio del abasto de carnes a Montevideo (con directorio mixto, integrado por una mayoría de representantes de los hacendados elegidos por las directivas de las dos "gremiales" ganaderas; vieristas y herreristas votaron a favor y el batllismo se opuso; en el mensaje de la comisión parlamentaria que le dio aprobación, se destacaba "el afán brutal de lucro" de la industria frigorífica extranjera, subrayando "la convicción profunda de que los frigoríficos extranjeros no pagan por la producción

pecuaria de la República el justo precio (...) el interés de lucro excesivo de aquellas empresas está en razón inversa del interés económico del país'') y la creación de la Facultad de Química y Farmacia. Importa sobre todo, advertir las variantes en el panorama político del Uruguay y medir el impacto de la crisis del capitalismo.

Aquellas variantes son cuatro: la formación de un grupo socialista adentro del esquema político batllista (Julio César Grauert y "Avanzar''), la definición socializante de sectores del nacionalismo (Carlos Quijano con su agrupación Demócrata Social), los brotes del fascismo en los sectores colorados más conservadores y la rectificación de tácticas resuelta en el Partido Comunista.

La muerte de Batlle (21 de octubre del año 29) sacudió una estructura partidista cimentada sobre su persona. "Batlle era un Dios para esta muchedumbre acongojada'', puntualizaba "El Día''; "la muerte de Batlle despedaza todos los razonamientos''. En el desconcierto que siguió, mientras unos derivan a la claudicación y otros se refugian en el nepotismo, Julio César Grauert (27 años) intenta organizar una corriente que proyecte al batllismo hacia definiciones marxistas. Se define respecto a las clases y a la propiedad polemizando con los herederos de Batlle: "La socialización de los medios de producción y de cambio es el postulado básico de nuestra prédica, porque no habrá justicia mientras haya desposeídos bajo la férula de los amos de la producción y del intercambio. Mientras existan clases habrá lucha y dolor sobre la tierra. Y ese dolor y esa lucha no pueden desaparecer al conjuro ingenuo de los que reclaman armonías imposibles entre el capital y el trabajo sino ante la socialización de lo que mantiene a una clase dominante: la propiedad privada de las fuentes de riqueza y de los medios de producción (...). No somos conservadores de un programa sino realizadores... y ese programa total no es otro que el de la absoluta socialización de las fuentes de riqueza, de los medios de producción y de cambio, vale decir, la supresión de toda la propiedad individual como etapa final del proceso económico'' (1930). Advierte el papel de la banca y postula remedios: "La banca privada es uno de los grandes males que sufre el país, es su mayor explotador... Si se quiere cortar la raíz la infamante especulación capitalista y poner una infranqueable barrera al imperialismo debe irse a la nacionalización integral de la banca... sólo así se evitaría que los grandes capitalistas jugaran con el hambre del pueblo'' (1931). Denuncia al latifundio: "el 1.5% de la población del país, posee el 85% de la propiedad territorial... es un deber y un deber categórico de todos nosotros, terminar con eso'' (1932). Se solidariza con la revolución socialista: "Rusia y sus grandes revolucionarios no pueden ser negados sino admirados por quienes repudian la obra y la doctrina del capitalismo, desde que aquélla es el teatro y ellos son los geniales actores de una lucha más certera contra el capital. Proseguir la obra de Batlle es, a nuestro entender,

abolir el capitalismo. Cómo, pues, hemos de negar a quienes lo han destruído en su país?" (1932, también). Y advierte, claramente, la contradicción sustancial con el significado del coloradismo: "El coloradismo es un serio problema que se presenta a nuestro partido. Ya se habla de unificación. Y el *todos unidos triunfaremos* parece hacerles creer que la bandera colorada es el principio y el fin de nuestra política. Detengamos ese furor colorado" (ante las elecciones del 30).

En el nacionalismo, la agrupación Demócrata Social (1928) define posiciones parecidas: "La democracia política debe servirnos para realizar, tarea mucho más ardua y de proyecciones ilimitadas, la democracia social... La reforma más urgente que exige el país es la reforma agraria: destrucción del latifundio; entrega de la tierra a quien sea capaz de trabajarla (...), concebimos la sociedad más justa del mañana como habiendo realizado la supresión del salario y la nacionalización de los medios de producción. Esto nos va a llevar en el campo de las realizaciones inmediatas a la defensa de las reivindicaciones proletarias... a la nacionalización integral y progresiva de los monopolios (...) Un grave peligro amenaza a estas repúblicas del Nuevo Mundo. El capitalismo moderno, se ha hecho netamente imperialista... Ningún capitalismo más imperialista en la actualidad que el de los Estados Unidos. Es, además. por razones geográficas, el único que verdaderamente hoy hace peligrar la independencia de estos pueblos de América Latina. Más que peligrar: una gran parte de nuestro continente está en sus manos (...) En la batalla que contra él debemos librar, tenemos que solidarizarnos con todos los pueblos de la tierra que sufren de idéntico mal y en primer término, unirnos a aquellos que deben combatir el mismo enemigo dentro de nuestra misma tierra". Dos años después, Carlos Quijano edita "El Nacional". En el primer editorial, firmado, subraya los mismos conceptos: "Hemos definido claramente nuestra posición al levantar la bandera de la democracia social, continuación lógica, necesaria y no vacilamos en decir determinada de la democracia política. Buscar la democracia en lo social importa pugnar por la realización de la igualdad en lo económico, el establecimiento de la justica en la distribución, el imperio del orden en la producción, frente a la desigualdad artificial, el privilegio y la anarquía que son los signos característicos de nuestro régimen actual". Y apuntando al blanco principal: "Los problemas están ahí, agolpándose. El primero de todos, el que nos crea la expansión avasalladora y hasta ahora incontrastable del imperialismo económico de los EE. UU. No está de más que digamos que, si le hemos puesto a este diario *El Nacional*, no es sólo por una razón partidaria. Es también porque desde sus columnas queremos defender —nosotros que tan alejados estamos de los patrioterismos— el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos" (1930).

El fascismo ha llegado al poder en Italia (Benito Mussolini, 1922) y se ha desparramado en derredor. El almirante Horthy gobierna en Hun-

gría siguiendo su camino. Pilsudsky en Polonia, Salazar (tras Carmona) en Portugal, Primo de Rivera en España, Zankov en Bulgaria, Alejandro en Yugoslavia y Carol en Rumania, imitan el ejemplo. En la convulsionada Alemania el partido de Hitler crecía. No le faltan adeptos en el Uruguay. Pedro Manini Ríos y Julio María Sosa alaban las virtudes del régimen fascista y predican los métodos violentos para salvaguardar el orden dominante.

En el P. C. hay profundas revisiones. El décimo Congreso, del año 27, corrige los criterios tácticos usados. Califica de "izquierdismo exagerado" al rigor de los años siguientes a la división. "Nos habíamos equivocado en la táctica que adoptamos al ingresar a la Internacional Comunista", admite Eugenio Gómez, en "Justicia". "Porque ella no fue otra que la de pretender ejercer influencia sobre las masas obreras únicamente por la agitación. (Así) perdíamos influencia en la masa obrera que nos vio despreocupados por sus necesidades más vitales en la faz inmediata". quedando "convertidos en hombres de secta más que de partido de masas, encerrados en una política negativa". El Congreso revisó conceptos sobre los sectores de la burguesía, reconoció al batllismo sus afanes de impulsar la industrialización y advirtió "la hostilidad de ciertas capas ganaderas hacia las empresas frigoríficas americanas". La expulsión de Mibelli, enfrentado con Eugenio Gómez, clausuró las deliberaciones.

Abordemos la crisis y su repercusión.

Los Estados Unidos producían, antes de la crisis, el 44,8% del total de la producción mundial. 15 mil millones de dólares americanos estaban invertidos en el exterior, garantizando así, aparentemente, su prosperidad. Pero el aumento de sus fuerzas productivas no se compaginaba (por las contradicciones del capitalismo) con el correspondiente aumento del consumo. Mercados saturados y superproducción, ensombrecieron aquel panorama. La crisis bursátil, al perder su valor las acciones y exceder las ofertas de venta a las pocas demandas de compra, precipitó en octubre del año 29 un colapso a nivel financiero. "No ha de ser una crisis violenta y sus efectos serán pasajeros", predijo Paul Reynaud; "los trusts han de cumplir su acción reguladora". Pero las acciones siguieron bajando. El 19, se vendieron, perdiendo, más de 5 millones. El 24, mientras el presidente Herbert Hoover reclamaba confianza ("la crisis se acaba en dos meses; es el momento de comprar acciones"), se vendieron 16 millones. Las acciones del grupo Du Pont perdieron once veces su valor: de 231 a 22. La United States Steel vio bajar sus acciones de 200 a 20. La Chrysler las vio naufragar: de 135, bajaron a 5. La Electric Bond and Shane depreció sus acciones desde 189 a 2. El martes 29 se derrumbó todo, sucediéndose quiebras, cierres y despidos. Millones de modestos accionistas, deudores por acciones compradas a plazos en tiempos de confianza y de prosperidad quedaron asfixiados por mensualidades a cambio de un pedazo de papel sin más valor. No quedaron sectores inmunes. La ruina financiera originó el colapso de la producción, paralizó al co-

mercio, convirtió el excedente rural en una pesadilla, abatió los salarios, incrementó la desocupación y salpicó, de modo inexorable, a las economías dependientes. Anotemos algunos indicios:

—la producción mundial (afectada en su totalidad, con la sola excepción de la URSS) decreció un 38% en tres años; en EE. UU., la producción disminuyó un 46%;

—sistemáticamente, los excedentes fueron destruidos. (Francia inutilizó con ingredientes químicos su producción rural, el Brasil echó al mar el café, los EE. UU., acompasaron su producción de automóviles con la destrucción inmediata de las unidades recién producidas, la Argentina sacrificó reses);

—los precios de los productos manufacturados bajaron un 30% de modo promedial;

—los precios de las materias primas se redujeron hasta la mitad;

—la desocupación sumó 30 millones en los mercados del capitalismo (17 millones en EE. UU., 6 en Alemania, 3 en Inglaterra);

—el comercio mundial se redujo sólo al 20% del nivel anterior.

Con los consiguientes efectos en cadena. Quebró la "Kredit Anstalt", de los Rothschild, en Viena. Y se derrumbaron, atrás, en seguida, bancos y consorcios vinculados a los inversionistas norteamericanos.

América Latina sintió, naturalmente, los efectos (que se multiplicaban, aquí, por nuestra dependencia; 5.600 millones de dólares estaban invertidos en este continente). El descenso de precios de las materias primas afectaba de modo brutal nuestras economías; el plomo redujo su valor en un 43%; el estaño en un 49%, el algodón en un 50%, el trigo en un 52%, el cobre y el café en un 60%, la lana en un 70% y el caucho en un 72%. Cifras que salpicaban, dramáticamente, también al Uruguay, endeudando en 60 millones a los americanos antes de la crisis.

Sufriendo los primeros efectos de la crisis (que ya se traducía políticamente —como lo veremos en otro lugar— por una turbonada de golpes militares en el continente), arribamos a las elecciones de fines del 30.

Temieron, los batllistas, divididos, sufrir una derrota si no se aseguraban el aporte de los colorados más conservadores, acercados políticamente al sector herrerista. Pactaron un acuerdo electoral: si el candidato de los colorados más conservadores (era Manini Ríos) obtenía el 17,5% del total de votos colorados —menos, por lo tanto, de la quinta parte— el candidato vencedor batllista se comprometía a presentar renuncia, consagrando a Manini como vencedor. Acuerdo fraudulento que desconocía a la Constitución y pasaba por alto la libre decisión del elector (un voto "riverista" valía por cuatro batllistas; por algo más de cuatro). El nacionalismo votó dividido, a su vez, con dos candidaturas: el Dr. Herrera (proclamado ya "Jefe Civil") y Eduardo Lamas ("no entendemos esa denominación... el partido no puede transformarse en un rebaño obediente a la voz de un pastor").

Venció el coloradismo, con margen mayor: 166 mil votos gubernis-

tas: 151 mil nacionalistas. Los batllistas sumaron, en diversas listas, 137 mil, consagrando la elección de Terra (Fleurquin, apoyado por los herederos de Batlle, sólo computó 23 mil). El "sosismo" sumó 14 mil sufragios al lema colorado y a la candidatura de Terra. Manini, por su parte, tuvo 28.900 sufragios: el 17,4% del total de los votos del lema; 300 votos más le hubieran alcanzado para conseguir la victoria. En el nacionalismo, que impugnó la validez de aquel acuerdo, el "Jefe Civil" sumó casi el 90% de los electores del lema: 132 mil. Cuando se debió renovar el Consejo (1932), se abstuvieron riveristas y herreristas, definidos contra el Colegiado. Dos batllistas, Fabini y el Dr. Antonio Rubio, presidieron al Consejo (el segundo por muy poco tiempo) mientras duró el gobierno constitucional.

Asumió Gabriel Terra el 1º de marzo del año 31. Se le invitó en seguida a concurrir a la "Casa del Partido" (batllista) para conversar acerca de los nombramientos con la Agrupación de Gobierno. Se negó a concurrir y expresó: "El parecer de la Agrupación no me impondrá directivas de conducta cualquiera que sea el número de votos con que el parecer se adopte". Chocará, el presidente, también, con el ejecutivo colegiado. Ante el agravamiento de la situación, provocado por causa de la crisis, reclamará poderes por encima del marco legal. Dirá en Tacuarembó: "en este país nadie gobierna, tan diluida está la acción administrativa y tan dispersa está la responsabilidad".

Los efectos del colapso mundial capitalista eran considerables en el Uruguay:

—disminución del 60% en la venta de carnes;

—restricción en otro 10% de ventas posteriores por los privilegios que acordó Inglaterra para sus colonias (convenios de Ottawa). reduciendo las cuotas de sus importaciones del Plata;

—reducción de los precios (15 pesos una vaca; 3 pesos el vellón de lana);

—déficit presupuestal;

—depreciación del peso a la tercera parte del valor;

—supresión del pago de pensiones por falta de recursos;

—despidos masivos (el Swift, en un día, despidió mil obreros: los desocupados llegaron a 50 mil).

El Consejo instrumentó medidas para paliar la dura situación.

—Prohibió importar artículos suntuarios o competitivos, gravando con impuestos (que promediaron el 48%) otras importaciones; las compras bajaron, así, de 90 millones por año hasta 55. Entregó el contralor de las operaciones de cambios al BROU, concediendo también a la banca oficial el control del traslado de los capitales para el exterior, para evitar las especulaciones (Brasil, Colombia y Chile, adoptaron antes idénticas medidas; Argentina, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Honduras, Ecuador, Venezuela, Nicaragua y Paraguay adoptaron después criterio similar). Obligó a las empresas extranjeras radicadas en el Uruguay a depo-

sitar sus fondos en el BROU, para detener sus remesas. Suspendió las entregas por amortizaciones de la deuda externa. Concedió préstamos a los agricultores. Proyectó el estanco del tabaco. Dispuso instalar una planta para fabricación de sulfato de cobre. Instaló la Central Termoeléctrica "Batlle". Obligó a las oficnas públicas a utilizar productos de fabricación nacional. Entregó los teléfonos a la administración estatal. Inauguró la Facultad de Ciencias Económicas. Proyectó extender las obras públicas y reducir la jornada laboral a 5 horas, para reducir la desocupación (se implantó en el comercio la "semana inglesa": 44 horas semanales).

Paralelamente se modificó el sistema electoral al extenderse el voto a la mujer (1932).

Un capítulo aparte, por su significado y por sus consecuencias, habrá que destinar a la resolución de más envergadura: la creación de ANCAP, primer ente industrial del Estado. Dañó a los intereses del imperialismo. Precipitó, por eso, el cuartelazo.

23. GABRIEL TERRA

"Terminar de cualquier modo este estado de cosas".

El proyecto batllista remontaba a diez años atrás. Lo fundamentó Batlle y Ordóñez con estas palabras: "La República envía al exterior en pago del alcohol, kerosene y bencina que consume, más de seis millones de pesos por año. Una buena parte, pues, del oro que entra en ella a cambio de sus productos, vuelve a salir inmediatamente a cambio de esos artículos. Y esa masa de oro que se va, al par que aminora nuestra riqueza, contribuye poderosamente en estos momentos a inclinar en contra de nosotros la balanza del comercio internacional y a forzarnos, por tanto, a pagar diferencias de cambio como las que agobian a nuestra importación. La República puede, no obstante, empezar casi de inmediato a librarse de ese enorme tributo, produciendo ella misma el combustible que necesita... y puede ahorrar anualmente, mediante su propia industria, lo que ahora paga a la industria extranjera sin necesidad" (1921). Tuvo que transcurrir una década entera culminada dramáticamente con la crisis del capitalismo para que lo aprobaran, en el marco de medidas defensivas que vimos adoptar. La creación de ANCAP, en octubre del año 31, otorga el cometido de "explotar y administrar el monopolio del alcohol y carburante nacional, importar, rectificar y vender petróleo y derivados y establecer fábricas de portland" al ente del Estado. Le reserva al Estado el derecho exclusivo de importar y exportar carburantes líquidos, semilíquidos y gaseosos... cuando las refinerías del ente produzcan, por lo menos, el 50% de la nafta que aquí se consuma. Agrega que el Estado se guarda el derecho de controlar o adquirir los transportes que juzgue necesarios para los fines de la industria de la refinería ("en caso de adquirir barcos, sólo se utilizarán, en su tripulación, marinos uruguayos"). Luis Batlle Berres y González Vidart, los miembros informantes, aconsejaron (en acuerdo con Eduardo Acevedo, que será presidente del ente) desarrollar la flota petrolera y asegurar los abastecimientos mediante la compra de "crudo" en la URSS.

ANCAP afectaba intereses: los de Pedro Meillet y Compañía (que monopolizaban la destilación), los de las petroleras (Atlantic, ESSO y Shell; las dos últimas representadas en el Uruguay por la "West India" y la "Anglo Mexican Petroleum" respectivamente) y los de la Compañía Uruguaya de Cemento Portland (filial de "Lone Star Cement"). Paralelamente, se deben anotar:

—el descubrimiento de pozos petrolíferos en Baba Curgur (en el Irak), cuyas inagotables reservas de crudo amenazaban hacer descender a los precios internacionales, en perjuicio de las petroleras; Deterding, Cadman y Teagle (el último por Rockefeller), celebran un acuerdo, a nombre de Shell y la ESSO: un "cartel" trustifica las operaciones y termina con la competencia entre los dos gigantes;

—la aparición en los mercados internacionales de un nuevo vendedor, la Unión Soviética, una vez superadas sus dificultades mayores con la ejecución de su Plan Quinquenal y abiertas las barreras del cerco imperialista; ANCAP encargó combustibles a la URSS (demoró en arribar y pudo prosperar una maniobra de las petroleras: adujeron que no les convenía seguir importando por las restricciones del cambio recién aprobadas y que no les alcanzaban sus reservas, conteniendo la entrega y aumentando los precios al consumidor; el gobierno argentino ofreció abastecernos transitoriamente, pero Terra silenció la oferta, permitiendo extender concesiones especiales a las compañías, gravosas para el Uruguay);

—ese mismo gobierno argentino, presidido por Hipólito Yrigoyen, envió al parlamento un proyecto nacionalizando el petróleo; fue aprobado por la Cámara de Diputados y detenido luego en el Senado, compuesto por conservadores.

El ente del Estado, al año de existir, dejaba utilidades cercanas al millón, habiendo ya instalado sus plantas de Capurro y de La Teja. Proyectaba —en un plan que abarcaba los seis años siguientes— instalar una refinería sobre el Pantanoso, instalar otras seis afuera de Montevideo (para facilitarse la distribución) y comprar tres barcos petroleros.

¿Y el Poder Ejecutivo? Maduraba otros planes y caminaba en otra dirección.

La Federación Rural, la Federación de Industrias, la Cámara de Comercio y el "Comité de Vigilancia Económica", que las representaba ("Comité del Vintén", como se le llamó con ironía), defendían de modo celoso privilegios de clase. Por eso aconsejaban: "suspender el estudio de nuevas leyes sociales y aplazar los efectos de algunas de las existentes". El modelo fascista, que los inspiraba, les daba la receta: el autoritarismo.

Dirigió su ofensiva el gobierno (entendámonos bien: la presidencia) contra el sistema constitucional porque le cercenaba poderes y mando, y encontró argumentos valederos en esos ataques al denunciar el pacto de batllistas y "posibilistas" (blancos "independientes" de la jefatura

herrerista) que se repartían las designaciones en los colegiados administrativos; "pacto del chinchulín", lo bautizó "El Debate".

Pero enfocó el ataque, preferentemente, contra los sindicatos y sus defensores. La muerte de Lujambio (un trabajador comunista de Rocha), la violencia fascista contra los organismos gremiales, la clausura repetida de "Justicia" y el atentado promovido en San Javier (tres muertos como saldo), jalonan la "escalada" que precede a los hechos de marzo del año 33.

La división entre los sindicatos facilitó los planes gubernistas. Deberemos retomar aquí, para explicarla, un hilo que dejamos más atrás. Nacido el movimiento sindical, y descartadas algunas tendencias luddistas (entre tabacaleros y obreros del calzado, particularmente), la FORU, primera central, se organiza con la conducción anarquista. Los socialistas organizan, tras la revolución bolchevique (y las polémicas por ella desatadas con el anarquismo), un gremio separado de aquella central: la Federación Marítima, orientada por Eugenio Gómez. La separación de otros gremios que dejan la FORU origina, después, a la Unión Sindical Uruguaya (1923). Los gremios dirigidos por los comunistas organizan dentro de la misma el "Block de Unidad Obrera" hasta que se marginan (1929), formando otra central: CGTU. Entre las tres agrupan, solamente, siete mil cotizantes con fuerzas parecidas. Y si sumaron fuerzas excepcionalmente (la solidaridad con Sacco y con Vanzetti, condenados en EE. UU., por ejemplo) agotaron esfuerzos en enfrentamientos entre sí. Igual hostilidad y la misma ceguera enfrentó a los sectores políticos definidos por el socialismo (socialistas, comunistas, demócratas sociales y batllistas del grupo "Avanzar") que rivalizaron en la virulencia. Eugenio Gómez atribuyó después tal actitud a "los elementos trotskistas en mayoría dentro de la dirección del P. C." (Lazarraga y Macías) y el Partido Comunista los separó, más tarde, de sus filas.

Entretanto todo el continente se convulsionaba, sacudido después del colapso del capitalismo. Arrastradas en el torbellino que paralizó los abastecimientos, suspendió los créditos y las inversiones, redujo dramáticamente los precios de las exportaciones y llevó a la desocupación (al hambre y la protesta) a muy vastos sectores, las oligarquías, para mantener su riqueza y poder, apelaron al uso de la fuerza. La redistribución del ingreso se operó con criterios que por conservadores (contención del consumo más congelación salarial) empujaban al autoritarismo.

Una verdadera turbonada golpista se desencadenó.

Se producen diez golpes militares y conservadores (que torcieron el rumbo, por ejemplo, en Bolivia, Chile y Argentina). Cuatro pronunciamientos tienen otro signo. Dos comicios tramposos llevan a generales al poder. Sin cambios aparentes, hay otros dos virajes hacia la derecha. Y sólo dos repúblicas mantienen la estabilidad.

Revisemos la lista:

—en Argentina, Hipólito Yrigoyen será derribado por los milita-

res (1930 general Uriburu);

—en Bolivia, Hernando Siles será derribado por los militares (1930; el general Blanco preside una Junta que trasladó el poder al Dr. Salamanca que lo deja después a Tejada); la derrota sufrida en la guerra del Chaco contra Paraguay motiva descontento en las Fuerzas Armadas y empuja al poder, tras el coronel Toro, a las corrientes más nacionalistas que serán expresadas después (1937) por el coronel Busch; comienza una experiencia con signo socialista;

—en la Dominicana, el presidente Vázquez será derribado por los militares (1930: general Trujillo);

—en Chile, Carlos Ibáñez, asfixiado porque se paralizan las ventas de cobre y nitratos, será derribado por los militares (1931; lo sucede Montero y después se produce un golpe socialista dirigido por un coronel que es Marmaduke Grove, quien conserva el poder una semana y media; lo suceden Dávila y Oyanedel hasta que se produce el retorno de Arturo Alessandri al poder, esta vez de la mano de los conservadores, tras unas elecciones en que Grove, con el apoyo de los cinco grupos socialistas que se constituyen después en partido logra mayoría en Santiago y en Valparaíso);

—en Ecuador, Isidoro Ayora será derribado por los militares (1931: coronel Larrea);

—en Venezuela, Juan B. Pérez verá interrumpido su paréntesis presidencial, debiendo devolver a la fuerza el poder a quien lo manejó casi un cuarto de siglo como dueño (1931: nuevo gobierno de Juan Vicente Gómez);

—en El Salvador, los militares toman el poder iniciando una década y media de brutal opresión (1931: general Maximiliano Hernández);

—en Panamá, el ingeniero Florencio Arosemena será derribado por golpistas que mandan llamar al embajador en Estados Unidos y le dan el poder (1931: Dr. Ricardo Alfaro);

—en Nicaragua, la Guardia Nacional derribó al presidente Sacasa (1936: Anastasio Somoza);

—en Brasil, el fraude organizado desde la presidencia por Washington Luis para dar el poder a Julio Prestes (candidato de la oligarquía), motiva una respuesta militar que llevará al poder —1930; Getulio Vargas— a una conjunción de fuerzas diferentes, en la que no faltaron componentes populistas y nacionalistas;

—en Perú, el presidente Leguía será derribado (1930: comandante Luis M. Sánchez Cerro), acusado de haber entregado el país a los inversionistas norteamericanos; el monto de las inversiones de EE. UU. se había cuatriplicado durante su gobierno (de 35 millones de dólares a 150); se le acusa también de entregarles los ferrocarriles; el gobierno militar lo encarcela y lo multa por siete millones de dólares personalmente;

—en Cuba, Gerardo Machado es depuesto por una revuelta de sol-

dados rasos, que dirige el sargento Fulgencio Batista (1933); el dictador será sucedido por Céspedes, a su vez derribado por otro movimiento del que surge la nominación del Dr. Ramón Grau San Martín, que indispone al gobierno de EE. UU., reparte algunas tierras y confisca propiedades de norteamericanos; sucesivos golpes que lidera Batista, traspasan el poder a cuatro presidentes (Mendieta, Barnet, Gómez y Laredo Bru); Batista, siendo ya coronel, recién toma el poder directamente en 1940;

—en Paraguay, terminada la guerra del Chaco, el presidente Ayala es derribado por el coronel Franco (1936), que inicia una política nacionalista hasta que lo derriban;

—en Guatemala, comicios fraudulentos le dan el poder al general Ubico (1931), vinculado a la United Fruit; lo mantuvo una década y media;

—en Honduras, elecciones tramposas le dan la victoria a Tiburcio Carías, militar vinculado también a la Frutera;

—en Haití, el gobierno de Stenio Vicent (un hombre con antecedentes de nacionalista), cede ante las presiones norteamericanas;

—en México, el gobierno de Pascual Ortiz Rubio (1930) sigue la involución a la derecha: indemniza a los terratenientes expropiados antes y ofrece protección a los inversionistas de afuera (mil trescientos millones de dólares norteamericanos)[1]; renunciará en el año 32, para el general Abelardo Rodríguez; con otro general, Lázaro Cárdenas (1934), la revolución mexicana cobró nuevo impulso;

—en Colombia no habrá sobresaltos; con apoyo de conservadores el liberal Enrique Olaya (1930) ofrece concesiones y solicita préstamos en EE. UU.; termina su mandato normalmente;

—en Costa Rica, Ricardo Jiménez sucede al gobierno de Cleto González (1932) de manera constitucional.

Dediquemos un párrafo más al grupo de golpistas argentinos para descubrir su filiación. Tres de los ocho ministros estaban ligados a los grandes consorcios petroleros. Instaurado el gobierno golpista, "el Presidente, su hijo, su secretario y otras personas constituyen una sociedad para obtener representaciones industriales y gestionar operaciones comerciales, entre ellas, la tramitación de créditos del Banco Hipotecario Nacional, dependiente del Presidente de la Nación como jefe supremo de la administración, y cuyo presidente era uno de los integrantes de la sociedad", como lo certifica Félix Luna. Sánchez Sorondo, ministro y más tarde vicepresidente, preside una empresa que consigue concesiones del gobierno y luego las revende a norteamericanos. Enrique Santamarina formuló el 29 de agosto (1930) una solicitud de préstamo al "First National Bank" —del grupo Rockefeller, dueño de la ESSO— pidiendo 600 mil pesos (Ramos los estimaba en 40 millones del 65). "La solicitud es despachada el mismo día; el mismo día se le acredita la suma en su cuenta corriente; y el mismo día gira sobre los 600 mil. Y el 6 de setiem-

bre el señor Enrique Santamarina es el vicepresidente de Uriburu. A los seis meses muere ,y los herederos se presentan al banco solicitando la condonación de la deuda, porque no tenían medios suficientes para poder abonarla. La consulta fue a Boston y la deuda se le canceló" (Olegario Becerra en "Tres revoluciones"). Horacio Beccar Varela, abogado de varios consorcios del imperialismo, y figurón mayor del "anticomunismo" en la Argentina, también tuvo un lugar en ese gabinete. En cuanto al general (conservador, "moralista" implicado en graves negociados y marioneta de los oligarcas) puede ser elegido como prototipo de los gobernantes llegados al poder en esa fecha. Al dejar Uriburu el poder (1932), el general Toranzo le dirigió, desde Montevideo, estas acusaciones: "Ud. se dedicó a la usura y a la coima (...) simulando patriotismo, Ud. es un agente venal de turbios intereses extranjeros; Ud. obedece a las presiones de la Standard Oil".

El Uruguay siguió caminos parecidos. Y el propio presidente Gabriel Terra, condujo el asalto al poder.

El doctor Demichelli, ministro del Interior (y jerarca, por eso, de la policía) multiplicaba claras amenazas en todas sus intervenciones denunciando la "imposibilidad" de seguir gobernando en el marco legal y reclamaba la inmediata reforma constitucional por un procedimiento —el plebiscito— que no estaba previsto en la Constitución. "En la Presidencia de la República, el doctor Terra y los ministros; en el Consejo Nacional, una mayoría colorada que discrepa a menudo con el doctor Terra; en el Senado, una fuerte mayoría nacionalista; en la Cámara baja, una ínfima minoría del partido nacionalista decidiendo con sus votos los pleitos de los grandes partidos. Por tal motvo bien se puede decir que nadie gobierna, ni nadie orienta, que nadie dirige nada en este país. El Estado carece de timón y marcha a la deriva porque tiene cuatro voluntades distintas, tirando cada una por distinto lado". Y agregaba en "El Pueblo", vocero gubernista: "No hay que temer el fetichismo del respeto a los textos constitucionales. Si ese fetichismo fuese la ley moral de la democracia, las monarquías seguirían dominando porque ellas eran el fruto de la ley en vigor y fue la reparadora violencia la que dio al pueblo el régimen democrático republicano. Cuando esa ley en vigor contraría a la mayoría del país y la minoría no se entrega, todas las puertas se cierran y se abren las ventanas como única salida posible".

Semejantes palabras motivaron una interpelación, en enero del año 33, mientras se entrevista Terra con Herrera y "El Debate" editorializaba con esta sentencia: "Al país le hará bien terminar de cualquier modo este estado de cosas (...). Revolución urgente, inevitable, tres veces santa!". Y con letras de imprenta: "TODO EL MUNDO ES REVOLUCIONARIO".

Demichelli se quiso refugiar en el texto constitucional derogado para cuestionar el derecho a la interpelación. Llenó con amenazas su discurso y lo cerró con estas expresiones: "Fundada la actitud, y expuestos los

puntos de vista del Poder Ejecutivo, me retiro de sala, porque no permito que se me interpele por mis asuntos personales''. El Senado, en ausencia de los legisladores herreristas, censuró al ministro: "El Senado declara que la propaganda oral y escrita sobre la reforma constitucional, que ha motivado la interpelación del Ministro del Interior, es contraria a la tranquilidad pública y violatoria de la Constitución por ofrecer estímulos a la propaganda subversiva''.

El gobierno ignoró la advertencia, censuró al Senado su pronunciamiento y siguió repitiendo amenazas.

El 3 de febrero, el presidente Terra pronunciaba en Rocha estas palabras: "No se diga que intereses creados, por fuertes que ellos sean, y que se revelan en esos cien directores de entes autónomos cuyos agentes en todo el país son elementos de proselitismo electoral, elegidos por la oligarquía imperante en el Consejo Nacional y en el Senado, van a constituir un serio obstáculo a la reforma que el pueblo quiere, porque precisamente constituyen a la vez esos intereses creados uno de los principales motivos que tiene el pueblo para manifestar su voluntad (...). La subversión es absoluta; estamos gobernados por la minoría de la minoría''. Admitió que la constitución establecía ciertos procedimientos como requisitos para su reforma pero recordó que también afirmaba la soberanía popular. Y entonces preguntó: "¿No piensan que la mayoría del pueblo que es el que manda, está por encima de todas las trabas constitucionales que han sido interpretadas a través de la historia como simples consejos?'' También quiso negarle validez a la constitución, argumentando así: "la votaron 80 mil ciudadanos, en gran parte desaparecidos por la muerte y que no pueden de ninguna manera encadenar a los 400 mil que hoy representan la soberanía nacional sin contar el voto de las mujeres''. Terminó amenazando: "El rechazo de la Asamblea General a escuchar el reclamo creciente por el plebiscito de reforma constitucional, es una estupidez capaz de causar graves resultados''. Y dudando no ser entendido terminó la frase recordando los golpes ocurridos en el continente.

"El Día'' denunciaba a "ciertos trusts que esperan obtener la mejor pesca en el río revuelto de la revolución", pero ratificaba su confianza: "respondiendo el gobierno a los sentimientos del Partido, el orden está firmemente asegurado'' (6 de febrero del año 33). "El Sol'', semanario de los socialistas, ligaba en su denuncia las dos puntas: "Reclamamos la renuncia del doctor Terra, presidente subversivo que intranquiliza y convulsiona al país con sus actividades demagógicas que los reaccionarios de todo pelamen estimulan y las empresas yanquis de petróleo, deseosas de un cambio de situación que les devuelva su antiguo predominio en nuestra plaza, apoyan y tal vez subvencionan''.

Pero Terra les ganó de mano.

El Centro de Estudiantes de Derecho apuntaba también contra las petroleras al hacer la denuncia de los "reformistas": "esta agitación (la de la reforma constitucional) obedece, entre otros intereses inconfesables, al de las empresas petroleras, perjudicadas por la extensión de las actividades industriales del Estado".

La agitación creció, al amparo de la protección oficial. Convocaron los grupos adictos a Terra a una concentración en la noche del 8 de abril, por la reforma constitucional. Y echaron a rodar este rumor: se producirían actos "criminales" para perturbar ese pronunciamiento: se apagarían, por un sabojate, las luces de la capital y paralelamente se facilitaría la fuga de los delincuentes detenidos en Punta Carreta. "La prudencia aconsejó evitarlo", declaró el presidente, después. "Todo hacía suponer, fundamentalmente, que en la noche del 8 de abril se derramaría sangre sobre las calles de Montevideo".

Con esas palabras, el 30 de marzo, le dirigió un mensaje al Parlamento. Comunicaba estas resoluciones:

—Decrétase la censura previa de los órganos de publicidad que hayan atribuido o atribuyan propósitos dictatoriales al Presidente de la República;

—Decrétase la intervención de las cárceles frente a los rumores circulantes de posible libertad de los delincuentes.

—Facúltase a la Policía de Montevideo para asegurar la prestación ininterrumpida de los servicios de agua corriente y de luz eléctrica.

—Encomiéndase a la misma Policía la fiscalización de los servicios telefónicos y telegráficos con el objeto de hacer efectivas las medidas de seguridad.

Y las fundamentaba con estas palabras: "El Presidente de la República no quiere, no desea, no busca la dictadura. Por el contrario, la repudia (...). Lo único que el Poder Ejecutivo desea patriótica y ardientemente es la consulta popular". En cuanto a las acusaciones del Consejo atribuyéndole propósitos golpistas a la presidencia, replicaba con estas palabras: "Una de dos: o la Presidencia ha delinquido, en cuyo caso no se justificaría ni explicaría su permanencia en el cargo teniendo como tienen (los consejeros) la facultad de promover el juicio político de responsabilidad, o por el contrario han delinquido los miembros del Consejo que atribuyen propósitos subversivos a la Presidencia". Gallinal, un nacionalista independiente, comentó las primeras palabras así: "la dictadura llegaba con paso furtivo, balbuceando palabras de excusa".

Discutió el parlamento el mensaje. Y por 64 votos a 42 tomó resolución :"La Presidencia de la República dejará sin efecto de inmediato

las medidas tomadas en el día de ayer". Era la madrugada de un viernes: 31 de marzo del año 33. En la misma semana, Adolfo Hitler consiguió los votos que le concedían los plenos poderes, discrecionalmente, para gobernar Alemania.

Terra se encomendó a la policía. En el propio despacho de Investigaciones, instalado en el Cuartel de los Bomberos, protegido por el Jefe de la Policía (coronel Baldomir, su cuñado), firmó la respuesta: "Visto el precipitado pronunciamiento de la Asamblea General... lo que provocará de inmediato una conmoción pública cuyas consecuencias es imposible prever... se decreta:

Art. 1º — Créase una Junta de Gobierno compuesta por las siguientes personas que representan los distintos partidos políticos del país: teniente general don Pablo Galarza, doctor Alberto Demichelli, doctor Francisco Ghigliani, doctor Andrés Puyol, doctor Pedro Manini Ríos, doctor José Espalter, doctor Roberto Berro, señor Aniceto Patrón y doctor Alfredo Navarro;

Art. 2º — La Junta de Gobierno tendrá como función el asesorar al Poder Ejecutivo".

Se dispuso a la vez, la prisión de consejeros, legisladores y dirigentes políticos opositores, convocándose a las elecciones de una constituyente y adoptándose algunas medidas de signo demagógico evidente ("reducir los sueldos superiores a 300 pesos en altos porcentajes y suspender en todo o en parte las jubilaciones, retiros o pensiones que correspondan a personas que posean rentas o emolumentos").

El consejero Brum resistió por las armas el intento de llevarlo preso. Se apostó, después, delante de su casa, empuñando un revólver, y rechazó gestiones hechas por amigos que le aseguraban, tras hablar con Terra, el asilo en alguna embajada. Al Dr. Conrado Hughes le contestó: "No es posible. Yo no puedo ir al destierro; yo tengo que dar el ejemplo; el gobierno ha estado en mis manos; nosotros hemos pedido al pueblo que nos acompañe; tenemos la necesidad de demostrarle que el sacrificio no es difícil por un ideal. Nuestro pueblo es un pueblo manso, acostumbrado a votar cada dos años, a dirimir los problemas en las urnas; está anonadado ante la caída de las instituciones. Yo no espero nada. Pero hay que organizar y para organizar y para inculcar la idea de la resistencia hay que dar el ejemplo. La patria reclama sangre en el día en que han sido conculcadas sus libertades y le ofrezco la mía. La patria necesita sangre: necesita sangre de dirigentes y yo le ofrezco mi vida. Este gobierno fascista que hoy se inicia, durará veinte años; con mi muerte quizá yo reduzca esos veinte años a cinco". Después, según los escuetos renglones que la censura dejó publicar, "el Dr. Brum cruzó inesperadamente la calzada hasta el centro de ésta y ante el asombro de sus amigos se abocó su revólver a la altura del corazón, quitándose la vida".

Otros apoyaban al oficialismo.

La Unión Industrial le cursó un telegrama al gobierno "aplaudiendo sus primeros pasos". Pedro Meillet (¡por supuesto!) testimonió su solidaridad. "La Comercial" (la empresa de tranvías) le ofreció un millón de pesos a la Junta. Y cuatro sectores políticos, aparte del terrismo, procedentes de las filas batllistas, se ligaron con el cuartelazo, aprestándose a colaborar: riveristas (Manini, Demichelli), vieristas (Espalter), sosistas (Puyol) y herreristas (como Berro y Patrón).

"El Debate" editorializó el 31 de marzo: "Tomados aisladamente (los hechos ocurridos) admitirían la censura; considerados en conjunto, como efectos de las causas enunciadas (el desborde de la oposición) y como medio de llevar a cabo una finalidad patrióticamente esperada, los justificamos en forma plena... No tienen por qué contar (los gobernantes) con las hostilidades de un partido que busca por encima de propios intereses, el bien nacional (...). En tanto, nos declaramos satisfechos con el curso de los sucesos". ¿Cómo explicar (que no justificar) tal actitud? Se suman tres razones diferentes. Por un lado, igual conservatismo, traducido en el respaldo a las orientaciones de clara procedencia patronal. Por otro, el afán por llegar al poder, postergado por varias derrotas (por 1.500 votos en el 26, por 15.000 sufragios en el 30) que estaban alejando al herrerismo de las favorables posibilidades que pareció tener en los primeros años de vigencia de la constitución; el burocratismo y el proselitismo explotado por los gubernistas distanciaron después la posibilidad. Por último, la oportunidad, que no desperdició, de borrar enemigos internos que le cuestionaban el comando al Jefe adentro de sus filas: los Lamas, Ramírez, Lussich, Martín Martínez, Aguirre, Astiazarán, Cortinas, Rodríguez Larreta, Aguirre, Aramendia, Harrison, Arrospide, Irureta Goyena, Paysée Reyes o Barrios Amorín.

El dictador también quiso aducir sus "justificaciones".

Redactó un mensaje a la Constituyente alegando que había interpretado un mandato multitudinario: "Califico de revolución, y no de golpe de estado, el acontecimiento del 31 de marzo, porque no lo produjo la voluntad de un hombre ni de un Poder; fue el mandato imperativo de la inmensa mayoría del país". Pero tras invocar esa motivación terminó pretextando (y empequeñeciendo la mira) razones de tamaño personal: "no quería pasar a la historia como un pobre diablo". Enfocó sus ataques a los herederos de Batlle: "no era propio de nuestra altivez estar gobernados en forma hereditaria". Y trasladando un pleito partidario al nivel personal desató sus rencores y resentimientos contra César Batlle: "un dictador improvisado por sus propias y desmedidas ambiciones, que no exhibía otro título, salvo una ligera preparación literaria, ni otro merecimiento, que el de ser hijo primogénito del señor Batlle y Ordóñez (...) César Batlle Pacheco, a quien me refiero, tenía, en el instante en que ascendí a la Presidencia de la República, más poder y mando que el propio presidente (...) todo giraba, por lo tanto, alrededor de la figura y de los

caprichos de C.B.P., eje incomprensible e inepto de las actividades oficiales. Las propias facultades privativas de la Presidencia de la República se vieron invadidas por esa marea de irrespetuosidad".

Para recuperar el respeto (!) se llevaron por delante la constitución.

Destituyeron a los directorios de los organismos oficiales y los intervinieron. En ANCAP, por ejemplo, denunciaron enormes irregularidades y fiscalizaron sus libros. Tras las investigaciones, los mismos inspectores dejaron constancias expresas: "el organismo es ejemplar, desde todo punto de vista"; "no existe en el país contaduría mejor organizada"; "ANCAP le hace honor al país".

¿Y los opositores?

"El Debate" anunciaba "caballeresca tolerancia de los vencedores" ("Ni una persecución, ni una venganza, ni una víctima"). Los hechos desmintieron tal afirmación.

Los hijos de Batlle, Berreta, Batlle Berres y Rodríguez Fabregat, con otros dirigentes políticos batllistas, fueron desterrados. Basilio Muñoz, Irureta Goyena, Rodríguez Larreta, Carnelli y otros nacionalistas siguieron el mismo camino. Emilio Frugoni (por entonces decano de la Facultad de Derecho, que resistió junto a los estudiantes los primeros intentos de avasallamiento de la autonomía) también fue desterrado a Buenos Aires. Y comenzó la historia de censuras y clausuras a la prensa, allanamientos y confinamientos, destituciones y persecuciones. Amén de las torturas. Como lo denunciaba el doctor Mourigán: "El subcomisario Rovira ordenó al empleado Arbelo me aplicase el cepo, lo que él presenció y controló. En Investigaciones llaman cepo americano a lo siguiente: se atan los tobillos, separadamente, con una cuerda, se aprietan bien, y luego se juntan las dos piernas, puesta de pie la persona; se le hacen poner las manos juntas en la espalda, le aplican en las muñecas un par de esposas americanas bien ajustadas y luego se unen la atadura de los tobillos con las esposas hasta hacer que el cuerpo de la persona —siempre de pie— quede arqueado". Los crímenes llegaron, a su tiempo.

A tres meses del golpe, es elegida la constituyente, absteniéndose batllistas, nacionalistas independientes y socialistas. Sufragan 131 mil votantes colorados entre las fracciones adictas a Terra, 101 mil herreristas, 10 mil cívicos y 5 mil votantes comunistas, registrándose 70 mil sufragios menos que en las elecciones normales del 30. Se comprobaron fraudes descarados. Apareció votando, según el padrón, Eduardo Rodríguez Larreta, que estaba deportado en la Argentina y que era dirigente de un grupo abstencionista. La Unión Cívica, concurrencista, denunció numerosos ejemplos de fraude: en un distrito, "al acercarse la hora de clausura, el presidente del circuito comenzó a pulsar el ambiente, tratando de saber si era posible aunar las opiniones para realizar un fraude (...), lanzó finalmente la proposición concreta de

incluir en la urna cien votos de más... de los cuales afreció bonitamente cuarenta a nuestro delegado''. La Corte Electoral, ante los hechos, investigó un circuito. Allí encontró 60 votos falsos.

El asesinato de Grauert en octubre del año 33, culpó a los gobernantes sin descargo. Regresaba con Guichón y Minelli de Minas, tras hablar en un acto contra la dictadura. Se les cercó por fuerzas policiales, muy cerca de Pando, intimándoseles a entregarse. Contestaron que no, si no les exhibían la orden judicial correspondiente. Recibieron adentro del auto, por toda respuesta, una descarga de fusilería ("de carabina rémington'', según el fiscal). Heridos, se les condujo a Pando, encerrándolos en un calabozo, sin hospitalizarlos. Recibiendo primeros auxilios después de muchas horas, Julio César Grauert murió de gangrena. Y el diario oficial advirtió: "Los señores Grauert, Minelli y Guichón iniciaron el desacato y la agresión contra la policía. Así les ha ido y así les irá a cuantos pretendan imitarlos''.

La reforma, que instauraba, según el gobierno, "la tercera República'' uruguaya ("república de tercera'', replicaban los opositores), eliminó al Consejo de Administración, cercenó derechos departamentales, repartió las bancas del senado entre las dos fracciones más votadas de los dos partidos políticos mayores (por mitades iguales: quince a cada uno, en provecho de terristas y herreristas), estableció derechos (por ejemplo el de huelga, restringido a través del Código Penal), estableció un consejo de ministros con integración bipartidista y admitió, sin decirlo, la prolongación del mandato de Terra: una disposición transitoria dejaba en las manos de los constituyentes la nueva elección, sometida después a plebiscito. En abril del año 34, se la ratificó: 220 mil votos por sí; sólo 10 mil, por no. Con esa elección, se renovó también el parlamento. Decidió el Partido Socialista la participación; obtuvo 6 mil votos y dos representantes, uno de los cuales, Emilio Frugoni, pudo volver entonces, con sus fueros ("mis fueros no son un regalo de nadie; los ha conquistado para mí el Partido Socialista y me los ha conquistado a pesar de ellos y contra ellos''). En la primer sesión de la legislatura, se le tomaba el juramento a Terra, por segunda vez. Unos minutos antes, se protagoniza un primer incidente con este dialogado:

Espalter — ¿Y el doctor Frugoni va a cobrar un sueldo que le pagará la dictadura?

Frugoni — Sí, lo cobraré, para emplearlo en combatir la dictadura y porque si no lo cobro yo, lo cobrará algún sinvergüenza como pago a sus servicios.

Después, la ceremonia, con la interrupción de Frugoni: "Ese juramento no tiene valor, porque el Dr. Terra ha demostrado que no cumple lo que jura!''. Y tras el incidente, sacados a la fuerza del recinto los parlamentarios de la oposición (los socialistas y los comunistas), disturbios en la calle. Esa noche Frugoni increpó al gober-

nante, de nuevo: "Debía haberle ahorrado al país el espectáculo risible de esa ceremonia que sólo sirvió para recordarle a todo el mundo que el doctor Terra, en materia de promesas de esa índole, hacía mucho tiempo que había perdido la virginidad".

Convocó, el Partido Socialista, semanas después, a una demostración contra la dictadura. Le cursó invitaciones al batllismo, al nacionalismo independiente, al Partido Blanco Radical, al Partido Comunista, a las tres centrales sindicales, a la Federación de Estudiantes y a diversas organizaciones con orientación popular. Así se preparó, en agosto del año 34, una demostración masiva de protesta. El gobierno autorizó la manifestación, poniéndole dos condiciones: en la rambla y en horas del día. Casi sobre la fecha, un conflicto gremial reveló relaciones entre algunas de las fuerzas de la oposición y el gobierno. El conflicto enfrentaba a los trabajadores con el diario "El Día", vocero del batllismo, y mientras litigaban con la intransigente patronal, se publica un acuerdo entre los empresarios de los diarios gubernistas ("El Pueblo", "La Mañana" - "El Diario" y "El Debate") y los dueños de diarios de la oposición ("El Día", "El Plata" y "El País"). Denunciaron los trabajadores la complicidad y quedó abandonado el proyecto de aunar a las fuerzas opuestas a Terra. "Por defender mezquinos intereses, aplastaron el alma del mitin", acusaba "El Sol".

Blancos independientes y batllistas intentaron, en enero del año 35, derribar al gobierno con un levantamiento. Luis Batlle, Berreta, Lepro, Martínez Trueba, el hermano de Brum y Zavala Muniz (un hombre de "Avanzar") ligaron, desde filas batllistas, los primeros contactos subversivos. Quijano, Cortinas, González Vidart, Irureta Goyena, Silvestre y Mariano Saravia, estaban en lo mismo, desde las otras filas. Julio César Martínez los conectó con grupos militares. Basilio Muñoz, legendario veterano de las revoluciones de Saravia, casi un octogenario, es el jefe de la rebelión. Proyectan actuar en el sur (con grupos operando en Colonia, Soriano, Flores y Florida), mientras Muñoz, desterrado en Brasil penetra por el norte contando con respaldos en Rivera y Melo.

"Todo falló: horarios, sincronización, los tres regimientos, los suministros y los enlaces, lo elemental, todo, menos el coraje. Fue tan absurdo que el gobierno, que conocía los hilos de los conspiradores, vaciló un instante, sorprendido", comentó Cotelo en un controvertido artículo de "Marcha" que rememoró los hechos ocurridos. Hubo partidas sueltas en diversos puntos y particularmente sobre el río Negro (en total, unos mil insurrectos). En Paso Morlán, sobre el Colla, en Colonia, se produjo un encuentro en el que los rebeldes dejaron tres bajas y algunos prisioneros (Francisco Espínola, para citar uno), mientras Muñoz se debía replegar. Seguro de su fuerza, el gobierno empujaba a los grupos rebeldes hacia la frontera, evitando una confrontación con saldo represivo muy severo. "Después del encuentro de Paso Morlán, el ejército no cerró las carreteras y al día siguiente tampoco lo

hizo. El insurrecto Miguel Rodríguez Tellechea abandonó a pie el lugar del combate y esperó el ómnibus interdepartamental en la carretera a Colonia". Y prosigue Cotelo: "El 28 de enero, a media tarde, la división Cerro Largo, con más de 400 plazas, el mayor contingente logrado por la revolución, se encontraba acampada sobre la cuchilla Pereira entre los departamentos de Tacuarembó y Cerro Largo, a la espera de Basilio Muñoz. Este pasó de largo, por otro camino... Ningún horario coincide, ninguna cita se cumple".

Encerrados los últimos grupos rebeldes por órdenes de Baldomir, ministro de Defensa ("el machete mayor", le llamará Frugoni), confluyeron tres columnas militares, al mando de los generales Urrutia y Mendívil y del coronel Magallanes, dejando la salida fronteriza. A la vez, el Estado Mayor, instalado en Santa Clara de Olimar, ordenó sobrevolar los bosques del río Negro y atacar a los grupos insurrectos. Eran viejos biplanos del 14, pero "de los fogones revolucionarios, donde se doraban los costillares y se calentaba el agua para el mate, subía entre los árboles de los montes la delatora columna de humo". Las bombas provocaron cuatro víctimas más. Oscar D. Gestido, mayor de las fuerzas aéreas, revistó en Santa Clara, esos días. "No hay constancia de que haya efectuado misiones de ataque".

El 6 de febrero, Basilio Muñoz se asilaba en Brasil y el gobierno anunciaba el comienzo del pago de los presupuestos, calificando como "chirinada" la sublevación.

"Se trataba de realizar una conmoción en los campos, provocar el pronunciamiento de unidades militares y después se verá. A partir de aquí, reina la nebulosa. Es el esquema implícito del 97 y 904: una exitosa correría", comenta Cotelo. Si a comienzos del siglo ya fue ineficaz, resultaba anacrónico en el 35.

Eugenio Gómez reprochó, después, a su partido la neutralidad observada durante los hechos. Regresó al Uruguay esa misma semana para promover la adhesión del P. C., pero la revuelta estaba derrotada. Basilio Muñoz, desde Río, formulaba esta declaración: "En el terreno económico, presenciamos la entrega de las riquezas del suelo y del subsuelo a los representantes de la plutocracia mundial, y el control de las vías de comunicación entregado a las compañías extranjeras, mientras el valor adquisitivo de nuestras materias primas se supedita al capricho voraz de las grandes casas exportadoras (...) La lucha antimperialista en lo exterior y la antidictatorial en lo interior, es común a todo el continente latinoamericano".

Se multiplicaba el número de presos y de desterrados. "La revolución de 1904 duró nueve meses. Al término de la misma no quedó un solo ciudadano en el destierro. La revolución de 1935 duró nueve días y, sin embargo, hay ciudadanos que hace nueve meses están en el destierro", denunciará "El País".

A comienzos de junio, cuando Terra llegaba con Getulio Vargas a

Maroñas, Bernardo García le tiró un balazo, hiriéndolo en un hombro.
Revuelta y atentado. Como los episodios que se anticiparon al derrumbe de Máximo Santos. Pero este dictador estaba sostenido por otros puntales mayores.

"Que mis ilustrados compañeros me lo aclaren".

Enfrentó el gobierno algunas defecciones. El Dr. Carbajal Victorica (partidario, al principio, de la dictadura) denuncia los abusos y formula esta declaración: "el golpe de fuerza se dio no para mejorar sino para empeorar a las instituciones". El Dr. Demichelli (el ministro golpista de marzo) le retira su apoyo al gobierno y denuncia en la prensa negociados. El Dr. Navarro (vicepresidente) se aleja de Terra para condenar los desmanes contra la oposición: "no he visto nunca cometer tales errores en toda la historia de mi país!" También el herrerismo margina un sector, llamado "saravista" (Otamendi y Patrón; el mismo de la Junta de Gobierno).

Pero la inexistencia de un frente opositor (por las causas que vimos, en parte) favoreció a la causa del gobierno. Basilio Muñoz, tras sus definiciones precisas sobre la intromisión imperialista exhortó en el nombre del nacionalismo, a darle forma a un frente popular. "No comprendo ni como ni por qué demora en concretarse", comentó después con decepción. "Un Frente Popular, repito, ya sellado por los hechos y consagrado por las masas y al cual habrá que darle el programa mínimo y concreto que todos sentimos". Zavala Muniz, Rodríguez Fabregat, Acevedo Alvarez, Minelli y Héctor Grauert acompañan, desde filas batllistas, la proposición, derrotados por los herederos de Batlle.

Sin mayor sobresalto, por eso, la dictadura pudo cumplir con su plan: anular conquistas liberales, desatar el "anticomunismo", aplicar su política conservadora y servir a la causa de las petroleras.

En el primer aspecto, se legisló para ponerle bretes a la libertad electoral. La "ley de lemas" (una disposición del año 35 que se "perfeccionó" en el 39) pretendió congelar el sistema imperante desconociendo a las agrupaciones que no participaran en las elecciones, impidiendo el registro de nuevos partidos con nombres parecidos a los registrados (para impedir así que los batllistas pudieran disputar, en adelante, el lema colorado, o que el nacionalismo independiente cuestionara las ventajas ganadas por el herrerismo) y poniéndole trabas a las conjunciones que "accidentalmente" pudieran formarse con miras a gestar

un frente opositor. En ese mismo plano regresivo, se quiso avasallar la autonomía de la Universidad. Se dispuso dejar en las manos del Ejecutivo la designación del rector y confiar a los legisladores la supervisión de los planes de estudio. La resistencia de los estudiantes desbarató los planes del gobierno. Luego de una semana "caliente" (marzo del 34), Terra dio marcha atrás. "Suspendió" las dos disposiciones con este fundamento: "Que si bien es norma de buen gobierno la persistencia de las decisiones... no es menos cierto que caben atemperaciones al principio, máxime si de la suspensión momentánea del acto pueden derivarse más beneficios sociales permanentes que perturbaciones transitorias". Y ya no se habló más.

El "anticomunismo" alegó las manidas zonceras sobre la intromisión. Procedió de Brasil la denuncia sobre planes revolucionarios de origen moscovita, centralizados en las operaciones de la diplomacia soviética en el Uruguay. Al gobierno le bastó con eso. "Como acto de solidaridad internacional con la nación brasileña y en salvaguardia de nuestra propia tranquilidad interna" se resolvió romper las relaciones. Denunció la Unión Soviética ese proceder ante los organismos internacionales, reclamando las pruebas de aquella denuncia. Debimos admitir su inexistencia. Con igual ligereza, por el asesinato de dos uruguayos, y sin pedir ninguna explicación, el gobierno rompió relaciones con la nueva república española. Aprovechemos esta referencia a la política internacional para rememorar la Conferencia de Montevideo, con alcances panamericanos, celebrada en diciembre del año 33 . El señor Cordel Hull (Secretario de Estado norteamericano) propuso eliminar restricciones y trabas impuestas en perjuicio del libre comercio. México contestó que nuestros aranceles eran una respuesta defensiva a las trabas impuestas por las grandes potencias industrializadas. Y el delegado de Colombia replicó: "Pero, señor presidente, a mí me ha asaltado siempre una grave duda y no quiero perder la oportunidad de que mis ilustrados compañeros me la aclaren o disipen, y es ésta: si realmente son semejantes o siquiera análogas en este camino, las conveniencias de los países industriales y las de nuestros países; la de los países acreedores y las de los países deudores; la de los países que han logrado acumular grandes reservas de capital y de crédito y que están ya avanzados en el proceso de su desarrollo industrial, y los nuestros, que todavía tienen una economía rudimentaria...". La mayoría no los escuchó. Se resolvió "que los gobiernos de las Repúblicas Americanas procedan sin demora... a rebajar las altas barreras arancelarias... y a eliminar las prohibiciones y restricciones". También se debatió sobre la intervención. Las declaraciones sobre la buena fe del nuevo mandatario de la Casa Blanca (Roosevelt) motivaron la dura respuesta de Cuba, cuyos delegados enjuiciaron las intromisiones para derribar al gobierno de Grau San Martín. "No es posible permanecer callado cuando se afirma que los EE. UU. no quieren intervenir en Cuba porque esto

no es cierto'', afirmó Garaudy. Al final, y a propuesta de Cuba, se votó una recomendación: "que los exilados políticos puedan regresar a sus respectivos países, exonerados de toda responsabilidad''. Uruguay la votó, para desconocerla después.

Se quiso fomentar el servilismo. Carlos de Castro, que presidió la intervención de ANCAP, dispuso esta medida: "Se avisa al personal que al llegar su presidente debe descubrirse e incorporarse a su paso'' (!).

A los ajustes de jubilaciones (para reducirlas) se sumó la rebaja de sueldos y salarios. La revaluación monetaria, depreciando al peso en dos terceras partes (rebajando el oro de respaldo de 1,56 a 0,59 gramos por cada unidad), permitió lanzar millones de billetes, recortados, a la circulación. El Contralor de Exportaciones y de Importaciones (un nuevo instituto) reguló los cambios, fijó preferencias y legalizó favoritismos en provecho de algunos sectores.

Las petroleras (las tres que mencionamos a las que se sumaba la "Texas'' o Texaco, que comenzó a operar después que se gestara el ente del Estado), cobraron dividendos por el golpe. Afectaron primero a la ANCAP de manera indirecta. La "ley Baltar'', aprobada en agosto del año 36, dispuso en el artículo 1º: "Quedan derogadas todas las disposiciones legales que reconocen a ciertos entes autónomos del Estado la facultad de implantar monopolios de cualquier clase o de gestionar su implantación por vía administrativa''. El testimonio de los senadores Santos y García sirvió a las petroleras para especificar que "aclararon perfecta, nítida y categóricamente que la ley Baltar afectaba precisamente la facultad de ANCAP'' y a pesar de opiniones diversas (Amézaga sostuvo que la ley no afectaba derechos adquiridos sino facultades a lograr, y la de ANCAP estaba ya vigente), se le dio tal interpretación. En enero del año 38, al final del mandato de Terra, contratos acordados por las compañías con el directorio de ANCAP, siendo gerente Carlos Vegh Garzón, regulan compromisos que convierten al ente del Estado en una dependencia de las petroleras. Por esos convenios secretos, conocidos un cuarto de siglo después, ANCAP enajenaba sus derechos, al servicio de los monopolios.

De acuerdo a los convenios ANCAP se reparte el mercado con tales empresas, a las que se deja una cuota de venta de los derivados (nafta, keroseno, gasoil y fuloil), que ANCAP, a su vez, les refina; las petroleras se reservan el derecho a vender el 22% del gasoil, el 47% de la nafta, el 50% del fuloil y el 66% del keroseno, excediendo esos topes después.

De acuerdo a los convenios, son tales empresas las que venden a ANCAP el petróleo que se les refina, de manera que ANCAP no lo puede adquirir libremente.

De acuerdo a los convenios, lo debe pagar "a los precios del mercado mundial'' y eso quiere decir a los precios fijados por el acuerdo de la Standard y Shell, que aplican al efecto este criterio: rigen, para

todos, los precios que se pagan por el petróleo crudo que se saca de Texas; el más caro de todos (embarcan por ejemplo, petróleo en Venezuela —de las compañías— y lo cobran al precio de Texas, seis veces mayor).

De acuerdo a los convenios, en el cobro de los honorarios para que ANCAP refine a los consorcios la cuota establecida, se deben computar, para restarlos, los gastos de las compañías (gastos de administración, comercialización, distribución y publicidad). Dicho de otra manera: los gastos de Shell y de ESSO (que además escapan, por supuesto, a todo contralor), son en definitiva pagados por ANCAP. Eso incluye los sueldos de sus funcionarios, los viajes de sus ejecutivos y el lujo de su propaganda. Ciganda dirá: "es la primera vez en la vida que alguien realiza un trabajo para otro y el que fija el precio no es el que lo realiza sino el que lo contrata".

De acuerdo a los convenios, finalmente, el precio de los combustibles, encarecidos artificialmente, le fija una misma tarifa a lo que vende ANCAP que a lo que corresponde a las empresas, de manera que ANCAP no puede competir con estas "asociadas" con un precio menor.

Por algo Legnani, dirigente batllista, deberá recoger la denuncia evidente: "Nunca he querido aceptar la sospecha de que la implantación del régimen de fuerza forma parte de un plan capitalista (...) Hoy han cambiado los términos del problema. No existe razón, ya, para escandalizarse cuando se afirma que el motor de la dictadura trabaja en las empresas extranjeras".

En cuanto a los convenios, semejante dogal será ratificado por otros contratos, secretos, también, que se firman con iguales compromisos en el 43, en el 48 y en el 56 (gobernando Amézaga y Luis Batlle las dos primeras veces y presidiendo Alberto Zubiría el cuerpo colegiado de gobierno, la tercera vez). Expiró la vigencia del último convenio en el 61, suscribiéndose prórrogas breves, siete veces en ese primer año, ocho veces en el 62, otras tantas en el 63 y en el 64 (bajo los gobiernos del nacionalismo). Hasta que se entendió, por dictamen de los abogados del ente, que "el convenio continúa como contrato sin plazo hasta que se practique por cualquiera de las partes, de modo expreso, la denuncia", prorrogando indefinidamente la vigencia. En el 62, el diputado socialista Vivian Trías, tras reclamar una investigación, consiguió conocer los convenios, a los que les dio publicidad. Directores del ente (como Tognola y Giucci) se pronunciaron por la derogación. Otros (por ejemplo Tochetti y Moltedo), abogaron por las petroleras. Y los convenios siguen regulando la relación de ANCAP y las empresas.

Retornemos a Terra. Anotemos, durante su gestión, la separación de la enseñanza secundaria de la Universidad, la creación de la Facultad de Veterinaria, la creación del INVE (Instituto de Viviendas Económicas), la creación de Conaprole (asociando al estado con los productores de leche para abastecer al consumo de la capital), la primer ley de li-

cencias anuales, la incorporación de las enfermedades laborales al régimen previsto sobre indemnización por accidentes de trabajo y una ley de licencias por maternidad.

Anotemos, también el proceso de industrialización asociado con las consecuencias de la crisis mundial capitalista que nos limitó los abastecimientos. Se duplican las plantas industriales como se duplica el dinero invertido por los capitalistas en ese sector (12 mil establecimientos, 100 mil trabajadores y 250 millones de pesos apostados en la producción industrial). Así se desarrollan algunos sectores: metalúrgico, textil y alimenticio. Las plantas de refinería y de fabricación de cubiertas (la FUNSA) atestiguan también esa transformación, que protegió la ley: se conceden franquicias a los industriales y se recompensa la renovación de maquinarias con fuertes incentivos. Paralelamente comienzan las obras en Rincón del Bonete para levantar la represa que permitirá aprovechar la energía hidroeléctrica del río Negro. La financian capitales alemanes y Terra es acusado, por la oposición, de medrar en esa operación valorando las tierras de su propiedad.

Agreguemos un dato político más.

Casi al finalizar su gestión, le pidieron a Terra que se postulara para seguir al frente del gobierno, a pesar del precepto constitucional. Recibió, por eso una delegación de los representantes de los clubes del oficialismo. Les contestó que no. Pero en vez de aludir a la disposición de la constitución (del texto que aprobaron los golpistas, en el 34), respondió con estos argumentos: "No es necesario. Y no es necesario porque si yo entendiera que a la marcha luminosa de la República le hiciera falta la prosecución de mi gobierno, podéis estar seguros que, con la franqueza y decisión de todos mis actos, me hubiera puesto de nuevo al frente de la continuación de mi mandato".

Tres ministros de su gabinete disputaron la candidatura gubernamental cuando llegó la fecha de las elecciones. Pedro Cosio, ministro de Hacienda, retiró su nombre de la lista alegando que estaba amañado el padrón. Blanco Acevedo, ministro de Salud y consuegro de Terra, llevó las simpatías del oficialismo. Alfredo Baldomir, ministro de Defensa y cuñado de Terra (Jefe de Policía y "machete mayor" durante los sucesos del año 33), distanció su figura del jefe del gobierno y capitalizó, seguramente, sufragios de la oposición. "Bastó que el general se rehusara a integrar sus listas con esos elementos (del oficialismo), para que mucha gente viera la forma de expresar su oposición con él", reconoció "El País"; "el candidato (Baldomir) supo liberarse mejor de las responsabilidades pendientes, alejó a los hombres más señalados como representativos del régimen; a pesar de surgir, como el otro, de la casa de gobierno, logró hacer olvidar a muchos su origen y hasta dio, bajo ciertos aspectos, la impresión de una oposición neta a la camarilla que esta prensa independiente y las fuerzas que representa atacaran con más energía". Blancos independientes y batllistas

mantuvieron el abstencionismo (el presidente Terra tampoco votó, neutralizado por la controversia de sus dos parientes). Los socialistas y los comunistas levantaron una candidatura común. Votaron a Frugoni, en un pequeño ensayo de frente popular. Cuando el P.C. anunció la decisión de votar al candidato socialista, "El Sol" editorializó con este comentario: "Este franco pronunciamiento de un partido obrero, corrobora con una demostración tan rotunda, si cabe, la función de bandera política para toda la opinión democrática y opositora —no para un partido solamente— que los socialistas quisimos asignarle a esa candidatura. La resolución del P. C. resulta, por lo demás, de una innegable trascendencia para la suerte de toda la causa del proletariado en el país". Y el candidato redactó un mensaje que dirigió al Partido Comunista: "Mi corazón de demócrata socialista experimenta una emoción difícil de traducir en palabras ante ese acontecimiento auspicioso para los destinos de la democracia en el país". Durante la campaña electoral, el Dr. José Pedro Cardoso, segundo candidato de los socialistas, fue detenido por la policía y luego procesado, "por excitar a delinquir, al exhortar al pueblo a la revolución". Juan Andrés Ramírez, un blanco independiente, opositor, recibió del gobierno la oferta de controlar el acto electoral. No aceptó el ministerio que se le ofreció.

Votaron las mujeres, en esas elecciones, por primera vez. Las ganó Baldomir (con Charlone, ex ministro de Hacienda de Terra, como candidato a vicepresidente). Recogió 121 mil votos contra 98 mil del Dr. Blanco, totalizando 219 mil sufragios colorados. Arteaga, candidato de los herreristas, obtuvo 115 mil (Otamendi, candidato disidente, sólo llevó 6 mil). Los cívicos lograron 15 mil sufragios, 13 mil los socialistas y 6 mil el P.C., sumando los dos útimos sectores los sufragios a la presidencia. Le aportaron, en Montevideo, 14 mil votos a la candidatura del frente, 7 mil votos menos, nada más, que los sufragios de los herreristas en la capital.

24. LA RESTAURACION LIBERAL

"Yo bebo en mi vaso".

La segunda guerra sacudió los esquemas políticos previos, agrupó las fuerzas en relación a los pronunciamientos respecto a la misma, nos embanderó detrás de "los aliados", permitió a Baldomir acercarse a viejos adversarios de pocos años antes y volvió al herrerismo a las filas de la oposición. Resulta imprescindible, por eso, ordenar antecedentes y acontecimientos del proceso inicial de la conflagración. Los podemos enunciar así:

—en enero del año 33, asume Adolfo Hitler el gobierno de la convulsionada Alemania ("este gobierno hará del cristianismo la base de nuestra moral, y de la familia, la célula esencial de la patria", prometió por la radio, en seguida); en marzo, le confieren los plenos poderes con los que cimenta su régimen totalitario;

—dos años después, desconociendo el pacto de Versalles, organiza la Wehrmacht (un ejército modernizado); Mussolini decide invadir Etiopía;

—a comienzos del año 38, las tropas alemanas ocupan Rhenania y el Palatinado (la margen izquierda del Rhin), violando nuevamente compromisos impuestos por los vencedores, tras la primera guerra; en julio se produce la sublevación falangista en España, con apoyo de nazis y fascistas;

—el pacto "Roberto" (Roma - Berlín - Tokio), organiza, con el signo del anticomunismo, una concertación militar (1937);

—durante el 38, sin disparar un tiro, todavía, los alemanes incorporan Austria (es el "Anchluss"; una simple anexión) y arrancan "los sudetes" a Checoeslovaquia;

—al empezar el año 39, ocupan el resto de Checoeslovaquia y le quitan un puerto a Lituania, mientras los italianos ocupan Albania: Franco gana la guerra civil; von Ribbentrop —el canciller de Hitler— negocia con Stalin un acuerdo (el 23 de agosto); Hitler invade después a

Polonia (1º de setiembre); es la guerra mundial; los soviéticos entran también a Polonia, invadiendo en seguida a Finlandia;

—en abril del 40 los nazis avanzan sobre Dinamarca y Noruega; en mayo ocuparon Luxemburgo, Bélgica y Holanda, penetrando en Francia, que pronto capitula, invadida también por Italia; Mussolini penetra en territorio griego; la aviación alemana descarga sus bombas en Londres;

—en enero del 41 Alemania interviene en Africa del norte, tras la derrota de los italianos que quisieron ocupar Egipto desde Libia; en abril, Alemania invade a Grecia y Yugoslavia (en respaldo también, del ataque fascista fallido); en junio los nazis ocupan a Creta; en ese mismo mes, Alemania desata el ataque a la URSS, rompiendo los acuerdos anteriores; en octubre, se combate enfrente de Moscú; en diciembre, el Japón atacó posesiones de EE. UU. (Pearl Harbor en Hawaii, y luego Wake y Guam), ocupando enseguida Hong Kong;

—en el primer semestre del 42, el Japón ocupó las islas Filipinas, la Indonesia holandesa, Birmania y Singapur; el segundo semestre detuvo el avance del "eje", permitiendo cambiar las perspectivas: la victoria de Mac Arthur en Guadalcanal sobre los japoneses preservó al continente australiano, el triunfo de Montgomery en el Alamein contuvo la carrera de von Rommel en dirección a Suez y el ejército alemán fue detenido por los soviéticos en Stalingrado. Allí debió capitular von Paulus, al terminar enero del 43, tras cinco meses largos de combate. A diez años —exactos— de llegar al poder, se prefigura la derrota nazi.

El Uruguay vivió, naturalmente consecuencias directas del conflicto. Determinadas, en primer lugar, por nuestra dependencia de centros de poder. Las cifras de nuestro comercio exterior (importábamos manufacturas: 82% del total de compras; exportábamos materias primas: 72% del total de ventas) nos vinculaban en forma directa a la City; otros compromisos financieros nos ligaban al Export Import Bank, del gobierno de Estados Unidos.

A tal vinculación, se sumaba el interés de los beligerantes —y de "los aliados" particularmente— por nuestra posición (un enclave asociado a las aguas del Atlántico sur, con el único puerto natural). El interés creció, en la parte final de la guerra, cuando Bolivia y Argentina viran al nacionalismo, tras los episodios del 43. Con una colonia alemana poco numerosa, una colonia española sensibilizada en la guerra civil a favor de la causa de los republicanos y opuesta, por eso, al fascismo, y una colonia italiana de tradición garibaldina y liberal (vinculada políticamente al batllismo y proclive, por eso, a girar en la esfera de la admiración por EE. UU.), las presiones de los embajadores "aliados" encontraron un campo propicio.

Alberto Guani (embajador en Londres y delegado ante la Sociedad de Naciones en tiempos de Terra, canciller, después de Baldomir y vicepresidente del Dr. Amézaga, por fin) sirvió sus intereses cabalmente.

Cuando Mussolini atacaba Etiopía, Uruguay ignoró las sanciones impuestas por la Sociedad de Naciones. O más exactamente: adhirió, de modo nominal, a las que no tenían efectiva aplicación de nuestra parte (levantamos el embargo de armamentos al régimen de Addis Abeba y nos negamos a mandar bauxita, manganeso y aluminio al gobierno italiano agresor, aunque parezca broma; a la vez Uruguay ignoró las medidas que pudo aplicar: cerrar nuestro comercio con Italia). Y cuando la anexión se consumó, Guani votó por el levantamiento de todas las sanciones al gobierno de Roma, agresor. Era en 1936. Unos años después, afectados otros intereses (los de Gran Bretaña y Estados Unidos) Guani descubrió la política de los principios. Analizando "la capitosa vulgaridad" de sus declaraciones, apunta Real de Azúa que "era posiblemente un escéptico de todo y entre ese todo, de las grandes palabras a las que parecía servir; pero era especialmente un escéptico de nuestras posibilidades nacionales... un escéptico de cualquier destino uruguayo que no fuera formar en la comparsa de los poderosos; ese escepticismo tenía una fisura: era la creencia en el papel estelar que a Alberto Guani, canciller de hierro de una desvaída y comercial nación del sur atlántico le cabría en la historia de la guerra mundial; penosa excepción".

Con él, recitaron los temas demoliberales algunos golpistas, cuando no fascistas, de poco tiempo atrás. Por ejemplo, Navarro y Demichelli. O Pedro Cosio, el ministro de Terra que hablara de "el genio preclaro del Führer" y se rectificaba después: "en cada alemán hay un nazi, en cada nazi un espía y un traidor a la patria". Con el mote de nazis, salpicaron a todos los que no se alistaban detrás de las llamadas "democracias" y sus intereses. Como escribió Quijano: "nazis y fascistas fueron vocablos utilizados en las peleas de campanario para abatir al enemigo. Una opinión que incomodaba era nazi para los gobernantes quisquillosos. Un adversario temible era nazi para sus contendores". Siniestros personajes (Fulgencio Batista, Trujillo, Ubico y Tiburcio Carías, para ejemplificar) figuraban en cambio en el lado de la democracia.

La afanosa gestión de la cancillería empujó al Uruguay, tras las declaraciones primeras de neutralidad, a la órbita de "los aliados".

En este proceso, ordenamos algunos episodios:

—Al empezar la guerra el Uruguay proclama su neutralidad (5 de setiembre del año 39); paralelamente, el gobierno resuelve "recomendar a la prensa que suprima las apreciaciones agraviantes sobre los beligerantes".

—En diciembre la guerra nos toca de cerca. En aguas uruguayas, se produce la primera derrota alemana (la batalla del Río de la Plata). Enfrente al Cabo Polonio, el "Ajax", inglés, había hundido al "Olinda", alemán, en la primera semana del conflicto. Un acorazado "de bolsillo", el "Graf Spee" operó en adelante en la zona y hundió nue-

ve barcos ingleses. Tres barcos de guerra británicos le dan caza después y el 13 de diciembre lo dañan gravemente tras una batalla iniciada, también, enfrente del Cabo Polonio y desarrollada en aguas jurisdiccionales (el "Achilles" pasó entre la isla de Lobos y Punta del Este, durante la batalla). El acorazado alemán se refugia en el puerto de Montevideo y solicita "un plazo prudencial", buscando reparar sus averías. Las presiones de Millington Drake (el embajador de Inglaterra, que operaba como un verdadero virrey) empujan al gobierno a denegar el plazo, concediéndole sólo 72 horas. Al cabo de las cuales el "Graf Spee" salió y luego del trasbordo de su tripulación al "Tacoma" fue volado por su capitán, enfrente a Punta Yeguas.

—Tras el avance nazi en Occidente, aceptamos en 1940 que las colonias de Francia y Holanda en este continente fueran administradas por EE. UU. mientras los territorios metropolitanos siguieran ocupados por el invasor.

—El 18 de junio de 1940 se promulga la ley de "Asociaciones Ilícitas" que alega preservar nuestra seguridad. "Jugamos a las escondidas con espías y conspiraciones", escribe Real. Un complot alemán descubierto ("su instrumento de movilidad había de ser el ciclístico; su factor más notorio resultó ser un fotógrafo paranoico y ocupó durante varios años a nuestra justicia"), desató las histerias y le dio un instrumento al gobierno después utilizado en otros menesteres.

—En noviembre de 1940 se proyecta la cesión de bases militares a EE.UU., tropezando con la oposición herrerista (como lo veremos, aparte).

—En diciembre del 41, el ingreso de los EE.UU. en la guerra promovió —a nombre de principios "panamericanos"— la adopción de nuevos compromisos, ante la oposición, también, del herrerismo. La conferencia de los cancilleres, en Río (enero del 42), recomendó la ruptura de las relaciones con Japón, Italia y Alemania "al considerar todo acto de agresión de un estado extracontinental contra una de ellas como acto de agresión contra todas". Recomendó también "interrumpir... todo intercambio comercial y financiero, directo o indirecto entre el hemisferio occidental y las naciones signatarias del Pacto Tripartirto y los territorios dominados por ellas" e "impedir, dentro de las repúblicas americanas las operaciones comerciales y financieras contrarias a la seguridad del hemisferio occidental, celebradas directamente por los estados miembros del Pacto Tripartito, por los territorios dominados por ellos, o por sus nacionales, sean personas naturales o jurídicas, y evitar también las celebradas indirectamente".

—Rompimos relaciones con el Eje, integrando, a la vez, la Junta Interamericana de Defensa, en enero del 42.

—Las "listas negras" dieron aplicación a las resoluciones de Río. Redactadas "según compilación" de algunas embajadas, denunciaron personas y firmas vinculadas al Eje de modo probado o presunto. "Las

personas que actúen por sí, como intermediarias, o que permitan el uso de sus nombres en operaciones financieras o en la compraventa de mercaderías o bienes de cualquier clase (ya sea muebles o inmuebles), en las cuales personas o instituciones cuyos nombres aparecen en esta lista negra estén relacionados, serán consideradas favorecedoras de los mecanismos económicos del Eje y por lo tanto correrán el riesgo de verse sometidas a la acusación de apoyar los intereses y las actividades del totalitarismo''. Amenazas publicadas a página entera, detallando direcciones e identificaciones. Los acusados fueron centenares (por ejemplo: Bayer, la editorial Labor, Skoda, Staudt y Compañía, el Oro del Rhin, Italmar, Italcable, el Banco Francés e Italiano, radio Universal, Fibratex, la sala del Artigas o el Dr. Frik Davie). Algunos implicados —como Campomar— fueron incluídos y luego eliminados de la lista, específicamente, logrando el visto bueno demoliberal. Abonándolo, naturalmente.

—En marzo del 42, el carguero "Montevideo'' (un barco italiano llamado Adamello, incautado por el Uruguay), que llevaba seis mil toneladas de carne enlatada hacia EE.UU., es hundido en las costas de Haití, atacado por un submarino alemán. Hubo catorce muertos en el episodio y el gobierno uruguayo incautó, en represalia, al "Tacoma''.

—Cinco meses después, enfrente a las Bermudas, hundieron la corbeta "Maldonado''.

Hay que abrir un paréntesis, aquí, para enfocar la posición del herrerismo y de los comunistas respecto a la guerra (la socialdemocracia será analizada, en su conjunto, aparte), porque sus actitudes van a traducirse en modificaciones del esquema político del Uruguay.

El herrerismo, con fidelidad, transitó por viejos derroteros del nacionalismo: condena de la intromisión extranjera en política interna y denuncia de los apetitos del imperialismo.

Recogió precedentes, nacidos con Oribe. Ya Washington Beltrán, en la primera guerra sostuvo la política de neutralidad y condenó supuestos compromisos panamericanos: "sería un grave error abandonar en estos instantes la neutralidad sin una causa seria ocasional que lo motive, sin una agresión directa a nuestros derechos(...) la doctrina de nuestra cancillería (la solidaridad hemisférica, alegada desde la doctrina de Monroe), es indefendible desde el punto de vista jurídico, falsa desde el punto de vista sentimental y para el futuro puede ser profundamente peligrosa desde el punto de vista de los intereses nacionales... si nosotros admitimos que el derecho y la justicia, como principios inmutables, no caben dentro de los límites estrechos de la patria, no podemos, sin incurrir en una estupenda contradicción, encerrar a la justicia y al derecho dentro de los límites del continente (...) si pretendemos crear un derecho internacional para América y otro para los demás continentes, cómo nos opondremos, con qué clase de argumentos podremos impedir que haya dos derechos internacionales: uno para los fuertes y otros para las pequeñas nacionalidades?''

Se quiso motejar al herrerismo de "nazifascista". Relacionemos tal acusación en relación con estos documentos.

1) El cuidado en mantener nuestra neutralidad: "Si se tratara de dejarse llevar por los impulsos del corazón, votaría con gran simpatía la moción... contra la guerra de conquista y de barbarie. Definidas Francia... e Inglaterra, modelo de democracia, estamos con ellas, porque sabemos que junto a ellas está la causa de la justicia y de la libertad. Pero otra cosa es que en un acto corporativo de este parlamento comprometamos la neutralidad". (Cusano en el Senado, al proyectarse una declaración de solidaridad con los aliados, al empezar la guerra: 4 de setiembre del año 39);

2) la condena de las agresiones: "El ataque alevoso a Bélgica y a Holanda... no tiene ninguna justificación. Tampoco la tiene la ocupación del pequeño e inofensivo ducado de Luxemburgo, con sus 300 soldados... Los documentos que el gobierno alemán ha dado a publicidad, intentando vanamente motivar su agresión, a nadie convencen" ("El Debate"; 13 de mayo de 1940);

3) la oposición a la cesión de bases militares: "Esas bases serán para los EE. UU. (...). Precisamente, por proyectarse y por pensarse que esas bases son para los EE. UU., tengo mayores motivos... para temerlas. El poder de Norteamérica es inmenso, abruma. Anuncia un nuevo Imperio Romano que asoma al mundo, y todos sabemos cuál es la ley de los imperios: la fatalidad de sus crecimientos... (Herrera en el Senado; 21 de noviembre de 1940);

4) la renuncia de Toribio Olaso, ministro herrerista, por eso: "siendo yo contrario decidido a la realización de tales bases... presento renuncia de la Cartera de Instrucción Pública y Previsión Social" (en esa misma fecha);

5) la oposición, de nuevo, a la cesión de bases al repetirse la proposición: "EE.UU. viene de enriquecerse y sigue enriqueciéndose, con la multiplicación gigantesca de su comercio de armas; a peso de oro las cobra y por anticipado se las paga con pedazos de territorio ajeno; el oro del mundo es suyo, siendo, precisamente ese fantástico monopolio del caudal amonedado un riesgo para la propia salud, comprometida por tanta glotonería y sus gorduras. No, y mil veces no! Neutrales desde nuestra remota orilla a dos mil leguas del drama. Y más americanos que nunca. Y en cuanto a las manoseadas y condenadísimas bases, dejarlas en el fondo del olvido, como un recuerdo muy ingrato (...)! En resumen, siendo siempre útil repetirlo: totalmente uruguayos... Como en el verso de Musset, digamos con arresto y con halago: "Mi vaso es pequeño, pero yo bebo en mi vaso" (editorial de Herrera; 30 de mayo del 41);

6) la condena del ataque japonés (a propuesta del nacionalismo, el Senado "condenó la agresión"), sin asumir, por eso, compromisos de participación: "En cuanto a la guerra del Pacífico, decía y entiendo que

no es una guerra de niños, es una guerra de colosos, festín de leones, allá ellos, allá los amarillos contra los leones rubios!'' (Herrera en el Senado; 9 de diciembre del 41).

El P. C., por su parte, pagándole tributo a las tesis del monocentrismo y ligado, por eso, a la URSS, reflejó los virajes de las relaciones de Hitler con Stalin.

Condenó con dureza al nazismo y se alistó del lado de las fuerzas socialdemócratas y liberales hasta 1939 (sufragó, como vimos, por Frugoni).

El pacto que firmaron Molotov y Ribbentrop ("sólo se sorprenden los que quieren o los que olvidan'', comentó Quijano; recordó el acuerdo de Rapallo del año 22, que Hitler jamás denunció, el acuerdo de la Unión Soviética con Alemania del año 26 y el "pacto de amistad'' que vinculó a Moscú con Mussolini, del año 33; agreguemos nosotros las palabras que "Izvestia'' utilizó para juzgar aquel primer acuerdo: "Rusia consiguió su reconocimiento. Consiguió fisurar el acuerdo de las grandes potencias. Esa brecha no se cerrará''), cambió la orientación en el P.C.

Al comenzar la guerra, se pronunció por la neutralidad. Al decidirse la investigación de "las actividades nazis en el Uruguay'', Eugenio Gómez expresó su acuerdo con esta salvedad: "Pero más peligrosa —por su poderío, medios y agentes— es la actividad realizada por el ministro de Gran Bretaña, que reproduciendo la actividad de aquel agente del fascismo italiano, Mazzolino, actúa en el país como en tierra conquistada, creando comités, financiando horas de radio, sembrando su acción corrupta en la prensa y los partidos políticos, uniendo la presión diplomática a la descarada coacción económica, haciendo de nuestro puerto una base de aprovisionamiento de la escuadra británica''. Censuró el telegrama de solidaridad que votó el parlamento a los gobiernos de Bélgica y Holanda, cuando se produjo la invasión ("es un nuevo paso hacia la masacre'') y comentó los hechos con estas palabras: "los que aparentan indignarse porque la aviación alemana siembre el terror en las poblaciones, no pueden ocultar tampoco el hecho de que los imperialistas anglofranceses borraron, con el bloqueo integral, la distinción entre combatientes y no combatientes''. Ante la formación de un comité "pro aliado'' de trabajadores de la carne, "Justicia'' condenó: "obtengan mejoras de salarios y de trabajo y no se pongan al servicio de la política imperialista... ¿por qué no forman un comité para ayudarse y no para ayudar a los que los explotan todo el año?''. En marzo del 41 el P.C. definió: "el bando imperialista anglo-yanqui, como el eje de Roma, Berlín y Tokio son enemigos de los pueblos por igual''.

El 22 de junio del 41, Alemania inició, aliada con Finlandia, Rumania y Hungría, el ataque a la URSS. Unas horas después, la radio de Moscú formulaba el anuncio de que se gestionaba un acuerdo total con Estados Unidos y la Gran Bretaña, contra los agresores. Los PP. CC., que habían denunciado la guerra interimperialista calificando a los ban-

dos en pugna como "bandoleros que se reparten el mundo... esclavizando pueblos" (la expresión es de Rodolfo Ghioldi), volcaron, por supuesto, su apoyo solidario a la nación soviética invadida. Paralelamente olvidaron la lucha de clases, queriendo sumergirla en los nuevos esquemas y olvidaron que los imperialistas no dejaban de ser enemigos porque participaran en aquella batalla contra los alemanes, otros imperialistas. "El mundo se divide en hombres honrados y perversos". escribió "Justicia". "En bárbaros y civilizados". Por eso los dos campos: "los hombres sanos y honestos contra los vendidos". El P. C. dio su voto a la concertación de un préstamo exterior para recibir armas y equipos militares. Apoyó la creación de bases que "se puedan poner a disposición de cualquier país que esté en lucha contra el nazismo" ("la causa de los EE.UU. es la causa de la civilización y de la libertad"; el 19 de diciembre del 41 "Justicia" reclamaba la "colaboración estrecha e ilimitada con EE.UU.) Respaldó el proyecto para establecer la conscripción.

Lo que se reflejó, naturalmente, a nivel sindical. Y no sólo a nivel sindical.

"Un hijo muy chiquitito".

A nivel sindical le produjo tropiezos al proceso de unificación. Formada la U.G.T. a comienzos del 42 (una central obrera poderosa y representativa; 65 gremios con predominio de los sindicatos con orientación del P.C. participaron de su gestación), una resolución precipitada la solidarizó con Baldomir y su golpe de fuerza recién ocurrido. Ese pronunciamiento alejó a los sectores opuestos a la nueva orientación oficialista y a quienes condenaban ese compromiso. Algunos sindicatos, como los ferroviarios, tras participar en el congreso de constitución, quedaron marginados. En enero del 43 (en las postrimerías de la gestión presidencial de Baldomir) un conflicto surgido con los trabajadores de la carne selló distanciamientos parecidos. Denunciaban los trabajadores despidos represivos. Adujo el Frigonal que se relacionaban con un sabotaje (incendio "intencional" en un carguero inglés). Lo desmintió el Partido Socialista como "una canallada". Dispuso la U.G.T. levantar el conflicto y fue desconocida por diez mil obreros que sostuvieron una larga lucha, enfrentados a la dirección sindical.

En el plano político, debemos ordenar algunos hechos ocurridos durante la gestión de Baldomir. Reflejan las variantes en la ubicación de las fuerzas, en relación a la segunda guerra.

En julio de 1938 —a un año de la guerra— un mitin multitudinario (batllistas, socialistas, comunistas, blancos independientes) reclamó garantías y leyes democráticas a Baldomir. Expresaba, por última vez, el esquema de fuerzas generado por la dictadura de Terra. No se le dio respuesta de parte del gobierno. Y algunas actitudes revelaron elocuentemente que se transitaba por otro camino. Charlone desataba la inflación aumentando el poder emisor por arriba de veinte millones de pesos (de 70 a 90 respectivamente; bajaba nuestro peso: la cotización oficial de la libra saltaba de seis pesos a diez). Arteaga, por su parte, rebajaba en un 30 % los sueldos de los funcionarios del M.O.P., su ministerio. El Código Rural, modificado, mantuvo los aspectos regresivos: guardias rurales pagas por los estancieros y bajo su mando. La nueva ley de lemas, del año 39, concedió privilegios tramposos a los grupos políticos predominantes ("es una usurpación", comentó Antonio Rubio, consejero batllista depuesto por el golpe de estado de Terra; "prohibe a los partidos opositores el más elemental de los derechos democráticos: el de aunar sus esfuerzos").

Desde agosto del año 39, tras el pacto germano - soviético, el P.C. quedó desvinculado de los sectores demoliberales, aliadófilos sin excepción. Y se acercó a la vez a Baldomir, embarcado en la neutralidad. La nueva coyuntura desligó las alianzas pasadas. "Es inadmisible en nuestro país la colaboración de las fuerzas opositoras con el Partido Comunista porque el Partido Comunista no es opositor... está del otro lado de la barricada", señalaba "Marcha". Viró el P.C. junto con la política presidencial, tras el ingreso de la Unión Soviética en la guerra y las multiplicadas presiones de los embajadores aliados ante Baldomir. En agosto del 41, se pronunció el Congreso del P.C.: "saluda calurosamente el esfuerzo que realiza el señor Presidente de la República así como el canciller doctor Guani, tendiente a la coordinación de las fuerzas para la defensa del continente americano". Y en diciembre del 41, al solidarizarse Baldomir con los EE. UU., en guerra, puntualizó de nuevo su adhesión: "El Partido Comunista felicita al Presidente".

Quijano, al revés, condenó la obsecuencia de viejos compañeros del nacionalismo. "Ha llegado el momento de buscar otros caminos", anunciaba en el 41, separándose de los "independientes".

En marzo del 41, Baldomir, presionado por los grupos demoliberales, rompió sus relaciones con el herrerismo y pidió la renuncia de sus tres ministros (Arteaga, García y Posadas Belgrano). Como la constitución vigente lo forzaba a designar ministros herreristas (la oposición mayor), esos cargos quedaron vacantes, siendo desempeñados, interinamente, por tres de los ministros titulares.

Los fascistas, por su parte, se quedaron solos. El 30 de julio del 41 el diputado Kayel (terrista, confeso admirador de la causa del Eje) era "suspendido por tiempo indeterminado" como legislador por su prédica totalitaria. El virtual desafuero se aprobó por unanimidad: hubo 70 votos

a favor; la cifra computaba sufragios herreristas y terristas.

En noviembre se formó una Junta Consultiva encargada de la redacción de una reforma constitucional. Excluyó a comunistas y herreristas. Colorados (como Amézaga, Cosio, Manini y Demichelli), batllistas (como Martínez Trueba y Berreta), blancos independientes (Ramírez,. Gallinal), cívicos (Secco Illa, Regules) y socialistas (como Frugoni y Riestra) integraron esa comisión. Sus recomendaciones fueron aprobadas por el Ejecutivo.

El gobierno propuso al Senado una ley derogando el requisito constitucional que demandaba —para reformar a la Constitución— el acuerdo de la mayoría de los ciudadanos inscriptos. Reclamaba que se modificara ese texto, permitiéndose la aprobación de la reforma constitucional por simple mayoría de los sufragantes. Se buscaba eliminar del texto que regía el reparto de bancas del Senado (15 y 15, respectivamente, entre las dos fracciones más votadas). Por supuesto que se tropezaba con la oposición herrerista, cuyos votos se necesitaban para concretar esa ley. Amenazó el gobierno: sin esa reforma, no se votaría. Le contestó el Senado proclamando "su enérgico repudio de tan atentatorias manifestaciones" (proposición de Herrera, Echegoyen y Haedo).

Baldomir, entonces a cinco semanas de las elecciones, disolvió el parlamento, lo sustituyó con un Consejo (digitado por él), depuso —a la vez— al vicepresidente, prorrogó su mandato, sin fijarle fin y asumió los poderes como dictador.

Esa misma noche (21 de febrero) pronunció un discurso para justificar su actitud. La calificó con generosidad: "...terrible pero patriótico sacrificio; en cambio de la razón, me he visto obligado a usar la fuerza". Acusó al herrerismo de "querer quebrar hasta la propia orientación panamericanista de mi gobierno", obstaculizando la ley de Préstamos y Arriendos con EE.UU., la compra de armamentos, la construcción de bases militares y los compromisos de solidaridad con EE.UU., también. "La gestión del herrerismo tendía a desprestigiar y debilitar a mi gobierno en lo interno, para así privarle de jerarquía y calor suficiente como para desarrollar su política externa sin tropiezos ni dudas, alejándolo, de ser posible, de junto (sic) a la Gran Bretaña y Estados Unidos". Perdida la paciencia, "comprendí que no podía aguantar más". Contestando después a preguntas en un diario argentino desnudó la segunda razón: "llegó la hora de tomar medidas drásticas, en el terreno económico, que posiblemente no podrán aceptarse sin protestas".

Detrás de Baldomir se alistaron las fuerzas aliadófilas, con la sola excepción del socialismo.

Amézaga, Cosio, Serrato y Jiménez de Aréchaga estuvieron a nombre de los colorados más conservadores en el nuevo Consejo de Estado.

César Batlle, Fabini, Berreta y Andrés Martínez Trueba, a nombre del batllismo, compusieron también el Consejo con los que depusieron al batllismo, tan pocos años antes. Las autoridades batllistas lo justifi-

caron con estas palabras: "Que planteada la nueva situación consideran que ella es consecuencia de un régimen pretendidamente constitucional que organizó privilegios y arbitrariedades, con desconocimiento de la voluntad democrática del país, y abusivamente explotado por una minoría. Que por tal razón el apartamiento de las normas estatuídas por dicho régimen no puede tener para los ciudadanos de la República el alcance de agravio intolerable a un estatuto que jurídica y moralmente hubiese sido reconocido por ellos. Que la apreciación definitiva de los sucesos presentes dependerá de los hechos ulteriores". Rememoraron el antecedente del apoyo de Batlle a Juan Lindolfo Cuestas.

El nacionalismo independiente celebró los hechos ocurridos pero dividió sus opiniones en cuanto a integrar el Consejo. Por mayoría, decidió abstenerse de participar y pedir al gobierno la fecha de las elecciones. Juan Andrés Ramírez, en "El Plata", la consideró "una exigencia pueril". Aplaudió entusiasmado al gobierno: "entre el país y el herrerismo, optó por el país". Culpó a los herreristas por su "empecinamiento" y exculpó a Baldomir: "el general ha prestado un gran servicio a la República, a 35 días de las elecciones".

El Partido Comunista dio su visto bueno: "el P.C. apoya las medidas adoptadas por el presidente Baldomir". Esa declaración agregó: "que se encarcele a Herrera, se clausure "El Debate" y se tomen drásticas medidas contra la quinta columna, se depure la administración de elementos quintacolumnistas y se les expulse de todos los directorios de las empresas del Estado". Algunos días antes, el 13 de febrero (a seis semanas de las elecciones; a una semana del golpe), "Justicia" tituló: "Reelección legal del general Baldomir para presidir un gobierno de unidad nacional". Y Gómez explicó: "Reelecto el general Baldomir... tendremos las mejores posibilidades de aplastar a todos los enemigos de la patria. La relección, con esa idea, sería votada entusiastamente por las masas de nuestro país".

La U.G.T., como vimos, se formó después (al mes, exactamente). Guaní asistió al Congreso que la constituyó, donde se declaró la adhesión sindical a la política presidencial.

En contra se alistaron, en primer lugar, los grupos desplazados del poder: algunos colorados (como Blanco Acevedo y Charlone), con los herreristas. Reunidos enfrente del Legislativo cerrado, los parlamentarios herreristas "depusieron" al jefe de estado y proclamaron a César Charlone como "presidente legal" (Herrera, Echegoyen, Haedo, Cusano y Fernández Crespo participaron en el episodio).

La Unión Cívica tuvo recelos y se negó a integrar el cuerpo de gobierno que formó Baldomir.

El Partido Socialista condenó. Expresó "su repudio a la torpe medida" del Ejecutivo. "No deja de ser grave, asimismo, que este golpe de fuerza pueda contribuir a fortalecer el herrerismo", advirtieron Frugoni, Cardoso, Prato y Cassinoni. Emilio Frugoni, en un duro mensaje,

fustigó la conducta batllista: "es desagradable ver a los que se mostraron impotentes para alzarse ante la ignomina del cuartel de bomberos... alentando al presidente para que se erigiese en dictador, y no es menos triste verlos restregarse las manos jubilosos porque al fin les hizo el gusto". Denunció los propósitos presidenciales: "Hay mucha gente que está dispuesta a admitir que un continuismo de un año no es en realidad un continuismo. A mí me hacen acordar a aquella comadre que daba la noticia de que una señorita soltera había tenido un hijo pero con el atenuante de que era un hijo muy chiquitito". Y ante la invitación a conversar con el jefe golpista advirtió: "el general Baldomir y yo no tenemos nada que decirnos". El P.C. censuró: le están haciendo el juego al herrerismo. Lo mismo dijo de los estudiantes, que a través de la F.E.U.U. condenaron al golpe de "palacio".

Postergada la fecha de las elecciones para el mes de noviembre del 42, se agruparon las fuerzas de acuerdo al esquema político nuevo.

Batllistas y baldomiristas sufragaron juntos por la fórmula Amézaga-Guani, tras haber retirado el batllismo su candidatura (Fabini). Recogieron el 70% de los 330 mil sufragios colorados (Amézaga 234 mil; Blanco Acevedo 75 mil; Lagarmilla 19 mil). El herrerismo sólo computó 130 mil votos. El nacionalismo independiente, sufragando con su nuevo lema, totalizó 67 mil. Los cívicos fueron 24 mil. 14 los comunistas y sólo 9 mil los socialistas. La reforma demoliberal, plebiscitada, obtuvo un respaldo cercano al 80% de los electores.

Baldomir, todavía, se quiso despedir "con un pan dulce" (así dijo Cardoso). Negoció, por conducto de Guani —el canciller electo vicepresidente— un acuerdo en EE.UU. con el Eximbank. Nos prestaban 20 millones de dólares "para caminos, puentes, instalaciones... aeropuertos. relevamientos, investigaciones y estudios" sobre tales obras. Según el artículo 8º, "todo equipo, accesorios, suministros y materiales, cuya compra, arriendo o préstamo sea financiado total o parcialmente por este convenio, será manufacturado o producido y comprado, prestado o arrendado en los EE.UU. de América o en la República, y todos esos equipos, accesorios y materiales que puedan ser embarcados de los EE.UU. de América, serán transportados en buques de registro de los EE.UU." Y el artículo 9º estipuló: "De tiempo en tiempo... el Eximbank tendrá derecho por intermedio de su representante o representantes designados, a inspeccionar cualquier proyecto o proyectos aprobados y a recibir y verificar la información necesaria relativa a todos los informes y cuentas relacionados a ellos. A fin de que se cumpla esto con prontitud y eficacia, la República pondrá a disposición del representante o representantes todos los medios para facilitar su o sus tareas y todos sus agentes y empleados cooperarán y prestarán fiel ayuda". José Pedro Cardoso interpeló. Y después de probar de qué forma afectaba el convenio nuestra soberanía ("es una mancha negra"), preguntó: "¿Cómo es que ha podido llegarse a esto". El P.C. discrepó. Defendiendo al ministro de Ha-

cienda dijo la diputada Arévalo de Roche: "Confieso, en nombre de mi bancada, que cuando se planteó el problema de llamar a Sala para hablar sobre este asunto del empréstito, votamos con cierta prevención, porque entendíamos que el momento no era propicio (...), entendíamos, además, que esto podía ser —y seguramente lo es— una carnada (no sé si fueron las palabras del doctor Rodríguez Larreta) de quienes desean utilizar determinadas circunstancias para llevar agua al molino de los enemigos de la democracia (...). No tenemos ningún reparo en la contratación de este empréstito porque no lesiona la independencia de nuestro país, que defendemos con nuestras mejores energías. Vemos en las clásulas del contrato una cuestión comercial que le acredita al prestador el conocimiento de que el empréstito se utilizará en los fines determinados por el contrato (...), abiertamente, y sin ninguna reserva, apoyamos la contratación de este empréstito y aceptamos las explicaciones dadas, como las hubiéramos aceptado, aunque no hubieran concurrido a Sala los ministros".

El nacionalismo independiente tuvo su lugar en el nuevo gobierno elegido. El ingeniero González Vidart fue ministro de Ganadería. Cuando el baldomirismo retiró su colaboración, algún tiempo después, la participación se redobló: Gallinal y Rodríguez Larreta (el segundo como canciller) ingresaron en el gabinete.

Este, justamente, condujo la política exterior en la fase final de la guerra. Y condujo (si no fuera un abuso utilizar el verbo en este caso) la política del Uruguay ante Perón.

La guerra alcanzaba su fin. Ejércitos "aliados" pisaban en Sicilia, en el 43 y avanzaban con dirección a Roma. En el 44, desembarcaban en costas de Francia, liberando a París. En el 45, el Ejército Rojo desencadenaba el ataque dentro de las fronteras alemanas, Tito y sus guerrilleros derrotaban a los invasores sobre los Balcanes, Alemania era pulverizada por ataques aéreos masivos (en Dresde, por ejemplo: 280 mil muertos en algunas horas) y Mac Arthur estrechaba el cerco en torno del Japón. El 25 de abril, se encontraban soviéticos y americanos al borde del Elba. El 28, era ejecutado Mussolini. El 29, los soviéticos llegaban a Berlín (los ingleses entraban a Hamburgo y los americanos en Munich, ese mismo día). El suicidio de Hitler, el 30, sellaba el derrumbe del Reich. Capituló Alemania. El Japón, todavía, soportó dos ataques atómicos demoledores (Hiroshima y Nagasaki; 6 y 9 de agosto del 45). Se tuvo que rendir: "debemos soportar lo insoportable y sufrir lo insufrible", se resignó Hiro Ito.

Uruguay figuró entre la lista de los vencedores. Reconoció al gobierno de la resistencia francesa (el Comité de Argel). Reconoció a la URSS, cerrando el incidente provocado en los tiempos de Terra. Reconoció al gobierno que se formó en Italia, después de derribar a Mussolini. Admitió la intromisión abierta de EE.UU. para regular la conducta

de los uruguayos. Comenzó la construcción de bases, en secreto, a pesar de la resolución del Senado. Instrumentó un proyecto de instrucción militar. Le declaró la guerra —finalmente— al Eje derrotado. Hizo méritos, pues.

Lo de las "listas negras" tocó los extremos. Confesó el gobierno de EE.UU., que la integración de las mismas era resultado de "largas e intensas investigaciones y estudios". "O sea, un sistema de pesquisas secretas", condenó Echegoyen, denunciando su carácter inconstitucional y lesivo respecto a la soberanía.

Lo de las bases pudo revelarse tras una denuncia: "Algo raro se hace en esos lugares (Laguna del Sauce): algo que no está bien, que no cabe dentro de las normas constitucionales, algo que no sólo se oculta a todos los nacionales, sino que esa ocultación se hace efectiva para con los legisladores", denunció primero Ramón Viña. Haedo interpeló: "La base aeronaval de la Laguna del Sauce está proyectada con una capacidad superior a los mil hidroaviones. Como el Uruguay no tiene más que seis hidroaviones y setenta y tantos aviones, o esa base se construye con un propósito inconfesable o se construye para servir la defensa nacional... Y entonces, una de dos cosas: o la base no sirve absolutamente para nada, o por el contrario sirve para algo... para que la utilicen potencias extranjeras que después que se instalen y establezcan sobre el país, pueden determinar sobre nuestra raza y sobre nuestro destino, una dominación que no estamos dispuestos a soportar los orientales". Herrera, en "El Debate", sentenció: "No queremos ser pluma del ala de nadie... Cada uno en su casa y el derecho en todas".

"Nuestros orondos demócratas de 1940"

Lo del servicio militar se recortó, después, a la mera instrucción voluntaria (el Centro de Oficiales de Reserva —CGIOR— nació con tal motivo). La formación de cuadros militares en EE.UU. también se originó sobre los compromisos de capacitarnos para defender al continente (?). Esa vinculación tuvo su precedente en la resolución del Congreso de EE.UU. destinando misiones militares a las repúblicas meridionales, algunos años antes. Con la sola excepción argentina, se "pentagonizaron" las Fuerzas Armadas en el continente. Como dice Real: "bajo el pretexto inicial de una coordinación impuesta por la defensa continental contra una eventual (y tan remota) agresión del Eje se ha

cumplido una tarea de soborno funcional, seducción personal y lavado de cerebro (...) toda esa coordinación se inició con el beneplácito de nuestros orondos demócratas de 1940, dispuestos a comerse crudo cualquier totalitario".

La declaración de la guerra contó, por supuesto, con la oposición herrerista. "El Debate" pudo subrayar: "Al Uruguay se le ha pedido que declare la guerra. Sobre este punto no caben disimulos de ninguna especie: se le ha pedido. Es decir que alguien, extraño a la nación, solicita de ésta que realice el acto más tremendo, más importante y más comprometido". Recordaba después que la URSS, aliada de EE.UU., no le había declarado la guerra a Japón, todavía. Cuestionaba el criterio que nos exigía, como requisito para incorporarnos a la Organización de Naciones Unidas, que se proyectaba, la incorporación a las filas de los beligerantes: "Solamente con el arma al brazo se podrán suscribir tratados (...) se utiliza la muy burguesa y dieciochesca fórmula de las exigencias por viá diplomática, a fin de que todos los pueblos falsifiquen, por post-datada una credencial de beligerancia. Y el Estado Vaticano y Suiza y España y Turquía e Irlanda y Suecia y Portugal, ¿no forman parte del mundo que hay que reconstruir?". Herrera censuró: "Se pretende arrastrar a las naciones del sur a ser pajes de armas del poderoso (...) nunca se vio en el hemisferio tamaña tentativa de avasallamiento". Al medir los alcances de su pronunciamiento pudo sostener: "Hoy, pues, nuestra voz es además de oriental, continental. La única que se levanta, rompiendo el triste silencio... Humildes ciudadanos, es, sin embargo, tan grande lo que en este momento sellamos, como americanos y criollos, que al salir de esta sala un cendal de gloria civil envuelve lo que acabamos de hacer y suscribir" (21 de febrero del 45).

El P. S. votó, "con reparos", la declaración de la guerra. Reclamó que se puntualizara que nuestra solidaridad con los aliados no empezaba recién y que la traducíamos en esos términos por los requerimientos externos, a los efectos de participar en la O.N.U. El P. C. la votó y le mandó un telegrama al gobierno: "reitera apoyo gobierno aprobando proyecto declaración eje que enaltece patria enriquece gloriosa tradición orientales (...) se permite manifestarle respetuosamente aspiración constitución gabinete Unidad Nacional". "Poner a la nación en pie de guerra", tituló "Justicia". Y editorializó: "No es posible ni un solo día más dejar en libertad a Herrera para que organice la subversión al servicio del eje agresor... encarcelar al quisling y clausurar su prensa".

En guerra con el Eje, enfocamos nuestras baterías contra Buenos Aires. Bajo la presidencia de Farrell y con la conducción de Perón, la Argentina vivía un proceso de transformaciones sociales con el sello del nacionalismo. Los aumentos efectivos de salarios, los derechos sindicales nuevos, la extensión del derecho de jubilaciones a dos millones de trabajadores, la creación de tribunales de trabajo, las vacaciones pagas, el pago de aguinaldo, la expropiación de algunos monopolios arrancados

a manos extranjeras y una política exterior independiente enfrentada a las duras presiones de EE. UU., lo caracterizaron. Encontraron enfrente a los sectores demoliberales, los grandes intereses patronales, los cipayos de siempre, la socialdemocracia, el P.C. y la embajada de EE.UU. ¡Curiosa mescolanza! El final de la guerra polarizó los campos con simpleza: unos se convirtieron en cruzados de la democracia ("la guerra que acaba de terminar no ha sido librada para perseguir solamente al criminal mayor, sino también a sus secuaces, cómplices y encubridores", amenazaba Braden —el embajador del Imperio— entre grandes aplausos de todo el procerato político argentino); los otros eran "nazis" ("hay que agarrar a la Argentina de las solapas y preguntarle si está con nosotros o contra nosotros", decía el gobernador de Nueva York). La injerencia de Braden, convertido en verdadero jefe de la oposición, facilitó las cosas a Perón. En agosto del 45, hablando en el Colegio Militar, el coronel Perón pudo decir: "Hubiera sido fácil seguir el camino trillado y entregarnos a esas fuerzas (la Bolsa de Comercio, los grandes ganaderos, la Unión Industrial). Nos hubieran llenado de alabanzas. Todos los diarios nos aplaudirían. Me dijo un señor, con palabras muy elegantes... que si yo entregaba el país sería en una semana el hombre más popular en ciertos países extranjeros. Y yo le contesté: a ese precio prefiero ser el más oscuro y desconocido de los argentinos. Porque no quiero llegar a ser popular en ninguna parte por haber sido un hijo de puta en mi patria!".

Rodríguez Larreta, el canciller de Amézaga, le arrimó sus esfuerzos a Braden. El 8 de octubre, mientras se precipitaba una crisis y los mandos de Campo de Mayo se movilizaban para desplazar a Perón, declaró en el cine Radio City: "En una mano la bandera de las libertades, y en la otra, si fuera preciso, la espada de las sanciones", anticipando así las intenciones de apadrinar —desde Montevideo— la intervención conjunta en Buenos Aires. El "peronazo" fue un primer revés. Más de 300.000 trabajadores se volcaron sobre Buenos Aires para respaldar a Perón en aquel 17 de octubre. Igual pronunciamiento multitudinario se produjo en Rosario, Córdoba, Tucumán y La Plata. "El País", orientado por el canciller, llamó a la muchedumbre "chusmaje asalariado". "Marcha", muy despistada, tituló el 19 de octubre: "Otra vez Perón con la guitarra en la mano". Y tras ironizar acerca del discurso que pronunció Perón en la Rosada ("equivale a la literatura tanguista del arrabal rioplatense"), quiso distinguir: "en realidad todo eso está a cientos de leguas del pueblo".

El canciller, entonces, decidió atacar. El 21 de noviembre cursaba su mensaje a las cancillerías proponiendo pasar por encima del principio de "no intervención", preconizando —con la vista en el caso argentino— las "acciones multilaterales": "el principio de *no intervención* no ampara ilimitadamente la notoria y reiterada violación por alguna república de los derechos elementales del hombre y del ciudadano y el incum-

plimiento de los compromisos libremente contraidos (...) la *no intervención* no puede transformarse en el derecho de invocar un principio, para violar impunemente todos los otros (...) una acción colectiva, multilateral, ejercida con total desinterés... se ejerce en beneficio de todos, incluso de aquel país que tan duro régimen soportaría" (!). Antes de la semana, James Byrnes, Secretario de Estado del gobierno de EE. UU. le dio su visto bueno: "Mi gobierno se adhiere a los principios enunciados por el distinguido ministro de RR. EE. uruguayo". El 29, Juan I. Cooke, canciller argentino, pronunció su enérgica respuesta: "No puede haber terreno más peligroso y resbaladizo que el de la apreciación externa de la actuación política de los países". Sólo Guatemala, Costa Rica y EE. UU. secundaron la proposición uruguaya, mientras Panamá manifestó "reservas". Todos los otros países condenaron en términos severos aquella ocurrencia. "Ninguna condición nos exime del ridículo", advirtió Quijano.

Faltaba, todavía. Cuando se aproximó la fecha de las elecciones (enfrentando la candidatura de Perón a la de Tamborini, expresión de la "Unión Democrática" de radicales, conservadores, demoprogresistas, socialdemócratas y comunistas, sumados), "El País", oficioso vocero de la cancillería, apresuró pronósticos ligeros:

—que hasta el momento, los grupos adictos a Perón no han registrado listas, suponiéndose que tendrán dificultades para hacerlo por carencia de candidatos;

—que está confirmada la impresión de algún observador según la cual el peronismo ha perdido sus ya escasos contingentes en los últimos días;

—que si dejan votar, la mayoría democrática será de tres a uno.

El 22 de febrero del 46, a pocas horas de las elecciones, publicó un reportaje a Repetto. "Ahora es común que la cocinera o la mucama, con falsas acusaciones, haga comparecer a sus patrones ante la Secretaría de Trabajo. Evitando las reclamaciones de sueldos ya abonados, en el presente todas las familias argentinas hacen firmar recibos al servicio doméstico. Pero siempre se tiene la sensación de tener a un espía o a un enemigo dentro del domicilio", se quejó.

"La democracia ha triunfado en la Argentina", titulaba "El País", el 25. Calificó las elecciones como inobjetables, con los testimonios de los dirigentes de la oposición. Y mientras se aguardaban resultados, porque los escrutinios no fueron inmediatos, adelantó este juicio: "se realizan cálculos que establezcan la verdadera dimensión de la victoria de la Unión Democrática". El canciller, seguro, le cursó un telegrama de felicitación al candidato de la coalición. Una insólita pifia. Por un cuarto de millón de votos se produjo la victoria de Perón, que venció a Tamborini en todas las provincias, menos una.

Unos meses después, el ministro del Interior Carbajal Victorica

anunció la prisión de treinta militares acusados de estar preparando un complot. Esteban Cristi, coronel retirado, terrista, encabezó la lista de los detenidos (tenientes, capitanes, alféreces, sargentos y suboficiales). Después se apuntó más arriba: "El general Juan Pedro Rivas, jefe de la región militar Nº 3, con asiento en Paso de los Toros, bajó hoy a Montevideo con el objeto de declarar en este asunto. Fue llamado a raíz de las declaraciones de algunos de los doce procesados, las cuales, por lo menos momentáneamente, lo comprometen", informaba "El Plata" (4 de julio del 46). No se le probó.

La guerra y la postguerra, que nos fatigaron en esos afanes, nos dejaron, también, un saldo financiero favorable. 17 millones de libras inglesas y 100 millones de dólares americanos se computaban a nuestro favor, en el "debe" de Londres y de Nueva York. Fue posible, por eso, arrancar importantes conquistas sociales: la ley de los consejos de salarios, las asignaciones familiares, la indemnización por despidos (de aplicación parcial, anteriormente), las primeras bolsas de trabajo por paro estacional, el estatuto de trabajadores rurales, las vacaciones anuales y pagas y el aguinaldo (con alcances limitados). Imposible dejar de advertir que la legislación peronista, al respecto, nos trazó caminos. Héctor Rodríguez, al analizar el proceso, detalla consecuencias: "Los primeros consejos de salarios aportaron a muchos sindicatos experiencias memorables. La lucha contra las listas de delegados "obreros" amarillos, sobornados por los patrones; la organización de brigadas de propaganda y de defensa del acto eleccionario para oponerse a las amenazas de los matones amarillos; la defensa de los delegados contra las amenazas de despidos; la necesidad de elevarse a la compresión de los problemas generales de la industria para enfrentar en las discusiones a delegados patronales y estatales; las movilizaciones para demostrar que los reclamos de los delegados contaban con el apoyo de los trabajadores y no eran invención de pocos "agitadores", como sostenían frecuentemente las delegaciones patronales; el esfuerzo para demostrar que los aumentos de salarios podían financiarse con las ganancias patronales sin necesidad de aumentar los precios de venta, han sido algunas de esas experiencias que ayudaron a los sindicatos a desarrollarse".

Las elecciones del 46 introdujeron cambios en el mapa político del Uruguay. La victoria de los colorados (y de los batllistas) no disimuló la derrota de la reforma constitucional proyectada por ellos ni el avance de los herreristas. El Partido Colorado computó 310 mil votos (20 mil votos menos que en el 42): 185 mil para Tomás Berreta, 85 mil para Schiaffino, candidato de Blanco Acevedo, y 40 mil votos para Baldomir ("primera expresión de un país en el que las fidelidades políticas estaban periclitando", observa Real de Azúa). El herrerismo, con 210 mil (130 mil en el 42) plebiscitó de modo favorable su política nacionalista; ganó seis intendencias y formó coalicio-

nes ("uniones vecinales") vencedoras en seis departamentos más. Triplicó al nacionalismo independiente: 60 mil votos. Los cívicos crecieron a 35 mil, los comunistas a 33 mil (duplicando sus votos en el clima de conciliación que generó la guerra) y los socialistas a 16 mil. La reforma, que pretendió implantar el colegiado, recogió solamente el apoyo del 40% de los electores.

"Abrojo de sus crines".

El 15 de noviembre del 45, a tres meses del fin de la guerra, los Estados Unidos, en acuerdo con la Gran Bretaña y con el Canadá, se negaban a dar los secretos atómicos a las otras potencias "aliadas". Fue la primer fisura entre los vencedores. El disgusto ante la solidez del régimen soviético, fortalecido, y el recelo ante las ambiciones del stalinismo, generaron el distanciamiento. La desavenencia creció. El anticomunismo borró las alianzas pasadas y despertó al espíritu de las cruzadas contra el nuevo peligro del este. Los pactos militares agresivos, como el de la NATO, le tendieron un cerco a la URSS. El maccarthismo", en EE.UU., desató con histeria la persecución y la "caza de brujas" contra los comunistas, los ex comunistas, los amigos de los comunistas y los sospechosos de haber sido amigos de los comunistas. Era "la guerra fría". En el 47, se proscribió al P.C. (primero en Nueva York; después en los demás estados federales). Se aprobó la propuesta de Taft y de Hartley, dos legisladores, sobre los sindicatos (obligación de presentarle datos al gobierno sobre sus afiliados y fondos; mutilación del derecho de huelga; obligada profesión de fe, como anticomunistas, de sus dirigentes). En esa fecha, se proscribió al partido comunista en Grecia y en Brasil, y se forzó al partido comunista a salir del gobierno francés, que integraba con todos los otros partidos de la resistencia. En esa fecha, el Tratado de Río (o "Pacto Interamericano de Asistencia"), precisó los alcances del Acta de Chapultepec: las decisiones para tipificar la agresión padecida por algún estado americano y desatar respuestas colectivas se podrán adoptar con el voto conforme de dos terceras partes de los miembros de la comunidad interamericana "y serán obligatorias para todos los estados signatarios". Catorce votos serán suficientes después al Imperio para forzar la conducta de todos. Como sucederá.

El gobierno de Tomás Berreta (voluntario en las tropas de Batlle a comienzos del siglo, tropero, después chacarero; diputado batllista desde la presidencia de Serrato, deportado por Terra), que asumiera

el poder a comienzos del 47, transitó por esa dirección. En el clima gestado por la guerra fría, el batllismo retomó el poder por la derecha. Y le sumó su voto a los acuerdos.

Enfrentó, en ese plano, la severa oposición del herrerismo. "Ni con Rusia ni con Estados Unidos en su ya perfilado duelo: con nosotros", escribió "El Debate". Preguntando: "¿Y la defensa va a consistir, ahora, en arrastrarnos al tremendo drama foráneo cuando ellos se *prendan*, por caso, con Rusia? Que nosotros, sin agravios que cobrar, marchemos como voluntarios, a la fuerza, casi como mercenarios?; como pajes del coloso, abrojo de sus crines, para inmolarnos en columna por su imperialismo, entre cuyas víctimas, pasadas y futuras, cada vez más nos contamos? Y nuestras capitales serían "atómicamente" borradas de la faz de la tierra, en homenaje a la ajena prepotencia?" Y agregaba después, con el estilo del Dr. Herrera:

—¿Cuál es el peligro que se cruza en la senda dichosa de nuestras repúblicas?

—En lo actual, ninguno. ¿En lo venidero?

—Pues en lo venidero, a larga o corta distancia, los excesos del imperialismo, cuya sombra y espectro no hay que hendir el mar para encontrarlos (...) Que no venga el yanquismo a crear prevenciones y pánico... a fin de arrastrarnos totalmente a su esfera de acción, usarnos como instrumento suyo y exhibirse, sirviendo sus planes, como general en jefe de milicias sometidas del hemisferio. Todo, a título de cuidarnos del *cuco* que agita ruidosamente para amedrentarnos y conseguir lo que persigue, mientras ríe detrás de la careta!

En marzo del 47, al discutirse las proposiciones de Río, denunció, de nuevo: "Estados Unidos es el máximo conquistador de los tiempos modernos; y nos ratificamos: la historia de los Estados Unidos, en lo externo, es una constante carrera hacia el imperialismo. En ese sentido, nadie la ha igualado en herejías internacionales". En setiembre, debió salir al cruce de las intenciones que se proyectaban: "En Chapultepec, el imperialismo puso el clavo en el muro; en Quitandinha, colgó la percha; dentro de meses, en Bogotá, enganchará en la percha todo lo que se le venga en gana, empezando por los armamentos, el Servicio Militar Obligatorio, empréstitos y bases". Con la firma de Echegoyen, Basilio Muñoz, Fernández Crespo, Viña, Luis Alberto de Herrera y Haedo, impugnó el herrerismo los pactos de Río con un documento formal: "constituye, en definitiva, una supeditación injustificada a decisiones que, por ser extrañas a nuestra voluntad, no pueden gravitar legítimamente sobre nuestros deberes". Y Herrera, finalmente, definía: "Ni en las filas rojas del comunismo, ni una estrella más en la bandera de ningún imperialismo (...) En el horizonte de nuestra América, se asoma una tercera posición —no incompatible con otras que alumbran en los cielos—, la de los pueblos que sin pactos, sin actas, sin compromisos, pueden unir sus movimientos espirituales en torno a una misma

fe en el hombre, a un mismo anhelo de justicia social, a una misma esperanza de vida vivida en paz".

También en el terreno sindical el gobierno torció a la derecha, desconoció derechos y usó del rigor. Ante el primer conflicto laboral, declaró su propósito de "ser enérgico". Comenzada una huelga de los ferroviarios, dispuso la prisión de dirigentes apelando al Código Penal redactado por la dictadura, según molde fascista. Cuando la intervención parlamentaria permitió derogar la medida, remitió tres proyectos de ley, alegando que estaba "indefenso" ante la subversión sindical. Por uno legislaba sobre la "ilicitud de las huelgas en los servicios públicos". Por otro se reglamentaba la vida sindical (y el batllismo pudo recordar que desde la UGT se propiciaba —algunos años antes— una parecida reglamentación). Por el tercero se quiso establecer el arbitraje y la conciliación obligatoria como prerrequisitos de las huelgas. "El Poder Ejecutivo propicia acciones claras que vigilen el ejercicio de los derechos de todos y que eliminen los extremos de perturbación que pueden acarrear a la sociedad los abusos o la intolerancia manejados por intereses ajenos al espíritu nacional", peroró Berreta. Alegó que "factores foráneos y especulaciones políticas extrañas al interés gremial", enturbiaban las aspiraciones obreras. Aludió a la presencia de "los agitadores peronistas".

El 30 de junio del 47, un formidable paro general que sumó los sectores obreros sin ninguna excepción, enfrentó los proyectos y le dio su respuesta a Berreta. Y los proyectos se desestimaron.

El 2 de agosto del 47 Berreta falleció. Sucedido por Luis Batlle Berres, su vicepresidente.

Sobrino de Batlle, ligado a las corrientes progresistas dentro de su partido en los últimos años pasados, inició su gobierno con la designación de un gabinete nuevo, abierto a las corrientes más conservadoras, para conciliar.

Brause y Fabini, vinculados al grupo más conservador adentro del batllismo ("la 14"; expresión de los Batlle Pacheco) fueron designados para ministerios. Castellanos y Claveaux, procedentes del grupo de Blanco Acevedo (terristas), también. Seco Ellauri, que procedía del baldomirismo, tuvo su lugar. Después entró Charlone (vicepresidente y ministro de Terra). Y fueron designados, en la presidencia de los entes oficiales, varios dirigentes pachequistas (Fabini, que dejó su ministerio, Lanza, Ruggia, Demoulin, Capozzoli y Sampedro). La designación de Andrés Martínez Trueba (intendente de Montevideo) para la presidencia del BROU dio motivo a un acuerdo con nuevas ventajas a los pachequistas: se admitió la renuncia del primer suplente y en lugar de Forteza pudo ser Barbato el sucesor. Idéntica actitud conciliadora la que tuvo Luis Batlle con el herrerismo, generando, al respecto, disgusto en los otros sectores batllistas. Visitas y entrevistas en la quinta del "Jefe Civil" propiciaron el clima del entendimiento: "coincidencia pa-

triótica'', dijeron, censurados por los herederos directos de Batlle.

La prosperidad cimentaba el acuerdo político abierto.

La medimos con cifras en alza de los precios de venta de las exportaciones uruguayas. Tomando como base los precios del 45, al final de la guerra, estimados a 100, para visualizarnos la comparación, hallamos que los precios de la carne alcanzaban a 150 en el 47 (comienzo del gobierno de Luis Batlle) y llegaban a 220 en el 51 (a fin de su mandato). Mayor fue el incremento del precio de la lana, todavía. Partiendo desde 100 en el 45, llegamos hasta 125 en el 47 y 370 en el 51. Esa primera década siguiente a la segunda guerra, se tradujo en avances notorios: "la ocupación industrial aumenta en esta década en un 4% y la producción total prácticamente se duplica, lo que implica un sensible aumento de la productividad por persona (...) el conjunto de las industrias dinámicas (química, metalurgia, electrotecnia, maquinarias), asciende del 28% al 38% del total'' (datos del Instituto de Economía).

Subsidios al consumo abaratando precios, precios mínimos garantizados para la producción agrícola creciente y contralor de cambios "dirigido'' para proteger al sector industrial (con marcadas irregularidades) estimularon cierto desarrollo, frenado por las estructuras intocadas del latifundismo, las carencias (por eso) del mercado y la inflación creciente. Las ganancias generadas por la protección, se evadieron en forma de remesas hacia colocaciones en el exterior o de las inversiones no reproductivas: importación de artículos de lujo, automóviles que motivaron apremios en el abastecimiento de los combustibles y construcción edilicia en la costa del este, dilapidando ingresos.

Las cifras, sin embargo, documentan aquel crecimiento. El número de empresas industriales (11 mil en el año 36, 20 mil en el 48) llegaba hasta 26 mil en el 51. El número de los trabajadores en ese sector, aumentaba en igual proporción: 30 mil en el 36, 100 mil en el 48 y unos 200 mil en el 51.

El incremento del número de alumnos que prosiguen estudios secundarios (que se quintuplicaron, de 12 mil hasta 65 mil), es también un indicio de prosperidad. Conquistas laborales (como el amparo a los trabajadores del sector insalubre de la producción) se posibilitaron en ese momento. Y el Estado extendió su gestión, aprovechando, en parte, los recursos ganados durante la guerra, "congelados'' en Londres.

Los tranvías fueron municipalizados (AMDET, en diciembre del 47).

Los ferrocarriles fueron nacionalizados en el 48. Y si se puede discutir la propia operación —pagamos triplicado su valor y compramos materiales inservibles— no podrá discutirse la ventaja de quitar del control extranjero los ferrocarriles ni podrá cuestionarse la vigencia que tienen para transportar los ganados en pie con un daño menor

de la carne con respecto a los automotores que desplazan al ferrocarril, en otras latitudes, en el transporte de otras producciones. Otra cosa, y al margen, será la deficiencia de su administración, la carencia de planes al respecto y la supervivencia de disposiciones legales surgidas en perjuicio del ferrocarril, en otros tiempos (por ejemplo: la obligación de destinar ingresos al pago de un tributo para la construcción caminera, al servicio, pues, en adelante, de las empresas privadas del transporte, competitivas del ferrocarril).

El servicio de las aguas corrientes ha pasado, también, a manos del Estado (OSE; febrero de 1950).

Se origina, por fin, el Instituto de Colonización. Con la finalidad de "promover una racional subdivisión de la tierra y su adecuada explotación, procurando el aumento y mejoría de la producción agropecuaria y la radicación y bienestar del trabajador rural". Así dijo la ley. Desbordada por los intereses del latifundismo y por la acelerada burocratización del ente del Estado.

La guerra de Corea, comenzada en los fines de junio de 1950, aumentó la demanda de nuestros productos y levantó los precios más arriba. Pero ya los acuerdos monetarios internacionales (los de Bretton Woods), introducían, a través del BIRF —Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento—, el control financiero del imperialismo.

La injerencia norteamericana se manifestó. Mr. Ravndal, el embajador, recorrió la república con sus monsergas anticomunistas. Domínguez Cámpora, canciller de Batlle, vinculado a la "United States Steel" y a la "Guaranteed Truds", le dio, con ligereza, aprobación a las proposiciones de sumar el esfuerzo uruguayo —y por qué no la participación?— a la batalla "por el mundo libre" librada al sudeste del Asia (allí participaban, por ejemplo, soldados colombianos). Edward Miller, Subsecretario de Estado del gobierno de Estados Unidos, llegó con ese fin, a comienzos del 51.

Herrera lo recibe y le declara: "Importaría inversión, por parte de los sudamericanos, marchar en armas al otro extemo del mundo, contra pueblos que luchan por su independencia como lo hiciéramos nosotros más de un siglo atrás. En concreto, nosotros no queremos ir a Corea a combatir contra quienes heroicamente pugnan por su derecho a ser libres. *En la hora, ellos son los artiguistas de allá*: igual hicimos aquí nosotros, antes, contra los invasores".

El tema, sin embargo, estaba relegado durante la campaña electoral. La división de fuerzas coloradas apostadas a tres candidaturas (batllistas divididos y terristas) con chance parecida, acumulando votos pero enfrentándose (?) con virulencia, enrareció a tal punto el clima electoral que debieron ponerse de acuerdo y designar ministro opositor (Dardo Regules, de las filas del catolicismo) para garantizarles la normalidad. Blanco Acevedo, heredero político de Terra, cotizó sus votos. Sufragaba en el Partido Colorado con la condición de que fuera el bat-

llismo a las urnas con dos candidaturas enfrentadas que no sumaran fuerzas entre sí. "El Sol" pronosticó: "Dentro del lema, la menos votada de las listas batllistas le ganará, a su vez, a los llamados colorados independientes, por más de 20 mil votos. El coloradismo independiente carece de estructura política capaz de sostener una competencia seria con quien lleve la escopeta. Tiene una debilidad burocrática congénita: son empleados públicos o aspirantes a serlo, inclinados naturalmente a una respetuosa deferencia o a una admiración incontrolada por quien está en el ejercicio del poder. De ahí esa nómina que nunca termina de colorados independientes convertidos a última hora a la ideología (?) batllista, pasándose con armas, bagajes y votos a las nuevas tiendas". Agregaba otros dos argumentos a la suposición, acertada: la indisimulada influencia de Batlle en respaldo de su candidato y el temor de algunos electores al retorno de fuerzas terristas al mando, aseguraría la fácil victoria batllista.

Lo fue. Recogió el Partido Colorado 430 mil sufragios, superando por 180 mil al adversario. Martínez Trueba (candidato de la presidencia), computó 160 mil, Mayo Gutiérrez (candidato de los pachequistas), 150 mil, y Blanco Acevedo, 120 mil.

Consiguió el herrerismo 250 mil votos (dividió los sufragios en Montevideo: 25 mil por Viña, candidato del "Jefe Civil"; 80 mil por una disidencia "populista": Daniel Fernández Crespo).

Repitió sus guarismos el nacionalismo independiente, pero los dividió en dos fracciones: 32 mil votos para Gallinal (hostil a la reconstrucción de la vieja unidad partidista); 31 mil, con Rodríguez Larreta, a favor del acuerdo con el herrerismo.

Cívicos y socialistas mantuvieron fuerzas: 36 y 17 mil. El comunismo redujo sus votos casi a la mitad, pagando los efectos de la guerra fría: 19 mil. Hubo 5 mil votos por la Democracia Social (el grupo de Quijano), que se disolvió como tal.

25. ESTOS ULTIMOS AÑOS

"Los que quieran pasar con la cabeza gacha".

Las conversaciones de paz en Corea abatieron los precios internacionales de las materias primas ante la perspectiva del avenimiento. Volviendo a los guarismos de comparación utilizados ya: el precio de la lana estimándolo en 100 para el 45, y crecido a 370 en el 51, se derrumbó a 200 en el 52.

La reforma constitucional propiciada desde la presidencia por Martínez Trueba, se quiso anticipar a los efectos: la recesión (convertida después en la crisis que padecemos hoy) auguraba tensiones políticas obvias. Como lo evidenciaban ciertos precedentes. Un conflicto nacido en ANCAP, para enfrentar despidos abusivos, generaba en diversos sectores (puerto, carne, textiles, y taxis) una prolongada huelga solidaria, que no acompañó la UGT. Financiado un aumento a los trabajadores del transporte aumentando el boleto de los psajeros, con acuerdo de blancos y de colorados en la junta departamental, se apeló a un referéndum para revisar esa resolución y rebajar de nuevo el precio del boleto. Colorados y blancos, sumados, aconsejaron votar por el "sí". Pero los electores de la capital sufragaron por "no": 66 mil en contra del aumento; a favor 45 mil. La primera fisura del esquema político tradicional.

Al mes, exactamente, la convención batllista aprobó la reforma propuesta, redactada por "notabilidades" de los dos partidos desautorizados por sus electores, recién. Después el parlamento le dio aprobación, permitiendo la instancia de ratificación por simple mayoría del cuerpo electoral.

Se creaba un Consejo de Gobierno, sustitutivo de la presidencia (con nueve consejeros; seis de la mayoría, pertenecientes al sector mayor; tres de la minoría, repartidos proporcionalmente entre los diferentes sectores del segundo lema). Se colegializaban, también, los demás organismos. Entre consejeros, ministros, concejales, legisladores y directores de los entes del Estado se multiplicaba el número de go-

bernantes: 350. Se asociaba al partido adversario al poder, para enfrentar, con él, dificultades. Sumados, iban a desatar la represión. Y ninguno capitalizaría demagógicamente, desde la oposición, el creciente disgusto popular.

"La presidencia que desaparece no nos arrancará una lágrima de despedida", comentaba "El País", anotando el acierto de ponerle fin a todos los desbordes "cesaristas". Pero el mismo Washington Beltrán, su director, confesaba los vicios flagrantes de aquella reforma constitucional:

—desconocimiento de la representación proporcional con respecto a los seis consejeros de la mayoría;

—restricciones a la libertad electoral (solamente se acumulan votos entre las fracciones de un lema "permanente");

—hoja única de votación para todas las candidaturas (es otra restricción);

—politización regulada de los directorios de todos los entes, al fijar su reparto por cuotas ("tres y dos") entre los dos partidos gobernantes; "no pesan ni cuentan talentos ni virtudes; competencia u honestidad ceden ante la amistad o la influencia; la Administración no ha abandonado el deplorable cometido de ser la gran proveedora de las cientelas electorales; sus puertas están siempre abiertas para los que quieran pasar con la cabeza gacha (...) la administración de decenas de millones de pesos es entregada a la gestión inexperta de candidatos fracasados o de soñadores de bancas, y siempre en el porcentaje estricto, con rigidez de fórmula algebraica".

A pesar de lo cual, le dio su voto. Colorados y blancos —750 mil votos en 1950— aprobaron la reforma que fue plebiscitada en diciembre del 51. Socialistas, cívicos y comunistas —70 mil votos el año anterior— opusieron el "no". Sufragó menos del 20% del electorado, aprobando la proposición a duras penas: 230 mil votos por sí; 200 mil por no. En Montevideo, la propuesta salió derrotada. Esa fue la segunda fisura del esquema político tradicional.

Cinco batllistas (Martínez Trueba, Rubio, Forteza, Alvarez Cina y Brause), un colorado de las otras filas (fue Blanco Acevedo) y tres nacionalistas (Echegoyen, Roberto Berro y Vargas Guillemette) compusieron el primer Consejo que completó el mandato interrumpido por esta reforma. Estableciéndose, por excepción (y por única vez):

—su elección indirecta (fueron elegidos por el parlamento).

—la proporción entre la mayoría (tres "quincistas", dos pachequistas, un terrista) buscando asegurar los votos colorados;

—la permanencia de Martínez Trueba como presidente del cuerpo, por todo el mandato (en adelante, la presidencia fue rotativa y anual).

La gestión del primer Consejo de Gobierno se caracterizó por su desembozado conservadorismo. Comenzó por negar el permiso a la celebración de un Congreso interamericano convocado por los comunistas

y aliados (marzo del 52; a las dos semanas del nuevo gobierno). Desató después medidas represivas contra trabajadores en huelga (marzo del 52; medidas de seguridad). Tramitó en seguida un pacto militar con Estados Unidos (entre mayo del 52 y junio del 53). Desató nuevamente medidas de seguridad (setiembre del 52). Amparó, con su complicidad (abril del 54; conferencia de Caracas) el atentado que se preparaba contra Guatemala.

Debemos detallarlo.

Las primeras medidas de seguridad (que decretó el Consejo por unanimidad y aprobó el parlamento, por 92 votos a 4; oposición de socialistas y de comunistas, exclusivamente), se dictaron contra trabajadores de la salud. Anunciaban un paro, con mantenimiento de servicios esenciales, reclamando mejoras en el presupuesto. Se les contestó con la fuerza, ocupando los centros asistenciales y expulsando a los médicos y funcionarios que prestaban servicio, de acuerdo a lo resuelto, negándose a firmar su concurrencia. Denunciaron los legisladores socialistas aquel atropello y sus imprevisibles consecuencias. "Nada tan significativo, a este respecto, como lo ocurrido con el servicio de asistencia externa, que debía haber continuado en actividad, pero que fue el primero en suprimirse, no por los empleados, sino por la fuerza pública. En efecto, la policía ocupó el garaje (del hospital "Pedro Visca") y expulsó a los choferes, y a las personas que solicitaban por teléfono una ambulancia o la presencia de un médico se les respondía que los choferes de Salud Pública estaban en huelga". Atestiguaron lo que sucedió cuando los militares desalojaron a las enfermeras y el doctor Cruz Goyenola, director del hospital citado, se enfrentó al comandante de la operación: "Si Ud. representa, como dice, al Poder Ejecutivo, en esta emergencia, pues represéntelo y cumpla con su deber; pero yo, director del hospital que tengo centenares de vidas bajo mi responsabilidad, cumpliré con el mío. Y entonces toda orden que Ud. dé y que contraríe las indicaciones para el buen cuidado de la salud de los niños, yo la voy a revocar". Se lo llevaron preso "por desacato". En el debate que se generó, Arturo Dubra dijo: "la Casa de nuestro Partido está a disposición de los núcleos de ciudadanos que quieran utilizarla en cualquier sentido". Fusco, ministro pachequista, replicó:

—Desde ya le anuncio, lamentándolo mucho, que si la Casa del Partido del señor diputado se presta para que allí se reúnan funcionarios en huelga del ministerio de Salud Pública, será clausurada.

En la dura discusión siguiente, reiterando Dubra aquel ofrecimiento, se suscitó un violento dialogado con González Conzi:

—El señor senador (González Conzi) no es leal en sus interrupciones.

—Eso es una payasada.

—No le oí bien: ¿podría repetirlo?

—No le repito nada.

—Hace bien.

Y tras calificar de "deslenguado" a su contradictor por una referencia acerca del "honor", puntualizaba el diputado socialista: "quiero manifestar que nunca he concurrido a este terreno, pero como cualquiera de los señores miembros integrantes de esta asamblea soy un hombre público, de vida conocida, que se sabe a las horas que concurre, que viene con asiduidad a la Asamblea y cualquiera que quiera conversar con él puede hacerlo en las horas oportunas".

Los sindicatos, debilitados por sus divisiones, no tuvieron respuesta para el atropello. Afectado el PC por la separación de algunos dirigentes que cuestionaban a su conducción (Richero, Héctor Rodríguez), dañada la UGT por desafiliaciones (textiles, por ejemplo), divididos en diversos gremios algunos sectores (transporte) y enfrentados los gremios ugetistas con los "autónomos" de la central (y no los confundamos con los amarillos), se vio facilitada la tarea de la represión.

Por eso repitieron aquel expediente: otra vez las medidas de seguridad.

El conflicto que las desató, afectaba al transporte de Montevideo. Adeudaban a los trabajadores el pago del aumento concedido dos años atrás, pretextando que por el resultado de aquel referéndum que rebajó al boleto resultaba imposible financiar el laudo ya vigente.

Llevados a la huelga, sin darle solución a sus reclamos, se desencadenó la represión: procesamiento de los dirigentes, cuatrocientos presos, internación de tales detenidos en el interior, amenazas de deportación (contra Esteban Kikich, por ejemplo, tras 22 años en el Uruguay), disolución de gremios en conflicto y gremios solidarios, despidos, destituciones, suspensión de derechos constitucionales y atentados políticos (al centro socialista de Santa Lucía, para citar uno). Con un solo pretexto: el de la infiltración peronista.

Los demás sindicatos "autónomos" resolvieron jugarse: pasaron a la huelga general (ANCAP, textiles, Federación Naval). "Las libertades sindicales las hemos logrado a costa de mucha sangre proletaria, a fuerza de muchos sacrificios; por ello, no será con la cárcel que nos doblegarán", proclamaban en su llamamiento. La UGT acompañó, reticente, con un paro corto: 24 horas.

"No somos gubernistas, pero estamos con el gobierno", declaró "El País". "Se trata de defender el orden contra la subversión, la ley contra la violencia organizada, la libertad contra el libertinaje". Y César Batlle dijo: "Esta huelga —de la que no culpo a los obreros sino a quienes los extravían— de haber triunfado hubiera constituido una verdadera revolución, tan peligrosa como aquéllas que antes había que sofocar en los campos de batalla, quizá más peligrosa, porque hubiéramos entrado en franco desorden, en un sistema de anarquía en el que los grupos triunfantes se hubieran disputado fieramente después las ventajas del saqueo a que habrían sometido —si hubieran conse-

guido su propósito ciertos dirigentes— a la población y al país''.

El Partido Socialista formuló "su enérgica protesta por este alarde de fuerza totalitaria'' y sacó conclusiones: "la burguesía es demócrata en los períodos de expansión económica y antidemocrática, en los períodos de contradicción y crisis''.

Cardoso demostró que los trabajadores estaban asistidos por todos los derechos, fustigó los desbordes de la mayoría ("pregúntele a los presos y a los confinados que le van a decir si el batllismo es justicia!'', replicó al senador González Conzi), pulverizó las denuncias sobre la "infiltración''. Arismendi agregó: "Se habla de agitadores... que los vayan a buscar a los ranchos del Cerro, a los contornos montevideanos, a los pueblos de ratas, a las expresiones dramáticas de la política económica y social que han fijado los que piden estas medidas extraordinarias''. Y apuntó más allá: "Desde todos los rincones del país se levanta la protesta por la firma del llamado Pacto Militar con los EE. UU., que compromete al país seriamente, que hipoteca su soberanía, que ata a nuestra patria al carro de guerra del imperialismo norteamericano, y por el camino de las medidas extraordinarias, por el camino de la represión, se quiere buscar silenciar el ambiente público, las reclamaciones de las masas, para hacer camino, entre gallos y medianoche, a la aprobación de este tratado militar ignominioso''.

Mr. Ravndal, el embajador, y Fructuoso Pittaluga, el canciller, estaban —en efecto— discutiendo el "Convenio de Asistencia Militar'' (o MAP: Militar Assistance Pact).

Es un molde que "pentagoniza'' las fuerzas armadas en el continente, convenido en el marco de la guerra fría (la guerra de Corea tocaba a su fin: Foster Dulles quiere apuntalar a las fuerzas francesas asaltadas por Giap en Vietnam, entonces "Indochina'').

El artículo primero señala la finalidad: "fomentar la defensa del hemisferio occidental''. El segundo corrige: "*a menos que se acuerde otra forma*, no dedicarán esa ayuda a otros fines diferentes de aquéllos''. El octavo extiende: "cada gobierno cooperará con el otro para adoptar y aplicar las medidas de defensa económica y los controles comerciales que sean del caso, destinados a proteger el hemisferio contra naciones que amenacen la seguridad del mismo''. El noveno extiende más: "a la seguridad del mundo libre''.

Juan José Crottogini, con otros compañeros, organizó la movilización para enfrentar al pacto y denunciar los fines verdaderos. Lo sancionó el Senado, sin embargo, con el voto de los colorados, los cívicos y los "independientes''. Comunistas, socialistas y herreristas votaron en contra.

Promulgado a mediados del 53, su aplicación desalentó la creación de fuentes nacionales de abastecimiento (por ejemplo, fábricas de municiones). Las recibimos, generosamente, hasta el 55, cuando cayó Perón ("en esta etapa nuestra fuerza aérea llegó a ser la más moderna

de Sudamérica", según Carlos Bañales). Después atendieron a la policía. Y "Marcha" publicaba esta declaración: "los objetivos específicos de ayuda militar son conseguir fuerzas latinoamericanas capaces de mantener la seguridad interna ante las amenazas de violencia y la subversión, sean de inspiración comunista o casera" (vicealmirante Heinz). En esa confesión, se anuda la variante en la estrategia. El sistema de pactos bilaterales (Brasil, Chile, Uruguay, Ecuador, Perú, Colombia, Cuba, la Dominicana, Nicaragua, Honduras, Guatemala y Haití, suscribieron pactos similares) quiere dejar lugar a los esquemas antisubversivos: una sola fuerza multilateral, borrando las fronteras.

La Conferencia Panamericana celebrada en Caracas, nos alistó, de nuevo, tras los imperialistas. La protesta de los campesinos, el nacionalismo de los estudiantes y los coroneles y los resquemores de la burguesía con respecto a la casta de terratenientes aliados al Imperio (asociados a la "United Fruit"), abrieron el camino, en Guatemala, a un proceso de cambios radicales. Los gobiernos de Arévalo y Arbenz expropiaron tierras, controlaron la banca, fomentaron producciones nuevas, instituyeron seguros sociales, impulsaron medidas de nacionalismo, construyeron una carretera para poder zafar del monopolio de transportes que la empresa frutera detentaba, trazaron planes para la construcción de otro puerto (porque el único puerto era de la Frutera), promovieron planes educacionales y volvieron vigentes a las libertades allí desconocidas. La Frutera y Estados Unidos pusieron el grito en el cielo. Los cancilleres fueron convocados para declarar "que el dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del movimiento internacional comunista (...) constituiría una amenaza a la soberanía e independencia política de los demás estados". Lo aprobaron (Uruguay lo votó "con pesar", según declaraciones de Jiménez de Aréchaga, su delegado, pero lo votó; México y Argentina negaron el voto, junto con Guatemala). Y tres meses después, Arbenz fue derribado por fuerzas invasoras adiestradas, pertrechadas y amparadas por EE. UU., con impunidad. Socialistas, comunistas y herreristas condenaron el acto de piratería.

Cerremos el estudio de aquella gestión infeliz del primer colegiado, asomados a la corrupción.

Alcanza con tres referencias:

—la ley del "beneficio de retiro" (del 51) originó prebendas abusivas; para percibir lo que la ley fijó se debió transitar el camino de la venalidad;

—la guerra declarada contra Hitler, en febrero del 45, se prolongó por unos cuantos años, hasta el mes de setiembre del 53! (Hitler se suicidó en el mes de abril y el gobierno alemán — sus restos— capituló en la primera semana de mayo del 45); "se prolongó seguramente por incuria, pero con onerosas consecuencias financieras, ya que los cómputos jubilatorios del personal militar y otras prestaciones son

aumentadas durante el estado de guerra con importantes coeficientes" (Roque Faraone).

—las franquicias para permitir a los legisladores importar automóviles con beneficios (en el 54).

El retorno de Luis Batlle Berres, alejado en los primeros meses de gobierno, y distanciado de Martínez Trueba, permitió componer, a su lado, un grupo que alternaba entre los altos cargos de gobierno y el vocabulario de la oposición. "No es verdad que sea necesario apretarse el cinturón. Lo que hay es que hace año y medio que no se gobierna en este país", denunció con dureza al llegar, después de un largo viaje. En "Acción" les llamó "improcedentes" a las mismas medidas de seguridad decretadas por sus consejeros y aprobadas por sus legisladores.

Cabalgando a la vez en el gobierno y en la oposición, ganó las elecciones con facilidad.

El coloradismo mantuvo sus fuerzas: 444 mil. La "15" (Batlle Berres, Zubiría, Lezama, Fischer, Zavala Muniz y Chelle), computó 255 mil; la "14" (Lanza), 180 mil; Blanco Acevedo sólo 9 mil. El terrismo se desintegraba adentro del batllismo.

El nacionalismo computó 310 mil votos: 161 mil para los herreristas (dos consejeros: Herrera y Viña); 112 mil para la disidencia de Fernández Crespo (electo consejero) y 37 mil para el sector "independiente" que lo dejó de ser y volvió a sufragar en el lema.

Los cívicos crecieron: 44 mil. Como los socialistas (29 mil). Los comunistas mantuvieron sus 20 mil votos y los "independientes", que sufragan afuera del lema del nacionalismo por última vez, se reducen a 32 mil.

"Fuímos a mendigar el acuerdo de los colorados para gobernar", dirá Luis Batlle Berres. Concertado en minicompromisos.

"Ni nos callamos ni nos vamos".

Luis Batlle cedió cinco ministerios a personas ajenas a su movimiento: Gamarra (sin militancia en filas partidarias), Moreno y Rodríguez (los dos pachequistas, o "catorcistas", como se decía), Ribas y Bado (de orígenes terristas; extraños al batllismo). Cinco presidencias de los directorios en los diversos entes del Estado, más otros nueve cargos, también fueron a manos de los adversarios recientes. Entre conciliaciones y vacilaciones tuvo que enfrentar, en su nueva gestión, al reto de la crisis. Y naufragó con ella.

La crisis conjugaba causas estructurales y de coyuntura.

Se anudaban, primero, en la concentración de la tierra: "el 2,9 % del total de establecimientos han sido definidos como latifundios y cubren casi la mitad (44%) del total de tierras en explotación; en el otro extremo de la escala, el 11,6% de la superficie censada, está ocupada por minifundios, o sea explotaciones de tamaño inapropiado para introducir nuevas técnicas (en esta situación se encuentran unos 52.000 establecimientos)", contabiliza Couriel. O como apunta Bernhard: "54 latifundistas tienen más campo que 55.000 pequeños y sacrificados minifundistas".

Se ligaban con las consecuencias del final de la guerra en Corea y el descenso de las exportaciones y de su valor.

Recogemos un interrogante de los economistas y damos su respuesta: "¿Qué posibilidades se abren a países como el nuestro, que han montado una industria de protección necesaria, para mantener el aparato industrial creado? Si se mantiene la estructura tecnológica vigente, reponiendo equipos mediante la compra de modelos ya en desuso en los países industrializados, se estaría operando en función de la escala reducida del mercado nacional, que no autoriza la instalación de grandes maquinarias ni de procesos modernos. Pero esa situación abriría una brecha creciente en la rentabilidad: bajaría el nivel de competividad de la industria y se requerirían esquemas de protección más intensos. Si, por el contrario, se procura adecuar la estructura de producción a las técnicas más modernas, al nivel de las que usan los países más desarrollados, los nuevos equipos deberían trabajar muy por debajo de su capacidad, puesto que no existe demanda suficiente para atender su producción a plena capacidad".

Inhabilitados para solucionar —dentro del recetario del capitalismo y de la dependencia— esos requerimientos, le pagamos tributo a la crisis.

Bajó la producción. Decrecieron —y cómo— las exportaciones. Cayeron los precios. Saltaron las importaciones por arriba de nuestros ingresos. Subieron sus costos. Bajó nuestra moneda. Creció por eso el costo de la vida y bajaron, de veras, los sueldos. Se desarrollaron tensiones traducidas después en convulsiones. Agonizaba el Uruguay batllista.

Revisemos, en orden, las cifras:

—el producto bruto decreció: promedió un crecimiento del 3,4% para los diez años anteriores y se redujo un 0,6% (—0,6%) durante el gobierno de Batlle;

—el sector industrial pagó un precio mayor a la crisis: del 6,2% promediado como crecimiento entre 1945 y 1955 a un descenso del 0,6%;

—las exportaciones se desmoronaron: promediaron 243,5 millones

de dólares entre el 50 y el 54 y descendieron a 172,5 millones promediales entre el 55 y el 58, según cifras del Banco Central recogidas por Reig, Macadar y Santías repetidas en publicaciones de la Universidad (con el pico más alto en el 53 —casi 270 millones— y el más bajo en el 57: apenas 136, es decir, la mitad);

—las ventas de lana se redujeron un 40% (de 108 millones de dólares por año hasta 66);

—las ventas de carne y de sus derivados se redujeron más de la mitad (de 44 millones de dólares por año a 18);

—las ventas a EE. UU. (y allá fue Luis Batlle, a buscar, sin hallar, solución) se redujeron a su tercera parte (del 30 al 10% del total, quedando por debajo del Mercado Común Europeo, de los países socialistas, de la Gran Bretaña, del resto de Europa y de América Latina, en ese orden);

—las importaciones bajaron también (de un promedio de 247 millones para el quinquenio comenzado con la guerra de Corea hasta 210 en años del gobierno de Luis Batlle);

—en ese desnivel, los saldos negativos engrosaron 150 millones de dólares en contra desde el 55 hasta el 58, con un tope en el 57: 116 millones de dólares perdidos por haberse doblado, con las importaciones, a las exportaciones.

—Couriel ha publicado cifras diferentes (muy poco diferentes y más graves) cuya fuente es la CIDE; el desequilibrio entre ventas y compras, en contra, asciende en esos años, según él, al 32% (28% según las otras cifras), así discriminado: "esa enorme caída del monto anual de divisas ingresadas por exportaciones resulta en parte (20 %) de la caída de los precios de exportación (cesados los efectos de la guerra de Corea) y en otra parte (12%) de los menores volúmenes exportados";

—el costo de la vida trepó con rapidez: "se necesitaron trece años, 1942-1955, para que el nivel general de precios se duplicara; sin embargo, los precios se duplican nuevamente en un período de cuatro años (1955-1959)" (ingeniero José Luis Buzzetti, batllista);

—la moneda se hundió: "hemos sido cuidadosos en el manejo de nuestra moneda, y más que cuidadosos tal vez conservadores; me permitiría decir que no debemos asustarnos de ser conservadores en la custodia y valor de ella", había dicho Luis Batlle al asumir, pero el dólar de venta saltó de la cotización de 3.15 a comienzos de su presidencia a 10.75 a fin de su gobierno.

El Fondo Monetario sugirió remedios de su recetario: "un esfuerzo de estabilización que involucre políticas crediticias, fiscales y de salarios (...) a fin de corregir su desequilibrio, el Uruguay deberá... restringir suficientemente la demanda interna a fin de reducir importaciones". El gobierno limitó sus medidas al provecho de algunos amigos sin canalizar las inversiones ni asumir el control de sectores vitales.

"Sadil" ejemplifica esos favoritismos.

El viaje mencionado de Luis Batlle, hacia fines del 55, merece renglones aparte.

Defendió nuestras ventas con recursos retóricos pobres ("los que se abrigan con lana que no es lana corren el peligro de morirse de frío", ensayó, con humor). Denunció los tropiezos de nuestra producción ante ciertas barreras: "Nosotros somos vendedores de lana y también somos vendedores de productos trabajados con la lana: tejidos, tops, hilados. Cuando yo vine para EE.UU. quise traerle como regalo al señor Presidente de la República un gran carnero, tres ovejas, tops y tejidos, y me dijeron: las ovejas y el carnero no los dejamos entrar aunque sean para el Presidente. ¿Y lo demás? Puede entrar si es poco; si es mucho no". Anunció, con disculpas, medidas defensivas: "Nosotros, por ejemplo, en nuestro puerto de Montevideo, tenemos un pequeño dique para reparaciones de barcos que puede levantar barcos de 17.000 toneladas y hemos formado así una industria naviera prestigiosa por los trabajos que realiza y con alguna prosperidad. A ese dique entraron barcos de todas las nacionalidades, menos norteamericanos. Porque ustedes tienen una ley de 1944, violentamente proteccionista, que impone una multa a toda embarcación nacional que hace reparaciones fuera de los astilleros norteamericanos. La medida, sin duda alguna, es dura, y el problema no es entrar a discutir si está bien o si está mal; pero es evidente que esto obliga a explicar y a tolerar que los países pequeños que empiezan a dar sus primeros pasos para formar su poder industrial intenten hacer algo parecido, débilmente parecido". Acompañó ciertas declaraciones (vender a quien nos compre) con duras monsergas anticomunistas: "yo no creo que el pueblo ruso ame al gobierno ruso, porque yo creo que todos los hombres aman la paz y la libertad, y si el pueblo ruso no tuviera sobre él la presión policial, pueden estar seguros que no tendría este régimen dictatorial que está sufriendo".

Iguales expresiones, a lo largo del 55, se habían multiplicado en contra de Perón. Batlle Berres había sido autor, casi diez años antes, de un pronóstico errado: "la inmensa mayoría —no podemos decir ,por desgracia, la totalidad, pero podemos decir una abrumadora mayoría de los trabajadores argentinos— están contra Perón". Intentó la defensa de Braden: "se pretende decir en estos instantes que EE. UU. quiere intervenir en la política argentina... yo digo que es al revés". Profetizó disgustos: "si Perón alcanza el gobierno será para todos los vecinos, motivo de inmensa preocupación y de grandes dolores de cabeza". Se acercó, sin embargo, a Perón, durante su primer gestión presidencial, intentando acrecer la corriente turística de procedencia argentina, comprando carne y vendiendo arena. Argentina denunció después la venta de esa carne para el exterior y detuvo sus compras denunciando apremios en los pagos ("se organizaron las compañías areneras argentinas y hoy ciento cincuenta barcos y casi diez mil obreros argentinos viven

de esa actividad", dirá luego Perón). Indispuestas de nuevo aquellas relaciones se le dio "piedra libre" a los opositores argentinos para conspirar, sin mucho disimulo, desde el Uruguay. "Como si la hospitalidad que les brinda ese país tuviese por precio el ataque sistemático y soez al Presidente de la Nación Argentina", protestó Buenos Aires. Se avecinaba el golpe derechista que derribó a Perón.

Volvamos a la crisis y a sus consecuencias sociales.

Operó, por supuesto, como detonador. En el plano sindical, en el plano juvenil y en el plano político tradicional.

La lista de conflictos sindicales tiene varios jalones:

—la huelga metalúrgica del 55 (allí murió María del Carmen Díaz, ultimada por los rompehuelgas armados por la patronal);

—la huelga de los trabajadores de la carne iniciada en Fray Bentos en el 56 (culminó en una marcha de los trabajadores a la capital);

—otro nuevo conflicto en la carne, en el 57, por el intento del Ejecutivo de quitar a los trabajadores algunas conquistas (el seguro por desocupación);

—el conflicto de los arroceros, en el 57: la primera expresión sindical victoriosa en el proletariado rural; esa huelga se liga al proceso de cambios ocurridos en el Socialismo, que ha de ser explicado después: tuvo un protagonista: se llamó Orosmín Leguizamón ("no vaciló en enterrarse entre el barro y el agua de los arrozales del este para intentar una quimera: organizar a los olvidados, ignorados y explotados arroceros"; Leguizamón recuerda: "tuvimos que realizar reuniones prácticamente clandestinas, en la noche, debajo de puentes, en montes, en el medio del campo; realizamos muchas asambleas cuya única luz era la de un fósforo, o la débil llama de un encendedor; como en algunos arrozales para poder entrar hay que llevar permiso firmado por la dirección de la empresa, debimos entrar en más de uno de "contrabando", escondidos, bordeando campos o como parientes de algún obrero; sólo teníamos una ventaja: los patrones arroceros, que habían humillado y vejado por muchos años a los trabajadores, confiaban en que estos no eran capaces de organizarse y luchar");

—la huelga de los papeleros en el 58: una huelga en la CICSSA de Brown (para respaldarla se produjo un paro general sin precedentes; un trabajador, Urián, Correa, fue muerto esa tarde por los rompehuelgas).

La división entre los sindicatos y el "amarillismo" de alguna central (la Confederación Sindical del Uruguay, en las manos de agentes de cierta embajada) debilitó esas luchas, todavía. La Comisión Coordinadora pro Central Unica, del 56, la Comisión Intersindical de Solidaridad, en el 58 y el Plenario de la Cultura y del Pueblo Trabajador (de integración obrero-estudiantil) en esa misma fecha, anticipaban el futuro proceso de unificación. En el marco de luchas solidarias con los estudiantes se consiguió, en octubre del 58, a pocas semanas de las

elecciones, una legislación laboral avanzada: seguro de paro, salario de maternidad, asignaciones familiares a los desocupados, seguro por enfermedad para trabajadores de la construcción y reformas positivas en la legislación de despidos y de vacaciones.

Los estudiantes ganaban la calle. Reclamaban una nueva ley orgánica de la Universidad y acompañaban, con sus ruidosas manifestaciones, reclamos sindicales. Padecieron la violencia represiva y sensibilizaron, en el enfrentamiento, a los sectores medios, a las puertas de las elecciones.

Contaron con apoyo de las autoridades universitarias.

El rector Cassinoni (como su antecesor, el arquitecto Agorio, procedente de filas socialistas) impulsó una política de renovación en la Universidad tendiente a proyectarla en el plano social para servir a la comunidad. Renunciante a su banca de legislador socialista para ser rector, había dicho en agosto del 56: "no comparto el criterio de quienes creen que los universitarios deben ser neutrales o indiferentes a los problemas sociales y políticos (...) los que así opinan son muchas veces hombres que sitúan la Universidad y su condición de universitarios en un aristocratismo que yo no comparto y que combato (...) desean ver resbalar los problemas angustiosos y urgentes de la hora sin que se tome decisión y sin opinar sobre los mismos, con el propósito que no interfieran con su situación social o contra sus propios intereses (...) yo no opino como ellos; si los universitarios no pueden ser indiferentes a los problemas políticos y sociales menos lo pueden ser los que dirigen la Universidad". Los proyectos de extensión universitaria y bienestar estudiantil requerían una ley orgánica ajustada a las necesidades previstas. Y la lucha para conseguirla generó enfrentamientos muy duros. "Resulta tonto reclamar a los estudiantes que guarden estilo al formular una reivindicación de esta especie, con la rebeldía y la irreverencia propias de la juventud", escribía Jiménez de Aréchaga (Eduardo; será después ministro de Pacheco Areco). El senador nacionalista Barrios Amorín quiso poner las cosas en su sitio: "A los estudiantes les reconozco el derecho a gritar por las calles en defensa de sus ideales y de sus aspiraciones. Creo que es bueno que lo hagan, diría que no se exageraría mucho si se afirmara que tienen hasta el derecho a tirar algunas piedras. La juventud tiene que ser rebelde y desgraciado el país que no cuenta con esa juventud rebelde, envejecida antes de tiempo. País sin juventud, es país sin porvenir. Todos hemos tirado piedras como estudiantes y todos hemos peleado con la policía y hasta alguna vez hemos ido presos por pelear con la policía como estudiantes en huelga". Batlle Berres minimizó la participación estudiantil en esos episodios ("todos nosotros, cuando hemos sido estudiantes... nos hemos enfrentado a la policía, la hemos combatido; hemos herido a algún guardia civil y hemos recibido, por nuestra parte, la correspondiente contestación") pero enfiló truculentos ataques contra los socialistas, acusándolos

por subversión.

El descontento se capitalizaba, políticamente, por los adversarios mayores: el nuevo movimiento ruralista y el Partido Nacional.

El ruralismo, como movimiento político-gremial (Liga Federal de Acción Ruralista) remontaba sus antecedentes a 1950 bajo la orientación de Benito Nardone, comentarista de temas rurales. Encuadraba en sus filas, fundamentalmente, medianos y pequeños productores. Expresaba los apremios y temores de dicho sector ante las consecuencias de la crisis. Para defender la producción y la moneda, reclamaba romper las ataduras que el comercio exterior nos impone. Ensayaba un distingo social apuntando a enemigos, diferenciando respectivamente a los "botudos" de los "galerudos". Sumaba el apoyo indistinto de blancos y de colorados, rompiendo tradiciones partidistas. Y no vacilaba en abrir la fisura: traducía políticamente su fuerza gremial cobijado en un lema al amparo de un acuerdo con el herrerismo.

Fenómeno dinámico y complejo. En el 55, Nardone participa en actos de la Federación Obrera de la Lana y responde a "Justicia" (vocero del P.C.) que se debe vender nuestra lana en dirección al campo socialista, a cambio de combustibles. En julio del 56, formalizaba un pacto con el herrerismo. En setiembre, Vivián Trías esquematizaba: "Este tipo de ruralismo escapa a los viejos y archiconocidos cuadros del ruralismo, al estilo de la Asociación o la Federación Rural, que son iguales a sí mismos desde la época de Ordoñana. En efecto, en él alienta el embrión de un populismo auténtico, aunque confuso, potencial, indefinido. Creo imposible decir ahora si terminará como fuerza revolucionaria o fascista, pero ambas cosas puede llegar a ser".

El herrerismo le abrió "las tranqueras" del lema.

Luis Alberto de Herrera había sido, como consejero de la minoría, implacable censor del gobierno.

Recojamos algunos ejemplos, de muchos:

—"el régimen es una garrapata prendida al pecho de la nación";

—"a raíz de la última sesión, en el diario que dirige el señor consejero Batlle Berres se registró lo que sigue: "mientras tanto el Dr. Herrera no pierde un solo instante en usar el Consejo Nacional para sembrar desprestigio... esto tiene dos salidas: la primera, que Herrera se calle, por el país; la segunda, que se vaya"; y bien, les guste o no les guste, ni nos callamos, ni nos vamos; en contrario, redoblada la voluntad";

—"en la última sesión se acordó (nosotros votamos en contra) a los directorios de los bancos de la República, de Seguros e Hipotecario, en acto que juzgamos de dilapidación... un año de sueldos; con efecto retroactivo; dádiva desorbitada, sin precedentes... ¿pero tenemos nosotros, ni nadie, derecho de dar así, a la marchanta, los dineros y caudales de la Nación?";

—"esa militarización (policial) tenía que acabar mal; la policía

estaba esperando un desfile, una manifestación (...) desde luego, son muchos los motivos de protesta, como el encarecimiento de la vida";

—"creo que a esta hora ya debería estar aquí la renuncia del Jefe de Policía y de las autoridades policiales que lo han acompañado en este extravío";

—"dice (Batlle Berres) con esa voz con la que ha impresionado a muchos tontos que sería muy grave que existiera descreimiento de la opinión pública; pero si a nosotros nos procesan!; si la gente está harta de esto!; lo que tenemos que hacer es renunciar colectivamente a este cargo que desempeñamos con ineficacia, desacreditados (...) ¿se cree que con medidas policiales, militarizando a la policía y queriendo asustar a la gente se va a hacer nada?; y ahora están que no saben donde meterse cuando se anuncia que vienen los obreros del litoral a pedir trabajo!".

Y lo más importante: el afán de unir por encima de lemas, contra lo que llamaba "la patota", una conjunción de diferentes fuerzas.

Lo anunciaba a comienzos del 56: "La eterna cuestión de blancos y de colorados ya está en la historia! El país, con sobrada razón, está rabioso con nosotros!" Lo repetía por Radio Rural en el 57: "Lo de blancos y de colorados es cosa de la historia. No podemos estar rigiendo nuestra vida actual mirando para atrás. No. Hay que mirar para adelante. Los viejos miran para atrás. Nosotros somos jóvenes" (tenía 84 cumplidos): "toda la gente buena por un largo rato estrechada, para sacar el país de este pantano, de esta ignominia que está padeciendo!". Lo explicaba en todas las tribunas año y pico después: "Lo de las divisas es cosa secundaria y subalterna" (discurso en Trinidad). Y cabe subrayar la consecuencia con viejas posiciones. Cuatro décadas antes, escribiendo a correligionarios de Melo, Herrera señaló: "De los viejos partidos orientales sólo van quedando los moldes, y es bueno que así sea (1º de marzo de 1916). Propiciaba un encuentro de blancos, colorados, católicos y liberales, "propietarios y trabajadores": "en esa coalición patriótica de los buenos ciudadanos de todas las filiaciones ve el verdadero peligro para su estabilidad la oligarquía que tanto ha abusado y abusa de la paciencia de la nación".

Al llegar la campaña electoral, avistó la victoria y no descartó el fraude: "La libertad no se compra en la botica", explicó en Trinidad. "No hay médico que diga a su paciente: mire, vaya a la farmacia y dígale que le den dos vintenes de libertad... ¿Acaso tenemos toda la libertad soñada hoy por nosotros? No señores. De aquí a ocho días vamos a ir a las urnas a votar con "bochitas trampeadas". Todo el mundo sabe que el escrutinio va a arrancar de 194.000 y pico, porque para atrás está el cementerio explotado por el oficialismo para perturbar y violar la libertad del pueblo" (alusión al padrón electoral "inflado", sin depuraciones, y a las exigencias en cuanto a por cientos para reformar a la constitución).

Si Herrera y Nardone acordaban conjugar sus fuerzas, integrando

una lista común cobijada en el lema del nacionalismo, los sectores opuestos a la conducción personal del caudillo integraban también, cubiertos en el lema, una concertación. Se le llamó U.B.D (Unión Blanca Democrática). La formaron los viejos sectores del "nacionalismo independiente", liderados por Rodríguez Larreta y Ramírez y el sector separado de la dirección herrerista, orientado por Fernández Crespo. Vigorizada por este sector, de arraigo popular, y exitosa en la penetración de sectores pequeño-burgueses seducidos por su prédica moralizante, no disimuló vinculaciones con olor oligarca notorio. Por ejemplo: Gallinal y Posadas Belgrano integraron sus listas. Dos diarios poderosos le dieron difusión a la U.B.D. Wilson Ferreira, con sus iniciales, escribió un editorial feroz contra Luis Batlle, cerrando la campaña electoral. Lo tituló "Semblanza de Luis Napoleón". Así lo retrató: apenas un sobrino de su tío.

Uno y otro sector (herrero-ruralistas y ubedistas) se enfrentaron con suma dureza. Sin embargo sumaban los votos, por primera vez desde la división generada por la dictarura de Terra. Sólo quedó Quijano fuera del redil. Escribió sin tapujos: "La reconstrucción nacionalista, es una falaz esperanza, tanto como la presunta unidad batllista o colorada, gastada, corroída y medularmente putrefacta". Anticipó el futuro: "No hay tal reconstrucción y seguramente —aunque en política no deben decirse palabras definitivas— ya no podrá haberla. Aspirábamos con ingenuidad a una reconstrucción sobre la base de grandes y pocas directivas comunes. Lo de ahora es una calcomanía de lo que viene haciendo el partido Colorado. Una mala calcomanía. No hay ni habrá partido Nacional cualquiera sea el resultado de noviembre. Hay una conmixtión de fuerzas, dispersas y antagónicas, sin rumbo fijo y común. La U.B.D. votará por el señor Nardone. Los furibundos anticolegialistas y antimperialistas del herrerismo, votarán por los defensores —que estos nos perdonen la referencia— de la intervención multilateral. La preconizada reforma constitucional, terminará en disputa por un puesto en el aborrecido colegiado".

Una lluvia de votos, el 30 de noviembre del 58, derrotó al batllismo. Casi medio millón: 499 mil (dieciocho victorias departamentales sobre diecinueve, incluyendo "feudos" colorados como Maldonado, Canelones y Montevideo); el partido Colorado se distanció 120 mil votos (recogió 379 mil); 120 mil se repartieron entre cívicos (38 mil), socialistas (35 mil), comunistas (27 mil) y un sector escindido del coloradismo (sólo 20 mil). En el nacionalismo vencedor, la conjunción herrero-ruralista derrotó por 11.500 votos a los ubedistas (242 mil y 231 mil respectivamente; una disidencia "intransigente" sólo cosechó 26 mil), logrando elegir a los seis consejeros de la mayoría: Echegoyen, Haedo y Alonso por el herrerismo; Nardone, Harrison y Zabalza por el ruralismo. En el coloradismo, la "15" gubernista superó al pachequismo (216 mil y 154 mil respectivamente, más 9 mil de Washington Fernán-

dez, disidente): Rodríguez Correa (suplido por Grauert, por fallecimiento, después), Arroyo Torres y Batlle Pacheco fueron los consejeros de la minoría. Luis Batlle, desde "Acción", condenó la división de filas: "ha sido violenta como nunca la lucha dentro del Partido Colorado y el sector minoritario no ha actuado como minoría dentro del Partido, sino que su léxico ha sido igual o peor que el de la oposición, buscando minar y destruir al gobierno por los mismos caminos falsos y desleales que utilizaron los enemigos que desde hace cien años nos combaten".

Es común asignar la victoria del nacionalismo al trasiego de votos que Nardone posibilitó, desde filas del coloradismo. Analizando y comparando cifras, Quijano rebatió ciertos supuestos. Mostró que el herrerismo, por ejemplo, lograba duplicarse en Cerro Largo, alejado de la prédica del ruralismo. Como lograba el mismo porcentaje o poco menos en la capital (duplicando sus votos con exceso —124 %— en el Cerro). "A juzgar por el origen y la extracción de sus votos, el herrerismo está situado —para emplear un término vagamente definidor— a la izquierda de la U.B.D.", concluyó. "En Montevideo, obtiene mayoría en los suburbios, las zonas obreras y las semi agrícolas. En campaña en los departamentos en que la tierra está subdividida y el tambo, la chacra y la granja han sustituído a la estancia".

El mismo Quijano, unas horas después de los comicios, estampaba este juicio: "Saludemos en primer término al país y alegrémonos por él (...) los vencidos tenían que ser vencidos. Debían necesariamente serlo". Pero advertía las dificultades futuras: "Si no estamos equivocados, el señor Nardone se declara un aliado y no un miembro del partido Nacional. Está dentro y al margen de él. Dirige y representa a una fuerza autónoma. Y bien: esto crea desde la partida una contradicción cuya importancia no puede ni debe desconocerse". Estalló, clamorosa, en seguida.

El timón a la izquierda

Volvamos atrás.

A fines de julio del 55 el P.C. separó de sus filas a Gómez; su primer dirigente tres décadas y media. Iniciaba una profunda revisión de ciertas concepciones del pasado encarnadas en tal conducción personal.

Las primeras medidas que visualizaron la crisis estaban centradas, indirectamente, en el hijo de Gómez, que desempeñaba cargos partidarios de primer nivel. El P.C. lo expulsó, enrostrándole ser "cabecilla de una burda labor fraccional". Denunció "un refinado y diabólico

plan", lo caracterizó como "anticomunista" y delató intenciones: "al servicio del imperialismo yanqui".

Un largo documento (con las firmas de Arismendi, Massera, Jaime Pérez, Enrique Rodríguez, Julia Arévalo, Bruera, Alberto Suárez, Pazos, Pietrarroia, Mario Acosta y Pastorino) sumaba enjuiciamientos y dicterios:

—"una sucia ideología nacionalista burguesa";

—la conducción de "múltiples aparatos y organismos regidos por una disciplina propia y ajena a la disciplina del Partido";

—"una bárbara disciplina militar de típico corte nazi, de ciega obediencia al jefe; en esos aparatos se hacía imperar el más burdo apoliticismo, mediante la deliberada supresión de toda clase de discusión política; allí no se adoptaban decisiones por discusión libre y democrática. sino que sólo imperaba la orden inapelable de mando";

—"vida de crápula y francachelas de desenfrenado libertinaje";

—"sembraba el descrédito, el menosprecio y en algunos casos buscaba la destrucción física de los cuadros viejos del Partido a los que perseguía y acorralaba hasta llevarlos a la desesperación";

—"culto de la personalidad".

El tiro por elevación hizo un blanco inmediato. Cinco días después, Eugenio Gómez (padre) era relevado como Secretario General y separado de la dirección. Se le acusaba de "desprecio" por los organismos partidarios y se le acusaba de "artera agresión" por haber encubierto las maquinaciones del hijo. A las acusaciones acerca de su vida ("se había sumido en la charca de una vida personal rumbosa, de un clima de señoritismo oligárquico, de ostentación desenfrenada de un lujo incompatible con la modestia de un militante revolucionario, a lo cual unía un burocratismo de adversión a la masa") se agregaban veladas (o no muy veladas) alusiones a ciertos desenfoques: "una línea de provocación putchista, caldo de cultivo para el aventurerismo, cuyo resultado sólo puede ser la destrucción del Partido a manos de sus enemigos".

Y un ensayo autocrítico duro: "el Partido está estancado y desciende el número y actividad de sus afiliados (...) nuestro trabajo en el campo es hoy casi nulo, nuestra influencia sobre las capas medias, la pequeña burguesía y los sectores patrióticos de la burguesía nacional es muy pequeña (...) nuestra influencia ideológica y política entre los intelectuales es hoy pequeña (...) son reducidos los sectores de mujeres y jóvenes que se guían con la orientación del Partido (...) los movimientos más amplios de unidad democrática y el movimiento de la paz son sumamente raquíticos en nuestro país".

Acusado por "desviaciones de derecha e izquierda", Gómez es expulsado (25 de julio del 55). Mientras calificaba de "trotzkistas" y de "oportunistas" a sus adversarios, intentando, sin suerte, organizar sus fuerzas en contra del P.C. (editó el periódico "Bandera Roja", de neta filiación stalinista y apadrinó la formación de un grupo que sólo recogió

22 votos), Eugenio Gómez lograba entrevistarse con Luis Batlle Berres para felicitarlo por haber designado embajador del Uruguay ante la Unión Soviética, tras larga interrupción de relaciones, y por haber suscrito con Checoeslovaquia un importante acuerdo comercial.

El XVI Congreso del P.C., por boca de Arismendi, recibió un informe detallado, en el mes de setiembre, sobre los acontecimientos ocurridos. Implicaba, a la vez, "una revisión ideológica profunda", como la definió. "Los errores... que permitieron el entronizamiento de una "jefatura" por encima de los órganos regulares de dirección, entrañan una lección inolvidable. "El culto de la personalidad"... contribuyó a trabar por un largo período la educación del Partido, adormeciendo la vigilancia, el espíritu crítico, la independencia política, creó un clima insano en la dirección y en todo el Partido, sustituyó las resoluciones y documentos de los organismos de dirección por los informes de un Jefe de Partido". Y tras calificarlo, con desprecio ("un caudillo burgués"), el informe enjuiciaba el desvío: "el Partido renunciaba a derribar el régimen de terratenientes y grandes capitales e instaurar un régimen democrático-popular; eludía el problema de fondo de toda revolución, el planteamiento del problema del poder, y por consecuencia renunciaba en la práctica al papel rector del Partido y a la hegemonía del proletariado en la revolución democrática de liberación nacional". Arismendi agregaba: "es ridículo afirmar como lo hace en sus publicaciones contra el Partido el renegado Eugenio Gómez, que nuestro Partido poseía una línea y un programa justos (...); cómo podemos caracterizar sintéticamente esa línea falsa del Partido? ¿cuáles eran sus rasgos fundamentales?; si sintetizamos sus diversas expresiones... la podemos calificar en general como una línea socialdemócrata".

Trazando correcciones caracterizaba la etapa del proceso político del Uruguay, definía el objetivo de los comunistas en el tramo político inmediato, ensayaba rectificaciones en el terreno táctico, visualizaba un enemigo principal y ligaba el esfuerzo de los comunistas a las movilizaciones por la paz agitadas entonces, en los años de la "guerra fría", por todos los PP. CC.

Se caracterizaba el proceso revolucionario como antifeudal (democrático) y antimperialista (de liberación nacional); en ese gobierno —de liberación— "está llamada a participar la burguesía nacional dentro del bloque de clases sociales, dirigido por el proletariado; nuestro Partido debe declarar, por lo tanto, que el movimiento democrático de liberación nacional y su gobierno —surgido de la revolución antifeudal y antiimperialista— no van a adoptar medidas confiscatorias contra la burguesía nacional, como no lo hiciera la revolución china".

Se apuntaba al primer objetivo: "la tarea central del Partido, en estas condiciones, es hallar las vías concretas para unir a esas grandes masas, aún dispersas, y encauzarlas por los distintos senderos de su propia lucha, hacia el gran caudal del Frente Democrático de Liberación

Nacional (...) este Frente no es una coalición accidental, formada en relación a un episodio de la vida política del país; es el gran caudal unitario de todas las fuerzas democráticas encabezadas por el proletariado en alianza con los campesinos".

Se trazaban ajustes: "nuestros camaradas deben ingresar... en las filas de la Liga de Acción Ruralista... y realizar, dentro de ellas, sin sectarismo, una política independiente".

Se concentraban fuerzas contra un enemigo: "es necesario que sepamos concentrar el fuego principalmente contra aquellos sectores que dentro del gobierno y de la vida política nacional son los agentes del imperialismo yanqui y en particular contra el sector representado por el diario "El Día". reclamando la expulsión de sus ministros del gobierno...".

Todo bajo la consigna de desarrollar la lucha por la paz. Con la correspondiente cita stalinista: "ese movimiento no persigue el fin de derrocar al capitalismo y establecer el socialismo y se limita a los fines democráticos de la lucha por mantener la paz".

Los años siguientes (pautados por las revelaciones del Jruschov acerca del stalinismo, los avances tecnológicos soviéticos, el profundo proceso descolonizador, la revolución victoriosa de Cuba, la política de "coexistencia" que sellaron Jruschov y Einsenhower, la tímida experiencia kennedista, la evolución profunda del catolicismo, la disputa soviético-china y la crisis del monocentrismo como concepción para regir a las vinculaciones entre los estados socialistas y todos los PP. CC. con relación al centro orientador: el "estado guía" o el "partido guía"), tradujeron, en el marco político del Uruguay, los cambios del P.C. En lo fundamental, apuntalaron un trabajo serio a nivel sindical, consolidando bases proletarias y proyectaron, empecinadamente, consignas unitarias.

El Partido Socialista, paralelamente, operaba un proceso de transformaciones también visualizado por el "parricidio" de quien fue su primer dirigente durante medio siglo (1905 - 1955, con exactitud).

Para comprenderlo de modo cabal, habrá que revisar, en forma resumida, los antecedentes. Volver atrás la mira y abarcar, apretadas, las características del partido que Emilio Frugoni orientó.

Enfocados, aparte, los orígenes novecentistas y la división que separó a socialdemócratas de comunistas, en el 21, es fácil distinguir, a lo largo de tres décadas siguientes, los rasgos que singularizan el viejo partido que mantuvo su nombre inicial: defensa consecuente de los trabajadores, probada independencia para sustentar su criterio (recordemos la postura frente a Baldomir o lo del Eximbank), notoria relevancia de sus dirigentes —y Emilio Frugoni el primero, por su reconocido talento— menguada entidad, concepción reformista del proceso de transformaciones, anticomunismo, y cierta incomprensión con respecto a factores de nuestra condición y tradición que no calibró bien. Con agravantes

y con atenuantes. Los tres últimos puntos, por supuesto, reclaman un análisis mayor.

La definición reformista sustentaba la causa de la división. En un viejo folleto divulgado por los socialistas se le apuntaba con una pregunta: "¿hay alguien que se atreva a negar que la actuación parlamentaria del doctor Frugoni ha sido más proficua para el Partido Socialista que todas las reuniones proletarias habidas y por haber?". Frugoni la fundamentaba en un corto trabajo ("El socialismo no es la violencia, ni el despojo, ni el reparto"): "somos un partido de orden... no alteramos el orden, poniéndonos al margen de las leyes". Concibiendo la indemnización a los capitalistas para socializar a sus bienes, la justificaba junto con Jaurés: "la sociedad ahorra indemnizando si esto es condición para socializar sin poderosas resistencias y dolorosos sobresaltos". Y lo más importante: al partido de los socialistas se lo concebía con la finalidad de azuzar a sectores avanzados de la burguesía proponiendo reformas que luego, a veces recortadas o menoscabadas, pudieran abrirse el camino de su aprobación. Es la concepción del "partido picana", como el mismo Frugoni definió. "Si han hecho alguna cosa buena (los otros partidos) ha sido obedeciendo a nuestros picanazos", sostuvo en el 20. En el 66, midiendo los efectos, señalaba en "Extra": "cabría decir que no consiguiendo el socialismo, entre nosotros, constituirse en un partido fuerte, se ha infiltrado, aunque en dosis homeopáticas, en los partidos tradicionales, lo cual es, sin duda, un progreso". Por ese camino ("reformas progresivas y conquistas graduales"), se concibió al Partido Socialista como prolongación del batllismo. Dubra afirmaba en el 47: "Para lograr en una escala decisiva la formación de un gran Partido Socialista, es necesaria una previa y acertada gestión de las fracciones más progresistas de la burguesía nacional". En esa gestión, al socialismo se le reservaba el papel de mentor. Papel magisterial: "somos un partido de orden que les ha enseñado a adoptar modalidades democráticas —programas, plataformas, mandato imperativo— con las cuales... modernizan su fisonomía".

El anticomunismo, nutrido en los resabios de la división, encontraba asidero en el stalinismo. Se manifestaba, particularmente, hacia dos direcciones:

—apoyo sostenido a lo que se llamó "sindicalismo libre", integrado a las grandes centrales internacionales en las que predominan sindicatos norteamericanos, rechazando, con obstinación, el contacto unitario con aquellos gremios en cuya dirección primaran comunistas;

—ubicación del lado norteamericano en la puja siguiente a la guerra, caracterizada como el enfrentamiento del "totalitarismo" comunista con el "mundo libre".

Lo primero tuvo su reflejo en la presencia de los socialistas en una central embarcada en el divisionismo (la Confederación Sindical). Lo segundo se puede medir a través de una declaración del vigésimo octavo

congreso de los socialistas, en el 51: "en la lucha entablada entre el hemisferio político democrático, que encabezan, como potencias máximas, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, y el hemisferio totalitario que encabeza o mejor dicho absorbe con su influencia única la Unión Soviética, el Partido Socialista no puede menos de tomar posición en favor del primero". La condena a "la desaforada agresión de Corea... maniobra del imperialismo comunista" (!), el repudio a la "tercera posición" ("sólo conduce a hacer, de buena o mala fe, el juego del comunismo stalinista") y los editoriales de Frugoni, retrataron esa orientación. Entre muchos dislates Frugoni encontraba normal que Mac Arthur pudiera ordenar un ataque total a la China ("Las consecuencias de una persecución de los aviones chinos sobre territorio de Manchuria pueden ser gravísimas, pero no menos graves serían los efectos de bombardeos victoriosos efectuados por aparatos cuyo campo de partida y de llegada se halla a pocos kilómetros y permanece inmune e impune mientras actúa como foco y motor de la ofensiva. Sean cuales fueran las proyecciones de esa medida, ellas no han de ser sino efectos naturales de la guerra entablada. O se renuncia a continuarla o no hay más remedio que hacerla sin atarse las manos..."), o condenaba por "totalitarios" a los gobernantes bolivianos enfrentados al imperialismo ("cualquier nazi o nazificante, como cualquier peronista o peronizante participaba y participa de ese programa de antimperialismo yanqui y de nacionalización de las minas, como hoy no existe comunista o comunizante que no lo pregone con énfasis; y esto no puede bastar para que juzguemos demócrata a un gobernante si atenta contra las libertades públicas, persigue y encarcela a los opositores y demuestra sentir por el peronismo o el nazismo simpatías tales como para infundir la convicción de que sus reacciones avanzadas frente al capitalismo y al imperialismo económico no son sino formas de tomar partido en favor de esos otros imperialismos y de su filosofía política").

Los abusos del stalinismo ("ilegal y brutal violación de normas socialistas... métodos de presión física, torturas... deportación en masa de naciones enteras", según la versión que atribuyen a Jruschov en el 56: "graves infracciones de la legislación socialista y represiones infundadas", según "Pravda" —reproducida por "El Popular"— en el 69) y la postura de los comunistas uruguayos en acuerdo con las directivas internacionales del stalinismo (en particular de los años de guerra; Reyes Daglio lo rememoraba hace poco con un episodio que ya destacamos: "En los años de guerra, por ejemplo, el ministro Fariña expulsó obreros de los frigoríficos a raíz —se dijo— del estallido de una bomba en un barco inglés. Nosotros —digo nosotros para referirme al partido, aunque yo no estaba en la dirección— no acompañamos esa lucha obrera, partiendo de un concepto simplista: nos oponíamos a todo lo que estorbara la colaboración con los aliados. Olvidando que más allá de la guerra el imperialismo persistía"), agravaron esas divergencias.

En cuanto a la postura sostenida, con incomprensión, para enfocar aspectos y elementos de nuestra condición, se puede recordar que en el primer editorial de "El Sol" (el 26 de abril del 21, en seguida de la división), se acuñó una expresión —política "criolla"— para condenar, mediante el adjetivo, los factores de atraso. Frugoni la repite permanentemente. Y es muy ilustrativa su mención a los trabajadores del campo: "los braceros asalariados, los acarreadores de ganado, los peones de campo y los mismos trabajadores agrícolas libres ...esa plebe *sumisa y despreciable* que sin aspiraciones ni gérmenes de capacidad política, no pudo ser un actor espontáneo y consciente y sólo intervino como *oscuro* servidor de la burguesía en todas las tensiones". ¿Cómo no recordar a Nicolás Repetto ("Qué se puede hacer con los peones del campo? Confieso que para mí esta pregunta encierra una de las cuestiones más difíciles. Lanzarse a hacer propaganda entre los peones de los ingenios y los hachadores de leña, es una obra dificilísima, llena de peligros para los que intentan realizarla y a la que puede pronosticarse de antemano un resultado negativo. Se trata de gente muy ignorante, envilecida...")? De allí, justamente, procedía la deformación. De aquellos socialistas argentinos que Justo adoctrinó. Condenando "al viejo elemento criollo incapaz de marchar por sí solo hacia un tipo social superior" en el primer editorial de "La Vanguardia", en 1894. Denunciando "la depravación política de los obreros argentinos y su inconciencia espantosa acerca del valor del voto" (1904). Elogiando el empeño colonizador ("no nos indignemos demasiado porque los ingleses exterminen algunas tribus de negros"). Frunciendo la nariz por los desórdenes ocurridos en Cuba ("ha ido un general norteamericano a poner y mantener en paz" a los cubanos; "dudemos, pues, de nuestra civilización"; 1915). Pero aclaremos bien: si Frugoni le pagó tributo a tales concepciones venerando la figura "magistral" de Justo puso claras distancias con él.

El enfrentamiento a las Medidas de Seguridad, en la primera fila, la oposición al pacto militar y la denuncia de la intervención de los imperialistas norteamericanos contra Guatemala, evidencian, en los episodios del 52 y del 54, un apreciable cambio en las orientaciones del viejo partido. Incorporaciones como la de Trías, de pocos años antes, inciden para corregir la mira equivocada. Y aquellas actitudes y pronunciamientos generan, a la vez, el ingreso al Partido Socialista de trabajadores procedentes de los sindicatos "autónomos" (separados de las dos centrales existentes) y de sectores juveniles universitarios. Las orientaciones y prácticas stalinistas adentro del P. C., decidieron la opción. Con otro factor a sumar: por las estructuras más o menos laxas del viejo partido. se facilitaba su transformación.

Tres congresos permiten pautar el proceso de cambios siguientes.

En el 55, existe mayoría para señalar "que la defensa de los intereses de la clase trabajadora y de sus derechos políticos y sindicales, exige el agrupamiento de todos los trabajadores del país en una sola

y poderosa Central Sindical". Y la declaración sobre política internacional tiene un acento nuevo: "rechaza enérgicamente la repudiable explotación económica del imperialismo capitalista y del régimen colonial... señala especialmente la acción deformante y expoliadora del imperialismo capitalista norteamericano sobre los países de América Latina, a quienes succiona sus riquezas y sume en el atraso y la miseria; resuelve postular, ante la actual perspectiva de paz, una tercera fuerza socialista..."

En el 56, se ratifica dicha concepción y además se resuelve "reclamar la anulación del Trabajo de Asistencia Defensiva Interamericano suscrito en Washington en 1951, por considerarlo un instrumento de dominación del imperialismo yanqui, y del Tratado Militar suscrito con los EE. UU. en 1952; señalar una vez más la alianza estrecha entre los intereses del imperialismo y los grupos de la burguesía nacional, de los cuales el gobierno es su expresión política". Inequívocos pronunciamientos respecto a la guerra de liberación en Argelia y a la criminal agresión de los imperialistas en contra de Egipto, al nacionalizarse el Canal, definieron a los socialistas. Frugoni discrepó. Censuró los "desmanes" de los argelinos y lamentó, calificándolo de retroceso, "un control nacionalista exclusivo y odioso" de Suez.

En el 57, se repite la declaración de unidad sindical (por una central "de programa clasista") y se denuncia por divisionismo, traición en el conflicto de los arroceros y vinculación con los imperialistas a la ya mencionada Confederación Sindical. Y como consecuencia se decide —tras la investigación en una Comisión de Disciplina— expulsar del Partido a quienes la dirigen y sostienen.

El afán por ligar el combate de los socialistas a la tradición nacional revisando, para valorarla, conceptos errados, los esfuerzos por organizar sindicatos rurales analizados antes y la protesta nacida en la Universidad bajo la conducción de Mario Cassinoni perfilaron el rostro del nuevo partido.

Batlle Berres, inquieto, alertó. En aquellas jornadas de octubre del 58, al borde del colapso electoral, enfiló sus ataques a los socialistas: "Hemos podido ver en la calle, al lado del Rector, todos los políticos militantes del socialismo, todos los legisladores del socialismo... y los que no son legisladores pero que son hombres prominentes dentro de este movimiento político, también compartiendo con los muchachos en la calle las pedreas y la lucha contra la policía". Y en la misma sesión del Consejo, con imaginación desbordada: "he tenido la noticia, que traigo a esta mesa, y la pongo en manos del señor ministro, que en estos momentos, en la Federación Estudiantil, con los legisladores socialistas, se está tratando de ver de qué manera pueden incendiar el diario "Acción".

Otros eran los fines de los socialistas: hacer de su partido una herramienta del proceso de liberación. Dispuestos a reconocer el aporte del

"Es la primera vez en la historia del país que Montevideo no entiende nada, absolutamente nada de lo que ha ocurrido en el país. El Montevideo hacedor del Uruguay, el Montevideo conductor del Uruguay. siente que no ha conducido los acontecimientos, que no los ha hecho. Ha ocurrido (le parece) nada menos que el colmo del disparate en nuestra historia nacional". Así comentaba Methol, a la semana de las elecciones, el asombro de la capital ante los resultados. Acaso no era Dubra quien a pocas horas de aquellas elecciones descartaba hasta la más remota posibilidad de las candidaturas herreristas? ("un anciano versátil y un demagogo irresponsable... que sólo operan dentro de sus viejos cuadros").

"El Debate", vocero oficial herrerista, apuntó a la conjunción de fuerzas, de procedencia pluripartidista, que les permitió la victoria. El 2 de diciembre de 1958 editorializó: "El vencido no fue el Partido Colorado. Sería un profundo error en estos momentos de júbilo nacional colocar cintillos y divisas para separar a los orientales... El Partido Colorado no fue vencido. Cayó un grupo que especulaba con su tradición. que se cobijaba en su lema y utilizaba sus distintivos. El Partido Colorado, en lo que significa como colectividad fundadora, estuvo ajeno a los procedimientos del último gobierno. Por ello no es un triunfo de un Partido sobre otro Partido, sino que es una victoria de la Nación sobre la patota". Lo mismo subraya durante la campaña electoral: "La mayoría explota la divisa colorada pero no la siente. Gobierna en su nombre pero no la representa. Son miembros de una oligarquía que no tiene lema ni conoce tradiciones. Está en el gobierno para obedecer sus propios intereses, sin grandeza y sin historia. No son el Partido Colorado ni son de ningún Partido". Y Nardone, por todas las tribunas, repetía: "las divisas se llevan en el corazón o en la frente, no como venda en los ojos".

El estupor por ese resultado tuvo que dejar paso, dos semanas después, al asombro causado por la desavenencia entre los vencedores. Y cuando la fricción se convirtió en ruptura, con una rebatiña por los cargos, desde los ministerios a los entes, el país comenzó a interrogarse

sobre la perspectiva. Se debió sopesar la supuesta amenaza golpista, arribado el 1º de marzo, para confeccionar, por fin, el gabinete. Herrera, virulento, redactó un manuscrito implacable contra "Chicotazo" ("a la fecha, el peor enemigo"). "Como en Sierra Morena", tituló, rememorando así a los bandoleros. "Entrevero de vivos, avivados y decorativos", sentenció duramente. "Asaltantes de caminos!", como les llamó.

¿Menudencias mezquinas? ¿Carencia de estatura para asumir responsabilidades gubernamentales? ¿Celosa ingratitud? ¿Quizá senilidad?

Methol ha descorrido el velo que ocultaba los entretelones del enfrentamiento. Y como su versión, indesmentida, permite comprender los hechos posteriores, la reproducimos. "A mediados del mes de diciembre de 1958, hubo una entrevista en la fábrica textil "Lanasur", entre el señor Nardone y el Sr. Embajador de los EE. UU. Estuvieron presentes varias personas, entre ellos los señores Harrison y Zabalza. Esto lo conocimos todos en su oportunidad y no nos causó extrañeza, pues entendimos que se trataba de contactos normales y lógicos en un momento previo a la toma del poder. Nada más sensato ni más obvio. El propio Sr. Nardone nos relató algunos fragmentos de la entrevista, todos ellos más o menos rutinarios e intrascendentes. Incluso hizo hincapié en alguna anécdota que servía para señalar su independencia de criterio en relación al problema internacional, y de la que luego, por cierto, no diera síntomas. Pero la usó para despistar, y tender una cortina de humo sobre los verdaderos sucesos. El Dr. Herrera supo, sin embargo, y al otro día mismo, cerca de mediodía, la auténtica verdad que presentaba muy otras variantes. En "Lanasur" el Sr. Nardone y el embajador conversaron sobre distintos temas políticos y económicos, y la entrevista tuvo entonces su momento culminante cuando el embajador preguntó directamente y sin vueltas al Sr. Nardone: "Pero qué influencia tendrá el Dr. Herrera en el Gobierno?". El Sr. Nardone respondió también con una tajante claridad: "El Dr. Herrera no ha sido electo para ningún cargo. No forma parte del Gobierno". A buen entendedor pocas palabras. Es posible que el propio interlocutor quedara rebasado por tan precisa seguridad. También el Dr. Herrera sabía pocas horas después a qué atenerse (...) Su primera intención fue no dar crédito, pero la versión no fue desmentida sino refrendada. "¿Qué tenía que hacer esta gente allí? ¿Qué tienen que yo no pueda saber? ¿Qué hace en este momento la mitad del gobierno con un embajador? Esto es traición a la Patria!", repitió varias veces". Según la misma fuente, Harrison y Zabalza, separados y distantes, no participaron en la conversación.

Las desinteligencias de la mayoría, publicitadas como ya lo vimos, estallan en seguida. Convocados los seis consejeros electos para decidir designaciones, Herrera no consigue que su voto cuente. Moteja como "intruso" a Benito Nardone, lo expulsa de su casa, divide sin tapujos al frente vencedor y se apresta a librar la batalla final de su vida. Muere el 8 de abril, a las cinco semanas de la rotación en el mando.

El 1º de marzo, con esa tensión, asumieron los nueve consejeros. Echegoyen (casi 69 años, sucesor de Duvimioso Terra al frente de un bufete de abogado, compañero de Carlos Quijano detrás de Carnelli en el "radicalismo blanco" medio siglo atrás, fiel a la jefatura partidista tras la división fraccional, presidente de la convención del partido en la fecha del golpe de Terra, ministro de Instrucción y luego de Obras Públicas de su gobierno) preside al Consejo. Proclama convicciones liberales en su primer discurso, al asumir (y recuerda la legislación medieval de los vascos: "las leyes contra la libertad se tengan por no otorgadas"). Anticipa la conciliación y la claudicación en cuanto a la política exterior: "En el orden internacional, mantendremos las orientaciones que el país ha fijado, respetando los compromisos existentes (...) Las convicciones que muchas veces fundaron nuestra crítica, en lo relativo a la política exterior, podrán ser expuestas, en las debidas oportunidades y en las deliberaciones correspondientes, sin otro ánimo que el de la colaboración razonable en la solución de los problemas y con la mesura propia del ejercicio del gobierno". Benito Nardone, que lidera a los excomulgados ruralistas ("es una comadreja colorada", tronaba "El Debate"), acaba de explicar a "La Nación", el diario de los Mitre, sus planes de gobierno: "aflojamiento de los resortes estatales... máxima libertad para la iniciativa privada... rechazo total de la lucha de clases". Preconiza el ejemplo italiano (Fanfani, sobre todo). Conversando con un reportero, tras confesarse amigo de Rosigna (el anarquista que protagonizó una fuga memorable de la cárcel de Punta Carreta y que le regaló su "parabellum") y lector de Proudhon y Bakunin, explicará después: "A la industria no la hostigué. Simplemente la dejé caer. Se caía sola. Hay que seguir exportando lana, carne y cuero". Y el redactor agrega: "Si se le objetan las condiciones del mercado mundial, responde que siempre habrá un lugarcito para la exportación uruguaya, por sus pequeñas cantidades: si se insiste en que saturado el mercado mundial los precios bajarán, golpea la mesa con el puño y exclama: Entonces estamos jorobados. Ni Dios nos salva". Regresado al redil herrerista, Haedo encarnaba, en ese 1º de marzo, los afanes para suturar las fisuras abiertas. En la revista "Che" de Buenos Aires, presidiendo al Consejo, en el 61, tendrá iguales elogios para Franco y Stroessner ("patriotas, bien inspirados"), Bentancourt y Figueres ("dos excelentes luchadores"), Guevara y Fidel Castro ("tengo buena opinión"). Regresaba de un viaje por EE. UU. y rememoraba su dura campaña contra la instalación de bases militares durante la guerra, con estas palabras: "Esa gente vive preocupada por nosotros. Me di cuenta que en todo lo de las bases y la defensa, eran sinceros. Estaban preocupados por nuestra debilidad y querían fortalecernos".

Un denominador conservador definió la política económica gubernativa. Que se pautó con estas decisiones: intervención del Contralor de Exportaciones e Importaciones (suspendiendo todo dirigismo en materia

de cambios), reforma monetaria y cambiaria (seis pesos y medio por dólar norteamericano, con liberación de las importaciones), apertura del abasto de carnes de Montevideo a los competidores quitando el monopolio al Frigonal y acuerdos con el Fondo Monetario con un compromiso suscrito (la primera "Carta de Intención" es de 1960 y se la renovó dos veces más, durante ese gobierno).

A tres meses, apenas, de la nueva gestión de gobierno, la revista "Comercio Exterior" (del Banco Nacional de Comercio Exterior mexicano) formulaba un anuncio: "Una misión del Fondo Monetario Internacional *ha preparado* la primera parte del Plan de Gobierno del nuevo Ministro de Hacienda del Uruguay". Y se la detallaba: abandono del proteccionismo industrial, liberación de cambios, ajuste monetario, contención salarial (ajuste en los consejos de salarios y revisión de la legislación que los estableció).

Cuando se concretaron los acuerdos (con la firma de Juan Eduardo Azzini, ministro de Hacienda, y Solano Amilivia, presidente del BROU) se pudo conocer el compromiso. Menor, inicialmente, que lo requerido por los prestamistas. El tema salarial se marginó. Los subsidios (a los precios del trigo, la carne y la leche, por dar tres ejemplos) pudieron mantenerse. En lo sustancial, el gobierno se comprometió a fijarle topes al crédito estatal, a liberar recargos de las exportaciones (prometió eliminar las detracciones antes de los dos años), a permitir cualquier importación y a promover la autofinanciación de los entes ("cualquier déficit que se produzca en los organismos autónomos será financiado por un aumento de las tarifas"). La tercera "carta", en el 62, prometió "eliminar tan pronto como sea posible los subsidios al costo de la vida".

El coloradismo (que afilió al Uruguay al Fondo Monetario cuando se gestó; "nuestro país no podía disentir con la línea de acción que encabezaban los EE. UU.", fundamentaba el contador Laganma, nuestro delegado en Bretton Woods) reprobó con dureza lo comprometido. Hierro Gambardella acusaba al gobierno de entregarnos a manos del Fondo. "Nos entierra en la política imperialista", acusaba Manuel Flores Mora. "Nos gobiernan desde Washington", titulaba "Acción". Y editorializaba: "Ya tienen su ley los blancos y los poderosos; pueden celebrarla con júbilo, mientras el pueblo, desde ya, se juramenta en derrotarlos para siempre".

Los resultados fueron elocuentes:

—estancamiento de la producción;

—pérdida de las reservas de oro y divisas;

—mayor endeudamiento con el exterior (115 millones de dólares más, al amparo de facilidades otorgadas a empresas privadas para comprar a crédito en el exterior);

—crecimiento de la desocupación (4% en el 57; 9% en el 61);

—redistribución de los ingresos en provecho de los productores rurales (los grandes productores, por supuesto; los precios agropecuarios

asoman por arriba de los valores del 51, los más altos, pasados).

Una dura lucha sindical, que acompañó al proceso de unificación, enfrentó los efectos de la orientación gubernista y logró defender los salarios: el salario real, por abajo del nivel alcanzado en el 57 (el descenso comienza en el 58) mantuvo su valor entre el 59 y el 61 y subió claramente en el 62.

Las tres asambleas consultivas del 59, el Congreso Constituyente de la Central Unica en 1960 y la organización de una Central (la C.T.U.), en el 61, jalonaron un largo proceso, incompleto. 60 organizaciones (las más importantes: textiles, metalúrgicos, trabajadores de la construcción, del puerto y los transportes, municipales, obreros de la lana y empleados de comercio), se agruparon en esa central, que superaba viejas divisiones. Sindicatos autónomos clasistas (Carne, Funsa, UTE, OSE y Ancap) quedaban marginados, todavía. La Federación Ferroviaria era el gremio mayor de los pertenecientes a la desintegrada Confederación conducida por la dirección amarilla. Dos huelgas en la carne, una huelga de tabacaleros y un conflicto en UTE agudizaron la confrontación. Y el consejero Benito Nardone se singularizó personalmente por el ensañamiento para desatar, contra los sindicatos, la fuerza represiva.

Un párrafo aparte merece, en relación al mismo consejero, la política rural gubernista.

En julio del 59 el Consejo designó al directorio del Instituto de Colonización. Cuatro meses después, elabora un estudio de la situación y reclama exponerlo en el Ejecutivo. Telefónicamente, se fijó la sesión del 14 de enero de 1960, que no se realizó "por un malentendido". Igual malentendido y otra postergación en febrero. En marzo, el directorio repitió por carta su gestión, sin obtener respuesta del Consejo. En abril otra vez. En noviembre también. "Desde entonces (20 de noviembre de 1960) hasta hace poco, que descontamos que no nos quieren recibir ni oir, llegar a ellos ha sido nuestra lucha. De cuando en cuando algún señor Consejero se acuerda que no nos han recibido, que no saben nada del Ente, que tienen la obligación de enterarse y hacen algunas manifestaciones en ese sentido. Así han pasado tres años... La verdad es que están expulsando al mediano y pequeño productor, facilitando la concentración de la tierra en pocos y menospreciando, en los hechos, la tragedia que conocen". Palabras de Juan A. Ribeiro, vicepresidente de aquel organismo, y miembro del partido gobernante. Un informe suscrito por él recordaba que los solicitantes de tierras sumaban 12 mil, los que tienen posesión precaria 45 mil y las familias olvidadas en los rancheríos rurales eran 15 mil. 72 mil núcleos familiares; 350 mil uruguayos. ¿Y el Instituto de Colonización? Compró con los recursos que le dio el gobierno 900 hectáreas (913, con exactitud) en el 59, más 98 —sí noventa y ocho— en el año 60. Y no pudo comprar en los años siguientes, a falta de recursos. "Reparto de tierra en macetas", como titulaba Julio Castro en "Marcha". Mientras en las "tertulias" del Consejo, como las

definía ("reunión de personas que se juntan habitualmente por recreo", según el diccionario), Nardone conversaba de los necesarios repartos de tierras a quienes trabajen (21 de junio del 62).

Otras inconsecuencias sellaron la política internacional. Tras sancionar a la Dominicana de Trujillo (con el voto de todos, comprendida Cuba), siguieron las sanciones contra Cuba. Con todos condenamos, en la "Declaración de San José", la intervención extracontinental "de las potencias chino-soviéticas" (?) en Cuba. En Punta del Este, en enero del 62, Uruguay completó con su voto la cifra de 14 necesaria (las dos terceras partes) para expulsar a Cuba de la organización continental (México, Chile, Bolivia, Ecuador, Argentina y Brasil se abstuvieron).

Amparada en esas concesiones, y con impunidad, empezaba a operar la derecha con métodos fascistas. En marzo del 60, Agorio y Pedro Díaz se desafiliaban del Ateneo de Montevideo por la práctica del maccarthismo impulsada en esa institución, cobijando patotas armadas. En octubre, las mismas asaltaron la Universidad. En enero del 61 se produce un asalto a la sede central del P. C. El 1º de mayo, esos grupos atentan contra los socialistas lanzando una bomba en la Casa del Pueblo. En agosto, tras una conferencia de Ernesto Guevara en la Universidad, promueven un ataque criminal. En el 62, con ORPADE, trasladan a Enseñanza Secundaria los operativos.

En ese clima, enrarecido ya, nos acercamos a las elecciones Allí se concibieron y se concretaron nuevas experiencias. Habrá que recorrerles sus antecedentes.

En octubre del 58, un mes antes de las elecciones anteriores, Quijano escribe: "El país carece de partidos capaces de gobernar, con posibilidades de gobernar. Los creará. No puede vivir sin ellos. Si los crea en el tumulto y en la desesperanza, nos aguardan días todavía más sombríos que los actuales. Si se adelanta a los contecimientos y es capaz de dar forma a esos partidos por esfuerzo deliberado, en la libertad, habremos ganado una gran batalla. Y esa es nuestra carrera contra el tiempo. O encauzamos los hechos o los hechos nos desbordarán. En semejante empresa, el Socialismo tiene un papel decisivo". Barajando hipótesis posibles precisaba más: "(Se puede) intentar sobre la base de las organizaciones constituídas —si es que además del socialismo existen otras— la creación de un frente nacional de las llamadas izquierdas. En esta última hipótesis pienso que el Socialismo, y excúseseme que sin disponer de autoridad lo diga, tendría una tarea fundamental a su cargo. Habría de convertirse, sin perder su individualidad y sus características, por supuesto, en el eje de esa coalición". Más o menos dos años después, la Convención de FEUU se pronunciaba "por una conjunción de fuerzas populares", con programa nacional y popular. La Central Sindical, a su vez, llamaba a la unidad de "obreros, agricultores, obreros agrícolas, arrendatarios, ganaderos modestos, profesionales, intelectuales, estudiantes, fabricantes y talleristas nacionales, artesanos y pequeños comercian-

tes, jubilados y pensionistas'' contra la orientación fondomonetarista de asfixiar las industrias con altísimos costos de materias primas, herramientas, combustibles y electricidad, y amparar, con los altos arriendos y los desalojos, la concentración latifundista.

¿Y los socialistas?

Estaban en eso. En enero de 1956 (destaquemos la fecha; a casi tres años de las elecciones del 58), Vivian Trías escribió en "El Sol'': "Necesitan (las masas) una nueva corriente política donde puedan florecer, sin limitaciones, una auténtica rebeldía y un verdadero progresismo... Ha llegado el momento de terminar con la dicotomía que trababa una eventual mentalidad revolucionaria en el pueblo oriental. Esa es, también, función del Partido Socialista. Recoger los hilos de la rebeldía y el progresismo y tejerlos en un nuevo movimiento popular inspirado por ambos, y que a la vez, supere a ambos. En eso consiste la síntesis''. Transcurridas esas elecciones y a la vista de los resultados, la dirección política del socialismo le cursó a las bases un interrogante: "¿no debemos tratar de ofrecer a las masas populares un camino no tradicional más amplio que el que puede ofrecer nuestro Partido por sí solo?''. La discusión enriqueció el enfoque y proyectó el acuerdo. Trías lo fundamentaba con estas palabras: "El marxismo nos enseña que la construcción del socialismo requiere cierto grado de desarrollo económico (en especial, de desarrollo industrial) y de madurez social y política. No se puede construir directamente el socialismo sobre la realidad del subdesarrollo y del estatuto colonial. En las naciones dependientes, atrasadas y marginales, como el Uruguay, es imprescindible cubrir una etapa previa, insoslayable, que prepare y cree las condiciones requeridas para la construción socialista. Esa etapa la designamos como etapa de la revolución nacional, porque su signo definitorio consiste en la liberación nacional del imperialismo. Los objetivos económicos y sociales de la revolución nacional no son de índole capitalista, ni de índole socialista (aunque se acercan mucho); son de una índole específica y propia. El instrumento capaz de llevar adelante esa primera fase, no puede ser el partido político clasista (expresión política de la clase obrera) sino el movimiento amplio que abarque a todas las clases sociales explotadas por la oligarquía y el imperialismo (proletariado, clases medias de la ciudad y el campo, etc.) Ese movimiento es la Unión Popular y su programa es el programa de la revolución nacional''. Un retorno, síntesis y avance, como lo definía: "Retorno, porque vuelve al artiguismo para rescatar su indudable potencial revolucionario. Síntesis, porque resume en un solo haz unitario, las mejores tradiciones de ambos partidos tradicionales. Avance, porque recoge esas fuerzas del ayer y del hoy en el apoyo a un programa revolucionario que, para nosotros, abre la perspectiva concreta de la lucha por el socialismo''.

Fue fácil encontrar los interlocutores:

—sectores cristianos orientados por el "aggiornamento" de su religión (un retorno a las fuentes de orígenes comunitarios y un avance al encuentro con el socialismo); hostigados por una conducción conservadora que buscó silenciarlos y los expulsó de la D. C., nombre nuevo del viejo partido de origen clerical, organizaron un grupo al que llamaron FAR (Frente de Avanzada Renovadora; Paysée González lo representó);

—ruralistas que se desligaban del chicotacismo (Williman, Methol, Pereira Henderson);

—"terceristas" universitarios de larga trayectoria gremial estudiantil definidos en el enfrentamiento con el imperialismo (Sarthou, Ares Pons, Beyhaut; la Agrupación Nuevas Bases los organizó);

—independientes (Pedro Díaz, Benedetti, Martínez Moreno);

—militantes de extracción batllista (como el contador Bernhard); pocos procedieron de tal dirección por las expectativas despertadas en el hipotético retorno de los colorados al poder;

—herreristas disidentes con la conducción, distanciados también de Nardone, verdadero mentor del gobierno. Erro los expresó. Con 20 mil sufragios en el 58 (la lista más votada del sector) y puesto por Herrera en el gobierno, del que fue ministro por diez meses, protagonizó un resonante episodio al negarse a firmar la renuncia que se le pedía. "Si la mayoría nos señala una inconducta, un acto deshonesto o contrario a los intereses del país, estoy dispuesto a renunciar, pero mientras se pretenda que nos alejemos del Ministerio por haber asumido la defensa de los humildes contra los poderosos, mantengo el criterio tantas veces expuesto de no renunciar". Así provocaba su destitución, resuelta en enero de 1960. En la prensa explicó:

Hace un mes me llamó Echegoyen. Se sentía conciliador, me dijo que quería superar la crisis. Le dije que todo venía por el decreto de congelación de precios. Usted recuerda: el Consejo lo aprobó el 15 de octubre y el 28 lo dejó en suspenso.

—¿A qué lo atribuye?

—A la presión de la Cámara de Industrias y de la Cámara de Comercio. Nardone recibía en la Comisión de Industrias del Consejo a los presidentes, Posadas Belgrano y Aramendía, y les hacía caso. Cuando me dijeron de firmar la suspensión, me negué. Entonces Echegoyen, Alonso y Zabalza, me llamaron a una reunión, que duró tres horas dramáticas. Ni firmo ni renuncio, les dije. Luego me convencieron de que firmara, porque asumieron el compromiso de honor de hacer un estudio a fondo de los costos, después del 1º de enero. Todo era mentira; no cumplieron esa palabra de honor.

—¿Con quién chocó más en el Consejo?

—Con Nardone, sobre todo.

La ruptura le quitó el apoyo de algunos integrantes de su agrupación (por ejemplo Gianola y Barbot). Pero lo prestigió. En mayo del 62, avan-

zadas las conversaciones con los socialistas, formuló una advertencia: la Agrupación 41 (su fracción) "no acompañará ni votará lista alguna, ni directa ni indirectamente, en la que figure el Sr. Nardone o sus paniaguados". Reclamó pronunciamiento al directorio. Y frente a su silencio decidió: "no seremos jamás aparceros de las camarillas propietarias del lema".

La tramitación del acuerdo político de los sectores que le dieron forma a la Unión Popular (afectada por las divergencias respecto a la composición de la lista común, demorada en exceso, carente de grupos batllistas que le dieran la fisonomía que quiso tener) incurrió, al concertarse, en un error mayor: la exclusión del Partido Comunista. Error del socialismo como promotor de la U. P. y exigencia de aquellos aliados ("en un frente nacional y popular nada tiene que hacer ni el Partido Comunista ni quienes quieran su inclusión en él", afirmaba el ministro expulsado).

El Partido Comunista, marginado del agrupamiento, gestó, con sus aliados, otra coalición. Luis Pedro Bonavita (procedente del nacionalismo independiente del que se desvincula para sostener una política de oposición a los imperialistas "al rescate de la nación", como la definió), Ariel Collazo (con antecedentes gremiales en FEUU y una diputación por la UBD de la que se apartó para constituir un movimiento: es el M.R.O.), sectores batllistas ligados a la tradición de "Avanzar", dirigentes gremiales y universitarios con definición "unitaria" y exponentes representativos del campo cultural, integran el F.I.deL. (Frente Izquierda de Liberación) junto con el P. C. No parece, por su composición, abrir una fisura significativa en los grandes partidos. Pero logra encauzar el afán unitario de vastos sectores impactados por la revolución victoriosa de Cuba.

Ante la alternativa electoral, el nacionalismo dividió sus filas en dos grandes sectores: un acuerdo entre los ubedistas y los herreristas que se bautizaban "ortodoxos" por un lado; por el otro los restos de la combinación vencedora del 58. El coloradismo sumó a la división de corrientes batllistas (la más conservadora aliada a los sectores "riveristas" tras la candidatura de Gestido) una tercer fracción. Separada de Luis Batlle Berres, la orientaba Zelmar Michelini, sostenido por Renán Rodríguez.

Venció el nacionalismo que computó a favor la promoción de un alto presupuesto educativo y obras públicas considerables (545 mil votos a la mayoría; 521 mil sufragios colorados). La "ubedoxia", como se le llamó al entendimiento liderado por Fernández Crespo superó largamente al "eje" sostenido por Nardone (317 mil y 227 mil, más mil votos dispersos). Batlle Berres venció claramente a Gestido (277 mil y 167 mil, agregándose al coloradismo 77 mil votos de Michelini). 41 mil votos del F.I.deL., 36 mil del P.D.C. y sólo 27 mil de la Unión Popular, distan-

ciaban las otras opciones. Los dos grandes partidos sumaban el 94% del electorado

"Paz, pan y libertad".

Fernández Crespo, Beltrán, Giannattasio, Heber, Penadés y Lorenzo y Losada eran los consejeros de la mayoría. Vasconcellos y Abdala (sustituto de Luis Batlle Berres, que prefirió una banca en el Senado) y el general Gestido, los de la minoría colorada.

La desaparición de algunos dirigentes, la promoción de figuras políticas nuevas a la primera fila, la crisis económica creciente (y particularmente el colapso de algunos banqueros), algunas fisuras en la relación con Estados Unidos, las consecuencias políticas del revés padecido por los socialistas y el fracaso en gestar opciones unitarias a la izquierda caracterizaron los años siguientes.

Las muertes de Luis Batlle y de Fernández Crespo, de Nardone y de Batlle Pacheco, precipitan variantes en la constitución y la correlación de sectores internos de los dos partidos principales. Jorge Batlle sucede a su padre como conductor del sector, tras una dura puja entre los aspirantes (allí se separaron Vasconcellos, Segovia, Flores Mora y Roballo, por ejemplo). "El modelo de modernización desarrollista, de base agraria y modos tecnocráticos al que se inclinó... aprovechando prácticamente todos los perfiles distributistas de una ideología batllista tradicional cuyo arcaísmo y disfuncionalidad tuvo la lucidez de percibir, comporta prácticamente corolarios de represión política, dependencia internacional y regresión en la distribución del ingreso", define Real. Y agrega, con acierto: "Es el primer Batlle que abjura en forma literal de los modos populistas de su partido y se inscribe plena y totalmente en el mundo de los ricos, al que está intrincado por muchos y sustantivos lazos económicos". En el otro partido (donde Víctor Haedo se margina en la frivolidad, aunque a veces defina sin vacilaciones: "el imperialismo nos oprime y nos exprime"), Alberto Heber —inconsecuente, contradictorio, frívolo también— ensaya un liderazgo populista de corta duración. "El dólar que recibí de manos del Dr. Beltrán a 82 pesos, se lo entregué al general Gestido a 76, sin necesidad de internar gente en los cuarteles, de rodearme de generalotes, sin tomar medidas de seguridad ni militarizar al funcionariado público", se vanagloriaba después. Y atacando a banqueros y especuladores, durante el gobierno siguiente, dirá: "Son los que en este momento mandan en el país. Todo esto me

hace recordar a los clubes de fútbol cuando compran jugadores extranjeros y deben ponerlos de cualquier manera, porque costaron caros y hay que justificar ante el público su contratación. Charlone juega siempre. Peirano, sale de aquel puesto, porque es malo, y lo ponen en este otro a ver que tal anda. Y ya es hora de que el pueblo reaccione. Que en las próximas elecciones les diga adiós a esos hombres y chau, nunca más". "Tengo que saber desprenderme de mi clase", anuncia en "El Debate". Para esas elecciones, sin embargo, aliado a los sectores más conservadores, apuntaba en otra dirección.

En el plano económico-social podemos anotar:

—el estancamiento de la producción (el producto del 65 es igual al producto del 56);

—el descenso del volumen físico de las exportaciones (en 1950 el Uruguay cubría el 16% del mercado mundial de la carne y en el 65, sólo el 4%; la ley 480 de EE. UU., el Mercado Común Europeo con sus mecanismos de autoprotección y la sustitución de la lana por sintéticos de origen industrial afectaron también nuestras ventas);

—la inflación, alcanzando guarismos inauditos (100% en el 65; el dólar saltó desde los 11 pesos del 62 a los 80 pesos del 66; la clase dirigente captaba por distribución lo que ya no gestaba con la producción);

—el descenso salarial agudo (el salario real decreció más del 15% y el descenso llegó al 25% para los funcionarios del Estado);

—la desocupación (llegó al 12%);

—la constitución de una nueva central (la C.N.T.) que agrupa a casi todos los trabajadores con un definido programa clasista que liga sus reclamos a grandes soluciones nacionales;

—la política de represión contra los sindicatos (Medidas de Seguridad en el 63; nuevamente las mismas medidas en el 65 a pesar de la definición que le daba Beltrán a la prensa argentina: "los dirigentes sindicales son hombres responsables, patriotas"; la represión armada en el 66, "una verdadera batalla campal de tres horas" como informaba "El Diario", entre trabajadores del Cerro y fuerzas combinadas al mando de Aguerrondo y Balestrino; en el último caso hubo trabajadores atados a postes y así retenidos durante la lucha; Heber justificó: "que los sindicatos no empujen al gobierno");

—las ganancias cuantiosas de algunos (Shell Mex, Duperial y General Electric cerraban el balance con utilidades declaradas por encima del monto de su capital; International Harvester del Uruguay y Texaco se arrimaban a iguales guarismos, como buena parte de la banca);

—la remesa de tales ganancias para el exterior (200 millones de dólares entre el 64 y el 66);

—los embarques del oro prendado en EE. UU. para garantizar el pago de la deuda (60 toneladas en lingotes, en octubre del 65, destinados al Federal Bank);

—el "entierro" al proyecto del propio ministro de Ganadería (era

Wilson Ferreira Aldunate); proyectó una reforma rural que murió en el olvido de sus mismos correligionarios;

—la crisis de la banca, culminando un proceso sin freno de especulación (liquidó varios bancos —Transatlántico, Italiano, Regional y Rural— y sus colaterales); "dejó al descubierto una sorda lucha entre sectores empresariales, en la que participaron ciertos intereses creados internamente y también otros intereses extranjeros por el dominio de los canales financieros del país; ello ha derivado al proceso de fusiones que ha agudizado la concentración y la extranjerización de la banca privada en los últimos años'', según economistas; "Izquierda'' comentó: "El Banco Transatlántico no cayó por su peculiar organización, que los demás bancos reeditan, ni por su desenfrenado afán especulativo que todos practican. Entre los bancos intervenidos en 1965 (y antes) y los que resistieron el vendaval, existe una diferencia semejante a la que distinguía a los "piratas del rey'' de los piratas que no contaban con el favor de Su Majestad en el reinado de Isabel I de Inglaterra. Piratas son todos, aunque algunos han superado ciertas barreras de la riqueza y ello les confiere un barniz de "responsabilidad y seriedad'' sin que, en el fondo, hayan cambiado de naturaleza''; la banca extranjera aumentó su control:

—el nuevo compromiso con el Fondo (la Carta de Intención con la firma de Ortiz y Solsona, en el 66): "no aumentarán los subsidios, y se tratará de reducirlos''.

En tres ocasiones, y con entidad desigual, difirió el Uruguay con las orientaciones de EE. UU. En julio del 64, no votó la ruptura de las relaciones con Cuba (acató, sin embargo, la resolución). En diciembre y por boca del subsecretario de Hacienda (Héctor Lorenzo Ríos), enrostró a Thomas Mann —encargado imperial de América Latina— los efectos de la dependencia, promoviendo un debate muy duro en una conferencia interministerial: "Me ha emocionado hondamente el recuerdo que hizo el señor delegado de los Estados Unidos sobre el sacrificio de vidas norteamericanas que costó el aprovisionamiento a América Latina de petróleo y otros artículos (durante la guerra)... América Latina también puso sangre y sudor en la empresa común. Sangre y sudor sobre la tierra y sangre y sudor bajo la tierra. En la guerra, como ahora y siempre lo hace en la paz. Porque no otra cosa es la permanente contribución de los pueblos de América Latina para alimentar el crecimiento de los países industrializados... Esa sangre tiñe de rojo, en la guerra y en la paz, el salitre y el cobre, el banano y las lanas, las carnes y el café, el petróleo y el estaño... Con ella y el sudor de los pueblos sujetos a la miseria del subdesarrollo, se está fertilizando América Latina... Siento una emoción muy profunda, señor presidente, al adherirme al recuerdo del señor delegado de los Estados Unidos por las vidas norteamericanas segadas en la guerra por defender y ayudar a nuestros pueblos. Agrego mi estremecida adhesión por los hombres latinoame-

ricanos que, en un extremo injusto de la gloria, siguen dando su vida en la paz, en el surco y en la mina, flagelados por la enfermedad y el hambre, sin destino, sin el homenaje de una auténtica fraternidad, para hacer posible el mejor nivel de vida de otros países. A aquellos grandes héroes de un tiempo y a éstos, humildes héroes de todos los tiempos, el emocionado homenaje de mi país''. En mayo del 65 Uruguay condenó el desembarco en la Dominicana y se negó, después, a mandar contingentes a la fuerza multinacional que encubrió el atropello de EE. UU.

En el Socialismo, conocidas las cifras adversas en las elecciones del 62, la dirección adelantó su juicio: "La concepción que dio origen al surgimiento de la Unión Popular... sigue siendo correcta (...) el Partido Socialista debe contribuir a mantener la construcción lograda". Un Congreso, en seguida, resolvió "ratificar la permanencia del P. S. en la Unión Popular''.

A la derrota electoral se suman la separación de Frugoni, la ruidosa polémica que le siguió, la expulsión del diputado Dubra y la crisis interna que al fin origina la disolución de la U. P., a comienzos del 63.

Lo de Frugoni tuvo resonancia. "Me quedo en el Partido'', contestaba en "Reporter'' después de cuestionar la concepción del frente algunos meses antes de las elecciones. "Lo votaré... sea como fuere, en la lista de la Unión Popular figuran los candidatos del Partido'', había agregado en "Marcha''. Pero tras sufragar formula una declaración: ha sufragado en blanco por no votar a un blanco. Después desató por la prensa un ataque frontal al Partido ("congresos vergonzosos... izquierdismo a la violeta... ludibrio... torpe asesinato del Partido... saltimbanquis oportunistas... un acuerdo que por la caprichosa manera de desenvolverse, se asemejaba a un acordeón; por momentos, y por el lado de los negociadores socialistas, un acordeón en manos de borrachos''). El Partido Socialista replicó: "Las asambleas de los Centros y de las Agrupaciones y los Congresos del Partido decidieron todo lo fundamental; el Partido supo y quiso lo que se resolvió y lo que se hizo (...) Este es un Partido de hombres maduros y de jóvenes en el que la historia impuso cambios sustanciales en su orientación y en el que la inmensa mayoría de nuestros viejos afiliados marchan fraternalmente unidos a las jóvenes generaciones socialistas (...) Hechas estas puntualizaciones, la continuación de un debate público con el Dr. Frugoni no tiene ya razón de ser''. Amigos de Frugoni organizan un agrupamiento "de reafirmación'' y obtienen de la Corte Electoral que se les autorice a utilizar el lema socialista, distinguiéndose por un aditamento.

La crisis de la U. P. se generó tras la grave inconducta de una persona electa con sus votos y el incumplimiento de claros acuerdos con los socialistas en la coalición.

En esa coyuntura, y como consecuencia, se generan distanciamientos y fraccionalismos que debilitarán al P. S. Algunos abandonan al Par-

tido, alegan su descrédito sobre las perspectivas y se apartan de la militancia. Otros van al F.I.deL., tras haber agrupado en su torno un pequeño sector (es el M.P.U.). Otros van a las filas batllistas y adhieren, así, a Michelini. Un grupo se refugia sobre las ortodoxias (supuestas ortodoxias), razona con mecanicismo y opera de manera fraccional, con prácticas divisionistas que originan, al fin, su expulsión (constituyen el MUSP). Otros transitarán concepciones "foquistas" ajenas al marxismo-leninismo y se marginarán del Partido. Importa destacar esa correlación entre distanciamientos y fraccionalismos, generados, los unos y los otros, en el desconcierto que siguió al revés.

Discutió la izquierda, ante las elecciones, una concertación electoral. No pudo concretarla, descartando diversas opciones (acumulación de socialistas y de comunistas al amparo de la ley de lemas, cobertura en un lema común "permanente" —Partido Socialista, o bien M.R.O. o suma de sectores en el lema "Partido Demócrata" usado por Quijano en otras elecciones). Dividida, recogió sólo el 7% de todos los votos. Venció el coloradismo (607 mil sufragios en total; el oficialismo computó 497 mil). De los cinco candidatos colorados, Gestido recibió 262 mil, Jorge Batlle 216, Vasconcellos 77 mil, Michelini 48 mil y Jiménez de Aréchaga sólo 4 mil. En la suma del Partido Nacional, Echegoyen aportó 231 mil votos, Gallinal 171 y Heber agregó 95 mil. El F.I.deL. sumó 70 mil. La Democracia Cristiana 37 mil. Hubo 8 mil sufragios socialistas (a los que se sumaban, por resolución de la Corte, 4 mil aportados a la candidatura de Frugoni), 4 mil del Movimiento Cívico Cristiano (escisión apartada del P.D.C.) y 3 mil de la Unión Popular (Erro, por su cuenta). En la misma elección se aprobó una reforma constitucional por acuerdo de blancos y de colorados (Heber, Gallinal, Gestido, Michelini, Batlle). El retorno al presidencialismo, extendiendo acrecidos poderes al Ejecutivo.

El general Gestido (65 años, interventor de Pluna en el 49, Inspector General del Ejército luego, interventor de los ferrocarriles en el 57 y consejero en el 63, renunciante a su cargo un año y medio atrás a fin de postular su nueva aspiración, conservador, estrecho, vacilante, con olor, además, a la masonería) condujo nueve meses al gobierno. Aunque utilizar el verbo conducir configure de nuevo un abuso de vocabulario. Predicó sacrificios "austeros" (impuestos, por supuesto, sólo sobre las clases populares). Intentó inicialmente sumar en el gobierno a Carlos Vegh Garzón (prominente oligarca ligado a consorcios internacionales de Chicago, Estocolmo, Turín y París, a la banca privada y a la Coca Cola) con todos los sectores colorados. Inclinó después la orientación a la separación del Fondo Monetario (Vasconcellos, Faroppa y Michelini caminaron en esa dirección). Con la designación de Charlone, por fin (vinculado con la banca Loeb y cuantiosos intereses oligarcas), asociando a Enrique Rodríguez Larreta en esa conducción, retornó a la

receta fondomonetarista. En noviembre del 67, se repite el proceso del 65: devaluación en provecho de los exportadores, agitación social y represión. Retornan las Medidas de Seguridad. Y advierte Vivian Trías: "A esta altura es muy claro que las conmociones periódicas, cíclicas, recurrentes, tienden a convertirse en conmoción permanente. El lapso entre crisis y crisis se abrevia".

El 6 de diciembre del 67 falleció Gestido ("una crisis con infarto extenso", se diagnosticó). Jorge Pacheco (47 años, alejado pariente de los Batlle, ex director del diario familiar, callado diputado en la legislatura anterior y vicepresidente tras la declinación de la postulación por otros elegidos: Michelini, Luisi, Lacarte Muró) cubrió la sucesión. "Vaya y asuma ahora: si tarda cuatro horas, hallará un coronel sentado en la butaca", exigió Carlos Manini Ríos en la casa de Jorge Pacheco, quien mostraba las primeras indecisiones" novelaba algún corresponsal en la prensa argentina. Pero fue por cierto sin indecisiones que Pacheco Areco orientó su gestión ("Un campanillazo seco cortó el diálogo... "Señores —dijo Pacheco— el tema es importante y sus consideraciones muy interesantes pero el Consejo de Ministros ha sido convocado para tratar otro problema, de manera que vamos al grano"; nadie recuerda que en los nueve meses anteriores haya ocurrido algo similar", relataba "Marcha" aludiendo al estilo).

Vamos a reseñarla brevemente. Porque todos hemos sido actores en este proceso y escapa, por lo tanto, a la finalidad que perseguimos al trazar este largo recorrido.

La sustitución de personeros por los oligarcas llevados al Ejecutivo para conducir el timón no tuvo disimulos. Peirano (latifundios, bancos Mercantil, Comercial y Popular, más de 60 empresas asociadas, intereses ligados al grupo Rockefeller), Frick Davie (latifundios y Banco de Crédito asociado a los grupos de Boston; abogado a su tiempo de los frigoríficos extranjeros en el Uruguay), Serrato (Ferrosmalt, Cristalerías; el ministro es el nieto del ex presidente), Pintos Risso (Torrendel, inmobiliarias, construcción), Venancio Flores (casado con una Ferrés cuyo grupo familiar, con intereses en tierras, industrias y banca, dominaba el UBUR: Unión de Bancos del Uruguay), Sapelli (numerosas empresas industriales), Bordaberry (latifundios, intereses en el Comercial, intereses textiles también) y Eduardo Jiménez de Aréchaga (abogado de la Pepsi Cola), acompañan a César Charlone en esa selección. Sumando los activos de todas las empresas representadas por sus titulares en cargos mayores (gabinete, Planeamiento, Banco Central y BROU), "Izquierda" estimaba el poder económico del equipo gubernamental: 50 mil millones (con el dólar tasado en 250). Un equipo de banqueros para "controlar" la banca. De estancieros para fijarle precios a la producción y rebajar tributos del sector.

El proceso económico se tipificó por estas pautas:

—acrecentamiento de la deuda externa;

—ritmo de inflación acelerado de los primeros meses de gobierno (100% para los siete meses iniciales; descenso del salario —un 32% en su valor de compra— y aumento de ganancias patronales: beneficios mayores en 64%);

—congelación salarial al "estabilizar", en esa condición, el valor monetario a la cotización de 250;

—contención del consumo;

—quebrantos económicos muy graves (por un valor cercano a 500 millones de pesos en 1970);

—renovada Carta de Intención (25 millones de dólares pedidos por Charlone trazando compromisos mucho más severos que los anteriores: contralor salarial, eliminación de subsidios y supeditación al contralor: "El Gobierno cree que las políticas que adopta son apropiadas para conseguir las finalidades descritas, pero si resultaran inapropiadas, está dispuesto a adoptar otras, y si en su opinión o en la del Director Gerente —del Fondo Monetario— no se cumplen los objetivos fijados en la balanza de pagos o en la situación fiscal, el Uruguay consultará con el Fondo para buscar soluciones más apropiadas"; para evitar los viajes reiterados a EE. UU. se instaló un funcionario del Fondo para controlar, desde el Banco Central, la gestión;

—aparición del explosivo tema de los combustibles (despertando apetencias ajenas, generando presiones y motivando algunos rozamientos con los intereses argentinos por la imprecisa delimitación de las aguas del Plata);

—liquidación del Frigonal;

—desmantelamiento de Pluna;

—abandono del ferrocarril;

—graves negociados; el escándalo que separó a Guzmán Acosta y Lara de su ministerio ("bien sé que en los voluminosos torrentes que arrastran los partidos tradicionales va incluida la resaca", sentenció Ferreira denunciando extorsiones del ministro que se vinculaba con el sindicalismo amarillo) y la "infidencia" previa a la devaluación en el 68, generando cuantiosas ganancias a especuladores, batieron las marcas en ese terreno. "Puede afirmarse que la devaluación... fue inoportuna, apresurada, inconveniente y dañosa para la economía nacional... fue el resultado de un proceso dirigido y presionado por la especulación", certificaba una investigadora del Senado.

La represión avanzó de la mano con esa política de banqueros y latifundistas.

El 12 de diciembre de 1967, en la primer semana de gobierno, se ilegalizó al Partido Socialista y otros grupos políticos (MRO, MAPU, MIR y FAU) asociados con él para editar un diario, que se clausuró. "Muy bien", titulaba "El País" en un editorial. "Esta medida no supone

la persecución de las ideas ni constituye la configuración de un delito de opinión'' mintió Batlle en "Acción''. Los banqueros internacionales se apresuraron a congratular al gobierno extendiéndole créditos nuevos.

Medidas de Seguridad casi ininterrumpidas desde junio del 68 (a partir de la congelación salarial), despidos ilegales, desbordes de poder, desconocimiento de resoluciones de jueces y de resoluciones del Legislativo, intervención abusiva en los entes, militarización de civiles, destierros, prisión para millares de uruguayos, campos de concentración, torturas comprobadas por comisiones investigadoras en el parlamento, sucesión de clausuras de prensa ("Epoca'', "Extra'', "Democracia'', "De Frente'', "Ya'', "La idea'', semanarios como "El Sol'', "Izquierda" y tantos otros más), agresiones impunes, homicidios —como el de Líber Arce, que inauguró la cuenta— y provocaciones como la intervención a la enseñanza media (con sus consecuencias: sanciones, violencia y clausura) jalonan el itinerario. Dardo Ortiz, ministro del segundo gobierno de los blancos, compañero de fórmula con Echegoyen en el 66, senador de política conservadora, pudo definir: "Hay una lista muy grande y penosa de violaciones constitucionales, con el agravante de que ni siquiera son sutiles, pasibles de interpretación; son violaciones groseras, manifiestas, evidentes; hechas no por equivocación sino adrede; no en el entusiasmo patriótico de encontrar soluciones, que no se tienen a mano, sino con el evidente propósito de demostrar que se tiene el poder, que se usa y se abusa de él y se lo muestra con orgullo y prepotencia''.

En ese marco, las acciones del "Movimiento de Liberación Nacional'' (secuestro de empresarios, funcionarios gubernamentales, diplomáticos y asesores extranjeros, incautación y publicación de documentos, operativos contra propiedades de firmas extranjeras, asalto de arsenales y de bancos, diferentes acciones militares en la gama que va del sensacionalismo al terrorismo) alimentan la contradicción "orden o subversión'' en la cual el gobierno cabalga para consolidar su poder y ganar, a la vez, un sustento social importante.

En las experiencias de lucha de clases ("cuando más profunda es una acción histórica más amplia es la masa que la realiza'', como enseñaba Marx; "ha pasado el tiempo de las revoluciones ejecutadas por pequeñas minorías conscientes, capitaneando a las masas inconscientes'', demostraba Federico Engels) y en las duras instancias del enfrentamiento ante aquellos desbordes, corrigiendo los viejos errores, caminando sin vacilaciones, recelos, ni renunciamientos, pudo gestarse el Frente de las fuerzas enfrentadas al imperialismo y a los oligarcas: la única opción de poder popular. Frente Amplio que concitó la participación de comunistas, demócrata cristianos, socialistas (adheridos al Frente antes de retornar a la legalidad, recuperada en enero del 71), nacionalistas y batllistas consecuentes con las mejores tradiciones suyas, grupos izquierdistas, más independientes con definición contra lo enemigos comunes.

Líber Seregni, un general que pidiera su pase a retiro tras haber cuestionado la política gubernativa ("Marcha" aludía a "las radicales discrepancias de Seregni con los mecanismos de militarización de funcionarios estatales... expuestas varias vaces"; "La Mañana" lo reconocía: "El general Seregni... habría elevado una nota en la cual emitía su opinión contraria a la prolongación de las medidas de seguridad en cuanto a la movilización de funcionarios y su alojamiento en los cuarteles"), congregó la adhesión de todos los sectores sumados en el Frente.

La gestión unitaria iniciada hacia fines de 1970 culmina en febrero del 71 mediante el acuerdo. En febrero se aprueba un programa con definición medular: romper las ataduras de la dependencia para transitar a la liberación (y Seregni define: "la organización y planificación de nuestra economía debe tender hacia fines socialistas de organización económica"). En marzo se gana la calle con un acto de masas imponente. "Este es un plebiscito en la alegría como el de Líber Arce fue un plebiscito en el dolor", proclama Crottogini. Y Arismendi explica: "Es natural que gente bien intencionada, que revolucionarios sinceros llegaran un día al 26 de marzo sin explicarse por qué esa multitud se congregaba allí... Unos pensaban que eran 300 mil independientes que se habían juntado; otros pensaban que un día, especie de parto milagroso, el Frente Amplio había permitido la congregación y la reunión de multitudes infinitas. Pero no veían la raíz porque tampoco habían regado la tierra, porque tampoco habían plantado la semilla, porque en última instancia, siendo participantes del acontecimiento político no lo habían vivido en su entraña misma, conociendo las leyes que lo rigen y teniendo conciencia para conducirlo. No; no había allí un deslumbramiento. Los 150.000 o 200.000 uruguayos como dijo la B.B.C. de Londres, eran los que habían estado durante años en las luchas sindicales y se habían alineado en los sindicatos por cientos de miles y parado por quinientos mil, una, dos, veinte veces, antes de Pacheco y durante Pacheco. Y con medidas de seguridad. Y con militarización. Eran los que habían congregado junto a la clase obrera, a las capas medias; eran las fuerzas fundamentales, protagonistas del momento histórico uruguayo en dimensiones de masas".

En frente, al otro lado, también se caminaba con acuerdo. Bordaberry, senador ruralista electo por el Partido Nacional en otras elecciones, era ministro de Pacheco y candidato para sucederlo. Benito Medero, ex diputado blanco, estaba a la cabeza del Plan Agropecuario. Helio Fernández, un ex asesor de Beltrán, era subsecretario del gobierno de Pacheco Areco. Guntín, asesor económico de Heber, era designado por los colorados en el directorio del Banco Central. Presidido por Solsona Flores, dirigente del Banco República, a nombre de los blancos, durante el gobierno anterior.

Una campaña electoral muy dura, plagada de provocaciones y de

abusos, enrarecida por la pretensión continuista y la prolongación de las medidas de seguridad, signada por la organización y movilización de sectores masivos y particularmente juveniles en filas del Frente (y signada también por el intento de asesinar al general Seregni) condujo a los comicios. Viciados, como los escrutinios, por irregularidades evidentes.

Cayó derrotado Pacheco con sus aspiraciones de quedarse. Venció el coloradismo (682 mil votos) y venció su sector (380 mil votos para Bordaberry, 243 mil para Batlle, 26 mil votos para Vasconcellos, 24 mil para Flores Mora, 5 mil para Pintos, 4 mil para Ribas y 2 mil para el lema; operan los efectos de la ley de lemas: Vasconcellos y Flores Mora que se postulaban "para impedir el triunfo a Bordaberry", le otorgan la victoria a Bordaberry). El nacionalismo sumó 670 mil votos (440 mil votos a Ferreira Aldunate que ha sido el más votado de los candidatos y recoge las dos terceras partes de votos en su lema; 230 mil por Aguerrondo). El Frente Amplio totaliza 304 mil, tras la candidatura de Seregni, utilizando el lema demócrata cristiano (100 mil al F.I.deL., que incorpora a un sector procedente del nacionaliso, 93 mil votos a una combinación del P.D.C. y batllistas, 71 mil votos a una concertación que sumaba izquierdistas y nacionalistas, 36 mil votos a los socialistas, 4 mil registrados como independientes). En la capital, el Frente configura la segunda fuerza electoral y liquida al esquema del bipartidismo. Gana en el Cerro, Belvedere, Nuevo París y La Teja, zonas proletarias. Un análisis más detenido distingue fácilmente, por encima de lemas, las tendencias del electorado:

—la derecha mantuvo su fuerza (sumando Bordaberry y Aguerrondo; pachequistas, fondomonetaristas, partidarios de igual solución represiva);

—el centro decreció, pero sigue sumando la cifra mayor (batllistas y nacionalistas orientados al margen de la conducción gubernista vigente);

—la izquierda logró triplicar sus guarismos en la comparación con el 66.

Se pudo evidenciar la vocación de cambio, menor a la supuesta, pero clara. Y el general Seregni, tras el pronunciamiento electoral, redactaba un mensaje: "A no dudarlo: somos una revolución en marcha. Y ninguna revolución se hace en ocho meses: es tarea de toda una vida. El futuro es nuestro. Venceremos".

Los meses transcurridos bajo la gestión de Bordaberry visualizan, en el marco de dramáticas tensiones a partir de los hechos de abril, el enfrentamiento de dos concepciones: la salida de fuerza que se preconiza en la extrema derecha o la apertura hacia una alternativa democrática que permita forjar, con amplitud, las condiciones de transformación. Presidida por tres objetivos: paz, pan y libertad.

INDICE

impreso en forma cooperativa en los talleres gráficos de la comunidad del sur, canelones 1484, montevideo, en el mes de abril de 1973, comisión del papel, edición amparada en el artículo 79 de la ley 13.340. depósito legal 33.212